



**Centro de Estudios Sociológicos
Doctorado en Ciencia Social con Especialidad en Sociología**

Promoción XVII

**Dominación-subordinación-resistencia políticas en un régimen autocrático.
Tendencias actuales del caso cubano**

**Tesis para optar al grado de Doctor en Ciencia Social con
especialidad en Sociología que presenta:**

Lázaro de Jesús González Álvarez

Director: Dr. Gustavo Adolfo Urbina Cortés

México, D.F.

Octubre de 2021

Dedicatoria

*A mi madre,
Mi faro más vehemente, aniquilador de tinieblas.*

*A mi esposa,
El único verso personificado que ojos humanos han visto.*

Agradecimientos

A México, mi segunda patria: Porque no hay otra tierra que acoja a los foráneos con más calor, alegría, fraternidad y respeto. México es un enorme pentagrama que desborda colores, sabores, melodías, cultura, sentimientos. Una casa grande, sin puertas, pero muchas ventanas al porvenir.

Al CONACYT: Por cobijar a los extranjeros dentro de su frondoso y generoso árbol institucional en igualdad de condiciones que a los nacionales. Por tender puentes robustos entre los becarios y sus sueños profesionales.

A la Fundación BBVA: Por el apoyo y estímulo a la formación, movilidad e intercambio académico de tantos y tantos jóvenes estudiantes necesitados de un aventón en esta larga y sinuosa ruta hacia la excelencia y el compromiso social.

Al Colmex: ¡Te odio, mi amor! En tus brazos crecí y me achiqué, reí y lloré, sufrí y suspiré, aprendí y enseñé, conocí gente increíble, compartí sueños, desvelos, dislates... Pero, sobre todo, comprendí que al lugar donde has sido feliz no debieras tratar de volver. Gracias por regalarme una familia de locos de atar.

A mi Director de Tesis: Porque, en una travesía tan larga y azarosa, no se puede tener mejor cotimón que quien siempre sabe qué, cómo y cuándo. Qué atajo tomar. Cómo rectificar el rumbo y sortear tormentas. Y cuándo sencillamente no importunar. Infinitas gracias por la guía certera, la paciencia, las batallas, los respaldos, la insistencia, los halones de orejas y, en particular, por no retirarme nunca tu confianza, ni cuando la noche fue más oscura.

A mi Comité Lector: Por no escatimar sabiduría, consejos, reprimendas y pescozones. Gracias por convertir en una experiencia útil este hacerse mayor sin delicadeza.

A los profesores y alumnos miembros del Seminario de Tesis: Tres semestres enteros dándole taller a nuestros proyectos es mucho tiempo, piquete. Gracias por los diluvios de ideas, sures, nortes, borrascas, destellos, prisas, pausas, apagones, alumbrones, des/horas, empeños... Todos tienen su rinconcito en esta patria llamada "Nuestra tesis".

A mis compañeros de generación: Soportarme más de cuatro años es una proeza que nunca olvidaré. Gracias por abrirme las puertas de su amistad, nobleza y sapiencia. En especial a mis hermanos Vicky, Alfonso y Brenda, los mejores ositos del cariño que me regaló la vida en el último lustro. Los abrazo fuerte.

A mi madre gigante: Por enseñarme que la voluntad humana no conoce límites y que sólo el amor convierte en milagro el barro, no una sino varias veces.

A mi amada esposa: Origen y destino de mi viaje existencial. Sin tu amor infinito, la vida sería un eterno vagar sin rumbo, un laberinto sin luz, ni vino tinto, un éxodo de oscuras golondrinas.

A mi hermana radiante: No sólo porque transcribir cinco entrevistas en profundidad de un tirón es una prueba de amor que muy pocos superan. También por ayudarme, desde siempre, a empinar mis sueños hasta lo más alto.

A la arduita traviesa: Por bendecirnos con una virtud bastante escasa en estos tiempos: estar siempre en el momento oportuno, con el mejor de los ánimos, derrochando cariño y sin esperar nada a cambio.

A mis tórtolos suegros: Por legarnos ese exclusivo cáliz de felicidad que juntos tornearon. Por su fuerza, entereza y sabiduría. Por darme cálido refugio en sus megacorazones. Los quiero mucho.

A toda mi familia (de sangre y política): El planeta más extraordinario para cultivar, remendar y enaltecer el alma, lejos de peligrosos baobabs.

RESUMEN

Este trabajo de investigación tiene el propósito de explicar, desde la perspectiva de los subordinados, cómo se articulan los engranajes culturales (valores, representaciones, actitudes y expectativas compartidos) y conductuales (experiencias típicas, prácticas y lógicas prácticas), como parte de los procesos cotidianos de legitimación, reproducción y cuestionamiento de la gobernabilidad en el régimen posttotalitario cubano, en la actualidad. El capítulo I dialoga, desde un enfoque crítico, con los modelos analíticos de algunos de los investigadores clásicos y contemporáneos más útiles para los intereses de este estudio. El capítulo II ubica las principales coordenadas referenciales del contexto político, social y económico cubano. El capítulo III sienta los principios y criterios de la ruta método-lógica seguida. Algunas de sus ventajas y límites son autoevaluados y puestos en perspectiva en el capítulo IV. Por su parte, los capítulos V, VI y VII concentran los principales hallazgos e inferencias fruto del procesamiento del material empírico. En el V se presta especial atención a los marcos de sentidos políticos, los flujos de saberes compartidos, las formas y espacios discursivos. En el VI se profundiza en las experiencias típicas y prácticas de disidencia, subordinación y dominación. Por último, el capítulo VII de Conclusiones tamiza los resultados y reflexiones teóricas de esta investigación por un nuevo y más refinado modelo de análisis: una tipología de subordinación-resistencia (de elaboración propia).

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO I: ESTADO DEL ARTE. DIÁLOGOS, PISTAS Y APORTACIONES.....	5
1.0 Exordio.....	5
1.1 La cuestión conceptual.....	6
1.1.1 Una ojeada a dos clásicos	6
1.1.2 Lo que dicen los contemporáneos	10
1.1.3 Gaventa y Scott: un tándem indispensable	15
1.1.3.1 La «maquila» del consentimiento a examen	16
1.1.3.2 Sí pero no, la resistencia se cuece a la sombra... y a fuego lento.....	20
1.1.3.3 Un necesario Post scriptum a Scott.....	25
1.2 Aproximaciones empíricas.....	28
1.2.1 Husmear en cancha ajena	28
1.2.1.1 Más que un experimento.....	28
1.2.1.2 Debajo de las significancias y los niveles de confianza.....	32
1.2.2 Auscultar la cancha propia	38
1.2.2.1 Duda y sobrevivirás	38
1.2.2.2 Segmenta y vencerás.....	42
1.2.2.3 Simula y resistirás	46
1.3 Una propuesta inductiva para el viejo Weber	52
1.3.1 La dominación carismática.....	52
1.3.2 La dominación legal-racional (y disciplinaria).....	54
1.3.3 La dominación ideológica	57
1.4 Prontuario.....	59
CAPÍTULO II: CLAVES CONTEXTUALES. EL «CITOPLASMA» DE LA VIDA COTIDIANA	63
2.0 Exordio.....	63
2.1 Rasgos básicos del modelo sociopolítico cubano.....	64
2.1.1 Estado posttotalitario ¿benefactor? La capa caída del «ogro filantrópico»	69
2.2 Apuntes del contexto reciente	74
2.3 Adiós al monopolio estatal del empleo	77
2.3.1 El polémico auge del cuentapropismo.....	83

2.3.2 El abismo de la desigualdad en su laberinto	87
2.4 Cuando un pueblo emigra, los gobernantes supuran	89
2.4.1 Enero de 2013: Un parteaguas histórico	94
2.4.2 Antes del fin... de la política de “Pies secos, pies mojados”	95
2.4.3 Efectos directos y colaterales de la emigración	98
2.5 Prontuario	103
CAPÍTULO III: EL NÚCLEO METODOLÓGICO	105
3.0 Exordio	105
3.1 Preguntas de investigación	106
3.1.1 Preguntas generales	106
3.1.2 Preguntas específicas	106
3.2 Objetivos	107
3.2.1 Objetivo general	107
3.2.2 Objetivos específicos	107
3.3 Enfoque analítico: supuestos, apuestas y herramientas	107
3.3.1 Perspectiva relacional	107
3.3.2 Énfasis en la agencia	109
3.3.3 Enfoque procesual	110
3.3.4 La caja de herramientas: Interaccionismo y Etnometodología	112
3.4 Glosario de términos centrales	116
3.5 Construcción del objeto	118
3.5.1 Unidad de análisis	118
3.5.1.1 Subunidades de análisis	118
3.5.2 Dimensiones de análisis (y algunas subdimensiones, ítems...)	119
3.5.3 Modelo de análisis e hipótesis	124
3.5.3.1 Hipótesis generales	130
3.6 Recorte empírico	134
3.6.1 Unidades de observación	134
3.6.2 Unidades de registro	136
3.6.3 Criterios de selección muestral / Hipótesis específicas	136
3.6.4 Delimitación espacial	138
3.7 Prontuario	139

CAPÍTULO IV: REFLEXIONES MÉTODO-LÓGICAS: AUTOEVALUACIÓN, CONTRAPUNTEOS, APRENDIZAJES.....	142
4.0- Exordio.....	142
4.1- Estrategias de acceso, rastreo y retorno del campo.....	142
4.1.1 Escudriñar las entrañas del «ogro» con pies de plomo.....	143
4.1.2 Escalar el muro del miedo.	148
4.2 Examen de suficiencia: El diseño, el modelo y la muestra al estrado.....	152
4.2.1 Preguntas y objetivos. ¿Están todos los que son y son todos los que están?	153
4.2.2 Deconstruyendo el modelo y las hipótesis. La ruta inversa.....	156
4.2.3 Selección muestral. La bandera de la heterogeneidad a media asta.	162
4.3 Prontuario.....	166
CAPÍTULO V: MAPA CULTURAL. LOS FLUJOS DE SABERES COMPARTIDOS	168
5.0 Exordio.....	168
5.1 Atención: veridicciones alternativas circulando.....	169
5.1.1 Convicciones políticas.....	170
5.1.1.1 Deslegitimación / Legitimación.....	171
5.1.1.2 Descontento / Complacencia naturalizados	186
5.1.1.3 Sentimientos de imposición / libertad.....	190
5.1.1.4 “Doble moral” / Sinceridad.....	196
5.1.1.5 Desafiliación / Afiliación:.....	203
5.1.2 Representaciones políticas.....	208
5.1.2.1 Representaciones generales	209
5.1.2.2 Representaciones específicas	217
5.1.2.3 Crisis material	223
5.1.2.4 Diferencias socioeconómicas y generacionales	228
5.1.2.5 Pérdida de valores cívicos.....	233
5.1.2.6 Experiencia migratoria (directa e indirecta).....	236
5.1.2.7 Fatalismo, irreversibilidad de la debacle	242
5.1.3 Expectativas razonables.....	244
5.1.3.1 Expectativas pesimistas	245
5.1.3.2 Expectativas ambivalentes y optimistas.....	248
5.2 Formas discursivas específicas: Homogeneidad vectorial	251
5.2.1 La queja: insatisfacciones, auto/críticas, lamentos... ..	252

5.2.2 El “chucho”: chistes, burlas, mofas...	255
5.2.3 “Radio Bemba”: rumores, “bolas”, bulos y chismes	261
5.2.4: Diatribas: el puerto de las brumas	264
5.2.5 Cabalgaduras asertivas: los convoyes de la des/afiliación	267
5.2.6 Alabanza y lasitud: equivalencia funcional	270
5.3 Espacios discursivos típicos: Variación situacional	274
5.3.1 Colas y esperas en «territorio de nadie»	275
5.3.2 Colas y esperas en el barrio de pertenencia	277
5.3.3 El centro laboral o de estudios	280
5.3.4 La cuadra: una típica familia... de vecinos	283
5.3.5 El hogar: un oasis de libertad de expresión	286
5.4 Prontuario	289
CAPÍTULO VI: EL REALISMO ÉPICO EN ACCIÓN	291
6.0 Exordio	291
6.1 Iteración y memoria social: El know-how cotidiano de la subordinación-resistencia	292
6.1.1 Experiencias típicas de desacato. Saber bucear	293
6.1.1.1 “La lucha”: “Aquí todo el mundo roba”	293
6.1.1.2 Indisciplina laboral: un atajo plagado de complicidad	296
6.1.1.3 La proliferación de la indisciplina social y la insubordinación comunitaria	301
6.1.1.4 “La bolita”: naturalización ¿inducida? de la ilegalidad	303
6.1.1.5 Otros saberes de resistencia	307
6.1.2 Experiencias típicas de obediencia. Saber flotar	312
6.1.2.1 La maldita circunstancia del miedo por todas partes	312
6.1.2.2 Paranoia, desconfianza mutua generalizada	317
6.1.2.3 Censura y autocensura: callo, luego existo	319
6.1.2.4 Simulación: ejes y límites de un comodín	322
6.1.2.5 Indiferencia, resignación, renunciamiento: saberes ignorantes	326
6.1.3 Experiencias típicas de asimilación. Saber surfear	331
6.1.3.1 Conocimiento práctico “ejemplar”	331
6.1.3.2 Proselitismo de corto alcance: aceptación, conformismo, auto/contención	336
6.1.3.3 Intolerancia a las manifestaciones de oposición	340
6.2 Transacciones situadas: Olvida lo que digo y observa lo que hago	345
6.2.1 Prácticas de disidencia. Gestionando el miedo	346

6.2.1.1 “La lucha”: una arena caliente	346
6.2.1.2 Mercado informal: un inframundo en el limbo.....	352
6.2.1.3 Mitigación y negación «inside»: “La limonada es la base de todo”	358
6.2.1.4 Otras prácticas de resistencia. Desobediencia al por mayor	363
6.2.2 Prácticas de subordinación. La conformidad a escena	370
6.2.2.1 Sube el telón: las lagunas histriónicas de la simulación	370
6.2.2.2 Los meandros de la aquiescencia no estratégica. Baja el telón.....	376
6.2.3 Prácticas de dominación. La asimetría en su pleamar	381
6.2.3.1 El ABC: acoso, bravata, control	381
6.2.3.2 Tolerancia cero: castigo, escarmiento, represión	386
6.2.3.3 La gran carpa: el ilusionismo espectacular	393
6.3 Glosa: polivalencia y multidimensionalidad. La navaja situacional	400
6.4 Prontuario.....	407
CAPÍTULO VII: CONCLUSIONES.....	409
7.1 La dominación correspondida, legitimada... reproducida	410
7.1.1 Tipo IX: Lealtad acrítica.....	410
7.1.2 Tipo VI: Lealtad crítica	413
7.1.3 Tipo III: Lealtad muy crítica	416
7.2 La dominación travestida, ninguneada... reproducida.....	420
7.2.1 Tipo VIII: «Adulación poco doble moral» y «apatía voluntariosa».....	420
7.2.2 Tipo V: «Adulación doble moral» y «apatía introvertida».....	424
7.2.3 Tipo II: «Adulación muy doble moral» y «apatía negacionista».....	429
7.3 La dominación cuestionada, subvertida... reproducida	436
7.3.1 Tipo VII: «Resistencia anónima»	436
7.3.2 Tipo IV: «Oposición de baja intensidad»	441
BIBLIOGRAFÍA	447
ANEXO 1	459
ANEXO 2	461

INTRODUCCIÓN

En los análisis acerca del régimen político instaurado tras la revolución cubana de 1959 predomina, abrumadoramente, el ejercicio de la especulación y la opinión sin sustento empírico. Léase, la filosofía, el ensayismo y el panfleto políticos (géneros todos en los cuales este propio autor ha incursionado alguna vez al escribir sobre Cuba). En menor medida, encontramos contadas aproximaciones desde la historia, la ciencia y la sociología políticas, la mayoría con un enfoque normativo (Guanche, 2013; Valdés, 2009; Rojas, 1997), y unas pocas con elogiados esfuerzos empíricos (Azor, 2016; Geoffray, 2014; Bloch, 2009). El peso de la mirada estructuralista (el Estado todopoderoso) acapara el protagonismo en la mayor parte de esta bibliografía temática, en detrimento de las perspectivas centradas en los agentes y sus redes de relaciones cotidianas.

En este panorama, es notoria la escasez de investigaciones empíricas sustantivas y de acceso público, realizadas por estudiosos cubanos «de adentro», sobre temas neurálgicos como la democracia, la gobernabilidad, la composición de la elite política, sus mecanismos de circulación y toma de decisiones, la cultura política y la participación ciudadana, entre otros. Lo cual empantana la producción sociológica y politológica –con honrosas excepciones– en un estado de subdesarrollo, que no se corresponde con la capacidad de los investigadores y el nivel medio de instrucción de la población (Chaguaceda & González, 2017).

Tres son los factores que contribuyen a explicar este subdesarrollo: i) Primero, tenemos en Cuba un sistema constitucionalmente partidocrático, que de facto coarta los derechos y libertades de organización, reunión y manifestación, de prensa y expresión, de elegibilidad e investigación, justicia, oposición¹ (González, 2017). ii) El explícito interés estatal por desalentar el desarrollo interno de la sociología política, cuyo objeto de estudio, remite *per se* al belicoso ámbito de las relaciones de poder. Y, iii) el hermetismo del gobierno nacional que torpedea, sin pudor, cualquier intento de indagación proveniente del exterior, y suele reprender (e incluso expulsar) a los investigadores foráneos o emigrados por intrusos, agitadores, mercenarios, entre otras acusaciones.

En ese magro contexto, donde “el Estado de derecho es sustituido por los amplísimos y arbitrarios derechos del Estado” (Chaguaceda & González, 2013: 52) –en buena medida, amparado

¹ Libertades todas reconocidas por la Organización de las Naciones Unidas desde 1948 en su Declaración Universal de los Derechos Humanos (particularmente los artículos del 18 al 21) y por la Carta Democrática Interamericana de la Organización de Estados Americanos.

por la debilidad de la esfera pública—, la presente investigación pretende revelar hallazgos de alto valor científico respecto a la intersubjetividad, los discursos, el acervo de experiencias típicas, las interacciones y comportamientos recurrentes de los ciudadanos, así como algunas de las lógicas prácticas subyacentes en la construcción cotidiana de la realidad política cubana.

Partimos del supuesto de que la naturaleza *relacional* de la dominación es ineludible para entender el proceso sociopolítico acaecido en Cuba, a partir del triunfo de la Revolución encabezada por Fidel Castro. Sin ese carácter convenido del arreglo social fundado alrededor de este líder carismático y su proyecto nacional socialista, resulta imposible entender por qué millones de cubanos toleraron el secuestro de su más elementales derechos y libertades políticas. Orientado hacia la justicia social, el esquema estadocéntrico emergente se enfocó en la provisión de garantías materiales: igualdad económica, acceso universal (gratuito o a bajos costos) a servicios básicos, como educación, salud, deporte, cultura; al tiempo que, de modo paulatino, fue cercenando el ejercicio práctico de los derechos políticos, sin suprimirlos de manera formal. La gente, de modo consciente o no, «compró» el trueque, a pesar de que la promesa de la equidad absoluta se viera continuamente socavada por persistentes brechas de género, raza² y origen social (Espina; 2012). El agotamiento avisado de ese viejo pacto tácito hizo erupción en las calles el pasado 11 de julio de 2021, en forma de una explosión social sin precedentes en la historia postrevolucionaria de la isla, que enarboló demandas tanto del orden de la democracia material como de la formal³.

Obviamente, en el «match» entre población y Estado, el campo de juego no está nivelado. Sería ilusorio asumir eso. Se sabe que, para producir definiciones, reglas del juego y pretensiones de legitimidad, quienes dominan el aparato estatal tienen a su entera disposición un sinfín de recursos (tangibles y humanos), multiplicados a la enésima potencia en una configuración institucional

² Aunque en Biología la noción de raza ha quedado obsoleta gracias a los avances de la Genética, en materia del estudio de las relaciones sociales su uso sigue siendo pertinente, toda vez que persiste como una etiqueta muy anclada en las representaciones sociales, con efectos conductuales claros (racismo), que nos remiten al viejo teorema de Thomas. Ignorarla, subestimarla o sustituirla por eufemismos o malos sinónimos (como color de la piel o etnia) sólo nos resta precisión conceptual e interpretativa. Es cierto: las razas no existen desde el punto de vista físico, químico y biológico. Y su empleo en el lenguaje sociológico debiera tender a la desaparición, en la medida de que su presencia en el imaginario social también disminuya; en aras de no alimentar el racismo. No obstante, vale aclarar, tampoco son una realidad objetiva, ni tienen un fundamento biológico, categorías como etnia, clase social (noción también problemática e indeseable), comunidad lingüística, acción colectiva, sistema social, etc. Y no por eso hemos abandonado estas etiquetas o «contenedores de datos» como herramientas heurísticas; la mayoría sin siquiera tener correlatos en la hermenéutica ordinaria de los «legos» (como sí es el caso de la raza).

³ En todas las provincias las multitudes corearon consignas del tipo: “Queremos comida, medicinas, vacunas”, “No a los apagones”, “No más mentiras”, “Libertad”, “Cambio de sistema”, “Que se vayan”, entre muchas otras.

hípercentralizada como la cubana. Pero este acceso desigual a los recursos materiales y simbólicos, los medios de comunicación, las leyes y las redes internacionales, no aniquila por completo la capacidad de agencia de la ciudadanía; ejemplos sobran a lo largo de la Historia. El comportamiento obediente respecto a los imperativos del portentoso aparato estatal no ha de ser asumido como sumisión mecánica al weberiano «monopolio de la violencia física»; tampoco como cabal asenso consciente de las reglas y normas vigentes.

Por muy poderoso que sea el Estado socialista cubano, no puede entenderse su añejo predominio sin hurgar en los *sentidos* de la aquiescencia ciudadana. En cualquier escenario, y Cuba no es la excepción, para explicar las relaciones instituidas entre poderosos y dominados, es conveniente investigar a) la construcción significativa de la dominación, la subordinación y la resistencia, por parte de los actores, a *ambos* lados de la cancha política. Y b) la puesta en práctica (y consiguiente retroalimentación) de tales significados, tanto en los espacios públicos como fronterizos y privados. Es decir, la interacción sociopolítica entre los diversos actores en la vida cotidiana, una realidad social multidimensional y multinivel, en permanente re/construcción individual y colectiva, sujeta a las consecuencias no deseadas de la acción y los imprevistos (la contingencia).

En el caso particular de Cuba, vale insistir, la pertinencia de esta perspectiva interpretativa-interactiva es aún más medular; pues sin ella, la explicación tiende a derivar hacia el ya mencionado «absolutismo estructural», tan socorrido como alejado de la realidad. El estudio de las relaciones entre ciudadanos comunes y autoridades, a nivel discursivo y práctico, adquiere una relevancia central para entender, en un esfuerzo analítico ascendente, cómo se construyen de abajo hacia arriba, en el día a día, los pilares de la gobernabilidad de un régimen autocrático. Ciertamente valdría la pena complementar esta investigación con el estudio de las relaciones internas entre diferentes capas de la elite política, por ejemplo. O quizás concentrarnos sólo en las (menos estudiadas) diferentes experiencias de disidencia de los subordinados, incluida la oposición frontal. En cambio, nos interesa aquí ahondar en la actuación conjunta de dominantes y subordinados que, en definitiva, sustenta la estabilidad política de la sociedad cubana; así como profundizar en las consecuencias observables de las más diversas e iterativas manifestaciones de subordinación y resistencia de los dominados en los diferentes ámbitos de la vida cotidiana.

Ahora bien, elegimos el impreciso espacio temporal denominado «Actualidad» por dos razones fundamentales: 1) *pertinencia*: la nación caribeña está viviendo una coyuntura de cambios,

definiciones, de gran trascendencia histórica⁴; y 2) *precisión*: el acceso cualitativo a las configuraciones intersubjetivas y las transacciones sociales de los agentes, de por sí muy complejo, resulta menos escabroso en presente que en un esfuerzo retrospectivo. De tal modo, entendemos por «Actualidad» el proceso social *crono-lógico* que transcurre a la par de la investigación (de campo y de mesa), dinámico, inestable y a veces errático, pero plagado de regularidades observables sistemáticas. Dicho proceso está atravesado por disímiles *flujos temporales* no lineales⁵, secuencias originadas tanto en el pasado reciente como en hitos más lejanos, con repercusiones diferencialmente relevantes para el futuro in/mediato.

⁴ Por ejemplo, restablecimiento de las relaciones bilaterales con Estados Unidos, mayor apertura a la inversión extranjera, promoción de pequeños negocios y empresas privadas, tímidos cambios institucionales (incluidos algunos retoques gatopardistas en el sistema político) y la salida de la presidencia de Raúl Castro en abril de 2018, el último de la dinastía nonagenaria.

⁵ La concepción no lineal de la temporalidad contrae un obstáculo analítico muy difícil de sortear, el «Problema del horizonte temporal»: ¿Cómo representar formalmente secuencias contingenciales múltiples de eventos que se mueven a diferentes velocidades? (Abbott, 1992)

CAPÍTULO I: ESTADO DEL ARTE. DIÁLOGOS, PISTAS Y APORTACIONES

1.0 Exordio

Poder, dominación, hegemonía, autoridad, obediencia, resistencia, protesta, rebelión..., son conceptos sobre los que se ha derramado mucha tinta y de grandes plumas. Para bien y para mal. Enhorabuena, porque disponemos de un abrevadero de grandes ideas donde calmar nuestra sed de neófitos insaciables. Qué maravilla. Aunque, por desdicha, la tarea se complica cuando tropezamos con ese vasto mar de textos, atestado también de abstracciones, extravagancias, contrasentidos, reiteraciones, pseudoaportes y nimiedades. Qué dolor de cabeza. Por tal motivo, aquí sólo discutiré aquellas contribuciones que coadyuven de modo significativo a apuntalar los tres ejes epistemológicos del enfoque analítico de esta investigación: la perspectiva relacional, el énfasis en la agencia y la visión procesual, dinámica.

En buena lid, esta revisión debería empezar por la aportación toral de Max Weber, cuya distinción quirúrgica entre dominación y poder ha dejado una huella indeleble en la producción sociológica del último siglo. Mientras con poder Weber se refiere a “la probabilidad de imponer la propia voluntad, dentro de una relación social, aun contra toda resistencia y cualquiera que sea el fundamento de esa probabilidad” (2002: 43); la dominación la entiende como “la probabilidad de encontrar obediencia dentro de un grupo determinado para mandatos específicos (o para toda clase de mandatos)” (2002: 170). A primera vista, resalta cómo su énfasis en la obediencia revela directamente el carácter *negociado* de la dominación y, por ende, vislumbra una perspectiva relacional sensible a la capacidad de agencia de los subordinados y a la reciprocidad. En contraste con la mera imposición del poder mediante la fuerza física o simbólica, la dominación implicaría el *consentimiento* eventual (reversible) de los subordinados de acatar las reglas del juego¹.

Es un punto de partida ineludible. Sin embargo, por una estrategia de presentación, no profundizaré en la obra weberiana hasta el último epígrafe del capítulo. Entonces, en la primera parte el lector encontrará una discusión conceptual de los aportes teóricos de importantes autores, algunos muy renombrados, otros no tanto; pero todos igual de imprescindibles para enrumbar este

¹ “Si el concepto mismo de poder afirma la mutualidad de la relación entre dominante y dominado, entonces el poder es siempre una relación dinámica más que un simple instrumento de un agente activo contra un sujeto pasivo. Las definiciones reflexivas y las perspectivas de ambos lados de la relación deben determinarse y entenderse siempre una en relación con la otra” (Miller, 1995: 64-65) [Siempre que no se indique otra cosa, si el texto original está en inglés, todas las traducciones fueron realizadas por el autor de este informe de tesis].

estudio. Sus marcos de análisis son interpretados, contrastados y cuestionados, bajo la específica lupa integradora de esta investigación. Seguidamente, en la sección intermedia, nos aproximamos a los problemas lógicos y metodológicos de la investigación empírica dedicada a estos temas, a través del análisis de cinco estudios: uno experimental, otro cuantitativo y tres cualitativos desarrollados en contextos autoritarios. Para el cierre, como ya se dijo, se reservó la aplicación del modelo weberiano al caso cubano. Allí retomo los postulados principales del genio alemán sobre los tipos de dominación y desarrollo una propuesta para redondear su modelo conceptual.

1.1 La cuestión conceptual

1.1.1 Una ojeada a dos clásicos

Obrada la salvedad, estamos listos para emprender este recorrido obligatorio. Como primer paso, vale postular una premisa inicial que orienta en su totalidad este estudio: el campo político es un ámbito *construido* por agentes socializados (mutuamente dependientes). Un escenario cruzado por infinitos productos culturales «manufacturados» en su núcleo duro (improntas colectivas pasadas y actuales); pero, al mismo tiempo, dúctiles, metabolizados por la *razonabilidad* de cada individuo, que puede reaccionar de manera diferente a sus pares frente a las particularidades del contexto y los imperativos de la contingencia.

Asimismo, entiendo el campo político como un espacio de fuerzas por naturaleza conflictivo, seno de *luchas* (simbólicas y corpóreas) orientadas a mantener/transformar la estructura del propio campo. Las relaciones de poder² nos son más que *vínculos* beligerantes formados, coordinados y enfrentados *entre* los hombres. En ese sentido, coincido con Hannah Arendt (1997) cuando, en franco desacuerdo con la categoría aristotélica del *zoon politikon*, ubica el origen de la política en las relaciones *entre* los hombres y, por tanto, fuera del ser individual. Desde su perspectiva, la misión principal de la política es organizar “a los absolutamente diversos en consideración a una igualdad relativa y para diferenciarlos de los relativamente diversos” (1997: 47). En otras palabras, su función es *poner orden* al interior de grupos humanos con ciertas similitudes étnicas,

² Por una definición de principio, argumentada con detalle más adelante (epígrafe 3.3.1: “Perspectiva relacional”), en el marco de esta investigación se evita –excepto cuando se reseña, critica y contrapone a otros autores– el uso substancialista de la noción de «poder». En su lugar, empleo la categoría alternativa «relaciones de poder», un concepto síntesis que utilizaré indistintamente como la etiqueta resumida de nuestra unidad de análisis: *relaciones de dominación-obediencia-resistencia políticas*.

lingüísticas, culturales, etcétera, (pero todavía heterogéneos); a la vez que regula su relación con otras poblaciones exteriores, aún más diversas. Como sabemos, dada la conflictividad inmanente de este universo variopinto y complejo, «ordenar» es una tarea que se las trae.

La experiencia primera del mundo del sentido común, es una relación políticamente construida, como las categorías de percepción que la hacen posible. Lo que hoy en día se manifiesta de un modo evidente, más allá de la conciencia y de la elección, ha constituido, a menudo, el envite de luchas y no se ha instituido más que tras enfrentamientos entre dominantes y dominados. (Bourdieu, 1997: 120)

En consonancia con el pensamiento arendtiano, Bourdieu es uno de los autores que más insiste en el carácter vinculante del poder, en múltiples niveles de análisis: dominantes - subordinados, objetivación - subjetivación, estructura - agencia (campo - habitus), tradición - innovación³. Con su constructivismo estructuralista, tan novedoso como polémico, Bourdieu (2000) rescata una dimensión de la política a menudo ninguneada, pero cardinal para los efectos de esta investigación: la dimensión *cultural*. Cuando afirma que las relaciones objetivas de poder encuentran continuidad en las relaciones de poder simbólico, Bourdieu –al igual que Gramsci (1999)– no sólo reivindica el aspecto cultural de la dominación (y, por ende, al agente), sino que lo ensambla heurísticamente con las macroformas más tangibles, las estructuras.

Según este enfoque, la dominación moderna no resulta de la influencia de una elite dominante investida como tal a expensas de la coacción física; sino del efecto indirecto (con consecuencias imprevistas) de un complejo de *acciones* producidas “en la red de las coacciones cruzadas a las que cada uno de los dominantes, dominado de este modo por la estructura del campo a través del cual se ejerce la dominación, está sometido por parte de todos los demás” (Bourdieu, 1997: 51). ¿Qué supuestos subyacen bajo esta propuesta? Pues, en primer lugar, un guiño al viejo Durkheim: las relaciones sociales poseen propiedades emergentes, irreducibles a la simple suma de individualidades y dotadas de relativa autonomía. Luego, la desmitificación de la creencia de que quienes ocupan posiciones ventajosas en el campo (político) están exentos de los constreñimientos estructurales y fuera del radio de acción de los menos favorecidos. Con lo cual, por último, da

³ “La sumisión al orden establecido es fruto del acuerdo entre las estructuras cognitivas que la historia colectiva (filogénesis) e individual (ontogénesis) ha inscrito en los cuerpos y en las estructuras objetivas del mundo al que se aplican” (Bourdieu, 1997: 118).

cabida dentro del modelo analítico a la acción contestaria, la resistencia, la transformación y los *procesos* de cambio social.

Así, sostiene Bourdieu, hasta las relaciones de fuerza más asimétricas y brutales contraen relaciones simbólicas, y la obediencia es un acto cognitivo *rutinario* que activa unas categorías de percepción (pre)dispuestas a lo largo del tiempo, tras la ocupación duradera de una misma posición en el campo político. Ahora bien –y este es un principio aquí compartido–, los agentes *construyen* el mundo social de conjunto, por medio de estas estructuras cognitivas (*habitus*), en sus encuentros sociales *cotidianos*. Una actividad colaborativa en la que *el lenguaje* desempeña un papel doblemente medular: deviene, a la vez, el instrumento primario para erigir y socavar el edificio de la dominación. ¿Cómo? Pues, cualquiera que sea el sustento de validez de la dominación, es el lenguaje la cantera que suministra la materia prima tanto para sellar como para horadar su legitimidad.

Esta potente ambivalencia de los actos de lenguaje refuerza nuestro interés en estudiar los discursos cotidianos de los subordinados, por un lado, como expresión de esos “sutiles órdenes normativos” en los que hoy día se reproduce la dominación, de una manera más difusa pero también más penetrante (Miller, Rowlands & Tilley, 1995: 15). Por otra parte, los discursos también son un terreno de defensa, rechazo y subversión contra la *violencia simbólica* de los dominantes. Y, cuando menciono la violencia simbólica, lo hago no sólo en el sentido asignado por Bourdieu a las particulares formas de expresión oral, estilos, gestos, gustos y apariencias (capital social y simbólico) que los privilegiados usan para justificar su derecho a dominar. Me refiero, sobre todo, a la estrategia de dominación que sugiere, convida y exige a los subordinados: a) *simulación* de lealtad en el espacio público, y b) *silenciamiento* de las inconformidades, críticas y cuestionamientos políticos. Una díada característica, por antonomasia, de los regímenes autoritarios y totalitarios; más violenta y menos simbólica que aquellas prácticas analizadas por Bourdieu en *La distinción* (1998), aunque similar, en términos de poder, ya que resulta más eficiente que la violencia física.

Este último tipo de violencia simbólica implica un ahorro de recursos para los poderosos⁴, fundamentalmente, porque no contrae una imposición al sujeto desde afuera con una causalidad

⁴ En esta tesis empleamos el término «poderosos» como sinónimo de «dominantes»; pero no nos referimos a personas *con* poder, sino a actores que ocupan una situación ventajosa en las relaciones de poder que los habilita para distribuir pretensiones de dominación.

necesaria, como los determinantes estructurales o la coerción explícita; sino que, al decir de Foucault (1999), sujetos y estructuras se constituyen uno y otro de forma recíproca y simultánea, a la par que transforman el campo de experiencia. Con esta perspectiva complementaria de la objetivación y la subjetivación, Foucault, por el momento, sintoniza bastante con las ideas de Bourdieu, y postula una revolucionaria concepción *positiva* de las relaciones poder. De manera que Foucault abandona el aspecto negativo de la dominación (la coerción, la represión) e investiga los novedosos procedimientos y técnicas profundos que convidan al consentimiento, el sometimiento, a través del control de las personas, la vigilancia, la observación jerárquica, el juicio normalizador y la parametrización institucional, por ejemplo. Enfoca su mira, así, no tanto en quién detenta el poder, sino en el *cómo* las tecnologías disciplinarias modernas dominan «desde adentro» la naturaleza rebelde de la humanidad.

Cuando se definen los efectos del poder por la represión se da una concepción puramente jurídica del poder; se identifica el poder a una ley que dice no; se privilegiaría sobre todo la fuerza de la prohibición. (...) Lo que hace que el poder agarre, que se le acepte, es simplemente que no pesa solamente como una fuerza que dice no, sino que de hecho la atraviesa, produce cosas, induce placer, forma saber, produce discursos; es preciso considerarlo como una red productiva que atraviesa todo el cuerpo social más que como una instancia negativa que tiene como función reprimir. (Foucault, 1992a: 182)

¿Cuál es el objetivo de Foucault con esta advertencia que ya se ha vuelto icónica de tanto citarla? En verdad son dos las inversiones implícitas en esta famosa cita: 1) dejemos de pensar la subordinación como un proceso pasivo de «idiotización» o «maniatización» de los dominados (un secuestro de la agencia); y, por consiguiente, 2) hurguemos en los vericuetos culturales del consentimiento (saberes, satisfacciones, costumbres, creencias y significados compartidos con determinado peso vinculante para los miembros de la comunidad de sentido). Una herencia teórica congruente con la apuesta analítica defendida en esta investigación hasta el cansancio, que, sin embargo, no implica desconocer la asimetría innata de las relaciones de dominación-subordinación-resistencia.

El propio Foucault lo reconoce cuando insiste en situar la producción discursiva de *la verdad* en el centro de las cuestiones de poder, en mi opinión, su contribución teórica más original. “El problema no es cambiar la conciencia de las gentes o lo que tienen en la cabeza, sino el régimen político, económico, institucional de la producción de la verdad” (1992a: 189). De su concepción

de «juegos de verdad» adopto otras dos enseñanzas capitales: 1) Es erróneo confundir el poder de la verdad con las formas de hegemonía (sociales, económicas, culturales) que la han cobijado durante siglos; y 2) La verdad no sería algo externo o ajeno al poder, sino que estaría ligada, de forma intrínseca, a los regímenes de producción y circulación de «veridicciones» (Foucault, 1999).

Para comprender las relaciones de dominación-subordinación-resistencia en el caso que nos ocupa, Cuba, este par de lecciones son harto valiosas. Frente a un Goliat que monopoliza la producción mediática de «la verdad» de manera muy eficiente, no alcanza un año de etnografía para estudiar, a cabalidad, los efectos políticos de la dominación posttotalitaria en la vida cotidiana, así como la creación y trasmisión de aquellas veridicciones alternativas que desafían al conjunto de reglas oficiales en cuanto al establecimiento de qué es lo verdadero / falso. “La cuestión política, en suma, no es el error, la ilusión, la conciencia alienada o la ideología; es la verdad misma” (Foucault, 1992a: 189).

1.1.2 Lo que dicen los contemporáneos

Mark Haugaard (2012) es otro autor que aboga por una mirada reconciliadora al sempiterno dilema entre agencia y estructura. “Toda interacción significativa tiene dos aspectos que deben distinguirse: el aspecto orientado a objetivos y el aspecto estructural. A veces estos son idénticos, pero generalmente no lo son” (2012: 36), asegura este autor, coincidiendo con Giddens en señalar la doble función de las estructuras: constreñir y habilitar. De hecho, Haugaard niega la supuesta incompatibilidad entre condicionamiento estructural y capacidad de agencia. En contradicción con Hayward & Lukes (2008), afirma que, en el nivel empírico, los constreñimientos estructurales, lejos de oponerse a la agencia y a la libertad de acción de los agentes, constituyen la *condición de posibilidad* de la agencia. No obstante, reconoce, todas las estructuras no habilitan por igual al agente y es tarea de la teoría normativa distinguir las estructuras deseables de las no deseables.

¿Qué significa esto de la “condición de posibilidad”? ¿Y cómo contribuye a nuestro estudio? La respuesta de Haugaard a la primera pregunta tiene que ver con la superación de la vetusta perspectiva de las relaciones de dominación como un juego de «suma cero» (los dominantes ganan poder a expensas de la pérdida de los dominados). En contextos muy estructurados y normativamente legítimos para todos, como las democracias, las relaciones de dominación pueden expandir, a la larga, el poder de todas las partes, incluso de quienes, en un momento determinado, ocupan una posición subordinada en el campo («suma positiva»).

En una contienda democrática estructurada, la ganancia de A no es la pérdida de B a largo plazo. A corto plazo, B ha sacrificado una meta. Sin embargo, como consecuencia en gran medida no intencional de esta interacción, se han reproducido las estructuras que le dan a B la oportunidad de prevalecer sobre A en alguna fecha futura. Por lo tanto, la ganancia de A no es enteramente la pérdida de B. Si B es un demócrata, a través de la obediencia ha obtenido los beneficios de reproducir ciertas estructuras que respalda. Cuanto más frecuentemente se reproducen las estructuras, más se convierten en parte del orden natural de las cosas, o *habitus*, por lo que se vuelven más confiables. Por lo tanto, la reproducción de las estructuras en realidad mejora el poder de todos, incluidos aquellos que pierden elecciones episódicamente, en momentos singulares. (Haugaard, 2012: 37)⁵

Sin dudas, es una extraordinaria y atractiva propuesta que, apelando a la profundidad temporal de las estructuras, subvierte el sentido clásico de la dominación («suma cero»), a la par que subraya el potencial «habilitador» de las estructuras, su capacidad autogeneradora como «condición de posibilidad» para la agencia futura, incluso cuando parecen más taxativas. Sin embargo, con relación a la segunda pregunta, para un contexto autocrático como el cubano, donde no existe el derecho a la contestación ni la esperanza de alternarse las posiciones privilegiadas de poder, pareciera que la apuesta de Haugaard pierde pertinencia. Aun así, su concepción de «suma positiva» nos ilumina más de lo que se podría esperar.

Es cierto: las estructuras de la dominación autoritaria son mucho más restrictivas (menos deseables) para la libre acción contestaria, y están cargadas de una dosis considerable de violencia simbólica (en el sentido delineado en el apartado anterior). Pero, paradójicamente, esas mismas características constituyen un arma de doble filo que, por la acumulación de efectos no deseados, se vuelven en su contra y las debilitan. Me explico: al fomentar la simulación y el silenciamiento, las estructuras de gobierno, en nuestro caso, promueven, en el breve plazo, la representación colectiva de la autocomplacencia, a imagen y semejanza de los designios de los dominantes. Mas, a la larga, la falta de *feedback*, de maleabilidad mutua, va creando un abismo entre las estructuras

⁵ Wrong (1995) y Clegg (1989), citados por Haugaard (2012), denominan a este fenómeno el aspecto *episódico* del poder (centrado en resultados específicos), y el aspecto *disposicional* (las reglas estructuradas del juego, que definen las disposiciones de los actores a lo largo del tiempo, y contraen la exclusión de ciertas acciones). “En ese sentido, el poder disposicional que se crea en el momento de una reproducción estructural exitosa (re)crea posiciones de empoderamiento de los sujetos. Si bien el poder episódico puede ser de suma cero (A gana y B pierde), a nivel disposicional, la relación es de suma positiva (se reproducen estructuras que garantizan la futura agencia)” (Haugaard, 2012: 38).

de la dominación y la pre/disposición a la obediencia de los subordinados. En términos de Bourdieu y Foucault, las estructuras de la dominación van perdiendo su correlato interno positivo (el autodisciplinamiento) y van adquiriendo, cada vez más, una apariencia coercitiva, externa, injusta, negativa que, obviamente, genera rechazo y resistencia.

Cuando la dominación se sostiene sobre una ficción, poco a poco, se va quebrando el matrimonio entre saber y poder, entre conocimiento discursivo y conciencia práctica, entre habitus y campo político, entre razonabilidad y orden naturalizado (dado por sentado). Al responder a un conocimiento tácito impostado, deliberado, y no a una conciencia práctica genuinamente indeliberada, las rutinas de dominación-subordinación (las prácticas de estructuración) pierden su poder de reproducción estructural. O, más bien, comienzan a reproducir, a espaldas de los dominantes, las estructuras de la resistencia, los soportes de nuevos consensos. Por una cuestión de ajuste cognitivo, se potencia el desplazamiento de la obediencia sustentada en factores estructurales (aspecto disposicional) hacia la obediencia orientada a objetivos (aspecto episódico). Pues, los agentes nunca pierden su capacidad de *razonar*, “no están completamente atrapados en su conciencia práctica. Pueden trasladar la conciencia práctica a la conciencia discursiva, lo que les da la capacidad de reflexionar sobre lo que antes podrían haber considerado el orden natural de las cosas” (Haugaard, 2012: 43). Entonces, podemos afirmar que las estructuras de la dominación autoritaria también constituyen la *condición de posibilidad* para la contestación y la emancipación.

Para el esclarecimiento del modelo analítico utilizado en esta investigación, rescato, asimismo, las contribuciones de dos autores, Stefano Passini y Davide Morselli (2009), quienes critican el extensivo uso *negativo* que se ha hecho del concepto de obediencia en la producción científica, ligándolo, por lo general, a orientaciones autoritarias, muy alejadas de las dinámicas de la democracia. A su juicio, obediencia y desobediencia son conceptos paralelos, cada uno con sus propios aspectos *constructivos* y *destructivos*. En aras de estudiar con mayor precisión las relaciones de autoridad, es importante, entonces, analizar la obediencia con una perspectiva multidimensional: tanto su faceta constructiva como la destructiva, en relación con las elecciones personales de los subordinados (la agencia). De acuerdo con estos autores, la piedra de toque que puede ayudarnos a distinguir entre una obediencia constructiva y otra destructiva es *la legitimidad*.

Apoyándose en Kelman & Hamilton (1989), Passini y Morselli sostienen que la autoridad es una forma específica de influencia social que, al estar validada y aceptada por una comunidad de subordinados, adquiere la categoría de *influencia legítima*. “Se basa en la atribución de legitimidad

a una persona, quien está en condiciones de ejercer influencia. (...) De esta manera, la relación de autoridad es una sumisión «voluntaria» (no necesariamente coercitiva) a una voluntad colectiva y común” (Passini & Morselli, 2009: 98). Esta atribución de legitimidad implica el reconocimiento de cierto estatus diferenciado a la autoridad, con base en alguna virtud escasa y bien valorada (moral, política, profesional, intelectual, etc.). Frente a la autoridad, se espera que todos los miembros de la comunidad respondan por igual y se comporten como lo exige la autoridad.

Ahora bien, Passini y Morselli proponen una distinción medular, clave para entender su enfoque multidimensional: los procesos de atribución de legitimidad suelen transcurrir a tres diferentes niveles; a saber: “1) La legitimidad del *sistema* donde la relación de autoridad tiene lugar; 2) la legitimidad de la *autoridad* en sí misma y las formas que asume (por ejemplo, autoridad burocrática, autoridad institucional; autoridad profesional, etc.); 3) la legitimidad de las *demandas* que la autoridad distribuye a los miembros del grupo”. (Passini & Morselli, 2009: 98, cursivas en el original).

Semejante disquisición analítica contrae en su seno el supuesto de que la legitimación es un proceso activo construido de abajo hacia arriba, desde la base de subordinación hacia el liderazgo. De manera tal que la influencia total de la autoridad sobre sus subordinados dependerá del balance de la legitimidad *negociada* para cada uno de estos niveles, en contextos específicos. Pero, sería ingenuo asumir que, en las relaciones de dominación-subordinación-resistencia, los mandatarios adoptan una actitud pasiva. Para granjearse la tan ansiada obediencia, la autoridad suele emplear tres clases de instrumentos: las *reglas* y las *leyes* (que definen la obediencia y la desobediencia), los *roles* (la socialización) y los *valores*.

Entonces, de manera muy esquemática, tenemos un modelo multinivel que dice que la obediencia de las personas debe analizarse en función del nivel de la legitimidad (sistema, autoridad, demanda), así como del fundamento en el que basen su relación con la dominación (reglas / leyes, roles, valores). Así, por ejemplo, si en un sistema normativamente legítimo, una autoridad aparentemente legítima intenta hacer imperar una demanda ilegítima, el acto de desacatar dicha demanda puntual sería, para estos autores, un caso de *obediencia constructiva* por parte de ciudadanos orientados hacia valores comunes específicos. En otras palabras, la *obediencia constructiva* es un acto de autodeterminación que no les deja toda la responsabilidad a los mandatarios. La persona evalúa la legitimidad de cada demanda puntual y asume la responsabilidad de su decisión de obedecerla o desobedecerla.

Desde esta óptica, la obediencia nunca es ciega y no tiene por qué contraponerse a la desobediencia. En todo momento, ambas están presentes al unísono, sólo que aluden a diferentes facetas de las relaciones de poder. La desobediencia se refiere a las demandas y/o la autoridad (reglas, leyes, roles); la obediencia al sistema y los valores. Desglosada así, “este tipo de obediencia evita ser destructiva al ser siempre crítica, mientras que este tipo de desobediencia no amenaza la relación de autoridad, sino que la mejora” (Passini & Morselli, 2009: 99). La obediencia destructiva, por su parte, supondría una identificación a ultranza con la autoridad que ignora la ilegitimidad de las demandas de esa autoridad y sus consecuencias negativas para el sistema en conjunto (tales como las conductas reportadas durante el nazismo y el experimento de Milgram, por ejemplo).

Salvando ciertas distancias analíticas de origen, podríamos aseverar que, entre la obediencia destructiva y la obediencia sustentada por prácticas de estructuración, de Haugaard, existen vasos comunicantes, en cuanto a la internalización del autocontrol y la rutinización indeliberada del consentimiento. Mientras que la obediencia constructiva, desde uno de sus ángulos, está emparentada con la obediencia orientada a objetivos, respecto al predominio de la razonabilidad y la conciencia reflexiva. No obstante, Passini y Morselli dan un paso más allá, cuando extienden el uso de esta dicotomía al ámbito de la desobediencia y nos alertan sobre los peligros de una desobediencia “antisocial”, enfocada a la transformación de las relaciones de poder para beneficio exclusivo de un determinado grupo, en perjuicio de otros⁶.

En resumen, el tema de la obediencia también concierne al papel de la desobediencia. La desobediencia puede concebirse como una protesta que socava la legitimidad de la autoridad. Alternativamente, puede representar un instrumento para controlar la legitimidad de las demandas de la autoridad, convirtiéndose en un factor protector contra el autoritarismo y la pérdida de la democracia. (...) La desobediencia juega un papel importante en evitar los crímenes de la obediencia. (...) De hecho, cada vez que no se cuestiona la legitimidad de la demanda, la relación de autoridad corre el riesgo de degenerarse: cuanto más una persona falla en tener un papel crítico

⁶ “Es más probable que la desobediencia antisocial implique abogar por el propio grupo para lograr derechos específicos y restringidos y fomentar políticas que no borren la desigualdad, sino que cambien la distribución de la desigualdad. De hecho, reclamar derechos individuales contra los derechos de otros grupos puede preservar o incrementar el conflicto intergrupal, sin resolverlo. Por el contrario, la desobediencia pro-social promueve un cambio social dirigido a la sociedad en su conjunto” (Passini & Morselli, 2009: 102).

y activo en el control de las acciones de las autoridades, es más probable que la autoridad use la coerción y la persuasión para imponer su poder. (Passini & Morselli, 2009: 99-103)

Visto así, podríamos preguntarnos: ¿Son útiles estos tipos de (des)obediencias para comprender la Cuba actual? ¿Tendrá que ver la falta de democracia con esa falla de la obediencia constructiva? ¿Sobre qué pilares se sostiene la dominación cuando la deslegitimación invade los tres niveles de la autoridad? ¿La disidencia marginal, a lo Scott, mayoritaria en la Cuba actual, se puede catalogar como una desobediencia constructiva o destructiva? ¿De qué maneras puede la resistencia subterránea, con el tiempo, horadar el fundamento de la legitimidad del sistema? ¿Bajo qué «condiciones de posibilidad» la desobediencia puede tornarse lo suficientemente constructiva / destructiva como para cambiar por completo el sistema de dominación (transiciones a la democracia / autoritarismos)?

Por supuesto, no es este el lugar para responder esas preguntas. Ni siquiera podré contestarlas todas en las secciones y capítulos subsiguientes. A manera de «probadita», sólo adelantaré que, a primera vista, pareciera que ninguno de los cuatro tipos de obediencia / desobediencia escrutados por Passini y Morselli tuviera demasiadas expresiones empíricas en la sociedad cubana actual. En todo caso, valdría la pena explorar la pertinencia de un quinto y un sexto tipo *sui generis*, frutos de la mezcla y exacerbación de algunas de las características de los anteriores: la «obediencia superdestructiva», la «desobediencia superdestructiva». La primera, por ejemplo, implicaría el acatamiento dócil de demandas ilegítimas, incluso en perjuicio propio, sin que ni siquiera medie una identificación seria con la autoridad, las reglas, los roles o los valores del sistema. Un fenómeno que, como vimos antes, termina debilitando las estructuras del sistema político. La «desobediencia superdestructiva», por su parte, contraería el desacato sistemático de las reglas y las leyes, a nivel masivo, con el fin de obtener beneficios individuales, evitando reformar la política o refutar la legitimidad de la autoridad; o peor aún: simulando conformidad. Ambas tendencias, dignas de la etiqueta «aberrante», serán foco de nuestra atención en el transcurso de esta tesis.

1.1.3 Gaventa y Scott: un tándem indispensable

Hay dos autores cuyos aportes conceptuales inspiran y nutren de manera sustantiva esta investigación, en cuanto al maquetado, desmenuzamiento, interpretación y uso del modelo analítico. Ellos son John Gaventa, con su concepción multidimensional y sistémica de las relaciones de poder; y James Scott, defensor acérrimo de las dimensiones de agencia presentes en

los procesos de subordinación, así como de la complejidad, poco visible, de las dinámicas de la resistencia. En este apartado me apropiaré críticamente de sus contribuciones e intentaré resaltar el potencial de su posible combinación.

1.1.3.1 La «maquila» del consentimiento a examen

De partida, debe destacarse que la propuesta de Gaventa (1980) resulta un esfuerzo ingente por superar las carencias del enfoque unidimensional del poder (Dahl, 1957; y Polsby, 1963) y de su contraparte, el enfoque bidimensional (Schattschneider, 1960; Bachrach & Baratz, 1962 y 1970). Al primero, Gaventa le critica estar demasiado centrado en *el comportamiento* (hacer, participar), con la falsa presunción de que la arena política –los espacios de tomas de decisiones–, está abierta a la influencia de cualquier grupo organizado y, por ende, a la construcción de consensos. Desde esta visión «noble» y equilibrada de las relaciones de poder, la no participación o inacción de los grupos desfavorecidos se explica, culturalmente, por la apatía, la ineficacia política, el cinismo o la alienación de sus miembros.

Al segundo enfoque, Gaventa le reconoce cierta superación de las limitaciones del primero, toda vez que se interesa por los procesos de *exclusión* de ciertos actores y temas del concierto político. A diferencia de la perspectiva anterior, el revelamiento de los mecanismos indirectos del poder (las barreras de no-participación y no-temas), en definitiva, pone el acento en el problema de la asimetría de las relaciones de dominación. En ese sentido, Bachrach & Baratz (1970) postulan una idea muy sugerente: la «movilización de prejuicios» se sostiene no sólo mediante decisiones políticas, sino principalmente a través de procedimientos que promueven la *no-decisión*, entendida como la frustración o aniquilamiento de un desafío latente o manifiesto al *statu quo*. Una tesis cuya comprobación empírica resulta muy pertinente y útil en el contexto autoritario de Cuba, pero vista desde un plano contrapicado: ¿Cómo interactúa la gente, en su vida cotidiana, con estas técnicas de poder que incitan a abstenerse de reclamar y exigir cambios?

Una forma de toma de no-decisiones, ellos sugieren, puede ser la fuerza. Una segunda puede ser la amenaza de sanciones, negativas o positivas, que van desde la intimidación... hasta la cooptación. Una tercera puede ser la invocación de prejuicios existentes del sistema político –una norma, precedente, regla o procedimiento– para silenciar una demanda amenazante o un problema incipiente. Esta puede incluir la manipulación de símbolos, como, en ciertas culturas políticas, «comunista» o «problemático». El cuarto proceso que ellos citan implica la reformulación o

reforzamiento de la movilización de prejuicios, a través del establecimiento de nuevas barreras o nuevos símbolos contra los esfuerzos de los desafiantes por aumentar el alcance del conflicto. (Gaventa, 1980: 14)

No obstante, Gaventa le reprocha a la perspectiva bidimensional su incapacidad para determinar empíricamente si el consenso –la falta de conflicto aparente– es genuino o falso (impuesto mediante la internalización de rutinas, roles, etc.). Es decir, el énfasis de este enfoque en los conflictos observables lo lleva a desconocer lo que, a juicio de Gaventa, deviene el quid de las relaciones de poder: ¿cómo se las arreglan los dominantes para mantener los conflictos *latentes*, evitando que emerjan a los primeros planos del escenario político? Se trata entonces, de rastrear aquellos procesos de toma de decisiones menos evidentes. El conjunto de inacciones institucionales, reacciones anticipadas de los subordinados (autocensura, e.g.) y efectos imprevistos de la interacción dominante-subordinado que, más que una *no-decisión* observable pueden revelar un *no-evento*, con raíces subjetivas más hondas y veladas.

Es precisamente aquí donde entra en juego la concepción tridimensional del poder de Steven Lukes (2007), heredada, refinada y testada empíricamente por Gaventa: una perspectiva enfocada en los mecanismos *profundos* de la dominación, los efectos subjetivos del poder, la modelación del pensamiento, la manipulación deliberada de las necesidades, preferencias, deseos y expectativas de los dominados por parte de los poderosos, a partir del refinado control de la información y las agencias de socialización (lo que en el cuarto epígrafe de este capítulo llamamos “«dominación ideológica», siguiendo la lógica weberiana). “Puede haber otros medios más indirectos por los cuales el poder altera las concepciones políticas. Ellos implican adaptaciones psicológicas al estado de estar sin poder” (Gaventa, 1980: 16).

A menudo asociada con la impotencia acumulada en las dos primeras dimensiones (derrotas continuas), la particularidad más significativa de esta tercera cara del poder es que suele cobrar forma de manera oculta, encubierta, ajena a conflictos explícitos. “En el enfoque tridimensional está la sugerencia del uso del poder para adelantarse por completo al conflicto manifiesto, a través de la configuración de patrones o concepciones de no-conflicto” (Gaventa, 1980: 13). Según esta mirada, los efectos tridimensionales del poder pueden promover en los subordinados un tipo de conciencia múltiple o dividida, plagada de ambigüedades y superposiciones, que la hacen susceptible de ser manipulada por los poderosos. De manera que los dominados podrían, por ejemplo, reconocer y enarbolar ciertas quejas, reclamos o demandas, pero sin emplazar

directamente a los dominantes como responsables; quizás buscando, de modo inconsciente, chivos expiatorios. O, tal vez, actuar “sobre la base de quejas mal concebidas, contra el objetivo equivocado o mediante una estrategia ineficaz” (Gaventa, 1980: 20).

¿No estriba el supremo y más insidioso ejercicio del poder en impedir en cualquier medida que las personas tengan agravios, recurriendo para ello a modelar sus percepciones, cogniciones y preferencias de suerte que acepten su papel en el orden de cosas existente, ya sea porque no pueden ver ni imaginar una alternativa al mismo, ya sea porque lo ven como natural e irremplazable, o porque lo valoran como algo ordenado por Dios y beneficioso? (Lukes, 2007: 20)

Visto así, el enfoque tridimensional del poder apunta a una zona de la dominación ciertamente hasta entonces ninguneada, por demás oscura y pantanosa: «la manufactura del consentimiento». Esos procesos cognitivos de creación de razones y justificaciones para la obediencia y la docilidad, al menos de manera aparente y provisional⁷, que, sin lugar a duda, hay que tener en cuenta a la hora de investigar las relaciones de dominación-subordinación-resistencia. Sin embargo, este punto de vista continúa poniendo un excesivo acento en la capacidad de influencia unilateral de los dominantes, a expensas de la ingenuidad, maleabilidad o indefensión de los dominados. Una tendencia muy patente en el análisis que Gaventa propone de las «sociedades cerradas» (como Cuba), donde las relaciones dominantes-subordinados son altamente desiguales. Siguiendo a Paulo Freire, Gaventa afirma que, en tales sociedades, los dominados desarrollan una gran dependencia de los poderosos, la cual les impide tener una acción autodeterminada e, incluso, reflexionar críticamente sobre su comportamiento.

Negado este proceso dialéctico, y negada la experiencia democrática a partir de la cual crece la «conciencia crítica», desarrollan una «cultura del silencio». La sociedad dependiente es, por definición, una sociedad silenciosa. La cultura del silencio puede impedir el desarrollo de la conciencia entre quienes no tienen poder, otorgándole al orden dominante un aire de legitimidad. Como en el sentido de los carentes de poder también puede fomentar una susceptibilidad de la sociedad dependiente a la internalización de los valores propios de los dominantes. (1980: 18)

⁷ “Jon Elster [1983] ha denominado a esto «formación de preferencias por adaptación»: el recorte de los deseos para adaptarlos a las circunstancias. Es evidente, tal como han señalado varios críticos, que ajustar las aspiraciones propias a lo que es factible es sensato y en verdad prudente. Lo que Elster trata de identificar son aquellos casos en los que la adaptación no es autónoma.” (Lukes, 2007: 165)

En contraste con tal perspectiva, esta investigación reivindica la idea de la «cocción cultural» de la subordinación, que no ignora las asimetrías de las relaciones de dominación, pero que las resitúa en el marco de procesos más bidireccionales, diversos y dinámicos, constantemente resignificados, negociados y contestados (como veremos luego con Scott). Al contrario de Lukes y Gaventa, sugiero pensar la dominación como una *pretensión* de superioridad política (poderosa por la disponibilidad amplia y variada de recursos, pero no omnipotente) que, necesariamente, pasa por el filtro *activo* de la subordinación (ejercicio de agencia también poderoso por sus implicaciones para la estabilidad colectiva, pero a veces limitado por la carencia de recursos). Vale aclarar que activo no siempre significa siempre racional o consciente; la respuesta cotidiana a la dominación a menudo está llena de discursos y prácticas *indeliberados*. Ambas, la pretensión de dominar y la aceptación convencida o estratégica de subordinarse, se encuentran por completo abiertas a las influencias de las manifestaciones de resistencia, cuyo *milieu*, por antonomasia, es también el campo de la cultura, las ideas, la construcción de sentidos.

De cualquier forma, es justo señalar, las tres dimensiones del poder y sus correspondientes mecanismos de relación dominante-subordinado –insiste Gaventa– han de verse como interrelacionadas y *acumulativas* por naturaleza. El impacto debe evaluarse en su totalidad; de modo que cada dimensión puede intensificar o debilitar la fuerza de la otra. Además, lo que separamos en estancos analíticos distintos, advierte el autor, puede de hecho ocurrir simultáneamente y solaparse, dificultando su aprehensión sociológica. Asimismo, las relaciones de poder sólo pueden entenderse con referencia a su desarrollo a través del tiempo y de su propio impulso o efecto inercial. De modo tal que, “el estudio de la pasividad en una situación de posible conflicto se convierte en la tarea, más que el estudio del conflicto manifiesto en una situación que de otro modo se suponía libre de conflicto” (Gaventa, 1980: 26).

A pesar de rescatar el valor de la profundidad temporal, esta propuesta analítica contiene otra arista cuestionable, contrapuesta con los postulados de esta investigación: la idea de la autosuficiencia o el efecto inercial de las relaciones de poder. Gaventa asevera que, una vez afianzadas las relaciones de poder, su mantenimiento es “autopropulsado” y los intentos de introducir modificaciones resultan “inevitablemente difíciles”. “De hecho, en la medida en que A pueda mantener el conflicto dentro de las arenas de la segunda o la tercera dimensión, A continuará prevaleciendo simplemente a través de la inercia de la situación” (Gaventa, 1980: 24). En oposición a este supuesto, que reifica la estabilidad social y trata a los dominados como robots

programados, sostengo que la subordinación (en últimas, la gobernabilidad de una comunidad) implica un considerable *trabajo de institución* local, cotidiano y continuo, por parte de agentes activos, fuertemente intervinculados e interdependientes, dotados de «*accountability*» (ver capítulo III, epígrafe 3.3.4) y capacidad de resistencia.

Semejante postura no pretende restarles importancia a los procesos de habituación, rutinización y sedimentación de orientaciones políticas. Para nada. Los considero, incorporo y estudio con suma atención. He comprobado empíricamente que cumplen un rol fundamental en la reproducción sistemática del orden político cubano. Más bien se trata de desmitificarlos y reconocer que no son monolitos homogéneos, invariables; sino que están expuestos a la crítica, la creatividad, la contingencia, la espontaneidad del trenzado cotidiano de las redes de poder y sus efectos imprevistos, así como a la emergencia y masificación de nuevos patrones culturales de comportamiento social. Porque cualquier sociedad es, sobre todo, inmensamente diversa. La heterogeneidad (de creencias, valores, representaciones, actitudes, expectativas, etc.) es la matriz cultural que garantiza la variabilidad inmanente. De forma que, en un tiempo relativamente breve, un discurso o práctica anómalo, minoritario, puede llegar a convertirse en una tendencia general y alterar el panorama de hábitos, rutinas y reglas hasta entonces imperante.

1.1.3.2 Sí pero no, la resistencia se cuece a la sombra... y a fuego lento

Como ya ha quedado claro, la tercera dimensión del poder resulta de capital importancia para deconstruir, de abajo hacia arriba, los procesos de producción cotidiana de la gobernabilidad de una sociedad política. Pero, no sólo para desmontar los mecanismos profundos de la dominación, como proponen Lukes y Gaventa; también para visibilizar e interpretar, en su justa medida, los discursos y prácticas estratégicas que conforman la *infrapolítica* de los subordinados, la resistencia. Para ello, sin dudas, la obra de James Scott es un referente obligado, un baluarte alternativo frente al reduccionismo analítico que limita la capacidad de agencia a sólo uno de los dos polos de la relación o, cuando menos, simplifica la subordinación a mera aquiescencia (in)consciente, pasiva, «silente» e inofensiva.

Al igual que Lukes y Gaventa, Scott enfatiza la importancia del lenguaje, los símbolos, los mitos, los rumores, las bromas, los relatos populares, entre otros ejemplos de la construcción social de significados; pero en sentido contrario al de aquellos autores. A Scott le interesa su función crítica contrahegemónica, la potencia de estos instrumentos para cuestionar, ridiculizar y horadar

la legitimidad de los dominantes. Este tipo de insubordinación ideológica casi siempre se ampara tras el velo de la privacidad o el anonimato, la ambigüedad y la anfibología. Si bien, excepcionalmente, puede ser caldo de cultivo para experiencias disruptivas explícitas, desafiantes.

En el esquema analítico scottiano es cardinal el clivaje entre espacio público y privado. Cada uno subdividido, a su vez, según el rol representado: dominante o subordinado. Así, encontramos en el escenario más visible de la vida cotidiana el acoplamiento entre el discurso público de los poderosos (discurso oficial) y el discurso público de los dominados. Este último, por lo general, a fin de evitar potenciales sanciones, castigos o perjuicios, tiende a la conducta prudente, la adulación, el respeto de las apariencias, la actitud congruente con el autorretrato que quieren proyectar los privilegiados.

Cuanto más grande sea la desigualdad de poder entre los dominantes y los dominados y cuanto más arbitrariamente se ejerza el poder, el discurso público de los dominados adquirirá una forma más estereotipada y ritualista. En otras palabras, cuanto más amenazante sea el poder, más gruesa será la máscara. (Scott, 1985: 26).

Entretanto, en el *backstage*, tras bambalinas, cada una de las partes se despoja de las máscaras más pesadas y da rienda suelta a sus discursos ocultos, más naturales, espontáneos, apegados al sentir real. En este ámbito privado, a salvo de la vigilancia y el control de los superiores, los subordinados conspiran y (re)crean un tipo de insubordinación que Scott denominó *disidencia marginal*, de importancia central para esta investigación. Los discursos ocultos de los dominados son, comúnmente, productos culturales colectivos⁸, frutos de una cultura política disidente que navega entre las corrientes, turbulentas y contrapuestas, de la necesidad de cuestionar, de discreción y de complicidad. “La dialéctica de ocultamiento y vigilancia que abarca todos los ámbitos de las relaciones entre los débiles y los fuertes nos ayudará, creo yo, a entender los patrones culturales de la dominación y la subordinación” (Scott, 1985: 27).

Entre estos dos extremos del discurso de los subordinados –el público, halagador de las élites, y la crítica o burla soterrada–, Scott sitúa otros dos tipos de discursos políticos intermedios. El primero de ellos conformaría un sector de la modalidad de desobediencia que he llamado en el

⁸ “Otra característica esencial del discurso oculto, a la que no se le ha prestado la suficiente atención, es el hecho de que no contiene sólo actos de lenguaje sino también una extensa gama de prácticas. (...) En cada caso, estas prácticas contradicen el discurso público de los respectivos grupos y, en la medida de lo posible, se las mantiene fuera de la vista y en secreto.” (Scott, 1985: 38).

capítulo III (epígrafes 3.5.2 y 3.5.3) *disidencia moderada*. Se trata del ejercicio público de la crítica cobijada por una política del disfraz, el anonimato, la ambigüedad, el bajo perfil; estrategias todas encaminadas a disminuir la exposición de los desafiantes. En esta categoría entran los rumores, los chismes, las historias populares, los chistes, las parodias, los ritos, los eufemismos y toda clase de invenciones de la cultura popular subordinada. Como, por ejemplo, el ingenioso refrán popular cubano que critica los bajos salarios en el sector estatal y justifica la consiguiente improductividad laboral: “*El Estado hace como que me paga, y yo hago como que trabajo*”.

Si la disidencia abandona los métodos indirectos de expresión e irrumpe de manera descarnada en la esfera pública, estamos en presencia de “la ruptura del *cordón sanitaire* entre el discurso oculto y el público” (Scott, 1985: 43). Cuando la oposición es abiertamente desafiante, podemos denominarla, sin tapujos, *disidencia frontal*. Una noción que comprende todo tipo de manifestaciones de protesta, las cuales, por prudencia, no conviene estudiar en una investigación de este corte, en un contexto como el cubano. No obstante, el examen detallado de la disidencia marginal y moderada seguramente arrojará mucha información indirecta acerca del «sustrato vitamínico» de aquellas formas de resistencia más rebeldes. “Ni las formas cotidianas de resistencia, ni la insurrección ocasional se pueden entender sin tener en cuenta los espacios sociales cerrados en los cuales esa resistencia se alimenta y adquiere sentido” (Scott, 1985: 45).

En todo caso, ante la falta de libertad de expresión y procedimientos democráticos para canalizar las iniciativas contenciosas, la profundización en los diferentes tipos de desobediencia resulta una herramienta imprescindible para justipreciar la cara más visible de la dominación y examinar qué tan afianzados están la lealtad, el conformismo, la simulación o, inclusive, el cinismo en el grupo subordinado⁹. Los verdaderos motivos de los actos públicos de deferencia, la «caja negra» de la subordinación, sólo pueden ser develados con un marco analítico y un diseño metodológico como el aquí empleado, que enfatice la investigación en las zonas de la relación donde la autoridad está relativamente más debilitada y los dominados disfrutan de una mayor libertad de expresión. Esto es: el espacio privado y sus umbrales (los entornos comunitarios más próximos y confiables). Sin olvidar, por supuesto, que las relaciones de poder tienen el don de la

⁹ “Cuando el guion es muy estricto y las consecuencias de un error son muy grandes, los grupos subordinados pueden considerar que su conformidad es una forma de manipulación. Siempre que sea táctica, la conformidad será sin duda manipuladora” (Scott, 1985: 59).

ubicuidad; pueden presentar alcances diferentes en cada extremo del espectro, pero nunca están del todo ausentes.

Si la dominación es particularmente severa, lo más probable es que produzca un discurso oculto de una riqueza equivalente. El discurso oculto de los grupos subordinados, a su vez, reacciona frente al discurso público creando una subcultura y oponiendo su propia versión de la dominación social a la de la élite dominante. Ambos son espacios de poder y de intereses. (Scott, 1985: 53)

La propuesta de Scott no hace otra cosa que reivindicar un postulado hartamente defendido en esta tesis: la subordinación es un proceso pletórico de agencia. Sí, constreñida por las pretensiones de dominación, la asimetría de recursos, las circunstancias desfavorables y las inercias culturales; pero, a su vez, habilitada por la disposición, creatividad, reflexividad y osadía de seres conscientes, inquietos, diestros, renuentes y, a veces, hasta calculadores. “Conformidad es un término demasiado débil para expresar la activa manipulación que extrae de los ritos de subordinación beneficios personales: se trata de un arte en el cual todos pueden enorgullecerse de haber logrado dar una falsa imagen de sí mismos” (Scott, 1985: 59). Y, aunque el cálculo racional de costos/beneficios no sea el único elemento en juego en las relaciones de poder, siempre puede ser, al menos, una variable a tener en cuenta para matizar la mirada absolutista.

Es bien sabido: hay situaciones en que, incluso con un saldo utilitario desfavorable para los subordinados, la relación de dominación persiste en el tiempo más de lo que se pudiera esperar. En estos ejemplos es necesario considerar las variables de fuerza (coerción) y penetración ideológica (Lukes y Gaventa). Pero, aún en esos casos en que los débiles se ven obligados/convidados a reproducir las apariencias ordenadas por los fuertes, la capacidad de agencia de los dominados no desaparece. Incluso en aquellos escenarios donde los dominados recurrentemente han de controlar en público sus impulsos violentos –movidos por sentimientos de enojo, indignación, antipatía, contrariedad, etc.–, podemos encontrar en el discurso oculto, según Scott, recreaciones simbólicas de los deseos de venganza y de agresión recíproca. La disidencia marginal deviene, así, el espacio creativo donde se le da cumplimiento a la fantasía de la rebelión, que, a menudo, cobra forma en prácticas secretas de resistencia.

Parapetado en esta defensa a ultranza de la infinita capacidad de agencia de los subordinados, inclusive en sociedades cerradas, Scott hilvana una sólida crítica a la noción (neo)marxista de la «falsa conciencia» y la hegemonía. A su juicio, tanto la teoría *fuerte* de la «falsa conciencia» –que

presupone el convencimiento ideológico de los dominados (Lukes y Gaventa¹⁰)— como la *débil*— que naturaliza la resignación ante la falta de alternativas— adolecen del mismo problema: no dan cabida al desarrollo de los conflictos, mucho menos los violentos, entre dominados y poderosos. A nivel analítico, ambas constituyen camisas de fuerzas que limitan por completo la iniciativa de los subordinados para sacudirse la tiranía de las máscaras, los roles y normas más injustas.

Según Scott, no hay evidencia histórica que pueda atribuir los déficits de resistencia a la incapacidad de los subordinados para imaginar un orden político contrafáctico. Por el contrario, sugiere, los súbditos, imputados con el adefesio de la «falsa conciencia», han demostrado, a lo largo de la historia, no creer en la «inevitabilidad» de la opresión y ser muy capaces de emprender acciones revolucionarias hasta alterar las pautas de la dominación. “Si el discurso público controlado por la élite tiende a *naturalizar* la dominación, parece también que una *tendencia equilibradora* se encarga muchas veces de desnaturalizar la dominación” (Scott, 1985: 106).

En la base de su crítica se halla el sempiterno dilema entre estabilidad y cambio social. Desde su punto de vista, las teorías de la «falsa conciencia» y la hegemonía, por absolutistas, resultan totalmente incapaces de explicar las revueltas, los estallidos sociales. En cambio, la teoría de la resistencia cotidiana activa, sutil, oculta, acumulativa, parece más idónea para explicar el conflicto, antes y después de su salto al escenario público o explosión. Sin embargo, Scott no dice que su teoría poco explica el fenómeno contrario: la postergación indefinida de la rebelión, en condiciones aparentemente cuajadas para dar lugar a la protesta (Cuba). Cosa que sí hacen las teorías rivales.

Entonces, a todas luces, más que de reemplazamientos y soliloquios excluyentes, se trata de combinar armoniosamente ambas escuelas y ponerlas a dialogar, hasta donde sea posible. Hemos visto que, aunque discrepantes, antitéticas no son. Más bien enfatizan áreas diferentes de las

¹⁰ Aunque Scott sitúa a Gaventa a mitad de camino entre las variantes fuerte y débil de la teoría de la «falsa conciencia», en mi interpretación, su propuesta clasifica mejor en la primera. Toda vez que Gaventa insiste en ir más allá de la naturalización de la resignación (o sea, de las barreras de no-participación) y ahondar en los mecanismos que promueven la internalización (legitimación) de los valores de los dominantes. Si bien, vale aclarar, el propio Gaventa rechaza el término «falsa conciencia»: “La conciencia se refiere a un *estado*, como un estado de ser, y por lo tanto solo puede falsificarse mediante la negación del estado mismo. Si la conciencia existe, es real para sus poseedores y, por lo tanto, para la situación de poder” (Gaventa, 1980: 29). Con lo cual, su modelo analítico parecería encajar mejor en una teoría de la hegemonía, más preocupada por las fuentes, el contenido, de la dominación, que por la veracidad de estos contenidos. No obstante, determinar si la conciencia “es crítica o asumida, si se ha desarrollado a través de la influencia indebida de A” (Gaventa, *ibídem*) no es menos peliagudo y polémico que la idea de la falsabilidad. De hecho, la pretensión gaventiana de comprobar si la conciencia es genuina o impuesta enfrenta los mismos problemas lógicos que pretende superar: negar la autenticidad de la conciencia implicaría, de cierta manera, asumir que es impostada.

dinámicas de poder: Gaventa la dominación-subordinación, Scott la subordinación-resistencia; polos que urge acoplar en un enfoque relacional como el nuestro. Y así lo intentaremos en esta investigación, con la debida cautela y vigilancia epistemológica; pues, tampoco hay por qué forzar la comunión. Por ejemplo, vale la pena indagar cómo la orientación subjetiva hacia el vínculo – signada por las vivencias, el contexto y la capacidad de juicio de cada persona– puede ayudar a descomponer, diferenciar y rearticular la *experiencia colectiva* tanto de la subordinación como de la resistencia; entre muchos otros posibles temas vinculantes.

1.1.3.3 *Un necesario Post scriptum a Scott*

De hecho, esta necesidad de ahondar en la heterogeneidad y complejidad de los procesos de subordinación y disidencia recoge una crítica crucial que Charles Tilly (1991) le endosa a Scott, cuando le reprocha haber saldado la tensión entre lo subjetivo y lo colectivo mediante una simple e inverosímil agregación directa de las experiencias mentales compartidas. Ante el argumento de que, a mayor libertad de expresión y uniformidad en las condiciones de subordinación, mayor homogeneidad y moderación del discurso oculto de los dominados, Tilly le replica a Scott con dos cuestionamientos clave: 1) “¿Qué constituye la *uniformidad* entre las condiciones de subordinación? ¿En qué medida, por ejemplo, los subordinados confían en creencias compartidas sobre lo que ellos tienen en común?”, por un lado. Y, por el otro: 2) “¿Algunos tipos de subordinación producen mayor uniformidad, supresión de la *ira* u oportunidades de comunicación que otros?” (Tilly, 1991: 598).

En efecto, el argumento de que cada población subordinada produce una transcripción oculta *unitaria y compartida* resulta demasiado llano y reduccionista. Y sólo con profundidad se puede ampliar el alcance de la mira sociológica. Al escarbar en la vida cotidiana de los dominados –con suficiente paciencia, curiosidad e inconformidad–, comenzamos a cuestionarnos por qué Scott limita a sólo dos los discursos ocultos. ¿Será más pertinente ampliar el diapasón y segmentar los discursos ocultos según las distintas maneras en que se construyen, comparten y mutan? ¿O de acuerdo con el sector de la subordinación que lo reproduce, quizás? Como veremos en los resultados de esta tesis, no son idénticos los discursos ocultos (tampoco el público) de un trabajador estatal leal a los valores comunistas del gobierno que los de un trabajador estatal indiferente o adúlador. Ni se parece el discurso o las prácticas de disidencia marginal de un jubilado que recibe remesas del exterior al de una joven cuentapropista angustiada por las finanzas y deseosa de

emigrar. Todo apunta a que el análisis de la resistencia, en general, exige una mirada mucho más diversificada y compleja que la sugerida por Scott.

En esa cuerda, por ejemplo, Tilly le pregunta a Scott con gran acierto: “¿Los subordinados nunca se resisten a la transcripción oculta?” (Tilly, 1991: 598). Este tema de la resistencia a la resistencia (la «contrarresistencia») no es menor. Y está directamente relacionado con la construcción dialéctica de estados de opinión, consensos y des/legitimaciones. ¿Qué pasa cuando diferentes (e, incluso, antagónicos) discursos ocultos se encuentran? Algo muy común en la cotidianidad de las familias y las comunidades. ¿Las personas, se atrincheran, se pelean, se contaminan, se evitan, o se dan por incorregibles? ¿O confluyen más de una de estas variantes?

La obediencia, bajo el lente de Scott, resulta ser una especie de insurrección constante y “el salto principal de la obediencia a la rebelión radica en la vulnerabilidad visible del partido dominante” (Tilly, 1991: 599). ¡Hum! Un argumento bastante razonable, plausible, pero que, después de todo, continúa subestimando la capacidad de agencia de los dominados. Sobran ejemplos de levantamientos (fracasados y exitosos) que no creyeron en la «impenetrabilidad» de los dominantes. Concedido Scott: la disidencia marginal, largamente cultivada por los subordinados en actos sistemáticos de infrapolítica, constituye la materia prima básica para la sublevación. Sin embargo, habría que considerar la hipótesis de que tal vez sea la propia variación interna de esta materia prima el determinante de las revueltas o las revoluciones; y no tanto la estructura de oportunidades creada por la debilidad de los poderosos. O mejor aún: la combinación de ambos factores junto con el contexto.

En otra sustentada réplica a la propuesta de Scott, Helena Flam critica, a partir de la sistematización de evidencia histórica, la idea universal de que *la ira* de los oprimidos, cocinada a fuego lento a la sombra del discurso público, inevitablemente explotará algún día en la cara del opresor. Analizando varias experiencias de Polonia y Alemania del Este antes de 1989 y de Serbia en 1996-1997, Flam demuestra que, aun cuando los dominados alberguen sentimientos de enojo y cólera frente a la dominación y sus consecuencias, es posible que opten por no explicitar esa ira, por miedo a las sanciones negativas (el castigo) de los poderosos. En su lugar, “el miedo a la represión y el deseo de diluir la ansiedad propia y de los espectadores, argumento, explican por qué, en esta región después de 1980, la protesta asumió formas cada vez más ambivalentes, satíricas y carnavalescas” (Flam, 2004: 171). La ira es prerrogativa de los encumbrados en la jerarquía del orden político, su instrumento de poder.

Lo interesante de la tesis de Flam es que se sustenta incluso en contextos donde existen espacios para la autonomía de la sociedad civil y tolerancia a la disidencia moderada, pero donde la amenaza del uso de la fuerza represiva pende sobre la ciudadanía, de forma permanente, como espada de Damocles. En tales escenarios, asegura la investigadora, los manifestantes comienzan las protestas temerosos, con mucha ansiedad y precaución, anticipando y tratando de diluir la potencial furia de su oponente. De modo que no se utiliza la rabia para caracterizar la explosión ni para movilizar al «público», que más bien suele mostrarse apático e incrédulo. En cambio, surgen –despojadas de ira, al menos en la superficie–, formas de protesta muy creativas: ambiguas, polivalentes, pintorescas, divertidas, farsescas, surrealistas; eso sí: con un alto grado de sujeción situacional y temporal (contingencial), dependientes del desarrollo de los eventos.

Más adelante [después de 1980], formas de protesta sofisticadas, más o menos carnalescas, a la vez cautelosas y desafiantes, ambivalentes, aunque siempre abiertas, se multiplicaron. El mensaje seguía siendo quizás ambiguo, pero el mensajero era fácilmente identificable en todas estas protestas. La “ira a fuego lento” de Ost [1990], la esperanza y el coraje civil alimentaron la protesta, pero *el miedo* decidió sus formas. [...] Apostaron por la posición del crítico pero tolerado bufón de la corte. Estos movimientos de protesta se basaron en un enfoque imaginativo y dramático para representar una realidad imaginaria no amenazante. (Flam, 2004: 179)

Aunque la «nota al pie» que Flam le desliza a Scott por debajo de la puerta no es tan demoledora como pretende, y más bien pareciera una especificación al alcance de la teoría de aquel, a decir verdad, en nuestro caso, contribuye de modo significativo a enriquecer el enfoque analítico y la interpretación del material empírico. Ciertamente, las condiciones de posibilidad para la protesta son muy diferentes en un régimen represivo respecto a otro democrático. Y la advertencia de Flam es válida no sólo para la manifestación pública de la contestación (disidencia frontal), sino de todas las formas de resistencia aquí integradas, incluidas la disidencia marginal y la moderada. En Cuba, como se verá más adelante, la variable «miedo» (al gobierno) es una constante omnipresente en los discursos y prácticas de muchos ciudadanos, y el procesamiento diferenciado de ese miedo pudiera explicar buena parte de las variaciones en el comportamiento político y el grado de desobediencia, junto a otros factores coadyuvantes que influyen en el nivel de autonomía de las personas (vínculo laboral con el Estado o no, solvencia económica y pertenencia generacional, entre otros).

Con la justificada acotación de Flam, culmina este sinuoso recorrido por el atlas conceptual que orienta y da sentido al enfoque teórico del presente estudio. No sólo he repasado terminologías y perspectivas prominentes afines, sino que las he contrastado con espíritu crítico y conciliatorio. Sobre todo, con miras a apuntalar el marco de análisis de esta investigación, su pertinencia y relevancia. El siguiente epígrafe tiene el mismo propósito, pero en cuanto al diseño de la aproximación al campo. La revisión de algunas investigaciones empíricas con una inquietud primordialmente metodológica pretende detectar un conjunto de pistas cartográficas, vías principales y rutas alternativas, que permitan trazar y justificar las sendas de un camino propio.

1.2 Aproximaciones empíricas

1.2.1 Husmear en cancha ajena

Aunque para acometer este esfuerzo investigativo he adoptado, con plena conciencia, las ventajas e insuficiencias de la perspectiva cualitativa y los métodos observacionales, en un inicio me adentraré en «las intimidades» de dos estudios paradigmáticos que optaron por lógicas muy diferentes de aproximación al objeto de investigación. Uno experimental y otro de corte cuantitativo. Los dos con valiosos guiños que atender en el orden epistemológico y metodológico.

1.2.1.1 Más que un experimento

El primero es *Coercive Power in Social Exchange*, la multicitada obra de Linda D. Molm (1997) que revolucionó la teoría del intercambio social. Esta autora cuestionó el hecho de que, hasta ese momento, los teóricos del intercambio se habían concentrado exclusivamente en la faceta positiva de las relaciones de poder, en detrimento del aspecto negativo. Así que, durante ocho años, desarrolló un programa de investigación experimental dirigido a testar la validez de incorporar al análisis, junto al poder de recompensa, el poder de la coerción (el castigo). Para ello trabajó en dos universidades, donde realizó 15 experimentos en un entorno de laboratorio estandarizado, diseñado específicamente para ese proyecto. Estudió más de 900 redes de intercambio y casi 100 condiciones experimentales diferentes.

A horcajadas entre la teoría de la dependencia del poder (patrones estructurales) y la teoría de la acción estratégica (agencia y decisiones), la investigadora construye una «teoría de la

coerción»¹¹ en el intercambio social que demuestra cómo la punición y la gratificación son poderes de naturaleza muy diversa pero interdependientes. “El poder de recompensa y el poder coercitivo no existen de manera aislada, ni se utilizan de modo aislado. En prácticamente todas las relaciones sociales, los actores tienen el potencial de ejercer ambas formas de poder” (Molm, 1997: 3). Según sus resultados de investigación, estos poderes difieren tanto en los efectos sobre la conducta social y las interacciones, como en el tipo de *incentivo estructural* que promueven. ¿Qué es esto del incentivo estructural? Pues, se refiere al efecto emergente de la red de relaciones que 1) estimula / constriñe el uso del poder por parte de los agentes, y 2) filtra su percepción de los riesgos de tal uso. Así, por ejemplo, en un hallazgo ambivalente, Molm encuentra que, cuando los intercambios pierden su carácter negociado, intervencional, y se concentran en el cariz teleológico de la relación (“la sombra del futuro”), la dependencia (un efecto estructural) fomenta y limita, a la vez, el uso estratégico de la coerción.

De acuerdo, con Molm, la distinción entre el uso *estructuralmente inducido* del poder y su uso *estratégico* es la clave para explicar los efectos diferenciados del poder de recompensa y el poder coercitivo. Así, entre otras importantes inferencias, Molm concluye que “la dependencia de la recompensa, no el poder coercitivo, emerge como la fuerza primaria en las relaciones de intercambio” (1997: 8). En estos ambientes controlados, encuentra, la coerción no es incitada estructuralmente por un desbalance en el poder coercitivo ni se debe a consecuencias no deseadas de las interacciones. En cambio, suele ser ejercida *deliberadamente* como una «estrategia» (riesgosa y malmirada¹²) que busca, con toda intención, cambiar el comportamiento de los otros y aumentar el margen de beneficios.

En las relaciones de intercambio social, la coerción es más probable que sea utilizada por actores que están en desventaja en el poder de recompensa. (...) Los actores avanzados, en contraste, tienen poca necesidad de [ejercer] poder coercitivo; los mecanismos del mercado del poder de recompensa son suficientes para proporcionarles mayores beneficios, sin el costoso uso de la coerción. (Molm, 1997: 266-267)

¹¹ “Estudio el poder coercitivo como parte de la vida cotidiana. Su uso no está restringido a actores en posiciones particulares de poder o autoridad, ni implica necesariamente el uso de fuerza física o privación extrema. Las personas pueden coaccionar con silencios furiosos y palabras cortantes, con votos opuestos y asignaciones de trabajo desagradables, así como con armas y prisiones” (Molm, 1997: 5).

¹² “La coerción se percibe como más injusta que la falta de reciprocidad en el intercambio de recompensas, y es más probable que provoque represalias” (Molm, 1997: 267)

Con todo y su peculiar índole experimental, el prolongado estudio de Molm tiene varias enseñanzas directas y colaterales que aportarnos, a efectos de los intereses de esta sección, más allá del examen integrado del poder de recompensa y el poder coercitivo. En primer lugar, la concepción inquebrantablemente *relacional* del intercambio social. Aun cuando se reconocen situaciones asimétricas, con desequilibrios de poder de recompensa y de coerción, la investigación ratifica la importancia de la estructura «dependencia mutua» y de aquella *acción racional* que siempre sopesa 1) las consecuencias de nuestros actos sobre los otros, y 2) la posible aprobación o condena social de nuestra conducta. Es decir, incluso manteniendo bajo control un conjunto de factores potencialmente confusores –como las características particulares de los actores (individuales y colectivas), los efectos «connaturales» de determinadas posiciones de poder o de ciertos tipos de recursos preciados (experticia, estatus, experiencia, capitales, etc.),–, la fuerza de las estructuras intervencionales de la vida en sociedad y de eso que Mead llamó el «otro generalizado» persiste y descuella como ligamento crucial de las relaciones sociales.

En ese sentido, si bien la serie experimental de Molm tiene el indudable mérito de haber aislado (del contexto y entre ellas) los efectos de variables que normalmente se intrincan en entornos naturales, no es menos cierto que, en efecto, la vida cotidiana nada tiene que ver con condiciones de laboratorio. Con lo cual, desentrañar la maraña de (des)encuentros que sustenta las relaciones de dominación-subordinación-resistencia en la cotidianidad continúa siendo un serio desafío, digno de nuestro más denodado empeño.

No quiere decir esto que el esfuerzo de Molm haya sido en vano. Nada más alejado de la verdad. Al contrario, significa que, teniendo presente sus relevantes hallazgos, nos toca ahora preguntarnos, por ejemplo, ¿en qué circunstancias políticas la dependencia del poder coercitivo desbanca al poder de recompensa como fuerza primaria de las relaciones de dominación-subordinación-disidencia? Cuando eso sucede, ¿cuáles estrategias de resistencia emplean los subordinados (y cómo las usan) para tratar de equilibrar esta desigual relación de intercambio? ¿Cómo influyen las trayectorias individuales, los eventos vitales y los efectos contextuales en la diversificación de los patrones de dominación-subordinación-resistencia políticos? Como se percibe, se trata justo de observar a profundidad e interpretar plausiblemente «la madeja» que Molm quería evadir.

A pesar del enfoque substancialista del poder (concebido como un recurso que se utiliza), en la investigación de Molm subyace una concepción amplia de la agencia que apuesta por reconciliarla

armónicamente con la estructura, sin privilegiar la una sobre la otra. A diferencia de otros teóricos del intercambio, por completo concentrados en las configuraciones y funciones de las estructuras de dependencia, esta autora incorpora al análisis el uso de poder estratégico y sus efectos intencionales sobre el comportamiento de los demás y sobre las estructuras sociales; a la vez que estas últimas, a través de la representación colectiva del riesgo y el miedo a la pérdida, influyen en las decisiones de los agentes.

Es una interesante propuesta, equilibrada, integradora, coincidente con el ánimo de la presente investigación; pero que, sin embargo, habría que ver cuáles correcciones o complementos requiere para salvar las brechas micro y macro existentes entre agencia y estructura en escenarios de dominación naturales. Por ejemplo, en la vida cotidiana, las tácticas de intercambio a menudo aparecen tamizadas por valores tradicionales, representaciones ideológicas y discernimientos poco racionales respecto al pasado y el futuro. Tampoco los condicionamientos estructurales y la capacidad de agencia conviven todo el tiempo en santo equilibrio. La particularidad situacional de cada momento puede inclinar la balanza en uno u otro sentido; piénsese, por ejemplo, en el contraste entre discurso público y discurso oculto.

En últimas, hay que decirlo, a pesar de las divergencias, de la lógica experimental mucho puede aprender la investigación observacional, en cuanto a cuestiones de validez y confiabilidad. Es verdad que la experimentación exige un conjunto de requisitos que la sociología observacional ni de cerca puede satisfacer: aleatorización, control por diseño, manipulación, administración intencional del tratamiento, instrumentos de medición precisos (no intervinientes), estimaciones insesgadas... y un largo etcétera *por default* inalcanzable para la perspectiva cualitativa. Sin embargo, al concentrarse tan rigurosamente en la imputación causal, la investigación experimental pierde capacidad descriptiva, una fortaleza invaluable de los métodos observacionales. Y, como han advertido renombrados autores (King, Keohane & Verba, 2007), una buena inferencia descriptiva siempre es un puntal indispensable de la explicación sociológica.

Ahora bien, aunque la compleja realidad social opone insalvables obstáculos empíricos al aislamiento certero de un efecto causal, sí es posible proponer explicaciones plausibles de los fenómenos sociales respetando algunas reglas de la inferencia científica. En primera instancia, cuidando que las hipótesis se operacionalicen correctamente; o sea, que los observables, en efecto, se correspondan con los conceptos (validez interna). Asimismo, con el ideal del diseño y la práctica

experimental en el horizonte, existen preceptos y buenas prácticas que nos habilitan para hacer atribuciones interpretativas en estudios no experimentales.

Así, por ejemplo, la máxima experimental de eliminar los errores sistemáticos a partir de la selección aleatoria de las unidades de tratamiento y de control (Jackson & Cox, 2013), puede servirnos de guía a los investigadores observacionales, en el sentido de tratar de incrementar la precisión de las inferencias a partir de una mejor estimación del efecto de las fuentes de variabilidad inexplicable (variables omitidas en el diseño) y de la incertidumbre (causada por los errores de apreciación). Se trata, en definitiva, de un acto de honestidad intelectual, de no intentar esconder los sesgos debajo de la alfombra, sino transparentarlos y sopesar sus posibles interferencias o «ruidos» sobre nuestras conclusiones (ver capítulo IV). También de imaginar y dar cabida a explicaciones rivales.

La comparación interna, tan cara a los estudios experimentales como el de Molm, sigue desempeñando un rol medular en la investigación observacional. Sólo que, en lugar de contrastar una intervención positiva contra un «modelo nulo» o de control, se recomienda cotejar las hipótesis frente a modelos *contrafácticos* razonables (King, Keohane & Verba, 2007), y aportar pruebas fiables en su favor. El análisis contrafactual puede tomar como parangón construcciones hipotéticas plausibles u observaciones empíricas seleccionadas con propósitos teóricos, como los «Tipos de subordinación-resistencia» (ver capítulo VII). En cualquier caso, será el entendimiento profundo del contexto¹³, los procesos y las connotaciones de los fenómenos sociales, significativamente mediados por la acción humana (Maxwell, 2012), el que nos permitirá ser sistemáticos y rigurosos en la recolección de evidencias empíricas robustas, a fin de que nuestras explicaciones resistan con pie de plomo los embates de las amenazas de validez.

1.2.1.2 Debajo de las significancias y los niveles de confianza

El segundo estudio que someteré a escrutinio es *The Decline of Deference Revisited*, de Neil Nevitte (2015). Una obra que, desde otra óptica muy distinta (cuantitativa), también ha marcado pautas en cuanto a los esfuerzos por estrechar la relación entre agencia y estructura. Como su nombre lo indica, esta investigación retoma los hilos de un proyecto anterior *The Decline of Deference* (Nevitte 1996), cuya premisa original era indagar cómo las orientaciones hacia la

¹³ “Los contextos causalmente relevantes para el entendimiento de algunos fenómenos no incluyen sólo la situación física y social inmediata, también los contextos culturales y sociales más amplios” (Maxwell, 2012: 657).

autoridad muestran información relevante sobre el funcionamiento de las democracias. Desde aquel primer trabajo, Nevitte tiende puentes entre la cultura y las instituciones, mediante un set unificado de dominios explicativos (la familia, el centro de trabajo y la arena política), donde las orientaciones hacia la autoridad, trianguladas, se trenzan y encauzan diversos patrones de comportamiento político. En ese entonces, se apoyó en datos de la primera y la segunda ola de la Encuesta Mundial de Valores (WVS, por sus siglas en inglés).

Para la ampliación, incluyó datos de la cuarta y quinta olas de la WVS para nueve países industriales avanzados: Canadá, Francia, Alemania, Italia, Holanda, España, Suecia, Reino Unido y Estados Unidos¹⁴, fundamentalmente para el caso de las regresiones lineales. Las regresiones logísticas multinomiales, por razones estadísticas, emplearon datos de los 45 países muestreados. Los objetivos de esta segunda aproximación empírica fueron: 1) Comprobar si los hallazgos iniciales se sostenían al extender el período de estudio hasta 2006. 2) Detectar si las orientaciones enseñadas a los niños en el seno familiar durante los años de 1980 producían señales estadísticas en las cohortes subsiguientes. Y, por supuesto, 3) Indagar si estos patrones de autoridad internalizados tienen *consecuencias* en el desempeño institucional democrático.

Su variable dependiente *Deferencia general* es operacionalizada en función de las respuestas a la pregunta: «En el futuro un gran respeto hacia la autoridad sería: “¿Algo bueno”, “Algo malo” o “No le importa”?». Por la parte derecha de la ecuación, mide la *Orientación hacia la autoridad en la familia* a través del índice de Independencia-Obediencia: ¿Cuán importante es enseñarles a los niños que sean independientes u obedientes?¹⁵; la *Orientación hacia la autoridad política* a partir de las respuestas a una pregunta que indaga en la voluntad de protestar¹⁶; y la *Orientación hacia la autoridad en el centro laboral* mediante la voluntad de seguir instrucciones de los superiores en el trabajo, sin importar si se está de acuerdo o no. Como en todas las investigaciones de este corte, se podría cuestionar la correspondencia (y suficiencia) de los observables con los conceptos; así como la potencial endogeneidad, por ejemplo, entre la predictora *Orientación hacia la autoridad política* y la explicada *Deferencia general*. Pero, no es el propósito aquí.

¹⁴ Los datos de la tercera ola del WVS (1995) fueron excluidos por no cubrir completamente las nueve naciones.

¹⁵ Se tratan como variables dummies: cuando se selecciona una y se excluye a la otra, en el paquete de cinco cualidades preferidas entre una oferta de 10 opciones.

¹⁶ Aquellos que han participado o participarían en boycotts, peticiones o manifestaciones son considerados menos respetuosos en su comportamiento hacia la autoridad política.

Como era de esperar, Nevitte obtiene pruebas de una “congruencia duradera” entre las orientaciones hacia la autoridad en los tres dominios. “Están sistemáticamente relacionadas una a la otra, de maneras predecibles, en múltiples ámbitos, en múltiples momentos en el tiempo” (Nevitte, 2015: 41). Asimismo, asevera, la relación de cualquiera de estos ámbitos con la *Deferencia general* es más fuerte que cualquier vínculo diádico entre ellos¹⁷; si bien la orientación hacia la autoridad en el ámbito familiar presenta la conexión más fuerte con la variable dependiente. Más que las variaciones internacionales, lo más significativo del estudio es la consistencia en el sentido de las relaciones, las cuales persisten cuando se meten al modelo todas las variables de orientación hacia la autoridad, e, incluso, otras externas, como la confianza en el gobierno.

Hasta aquí no hay nada nuevo en la viña de la sociología: los tres dominios que conforman el set predictor presentan una gran correspondencia y coherencia interna (a prueba de omisiones y ruidos), así como una alta capacidad explicativa. Se ratifica también la preeminencia de la socialización primaria. Lo nuevo sobreviene más adelante, cuando Nevitte agrega los datos nacionales de la *Deferencia general* para relacionarla, a nivel de país, con el Índice de democracia de la Unidad de Inteligencia de *The Economist*¹⁸ (un semanario británico). Los resultados son (re)presentados en un gráfico de escalamiento bidimensional que coteja, para 45 países, el desempeño democrático contra la puntuación en la *Deferencia general*. De dicho esquema Nevitte concluye que “los niveles más bajos de desempeño democrático se encuentran en las naciones más deferentes”¹⁹ (Nevitte, 2015: 53).

Estamos en presencia de un trabajo que, de manera implícita, persigue (y, de hecho, pareciera conseguirlas) dos metas: 1) refrendar la utilidad de un modelo teórico parsimonioso para

¹⁷ Sin embargo, en la figura 3.1. del texto (Nevitte, 2015: 42), encontramos que tal afirmación es incorrecta. Por ejemplo, los índices de correlación entre el *Índice de Independencia-Obediencia* (arena familiar) y el *Potencial para la Protesta* (arena política) son mayores, para todos los años, que las correlaciones entre este último y la *Deferencia general*; así como entre la *Orientación hacia la autoridad en el centro de trabajo* y la *Deferencia general*. Inclusive, en el año 2000, la correlación entre el *Índice de Independencia-Obediencia* y el *Potencial para la Protesta* es más fuerte que aquella entre el *Índice de Independencia-Obediencia* y la *Deferencia general*.

¹⁸ Este índice resume los resultados de sesenta indicadores agrupados en cinco categorías: proceso electoral y pluralismo, libertades civiles, funcionamiento del gobierno, participación y cultura políticas. De acuerdo con su puntuación global, los países se clasifican de la siguiente manera: regímenes con democracia plena, con democracia imperfecta, híbridos y autoritarios.

¹⁹ Una conclusión, por cierto, opuesta a los argumentos del clásico estudio de Almond & Verba (1963), *The civic culture: Political attitudes in five western democracies*.

correlacionar, causalmente, valores políticos y *performance* institucional en contextos democráticos (con la suficiente validez externa para ser «exportado»); y 2) defender la pertinencia del método estadístico para abstraer relaciones teóricas a partir de evidencia sólida u observables robustos (con la suficiente validez interna para que los resultados sean confiables). Sin embargo, el camino hacia ambos propósitos, como de costumbre, suele presentarse muy empedrado. Desmontando algunos de los problemas de esta lógica, espero, por contraste, extraer enseñanzas convenientes para el presente estudio.

Sobre la primera meta, ciertamente deja bastante que desear y resulta hasta sospechoso que, tras haber «retozado» ampliamente con múltiples regresiones lineales y multinomiales (más apropiadas para establecer interdependencias y causalidad), Nevitte se limite a una única técnica de análisis multivariado para postular, en breves líneas, el vínculo entre las orientaciones culturales y el funcionamiento de las estructuras democráticas: “Los datos en el gráfico 3.6 [escalamiento bidimensional] muestran que las orientaciones de autoridad están de hecho relacionadas con el desempeño democrático, un hallazgo sobre el cual Eckstein especuló pero no estuvo en condiciones de probar empíricamente” (Nevitte, 2015: 53-55).

El escalamiento bidimensional, en efecto, ayuda a visualizar en un espacio geométrico *proximidades* entre objetos (en este caso países). Pero esta representación espacial de una posible covariación está basada en distancias *relativas*, estimadas matemáticamente a partir de las similitudes en las puntuaciones obtenidas al cruzar ambas dimensiones. Entonces, el escalamiento multidimensional sí ayuda a revelar nexos entre variables, pero de una forma indirecta, auxiliar, que necesita (y usualmente lo es) ser complementada por otras técnicas. Con lo cual resulta inapropiada para imputar causalidad, una limitante que el propio Nevitte confiesa al analizar los casos atípicos del gráfico: “En ese sentido, la variable supuestamente independiente en este caso, las orientaciones deferentes hacia la autoridad, podría interpretarse más cautelosamente como endógena, como el resultado antes que como la causa de un entorno institucional violento y disfuncional” (Nevitte, 2015: 53). Lástima que no extendiera la autocrítica al resto de los casos, igual de sensibles a la sospecha de la endogeneidad.

Más allá de la interpretación «oblicua» del escalamiento bidimensional, algunos resultados y conclusiones de *The Decline of Deference Revisited* se resienten justo por donde no debieran: la suficiencia y fortaleza de la evidencia empírica. Al menos en lo relativo a la pretendida conexión entre cultura e instituciones. Una cuestión de la que la investigación cualitativa debe tomar nota;

pues, a pesar de las diferencias en la lógica de indagación, este problema es transversal a toda la investigación social empírica. Para algunos autores, la mejor vacuna contra el carcinoma de las correlaciones espurias y las causas irrelevantes siempre será la reconstrucción de los mecanismos causales²⁰. Más que detectar meras asociaciones causales regulares, la investigación cualitativa ha de ahondar en el *cómo* uno o varios factores influyen en otros. Una misión que, sin embargo, en lugar de atenuar el escollo de la suficiencia y la calidad de la evidencia, pareciera exponenciarlo.

En cuanto a la segunda meta subyacente en el trabajo de Nevitte, vale recordar que el enfoque cuantitativo, más próximo al deductivismo, se concentra mucho en la falsación de teorías, la comprobación de hipótesis y la relación entre variables (Ragin, 1987). No es precisamente su fuerte la proposición de nuevas teorías. Como la mayoría en su corriente, Nevitte asume los rasgos de la estructura social como atributos y causas permanentes, que cambian poco en el tiempo y en el espacio; un supuesto bastante inverosímil en sociedades complejas como las actuales. El modelo de causación implícito aquí es estructural: “El cambio estructural importa y cualquier explicación del cambio de valores no puede liberarse de esas consideraciones estructurales” (Nevitte, 2015: 56). Por demás, el modelo está orientado hacia la varianza entre casos y presume que el efecto existe, con independencia del contexto. “Las diferentes cohortes reaccionan a factores contextuales de una manera muy similar” (Nevitte, 2015: 46). ¡¿Cómo así?!

De un plumazo, Nevitte se deshace del contexto y sus efectos diferenciados. Sin cuestionar demasiado que “el apoyo al principio de deferencia, claramente, se estratifica por cohorte”²¹ (Ibidem). ¿No será justamente que la huella del contexto asoma su peliaguda nariz a través de los contrastes generacionales? El punto no es que la variación intracohortes resulte asombrosamente proporcional a lo largo del tiempo²²; sino por qué los nacidos en décadas recientes son, de modo consistente, menos deferentes que los mayores. ¿Acaso porque los hijos se parecen más a su época que a sus padres, como reza el refrán? ¿Serán más importantes los efectos del contexto sobre los

²⁰ Daniel Little (1991), por ejemplo, asocia el *cómo* se produce un *explanandum* con la identificación de los mecanismos causales plausibles que conectan en la «maquinaria» social los factores causales. Más precisamente subraya el estudio de las *historias causales* que develan la estructura temporal de esos mecanismos causales, las condiciones antecedentes y, sobre todo, encuentran explicaciones teóricas para las regularidades causales empíricamente observadas, ya sean asociaciones directas o indirectas (este último sería el caso de variables explicativas que no interactúan causalmente).

²¹ “Aquellos nacidos en épocas más antañas son consistentemente más propensos, respecto a sus contrapartes más jóvenes, a pensar que un mayor respeto por la autoridad es algo bueno” (Nevitte, 2015: 46).

²² Al representar la *Deferencia general* en porcentajes (Nevitte, 2015: 47), es muy probable que detrás de la inverosímil proporcionalidad paralela entre cohortes se encuentre algún efecto de muestreo. Pero esa es harina de otro costal.

niveles de respeto a la autoridad que los de la socialización familiar? Pero, claro, es más conveniente atribuirle la variación de la deferencia entre las cohortes a una variable considerada en el modelo (la edad)²³ que a una no contemplada (el contexto). Y es muy difícil poner en cuestión tu principal variable explicativa: “Además del cambio estructural, la agencia sugerida aquí es la socialización política y, en particular, el papel de la familia”.

Ya sabemos, en la perspectiva cuantitativa, por encima de la profundidad contextual, prima la avidez por medir con exactitud el tamaño del efecto. Y, en ese afán, el investigador cuantitativo suele entender y tratar los factores explicativos por separado, con consecuencias independientes, yuxtapuestas²⁴ (Ragin, 1987). La lógica es aditiva y, por ello mismo, restrictiva. Y no sólo eso, a menudo el investigador cuantitativo sucumbe ante la tentación de la sinécdoque, imputándole a una parte el efecto de un todo: “Parece que las raíces de estas orientaciones de autoridad [Deferencia general] residen en la familia” (Nevitte, 2015: 55).

En contraste, la perspectiva cualitativa, aunque metaboliza referentes teóricos, está más orientada hacia la evidencia y su tratamiento inductivo, flexible, constructivista. Busca *configuraciones* explicativas específicas, no universales, sensibles al contexto histórico, con consecuencias variadas. La idea de la causación en esta óptica es múltiple y *coyuntural*: ciertos factores sólo son significativos en presencia de otros (coincidentes o precedentes), y algunas causas son polivalentes y dinámicas. La lógica es sistémica: se entienden los elementos explicativos en su compleja acción conjunta, como combinaciones. Al centrarse en la varianza interna del caso, la investigación cualitativa tiene más chances de aportar explicaciones robustas, plausibles y apegadas a la realidad. Pero, también resulta más vulnerable al fantasma del «cisne negro».

Frente a la explicación probabilística general, la explicación interpretativa implica una reivindicación de la agencia, justa pero peligrosa. Pues, este énfasis en los agentes como componentes decisivos de los procesos sociales, extiende la eficacia causal hacia el incierto y falible mundo de la construcción simbólica de la realidad. Estudiar los sentidos de la acción,

²³ De hecho, la disminución global en la deferencia entre 1981 y 1990 resulta un pequeño atentado particular contra la hipótesis de que las personas se vuelven más deferentes conforme envejecen. Además, demuestra que las preferencias de una misma generación pueden oscilar su dirección (e intensidad), con el transcurso de los años.

²⁴ “[El modelo multinivel] arrojó que residir en un país en el que se hizo hincapié en la obediencia en 1981 resulta estar significativamente relacionado con el apoyo a la deferencia general en 2006. El efecto es estadísticamente significativo, y es sustancialmente bastante grande, incluso después de que se controlan otras variables en el modelo” (Nevitte, 2015: 49)

aunque necesario, plantea al investigador cualitativo el serio desafío de extraer inferencias objetivas de la subjetividad. Una alternativa de control es justo intentar aproximar el diseño experimental a datos no experimentales, potenciando al máximo la comparación y buscando patrones de invarianza dentro del espectro de significados compartidos²⁵ (Ragin, 1987).

1.2.2 Auscultar la cancha propia

Una vez exploradas las entrañas de la portería rival, estamos en mejores condiciones de analizar, con espíritu autocrítico, el traspatio propio. Habría que empezar por reconocer que, a diferencia de los estudios experimentales y cuantitativos, los reportes de investigaciones empíricas de corte cualitativo, por lo general, no suelen abundar en sus métodos y procedimientos (varios ni siquiera los refieren), mucho menos dedicarle espacio a la reflexión autocrítica sobre posibles insuficiencias, sesgos e imprecisiones de tales acercamientos al campo. Con esta limitación en mente, intentaré entresacar de un puñado de ejemplos algunas pistas, sugerencias y aprendizajes, positivos y negativos. Empezaré por dos investigaciones que exploraron, con gran profundidad, un conjunto de dinámicas políticas que ocurren en la borrosa frontera entre Estado y sociedad, en sendos países de África: Guinea-Conakry y Mozambique. Y concluiré con un extenso estudio sobre la producción simbólica de dominación y resistencia políticas en la Siria autoritaria de la década de 1990, una realidad sociopolítica con infinitos puntos de contacto con la cubana.

1.2.2.1 Duda y sobrevivirás

En el primero de ellos, *The People, the Power and the Public Service: Political Identification during Guinea's General Strikes in 2007*, Anita Schroven estudia la apropiación discursiva de un conflicto nacional en curso y sus potenciales consecuencias, la huelga general de 2007, por parte de un grupo de funcionarios de rango medio y bajo en Forécariah, un pequeño pueblo rural. La unidad de observación es la *arena local*²⁶ y la unidad de análisis *la relación* entre los servidores públicos y el Estado guineano, más allá del mero vínculo laboral. De este grupo intermedio, a la autora le interesa, “sus formas de discutir y practicar sus responsabilidades profesionales, morales

²⁵ Otra manera de incrementar el rigor es utilizar en la comparación de casos y observaciones los principios lógicos de Mill: el método de concordancia y el método indirecto de las diferencias.

²⁶ “La arena política [local] abarca a personas con historias diversas, antecedentes personales e institucionales, a menudo con tareas superpuestas, habilidades competitivas e involucrados en la competencia por los recursos” (Schroven, 2011: 118).

e históricas” (Schroven, 2011: 117), las cuales, en definitiva, constituyen sus observables. El objetivo principal es “revelar los desafíos que enfrentan los servidores públicos al identificarse ellos mismos con las masas manifestantes y la nación retóricamente invocada, al tiempo que mantienen sus relaciones obvias con el servicio público, las instituciones de gobierno locales y nacionales que los asocian con el estado guineano” (Schroven, 2011: 118).

Schroven estuvo realizando trabajo de campo por más de un año, entre mayo de 2006 y julio de 2007. Período durante el cual asistió con asiduidad a reuniones y actividades oficiales de disímiles tipos (discursos y prácticas burocráticas públicos, la puesta en escena). Por ese lado, la investigadora se concentró en observar las negociaciones de cambios administrativos derivados del programa estatal de descentralización. Sin embargo, su fuente primordial de información fueron las pláticas informales (discursos extraoficiales) que registró en el salón de té de la plaza principal del pueblo, próximo a la mayoría de los edificios administrativos. En esta especie de ágora privada los funcionarios locales de Forécariah se reunían a diario para compartir y discutir los sucesos del momento. De esta parte, se enfocó en registrar aquellos tipos de argumentación que traslucen cierta internalización del discurso, así como “conceptos históricos y sociales que dan forma a la arena local y a la posición ocupada por los funcionarios dentro de ella” (2011: 118). Adicionalmente, Schroven realizó un número no declarado de entrevistas y conversaciones bilaterales.

A primera vista, resaltan tres notables convergencias entre este estudio y la presente investigación: 1) Ambos nos interesamos por una relación política cotidiana; de aquel lado, entre el Estado y sus tentáculos más terrenales y fronterizos (con la sociedad), los servidores públicos locales; de este, entre gobierno y ciudadanos de a pie. 2) Los dos observamos discursos y prácticas, con énfasis en la construcción significativa del vínculo en el *backstage*; ella, enfocada en las tensiones de una identificación política que, en un escenario convulso, se debate entre la afinidad con los reclamos del *pueblo* y la responsabilidad hacia un *poder* empleador; yo, centrado en la dialéctica entre discursos ocultos y fachadas públicas, en un entorno represivo, signado por una alta vigilancia, control y manipulación mediática. En cualquier caso, ambos tipos de orientación subjetiva hacia el vínculo de poder contienen una traza temporal visible e implican microprocesos de dominación-subordinación-resistencia. Por último, 3) también los contextos presentan

extraordinarias coincidencias, en cuanto a las condiciones de monopartidismo²⁷ y el traslape de estructuras políticas:

Debido al carácter penetrante del partido-Estado después de la independencia, el gobierno y el Estado guineano a veces todavía se perciben como uno en el discurso popular contemporáneo. Sin embargo, durante el período de huelga, los ciudadanos podrían verse a sí mismos como parte del Estado y al mismo tiempo como opositores al gobierno. (Schroven, 2011: 120)

Ahora bien, ¿qué encuentra Schroven con las técnicas etnográficas? Pues, en general, confirma que los funcionarios son piezas claves de esa “institucionalidad crepuscular” que, en los límites entre Estado y sociedad, (des)dibuja los nexos entre la burocracia estatal oficial, el gobierno, y la red de relaciones de poder más informales a nivel local. En tal escenario liminar, los servidores públicos trascienden las operaciones administrativas legitimadas y negocian decisiones vinculantes para la colectividad, a través de la cooperación informal y la competencia por las posiciones privilegiadas. Al hacerlo, inevitablemente, producen *diversas nociones* del mismo Estado, el cual, más que un resultado consumado, emerge como un proceso plural de construcción continua.

En lo específico, la autora encontró que, por entonces, la política nacional estaba en el centro del debate en el salón del té de Forécariah y otros espacios informales. Los funcionarios discutían intensamente temas como “el significado local del Estado, un término ideológicamente muy cargado en la historia guineana” (Schroven, 2011: 125), y la legitimidad de las demandas de los sindicatos y de los participantes en las huelgas, la cuestión de su lealtad al poder central, los bajos salarios, la corrupción y la malversación (a nivel local y nacional), el tráfico de servicios e influencias a cambio de favores. Dado el nivel de colusión entre el pueblo y los poderosos, los funcionarios se preguntaban si el movimiento social sería lo suficientemente fuerte como para inducir un cambio de conciencia autocrítico dentro de la población.

En su reporte, Schroven sintetiza e ilustra con citas el sentimiento *compartido* de corresponsabilidad de los funcionarios como participantes y promotores de un cambio nacional positivo, al tiempo que retóricamente se separaban del resto de los actores políticos del entorno local. La lógica tras este distanciamiento discursivo parecía ser la reivindicación de un compromiso legítimo con la nación como un todo, «lejos» de las turbias e indecorosas

²⁷ Aunque en Guinea-Conakry, en esa época, oficialmente existía el pluripartidismo, el sistema político operaba realmente como si rigiera un partido único, plenipotenciario y usurpador de las funciones del gobierno.

transacciones locales. “Sin embargo, los funcionarios de rango medio e inferior experimentan la contradicción: para el mundo exterior están asociados con el poder, aunque enfrentan muchas de las mismas dificultades y comparten frustraciones similares a la población en general” (Schroven, 2011: 130).

Esta profunda contradicción gremial resulta la característica principal de la unidad de análisis, y su revelación el principal resultado de la investigación. La autora tributa así una interpretación plausible de por qué en Forécariah los funcionarios no utilizaron todos los repertorios a su disposición, durante la huelga de 2007. Aunque optaron por resaltar su faceta de ciudadanos, igual de afectados por las terribles condiciones de vida, y simpatizaban (a nivel discursivo) con las masas protestantes; en la práctica, en su calidad de empleados formales, no se unieron a las manifestaciones sindicales en la calle. Además, cuando las protestas concluyeron, rápidamente se identificaron con su rol público de lograr que el Estado retomara su funcionamiento normal.

Al percibirse a sí mismos como parte del grupo responsable, se identificaban implícitamente con el poder, a pesar de los puntos de vista críticos que habían sostenido en la sala de té. (...) Los procesos de identificación en torno a la huelga también muestran que las elecciones se tomaron y se basan en experiencias a largo plazo con instituciones locales. Estas instituciones son el resultado de ideologías históricas o actuales, experiencias y negociaciones perpetuas de la arena local. (Schroven, 2011: 130).

Este trabajo empírico expone cómo la perspectiva cualitativa puede, partiendo de una buena descripción, proponer explicaciones sustantivas, ancladas a las particularidades del contexto y sensibles al componente temporal de las decisiones (antecedentes, experiencias, costumbres, trayectorias, expectativas, proyecciones). Exhibiendo los contrastes entre el discurso y las prácticas de un mismo grupo, la investigadora pone en evidencia la forma, más o menos inconsciente, en que los servidores públicos reproducían y, mejor aún, *personificaban* al Estado. El análisis en contexto de estos discursos de responsabilidad y autoadscripción, nos permite inferir que los funcionarios no sólo apuntalaban retóricamente la autoridad de la administración estatal (y con ella sus privilegios); sino que, en últimas, reforzaban el valor de la obediencia y limitaban, de modo indirecto, la utilidad de la resistencia.

Además de la incorporación al análisis de elementos históricos, estructurales e ideológicos, otro acierto de la autora es el contraste entre el antes, el durante y el después de la crisis (la perspectiva procesual). No obstante, vale señalar, en el estudio se echa de menos a una triangulación necesaria

y, en este caso factible²⁸. Schroven no da mínima cuenta de la imagen que tiene la población de estos servidores públicos, ni reporta interacción alguna entre los discursos (previsiblemente opuestos) de los burócratas y de aquellos segmentos de población volcados a las calles, parte medular de la arena local, interlocutor implícito del soliloquio de los funcionarios y, más aún, detonante de sus dubitaciones identitarias (políticamente hablando). Cualquier lector atento se preguntaría si, tras su postura ambigua durante la huelga, los funcionarios tuvieron que defenderse de la opinión pública de los lugareños. ¿Sufrió su discurso gremial alguna adaptación significativa? Schroven no ofrece respuestas, más que una extraña visión aislada de sus sujetos de estudio.

A pesar de la declaración inicial, nos quedamos a la espera de las inferencias extraídas de los discursos y prácticas burocráticas oficiales (no sabemos si previo a la crisis o en el transcurso). Tampoco refiere cuál fue el resultado del cotejo entre el material empírico recabado mediante la observación y aquel obtenido de las entrevistas. Es decir, no analiza las presumibles confluencias y divergencias entre discursos naturales, espontáneos, y discursos contruidos, condicionados por las preguntas de la investigadora. Por ejemplo, a falta del valioso acceso al discurso oculto de los funcionarios que facilitara su comparación con este discurso fronterizo informal (semiculto / semipúblico) del salón del té, con más razón había que intentar expresar las entrevistas, a fin de detectar variaciones importantes entre la reflexión personal íntima y la discusión pública.

Por otra parte, da a entender que los servidores públicos locales conforman un bloque homogéneo, unificado y cohesionado, pues no reporta varianza alguna a lo interno: discrepancias en los niveles de lealtad, conformidad, criticidad, etc. Algo difícil de imaginar. Y, por último, se extraña también una explicitación de su rol dentro del panorama de investigación, posibles ventajas y desventajas de su condición de extranjera, facilidades y dificultades para el acceso al campo, la comprensión e interpretación de los fenómenos locales, y la postulación de explicaciones fundadas, robustas y plausibles.

1.2.2.2 *Segmenta y vencerás*

El segundo trabajo empírico sobre África que quiero traer a colación es *Frelimo and Social Stratification in Post-socialist Mozambique*, de Jason Sumich (2011). Una investigación que

²⁸ A diferencia de lo poco viable y prudente que resulta acceder al discurso oculto de los funcionarios cubanos (por el temor a ser delatado), no encuentro justificación razonable para no hurgar, aunque sea mínimamente, en el discurso público de la población de Forécariah, protagonista de la huelga.

explora “la formación del estado africano como un proceso histórico de transformación continua” (2011: 135-136), también desde una perspectiva longitudinal cualitativa. Su foco de observación y análisis son las *negociaciones* (sus formas y límites) que les permiten a los diferentes actores políticos –de manera explícita o subterránea– crear, establecer y ejercer poder. Particularmente, le interesa escrutar la *relación dinámica* entre el partido hegemónico Frente de Liberación de Mozambique (Frelimo), el Estado bajo su control y sus múltiples donantes. En un contexto de transición liberal a la democracia que, paradójicamente, le ha permitido a Frelimo consolidar su dominación autoritaria; al tiempo que sienta las bases, controla y saca provecho de un manifiesto proceso de estratificación social.

Las reformas «democráticas» y capitalistas le han permitido a Frelimo aumentar su poder y crear básicamente un Estado de partido único elegido. (...) El partido en sí mismo actúa como la principal «arena de negociación» en Mozambique, canalizando demandas e intereses internamente e imponiendo restricciones a la capacidad de los actores de operar con independencia de sus estructuras. Si bien esto les permite a varios grupos de interés competir, Frelimo delimita el área de contestación dentro de las estructuras que controla en diversos grados. Por lo tanto, la democratización ha tenido un éxito limitado en «empoderar» a quienes operan fuera del partido. (Sumich, 2011: 136)

Como vemos, Mozambique atraviesa por este entonces²⁹ una etapa postsocialista que, al igual que la Guinea de Schroven y excepto diferencias formales, tiene muchas similitudes estructurales y funcionales con la Cuba socialista actual (ver capítulo II). Desde la independencia en 1975 y hasta la actualidad, Frelimo ha gobernado de forma ininterrumpida, sin grandes contratiempos. El principal partido de oposición y exmovimiento rebelde, Resistencia Nacional Mozambiqueña (Renamo), no cuenta con el suficiente apoyo popular para contender como opción política realista. En sus inicios, Frelimo se autodenominaba como un partido marxista-leninista, ideología que abandona con presteza en 1989-1990. De acuerdo con Sumich, durante la cacareada transición democrática (aún en proceso), esta organización política no sólo conduce los hilos del Estado a sus anchas: “A pesar de la introducción de elecciones multipartidistas, todavía existe una considerable confusión sobre los límites entre el partido gobernante y el Estado” (2011: 140). También controla de modo muy centralizado la movilidad social, mediante la inclusión / exclusión

²⁹ Según se puede inferir del CV del autor (porque no lo explicita) la investigación de campo abarcó momentos intermitentes en un período comprendido entre 2002 y 2010.

en las estructuras políticas y la distribución discrecional de recursos y oportunidades de jerarquización a cambio de complicidad, lealtad y obediencia incondicional.

“Es el *acceso al poder*, no el control de los medios de producción o un recurso similar al petróleo, lo central para la estratificación social y el método más realista de acumulación” (Sumich, 2011: 140). El autor ilustra este fenómeno a través de las trayectorias profesionales de dos miembros de Frelimo en la ciudad de Nampula, quienes gracias a su membresía partidista han alcanzado una vida cómoda, muy diferente a la de las aldeas de su juventud y a la de la mayoría de sus conciudadanos. Sus inferencias son el fruto del trabajo de campo etnográfico en esta urbe norteña y en Maputo, la capital. En ambos lugares entrevistó (no sabemos cuántos) miembros y líderes del partido, y ciudadanos de a pie: no militantes, comerciantes, administrativos, maestros, etc. Asimismo, utiliza una gran variedad de fuentes históricas para contrastar su material empírico y situar sus interpretaciones en contexto y en perspectiva temporal, prestando especial atención a las condiciones particulares de cada localidad, grupo o sector de la sociedad, así como a las consecuencias no deseadas de las acciones del partido y otros actores políticos.

Los administradores a nivel local a menudo conservan su militancia partidista porque su concepción de la política se basa en su propia experiencia histórica. Un funcionario del gobierno rural en el sur informó: “Hacer campaña por Frelimo significa asegurar nuestros trabajos. Como vimos en 1975, la independencia por venir significó la destrucción de la maquinaria administrativa colonial y los funcionarios estatales terminaron sin trabajo. Si Renamo llega al poder no será diferente”. Por lo tanto, en una paradoja interesante, la democratización no ha disminuido el control del Partido, ya que muchos funcionarios siguen convencidos de que un cambio en el gobierno, sin embargo, los privaría de su sustento. (Sumich, 2011: 147)

El partido como fuente principal de poder económico y social, el partido como espacio central de negociaciones (parte y juez a la vez), el partido como frontera de la inclusión / exclusión, el partido como adalid de la integridad del país..., en síntesis, el partido como perpetua navaja de Ockham de la sociedad mozambiqueña. No obstante, a diferencia de Schroven, afortunadamente Sumich no cae en la tentación de convertir a su objeto de estudio en un sistema monolítico. Por el contrario, a lo largo de su reporte, insiste varias veces en la heterogeneidad de los miembros del partido, sus aliados y enemigos; y refiere los múltiples y serios conflictos internos que esta diversidad desencadena. Así, por ejemplo, explica, en la piel de uno de sus entrevistados, cómo la asimilación partidista de nuevos grupos sociales ha provocado el recelo y la hostilidad del núcleo

más antiguo, la vieja guardia, quienes se sienten marginados de la repartición de las partes más jugosas del pastel. “La capacidad de Frelimo para reproducir socialmente su dominio depende del equilibrio de las tensiones internas y el mantenimiento de la unidad general” (Sumich, 2011: 137).

No sólo las luchas al interior del partido caracterizan la inestabilidad intestina de este Estado en permanente construcción. El panorama político de Mozambique está plagado de actores que compiten estratégicamente (algunos con violencia) por despojar a los rivales de sus dividendos. “A pesar de las promesas de la nueva era democrática, la política sigue siendo un juego de «suma cero»³⁰” (Sumich, 2011: 147). Para el investigador, la mayor virtud de Frelimo ha sido su habilidad para capitalizar y centralizar dentro de sus estructuras la moderación de la mayoría de los conflictos nacionales de las más diversas índoles (económicos, políticos, étnicos, religiosos, regionales); y, sobre todo, abrogándose el mérito de la cohesión de la nación, frente a todo tipo de amenazas. Así, como más de un entrevistado confiesa, Frelimo es prácticamente un mal necesario o, cuando menos, el mal menor. Sí, preñado de corrupción y autoritarismo, pero el único actor político (expectativa compartida) capaz de poner orden en la arena de negociación y resguardar a la población de abusos, saqueos y desamparos mayores.

En palabras diferentes: básicamente Sumich concluye que en Mozambique existe una permanente *cooptación* del Estado y la nación por parte de Frelimo. No cooptación ideológica o cultural; sino práctica, material: en términos de administración jerárquica, centralizada y selectiva, de las riquezas y los estatus. De ello el autor ofrece abundante evidencia en forma de experiencias vitales propias o primarias (observación), referidas o secundarias (entrevistas), y citadas o terciarias (referencias bibliográficas). Queda claro que, a la larga, esta usurpación de funciones deviene el arma principal del partido hegemónico para neutralizar cualquier tipo de oposición. Sin embargo, para explorar a cabalidad la *relación* Frelimo - Estado, a mi juicio, había que darle voz a otra cara fundamental del vínculo: el resto de los poderes y actores estatales (legisladores, magistrados, funcionarios ministeriales, representantes regionales y locales, otras elites) que consienten la extralimitación de Frelimo. Y, por supuesto, a las *negociaciones* específicas entre

³⁰ A despecho de Sumich y Haugaard, aunque con notables diferencias respecto al caso cubano, en Mozambique también se puede pensar la política como un juego de «suma positiva». Pues, si bien en términos de poder episódico A gana y B pierde, a nivel disposicional se reproducen estructuras que promueven la esperanza de ganar algún día y, de ese modo, habilitan la futura agencia. Por ejemplo, si Renamo logra establecer alianzas con el sector privado y comienza a dominar las estructuras de la administración de la estratificación social, podría concretar sus aspiraciones de conquistar ese mismo Estado autoritario.

ellos y el partido gobernante. O, en su defecto, el resultado ameritaba una consideración honesta de las consecuencias analíticas de semejante omisión³¹.

En general, al concluir la lectura del estudio, nos percatamos de que Sumich aporta casi ninguna evidencia acerca del *cómo* transcurren las tan citadas negociaciones. Se enuncian con reiteración y se sugiere su importancia histórica para la (trans)formación del Estado; pero, en ningún momento se caracterizan, describen, tipifican o ejemplifican con observaciones puntuales. Algo que la metodología cualitativa podía acometer muy bien. Una vez expuesto el poderío totalizante de Frelimo, y descartadas las posibles experiencias de contestación, da la impresión de que el empleo de las categorías *negociaciones* y *arenas de negociación* resulta un puro formalismo para encajar con el perfil del libro en el que se inserta el texto. Al menos Schroven sí «graficó», parcialmente, el proceso de negociación colectiva de la identificación política de los funcionarios locales de Forécariah. No obstante, es justo decir, me parece muy acertado que, tanto Schroven como Sumich, se hayan empeñado en ponerles rostros, racionalidad, sentimientos, contradicciones, temores y sociabilidad, a estructuras usualmente colmadas de impersonalidad como el Estado y los partidos.

Por último, también es destacable como Sumich acredita el valor de la comparación para la investigación cualitativa, en general, y para los estudios de casos, en particular. El contraste con investigaciones anteriores le permite no sólo confrontar su unidad de análisis en diferentes momentos a través del tiempo, para detectar patrones, tendencias y mutaciones; sino contraponer la validez de sus propias explicaciones frente a las teorías rivales y exponer sus puntos flacos: “Cuando una descripción de una práctica (clientelismo, por ejemplo) se utiliza como explicación causal, existe el peligro de crear un argumento *tautológico* basado en el esencialismo cultural: la política africana es así porque esto es lo que hacen los africanos” (2011: 139). En ese sentido, se le podría devolver el bumerán a Sumich ¿será que el control de la estratificación social es un resultado del aumento del poderío del partido-Estado y no su causa?

1.2.2.3 Simula y resistirás

Para concluir esta sección he reservado, con toda intención, una obra que, salvo pequeños detalles, bien pudiera haber sido el resultado del mismo trabajo de investigación en la Cuba de 1970 o 1980. Las analogías son tantas que asombran. Para haberse centrado en un país del Oriente

³¹ Una tarea equivalente procedió en nuestra investigación de las relaciones de dominación-obediencia-resistencia, al prescindir, por ejemplo, de los discursos ocultos y las narrativas de los poderosos (ver capítulo 4, epígrafe 4.2.4).

Próximo, culturalmente tan distante, *Ambiguities of Domination. Politics, rhetoric and symbols in contemporary Siria*, de Lisa Wedeen (1999), los vasos comunicantes no podían haber sido más fluidos. Y no por el mimetismo en la arquitectura del sistema de dominación, también calcado a imagen y semejanza de la primogénita Unión Soviética; sino debido a las similitudes en las respuestas culturales de los subordinados, sus discursos, estrategias y prácticas de resistencia.

Wedeen pasó dos años y medio recopilando material empírico en Siria, investigando el desempeño de dos sistemas de significación, la *retórica* (lenguaje) y los *símbolos*, en la producción de poder político; frente a una ciudadanía carente de compromisos ideológicos o emocionales con el grupo dominante. Sus fuentes de información son muy variadas: 1) Investigación de archivo en Francia y Siria, para el análisis de la retórica oficial impresa 2) Observación de monumentos, afiches y espectáculos: festivales, cultos, rituales estatales que utilizan la iconografía (simbología gráfica) y la coreografía (gestualidad, disciplinamiento del cuerpo). 3) Análisis de literatura, chistes, dibujos animados y audiovisuales subterráneos tolerados, que “demuestran las condiciones compartidas de la incredulidad en Siria y también ilustran el poder de la retórica para definir los términos en los que se expresa el escepticismo y la transgresión” (Wedeen: 1999: 25). 4) Entrevistas abiertas con personas de diversas generaciones, estatus, profesiones y creencias religiosas. 5) Eventos de la vida cotidiana: conversaciones y observaciones en la universidad, cafés, cines, medios de transportes, reuniones de amigos, supermercados, etc.

Se deduce, pues, que sus observables son bastante similares a los de la investigación de marras: a) discursos escritos y orales de dominación, subordinación y resistencia; y b) comportamientos obedientes y transgresores. Si bien el alcance de su estudio es mayor, pues integra de manera prioritaria la producción ideológica de la dominación que, en nuestro caso, aunque eventualmente se considerará, no es el foco de atención. De modo que a Wedeen le interesan, especialmente, las consecuencias materiales observables de la producción simbólica estatal, las dimensiones disciplinarias y sus correlatos de resistencia, en particular del culto a la personalidad. “El producto principal del culto a Hafiz al-Asad parece ser una atmósfera general de ambivalencia escéptica, indeterminación e ironía que pervive en la práctica de la política en Siria” (1999: 2).

La investigadora parte de una premisa que también aplica para Cuba: los espectáculos son autoritariamente orquestados para producir poder político y la asistencia, por lo general, es impuesta. Por tal motivo, aparte del análisis semiótico de símbolos, rituales y prácticas, acude a las herramientas de la etnografía para “explicar *cómo* los símbolos y la retórica realmente operan

para producir poder y generar comunidad, (...) las formas en que los sistemas de significación se consumen, afirman, disputan y subvierten” (Wedeen: 1999: 18). Un propósito que sólo los métodos cualitativos pueden satisfacer.

Su obsesión abarca dos planos. Por un lado, explicar por qué el gobierno sirio gasta exorbitantes cantidades de recursos escasos en su (re)producción simbólica, “en lugar de invertir sus fondos limitados ya sea para incrementar las obligaciones punitivas [coerción] o los incentivos positivos [recompensas]” (Wedeen: 1999: 5; recordemos a Molm, 1997). Por el otro, registrar las discrepancias entre la representación disciplinaria proyectada por el régimen y los modos concretos en que esta pretensión de legitimidad es recepcionada, negociada y resemantizada por los destinatarios. Para ello tendrá que reunir, sintetizar, contextualizar y reinterpretar muchos ejemplos de discursos y prácticas disidentes de los sirios frente al culto y la propaganda política. “Es imposible no experimentar la diferencia entre lo que los científicos sociales, siguiendo a Max Weber, podrían concebir como un régimen carismático que genera lealtad y su simulacro que induce ansiedad” (Wedeen: 1999: 3).

Además del guiño a la obra de Flam (2004) antes reseñada (en cuanto a la ansiedad que generan los regímenes represivos), la propuesta de Wedeen conecta al dedillo con la necesidad aquí defendida de distinguir analíticamente entre simulación pública de la lealtad (adulación) y lealtad honesta o creencia verdadera (convencimiento). De acuerdo con la investigadora, el régimen autoritario sirio produce obediencia por medio de la habitual participación forzada en rituales de reverencia, los cuales son evidentemente falsos tanto para quienes los organizan como para quienes los consumen. Lo más llamativo de esta ficción colectiva nacional –asevera Wedeen– es que “los monótonos slogans y gestos vacíos, recitados y ejecutados en el espacio público, cansan la mente y los cuerpos tanto de productores, como consumidores” (1999: 6); los despolitizan, allanando el camino para que la apatía y el cinismo se afiancen como mecanismos de control social.

Gracias a la profundidad que le permitieron los métodos etnográficos, Weeden pudo develar las contradicciones subyacentes en el comportamiento masivamente complaciente del pueblo sirio. Así, detecta que frente al culto a Asad (retórica y símbolos) los ciudadanos reaccionan, de manera bastante concertada, con una política de disimulación pública en la que actúan «como si» veneraran a su líder. Una estrategia que en el marco analítico de esta investigación hemos llamado “doble moral”, en correspondencia con la etiqueta que le asignan los cubanos a este fenómeno en su lenguaje cotidiano. Este tipo de práctica estratégica promueve la complicidad de los subordinados

con la ficción de la dominación y, para bien de los poderosos, refuerza la expectativa compartida de que la mayoría de los conciudadanos obedecerán la mayor parte del tiempo.

En opinión de Weeden el culto funciona como un dispositivo disciplinario que aísla a los sirios unos de otros y exhibe fácilmente a los desobedientes. Se trata de una especie de mecanismo político de «bajo costo», porque evita el uso constante de la fuerza y promueve el autodisciplinamiento foucaultiano. Una interpretación que podemos aplicar no sólo al culto a la personalidad, sino a todas las estrategias de dominación que apelan a la legitimidad –hueca, frágil– de las demostraciones masivas abiertamente apócrifas (desfiles, concentraciones, referéndums). Los espectáculos son, al unísono, manifestaciones de la dominación actual y un medio para cultivar y asegurar la obediencia futura. Como profecía autocumplida, el gobierno es poderoso porque en efecto la gente lo trata como tal, aunque no lo crea. Mientras más absurdo sea el *performance*, más claramente se demuestra la fortaleza del régimen.

Según la autora, en ausencia de una identificación ideológica o afectiva, es incuestionable que la dominación de los poderosos en Siria descansa, en parte, en estrategias utilitarias y coercitivas (estímulos materiales / punitivos). En este último caso más como amenazas potenciales, ocasionalmente ejecutadas para darle credibilidad a la espada de Damocles. No obstante, por excelencia, “el culto a Asad es una estrategia de dominación basada en la *obediencia* más que en la *legitimidad*” (Weeden: 1999: 6, cursivas añadidas). Idea reforzada por el sentimiento de vigilancia perenne, por parte de un poder ubicuo³².

Al oponer obediencia y legitimidad, la autora peca de imprecisión connotativa, en los términos en que se delimitaron tales conceptos en esta tesis; pues confunde legitimidad con lealtad (parcial/plena) o con lo que he llamado «asimilación», al definir las subunidades de análisis (sección 3.5.1.1). A mi juicio, la estrategia de dominación del gobierno sirio (al igual que su par cubano) estaría sustentada en la legitimidad justo porque cultiva la obediencia. A pesar de la inverosimilitud del culto y de los rituales estatales, los ciudadanos aceptan el *statu quo* y no conspiran organizada y masivamente para cambiarlo. Que un amplio segmento de la población no crea en las estrategias de dominación, las critique o satirice (no sean leales «asimilados»), no convierte a los poderosos *ipso facto* en ilegítimos a ojos de este sector. Más bien al contrario, es

³² “El culto de Asad y sus espectáculos concomitantes también son fundamentales para la construcción de lo que T. Fujitani, escribiendo sobre la monarquía japonesa, llama «una especie de dominación ocular», en la que los ciudadanos se comportan como si estuvieran siendo observados porque podrían serlo” (Weeden: 1999: 147).

tan patente su legitimidad que, a pesar de la descreencia y la inconformidad, la ciudadanía ratifica su autoridad política y le reconoce la validez necesaria para tomar decisiones con carácter vinculante para la totalidad de la comunidad (en este caso el Estado-nación).

La disquisición anterior evidencia la relevancia de la distinción conceptual entre las dos clases de subordinación aquí defendidas: la obediencia y la asimilación, con los diferentes grados de identificación, convencimiento y adhesión al régimen que cada uno implica. Si bien en su libro Wedeen deslinda, de manera tajante, la *simulación* del *convencimiento* verdadero, falla al confinar la legitimidad sólo al estanco conceptual del segundo caso³³, despojando a quienes se ubican en el primero de cualquier posible convicción sobre la validez de la autoridad en al menos alguno de sus tres niveles (ver apartado 3.5), por muy endeble que esta convicción sea. Son dos categorías diferentes: la legitimidad contrae una atribución de validez, en última instancia moral; la lealtad comporta una identificación política que se expresa en subordinación (la obediencia incluida). Una conducta obediente (la simulación, e.g.) no necesariamente implica ausencia total de legitimidad.

A mi juicio, la adhesión estratégica y la adhesión involuntaria (epígrafe 3.5.2) serían los niveles inferiores (borrosos) de la lealtad, que se corresponderían con la dimensión de la obediencia y expresarían, justo a través de la simulación y la apatía, los peldaños más bajos de la legitimidad de la autoridad. De manera que la carencia absoluta de legitimidad estaría reservada sólo para el nivel de la *No adhesión* (desafiliación absoluta y cuestionamiento frontal de todo el sistema, sus políticas y actores). Una deslegitimación total que, seguramente, no se alcanza de golpe; sino tras una progresiva horadación de la legitimidad, un estadio que he llamado *Desafección parcial* (inconformidad parcial, desaprobación matizada por rezagos de legitimidad). No obstante, para ser justos, podría afirmarse que, entre la obediencia y la asimilación, es plausible encontrar un gradiente de legitimidad, más o menos brusco, en dependencia del nivel de polarización de la sociedad frente a la relación gobierno - subordinados. Pareciera ser que en los regímenes no democráticos tiende a acentuarse dicha polarización entre partidarios, simuladores y críticos; lo cual enfatizaría los contrastes entre los diversos grados de legitimidad.

Pero este traslape conceptual no demerita la obra de Wedeen que tiene el enorme valor de haber documentado, de modo minucioso y sistemático, las ambigüedades generadas por esta estrategia

³³ Esta limitación queda patente incluso cuando intenta matizar su postura: “Este argumento no pretende sugerir que no hay formas en las cuales el régimen sirio disfrute de “legitimidad” o que la retórica nunca articule creencias arraigadas” (Wedeen, 1999: 6-7).

de la disimulación o el «como si», “las formas en que tanto el culto como el espectáculo producen poder político, pero también, paradójicamente, invitan a las transgresiones” (Wedeen: 1999: 4-5). La enseñanza: la dominación autoritaria también tiene consecuencias no deseadas que visibilizan la fragilidad de la autoridad oficial, los aspectos egoístas y autodestructivos inherentes al ejercicio del poder simbólico-disciplinario.

En el *continuum* entre estos dos extremos –el potencial coercitivo y el cansancio «despolitizante»–, Wedeen acopia innumerables ejemplos de contestación, los cuales “sugieren que los sirios reconocen el culto como manifiestamente increíble, que sus afirmaciones de ninguna manera «reinan como sentido común»; ni sus prácticas parecen «naturales»” (Wedeen: 1999: 12). La propia participación forzada en los espectáculos constituye una expresión *ambivalente* de la fortaleza y la debilidad simultáneas del gobierno. ¿Qué pasaría si la participación no fuera impuesta? Al final, la historia ha demostrado que estos regímenes autoritarios, totalitarios o posttotalitarios son como tigres de papel o castillos de paja. Sostenidos por una lealtad espuria, duran hasta que el pueblo se cansa y decide juntarse a soplar.

Antes de pasar a la siguiente sección, un último señalamiento: Aunque la investigación de Wedeen se sustenta sobre una postura evidentemente relacional que da cabida y se preocupa por la agencia de los subordinados, su punto de vista, sin embargo, sigue enfocado desde el ángulo «superior» de la dominación. Asume una perspectiva hipodérmica: los dominantes lanzan un estímulo político que, tras ser filtrado por la experiencia colectiva, produce determinados discursos y comportamientos obedientes e irreverentes, cuya heterogeneidad hay que estudiar (“las formas diferenciales en que las personas se relacionan con y critican el culto de Asad” [Wedeen, 1999: 12]).

Esta mirada, por lo tanto, continúa dejando una laguna teórico-analítica que esta tesis pretende cubrir: la producción autónoma de la subordinación – resistencia. ¿Cómo se construye la relación de dominación-subordinación-resistencia de abajo hacia arriba? ¿Cómo los discursos y prácticas autóctonos tejen, día a día, los hilos ascendentes de la gobernabilidad? Y, revirtiendo aquella óptica, ¿cómo actúa el gobierno ante esta actividad de los subordinados espontánea, inevitablemente imprevista? La vida cotidiana está llena de dinámicas innatas, naturales, emergentes. Los subordinados no se pasan todo el tiempo reaccionando a los estímulos de los poderosos. Compartimos con Weeden, no obstante, el profundo interés por la relevancia simbólica de los discursos y las prácticas cotidianas que cementan los bloques de la relación.

1.3 Una propuesta inductiva para el viejo Weber

A continuación, desarrollaré un ejercicio heurístico preliminar, encaminado a explicar las clases de dominación identificables en Cuba de 1959 a la fecha, según los tipos de fundamentos sobre los que se sostuvo/sostiene su pretensión típica de legitimidad. Algunas de ellas al borde de la extinción hoy día, otras todavía vigentes (intactas o en plena transformación). Para ello aplicaré, con la mayor fidelidad posible, el modelo teórico de Max Weber (2002) acerca del poder y la dominación. Sin embargo, en el intento por abarcar la enorme especificidad empírica del caso cubano, me atrevo a añadir al ya clásico esquema weberiano de los tipos de dominación (tradicional, racional y carismática), una cuarta variante (ideológica) que da cuenta de una forma de dominación muy patente en Cuba, no contemplada en aquella tríada, y que redondea con plausibilidad la tipología weberiana. El alcance o rango de validez de esta cuarta forma de dominación, por supuesto, está sujeto a futuras corroboraciones, más allá de esta propia tesis.

Por ahora, la aproximación conceptual a los diferentes fundamentos de la legitimidad del régimen socialista caribeño, que ya superó las seis décadas, nos permitirá arrojar luz sobre el enigmático pacto social que ha sostenido esta añeja relación entre un «Estado-pastor» poderoso y un «pueblo-oveja», aparentemente sumiso. Un pueblo que, en cuestión de pocos años, pasó de rebelde y revolucionario a manso y dócil; que, en el cénit de su internalización de la disciplina (década de 1970), aparentaba encarnar la más pura definición weberiana de obediencia: “significa que la acción del que obedece transcurre como si el contenido del mandato se hubiera convertido, por sí mismo, en máxima de su conducta” (2002:172).

1.3.1 La dominación carismática

Probablemente la dominación que fundamenta su legitimidad sobre el carisma de una persona sea la que menos argumentación le exija a este investigador; toda vez que el encuadre de la figura de Fidel Castro dentro de esta casilla ideal weberiana parece indiscutible, a ojos del mundo entero. Cronológicamente fue el fundamento que primero cohesionó el pacto social en torno al nuevo estadio que asumió la sociedad cubana, tras el triunfo de la Revolución de «los barbudos». Incluso desde antes del primero de enero de 1959, ya Fidel era un personaje extravagante que despertaba simpatías en diferentes estamentos y aglutinaba, sobre todo, a grandes masas de seguidores.

Con el transcurso de los meses y primeros años de la Revolución triunfante, la figura del Comandante en Jefe fue acumulando, cada vez más y más, diferentes grados de

«extraordinariedad», que lo convirtieron en un personaje casi mítico, adorado por el pueblo hasta niveles que rayaban con lo divino. La confianza en las capacidades descomunales del caudillo desbordó todos los límites conocidos, no sólo en el país, sino en el continente. Por un lado, sus proezas de guerra se magnificaron a más no poder en la enseñanza de la Historia, muy por encima de las de otros héroes de la contienda bélica. Por el otro, sus actividades directivas en el presente continuo se describían por los medios de comunicación como «hazañas» cotidianas, ejemplares, sobrehumanas. Durante décadas, era raro el día en que sus adeptos no corroboraban las virtudes y cualidades heroicas del «Comandante» en el noticiero estelar de la televisión nacional.

Desde el Cabo de Maisí hasta la punta de San Antonio, los campos y las ciudades se llenaron de gigantografías con fotos de Fidel y otros dirigentes del Ejército Rebelde, y frases «trascendentales» del nuevo Mesías del Caribe. Hasta antes de su muerte, no hay evidencias de que el caudillo intentara detener el férreo *culto a la personalidad* que, poco a poco, se fue forjando antes sus impasibles ojos. De haberlo querido, le habría sido muy fácil prohibirlo. La prueba llegó en diciembre de 2016 cuando, de acuerdo con la última voluntad de Fidel “de evitar toda manifestación de culto a la personalidad”, la Asamblea Nacional aprobó una ley que prohíbe usar su nombre para denominar espacios públicos y su imagen para construir monumentos.

Algunos críticos le reprochan haber pretendido dirigir a un país como si fuera una granja; esto es: a punta de dedo, con un estilo personalísimo, egocéntrico. En correspondencia con la tipificación weberiana de la legitimidad carismática, bajo la presidencia de Fidel Castro, el abuso de poder y traslape interinstitucional campearon por su respeto. “El carisma supone, por definición, un grado de arbitrariedad que hace a los actores económicos vulnerables a las políticas del régimen” (León & Saavedra, 1998: 39). Durante su mandato, era más común escuchar noticias de los «Programas [misiones] del Comandante»³⁴ que de políticas públicas o indicadores de eficiencia global. Los caprichos del gobernante, por lo general, se complacían a costa de los más elementales principios de la economía empresarial e, incluso, de la planificación económica, tan defendida por el socialismo como alternativa al libre mercado; pues la ejecución de estos programas imprevistos suponía la alteración inmediata y arbitraria de cualquier plan anual, quinquenal, etc.

³⁴ Algunas de estas misiones o encargos personales más conocidos son: la Zafra de los diez millones (1970); “Batalla de Ideas” (1999-actualidad), conglomerado de programas gubernamentales aglutinados bajo este pomposo nombre; Tarea Álvaro Reynoso (2002), reordenamiento de la agroindustria azucarera; y la Revolución Energética (2005-actualidad), medidas dirigidas a transformar la matriz energética cubana. Todas ellas escandalosos fracasos desde el punto de vista económico, con millonarios costos financieros por concepto de ineficiencia estatal.

En Cuba, el carisma de Fidel Castro se ha transformado en una de las bases principales, si no la principal, de sustentación del régimen; se refleja por ejemplo en la radical consigna “con Fidel todo, sin Fidel nada”. Esta exacerbación del carisma resulta lógicamente de la descomposición de las principales fuentes de legitimidad del régimen, esto es, agotamiento ideológico, grave deterioro económico, social y moral, y un contexto internacional muy desfavorable. En otras palabras, la atenuación de los elementos totalitarios del régimen ha aumentado decisivamente el peso relativo del carisma en relación a otras fuentes alternativas de legitimidad³⁵. (León & Saavedra, 1998: 37)

Como es lógico, el reinado duradero de una figura tan apabullante tiene graves costos para el pluralismo político; el caudillo no puede darse el lujo de que surja un rival capaz de destronarlo. Así, uno de sus cometidos principales, durante los 47 años que se perpetuó en la cumbre del país, fue controlar y decapitar la emergencia de posibles líderes contestarios y autónomos, tanto en el amplio tejido social, como entre su séquito más próximo.

Por último, es necesario señalar que esta dominación legitimada por el carisma tiene afinidad con el tipo de acción social que Weber calificó como afectiva, toda vez que impulsa a los seguidores del caudillo a actuar con base en móviles emocionales. “La dominación carismática supone un proceso de *comunización* de carácter emotivo” (Weber, 2014: 256). Los méritos del líder inspiran a sus subordinados. El reconocimiento de su fuerza reveladora crea el deber de responder a sus convocatorias, más allá de consideraciones racionales o valóricas. Hablamos de una participación en principio aupada por influjos emocionales, aunque luego estos se mezclen con otros motivos.

1.3.2 La dominación legal-racional (y disciplinaria)

Sin embargo, gracias a la irrefragable voluntad del histórico líder de la revolución cubana, en la mayor de las Antillas se importó en la década de 1960 el modelo soviético de organización de la sociedad. Un cuadriculado paquete estructural que llevó a niveles exorbitantes el ordenamiento racional de la vida en comunidad, el respeto a las jerarquías y los derechos de mando de la autoridad legal (discrecionalmente ejercida). Este imperio de la administración burocrática ha sobrevivido en la isla, casi intacto, a pesar de su extendido descrédito internacional a raíz de la

³⁵ Aunque, coyunturalmente, esta hipótesis aventurada por León & Saavedra en 1998 parecía muy plausible, el transcurso de los hechos la refutó. Hoy, tras quince años de la salida de Fidel de la presidencia y tras cinco de su muerte, definitivamente hay que buscar las fuentes de legitimidad del régimen en otro sitio o en una combinación de fundamentos. Los capítulos V y VI contribuirán a tales efectos.

caída del campo socialista en 1989. El espíritu de esta legitimidad racional mantiene, a su vez, una gran afinidad con la acción racional con arreglo a fines; definida por Weber como la medición racional de las consecuencias de la acción que permite seleccionar, entre un espectro de medios disponibles, el más eficiente para alcanzar la meta.

De tal modo, la sociedad cubana vio florecer, casi a la par del culto a la personalidad, el culto a «lo reglamentado» y a las jerarquías administrativas. Y en este maridaje entre legalidad y autoridad (poder jurídico), los cubanos aprendimos, no tanto a respetar la «santidad» del Derecho, como la interpretación particular que de las leyes hace cada burócrata en su ámbito de incumbencia (interpretación libre y, a menudo, contradictoria con la interpretación de otro burócrata homólogo). Se consolidó, así, la hegemonía «impersonal» del orden burocrático, encarnado en disciplinados funcionarios y, muy importante, la de las *poleas verticales* de trasmisión. En Cuba las instancias inferiores de la administración burocrática tienen casi nula autonomía. Cualquier decisión pedestre tiene que subir, escalón a escalón, la imponente cuesta del organigrama institucional, dormir el sueño eterno en la gaveta de un burócrata de alto rango –cuadro del Partido, ministro o responsable del «programa» (capricho) del momento–, para luego desandar el camino de vuelta hacia la base; con toda la cadena de ineficiencia que esa verticalidad conlleva³⁶.

Otra característica relevante de la dominación racional identificable en el caso cubano es el predominio de la monocracia (funcionarios individuales) a todos los niveles, especialmente en las empresas, escuelas, hospitales, las entidades de gobierno y organizaciones de masas; en detrimento de los órganos colegiados. Incluso, en muchos lugares donde por ley se conforman instancias colegiadas, la práctica demuestra que las decisiones no las toma el colectivo, sino el individuo a la cabeza del grupo. Y lo peor de este hábito autocrático es que, en la mayoría de las empresas e instituciones, la persona a cargo –casi siempre nombrada unilateralmente por el Partido Comunista de Cuba (PCC)– no es un experto en el tema ni el mejor preparado. El partido privilegia la lealtad política por sobre la idoneidad profesional (el saber especializado). Y ese es un rasgo que desentona con el más puro tipo ideal weberiano de la dominación legal.

El Partido Comunista no solo designa funcionarios por doquier, sino que controla a su antojo todos los procesos electorales para cargos en el gobierno y en las organizaciones de masas (los

³⁶ La sabiduría popular le llama a esta administración vertical de las cosas más mundanas «el ascensor», porque en cualquier trámite, los funcionarios públicos te dicen: “Eso hay que elevarlo”. Por ejemplo, hasta 2013, absolutamente todos los trabajadores estatales, hasta los más alejados de los puestos directivos, si querían viajar al extranjero, necesitaban un permiso de salida del país, firmado por ¡el ministro del ramo pertinente!

cuales, por ende, cuentan con muy poca legitimidad popular, como veremos en próximos capítulos). Además, a nivel municipal y provincial, en la concreta, los (designados) secretarios del Partido³⁷ gobiernan a su antojo por encima de los (electos) presidentes de las asambleas, siguiendo métodos de conducción por lo general sultanísticos, poco normativos, discrecionales.

Esta colonización del Estado, y en gran medida de la sociedad, por parte de un insaciable pulpo político (el Partido único) resulta una herencia totalitaria, íntimamente vinculada con el perfeccionamiento de esas refinadas técnicas y tácticas de dominación estudiadas por Foucault (1992b), que van mucho más allá de las visibles formas jurídicas e ideológicas de sometimiento. Como advirtió Foucault, con el avance de la modernidad, las relaciones jurídico-políticas, explícitamente sustentadas sobre el principio de la soberanía, fueron entremezclándose con un nuevo artilugio de subordinación, más sofisticado y velado, ejercido mediante las coacciones materiales sobre los cuerpos: el poder disciplinario. democracia material

Un derecho de soberanía y una mecánica de la disciplina: entre estos dos límites, creo, se juega el ejercicio del poder. Pero estos dos límites son tan heterogéneos que no pueden reducirse el uno al otro. Los poderes se ejercitan en las sociedades modernas a través, a partir y en el mismo juego de esta heterogeneidad entre un derecho público de la soberanía y una mecánica polimorfa de las disciplinas (Foucault, 1992b: 150).

En el régimen socialista de Estado vigente en Cuba puede verificarse, con nitidez, la maduración plena de esa sociedad de la *normalización disciplinaria* develada por Foucault. Me refiero a esas normas o reglas «latentes», durante años naturalizadas –a menudo contrapuestas a las leyes y libertades formales–, que rigen importantes aspectos del día a día de los ciudadanos, cuadriculan y «cohesionan» a la sociedad conforme a la horma dominante, como fruto evidente de diferentes técnicas de poder disciplinario: los rituales participativos (desfiles, mítines y farsas electorales), los sistemas de ex/inclusión, vigilancia y represión, el control directo e indirecto de la vida privada, entre otros mecanismos que, aunque falibles, han fomentado con bastante eficacia el autodisciplinamiento y la obediencia masiva. El Estado posttotalitario cubano, cercenador de la contestación, inmune a cualquier pretensión ciudadana de fiscalización, ha demostrado ser muy ineficiente en materia económica; pero muy hábil en el uso de la «microfísica del poder».

³⁷ La sabiduría popular les llama «los puestos a dedo», una categoría en la que también incluyen al presidente Miguel Díaz-Canel, a pesar de haber sido votado como tal por la Asamblea Nacional.

1.3.3 La dominación ideológica

Ahora bien, el análisis detallado de los diversos fundamentos de la dominación en Cuba evidencia la insuficiencia de la tipología weberiana para dar cuenta cabal de este caso. Al examinar a fondo los acuerdos, vínculos y tensiones entre autoridades y dominados en el Estado socialista, a la luz de la clasificación ideal weberiana, pareciera que una zona de la realidad sociopolítica de la isla quedara opaca, difuminada, soslayada. Y no es un segmento intrascendente del pintoresco óleo criollo. Se trata, con una alta plausibilidad, del fundamento de la legitimidad de las autoridades socialistas que más ha persistido en el tiempo y que mejor estructuró su pretensión de conseguir la subordinación de los ciudadanos cubanos. Me refiero a la legitimidad ideológica, fuertemente asociada a la acción racional con arreglo a valores (convicciones, ideales, creencias).

Aunque hoy desgastada por infinidad de razones prácticas, entre ellas la eterna posposición de un futuro mejor (la tan ansiada prosperidad), durante décadas la dominación ideológica desempeñó un papel medular en la subordinación de un sector mayoritario del pueblo cubano, en su identificación parcial o plena (asimilación) con los mandatos del grupo dirigente, que se autoproclamó la «vanguardia» de la clase oprimida. Una afirmación congruente con el marxismo althusseriano que resalta el rol preponderante de las estrategias ideológicas en la reproducción social de los sistemas de dominación, y presenta la noción de agencia como profundamente condicionada por la ideología.

El trabajo de los althusserianos ha servido para enfatizar la legitimación ideológica como un papel clave en el mantenimiento de las relaciones de dominación. Otro legado que surge del marxismo estructural althusseriano es el concepto de totalidad que enfatiza la multiplicidad de estructuras económicas, políticas e ideológicas, su relativa autonomía y la no reducción de su compleja interacción a un solo elemento o esencia. (Miller, Rowlands & Tilley, 1995: 10)

La experiencia cubana, si bien no refuta la idea de totalidad y de autonomía de las estructuras, si sugiere la consideración de períodos de preeminencias alternantes entre una y otra. Con épocas (mayoritarias) en las cuales la lógica económica, por ejemplo, se sacrifica en función de prioridades políticas e ideológicas, y viceversa (en tiempos de crisis material más reciente). Y etapas donde, incluso, las razones políticas priman por sobre principios ideológicos (el solitario

apoyo de Cuba a la invasión soviética de Afganistán³⁸, e.g.). A pesar de estas alternancias, lo cierto es que, en el acatamiento popular de las disposiciones de la dirección del Estado-Partido, mucho ha tenido y tiene que ver todavía hoy la pretensión de validez que entraña la ideología socialista *per se*, como un conjunto de valores superiores, respecto al pasado, el entorno y el porvenir capitalistas. El extendido y arraigado sentimiento «antiyanqui», patente inclusive en sectores de población críticos al gobierno comunista, es una viva prueba de la capacidad persuasiva y aglutinante de la ideología.

La dominación fundamentada sobre la ideología socialista no sólo tiene un profundo carácter teleológico (creencias proyectadas hacia el horizonte); también encierra un fuerte contenido utópico, un componente quimérico que nace de la miseria (material, humana), revoluciona las ideas y promete superar el presente calamitoso. Emparentada con la legitimidad carismática, en cuanto a la apelación a lo extraordinario, a diferencia de aquella, la legitimidad ideológica no se puede corroborar del todo en el momento, su principal pretensión de validez se ubica en el porvenir. Y, a tal efecto, sublima el sacrificio del presente en el altar del futuro, incluso con más eficacia y perdurabilidad que el carisma de un caudillo: “Si el presente es de lucha, el futuro es nuestro”³⁹.

A mi modo de ver, la dominación sustentada sobre la legitimidad tradicional no ha cumplido un papel destacado en la organización de la vida política en Cuba. La creencia cotidiana en la santidad de tradiciones ancestrales es particularmente incompatible con la fe en la «sacra» superioridad de un futuro mejor, idealizado hasta el infinito (legitimidad ideológica). El respeto a normas heredadas del pasado tampoco encuadra muy bien con la naturaleza irracional, revolucionaria, de la legitimidad carismática, extraña a toda regla o rutina no regida por el valor de lo extracotidiano. En Cuba, ambos tipos de legitimidad, la ideológica y la carismática, se encargaron de subvertir cualquier atisbo de legitimidad que pudiera provenir de una institución

³⁸ “Es sabido que la invasión soviética tensionó al No Alineamiento y sobre todo a Cuba por encontrarse esta en la presidencia del MPNA [Movimiento de Países No Alineados], una cruel coincidencia que le costó incluso el ingreso al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas debido al deterioro de su imagen hasta entonces de independencia (relativa). No haber censurado la intervención exacerbó su grado de compromiso con Moscú. Desde que el hecho estalló, Cuba caminó sobre un precario equilibrio: por un lado debía cumplir uno de los objetivos centrales de su misión en el Movimiento, proteger a la URSS, por otro debía guardar lealtad al No Alineamiento como principio y al simple hecho de presidir la organización, que le obligaba a representar a la totalidad de los Estados miembros” (Alburquerque & Coloma, 2018: 25).

³⁹ Frase épica y multicitada de Ernesto (Che) Guevara, cuyo origen, empero, no fue posible rastrear.

pretérita; y con ella sepultaron el tipo de acción denominada por Weber como tradicional, aquella que se desarrolla bajo el influjo de costumbres muy arraigadas (al menos en lo relativo a la gobernabilidad del país).

En suma, mi propuesta (aplicada) de añadirle una cuarta casilla a la tipología weberiana de los tipos de dominación parece redondear, de modo plausible, el sistema que potencialmente interrelaciona las clases de legitimidad sobre las que se negocia la dominación con las formas de acción social propuestas por el genio alemán. El conglomerado de pares quedaría de la siguiente forma: dominación racional-legal ↔ acción racional con arreglo a fines; dominación tradicional ↔ acción tradicional; dominación carismática ↔ acción afectiva; y dominación ideológica ↔ acción racional con arreglo a valores. Como subtipo de la dominación ideológica podría incluirse la dominación espiritual, un tipo que Weber menciona, pero no desarrolla, en el último párrafo de sus «Conceptos sociológicos fundamentales» (2002: 45); y que también muestra mucha afinidad con la acción racional con arreglo a valores.

Por supuesto, es una propuesta incipiente que habré de consolidar en el futuro. Se puede y se debe abundar mucho más en la discusión acerca de las expresiones empíricas de estas formas de dominación, teóricamente definidas por Weber. Subsiguientes capítulos de esta tesis abonarán, en buena medida, a este esfuerzo. Evidentemente, esta apropiación de los atributos de tipos ideales puros deviene un esfuerzo heurístico, que asume la máxima weberiana de que es prácticamente imposible encontrar en la práctica estos clústeres tan perfectamente delineados. No obstante, la mixtura y los corrimientos imperantes en la realidad no invalidan la pertinencia de este ejercicio analítico, provechoso para una posterior comprensión exhaustiva del juego político en Cuba.

1.4 Prontuario

Un estado del arte es como una pompa de jabón muy única, sin homólogos, análogos o referentes del todo comparables y, en especial, muy endeble. Las apropiaciones, interpretaciones, reparos, correlaciones y contrastes vertidos / omitidos en cada estado del arte son fruto de un proceso creativo hartamente personal e irrepetible. Si forzamos a otro investigador a trabajar con los mismos autores y obras, el producto final seguramente será muy distinto. Incluso si dicho procesamiento lo acomete el mismo autor en otra etapa de su desarrollo profesional, también tendremos un nuevo estado del arte. Tamaña singularidad constituye, al tiempo, una fuente de fragilidad, porque habrá tantas lecturas (exigencias, reproches e inconformidades) como lectores.

Con lo cual la misión de la presente burbuja teórico-analítica no ha sido complacer, sino mantenerse fiel a su propósito original, perdurar y resistir el vendaval sin hacer aguas.

Fue en esa tesitura que discutimos, primero, un puñado de contribuciones conceptuales de dos clásicos indispensables para cimentar la perspectiva teórica aquí adoptada. Sin el énfasis de Bourdieu en la dimensión cultural de la dominación, su sustancia relacional y la centralidad del lenguaje como instrumento primario de des/legitimación, esta investigación sería otra. Al igual que si nos hubiéramos privado del conciliador enfoque foucaultiano de la objetivación y la subjetivación, su concepción positiva de las relaciones poder, de los «juegos de verdad» y las «veridicciones». Asimismo, estamos en deuda con herencias contemporáneas como la de Haugaard y su propuesta mediadora que armoniza el condicionamiento estructural con la capacidad de agencia, mediante la descomposición de la obediencia en dos aspectos: disposicional y episódico. O la de Passini y Morselli que, también con un espíritu conciliador, aportan su propia distinción entre los aspectos constructivos y destructivos de la obediencia y la desobediencia, atendiendo a una muy atinada concepción multinivel (sistema, autoridad, demandas) de los procesos de atribución de legitimidad. Los aportes de estos tres últimos autores a nuestro modelo de análisis y al proceso de abstracción de inferencias son invaluableles.

Ni qué decir del binomio Gaventa - Scott, cuyos esquemas y herramientas teóricas hemos filtrado, combinado, refinado y renovado aquí, con espíritu ecléctico, crítico e innovador, y en aras de integrar fortalezas, suprimir deficiencias y, sobre todo, optimizar la especificidad, sensibilidad y capacidad explicativa del modelo de investigación. De Gaventa asimilamos su concepción multidimensional y sistémica de las relaciones de poder, así como su insistencia en el estudio de los mecanismos profundos (la dimensión cultural) de la dominación, la construcción de sentidos políticos; dejando a un lado, empero, su concepción unilateral que reifica la estabilidad social y trata a los dominados como marionetas manipulables. De Scott, por su parte, nos quedamos con el rescate de la capacidad de agencia en los procesos de subordinación y, en particular, el énfasis en la complejidad, heterogeneidad y enorme relevancia de las discretas y silentes dinámicas de la resistencia cotidiana; objetando, no obstante, la necesidad de ahondar con mayor detalle en la diversidad, diferenciación y condicionamientos contextuales de los distintos tipos de disidencia.

El epígrafe intermedio planteó una aproximación concienzuda a las lecciones método/lógicas de una selecta muestra de reportes de investigación empírica sobre temas afines al nuestro, que para no pecar de «endogamia» extendimos más allá de los lazos «consanguíneos» de la perspectiva

cualitativa, con el ánimo de aprender también de las discrepancias. Así, a pesar de la evidente lejanía de la lógica experimental, encontramos en el estudio de Molm valiosos vasos comunicantes en cuanto a la concepción relacional de los intercambios sociales, el acento en la «dependencia mutua», la acción racional y la apuesta por reconciliar, de forma armónica, la estructura con una concepción amplia de la agencia. Aunque también la obra de Nevitte tiende puentes entre agencia y estructura, entre cultura e instituciones, los procedimientos que utiliza para imputar causalidad acusan serias deficiencias; de las cuales hemos intentado extraer enseñanzas válidas (por contraste) para la investigación cualitativa, como, por ejemplo, la importancia de considerar los efectos diferenciados del contexto sobre los comportamientos de los actores.

Ya en cancha propia, en predios de la investigación cualitativa, y a pesar de la tendencia a no transparentar métodos, procedimientos, sesgos y fuentes de imprecisiones, entresacamos varias notas, pistas e ilustraciones de tres aproximaciones empíricas enfocadas en la calidad de los vínculos entre Estado y sociedad en Guinea-Conakry, Mozambique y Siria. Del trabajo de Schroven recuperamos, fundamentalmente, el potencial explicativo de la descripción densa (sensible a las particularidades del contexto), la perspectiva procesual sobre la agencia y los eventos, y el *zoom* en los contrastes entre el discurso y las prácticas de un mismo grupo. De la investigación longitudinal de Sumich, por otro lado, rescatamos un esfuerzo que echamos de menos en Schroven: el revelamiento de la heterogeneidad de su objeto de estudio, así como las diferentes escalas de conflictividad que tal diversidad interna desencadena. Con muchos más puntos de contacto, a Wedeen le debemos la obsesión por develar cómo y cuánto la retórica produce gobernabilidad, cómo se negocia, se disputa y se pactan los términos de la aquiescencia y la legitimidad de un régimen autoritario, sustentado por la ilusión narrativa (obediente) que generan las demostraciones masivas abiertamente apócrifas.

Por estrategia expositiva, para el cierre del capítulo se reservó el análisis aplicado de las clases de dominación identificables en Cuba desde el triunfo de la revolución hasta la actualidad, según el fundamento sobre el que se sostenía o sostiene la pretensión de legitimidad de los poderosos. En este apartado, el modelo weberiano cobra inusitada validez para dismantelar y descomponer los distintos argumentos superpuestos o concatenados (carisma, legalidad-racionalidad, ideología) que han servido de anzuelo a la clase política privilegiada para ganarse la aceptación, validez y hasta complacencia de la ciudadanía. En particular, defendemos la inclusión de la legitimidad ideológica como un fundamento de capital importancia para entender el caso cubano y que, debido

a su fuerte asociación con la acción racional con arreglo a valores (convicciones, ideales, creencias) viene a redondear el modelo weberiano con bastante coherencia y plausibilidad.

CAPÍTULO II: CLAVES CONTEXTUALES. EL «CITOPLASMA» DE LA VIDA COTIDIANA

2.0 Exordio

Más que un telón de fondo, el contexto económico, político, social, institucional, estructural, sistémico desempeña un papel protagónico en la microproducción artesanal de las relaciones de dominación-subordinación-resistencia en el escenario fractal de la vida cotidiana. En un entramado donde un Leviatán insaciable inunda, vigila, controla, penetra, usurpa casi todo, no podía ser de otra manera. Lejos de representar, para la acción social, un marco regulativo, un proveedor de servicios eventuales, un guardián insinuado, una garantía de justo arbitraje..., las corroídas estructuras del Estado posttotalitario cubano devienen, en la actualidad, una especie de anciano interlocutor permanente, al que unos pocos conciudadanos escuchan, respetan y veneran; pero otros muchos ignoran, vejan y vituperan.

El caso es que su omnipresencia sobre el escenario de la realidad subordinada –ora como guionista, personaje, utilería, voz en off, crítico o incluso audiencia– es innegable, apabullante y medular para entender el análisis dramaturgico de la obra. Por ello, este capítulo se propone jugar al equilibrista por sobre la frontera borrosa (y siempre tensa) entre exhaustividad y concisión, en aras de incluir dentro de la fotografía estática del contexto cubano la mayor cantidad posible de las condiciones que estructuran, constriñen y habilitan el movimiento escénico de los subordinados. Y, a la vez, limitar el encuadre a los aspectos verdaderamente más relevantes, con tal de no abigarrar, distorsionar y empañar la imagen.

Encontrará el lector, en primer plano, un alcor conformado por el compendio apresurado de las características más sobresalientes del sistema sociopolítico cubano, cuyo eje transversal es la privatización de la arena política por parte de la maquinaria burocrática partidista. A continuación, la mirada reposará unas breves páginas en una esquila litografiada «por obligación», sólo para dejar constancia de algunas pinceladas imprescindibles del contexto reciente. Acto seguido, en el centro de la composición fotográfica, podrá saciarse la curiosidad socioeconómica entre los frisos en bajorrelieve que hemos tallado con información muy gráfica sobre el auge de la propiedad no estatal y la profundización de la desigualdad social. Al fondo, en contraplano que dialoga con el resto de los elementos del encuadre, emerge un imponente mural migratorio, naturalmente esculpido en altorrelieve, bajo el slogan autorreferencial: “Los cubanos «votan» con los pies”.

2.1 Rasgos básicos del modelo sociopolítico cubano

Como ya bosquejamos en la Introducción y en el capítulo I, en Cuba persisten serios déficits democráticos, en las dimensiones jurídica, institucional y cultural, por solo citar algunas. Aunque suene anacrónico, el régimen socialista vigente reproduce todavía hoy muchos rasgos del obsoleto modelo soviético: fusión Estado-Partido, organización hípercentralizada de la sociedad, mecanismos de control social harto coercitivos (el imperio del terror latente), interpretación discrecional de las leyes, entre otros. “El orden político insular acomoda una fisiología tiránica bajo una frágil anatomía republicana. Su correlato jurídico es el Gobierno por la Ley [*Rule by Law*], permanentemente violentado por el Dominio a pesar del Derecho [*Rule despite Law*]” (Chaguaceda, 2020: 1).

En su monólogo comunista, el gobierno considera a *todos* los intelectuales críticos, activistas políticos u opositores, como enemigos, mercenarios, contrarrevolucionarios, apátridas, espurios y un largo etcétera. Existen pruebas de que algunos han recibido financiamiento de gobiernos extranjeros¹, pero no es el caso de todos, ni siquiera de la mayoría. Además, a muchos no les queda otra vía de subsistencia más que el apoyo económico desde el exterior. No hay de otra, pues en Cuba prácticamente todos los grandes negocios redituables son propiedad del Estado (total o compartida con inversores extranjeros). La esfera privada es todavía muy incipiente, está limitada a sectores secundarios y poco lucrativos de la economía, y muy subordinada a la veleidosa venia estatal. Entonces, si este poderoso Estado-Partido viste a la totalidad de los «divergentes» con el mismo saco de “mercenario”, ¿quién puede ejercer sus derechos políticos de manera legítima? Solo los afines al régimen comunista.

De modo que no existen espacios reconocidos para partidos opositores ni organizaciones independientes del aparato estatal. La Constitución no los autoriza. Ningún grupo con otra ideología puede crear una organización civil o política e inscribirla en el registro legal. Existen varias, pero condenadas a la sombra de la ilegitimidad obligatoria, con membresías escuálidas y escasa o nula articulación entre sí:

En Cuba, el campo político parece reproducirse desde una lógica ajena a la tensión histórica entre reforma y revolución, advertida por clásicos del pensamiento socialista como Lenin, Rosa Luxemburgo o André Gorz. Todos los actores políticos se mueven entre distintos horizontes de

¹ Véanse los cables del servicio diplomático estadounidense desclasificados por la organización Wikileaks, por ejemplo, https://wikileaks.org/plusd/cables/08HAVANA613_a.html

expectativas reformistas y la tensión entre los mismos adopta la forma de una anulación mutua de la legitimidad, no de la interpelación o la confrontación pública de distintos proyectos de la nación, la sociedad o el Estado. (Rojas, 2015: 155)

Como el espacio público en la práctica es propiedad estatal, las organizaciones opositoras solo pueden reunirse en ámbitos privados, casi siempre bajo el acoso de los órganos de inteligencia y a expensas de la violencia física y psicológica de la policía (Aguirre, 2002). Grupos y plataformas disidentes como las Damas de Blanco, la Unión Nacional Patriótica de Cuba, Estado de Sats, la Comisión Cubana de Derechos Humanos y Reconciliación Nacional, el Movimiento Cristiano de Liberación, el Frente Nacional de Resistencia Cívica, el Frente Antitotalitario, entre otros, han sufrido de manera reiterada la intimidación, ofensas, golpes y arrestos por parte de las fuerzas represivas (Chaguaceda & Geoffray, 2015); así como constantes campañas de descrédito público.

Una porción ínfima de la población participa con entusiasmo en los inciviles actos de repudio que agreden física y moralmente a los disidentes. Otro segmento de ciudadanos –la mayoría–, se arrellana en la inercia y la contemplación: no atacan a los opositores, pero tampoco condenan el vandalismo y la represión oficial. Muchos tienen miedo de sufrir las represalias del régimen opresor. Y es que, por lo general, no se cumplen largas condenas de cárcel por criticar al gobierno²; pero la etiqueta de disidente o “desviado” suele acarrear innumerables conflictos. Y quien se atreve a expresar su descontento en las calles, casi seguro termine pagando la osadía tras las rejas, al menos por unas horas o días³. En un país donde es casi imposible no delinquir en la vida cotidiana (el mercado informal constituye la primera economía), dichos contratiempos no son nada desdeñables: pérdida del empleo estatal o de la licencia para el trabajo particular, limitación de la movilidad y la comunicación en el interior del país, invitación al exilio, registros y allanamientos (extrajudiciales, por lo general) de la morada, encarcelamientos relámpagos o prolongados (en

² Aunque sí hay decenas de presos políticos a los que el gobierno les fabrica cargos para encarcelarlos, como la infame “Peligrosidad Social Predelictiva”, una figura jurídica considerada por *Prisoners Defenders* como un arma penal diseñada para controlar el descontento, pues no se condena la comisión de un delito real, ni siquiera en grado de tentativa, sino la posibilidad abstracta de delinquir en el futuro.

³ Así se demostró el pasado mes de julio de 2021, cuando el gobierno encarceló (en algunos casos torturó) y sometió a juicios sumarios y amañados a, al menos, unas 1,300 personas por participar en las protestas pacíficas del 11 del propio mes. La cifra de detenidos no reportados por sus familiares (por miedo a que reciban condenas más severas) puede ser varias veces mayor.

Cuba no existe hoy un tribunal de garantías constitucionales ni el recurso de *habeas corpus*⁴), entre otros recursos coactivos (Azor, 2014). Las estadísticas son reveladoras:

En términos de racionalización e institucionalización gubernamental, por lo tanto, la situación de Cuba, Irán y Nicaragua guarda bastante semejanza con los regímenes sultanísticos que pretendían sustituir. Esto no significa que las revoluciones no tuvieran consecuencias: las masas se beneficiaron posiblemente del derrocamiento de los dictadores. Pero debemos recordar también que los regímenes revolucionarios de Cuba e Irán han encarcelado, asesinado y llevado al exilio a más ciudadanos que el de Batista o el del Sha⁵. (Linz, 2009: 575)

En buena parte de la ciudadanía prima un instinto de autopreservación: piensan que no vale la pena exponerse si no pueden amplificar sus pensamientos a toda la comunidad-nación, pues el Estado mantiene el monopolio absoluto de los medios de comunicación y un rígido control de los contenidos, mediante el Departamento Ideológico del PCC. De ello puede dar fe testimonial este investigador, pues durante los cinco años que ejercí el periodismo en tres medios impresos de tirada nacional, sufrí en carne propia la tiranía ideológica del Partido, perpetrada con gran eficiencia a través de sus cuadros directores de medios.

Similar control del Partido único anula de modo muy eficaz la posible elección de disidentes para cargos públicos. Durante seis décadas, el gobierno nacional ha acotado la emergencia de liderazgos contestatarios y autónomos en el ámbito comunitario, combinando hábilmente acoso policíaco, actos de repudio, cruzadas difamatorias y presiones sociales extendidas a través de los órganos de base del PCC y de las diferentes organizaciones de masas paraestatales. A dichas tácticas, han sumado en fechas recientes otras no menos reprensibles, como la modificación de las circunscripciones electorales locales⁶ (conocida en inglés como *gerrymandering*), las ilegales

⁴ Existió un Tribunal de Garantías Constitucionales y Sociales entre 1940 y 1952, cuando el golpe de Estado de Fulgencio Batista lo abolió, no formalmente pero sí de facto. Después de 1959, ninguno de los líderes de la revolución cubana –ni siquiera Fidel Castro, abogado de profesión y supuesto admirador de la Constitución de 1940–, mostró interés por rescatar esta democrática instancia de control de la constitucionalidad, que fue en definitiva desactivada en 1973 (García, 2004). Algo parecido sucedió con el *habeas corpus*, vigente todavía en la Ley No. 5 “De Procedimiento Penal” (Título IX); pero en la práctica inoperante.

⁵ “Es interesante que mientras que a Castro y Jomeini se les permitió exiliarse después de su primer desafío a Batista y al Sha (tras los incidentes del cuartel Moncada en 1953 y del levantamiento de 1963, respectivamente), ellos trataron más duramente a los partidarios de Batista y del Sha cuando llegaron al poder en 1959 y 1979, también respectivamente” (Linz, 2009: 575).

⁶ En 2012, ante la desatención gubernamental, la delegada municipal Sirley Ávila León, una campesina del oriente del país, acudió a la prensa independiente para denunciar el cierre de escuelas rurales en su circunscripción. Tras lo cual

campañas internas de descalificación de opositores candidatos a cargos públicos,⁷ y el boicoteo de foros internacionales donde participen representantes de la oposición interna. En Cuba la desregulación de la política no tiene fronteras y es reconocida, incluso, por investigadores defensores del sistema:

La imprecisión en los límites que se ha dado en el sistema político respecto a otros sistemas, su concentración de poderes y su carácter irrestrictamente dominante en el marco de la sociedad de transición, propende a favorecer un régimen en el cual los distintos sistemas –el jurídico, el económico, el cultural, etcétera– quedan subordinados con fuerza al sistema político y afectados en su autonomía relativa. [...] Otro problema se refiere a los límites entre el sistema político y la población. En este caso, el régimen se expresa en la invasión de los espacios privados –efecto de la excesiva politización de la vida cotidiana– o en la desmedida regulación del comportamiento social –efecto de la hipertrofia del Estado y de su burocratización–. (Valdés, 2009: 85)

Cabe precisar que, con la citada extralimitación del sistema político, Juan Valdés Paz se refiere al PCC “suplantando a las demás organizaciones políticas y de masas –en su orientación o representación–, o a las organizaciones estatales, particularmente a las Asambleas del Poder Popular y el Gobierno, en los distintos niveles” (2009: 86). Por añadidura, desde los primeros años del régimen socialista de Estado y hasta hace muy poco, siempre el líder del PCC ocupó la presidencia conjunta del Consejo de Estado (órgano legislativo) y del Consejo de Ministros (entidad ejecutiva), junto a la máxima jefatura de las Fuerzas Armadas. O sea, una única persona concentraba los poderes legislativo, ejecutivo y militar. Durante 59 años solo tuvimos dos mandatarios casi vitalicios: Fidel y Raúl Castro. Aunque este último, tras promover en 2012 el límite de todos los mandatos a dos períodos de cinco años, anunció al año siguiente su definitiva salida de la presidencia del país (que no del PCC) para 2018. En definitiva, en abril de 2018, a punto de cumplir 87 años de edad, Raúl Castro le traspasó el mando a Miguel Díaz-Canel, el hasta

sufrió el acoso de inspectores agrarios y su electorado fue dispersado a partir de una operación de *gerrymandering*, que rediseñó *ad hoc* su circuito local.

⁷ En las elecciones para delegados municipales de 2015, por primera vez en la historia postrevolucionaria contendieron dos candidatos disidentes, propuestos por sus vecinos en La Habana. En ambos casos, las Comisiones de Candidatura manipularon arbitrariamente las biografías impresas (única forma de promoción de los candidatos) y las llenaron de dickerios; una práctica irregular, prohibida por ley. En las más recientes jornadas de nominación popular (noviembre de 2017), para simular proceso eleccionario, ningún candidato opositor salió nominado. Varios de ellos denunciaron “arrestos exprés” para impedir su asistencia a las asambleas, así como presencia policial en estas últimas, entre otras tácticas de intimidación de los vecinos y de desacreditación de los aspirantes disidentes.

entonces primer vicepresidente. Tres años después, en abril de 2021, el delfín de Raúl heredó también la máxima responsabilidad del PCC, para seguir la estela de la concentración de poder.

El diseño institucional de asamblea unicameral —ni presidencialista ni parlamentario— consagra, funcionalmente, el principio del “centralismo democrático”. Este método político “inhabilita la existencia de controles cruzados, interinstitucionales, aunque se reconoce la independencia de la función judicial”;⁸ y “no permite la existencia de minorías parlamentarias y apenas se consagran garantías contramayoritarias (que impidan u obstaculicen a una mayoría legislar sobre temas especialmente protegidos)” (Guanche, 2013: 41).

A nivel municipal y provincial, en la práctica, por encima de los (electos) presidentes de las Asambleas Provinciales gobiernan los (designados) secretarios del partido, bajo métodos de conducción más directivos que normativos. “En el caso de la dirección intergrupala, esta tendencia a una conducción partidaria directiva, basada en una nomenclatura de cuadros, se ha visto reforzada por la violación de sus propios mecanismos de selección y elección mediante prácticas de cooptación y designaciones” (Valdés, 2009: 88). Para autores residentes en la isla caribeña, esta usurpación del Estado por el partido, que se abroga un mandato imperativo en todas las instancias, aniquila cualquier posibilidad de establecer un verdadero poder popular:

Dentro del canon vigente (el supuesto de que el partido dirige al Estado), por sensatos, acertados, consensuados, justos y comprensivos que puedan ser los órganos de dirección, no pueden generar otra cosa que partidocracia (es decir autoritarismo partidario). Cuando es el partido el que decide, decide una elite. Que sean los mejores o no lo sean —incluso desde una definición programática— es un dato coyuntural, porque pueden dejar de serlo en otra generación, y creer que esta relación puede expresar una estructura democrática es un desacierto (la historia lo mostró ya). Se puede

⁸ La citada “independencia del poder judicial” también es, en la concreta, nominal. En Cuba, la función judicial está a cargo del Tribunal Supremo Popular, el cual, al no calificar como un “Órgano Superior del Poder Popular”, no tiene la exclusividad y unidad de la jurisdicción. “Los tribunales constituyen un sistema de órganos *estatales*, estructurados con independencia funcional de cualquier otro”; “Los magistrados y jueces legos del Tribunal Supremo Popular son elegidos por la Asamblea Nacional del Poder Popular o, en su caso, por el Consejo de Estado”; “El Tribunal Supremo Popular rinde cuenta ante la Asamblea Nacional del Poder Popular de los resultados de su trabajo en la forma y con la periodicidad que establece la ley”. (artículos 148, 149 y 154 de la Constitución). De tal forma, “el Consejo de Estado puede suspender las decisiones del Consejo de Ministros y de las asambleas y órganos locales del Poder Popular, cuando no se ajusten a la Constitución o las Leyes. También imparte instrucciones a los tribunales y a las fiscalías, lo que convierte al poder judicial totalmente dependiente de un órgano político” (Diversent, 2014: 1). Asimismo, comprobamos que la Constitución, en su artículo 122, inciso b) dispone que es atribución del Consejo de Estado “dar a las leyes vigentes, en caso necesario, una interpretación general y obligatoria”.

contar con un “rey bueno” o un “rey malo”, pero esa diferencia no cambia el sentido de la monarquía. (Alonso, 2015)

Esta privatización de la arena política por parte de la maquinaria burocrática partidista, que usurpa los espacios de democracia participativa y se aleja del control directo de las bases, nada tiene que ver con la concepción original del socialismo.⁹ Más bien tiende a: 1) desarrollar la estructura institucional del Estado burgués (en detrimento de los esquemas populares de autoorganización: consejos, comunas, sindicatos), 2) anular los procesos de socialización política de la sociedad en todos sus niveles, y 3) establecer la hegemonía de una nueva clase dominante: “una burocracia cada vez más amplia y despótica en sus relaciones con los trabajadores, y que en el curso de su consolidación y desarrollo comienza a autorreclutarse [...] y a mantener relaciones de producción/apropiación de tipo *explotativo*” (Quijano, 2014: pp. 580-581). Sosteniendo a Cuba en el centro de la mira, este destacado pensador latinoamericano ha insistido en la necesidad de quebrar la ideología mítica y la práctica de los “socialismos reales” que preconizan a ultranza el sistema de partido único hegemónico.

Toda la experiencia histórica del movimiento triunfante o derrotado de los explotados señala que no es cierto, de manera alguna, que un solo partido sea el depositario de toda la conciencia revolucionaria de las masas de la clase, de toda su capacidad de permanente dominio teórico y práctico de la realidad histórica. Y en esta perspectiva, solamente el debate abierto, permanente y libre en las bases organizadas de la clase, y en consecuencia la presencia de varias organizaciones y tendencias políticas, puede realmente garantizar el desarrollo de la conciencia de la clase, y de ese modo mantener y desarrollar la relación democrática entre sus organismos y niveles de organización, en la lucha por el poder y en el ejercicio del mismo. (Quijano, 2014: p. 583)

2.1.1 Estado posttotalitario ¿benefactor? La capa caída del «ogro filantrópico»

Ahora bien, entrando en el espinoso terreno de las taxonomías, verificamos cómo en la notoria tipificación de Juan Linz (2009) de los regímenes alejados de la democracia el régimen político cubano ni siquiera clasificaría como autoritarismo; debido fundamentalmente a la ausencia de un legítimo pluralismo político, aunque sea formal, acotado, de semioposición o pseudooposición. Si

⁹ “El monolitismo partidario como la idea de partido único, como canales del movimiento político de la clase, implican la idea del monolitismo de la clase. Y tal idea es extraña a la historia y a la teoría materialista de la historia” (Quijano, 2014: p. 586).

bien, a juicio de este y otros estudiosos, sería un error teórico y político catalogarlo de totalitarismo, como sí lo fueron el estalinismo y el fascismo, o parece ser la actual Corea del Norte.

De modo que el esquema democrático de la Revolución es, más bien, una combinatoria de mecanismos participativos, corporativos y representativos. Esta triple condición de la soberanía interna impide que, en la práctica, se *totalicen* absolutamente la sociedad y el Estado. Pero sólo dentro del engranaje institucional de esos mecanismos se dan las relaciones básicas entre el Estado y la Nación, entre la sociedad civil y la sociedad política, entre el gobierno y el pueblo. Es por eso que el régimen cubano, aunque no pueda ser definido como totalitario, demuestra cierta tendencia retórica y organizativa a la *totalización* de lo nacional y lo estatal, de lo cívico y lo político. (Rojas, 1997: 251)

En concordancia con las precisiones de Linz (2009), podemos afirmar que la Cuba actual está viviendo una etapa posttotalitaria, caracterizada entre otros rasgos por: 1) incipiente pluralismo social¹⁰ y político (Rojas, 2015); 2) embrionaria apertura a formas económicas no estatales (liberalización económica), aún bajo el férreo control estatal de sus condiciones de existencia; 3) oposición interna reducida, fragmentada, marginada y reprimida, sin base social –el gobierno a duras penas tolera cierta oposición «leal», moderadamente crítica y restringida al ámbito intelectual– (Chaguaceda & Geoffrey, 2015); 4) partido único debilitado en cuanto a membresía y credibilidad, ausencia de liderazgo carismático, ideología en decadencia, poca fe en la utopía, tránsito al consenso pragmático (León & Saavedra, 1998); y 5) movilizaciones reactivas, rutinarias ficticias; deslegitimación y crisis profunda de las organizaciones de masas.

[En Cuba] La emigración masiva (un 12 por ciento de la población, mayoritariamente a Estados Unidos y a España) limitó la escala de la represión, aunque un reciente análisis muestra la dimensión del terror de Estado y su similitud con el modelo de represión soviético, incluyendo el duro castigo a los revolucionarios disidentes (Fontaine, 1998). No se hizo prácticamente ningún intento académico para situar este sistema dentro de una perspectiva comparada. La hostilidad ante el concepto de totalitarismo descartaba su uso, a pesar que desde mi punto de vista estaban

¹⁰ “La pluralización civil de la sociedad cubana es uno de los efectos más visibles del avance hacia el capitalismo de Estado. En Cuba hay asociaciones raciales, sexuales y genéricas oficiales y alternativas, con diferentes grados de interlocución con las organizaciones del Estado, que presionan a favor de la igualdad étnica, sexual y de género en la isla. [...] El debate que esas comunidades sostienen con instituciones como el Centro Nacional de Educación Sexual, dirigido por Mariela Castro, diputada de la Asamblea Nacional del Poder Popular, o asociaciones más autónomas como la Cofradía de la Negritud y Color Cubano, da cuenta de un repertorio de sociabilidad e imaginación que desborda la institucionalidad estatal” (Rojas, 2015: 148-149).

presentes los rasgos básicos. Considero que el indiscutible atractivo carismático de Castro y sus vínculos con la tradición latinoamericana del caudillismo no son obstáculos para caracterizar la institucionalización del régimen y sus políticas como totalitarias. La cuestión es hasta qué punto el carisma y el atractivo nacionalista son todavía la base de lo que podríamos denominar un régimen posttotalitario. (Linz, 2009: 295)

En contraste con Linz, un intelectual criollo «alternativo», Lenier González, cree que “resulta reduccionista y falso, adjudicar a ‘la vocación totalitaria del Gobierno cubano’ la causa primera y última que justifica un diseño singular¹¹ de la participación social” (En Torres et al, 2015: 2), por ejemplo. En consecuencia, propone considerar “otros elementos de vital importancia que explican el porqué de las cosas”, y que denomina “mediaciones históricas”. Entre ellas, este autor subraya dos eventos medulares: 1) la “guerra civil” o “lucha contra bandidos” (según desde donde se mire) acaecida entre 1960 y 1965, y 2) la institucionalización del rígido modelo sociopolítico soviético. Sobre la primera afirma que, para la contención de los sectores opositores, “el joven Gobierno revolucionario restringió muchas libertades individuales y espacios políticos heredados de la Segunda República, con el propósito de abortar la posibilidad de que esos grupos pudiesen organizarse, influir socialmente y tener acceso al poder” (En Torres et al, 2015: 2). Respecto a la segunda mediación, argumenta que la Constitución de 1976 encumbra al PCC “en la cúspide del poder insular, consagra la nación en la ideología marxista-leninista, y acopla bajo su liderazgo a todas las organizaciones políticas y de masas, convertidas, en la práctica, en sus correas de transmisión” (En Torres et al, 2015: 2).

El vicecoordinador general del proyecto «Cuba Posible» –una «Plataforma de Análisis y Diálogo» adjunta a la mencionada oposición «leal»– insiste en agregar otro par de condicionantes a la disquisición sobre las inclinaciones autocráticas del régimen cubano, tales como: “el constante componente de agresividad por parte de Estados Unidos, que siempre apostó por el derrocamiento del Gobierno cubano”, por un lado, y, por el otro, “el anhelo de un Estado fuerte, acompañado de un centralismo revolucionario que permitiera un control real de la política republicana”. A su juicio, el primero “llevó a la construcción de un modelo de resistencia que impactó de forma severa la autonomía de lo social”, y el segundo exigió “cuotas de lealtad severas por parte del entramado social” (En Torres et al, 2015: 2).

¹¹ Siguiendo las propias palabras del autor, “singular” me resulta un gran eufemismo para disfrazar un “diseño de la participación social” en extremo vertical, meramente movilizador, rutinario, reactivo y disfuncional.

Si bien González tiene razón en cuanto a la necesidad de huirle a los reduccionismos y sopesar integralmente la influencia de esos y otros factores (no pocas veces soslayados), puede sostenerse que, inclusive bajo tales circunstancias (o en respuesta a ellas), el gobierno cubano pudo y debió fomentar durante las últimas cinco décadas unas prácticas, culturas y arquitectura institucional genuinamente democráticas. En suma, un entorno social más fuerte ante las adversidades y con mayor legitimidad internacional. La democracia es perfectamente capaz de enfrentar con eficacia las mediaciones aducidas por González. A contrapelo de quienes achacan a la democracia una fragmentación y debilitamiento de la soberanía, algunos defensores aseveran que “todas las enfermedades de la democracia pueden curarse con más democracia” (Bilbeny, 1999: p. 51).

Sin dudas, estas apelaciones al realismo político y la justificación contextual de los excesos posttotalitarios son muy polémicas. Deviene cuando menos una ingenuidad exonerar al gobierno y a los actores en el poder político de la responsabilidad “primera y última” del “diseño singular de la participación social” y el funcionamiento autocrático de la sociedad. Resulta una visión demasiado pasiva, condescendiente y orgánica respecto a los mandatos para tomar las decisiones políticas, presentados por González casi como víctimas de las “mediaciones”. La reacción autoritaria ante la hostilidad exógena e interna, la importación poco matizada de un modelo totalitario, la estrangulación del pluralismo social, etc., no dependen principalmente de terceros, sino sobre todo del grupo político dirigente, los gobernantes, quienes traducen «lo político» en determinadas normas, estructuras, tramas y dinámicas sociales. Decir lo contrario significa el homicidio sociológico de un agente por derecho propio protagonista de la Historia.¹²

Por lo común, el «justificacionismo paternalista» hacia la clase dirigente es consonante con una interpretación empobrecida y maniquea de la noción de ciudadanía y los derechos/deberes que implica (entre ellos exigirles cuentas a los políticos y revocarlos, cuando fuere necesario). Escudado en la descalificación de los «derechos burgueses»¹³, el constitucionalismo socialista impugnó el concepto de *ciudadano* y en su lugar implantó el de *proletariado*, cuya emancipación

¹² Pareciera que Lenier González invirtiera la célebre frase de Karl Marx: “Los hombres moldean su propia historia, pero no lo hacen libremente, influidos por condiciones que ellos han elegido, sino bajo las circunstancias con que se tropiezan inexorablemente, que están ahí, transmitidas por el pasado” (2004: p. 155). En ella, el genio alemán reconoce la enorme trascendencia del contexto; pero asume que, atravesados por esas condicionantes, los actores son dueños de sus actos y con sus decisiones construyen la realidad.

¹³ “No existen derechos burgueses, sino una comprensión burguesa de los derechos. Entenderlo de este modo permite impugnar el uso doctrinario particular y no los derechos en sí mismos, nacidos de un largo proceso de luchas sociales que los arrancó, en efecto, a las clases dominantes” (Fernández & Guanche, 2010: 6).

—en teoría— inspiraría la redención del resto de la sociedad. De hecho, no encontramos “en el cuerpo del socialismo ‘marxista-leninista’ un término que cumpla el papel que juega el de ciudadano en la trama del pensamiento democrático liberal. Los derechos ciudadanos son la clave de la relación democrática del ciudadano con el Estado” (Fernández & Guanche, 2010: 6). Sin ellos, desde la óptica de los dominantes, los gobernados quedan reducidos a meros súbditos, clientes, usuarios o zombis harto manipulables que, como una parte de la población cubana, se prestan al juego sucio del Estado: actos de repudio, golpizas a opositores, pomposos «desfiles de masas» vacíos de contenido ciudadano, etcétera. Definitivamente al pueblo cubano le ha faltado esa famosa “anti-intolerancia” democrática (Bilbeny, 1999), tan útil para evitar los desmanes totalitarios¹⁴.

Las consecuencias respecto a la ciudadanía de la prevalencia de los derechos sociales sobre los individuales son conocidas: configura un patrón asistencialista de participación, crea un ciudadano pasivo a la espera de la provisión pública de bienes y servicios. Sin embargo, la cualidad del sistema democrático no está en aquello que se otorga, sino en aquello que se forma: no en lo que se entrega en forma de bienes y servicios sociales por parte del Estado, sino en la calidad de ciudadano que puede ser ejercida dentro de ese diseño político. (Fernández & Guanche, 2010: 6).

En resumidas cuentas, y a pesar de puntuales contrargumentos y reticencias leales, puede catalogarse a la experiencia “revolucionaria” cubana como un «socialismo de Estado» *posttotalitario*, durante muchos años disfrazado con los ropajes asistencialistas del «Estado de bienestar», aunque últimamente muy disminuido en este poder de recompensa. Durante décadas el Estado monopartidista autocrático presumió grandes y valiosas garantías materiales (salud, educación y seguridad social¹⁵) —cuyos inobjetables méritos muchos opositores desconocen o tergiversan—; menoscabadas, empero, por serias carencias democráticas que aún persisten intactas y que partidarios del oficialismo, a su vez, ignoran, minimizan o justifican con disímiles sofismas, como el de “plaza sitiada” (aludiendo al embargo económico impuesto a Cuba por Estados Unidos). A finales de los años 1990, ya en el ocaso del providencialismo estatal, el historiador

¹⁴ La historia ya ha mostrado las graves consecuencias (los totalitarismos) que puede generar la tolerancia desmedida e incauta. La libertad no puede existir sin la tolerancia y esta, a su vez, sin la intolerancia a los intolerantes. No es un galimatías: “la tolerancia tiene un límite: no tolerar a quienes quieren acabar con ella. Ser ‘anti-intolerantes’. Eso no representa ninguna contradicción. [...] Por congruencia consigo misma, la tolerancia no puede transigir con los intransigentes que la amenazan” (Bilbeny, 1999: 43).

¹⁵ Conquistas, por cierto, cada vez más depauperadas, aunque todavía superiores a los estándares de América Latina y del resto del Tercer Mundo en varios parámetros de salud, sobre todo, tales como: esperanza de vida al nacer, salud materno-infantil, vacunación infantil, médicos por habitantes, etc.

Rafael Rojas (1997: 255) sintetizó esta paradoja de forma magistral: “El *Leviatán* cubano, como ningún otro Estado benefactor, podría acogerse a la célebre definición de Octavio Paz: es un «ogro filantrópico»”. En la actualidad, sin embargo, asistimos al desmantelamiento acelerado de los otrora pilares de aquella «filantropía» y, por ende, a la desadjetivación nudista del «ogro», a secas.

2.2 Apuntes del contexto reciente

Durante uno de los capítulos más agudos de la prolongada crisis material que hace tres décadas afecta a Cuba, desde 2008 (pero sobre todo a partir de 2011), el gobierno del presidente Raúl Castro (2006-2018) impulsó un lento proceso de reformas, denominado de manera eufemística “Actualización del modelo económico cubano”; el cual en un inicio generó grandes expectativas dentro y fuera del país. Las reformas, continuadas y profundizadas por su sucesor Miguel Díaz-Canel, trascienden por mucho el ámbito de la producción y los servicios, y responden, en parte, a un cúmulo de añejas demandas de la población y a la necesidad de oxigenar la deprimida economía de la Mayor de las Antillas: absolutamente estatalizada, ineficiente, hípercentralizada y desconectada de las tendencias del mercado mundial. En el nuevo escenario, las autoridades reconocen que el mercado ha de desempeñar un rol cada vez más creciente en la economía cubana, aunque prevalezca la planificación por sobre aquel.

La actualización es un proyecto eminentemente político, cuyo *leitmotiv* central es el remozamiento de un modelo económico estatal centralizado (modelo que no es incompatible con ciertos grados y formas de descentralización), y que es concebido como mecanismo de afianzamiento de un sistema político unipartidista, al cual se subordina todo el diseño económico. [...] la “actualización del modelo económico” resulta un episodio marcadamente subordinado a la cuestión política. Es la “cosa” política (“cosa” entendida aquí en su sentido ontológico relativo a la esencia) lo que determina y por tanto subordina a ella el diseño y la dinámica de la actualización económica, y no al revés. (Monreal, 2015: 3-4).

Por tales razones, este experto cubano prefiere introducir, dentro del complejo de mutaciones estructurales, la noción de «reforma del Estado», también apropiada para el caso de la nación antillana. Esta herramienta conceptual explica mejor el ambicioso proyecto del gobierno que “procura establecer, en menos de diez años, las bases para la construcción de una nueva

gobernanza del país” (Monreal, 2015: 3-4). La estrategia conlleva una reformulación del «poder del Estado», por un lado, y de su «capacidad estatal», por el otro.¹⁶

En sentido general, puede afirmarse que las reformas son positivas, en tanto combaten el inmovilismo acumulado en los últimos años de gobierno directo y personalísimo de Fidel Castro, favorecen la pluralización de los sujetos socioeconómicos, brindan al mercado un margen (todavía estrecho) frente al plan ultracentralizado, y abren ciertos espacios de oferta-consumo de bienes y servicios muy demandados por la población. No obstante, las reformas se encuentran entrapadas en una relación asimétrica que otorga ventajas a los actores mercantiles y privilegiados por el régimen político, frente a otros comunitarios y marginados. Acusan un manifiesto sesgo autoritario y tecnocrático que convida a moderar el exceso de entusiasmo, y a esbozar algunos señalamientos a su real desempeño.

Evaluada desde la perspectiva del desarrollo, y no solamente desde el ángulo de la macroeconomía, la actualización es igualmente decepcionante. No por el hecho de no poder “entregar” desarrollo –una meta que ciertamente exige plazos mayores– sino por el escaso efecto que la actualización está teniendo en la creación de condiciones cruciales para impulsar el desarrollo, específicamente en lo relativo a lo que se requeriría hacer para colocar, de manera estable, una parte creciente de la fuerza laboral del país en trayectorias tecnológicas y organizativas ascendentes (transformación orientada hacia una estructura de mayor “valor agregado”), a la vez que se garantizase que esa fuerza laboral estuviese en capacidad de “capturar” los beneficios sociales del proceso, incluyendo mayores salarios y mejores condiciones laborales, en la línea del concepto de “trabajo decente” promovido por la Organización Internacional del Trabajo. (Monreal, 2015: 8)

Dentro de las transformaciones estructurales y funcionales recientes destacan: reformas tributarias; entrega de tierras ociosas en usufructo; apertura a la cooperativización de algunas actividades urbanas (construcción, comercio y servicios); flexibilización del objeto social de las

¹⁶ En su distinción de estos dos conceptos Monreal (2015: 7) explica: “El «poder del Estado» emana de la propia naturaleza del «juego político» que convierte relaciones políticas en relaciones de poder y en estructuras de poder, lo que condiciona la posibilidad de que el Estado pueda asegurar las condiciones para impartir una determinada direccionalidad a la sociedad. Por otra parte, siguiendo el planteamiento de Maximiliano Rey (2014: 132), pudiéramos considerar que: ‘la capacidad estatal alude a cómo desde la dirección del Estado se puede movilizar el andamiaje político-administrativo, en vinculación con el contexto social de ese determinado sector de políticas, que le permita plasmar las decisiones’. Es decir, que la «capacidad estatal» se refiere esencialmente a cómo se desarrollan las actividades en que se traduce el poder previamente definido del Estado”.

empresas (todas estatales¹⁷) y cierto margen de autonomía para comercializar los «excedentes» (producción extraplan); autorización de la compraventa de casas y automóviles entre particulares; nueva Ley Migratoria que eliminó arcaicas restricciones para viajar; otorgamiento de subsidios a sectores poblacionales de bajos ingresos para reparar y ampliar sus viviendas; modificaciones al Código del Trabajo; restablecimiento de las relaciones bilaterales con Estados Unidos (EE.UU.); limitación de todos los mandatos a dos períodos de cinco años; y, por último, la Ley de Inversión Extranjera, un polémico paquete legal que entró en vigor en julio de 2014, dirigido a atraer capitales foráneos hacia todas las ramas de la economía, excepto la salud, la educación, la seguridad social y la defensa.

Sin embargo, entre las reformas, solo unas pocas incluyen dentro de su radio de acción la estructura política, la gestión de gobierno y la participación ciudadana, aspectos muy deteriorados durante los últimos 30 años, tanto en la práctica como en su diseño conceptual/gubernamental. Por ejemplo, en comparación con los principales centros urbanos, los municipios y pequeñas localidades del interior del país acusan muchas más (graves) deficiencias en materia de progreso económico, políticas sociales y prácticas participativas. En consecuencia, las estadísticas registran una tendencia creciente de las tasas de migración del campo a la ciudad, desde los pequeños territorios a las cabeceras provinciales y, en su mayoría, hacia la capital del país y el extranjero.

En nuestro principal espacio de interés, la comunidad, la participación ciudadana se ha reducido durante las últimas décadas, cuando más, al involucramiento vecinal en tareas de saneamiento, reanimación urbana, recreación y deportes. Entretanto, la incidencia política suele restringirse, en el mejor (y menor) de los casos, al ejercicio individual de la voz y la agregación limitada de demandas, y no a la conformación de la agenda política comunitaria, mucho menos a su ejecución y control. La toma de decisiones es privativa del círculo de dirigentes estatales que operan a nivel provincial y nacional con total discrecionalidad, mientras las autoridades locales carecen de real potestad y facultad para responder a las demandas de la comunidad que los eligió.

Los delegados resultan así agentes del Estado para conformar el orden político de la comunidad y deben actuar en su beneficio y con el asentimiento de esta en el lapso que los electores le han autorizado con su voto. Si el principal es el nivel superior del Estado, el diseño hace prevalecer la

¹⁷ En agosto de 2021, al momento de revisar este informe, el gobierno cubano autorizó, mediante un decreto-ley, la creación del marco jurídico necesario para el establecimiento de las micro, pequeñas y medianas empresas (pymes) privadas en sectores no estratégicos de la economía.

soberanía estatal sobre la soberanía popular, o sea, el gobierno sobre la soberanía. En esa lógica desde arriba, el Estado se considera como el actor principal de la construcción política e imagina al Poder Popular como un instrumento para la administración. (Guanche, 2013)

No es de extrañar, entonces, que una de las razones principales de la insatisfacción ciudadana apunta al distanciamiento respecto a los últimos eslabones de la cadena decisoria (González, 2015) y la deslegitimación del sistema político. Así, a pesar de las coacciones afectivas y sociales que ejerce el gobierno, el abstencionismo es una tendencia que de forma paulatina ha ido ganando puntos porcentuales en las estadísticas electorales. Según datos oficiales de la Comisión Electoral Nacional, en las más recientes elecciones para delegados a las Asambleas Municipales, realizadas el 26 de noviembre de 2017, la participación bajó por segunda vez consecutiva del umbral del 90 por ciento (89.02 por ciento). Aunque ínfima en relación con otros países del área, la abstención de un 11 por ciento del padrón replica el porcentaje récord de 2015, y supera en seis puntos porcentuales la cifra del ejercicio del año 2012. Las autoridades atribuyen el hecho a que “decenas de miles de cubanos” se mantienen en el registro, pese a encontrarse de “visita temporal en el extranjero”. En total, más de 1.6 millones de electores estuvieron ausentes, votaron en blanco o anularon en esos comicios de 2017. Esto representa el 19 por ciento del padrón.

Por su parte, durante el Referéndum del 24 de febrero de 2019¹⁸, tal y como se esperaba, la nueva constitución fue ratificada con el 90 por ciento de los asistentes a las urnas, según la información oficial. No obstante, poco más de 700 mil electores (un 8 por ciento del padrón) votaron por el «No». En total, casi dos millones de electores estuvieron ausentes, votaron «No», dejaron la boleta en blanco o anularon. Esto es el 22 por ciento del padrón. Vale aclarar que estas cifras oficiales siempre resultan de cuestionable fiabilidad, debido a la falta de transparencia, de observadores internacionales imparciales y de independencia de la autoridad electoral.

2.3 Adiós al monopolio estatal del empleo

Una reforma que, por su alcance, pudiera tener un gran impacto en los espacios microsociológicos de interacción sociopolítica es el fomento del hoy edulcorado “trabajo por cuenta propia”. Muchos años después de la *Ofensiva Revolucionaria* (1968), que suprimió y estatalizó hasta los más pequeños negocios personales, las transformaciones de la última década

¹⁸ Fuente: <https://www.parlamentocubano.gob.cu/index.php/comision-electoral-nacional-informa-resultados-finales-del-referendo-constitucional/>

se han propuesto fomentar el sector privado en áreas no estratégicas de la economía nacional (comercio, transporte, servicios no básicos y construcción). Este proceso pasa por la lenta desestigmatización social de la figura del “particular”, ahora reivindicado en campaña masiva por los medios de comunicación.

Ya a inicios de los años 1990, en un contexto de severa crisis económica e importantes reformas estatales (apertura a la inversión extranjera, crecimiento del turismo, despenalización del dólar y legalización de las remesas, creación de mercados agropecuarios y artesanales de precios libres, entre otras medidas), se produjo una tímida ampliación de las actividades autorizadas para ejercer el autoempleo individual y crear pequeños negocios familiares. Hasta entonces restringida al sector agropecuario, la iniciativa privada se extendió a un espectro limitado de labores, concentradas fundamentalmente en los servicios gastronómicos y al turismo (hospedaje, transporte, artesanías), junto a otras actividades menores (zapatería, peluquería, carpintería). En esta etapa no se permitía todavía que los emprendedores contratasen empleados. Durante el transcurso de esa década, el cuentapropismo sufrió innumerables modificaciones, impulsos y desincentivos, mediante múltiples leyes que actualizaban, de manera periódica, no sólo el número y tipo de actividades permitidas, sino sus condiciones de existencia (requerimientos, impuestos, fiscalizaciones).

El trabajo por cuenta propia en Cuba ha tenido sucesivas etapas de cierre y potenciación con un predominio de las políticas restrictivas y prohibitivas. Este fenómeno ha estado condicionado por estigmas sociales respecto al sector, que tienen como base fundamental las interpretaciones esquemáticas de los contenidos de las teorías marxista y marxiana, mediadas por las experiencias socialistas de Europa del Este, lo cual condujo a la creación de un aparato estatal centralizado, paternalista, igualitarista y homogeneizador que identificó la propiedad social con la estatal, reduciendo al mínimo el espacio a otras formas de propiedad. La concepción del sector ha sido muy economicista y su apertura ha estado vinculada principalmente con momentos de inestabilidad económica. En la actualidad, el discurso oficial reivindica al sector como un espacio legítimo en la estructura económica y social cubana, y en correspondencia ha estimulado su apertura a través de una flexibilización en las leyes y las políticas para su implementación. (Fundora, 2015: 212)

A partir de 2010, el gobierno de Raúl Castro decide darle un nuevo impulso a los «trabajadores por cuenta propia», esta vez con un paquete de medidas mucho más integral y atractivo. Amplía considerablemente la cantidad de actividades económicas autorizadas, flexibiliza los trámites para otorgar las licencias y pagar los impuestos, promueve incentivos fiscales, facilita el acceso a

créditos bancarios y a beneficios de seguridad social, elimina restricciones en cuanto a las capacidades de los restaurantes y hostales, autoriza las relaciones comerciales entre entidades estatales y particulares, el arrendamiento de locales estatales ociosos y, un cambio trascendental, la contratación limitada de mano de obra asalariada.

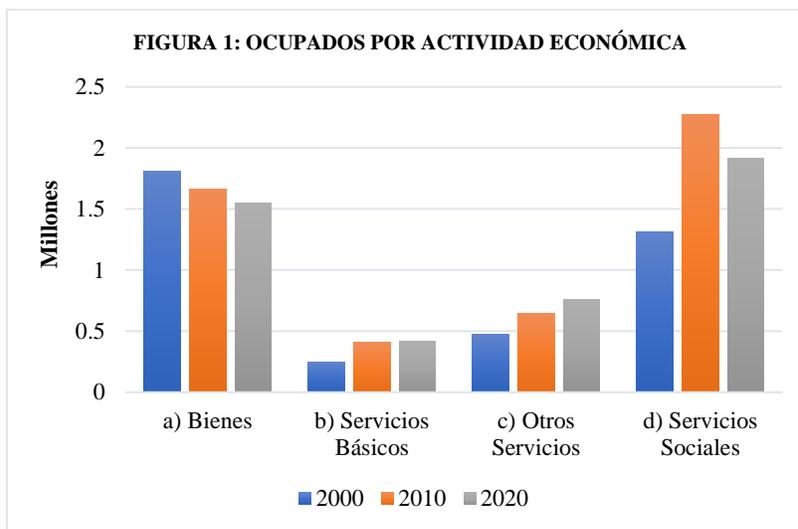
En el trasfondo de estas enmiendas se encuentra una voluntad explícita de renunciar a la política de pleno empleo (una de las principales promesas de la Revolución), reducir las abultadas “plantillas infladas” de los organismos estatales (nichos de ineficiencia económica) y garantizarles una posible ocupación en el sector no estatal a los “disponibles” (eufemismo oficial para denominar a los despedidos). Fruto de los programas sociales impulsados en la primera década de este siglo por Fidel Castro, agrupados bajo el lema “Batalla de Ideas”¹⁹, se produjo un incremento notorio de los trabajadores (sobre todo profesionales) empleados en sectores improductivos, tales como: salud, educación, defensa, asistencia social, cultura, deporte y administración pública; en contraste con la disminución de los ocupados (obreros y técnicos) en la producción de bienes (ver figura 1). Con base en el análisis de la estructura del empleo sectorial, esta esfera de servicios sociales resultó la más convocada a acelerar los procedimientos de la “disponibilidad” laboral.

En un inicio, la ministra de Finanzas y Precios, Lina Pedraza (2010), había previsto que para 2015 el Estado debía haberse descargado de unos 1.8 millones de trabajadores²⁰. La propia figura 1 muestra cómo los procesos de despidos –fundamentados en el principio de la “idoneidad demostrada”– han marchado mucho más lento de lo planificado, en parte por la resistencia de los trabajadores a «destetarse» del Estado paternalista, así como por el reconocimiento gubernamental de la falta de condiciones para ejercer plenamente el cuentapropismo. De modo tal que, al finalizar 2020, el total de ocupados en el sector estatal sólo ha descendido en 950 mil personas, respecto a 2010. Apenas la mitad de lo planificado. Eso sí la gran mayoría en el ámbito de los servicios

¹⁹ La “Batalla de Ideas” fue un paquete de más de 200 programas sociales impulsados por Fidel Castro a partir de 1999, con el objetivo de “profundizar la justicia social en Cuba”. Abarca seis grandes esferas: educación, cultura, atención y desarrollo social, trabajo político ideológico, inversiones y salud. Estos programas impulsaron, por ejemplo, la formación emergente de maestros y técnicos de la salud, la instalación de computadoras y medios audiovisuales en todas las escuelas, inclusive en las más recónditas del campo cubano, la universalización de la Educación Superior, entre otras propuestas. A pesar de sus nobles propósitos, estos programas generaron un severo daño a la economía nacional que no estaba preparada para asumir tan altos costos y vio crecer peligrosamente su endeudamiento externo.

²⁰ “Hay que decir que hemos considerado para esta propuesta que hasta el año 2015 se incorporarán al sector no estatal aproximadamente 1,800,000 personas en las nuevas formas de gestión” (Pedraza, 2010: 1). Es justo señalar que de ese estimado oficial, una cifra menor correspondería, no a trabajadores estatales despedidos, sino a jóvenes arribantes a la población en edad laboral.

sociales, como se había concebido. Sin embargo, no ha podido revertirse el progresivo declive de la fuerza de trabajo empleada en la producción de bienes (motor de la economía); mientras que el sector terciario experimenta un discreto crecimiento sostenido, impulsado por el turismo.



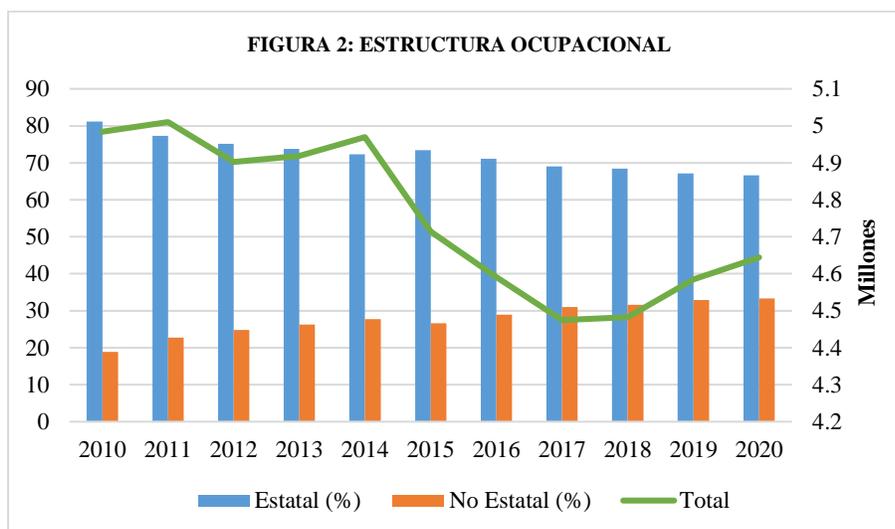
a) Sector agropecuario, minero e industrial. b) Suministro de gas, electricidad y agua; transporte, almacenamiento y comunicaciones c) Comercio, hoteles y restaurantes. d) Salud, educación, seguridad social, cultura, deporte, defensa y administración pública, entre otras.

Fuente: Elaboración propia (con datos de la Oficina Nacional de Estadística e Información [ONEI])

A pesar del retraso en la ejecución del plan de despidos, la transformación de la estructura ocupacional de la economía es innegable, como evidencia la figura 2. A partir de 2017, por primera vez desde 1959, el sector no estatal pasó a emplear a más de un treinta por ciento del total de ocupados. En esta contracción del peso relativo del sector estatal como empleador no sólo ha impactado la creciente expansión de las formas de gestión no estatales y el cumplimiento parcial del plan de despidos del sector estatal, sino la reducción significativa –en unas 340 mil personas– del total de la fuerza de trabajo con vínculos laborales formalizados, entre 2010 y 2020. Teniendo en cuenta que, en este período, el total de desocupados no creció, sino que, por el contrario, se contrajo hasta casi la mitad²¹, y que la cantidad de personas que potencialmente ingresó a la población económicamente activa (a partir de los 17 años de edad) fue equivalente a la cantidad

²¹ En 2010 las estadísticas oficiales reportaban 128,000 desocupados. Tras un tenue incremento a mitad del período, esta cifra descendió hasta 66,200 en 2020 (ONEI, varios años)

que potencialmente salió (jubilados)²², presumiblemente, detrás de este descenso en el total de trabajadores asalariados e independientes se encuentre el fenómeno migratorio, un tema que trataremos en el próximo epígrafe.



Fuente: Elaboración propia (con datos de la ONEI, varios años)

Asimismo, el ligero incremento del total de ocupados que se observa en 2019 y 2020 se debe casi por completo (en un 90 por ciento), precisamente al aumento en el número de empleados en actividades vinculadas al sector no estatal. Durante todo 2018, esta esfera de la economía estuvo limitada por el cierre temporal en el otorgamiento de nuevas licencias para el trabajo por cuenta propia. El descongelamiento no llegó hasta diciembre de 2018, aunque sólo de manera parcial, pues algunas actividades permanecieron cerradas. Los vaivenes, coletazos y ambigüedades políticas respecto al cuentapropismo generan un escenario de incertidumbre nada propicio para su desarrollo a largo plazo. La falta de certezas desestimula a los emprendedores.

Aun cuando su peso en el empleo y en el Producto Interno Bruto (PIB) es minoritario, “el sector no estatal de la economía cubana, según algunas estimaciones [extraoficiales], es responsable de

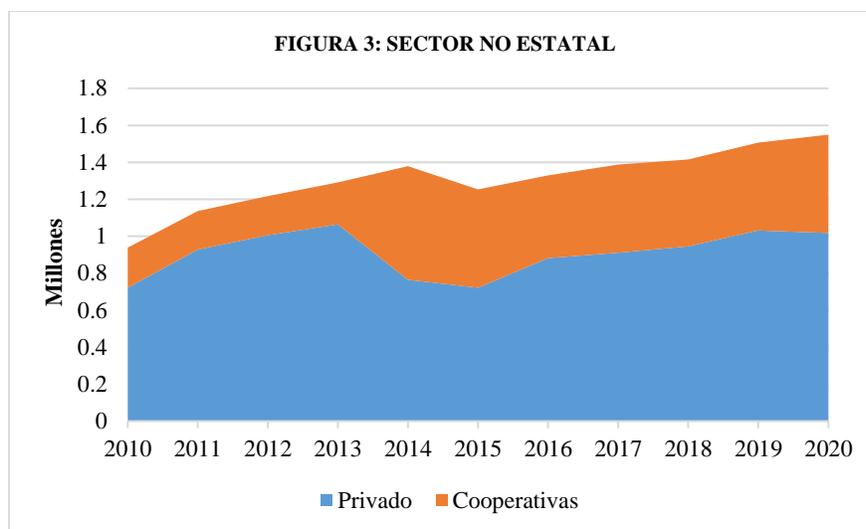
²² Cálculos realizados por el autor, con base en la estructura por edades y sexo de la población cubana (ONEI, varios años), y la Ley 105 de Seguridad Social en Cuba, vigente desde el año 2009, que alargó la edad laboral y el tiempo de servicio en el caso de las mujeres hasta los 60 años, y en el de los hombres hasta los 65. Según estos estimados, los egresos de y los ingresos a la población económicamente activa, rozaron en ambos casos el millón y medio de personas durante este período (2010-2020), neutralizando así un posible desbalance demográfico en el total de ocupados en la economía.

entre el 15-20 por ciento del PIB y de más del 40 por ciento del empleo. Su dinamismo, a pesar de las restricciones existentes, es incuestionable” (Triana, 2017: 19-20). En la actualidad, es fácil percibir su fuerza pujante e impacto positivo en sectores como la hostelería, la construcción, el transporte y los servicios gastronómicos. El cuentapropismo, en particular, está llamado a convertirse en una importante fuente de ingresos para las arcas de los gobiernos locales; sin embargo, en la práctica enfrenta numerosos obstáculos, tales como: trabas jurídicas obsoletas, ausencia total de un mercado mayorista y consiguiente sujeción a los «caprichos» de los mercados grises y negros, y una mentalidad anquilosada, adversa, por parte del funcionariado responsable, supuestamente, de fomentarlo.

Todavía es difícil prever hasta dónde pudiera llegar la contribución de las formas no estatales de gestión económica al desarrollo nacional; toda vez que no se avizoran cambios en la políticas gubernamentales en cuanto a ampliar su radio de acción sectorial hacia nuevos rubros, agilizar la aprobación de nuevas cooperativas, impulsar la pequeña y mediana empresa (más allá de la reciente actualización del marco jurídico), facilitarles a los actores no estatales el acceso a suministros de calidad, microcréditos internacionales o el derecho a importar/exportar directamente, sin la intermediación estatal.

Llama poderosamente la atención que, en un país consagrado a la construcción del socialismo, en seis décadas de dirección de la sociedad, el Partido Comunista de Cuba nunca haya impulsado de forma seria y categórica la gestión cooperativa de la propiedad y los recursos (más allá del sector agropecuario). Una variante de trabajo asociado más promovida en experiencias anticapitalistas pretéritas, como Hungría, Polonia y Yugoslavia. En general, el «socialismo real» del siglo XX fue reacio a darle demasiado espacio al cooperativismo, pese a su intrínseca racionalidad colectivista, bastante afín a las lógicas comunistas de la filosofía marxista.

Esta autonomía de gestión del colectivo que conforma una cooperativa, es decir, la capacidad que tiene ese grupo de personas de tomar decisiones de forma independiente, es la principal razón por la que las experiencias históricas de construcción socialista han rechazado la pertinencia de las cooperativas en el socialismo y las han relegado a la agricultura o espacios marginales de la economía. Algunos ven en la autonomía una desconexión o desentendimiento de intereses sociales y objetivos estratégicos plasmados en el «plan». (Piñero, 2011: 12-13)



Fuente: Elaboración propia (con datos de la ONEI, varios años)

Como puede apreciarse en la figura 3, ni siquiera con las reformas del último decenio el sector cooperativo consiguió superar en tamaño y peso al sector privado. Por el contrario, a pesar de su autorización para ramos no agrícolas a partir de 2013 (y no obstante el modesto *boom* inicial), las cooperativas apenas pasaron de representar un 23 por ciento del segmento no estatal en 2010, a tan sólo un 34 por ciento en 2020. Con lo cual, en la actualidad, dos tercios de la esfera no estatal de la economía cubana corresponden, fundamentalmente, a la iniciativa privada; un sector, en contraste, radicalmente opuesto a las doctrinas colectivistas del socialismo.

2.3.1 El polémico auge del cuentapropismo

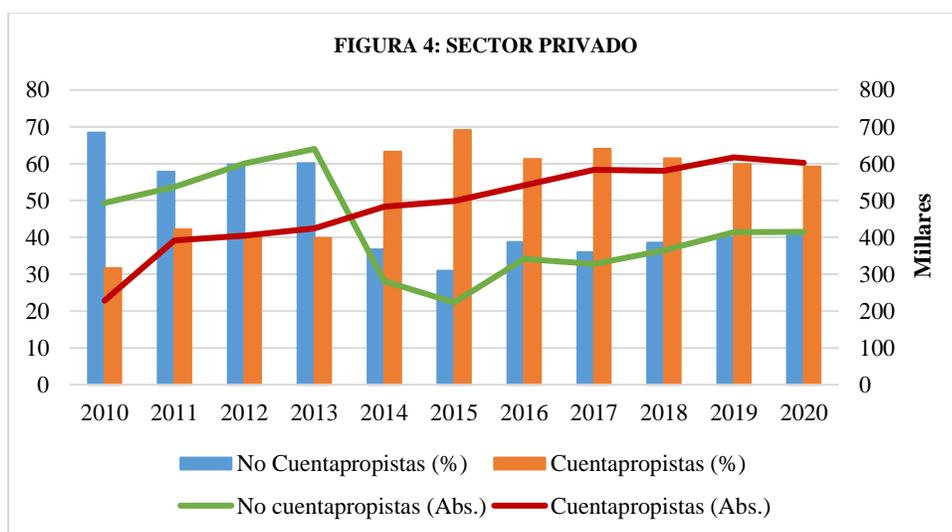
Dentro del ámbito privado, las estadísticas oficiales del gobierno cubano incluyen a los campesinos (propietarios o usufructuarios de la tierra) cuyas propiedades y producciones no son cooperativas²³, a los trabajadores por cuenta propia²⁴ y, a partir de 2016, a los trabajadores de las

²³ Una parte de estos productores agrícolas individuales han conformado organizaciones asociativas, “Cooperativas de Créditos y Servicios; pero sólo para coordinar el acceso a la asistencia técnica, crediticia y de suministros provista por el Estado. La propiedad de la tierra, sus equipos y la producción continúan siendo privadas.

²⁴ En sus notas metodológicas, la ONEI los define como “aquellos trabajadores que siendo o no propietarios de los medios y objetos de trabajo no están sujetos a un contrato laboral con entidades jurídicas y no reciben remuneración salarial. Este grupo incluye a los artistas de la plástica, escritores y otros trabajadores intelectuales. Los trabajadores que ejercen el trabajo por cuenta propia están registrados en la Oficina Nacional de Administración Tributaria (ONAT) donde pagan sus impuestos según lo establecido por la Legislación vigente”.

empresas mixtas (funcionan con capital cubano y extranjero), antes computados dentro del sector estatal. Aunque los datos de los contratados por empresas mixtas no se publican desagregados (como sí se hace con el cuentapropismo y las cooperativas no agropecuarias, por ejemplo), con base en el diferencial estadístico del sector privado, en general, entre 2016 y 2015, y del segmento cuentapropista, en particular, puede estimarse que su influencia en las cifras del sector privado a partir de 2016 resulta ínfima, pues su tamaño es relativamente pequeño: poco más de 50 mil personas. Por consiguiente, cuando nos referimos a la evolución reciente de la esfera privada en Cuba, hablamos básicamente de pequeños trabajadores por cuenta propia y productores agropecuarios que no producen de forma cooperativa.

Al examinar la transformación del sector privado entre 2010 y 2020 (figura 4), destaca el crecimiento acelerado de la actividad cuentapropista, tanto en términos absolutos como relativos. Su ritmo de progresión ha sido sostenido –aumentando incluso en años en que los campesinos individuales decrecían–, y desde 2014 le dio un vuelco a la estructura del sector privado y pasó a ocupar un peso preponderante que ya no ha vuelto a perder. Así, los cuentapropistas pasaron de representar un 32 por ciento de los ocupados en la esfera privada en 2010 a un 59 por ciento en 2020, casi duplicaron su peso relativo. Respecto a su importancia dentro del sector no estatal, el salto también es significativo en la década: 15 puntos porcentuales (39 por ciento en 2020). A nivel global, ya en 2020 los cuentapropistas empleaban al 13 por ciento del total de ocupados en la economía nacional; un aumento de 7 puntos porcentuales, en relación con 2010.



Fuente: Elaboración propia (con datos de la ONEI, varios años)

¿Qué implicaciones trae aparejada esta expansión del cuentapropismo? Es un contexto en que, por primera vez en la historia de la Cuba socialista un tercio de los ocupados en la economía no sostiene vínculos laborales formales con el Estado. Y, de ellos, cerca de la mitad, 40 por ciento (sumados cuentapropistas y cooperativistas no agropecuarios), no trabajan en labores campesinas. Eso significa que, aunque todavía minoritaria, una parte importante de la población económicamente activa que no depende del Estado para garantizar su sustento básico ya no vive de manera aislada, en fincas o granjas distantes entre sí, trabajando la tierra de sol a sol. Es de esperar entonces que, en la actualidad, el crecimiento de la masa de trabajadores autónomos urbanos fomente diferentes tipos de socialización relativamente independientes de la égida estatal, espacios para el intercambio de experiencias, la concertación de voluntades e, inclusive, cierto grado de contestación.

Por su significado de «grieta» en el monopolio estatal, el cuentapropismo concentra muchas de las esperanzas de cambio de los cubanos de adentro y de afuera. No en balde, en su histórica visita de 2016, el presidente Barak Obama le dedicó unas horas al encuentro con los emprendedores cubanos. La apuesta de la Casa Blanca por la transformación «endógena» de Cuba no es un secreto para nadie. No obstante, tampoco debe exagerarse el poder económico de este segmento. Diversas investigaciones han puesto de manifiesto que, para la mayor parte de ellos, se trata más bien de negocios de subsistencia y no de acumulación de riquezas. “El relanzamiento del sector cuentapropista se concentra en empleos y oficios de baja calificación, con lo cual se contribuye a pauperizar el empleo” (Triana, 2012: 181). Además, a la larga, muchas de sus operaciones cotidianas dependen, en gran medida, de la eficacia, benevolencia y «veleidosidad» del Estado, dueño exclusivo del comercio exterior, la fiscalización y las instancias de arbitraje. Aun así, no han de subvalorarse los efectos de estos cambios estructurales en la dinámica de la sociedad cubana, el sistema de valores y la cuestión ideológica.

Aunque incipientes, estos cambios tienen consecuencias acumulativamente significativas en la renegociación cotidiana de los vínculos sociedad-Estado y, por ende, en la construcción de la ciudadanía en un régimen que insiste en autodefinirse como socialista. De ahí que, en los espacios políticos e intelectuales, este tema siempre ha despertado enconadas discusiones bizantinas. En contraste con la mentalidad estatista, el cuentapropismo “depende de la descentralización de la organización del trabajo, permitiendo una mayor autonomía no sólo en la distribución del trabajo y los recursos, sino también en el ámbito de la toma de decisiones” (Phillips, 2007: 317). Este

margen de independencia para autodirigirse, autosostenerse y autoproducirse socialmente, «fuera» de los tentáculos de la economía estatal²⁵, significa un notable cambio identitario y relacional, con innegables secuelas culturales (aún por estudiar) que exceden al sector privado.

No obstante, existen matices importantes. Tras una larga investigación empírica en La Habana, Emma Phillips (2007) nos legó una advertencia cardinal: los cuentapropistas no son una comunidad preexistente de individuos sobre la que el gobierno cubano actuó a través de la regulación legal. Con lo cual, la cohesión social formada en torno a la legalización del autoempleo ha debido forjarse de manera muy paulatina, y no refleja necesariamente una identificación interna, coherente, entre los trabajadores autónomos.

Mientras que los cuentapropistas con frecuencia se resisten a definirse a sí mismos en términos de una identidad ocupacional más grande –especialmente una definida en relación con el capitalismo– están igualmente claros de que están desarrollando nuevas habilidades y capacidades que les otorgan una independencia particular –tanto económica como ideológica– respecto de las instituciones tradicionales del poder estatal. Al experimentar con nuevas formas de propiedad y de lucrar, los cuentapropistas están expandiendo las esferas de la autonomía individual y creando redes sociales y económicas alternativas que esquivan las avenidas estatales oficiales. (Phillips, 2007: 340)

En ese sentido, debe considerarse que, en general, “los incentivos, salariales y extrasalariales, del sector no estatal (y en este caso también de las empresas mixtas y sucursales extranjeras) compiten con ventaja con el sector estatal y crean un sistema de intereses diferente” (Triana, 2017: 14). Al tiempo, producen en la intersubjetividad social un efecto de demostración que amplifica la legitimidad del sector no estatal, frente a la devaluación del trabajo estatal como medio de vida y de realización personal. Dichas ventajas afectan la distribución de los ingresos, la calidad de vida, la estratificación y la movilidad social de un segmento amplio de población: las familias de los ocupados en el sector no estatal. La capacidad de la sociedad cubana para metabolizar estos cambios profundos todavía está por evaluarse. Las familias mixtas, integradas por trabajadores estatales y autónomos, podrían constituir verdaderos laboratorios naturales para comprender cómo

²⁵ En Cuba, la producción privada y la estatal están inevitablemente ligadas por el mercado informal (desvíos de recursos estatales), la corrupción administrativa (sobornos en los trámites) y el consumo general de bienes y servicios (captación estatal de buena parte de la liquidez disponible en manos de particulares).

los cubanos están procesando esta diversificación laboral y la inevitable manifestación de desigualdades en el acceso al bienestar, nunca experimentadas por estas generaciones.

2.3.2 El abismo de la desigualdad en su laberinto

Para ser más precisos, el impulso a la iniciativa privada más bien ha venido a visibilizar y acentuar desigualdades preexistentes, hasta ahora atenuadas por los residuos de algunas políticas igualitaristas del Estado. No cabe duda, quienes mejor pudieron aprovechar la apertura gubernamental fueron aquellos que disponían de mayor capital inicial (tangibles e intangibles). Quienes contaban con ahorros, remesas, inversión extranjera (encubierta), ingresos ilegales u otras fuentes de financiamiento, mejor nivel educativo y habilidades para la contabilidad, sacaron provecho de su situación ventajosa frente a otros sectores de la población; “no sólo para el montaje del negocio, la compra de los instrumentos de trabajo y el pago de los tributos, también para la adquisición de las materias primas por diferentes redes sociales, para sobornar a los inspectores en el control de su actividad, etcétera” (Fundora, 2015: 207).

Para esta última autora, la potenciación del cuentapropismo conlleva alteraciones de la estructura socioclasista de la sociedad cubana y eleva los riesgos de profundización de las inequidades por género, edad, raza, clase, grupo o estrato socioeconómico. De modo tal que, por ejemplo, los adultos mayores se encuentran en posición desfavorable por no contar con las condiciones físicas que requieren la mayoría de las actividades aprobadas (oficios rudos) para establecer negocios privados. “En cuanto a la disposición del capital inicial para emprender un nuevo negocio, la población negra y mestiza que usualmente ha tenido menos fuentes de acumulación que la población blanca, así como en el nivel de formación, está en desventaja” (Fundora, 2015: 206).

Si uno analiza los datos de los 90 y principios de los 2000, encuentra que una buena parte del trabajo por cuenta propia fue exitosa, que generó ingresos superiores a actividades similares en el sector estatal, y uno cuando mira el perfil de esos ganadores de la reforma, encuentra que sobre todo son hombres, jóvenes y adultos no muy viejos, personas blancas, es decir, que hay un perfil del éxito y hay grupos poblacionales para los cuales llegar a ese espacio de la economía fue más difícil: mujeres, negros y mestizos, ancianos, sobre todo a la franja exitosa económicamente, de manera que creo que ahora puede pasar también, porque para llegar a este tipo de espacio hay que tener un conjunto de activos que no están equitativamente distribuidos en esta sociedad, hay que

tener casa o carro o una ocupación y conocimiento valorado en el mercado, que no están distribuidos equitativamente entre todos los grupos sociales (Espina en Fundora, 2015: 202).

La huella de la desigualdad también se ahonda al interior del propio sector cuentapropista, perfilando diferentes jerarquías en función de antiquísimos contrastes. Así, por ejemplo, en una investigación empírica realizada por psicólogos de la Universidad de La Habana en la capital, entre 2013 y 2014, se encontró que, dentro del sector, era muy común que los empleadores recibieran remesas de forma periódica; “lo cual redundaba en un empleador blanco, con educación media o superior, con amplias redes y residente en zonas luminosas” (Pañellas, Torralbas & Caballero, 2015: 238). Mientras que los independientes (cuentapropistas que no han contratado mano de obra), “cuya actividad es básicamente de sobrevivencia”, con una inversión inicial mínima, “suelen ser negros o mestizos, de baja escolaridad y en muchos casos, provenientes del Oriente del país” (Ibidem). Entretanto, “los empleados [de los contratantes] son los de mayor presencia de técnicos u obreros” (Pañellas, Torralbas & Caballero, 2015: 217).

Por otro lado, la extensión de la iniciativa privada tiene efectos directos sobre la estructura de consumo de la población, al ofrecer alternativas competitivamente superiores a las estatales en ámbitos básicos como alimentación, transporte, comercio minorista y construcción. Sin embargo, este ensanchamiento y diversificación de la oferta provoca, una vez más, un acceso muy desigual a estas opciones, condicionado por las propias disparidades socio-estructurales de la sociedad. De modo que se genera una especie de endogamia en materia de la oferta-demanda del sector cuentapropista. Por sólo elucubrar un ejemplo, los taxistas particulares son los que más consumen alimentos elaborados por cuentapropistas; y los trabajadores gastronómicos del sector privado devienen los clientes más asiduos de los porteadores no estatales. En el ínterin, los receptores de remesas, con un mayor poder adquisitivo, oxigenan la demanda de los bienes y servicios ofertados por los particulares. Mientras, los trabajadores estatales mantienen una baja participación en estos intercambios, angustiados por la escasísima capacidad de compra de su salario.

Además, el alza de los precios de los cuentapropistas –a causa de los vaivenes en la disponibilidad y los precios de las materias primas en las ofertas del Estado, los mercados grises y negros–, así como las oscilaciones en las cargas impositivas, una vez transmitidos a la población (porque el pequeño capitalista no puede darse el lujo de subsidiar), perturban más, por supuesto, a los grupos socioeconómicos empobrecidos, tales como las familias de bajos recursos que requieren de cuidadores de niños o de ancianos (Fundora, 2015).

En resumen, podemos concluir que, incluso en el caso de emprendimientos fallidos que por distintas razones no prosperaron, con el paso de tiempo, el cuentapropismo ha intensificado las asimetrías, en lo que algunos autores han llamado la *reestratificación* de la sociedad cubana²⁶. “Las estadísticas de empleo y salarios, las encuestas de hogares y diversos estudios realizados (...), confirman que las diversas tendencias que caracterizan la reestratificación social, lejos de ser coyunturales, resultan persistentes y pueden caracterizarse de estructurales” (Espina, 2008: 145).

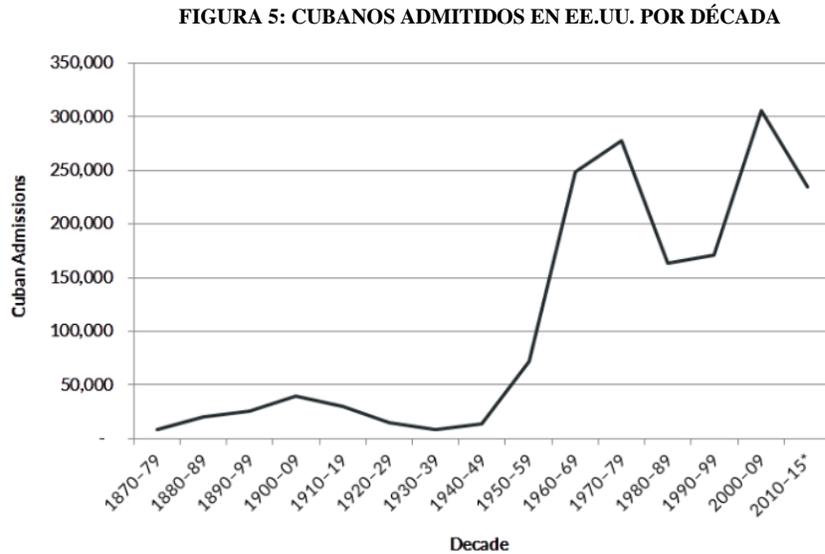
2.4 Cuando un pueblo emigra, los gobernantes supuran

Como muchos otros, Cuba es un país profundamente signado por la migración. En sus inicios, españoles inmigrantes y esclavos africanos constituyeron el núcleo duro del reemplazo de la población nativa. Más de medio millón de esclavos fueron importados a la fuerza desde el continente negro en el siglo XIX (Duany, 2017). Luego, con el paso de los siglos, llegaron cientos de miles de obreros (y algunos comerciantes) chinos, japoneses y caribeños (haitianos y jamaicanos, principalmente). Tampoco los españoles dejaron de arribar, ni siquiera tras la pérdida formal de la colonia en 1898. Se calcula que otros 785 mil ibéricos se asentaron en la isla entre 1902 y 1933 (Duany, 2017). Sin embargo, a partir de la década de 1930 el panorama cambia y el balance migratorio cubano comienza a acusar un persistente y progresivo saldo negativo. “Y ello se incrementó sostenidamente a partir de 1959, con la agravante de niveles inmigratorios muy escasos, que aumentan la desproporción entre las dos variables” (emigración \pm inmigración) (Aja, Rodríguez, Orosa & Albizu. 2017: 50).

En Cuba, la emergente burguesía criolla comenzó a emigrar tempranamente. Desde principios del siglo XIX, los más acaudalados acostumbraban a vivir largos períodos de tiempo (incluso años) en los principales países de Europa y América (Urrutia, 1997). Ya para las décadas finiseculares, la relación con el pujante vecino del norte se fue estrechando y las distancias comenzaron a acortarse. Para ese entonces, se calcula que alrededor de 60 mil cubanos residían ya en EE.UU., fundamentalmente en Nueva York, Florida y Nueva Orleans, la mayor comunidad nacional de

²⁶ Al punto de que, a inicios de siglo, investigadores cubanos estimaban que la población urbana “en situación de pobreza de ingresos y con necesidades básicas insatisfechas” había aumentado de 6,3 por ciento en 1988 a 20 por ciento en el año 2000 (Espina, 2008: 138); cifra que “que se incrementa a finales de 2009 a un 27 por ciento como efecto a largo plazo del periodo especial” (Álvarez et al, 2014: 245). “En otros estudios, ese grupo puede llegar hasta 40 por ciento, en términos de la disponibilidad de ingresos para satisfacción de necesidades” (Espina en Espina et al, 2011: 63).

inmigrantes provenientes del Caribe (Duany, 2017). Por razones de proximidad geográfica, oportunidades económicas e incentivos políticos, poco a poco EE.UU. pasó a ser, por excelencia, el vientre receptor de la inmensa mayoría de la emigración cubana.



Fuente: Tomado de Jorge Duany (2017)

En la figura 5 se observa el notable efecto catalizador del triunfo de la Revolución de 1959 en el flujo migratorio hacia EE.UU. Por razones ideológicas y económicas, sobre todo, y de preservación de la integridad física, en menor medida, se produjo una verdadera estampida hacia la orilla norte del estrecho de la Florida. Después de la llegada de los rebeldes al poder y su pronta radicalización socialista, sobrevino un crecimiento muy significativo de la población cubana en los EE.UU.: de 79 mil contabilizados en 1960, la cifra se disparó a 439 mil en 1970, un aumento de cinco veces y media (Batalova & Zong, 2017). Casi la totalidad admitidos por concepto de “refugiados políticos”, una categoría que las patrullas fronterizas y guardacostas continuaron aplicando durante las décadas siguientes a todo cubano que solicitara su ingreso al país.

La historia de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos, la confrontación entre ambos países, tiene una incidencia en la formulación y aplicación de la política migratoria de cada país. La de Estados Unidos ha incluido el proceso de estimulación de la emigración ilegal y legal, cuyo peso ha variado por etapas, intereses y condicionantes políticos. (Urrutia, 1997: 52)

Uno de los puntales de la política migratoria estadounidense respecto a su vecino caribeño es la Ley de Ajuste Cubano, clave indispensable para entender por qué todos envidian a los migrantes cubanos, favorecidos en el gigante norteamericano, sueño paradisíaco de millones de migrantes del mundo. Dicha ley, vigente desde 1966, le permite a cualquier ciudadano cubano –así como a sus cónyuges e hijos menores, aunque no sean cubanos– ajustar su estatus y obtener la residencia permanente en EE.UU., transcurridos un año y un día de su admisión en ese territorio norteamericano, con independencia de su forma de ingreso (legal o ilegal).

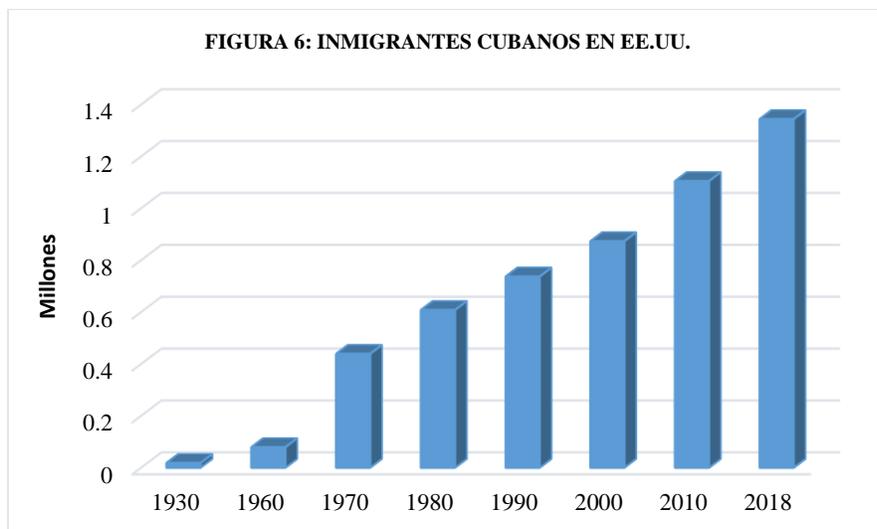
Ciertamente, la emigración cubana, por lo general, tiene características socioculturales que la hacen muy competitiva dentro del panorama migratorio de la región latinoamericana: alto nivel de instrucción, rápido desarrollo de habilidades técnicas y profesionales, flexibilidad, disciplina y productividad laborales, y unas ansias enormes de recuperar el terreno perdido tras años de penurias y subconsumo crónico. Si a esto se le suma la carencia de una estructura de oportunidades laborales en la isla, para insertar estos valiosos recursos humanos, cuya «exportación» involuntaria, a su vez, lastra el desarrollo socioeconómico de Cuba, se presenta una perniciosa cadena circular entre economía y emigración, al estilo de la serpiente que se muerde la cola.

Los flujos actuales, desde el prisma económico, se encuentran condicionados por la contradicción existente entre el desarrollo de un alto capital humano –objetivo esencial del socialismo– y la falta de condiciones requeridas para absorberlo a plenitud y satisfacer las necesidades y expectativas de esos sectores profesionales, como consecuencia del nivel de desarrollo existente en el país. (Aja et al, 2017: 43-44)

Entretanto, las redes migratorias continúan robusteciéndose –en tamaño, densidad e intensidad de los vínculos– y, por consiguiente, incentivando el éxodo. A principios de 2016, la Dirección de Asuntos Consulares y de Cubanos Residentes en el Exterior (DACCRE), del Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba, estimaba en más de 2 millones 432 mil los ciudadanos cubanos residentes en el exterior (Aja et al, 2017), cantidad equivalente al 21.6 por ciento de la población que residía en el territorio nacional en ese año, según el Anuario Estadístico de Cuba de 2016. En otras palabras, casi un 18 por ciento de los cubanos que habitan el planeta reside fuera de su país de origen. Una cifra casi 10 puntos porcentuales por encima de la de México, por ejemplo, una sociedad con altísimos índices históricos de emigración. En el propio 2016, el Instituto de los

Mexicanos en el Exterior, perteneciente a la Secretaría de Relaciones Exteriores de ese país, estimó que el 8.6 por ciento del total de los ciudadanos mexicanos vivían en el extranjero²⁷ (IME, 2016).

El cálculo conservador del director del Centro de Estudios Demográficos (CEDEM) de la Universidad de La Habana, evaluado a partir de los registros oficiales de salidas temporales y definitivas, estima en alrededor de medio millón de personas el total de cubanos emigrados en los últimos 15 años (Aja, 2018). Ahora bien, aunque se han reportado cubanos en al menos 140 países, de acuerdo con la DACCRE, la enorme mayoría, el 84 por ciento, radica en América del Norte, principal región de destino de la emigración cubana, seguida de lejos por Europa: 10 por ciento, y América Latina: 5 por ciento (Aja et al, 2017). En Norteamérica, una vez sustraídos los asentados en Canadá (país con una fuerte política de captación de inmigrantes profesionales), los números se despejan y muestran la alta concentración de originarios de Cuba que conviven bajo la égida de la Casa Blanca. Según las tabulaciones de la Oficina del Censo de los Estados Unidos, para 2018 ya residían en ese país 2.7 millones de personas de origen cubano. De ese total, casi un 60 por ciento nació en la Isla; el resto son descendientes de cubanos, pero nacidos en EE.UU. De los nacidos en Cuba, aproximadamente la mitad lleva más de 20 años viviendo en el país norteamericano.

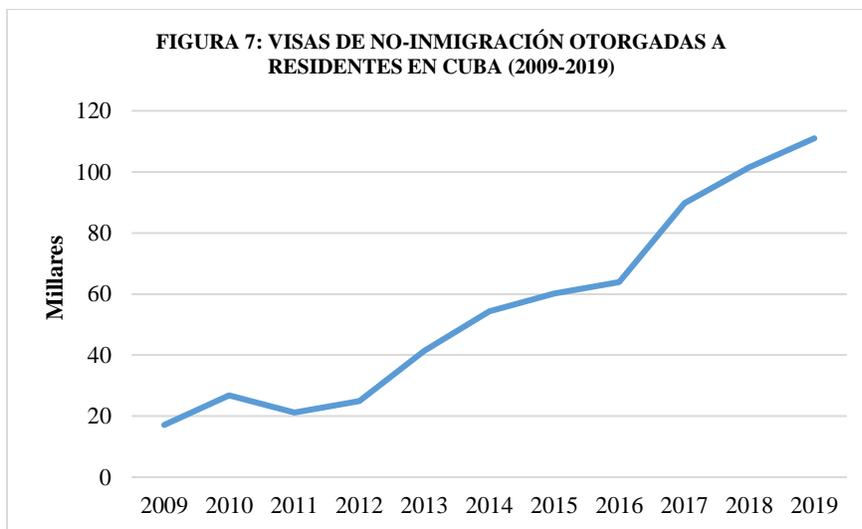


Fuente: Elaboración propia (con datos de Gibson & Jung, 1999; y del Migration Policy Institute)

²⁷ El estimado fue de 12,027,320 mexicanos residentes en el exterior, de los cuales el 97 por ciento radicaba en los EE.UU. Para ese entonces, la población de México se fijaba en unos 127,5 millones de personas.

En la figura 6 puede apreciarse el crecimiento exponencial de la emigración cubana hacia el país líder de la economía mundial desde el triunfo de la Revolución, con particular intensidad a partir del año 2000. En EE.UU., oficialmente el término «inmigrantes» se refiere a las personas que residen en los EE.UU., que no adquirieron la ciudadanía estadounidense por nacimiento. De modo tal que incluye a ciudadanos naturalizados, residentes permanentes legales, residentes no inmigrantes legales (por ejemplo, con visas de estudiante o de trabajo), refugiados o asilados y personas que residen ilegalmente en los EE.UU.

A estos datos de la creciente tendencia histórica de los cubanos de ir a asentarse en este «paraíso migratorio», habría que sumarle el incremento, también significativo, de los cubanos que han tenido la posibilidad de salir al extranjero legalmente con otros propósitos. Una experiencia que, a la larga, puede redundar en el establecimiento de un potencial proyecto personal migratorio; pero que, más allá de eso, aumenta el conocimiento indirecto de otras realidades de quienes no viajan, vía socialización directa con quienes sí viajan. Así, por ejemplo, de muestra un botón: solamente el otorgamiento de visas de no-inmigración a residentes en Cuba²⁸ por parte EE.UU. se ha cuadruplicado en la última década, como revela la figura 7.



Fuente: Elaboración propia (con datos del DHS, varios años)

²⁸ No puede descartarse que un porcentaje ínfimo de estas cifras sean extranjeros residentes en Cuba; pero este concepto resulta más confiable que el de Visas otorgadas a ciudadanos cubanos, toda vez que muchos de ellos pudieran ser ya emigrados, residentes en terceros países.

2.4.1 Enero de 2013: Un parteaguas histórico

Hasta hace ocho años, cada cubano que deseara viajar al extranjero debía solicitar, además de la consabida visa al consulado correspondiente, un permiso de viaje a la máxima autoridad del sector en el que laborase —es decir, ministro, presidente de instituto u otra autoridad partidaria-gubernamental—; el cual con frecuencia era denegado o llegaba demasiado tarde. Para tramitar el Permiso de Salida al Exterior era condición indispensable contar con una carta de invitación, ya fuere personal o institucional. Ambos requerimientos quedaron abolidos el 14 de enero de 2013 con la puesta en vigor del Decreto-Ley 302, Modificativo de la Ley 1312, “Ley de Migración” del 20 de septiembre de 1976. Entonces, sobrevino lo que era de esperar: la estampida.

Entre 2013 y 2016 más de 670 mil cubanos traspasaron las fronteras nacionales, fundamentalmente por vía aérea, en poco más de un millón de viajes (Figueredo, Martínez, & García, 2017), y el 78 por ciento de ellos lo hizo por primera vez (Tamayo, 2017). Respecto a 2013, cuando entraron en vigor las modificaciones a la Ley Migratoria, las salidas al extranjero por parte de personas residentes en Cuba se duplicaron en 2016. También el anuncio del restablecimiento de las relaciones bilaterales entre Cuba y EE.UU., en 2014, contribuyó a catapultar el cauce normal del proceso migratorio de los cubanos, ante la posibilidad latente de perder añejos privilegios de ingreso a aquel país.

Fue así que, entre finales de 2015 y mediados de 2016, se produjo una severa crisis migratoria de cubanos varados en Centroamérica, a raíz de que Nicaragua cerró sus fronteras y, con ello, trunció el corredor terrestre «natural» hacia EE.UU. Venían procedentes de Guyana y, fundamentalmente, de Ecuador (país que tuvo que suprimir el libre visado, para detener la marea de inmigrantes antillanos). Solamente en 2015 el gobierno de Panamá registró a unos 24,600 migrantes cubanos transitando por su territorio (Mejía, 2018). Mientras que, en Costa Rica, unos 11,500 cubanos recibieron albergue durante varios meses de 2016 hasta que se solucionó la crisis, a través de un puente aéreo (Villalobos, 2017).

Muchos de esos 670 mil viajeros terminaron radicándose en otros países. Sin embargo, las estadísticas oficiales no los recogen como emigrantes, en parte porque otro de los cambios introducidos en 2013 fue la supresión de la figura del emigrante definitivo sin retorno permanente. Una medida dirigida a potenciar la migración temporal (y a maquillar los guarismos de la estampida). Asimismo, a raíz de la reforma migratoria, los problemas de conceptualización política provocaron una grave inconsistencia estadística: durante dos años consecutivos (2014 y 2015) el

saldo migratorio resultó positivo, por primera vez en décadas. Desde entonces, y en contraste con la práctica internacional, sólo se consideran migrantes aquellas personas que pasan más de 24 meses sin ingresar a territorio nacional. Por eso tardó dos años que el saldo migratorio recuperara su histórico signo negativo. A nivel mundial, la norma consensuada es considerar, cuando menos como un migrante temporal, a todo aquel que viva más de un año fuera de su país de origen. En cambio, Cuba no lo reconoce así ni siquiera en el caso de aquellas personas que salen del país con una visa explícitamente para emigrar.

Una gran parte de los migrantes cubanos de la última década que deciden pisar territorio nacional otra vez antes de los dos años de su salida, lo hacen estratégicamente, al amparo del nuevo marco legal, para no perder los derechos y beneficios que les otorga el estatus de residentes permanentes en la isla. Sin embargo, este hecho no convierte, de manera automática, una visita familiar de apenas una o dos semanas en una estadía lo suficientemente prolongada como para ser considerado «residente» y, mucho menos, en un proyecto de asentamiento en el territorio nacional. Inclusive, para el caso de la pequeña fracción que sí decide tramitar oficialmente su reasentamiento en el país, tampoco está clara cuán definitiva sea su decisión:

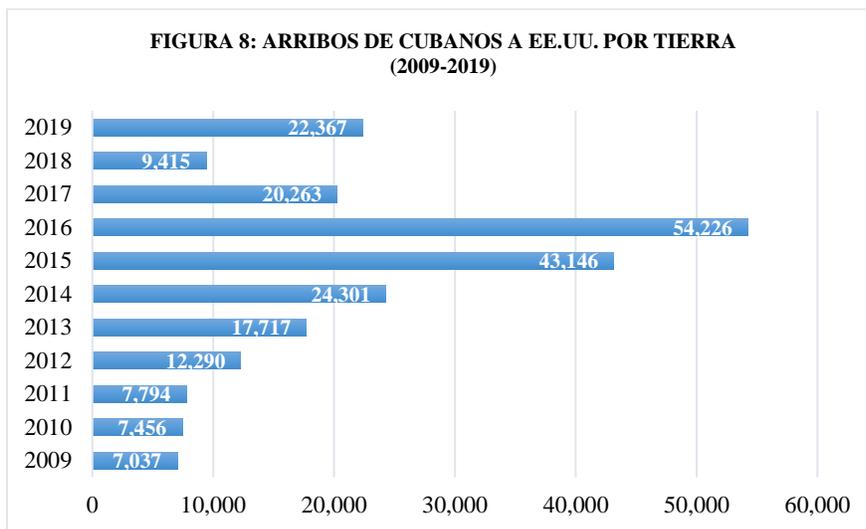
La mayoría de esos retornos son coyunturales, temporales, pues una buena parte de esas personas retornan para recuperar la ciudadanía cubana y acogerse a las oportunidades de conservación de derechos de propiedad, entre otros, en Cuba, al amparo de las oportunidades que ofrece la nueva legislación migratoria –algunos incluso establecen negocios acá–; poco después salen nuevamente y protagonizan una migración más bien de tipo circular. (Aja et al, 2017: 44-45)

A los migrantes que retornan de manera voluntaria, hay que añadirles aquellos que empiezan a ser deportados desde EE.UU., en virtud de los nuevos acuerdos migratorios firmados entre ambos países en enero de 2017. Según fuentes de la Casa Blanca, en 2017, de los más de 37 mil cubanos sancionados con una orden de deportación, se estima que unos 29 mil tienen historial criminal en aquel país, el resto enfrenta problemas exclusivamente de índole migratoria (Aja, 2018: 8).

2.4.2 Antes del fin... de la política de “Pies secos, pies mojados”

Solamente en el año fiscal 2016 –concluido el 30 de septiembre–, la Oficina de Aduana y Protección Fronteriza de EE.UU. reportó un incremento del 65 por ciento en el número de intentos de ingresos al país por vía marítima (en balsas y lanchas). Más de 7,400 personas se lanzaron al mar ese año en busca del sueño americano, en contraste con los casi 4,500 de del año precedente

(Duany, 2017). Los que fueron interceptados antes de terminar la travesía (“pies mojados”) fueron devueltos a Cuba por el Servicio de Guardacostas. Quienes lograron pisar tierra (“pies secos”) fueron admitidos, como parte de los últimos días de uno de los pilares del favoritismo gubernamental hacia la inmigración cubana: la política de “Pies secos, pies mojados”, modificación del gobierno de Bill Clinton (1995) a la Ley de Ajuste Cubano. Al año siguiente, en enero de 2017, en uno de sus últimos actos de gobierno, el presidente Barak Obama cumplió lo que tantos cubanos temían: suprimió la política de “Pies secos, pies mojados”.

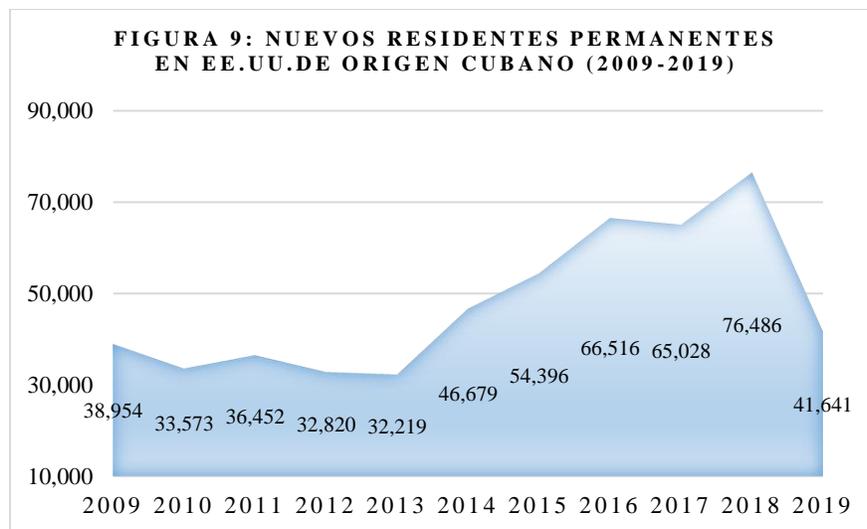


Fuente: Elaboración propia (con datos del DHS, varios años)

Previendo el final de esta cláusula específica de su tratamiento preferencial como inmigración, las llegadas de cubanos a las fronteras estadounidenses, en busca de asilo político, aumentaron más del doble en tan sólo dos años: de 24 mil en el año fiscal 2014 a 54 mil en el año fiscal 2016. La figura 8 muestra un panorama más abarcador de las llegadas de cubanos por vía terrestre a las fronteras estadounidenses durante la década que va desde 2009 hasta 2019. El efecto azuzador del deshielo en las relaciones bilaterales entre Cuba y EE.UU. (diciembre de 2014) resulta perfectamente visible en los contrastantes picos de 2015 y 2016. Sólo en esos dos años llegaron más cubanos ilegales por tierra a EE.UU. que todos los que llegaron en los seis años previos; dicho bienio concentró el 43 por ciento de los arribos de toda la década. La propia Oficina de Aduana y Protección Fronteriza, reconoce que prácticamente a la totalidad de esos arribantes se le concedía la entrada al país de manera casi automática (el famoso «*parole*»), por motivos políticos (Baker,

2017). También se perciben de forma palmaria las secuelas de la eliminación de la política de “Pies secos, pies mojados” (2017), así como de la mano de hierro de Donald Trump. Si bien reportes preliminares avizoran para 2020-2021 (efecto Biden) un escenario muy similar al de 2015-2016.

Gracias a las ventajas de la Ley de Ajuste Cubano, esta oleada –en aquel momento silente, pero a la postre escandalosa–, tuvo un impacto notable en las estadísticas inmigratorias de EE.UU. De acuerdo con informes oficiales del Departamento de Seguridad Nacional de ese país, en el año fiscal 2018, los nacidos en Cuba ocuparon el segundo lugar global en cuanto a la cantidad de residencias permanentes otorgadas a extranjeros. Únicamente antecedidos por los mexicanos, y superando a países históricamente preponderantes en la emisión de migrantes hacia EE.UU., como China, la India, Filipinas y Vietnam. Un dato de extraordinaria relevancia si se compara en términos relativos, pues todas estas son poblaciones de origen desproporcionadamente más grandes que la cubana²⁹. Aunque una parte menor de estos nuevos residentes permanentes pueden ser cubanos provenientes no de Cuba, sino de otros países-trampolín, el número tiene una alta coincidencia con la cantidad de personas beneficiadas con la residencia permanente en EE.UU. en ese año fiscal, que anteriormente residían en Cuba³⁰.



Fuente: Elaboración propia (con datos del DHS, varios años)

²⁹ Estos cinco países están entre los 15 más populosos. China e India lideran el ranking, ambas con más de 1.3 mil millones de habitantes. Entretanto, México, Filipinas y Vietnam oscilan entre 95 y 125 millones de habitantes, en los puestos 11, 12 y 14, respectivamente. La población de Cuba, en contraste, apenas supera los 11 millones de habitantes.

³⁰ Un total de 76,486 ciudadanos cubanos obtuvieron la «green card» en 2018, frente a las 75,159 personas, anteriormente residentes en Cuba, que adquirieron ese estatus legal (presumiblemente, en su gran mayoría cubanos).

El censo histórico recogido en el *Yearbook of Immigration Statistics* (varios años) del Departamento de Seguridad Nacional de EE.UU. permite ilustrar el *boom* del éxodo masivo de los cubanos después de la eliminación de las restricciones a los viajes en 2013 (figura 9). Para dimensionar el fenómeno en su justa medida, esta representación gráfica puede complementarse con el siguiente cotejo: la suma de los cubanos que obtuvieron la «*Green Card*» estadounidense sólo en el quinquenio 2014-2018 casi duplica (194 por ciento) el total de residencias permanentes otorgadas en el país norteamericano a sus connacionales durante toda la década de 1990, con la crisis de «los balseros»³¹ de 1994 incluida. La diferencia respecto a las residencias permanentes otorgadas a cubanos en toda la década de 1980 (llegada de «los marielitos»³²) es todavía mayor (2,33 veces). Como suele afirmar la prensa internacional: en Cuba no hay elecciones presidenciales directas; pero los cubanos «votan» con los pies, al emigrar en masa.

2.4.3 Efectos directos y colaterales de la emigración

Emigrar siempre es un acto de renuncia, desarraigo, desmembramiento. Por lo general, con un alto costo a nivel afectivo e identitario que, por muy aventurero que sea el espíritu, duele pagar. Por supuesto, este precio es aún más elevado cuando se trata de emigración internacional, por el mayor distanciamiento y desconexión implicado. Entonces, como no es una decisión que se tome a la ligera, se supone que cuando uno se convierte en migrante previamente ha procesado de forma crítica su realidad, sopesado pros y contras, y torneado a voluntad semejante punto de inflexión en la trayectoria personal y familiar. ¿Qué significa esto? Pues, que, salvo los desplazamientos forzados (debido a las guerras, por ejemplo), la emigración en raras ocasiones es impuesta.

³¹ Unas 31 mil personas a bordo de balsas y embarcaciones rústicas fueron interceptadas por los guardacostas norteamericanos en el Estrecho de la Florida, entre agosto y septiembre de 1994 (Duany, 2017). La llamada «crisis de los balseros», libremente permitida por el gobierno, fue la válvula de escape que usó Fidel Castro para reducir tensiones, tras las insólitas protestas y disturbios callejeros producidos el 5 de agosto de ese año en el malecón habanero. Justo 1993 y 1994 se consideran los años en los que la crisis económica en Cuba tocó fondo.

³² En 1980, tras la connotada invasión de la embajada de Perú por parte de unos 10 mil cubanos que pedían asilo político, el gobierno abrió las fronteras marítimas para que los cubanoamericanos entraran a recoger a sus familiares en barcos. Sin embargo, una vez en aguas nacionales, los obligaron a completar la capacidad de las embarcaciones con desconocidos que hacían fila para emigrar. Trascendida como el «Éxodo del Mariel», esta oleada llevó, aproximadamente, a 124,800 cubanos a la Florida en tan sólo seis meses (Duany, 2017). “Castro aprovechó la crisis para vaciar las cárceles de presos comunes y enviarlos a Estados Unidos, una decisión que tendría consecuencias fatales para Miami, donde se quedaron la mayoría de los cubanos que salieron en esta ola migratoria. ‘Las estimaciones más conservadoras apuntan que el 15 por ciento de los que llegaron eran delincuentes’, apunta Tomás Regalado, actual alcalde de Miami por el Partido Republicano y que en 1980 cubrió el éxodo como reportero” (Barbero, 2015).

Conllewa, la mayor de las veces, un acto juicioso, condicionado, habilitado, restringido, mediado por las circunstancias, pero forjado a consciencia.

Teniendo esto presente, vale la pena preguntarnos: ¿qué implicaciones sociales tiene el crecimiento de la emigración cubana durante las últimas décadas, y su más reciente *boom*, en particular? Pues, en primer lugar, una verdad de Perogrullo que únicamente el gobierno comunista se empeña en desconocer: la realidad cotidiana del cubano medio está a años luz de la tantas veces prometida sociedad equitativa, justa, próspera e irreversible. Cuando casi la quinta parte de tus compatriotas se ha marchado al extranjero en busca de una vida mejor³³, es muy difícil negar las insuficiencias del modelo y sus artífices. Si a ello le sumas que otra parte inconmensurable de quienes todavía permanecen en Cuba anhelan, planifican y maniobran hasta lo indecible para lanzarse al escabroso camino de la emigración, el bote de la ceguera gubernamental no tarda en hacer aguas. Pero, si encima, a este cuadro le añades que, a diferencia de años atrás, «los que se quedan» (sobre todo, adultos mayores) en la actualidad suelen aupar y respaldar «a los que se van» o quieren irse, definitivamente el holograma del progreso socialista no se sostiene sobre sus propios pies, al menos no en este caso particular.

En el imaginario social cubano se han producido, de forma paulatina, considerables transformaciones respecto al fenómeno de la migración externa. Algunas de ellas vinculadas a las propias reformas de política migratoria. Otras, la mayoría, resultado de la dura experiencia cotidiana, más elocuente y aleccionadora que el más refinado de los discursos políticos. Mientras que años atrás, el emigrante era visto como un vendepatria, traicionero y egoísta (por anteponer su proyecto de vida personal por encima de los intereses colectivos); en la actualidad, ante el fracaso del sistema para ofrecer bienestar, la figura del emigrante se asocia más con valores positivos, como coraje, sacrificio, laboriosidad (“Afuera sí hay que doblar el lomo”), ingenio, éxito y hasta altruismo (“Se fue para poder ayudar a su familia”).

Como puede avizorarse, en este contexto, las remesas enviadas desde el extranjero adquieren una significación capital. En primera instancia, para el desahogo cotidiano de las familias, como sustento básico (para quienes reciben remesas el salario pasa a ocupar un rol complementario). Y, en segunda, para beneficio del Estado, ya sea directo: vía consumo de bienes y servicios (como el

³³ Investigadores nacionales reconocen el predominio de la migración laboral en el caso cubano: “motivaciones económico-materiales como factor prioritario” (Aja et al, 2017: 43), en lógica consonancia con las tendencias internacionales.

turismo) en la economía formal, y la recaudación fiscal (emprendimiento de negocios); o indirecto: a través de la creación de empleos en el sector privado que contribuye a descargar plantillas infladas en el sector estatal, así como a cooperar en gastos de seguridad social.

Analistas de la consultora estadounidense, *The Havana Consulting Group & Tech*, especializada en temas de economía cubana, ajustaron en 3,717 millones de dólares el total de remesas recibidas en Cuba en 2019, el 90 por ciento de ellas enviadas desde EE.UU. (Morales, 2020). Cifras consistentes con las del Departamento de Estado de este último país que para 2017 estimó en unos 3.5 mil millones de dólares la cantidad de remesas enviadas a la isla desde EE.UU. (DS, 2019). Según *The Havana Consulting Group & Tech*, las remesas a Cuba se han duplicado en la última década y su uso se ha diversificado considerablemente, a tenor con las nuevas oportunidades para la iniciativa privada.

A partir de una encuesta realizada en La Habana y Santiago de Cuba, otra consultora norteamericana, *The Boston Consulting Group*, estimó en 2016 que aproximadamente el 40 por ciento de los capitalinos reciben remesas, una provincia sobrerrepresentada en ese sentido. “Este flujo de dinero hacia Cuba creció en un 15 por ciento anualmente desde 2010 a 2014, hasta aproximadamente 3 mil millones de dólares (resultado del aumento de los límites y una mayor población de cubanos residentes en Estados Unidos) y podría alcanzar los 6 mil millones de dólares para 2020” (Fitzgerald, Brennan, & Stokes, 2016: 6). Una previsión muy afectada por el escenario pandémico de los últimos dos años.

Para tener una mejor idea de la importancia de estas transferencias monetarias para la endeble economía caribeña, basta mencionar que en 2019 el volumen de las remesas superó, por amplio margen, los ingresos netos del país por concepto de exportación de mercancías, fijados por la Oficina Nacional de Estadística e Información en 2,062 millones de dólares (ONEI, 2018). Algunos expertos estiman que el 50 por ciento de las remesas constituyen hoy fuente de inversión privada. “Cálculos todavía más moderados podrían arrojar resultados que equiparan la «inversión privada vía remesas» a toda la inversión anual recibida por Cuba por proyectos de inversión extranjera directa en el sector estatal” (Triana, 2017: 20).

Si comparamos en los últimos 11 años el valor de las remesas que llegan a Cuba con siete de los rubros exportables más importantes del país (turismo, productos de minería, azúcar y sus derivados, medicamentos, productos del mar congelados, tabaco y productos agropecuarios), los resultados muestran que las remesas en efectivo exceden el valor de las mencionadas

exportaciones. Estos resultados muestran claramente la alta dependencia que actualmente tiene la economía cubana de su diáspora, y al mismo tiempo el pobre desempeño de la economía cubana en su propia infraestructura productiva. El crecimiento conjunto de las exportaciones cubanas en los siete rubros de exportación mencionados en los últimos 11 años fue de solo 310 millones de dólares, mientras que las remesas en efectivo crecieron 2,244 millones de dólares y el de las remesas totales (efectivo + mercancías) fue de 4,619 millones en el mismo período, lo que significó un crecimiento 14.9 veces superior al de las exportaciones. (Morales, 2019: 1)

La propia *The Boston Consulting Group* reconoce en su estudio que las remesas, junto a los servicios al Turismo, hacen una gran diferencia en la economía de las familias en la isla, en cuanto al nivel de autonomía económica respecto al Estado. Al elaborar el perfil de tres tipos de consumidores: *asalariados* (ingresos de entre \$300 y \$400 USD anuales), *emergentes* (\$600 - \$700 USD anuales) y *autosostenidos* (\$1,800 – 2,000 USD anuales), los expertos (Fitzgerald, Brennan, & Stokes, 2016) calculan que las remesas ayudan a la mitad de la población nacional (los últimos dos grupos) a no tener que batallar cada mes para satisfacer sus necesidades básicas, como el primer grupo (la otra mitad). Inclusive, el sector con mayor poder adquisitivo (alrededor del 20 población) puede darse el lujo de realizar “compras discrecionales ocasionales en categorías tales como vacaciones, transporte y telecomunicaciones, pero aun así gastan la mayor parte de su dinero en bienes de consumo básicos” (Fitzgerald, Brennan, & Stokes, 2016: 9).

No puede negarse, sin embargo, que “realizar el viaje” y tener éxito en otro país (algo que es frecuente para las personas nacidas y criadas en la Isla –muy saludables e instruidas, además–) incrementa bastante la capacidad económica y confort material de quien lo hace y también el de su familia en el terruño, a través de las remesas en dinero y especies que reciben y hasta por algún que otro “negocito” particular que inicien de conjunto aquí. (Tamayo, 2017)

En efecto, en años recientes se han detectado cambios en las formas de socialización de los migrantes internacionales cubanos en sus destinos, así como en sus relaciones con el país de origen (Aja, 2018). En congruencia con las prácticas internacionales, en la actualidad, la tendencia a la circularidad (constantes idas y retornos), temporalidad y el transnacionalismo de la emigración externa cubana favorece una mayor interacción de los migrantes con la sociedad expulsora. No sólo a través de las remesas, sino de las visitas frecuentes (que potencian el consumo) y los procesos tangenciales y directos de inversión en la economía nacional (pequeños negocios privados). “Cada vez se diversifican más las prácticas transnacionales de los migrantes cubanos

en el origen (Cuba), con disímiles implicaciones para la sociedad cubana, no solo económicas, sino también ideológicas, culturales, políticas, entre otras” (Aja et al 2017: 46).

Por otro lado, la marea originada a partir de 2013 vino a reforzar los patrones ya perfilados desde los años 2000 para la emigración cubana: feminización, «juvenilización» y profesionalización, tendencias nada saludables para la economía y la sociedad cubanas. La creciente presencia de las mujeres como protagonistas del acto migratorio es un hecho ostensible que comienza a preocupar a los demógrafos cubanos, por su potencial incidencia en las tasas de reemplazo; aunque todavía no afecta tanto los niveles de fecundidad, de acuerdo con Juan Carlos Alfonso Fraga, director del Centro de Estudios de Población y Desarrollo (En Figueredo, Martínez, & García, 2017). “En tanto, continúa el incremento de la migración de jóvenes y profesionales, favorecida por políticas de diferentes países que otorgan becas y opciones preferenciales para personas de estas categorías y en general condiciones que propician este tipo de inmigrantes” (Aja et al, 2017: 46-47).

Esta visible «selectividad» de la migración internacional –en la cual se privilegia a los segmentos poblacionales en edades económicamente productivas y biológicamente reproductivas– especifica el tipo de influencia que ejerce este factor en el ritmo de crecimiento de la población cubana. Pues no sólo constituye un elemento reductor, que genera declives totales que no puede compensar el de por sí insuficiente crecimiento natural de la población; sino que, a la vez, acelera el envejecimiento de la estructura por edades de la población.

La migración tiene un impacto considerable en la composición demográfica de la población cubana. Todos los pronósticos indican que en los próximos 20 años se producirá una reducción del número de habitantes y continuará aumentando el índice de envejecimiento hasta llegar al 30 por ciento de la población, siendo uno de los factores determinantes en esta dinámica la sostenida tendencia a la emigración de las personas nacidas en el país. (Aja et al, 2017: 50)

A pesar de su ceguera y necedad política, los dirigentes del Estado socialista cubano están llamados a prestar urgente atención a los efectos del éxodo poblacional. Sobre todo, teniendo en cuenta que estudios llevados a cabo recientemente por especialistas del CEDEM no vislumbran una desaceleración de las tendencias migratorias actuales: “El potencial migratorio de la población se moverá entre algo más de 781 mil y aproximadamente 826 mil salidas netas entre 2010 y 2030” (Aja, 2017: 21). La nación se desangra a cuentagotas y no hay «coagulante» a la vista capaz de detener la hemorragia.

2.5 Prontuario

Seguro han quedado por fuera fibras contextuales que valía la pena añadir a la modelación de esta gran bolsa marsupial, que incuba, nutre, constriñe y habilita a la acción social. Y, de las incluidas, probablemente alguna que otra ameritaba un mayor espacio y profundidad. Pero, si agotar la inmensidad empírica de una unidad de análisis delimitada con meticulosidad resulta difícil (más bien imposible), imagínese, estimado lector, qué quedará para la ambición de analizar de forma exhaustiva el contexto económico, político, social, institucional, estructural, sistémico..., que se desparrama y entrevera por fuera y por dentro de toda la actividad cotidiana de los subordinados. La única alternativa posible es ejercer, con buen juicio, el criterio de selección, jerarquización y amputación (so pena de ahogarse en ríos de tinta enciclopédica). Que, como todo discernimiento, siempre está sujeto a réplicas y refutaciones.

Fue así que comenzamos radiografiando, en primer lugar, las vértebras principales del modelo autocrático cubano, sus déficits democráticos, el castigo y demonización de las manifestaciones y grupos de oposición, la privatización partidista de la arena política y la maquinaria estatal, así como las características que lo incrustan dentro de la escabrosa categoría provisional que Juan Linz denominó *posttotalitarismo*. Seguidamente, desplazamos el foco de atención a algunas de las movidas políticas que signan los reacomodos del contexto reciente; tales como las reformas englobadas, de manera eufemística, bajo la etiqueta de “Actualización del modelo económico cubano”, las cuales contrastan sobremanera con la obsolescencia, estancamiento y ruina de las estructuras y mecanismos de producción de la política a todos los niveles.

En segunda instancia, auscultamos, con mayor detenimiento, el desarrollo e implicaciones de aquellas políticas recientes que cambian, de manera silenciosa pero radical, la estructura de la economía nacional y, por ende, las dinámicas sociales. El incremento del hoy edulcorado «trabajo por cuenta propia» y de otras formas de producción no estatales ha fomentado experiencias de socialización *relativamente* independientes de la tutela estatal, espacios para el intercambio de aprendizajes, la concertación de voluntades e, inclusive, cierto grado de contestación. Pero más importante aún: ha producido un resonado efecto de demostración que exponencia la legitimidad del sector no estatal, frente a la devaluación del trabajo estatal como medio de vida y desarrollo personal. A su vez, el auge (heterogéneo) de la iniciativa privada ha visibilizado y acentuado la

cantera de desigualdades, asimetrías y estratificaciones sociales preexistentes, respecto a los empleados estatales, e incluso al interior del propio sector cuentapropista.

Para el final reservamos la tomografía pormenorizada de la hemorragia demográfica de una sociedad cuyos ríos de ciudadanos literalmente *corren* fronteras hacia afuera, en especial con dirección a las “monstruosas” entrañas del archienemigo vecino del norte, Estados Unidos. El magro contexto económico interno, de penurias y empeoramiento progresivo, emerge como una catapulta poderosa que expulsa cubanos, por tropel, hacia todos los rincones del mundo capitalista. En particular, la emigración de jóvenes profesionales que salen a buscar una estructura de oportunidades laborales y realización individual que no encuentran en la isla, perjudica el desarrollo socioeconómico de un país cuyo principal renglón del Producto Interno Bruto es la exportación de servicios profesionales. La magnitud, intensidad y ecos culturales de este éxodo masivo ha originado cambios drásticos en el imaginario social cubano respecto a la migración, sus secuelas (económicas y simbólicas) y el (deficiente) tratamiento político a este fenómeno.

CAPÍTULO III: EL NÚCLEO METODOLÓGICO

3.0 Exordio

Toda aventura investigativa comienza con una inquietud, por lo general ensartada junto a una serie de conjeturas, premisas, hipótesis y, con toda certeza, plagada de múltiples sesgos biográficos, político-ideológicos, epistémicos, académicos, gremiales, etc. La Metodología es la rama de la ciencia social encargada de cachetarnos las ambiciones, aterrizar nuestros etéreos despropósitos iniciales, deshacerse de la hojarasca, acotar la diana y ajustar la mira, enrumbar nuestra curiosidad por las veredas del rigor, la factibilidad y las buenas prácticas. Es el astillero donde se supervisa, con precisión quirúrgica, la construcción de observables y se fragua la arquitectura ósea del bergantín-inquisidor que luego echaremos a navegar por las aguas revueltas de la realidad social. De la seriedad, detenimiento, pericia y acierto teórico con que se acometa esta fase previa depende, en gran medida, que el proyecto no naufrague en las costas inhóspitas de las falacias más soeces, o sea abatido por las tormentas silenciosas de la irrelevancia analítica.

Los epígrafes y secciones subsiguientes constituyen el testimonio abreviado de ese largo proceso de ensamblaje, graduación, ajustes y recalibración *in situ* de la arboladura del proyecto de investigación: las herramientas analíticas de aproximación al objeto de estudio. Como toda imagen fija de un proceso, aunque tiene mucho que denotar sobre las garantías procedimentales de la pesquisa, la mayor parte de las escaramuzas de la dinámica artesanal se pierden en la rigidez de la captura de pantalla. No todas, pero muchas de las connotaciones subyacentes estarán a disposición del lector en el próximo capítulo. Aun así, el croquis vertebral aquí dibujado alcanza para fundarse una idea acabada acerca de los intereses generales y específicos de esta inmersión cualitativa en la realidad sociopolítica cubana; la profundidad, especificidad y coherencia interna de los lentes teóricos; la naturaleza, alcance y fiabilidad del instrumental de disección; los presupuestos de partida; así como las claves utilizadas para la delimitación empírica del universo observado.

3.1 Preguntas de investigación

3.1.1 Preguntas generales

- ¿Cuáles tendencias de las relaciones de dominación-subordinación-resistencia políticas pueden abstraerse de los discursos y prácticas cotidianos de los ciudadanos cubanos en la actualidad?
- ¿Qué similitudes y diferencias presentan tales tendencias según criterios regionales, generacionales, ocupacionales, de ingresos o relacionados con la experiencia migratoria¹?

3.1.2 Preguntas específicas

- ¿Cómo interpretan los ciudadanos comunes², intersubjetivamente, sus relaciones con otros subordinados y con las autoridades³?
- ¿Cómo construyen, comparten y transforman sus discursos ocultos y fronterizos los ciudadanos comunes frente a la dominación?
- ¿Cómo se articulan estos discursos ocultos y fronterizos con los discursos oficiales, en un ambiente signado por una alta vigilancia y represiones de múltiples tipos?
- ¿Cuáles experiencias típicas de disidencia, simulación, apatía y lealtad prevalecen en el día a día, como parte de las estrategias populares de interacción con la dominación?
- ¿Cuáles prácticas encubiertas y fronterizas, roles públicos y actuaciones conjuntas, operan en la vida cotidiana y sustentan el *performance* de la dominación-subordinación-resistencia?
- ¿Qué códigos y reglas (formales e informales) subyacen a las interacciones cotidianas entre ciudadanos comunes, y entre estos y las autoridades? ¿Qué relación guardan dichas reglas con los potenciales incentivos / sanciones que gravitan alrededor de la vida cotidiana?

¹ Para el contexto cubano, la relevancia de estos criterios por encima de otros (origen social, nivel educativo, raza, religión, e.g.) ha emergido tanto en la bibliografía revisada (Chaguaceda & Geoffray, 2015; Azor, 2014; Guanche, 2013), como en investigaciones empíricas anteriores de este propio autor (González, 2015 y 2008). En el apartado 3.6.3 abundamos en estos criterios.

² O sea, ciudadanos sin ninguna responsabilidad directiva en organizaciones sociales o políticas.

³ Nos referimos tanto a su relación no-personal, mediada, con autoridades de alto rango (presidente, miembros del Consejo de Estado y el de Ministros, diputados, dirigentes provinciales, etc.), como al intercambio personal con autoridades de rango bajo-medio: delegados de circunscripción y municipales del Poder Popular, funcionarios del Partido zonales y de los centros laborales, miembros del cuerpo policial local, dirigentes de instituciones y organizaciones de masas a nivel comunitario, etc.

3.2 Objetivos

3.2.1 Objetivo general

- Explicar⁴ cómo funcionan las relaciones de poder entre ciudadanos y autoridades en los procesos cotidianos de legitimación, reproducción y cuestionamiento de la gobernabilidad en Cuba, en la actualidad.

3.2.2 Objetivos específicos

- Comprender los valores, representaciones y expectativas compartidos que orientan culturalmente las relaciones de dominación-subordinación-resistencia en la vida cotidiana de la Cuba actual.
- Describir la producción, socialización y renovación de los discursos y prácticas que tienen lugar en la interacción, directa y mediada, entre subordinados y dominantes en la Cuba actual.
- Revelar los principios, referentes contextuales y lógicas prácticas que se encuentran en la base de los diferentes tipos de actitudes, razonamientos prácticos, experiencias típicas y *modus operandi* identificables en las relaciones cotidianas entre ciudadanos, así como entre estos y las autoridades cubanas.
- Explicar las formas principales en que se imbrican las dimensiones intersubjetivas y prácticas de los procesos de dominación-subordinación-resistencia política que sustentan la gobernabilidad del régimen cubano, en la actualidad.

3.3 Enfoque analítico: supuestos, apuestas y herramientas

3.3.1 Perspectiva relacional

La política, el poder, la gobernabilidad, la dominación, la subordinación, la resistencia, la contrarresistencia, son todas categorías aquí asumidas en su más genuina naturaleza *conectiva*. Es decir, a nuestro entender, no son atributos, propiedades, capacidades, resultados o recursos que algunos posean o detenten, de sí o en potencia (perspectiva substancialista). Antes bien, los

⁴ Explicación que nada tiene que ver con la asociación lineal entre variables intervinientes. Se entiende como un recurso analítico que, a partir de la descripción, busca reconstruir los engranajes sociales a través de los cuales ciertos ingredientes relevantes se acomodan en un espacio-tiempo históricamente *situado* y dan lugar a determinados procesos y tendencias siempre fluctuantes e inacabados.

asumimos como vínculos de interdependencia, interacciones iteradas, transacciones contextualizadas, flujos –deseados y no anticipados– entre actores individuales y colectivos (perspectiva relacional⁵). De los cuales emanan propiedades sociales emergentes, singulares, irreducibles a los rasgos biológicos o psicológicos de los actores involucrados en las relaciones; tales como: el lenguaje, los acuerdos intersubjetivos, los sistemas morales, las normas consuetudinarias, las formas de gobierno, los procesos de gobernabilidad, legitimación social y política, y todos los mecanismos de organización de la vida en sociedad pactados *entre* los hombres (asociaciones, instituciones, estados, etc.). “En la visión relacional los atributos son secundarios, las relaciones, primarias” (Lozares, 1996: 111).

No obstante, a diferencia de la corriente estructuralista del Análisis de Redes, asociada a la sociología relacional, cuyo foco se encuentra en *la forma* o representación configuracional (matemática, algebraica) de los lazos sociales; a los efectos de esta investigación, subrayamos *el contenido* dinámico de las relaciones sociopolíticas. Esto es: marcos comunes de significados, experiencias tipificadas, expectativas recíprocas, saberes compartidos, construidos colectivamente en el nivel interpersonal del discurso y las prácticas; en fin, esa categorización intersubjetiva de las relaciones que da cuenta de la calidad, intensidad, connotaciones y contextos de los vínculos.

Los lazos sociales y las identidades (los bloques que construyen las redes sociales) son ellos mismos “narrativos”. (...) Los vínculos sociales y las identidades se construyen en primer lugar a través de las prácticas de contar historias narrativas. A través de narraciones orales y escritas, los actores construyen activamente el sentido de quiénes son y cómo se relacionan con los demás. (...) Las descripciones narrativas de los vínculos (los relatos de las relaciones) no sólo revelan los lazos, sino que son constitutivos de ellos. (Crossley et al, 2015: 114)

En este punto, vale aclarar que no nos proponemos “leer la mente” de nuestros sujetos de estudio, al estilo de la más ortodoxa tradición fenomenológica. Nos interesa, por un lado, la producción discursiva de la realidad sociopolítica, en general, y, específicamente, de las relaciones de dominación-subordinación-resistencia, en situaciones concretas de la vida cotidiana. Por el otro, la articulación entre discursos situados y prácticas cotidianas observables, la continuidad y el contraste entre los distintos razonamientos prácticos que orientan los intercambios sociopolíticos y las interacciones en sí mismas.

⁵ Para profundizar en las diferencias ontológicas-epistémicas entre ambas perspectivas, ver Emirbayer (1997).

Cuando indagamos por el significado de las relaciones entre ciudadanos, y entre estos y las autoridades, nuestro objetivo no es la empatía diltheyiana: “ponernos en los zapatos del actor”; sino la *verstehen* weberiana: la comprensión de los puntos de vista de los actores (nótese el plural), primer eslabón del método sociológico weberiano: comprensión - interpretación - explicación. Nos preguntamos por *el sentido* de la interacción social: las motivaciones-intenciones orientadas en referencia al contexto simbólico de la acción (acuerdos, convenciones, consensos, normas, reglas). Sin embargo, en contraste con el individualismo metodológico weberiano⁶, el enfoque relacional nos convida a concebir “la generación de plexos de sentido intersubjetivamente vinculantes” (Habermas, 1989: 32) como una cuestión de mutuo entendimiento *entre* sujetos competentes, socializados, capaces de reflexionar, comunicar (usando diferentes lenguajes), argumentar y actuar acorde a sus respectivos *backgrounds* y definiciones de la situación.

3.3.2 Énfasis en la agencia

No obstante, no se puede desconocer el principal mérito del individualismo metodológico de Weber: la reivindicación del rol activo de las personas en la organización de la sociedad (a contrapelo de las perspectivas positivista y holística). Su configuración sociológica subraya la perspectiva del *actor socializado*, es decir: 1) la comprensión que los propios individuos tienen de sus roles dentro de la madeja de relaciones sociales, y 2) la resonancia que este ejercicio interpretativo tiene en su interacción con otros actores. Ello no subordina las estructuras sociales a la voluntad del hombre, ni mucho menos; tan solo les resta omnipotencia a aquellas y las ubica al alcance de la intencionalidad de éste. Desde la visión weberiana, se trata de edificar un pensamiento complejo sobre el individuo.

En esa misma cuerda, autores más contemporáneos, como Emirbayer & Mische (1998), han argumentado, de manera muy sólida, la necesidad de reconceptualizar la agencia como un proceso

⁶ “Para otros fines de conocimiento (p. ej., jurídicos) o por finalidades prácticas puede ser conveniente y hasta sencillamente inevitable tratar a determinadas formas sociales (estado, cooperativas, compañía anónima, fundación) como si fueran *individuos* (por ejemplo, como sujetos de derechos y deberes, o de determinadas acciones de alcance jurídico). Para la interpretación comprensiva de la sociología, por el contrario, esas formaciones no son otra cosa que desarrollos y entrelazamientos de acciones específicas de personas individuales, ya que tan solo estas pueden ser sujetos de una acción orientada por su sentido. (...) No existe para ella una personalidad colectiva en acción. Cuando habla del “estado”, de la “nación”, de la “sociedad anónima”, de la “familia”, de un “cuerpo militar” o de cualquiera otra formación semejante, se refiere *únicamente* al desarrollo, en una forma determinada, de la acción social de unos cuantos individuos, bien sea real o construida como posible” (Weber. 2002: 12).

de involucramiento social atravesado por la temporalidad, en el cual los actores se mueven simultáneamente dentro de múltiples campos relacionales superpuestos. Cada uno de estos marcos temporales tiene su propio «reloj biológico» o ritmo, es decir, una particular manera de ordenar el tiempo. A medida que alternan entre un contexto y otro, los agentes son capaces de recomponer de manera casi automática su orientación temporal; y con ella su relación de mutua dependencia con la estructura. Por consiguiente, estos autores definen la agencia como:

[Un proceso] informado por el pasado (en su aspecto habitual), pero también orientado hacia el futuro (capacidad para imaginar posibilidades alternativas) y hacia el presente (capacidad de contextualizar hábitos y proyectos dentro de las contingencias del momento). La dimensión agencial de la acción social sólo puede ser capturada en toda su complejidad, argumentamos, si se sitúa analíticamente dentro del flujo del tiempo. (Emirbayer & Mische, 1998)

Por supuesto, este acento en los agentes como factores cruciales de la historia narrada, extiende la indagación hacia el resbaladizo y turbio mundo de la construcción simbólica de la realidad: valores, creencias, representaciones, actitudes, expectativas, símbolos, mitos, relatos... Por ende, insistimos, esta investigación ha de auxiliarse de aquellas herramientas sociológicas encaminadas a aprehender el sentido de la acción (las «cajas negras» de los procesos de decisiones) y sus consecuencias previsibles e inesperadas. Sin desconocer que “las acciones y elecciones históricas están profundamente condicionadas por la forma en que los actores colectivos conciben el poder vinculante del pasado, la maleabilidad del futuro o sus capacidades para intervenir en sus situaciones inmediatas” (Emirbayer & Mische, 1998: 1011). Lo cual desemboca en nuestro tercer pilar epistemológico.

3.3.3 Enfoque procesual

Para Abbott (2005), la noción de flujo, inherente a la investigación sociológica, constituye una forma de expandir el tiempo, una especie de concepción *fractal* de los resultados: inacabados, recursivos, conectados a diferentes escalas. Según este autor, bajo el enfoque procesual se deben elaborar diseños de investigación longitudinales que no conciban efectos realizados, sino procesos continuamente generadores de resultados *interinos*, que convergen con cierto orden en una estabilidad *precaria*. En ese sentido, “Equilibrio” y “Tendencia” son dos patrones alternativos que Abbott propone para complejizar las, a su juicio, sobreestimadas concepciones clásicas de resultado consumado.

En adición, Abbott nos advierte que la concepción de resultado varía si hablamos de un nivel micro (individual-familiar-asociativo) o macro (institucional-social). Todos los tipos de resultados ocurren en ambos niveles. El reto de los sociólogos es, precisamente, dar cuenta de la complementariedad de esa dualidad analítica. Así, Abbott enfatiza, con afán conciliador: “Son los millones de movimientos menores, los pequeños procesos de acción, cambio y envejecimiento, los que producen la estabilidad agregada” (2005: 397). Es decir, los micro y «efímeros» resultados locales no son incompatibles con los cambios o tendencias de larga data y gran escala espacial.

A decir verdad, la mayoría de los resultados que los sociólogos estudiamos resultan «finales» o extremos establecidos arbitrariamente (también los inicios), en contra de la naturaleza procesual del devenir social. Por ello, este foco rojo convida a repensar las relaciones de dominación-subordinación-resistencia con una lógica de proceso en movimiento perpetuo, en cuyo seno los distintos niveles, dimensiones, actores e ingredientes *fluyen* de modo continuo y variable; *a contrariori* de perspectivas tradicionales que consideran la gobernabilidad como “un estado de equilibrio” (Camou, 2001), una “situación concurrente” (Alcántara, 1994), o “condiciones de posibilidad” (Lechner, 1997).

Ahora bien, ¿qué entendemos por proceso? Tras una detallada revisión de la literatura, podemos contornear algunos rasgos. En primera instancia, no se trata de un cambio de estado de “A” a “B”, ni un resultado “Y” producido por un factor “X”. No. En el enfoque procesual, los fenómenos adquieren una profundidad o relieve temporal. Un proceso es un sistema dinámico en el que la relación estructurante entre contextos-agentes-eventos (todos “tatuados” por el dios Cronos) produce una compleja concatenación secuencial de múltiples acoplamientos fluctuantes, empalmados y estabilizados a lo largo del tiempo.

No obstante, es necesario aclarar: el tiempo tiene alcances diferenciados, no afecta por igual a todos los eslabones del proceso; sus consecuencias están tamizadas por el contexto⁷. Proceso y contexto mantienen una relación (reflexiva) de mutua co-construcción (Bidart, Longo & Mendez, 2013); en la cual las temporalidades objetivas de los procesos históricos (de mayor duración y más fácil medición) se entretajan, en íntima conexión, con las orientaciones temporales subjetivas de los actores sociales (comparativamente más efímeras e inaprensibles). Otra vez el «Problema del horizonte temporal». De modo tal que, *contexto* (condiciones que posibilitan y constriñen),

⁷ “Los contextos causalmente relevantes para el entendimiento de algunos fenómenos no incluyen sólo la situación física y social inmediata, también los contextos culturales y sociales más amplios” (Maxwell, 2012: 657).

acciones (ejecución de decisiones) y *eventos* (momentos detonadores) interactúan en una diversa multiplicidad de niveles y moldean la historia.

3.3.4 La caja de herramientas: Interaccionismo y Etnometodología

Como puede entreverse, nuestro énfasis en la significatividad y la interacción política nos conduce a una aproximación crítica a las herramientas conceptuales y analíticas del Interaccionismo simbólico y la Etnometodología (y, en menor medida, de la Fenomenología). Dos enfoques estrechamente conectados, convergentes en el afán de hurgar en las consecuencias prácticas de las ideas (herencia de la Teoría empírica del conocimiento). Estas escuelas privilegian el estudio de la intersubjetividad, los horizontes de significados, la indexicalidad y reflexividad de la actividad interpretativa, el bagaje de experiencias típicas (esquemas de referencia), el contenido (*qué se hace*) y la forma de la interacción (*cómo se hace*).

Asimismo, subrayan que, a pesar de su naturaleza social, la interpretación encierra un proceso selectivo de clasificación, valoración y apropiación de los significados, a tenor de las particularidades de cada momento (Schutz, 1974; Blumer, 1982; Holstein & Gubrium, 1994). Si bien la Etnometodología advierte que las descripciones subjetivas de los actores no son la realidad social en sí, sino «realizaciones en situación» (Garfinkel, 2006). Lo importante no son los pensamientos, sino los marcos (latentes) que traslucen los razonamientos prácticos y la forma o rutinas colectivas en que se expresan. No hay interacción ordenada sin intersubjetividad.

Como cualquier otra, la construcción significativa política está signada por una peculiar «estabilidad dinámica»: los actores de las relaciones de poder confían mutuamente en la reciprocidad de perspectivas y la consonancia interpretativa de sus pares a la hora de definir situaciones. Pero el orden simbólico compartido por una comunidad política (donde el lenguaje es piedra angular), y específicamente el tan citado «conocimiento a mano» (Schutz, 1974), no está predeterminado; sino que es (auto)regenerado en cada interacción, sensible a mutaciones de múltiples órdenes: “Los significados subyacentes en toda acción conjunta consolidada y reiterativa son susceptibles tanto de presión como de esfuerzo, de incipiente descontento como de indiferencia; pueden ser ora combatidos, ora reafirmados” (Blumer, 1982: 14).

El posicionamiento ontológico de estas escuelas implica *per se* un realce de la centralidad de la agencia frente al “omnipoder” de la estructura. Una postura afín a los propósitos de esta investigación, que, de ninguna manera, implica un desconocimiento de la relevancia analítica de

la estructura, sino una reevaluación de su peso dentro del tablero heurístico. En esta perspectiva, las decisiones de los agentes (sus motivaciones y finalidades, el sentido de la acción), cobran un protagonismo inusitado en la construcción cotidiana y *situada* de la vida política. Se concibe la dominación como un proceso *bidireccional*, cargado de influencias recíprocas (subordinación-resistencia). Todo el tiempo, agentes y contexto son, a la vez, estructurados y estructurantes, en un perpetuo proceso de interinfluencia. Las nociones del «Mí», el «Yo» y el «otro generalizado», de Mead (1968), dan cuenta de este dialéctico proceso de internalización-externalización que permea la «covariación» de agentes y estructuras (indexicalidad).

De modo que la Etnometodología rechaza, a su vez, cualquier intento de reducir las relaciones sociales a iniciativas individuales, a meras acciones conscientes, autónomas, ajenas a los factores institucionales y las estructuras objetivas. Al remarcar la factualidad objetiva del mundo social, la Etnometodología defiende el postulado de que los «hechos sociales» no son independientes de las prácticas que los constituyen (Coulon, 1988). Así, el trabajo «subversivo» de Garfinkel (2006) opone a la concepción reificada de la estabilidad social («idiotas culturalizados»), el *trabajo de institución* (local, ordinario, colaborativo y continuo) que realizan agentes activos en el mundo de la vida cotidiana.

A diferencia del Funcionalismo Estructuralista, que asume a la acción como profundamente estructurada (desde fuera) por normas y condicionamientos sociales coercitivos, el Interaccionismo Simbólico subraya la importancia de la acción entre agentes como unidad de análisis toral de la sociología empírica. Desde este enfoque, la interacción no resulta un mero «*milieu*» o telón de fondo de la conducta, sino una parte constitutiva y formativa de ésta (y de su significado). Más allá de la interacción con el «sí mismo» (Mead, 1968) y la «autoindicación» (Blumer, 1982), el comportamiento en sociedad siempre es colectivo (Becker, 2012), porque está referido a terceros, al encuentro con «el otro», sujeto al intercambio de «indicaciones» y pautas, al mantenimiento de la «fachada», a la actuación (*performance*) y concatenación de determinados roles «idealizados» (Goffman, 1971), a la adaptación recíproca (interconexión de la acción).

El foco en la capacidad de agencia contrae, asimismo, dos premisas básicas, útiles para orientar por buen cauce este esfuerzo investigativo, centrado en la política. Por un lado, 1) la conciencia de sí, capacidad reflexiva o «*accountability*» de los actores. Esa habilidad reconocida de distanciarse de sí mismos, autoevaluarse, redefinir la situación y tomar previsiones que se ponen en práctica en actuaciones venideras. Por otra parte, 2) la re/valorización del sentido común como fuente primaria

de grandes descubrimientos sociológicos y, por ende, de la vida cotidiana (“las pequeñas cosas”) como matriz básica para la inferencia científica (Becker, 2012). Ello no significa que desechemos los conceptos y constructos teóricos; pero sí que acotemos sus funciones analíticas en la explicación de ciertos problemas específicos, en lugar de usarlos como «piedra de toque» para todo. Es una apuesta, en definitiva, por un método más inductivo de hacer investigación.

En ese sentido nos acogemos a la reivindicación que la Etnometodología hace de la identidad común o convergencia entre el razonamiento social de los «legos» y las construcciones de los sociólogos. Una identidad expresada en prácticas («profanas» y profesionales) que van construyendo el mundo, de forma continua y conjunta. La investigación sociológica constituye, desde esta óptica, un correlato de las descripciones de sentido común de los «profanos» («reducción etnometodológica»), por antonomasia insumo cardinal de las narrativas científicas:

La estructura social no será más que una ilusión narrativa («*accountable illusion*») salida del conocimiento de sentido común de los sociólogos, en tanto que podamos develar la relación entre los procesos cognitivos que contribuyen a la emergencia de las actividades contextuales y los esquemas normativos de la narración que utilizamos tanto los profanos como los profesionales, con el fin de expresar los conocimientos. (Cicourel, 1973: 7)

Está más que claro: el mundo social constituye, de modo natural, una experiencia significativa para sus propios creadores y reproductores: los seres humanos, quienes interpretan la realidad con sus conceptos «ordinarios». Empero, la ciencia social es también una «forma de vida» pletórica de conceptos técnicos. Por tal razón, algunos autores prefieren hablar de doble hermenéutica, a la hora de comprender los pensamientos y conductas del hombre: “La doble hermenéutica de las ciencias sociales implica lo que [Peter] Winch llama una «ligazón» lógica entre el lenguaje ordinario de los actores y la terminología lógica inventada por los científicos sociales”, refiere Giddens (1982: 16); quien apelando a Hans-Georg Gadamer (1977) insiste en la complementariedad dialógica de semejante «ligazón»: “El hecho de que los «descubrimientos» de las ciencias sociales puedan ser tomados por aquellos a cuya conducta se refieren, no es un fenómeno que puede o podría ser marginado sino que es constitutivo de su naturaleza” (1982: 17).

De acuerdo con Coulon (1988), Bourdieu es otro de los autores que concuerda con semejante premisa: “El conocimiento científico está en continuidad con el conocimiento de sentido común, ya que no es más que una construcción de las construcciones” (Bourdieu en Coulon, 1988: 132). Por tanto, no hay por qué romper con las interpretaciones cotidianas de los actores, sino todo lo

contrario. Según el autor de *La distinción*, los puntos de vistas de los actores deben ser aprehendidos no sólo como indicadores subjetivos, sino como referencias a sus posiciones dentro de la estructura del campo. Con su «estructuralismo constructivista» o «constructivismo estructuralista», Bourdieu apuntala una perspectiva sociológica que pretende armonizar las, en apariencia, irreconciliables posturas objetivista y subjetivista.

De igual forma, para los efectos de esta investigación, tomamos nota de la advertencia de la Escuela de Chicago sobre de la necesidad de que, en una interacción, estudiemos a todas las partes involucradas, a fin de analizar cómo los actores se definen unos a otros y a su entorno. Ello implica centrar la mirada en los diferenciales de poder (omnipresentes en casi la totalidad de las interacciones, más aún en las políticas), expresados en la capacidad de promover definiciones acerca de «los otros», la situación y las consiguientes pautas (ritos de interacción) a seguir. Para Becker (2012), la investigación empírica tiene el deber de revelar esas asimetrías de poder, sus reglas, modos de operación y las estrategias de mantenimiento de las posiciones de privilegio.

También Garfinkel (2006), al refrendar que el orden «natural» es “reflexivamente descriptible”, imprime a la Etnometodología una capital función desmitificadora y «desobjetivadora», que aquí compartimos. Pues, la tarea científica de revelar cómo operan los plexos narrativos-prácticos de dominación-subordinación-resistencia que estructuran la vida cotidiana, en buena medida capacita (políticamente) a los actores para transformar dichas estructuras. Desde esta óptica, el contraste de la reflexión de los agentes sobre su quehacer diario con la observación de sus discursos, rutinas y patrones de comportamiento (ora obedientes, ora resistentes, o ambos a la vez), ha de constituir el cimiento descriptivo básico sobre el que erguir la explicación sociológica. La cual puede contribuir, ¿por qué no?, a desnaturalizar las categorías reificadas de la dominación.

Entender un fenómeno tan macro como la (dinámica) estabilidad política de un país, a partir de estos supuestos, implica el enorme reto de deconstruir de abajo hacia arriba la urdimbre de interpretaciones y prácticas cotidianas que sustentan, legitiman, reproducen y cuestionan, día tras día, la gobernabilidad de un régimen autocrático, demasiado alejado de los estándares procedimentales de la democracia liberal. Una aproximación de esta índole confronta, por supuesto, esas miradas que asumen al orden político (significativo y práctico) como predeterminado. Conlleva, por consiguiente, ahondar en los métodos de auto/regeneración implementados durante la microconstrucción del vínculo político entre dominados y autoridades; procedimientos que son, a su vez, sensibles a cambios contingentes de múltiples órdenes.

3.4 Glosario de términos centrales

- *Gobernabilidad*: relación de poder asimétrica, estable pero conflictiva y sujeta a reconfiguraciones, que puede identificarse a un nivel macro entre dos tipos básicos de actores políticos: gobernantes y subordinados. En ella, ambas partes (incluidos los grupos intermedios⁸), bajo la forma de gobierno vigente y su correspondiente «espíritu», dirimen de forma periódica sus conflictos de intereses, disputan y pactan los términos de la relación para el largo plazo. Aunque de manera diferenciada, tanto regentes como gobernados participan activamente de la estabilidad política agregada. Ambos grupos producen, en el orden simbólico y práctico, los fundamentos de la legitimidad del sistema político, a cambio de un mínimo de garantías económicas, políticas y sociales aceptables para todos, las cuales los gobernantes deben satisfacer con relativa eficiencia.
- *Autocracia*: “En el significado particular, y más pleno, de la palabra, «autocracia» denota un grado máximo de absolutismo, en la dirección de la personalización del poder. Una autocracia es siempre un gobierno absoluto, en el sentido de que detenta un poder ilimitado sobre los súbditos. Pero, además de eso, la autocracia comporta que el jefe del gobierno sea de hecho independiente, no sólo de los súbditos, sino también de los otros gobernantes, que le están por eso rígidamente subordinados. El jefe de un gobierno absoluto es un autócrata si sus decisiones no pueden ser eficazmente frenadas por fuerzas intragubernativas”. (Stoppino, 2013: 496-497)
- *Legitimidad*: Estatus moral, político, profesional, intelectual, etc. atribuido a un individuo, grupo, sistema o asunto específico, al que un colectivo de personas o comunidad le reconoce cierta validez y aceptabilidad entre sus miembros, de conformidad con las normas y creencias vigentes. En el caso de las autoridades políticas esta legitimidad los capacita para tomar decisiones vinculantes para la totalidad de sus subordinados. Los procesos de atribución de legitimidad suelen transcurrir a tres diferentes niveles: “1) La legitimidad del *sistema* donde la relación de autoridad tiene lugar; 2) la legitimidad de la *autoridad* en sí misma y las formas que asume (...); 3) la legitimidad de las *demandas* que la autoridad distribuye a los miembros del grupo” (Kelman & Hamilton citados indirectamente en Passini & Morselli, 2009: 98).
- *Infrapolítica*: “Sugiero que interpretemos los rumores, el chisme, los cuentos populares, las canciones, los gestos, los chistes y el teatro como vehículos que sirven, entre otras cosas, para

⁸ Organizaciones sociales y paraestatales, actores económicos y gremiales (excombatientes, e.g.) reconocidos por hacer uso de sus posiciones privilegiadas dentro de la sociedad civil para ejercer presión política y regatear privilegios.

que los desvalidos insinúen sus críticas al poder al tiempo que se protegen en el anonimato o tras explicaciones inocentes de su conducta. Estos mecanismos para disfrazar la insubordinación ideológica (...) se pueden adecuadamente llamar la infrapolítica de los desvalidos”. (Scott, 2004: 21-22)

- *Política de las pequeñas cosas*: es una forma de influencia en lo común ejercida por aquellos localizados en la periferia de los principales centros de poder político (aunque no de modo exclusivo⁹). Se genera a partir de las “pequeñas y discretas” interacciones cara a cara, donde la gente crea definiciones compartidas de la situación en sus propios términos, desarrolla lazos de confianza mutua y se involucra en cursos de acción coordinada, en respuesta a los desafíos del entorno. En este proceso, “ellos redefinen la situación, y la situación cambia de acuerdo con su definición” (Goldfarb, 2006: 27-28)
- *“Doble moral”*: Convicción popular que avala la simulación pública de conformidad, adhesión y respaldo a las orientaciones gubernamentales, evitando cualquier desafío explícito hacia la autoridad; mientras, en el ámbito privado o en sus fronteras, se promueve a nivel discursivo y se practica recurrentemente la disidencia: descontento, inconformidad, cuestionamiento y oposición a la legitimidad de la dominación en alguno de sus tres niveles: el sistema, las autoridades y las políticas públicas. “El apoyo político ostensible a la Revolución no es sólo una defensa estratégica, sino también un modelo de promoción social. A las autoridades sólo les resta dirigir y escenificar el compromiso revolucionario para atomizar por completo las veleidades de la oposición frente a la fuerza de una gran mayoría que participa abiertamente en el espectáculo” (Bloch, 2009: 264).
- *“La lucha”*: práctica de subsistencia y lucro que incurre de modo sistemático en la violación de la legalidad socialista, pero socialmente legitimada por la precarización de la vida cotidiana. Aunque la propaganda oficial afirma que el Estado cubre las necesidades primarias de cada uno de los ciudadanos, esta ficción política dista mucho de representar la realidad. Como los salarios no alcanzan ni para los gastos básicos de una semana, el sentido práctico indica que «hay que luchar». Según este razonamiento justificativo, robarle a un particular supone un estigma moral; sin embargo, robarle a «Liborio» (desviar recursos del Estado y comercializarlos en el mercado informal) significa «luchar» y, por lo común, se considera una práctica loable. “La restricción

⁹ “Teóricamente, entiendo que la política de las pequeñas cosas está abierta tanto para quienes defienden el *statu quo* como para aquellos que desean cambiarlo” (Goldfarb, 2006: 31).

material convierte las actividades ingeniosas para salir adelante en una lucha por los suyos y determina una preeminencia de la lógica estratégica” (Bloch, 2009: 259).

3.5 Construcción del objeto

3.5.1 Unidad de análisis

Relaciones de dominación-subordinación-resistencia políticas: en el marco de esta investigación, se refieren a la multiplicidad de interacciones, vínculos, intercambios y flujos (materiales y simbólicos) de poder que tienen lugar todos los días, a un nivel microsociológico, entre subordinados y autoridades políticas, o sólo entre una de estas dos partes, pero con alusión directa a la otra. Este conjunto de *micro-inter-dependencias* tiene como marco de referencia a las relaciones de gobernabilidad instituidas a nivel macro (específicamente a nivel nacional). Sin embargo, implican una variedad de interacciones cotidianas (personales o no) que, aunque cobijadas por el paraguas de «lo político», desbordan por mucho la estricta esfera de «la política»¹⁰ institucional convencional. En ese sentido, abarcan también, y principalmente, aquellos ámbitos cotidianos de reproducción de la vida (familiar, laboral, escolar, comunitario...), donde se ponen en juego microdinámicas políticas consuetudinarias –ordinarias, informales, extrainstitucionales–, tales como la infrapolítica y la «política de las pequeñas cosas».

3.5.1.1 Subunidades de análisis

Con ánimo de clarificar y precisar definimos los tres constituyentes de la unidad de análisis como sigue a continuación. Sin embargo, a nuestro entender, deviene una tríada indivisible, y el intento de aislamiento radical o depuración total de alguno de estos componentes contrae peligrosos sesgos analíticos. Es imposible entender una de las partes sin contemplar las otras dos; y, en situaciones específicas, se complica establecer fronteras nítidas entre una y otra¹¹. Así, por ejemplo, dada su propia naturaleza vinculante, a través del tiempo toda pretensión de dominación

¹⁰ “Con ‘lo político’ me refiero a la dimensión de antagonismo inherente a las relaciones humanas, antagonismo que puede adoptar muchas formas y surgir en distintos tipos de relaciones sociales. ‘La política’, por otra parte, designa el conjunto de prácticas, discursos e instituciones que tratan de establecer un cierto orden y organizar la coexistencia humana en condiciones que son siempre potencialmente conflictivas porque se ven afectadas por la dimensión de ‘lo político’” (Mouffe, 2012: 114).

¹¹ Por ejemplo, ¿cuándo la simulación deja de ser obediencia y se convierte en una estrategia de resistencia?

despierta –incluso en un mismo individuo o grupo– tanto manifestaciones de subordinación como de resistencia, aunque estas últimas resulten consecuencias indeseadas. De igual forma, la subordinación resulta una actividad de correspondencia para con la dominación, que evita o considera improcedente, innecesario o inútil el desafío a la autoridad. Por su parte, cualquier acto de resistencia enfrenta, de forma tangencial o directa, una pretensión de dominación y se deslinda, en menor o mayor medida, de una práctica subordinada.

- *Dominación*: pretensión de superioridad política que procura –evitando la imposición por la fuerza o coerción (política, económica, militar, policial, psicológica, etc.), aunque no se descarte su empleo bajo ciertas circunstancias– encontrar aceptación, obediencia, asimilación y suficiente atribución de legitimidad para hacer prevalecer toda clase de mandatos entre un grupo o comunidad de potenciales subordinados, así como para contener y «metabolizar» cualquier tipo de resistencia o rebelión.
- *Subordinación*: aquiescencia, acatamiento, respeto y conformidad pública con los imperativos de los dominantes. Puede subdividirse en dos expresiones: *obediencia* y *asimilación*. La primera contrae un comportamiento cívico disciplinado, ya sea por miedo, conveniencia, indiferencia, resignación o *habitus* de disciplina social; sin que ello implique lealtad ni complacencia. La segunda, entraña un grado (moderado-alto) de adhesión, anuencia, convencimiento e internalización del estatus subordinado en la relación entre autoridades y ciudadanos; resulta el efecto idóneo de la dominación procurada.
- *Resistencia*: discursos y prácticas que tienen la intención de mitigar, cuestionar, negar o desafiar las pretensiones de dominación de las autoridades o, también, de legitimar reclamos propios del grupo subalterno frente a los dominantes. (Adaptación enriquecida del concepto de «resistencia de clase» de Scott [1985: 290])

3.5.2 Dimensiones de análisis (y algunas subdimensiones, ítems...)

- *A: Marcos compartidos de significados políticos*: reservorio de saberes, creencias, valores, convenciones, representaciones, actitudes y expectativas *comunes* que orientan culturalmente la relación entre ciudadanos y autoridades en una comunidad de sentido. Aunque esta matriz cultural no es una «camisa de fuerza» para la acción (enfoque parsonsiano), sino que es maleable y sensible a la contingencia y las particularidades de cada situación, resulta innegable

su función orientadora y referencial para el comportamiento en sociedad. No puede afirmarse que la acción política sea meramente situacional y espontánea. Interactuamos en el seno de marcos de sentidos políticos que son, en síntesis, construcciones culturales colectivas que anclan las bases de la gobernabilidad a nivel micro; y que, a su vez, son susceptibles de ser transformadas en el transcurso de las interacciones¹².

A fines de este estudio, diseccionaremos los marcos de significado político de acuerdo con dos subdimensiones o «variables» (a su vez, desmenuzadas en ítems), las cuales usaremos como *proxys* para «medir» algunas importantes consecuencias observables de la metabolización cultural colectiva de los procesos de dominación-subordinación-resistencia:

A.1) «Niveles de lealtad»: grados de aprobación, conformidad, identificación, legitimación y afiliación al régimen, sus políticas y líderes.

A.11) Desafiliación total, cuestionamiento categórico y frontal de la legitimidad del sistema, sus políticas y actores (*No adhesión*).

A.12) Inconformidad parcial, desaprobación matizada por reductos de legitimidad, insubordinación solapada (*Desafección parcial*).

A.13) Indiferencia o resignación internalizada: “No me interesa la política” o “Nada puede hacerse para cambiarla” (renunciamiento pesimista que, en definitiva, desemboca en una *Adhesión involuntaria*).

A.14) “Doble moral”, simulación de lealtad por conveniencia utilitaria o miedo a las represalias (*Adhesión estratégica*).

A.15) Lealtad crítica, inconformidad con ciertas insuficiencias “comprensibles” y “perfectibles” (*Adhesión parcial*).

A.16) Lealtad acrítica e incondicional al régimen, su políticas y dirigentes (*Adhesión plena*).

A.2) «Disposición para la resistencia»: síntesis que resulta del cruce entre tres tipos de representaciones políticas muy imbricadas entre sí, circunscritas al ámbito del desafío a la

¹² “Cuando la situación lo permite o incentiva, actuamos conforme a nuestras creencias. Pero a menudo las situaciones nos inducen a comportamientos contrarios a ellas. ¿Alteran estos actos nuestras creencias? Según la teoría de la disonancia cognitiva, sí: para restablecer el equilibrio cognitivo, modificamos nuestras representaciones para hacer aceptable o deseable el acto realizado” (Criado, 2014: 121-122). “La lucha” sería un claro ejemplo de estos ajustes cognitivos-culturales operados a nivel social.

dominación y, por ende, curtidas a partir de la socialización de experiencias típicas de desobediencia. Ellas son: i) El nivel de tolerancia y receptividad gubernamental al cuestionamiento de su legitimidad, en alguno de los tres niveles (el sistema, las políticas y los ejecutores); ii) La necesidad de criticar, disentir, contestar; y iii) La utilidad de los actos de resistencia en el contexto actual.

A.21) *Baja*: El gobierno da muy poco margen al disentimiento abierto, frontal; lo reprime fuertemente. O bien lo reduce a la crítica leal “constructiva”, que sólo puede ejercerse a través de los escasos, ineficientes y poco plurales canales oficiales. Aunque se entienda que disentir es necesario, resulta tan inútil o contraproducente que no se intenta, se restringe al espacio privado o sólo se hace en contadas ocasiones.

A.22) *Media*: Los discursos y prácticas disidentes son necesarios y hasta fructíferos en algunos contextos, fundamentalmente de la franja fronteriza entre lo privado y lo público, siempre y cuando las potenciales sanciones o represalias por parte de las autoridades se perciban como moderadas y sorteables.

A.23) *Alta*: Los riesgos que contrae disentir, cuestionar, resistir, protestar..., de manera abierta, en público, no se consideran tan elevados o, en cualquier caso, resultan llevaderos; además, es muy necesario y a la larga provechoso.

- **B:** *Experiencias típicas de subordinación y resistencia*: construcciones sociales tipificadoras que, en forma de «conocimiento a mano» (Schutz, 1974), funcionan como esquemas de referencia para reducir la complejidad de los posibles tipos de cursos de acción futuros. En este caso, nos concentramos en el acervo colectivo de *conocimientos típicos* que los subordinados emplean, a nivel discursivo pero sobre todo práctico, en tres tipos de operaciones políticas:

B.1) la producción cotidiana de la resistencia (disidencia marginal, moderada y frontal). [*Desobediencia*]

B.2) la expresión estratégica de conformidad (simulación), de indiferencia o resignación (apatía). [*Obediencia*]

B.3) la manifestación genuina de lealtad, adhesión plena o parcial. [*Asimilación*]

- **C: Discursos ocultos / fronterizos / públicos:** enunciados verbales naturales¹³, actos de habla, declaraciones, definiciones, valoraciones..., orientados por conocimientos, referencias y estructuras culturales interiorizadas; pero, a la vez, sujetos a un importante condicionamiento situacional¹⁴ e intertextual (diálogo positivo o conflictivo con otros discursos). Por tanto, nos interesan específicamente aquellas interacciones comunicativas estratégicas que tienen lugar en la vida cotidiana (en espacios privados, fronterizos, públicos) y, a partir de definiciones compartidas de la situación, están dirigidas de modo explícito y con variada intensidad a:

C.1) expresar lealtad, indiferencia, resignación o disentimiento (*discursos honestos*, el locutor cree en lo que dice en determinada situación).

C.2) simular conformidad (*discursos deshonestos o cínicos*, el locutor sacrifica la sinceridad, de acuerdo con la situación, para mantener la fachada política que estratégicamente cree más conveniente, aun en contra de sus verdaderas creencias).

Estos discursos pueden ser identificados claramente como productos sociales, porque involucran un bagaje de experiencias supraindividual (más allá de biografías particulares).

- **D: Roles políticos:** prescripciones comportamentales tipificadas, ritualistas, recetadas sobre todo para orientar la conducta en la arena pública y sus inmediaciones (zona fronteriza). Resultan básicamente *modus operandi*, conscientemente incorporados y puestos en práctica en la vida cotidiana, en referencia a la definición social de las implicaciones de un tipo de relación específica (subordinado-dominante, en este caso). Implican, según el papel interpretado en cada situación, demostraciones explícitas de:

D.1) autoridad - regencia.

D.2) obediencia - asimilación.

D.3) resistencia-insubordinación.

Por supuesto, una misma persona, con un rol específico (delegado de circunscripción, por ejemplo) puede adoptar diferentes estatus o posiciones dentro del sistema y, en consecuencia, alternar discursos y prácticas, según si interactúa con sus electores (posición de autoridad), sus

¹³ Producidos como parte de las prácticas cotidianas y no generados con otros fines (como la literatura, los guiones audiovisuales o las leyes).

¹⁴ “Todo enunciado es producto parcialmente de la situación de enunciación: los discursos no son simples «expresiones» de opiniones o hechos, sino jugadas interaccionales de presentación de sí.” (Criado, 2014: 118).

superiores en la estructura de gobierno (posición de subordinado) o su familia más íntima (posición de crítico o ciudadano inconforme).

- *E: Prácticas políticas:* Si bien se reconoce que muchas prácticas incluyen un componente discursivo¹⁵ que, desde el punto de vista analítico, puede resultar problemático separar; por mera distinción heurística, en el contexto de esta investigación, entendemos por prácticas políticas aquellas acciones rutinarias que trascienden la acción discursiva («el decir») e implican una actividad corporal («el hacer») dotada de sentido político (a lo Mouffe, 2012) y, a menudo, auxiliada por objetos materiales.

E.1) Prácticas públicas: «Puestas en escena» en las cuales se acoplan en una misma representación –plagada de estereotipos y, salvo rebeliones exitosas, funcional a la dominación–, los *performances* públicos de los poderosos y de los subordinados (incluidos aquellos abiertamente opositores, con sus diversos repertorios y formas de protesta). Por lo general, las prácticas públicas están fuertemente orientadas por las obligaciones sociales («*involment*») de cada rol, según la situación; pero, con variaciones en la intensidad de la representación (desgano o entusiasmo) según rasgos biográficos, coyunturas vitales, sociales e históricas [*Actuaciones conjuntas*].

E.2) Prácticas fronterizas: Comportamientos que tienen lugar en la zona intermedia entre lo privado y lo público (ver epígrafe 3.6.1) y, por tanto, presentan una mixtura entre las características de las prácticas ocultas y las públicas: no son tan francas, naturales y desinhibidas como en el ámbito privado, pero tampoco tan sobreactuadas como en la arena pública; ni tan apegadas a las prescripciones de los roles políticos ni tan desreguladas (imperan las normas consuetudinarias); pueden tener un carácter más o menos furtivo / descubierto en dependencia de los actores y la situación [*Prácticas de subordinación y disidencia moderadas*].

E.3) Prácticas ocultas: Acciones sociales cotidianas más propias del ámbito privado (aunque no exclusivamente), desligadas de cualquier rol político y un poco más alejadas (que no aisladas) de presiones sociales macro, tales como: el civismo, la moralidad, la disciplina laboral, las normas de grandes grupos, asociaciones y corporaciones, etc. Son,

¹⁵ Algunos autores definen las prácticas como “nexos de formas de decir y hacer que tienen cierta dispersión espacial y temporal” (Schatzki [1996] en Ariztía, 2017: 221).

por naturaleza, intencionalmente discretas, furtivas, encubiertas..., por estar dirigidas a burlar la vigilancia colectiva, gubernamental o la legalidad. Por ello, a menudo, son consideradas indisciplinas sociales o laborales, delitos o, inclusive, felonías [Prácticas de *disidencia marginal*].

- **F: Lógicas prácticas:** conjunto de pautas / principios subyacentes –por naturaleza, reflejo de un conjunto de incentivos / sanciones–, que ordenan de modo indeliberado, implícito (casi automático) las maneras de interactuar cotidianamente en:

F.1) la política oficial y semioficial [por antonomasia, *lógicas de la subordinación*].

F.2) la infrapolítica y las prácticas de desacato [por antonomasia, *lógicas de la resistencia*].

“Toda su economía, que reposa en el principio de la economía de lógica (en el sentido del ahorro de lógica), supone el sacrificio del rigor en beneficio de la simplicidad y de la generalidad” (Bourdieu, 2007: 138)¹⁶.

3.5.3 Modelo de análisis e hipótesis

En este apartado se propone un modelo analítico que permite abstraer las tramas de acoplamiento entre las dimensiones antes esbozadas, tomando como ejes los dos *continuums* que han sido identificados como cardinales en la construcción del objeto de estudio: a) de la intersubjetividad a las acciones, y b) de lo privado a lo público¹⁷. Este modelo coadyuvó a establecer, con precisión y fiabilidad, cuáles son los principales procesos (directos, indirectos y culturales) que intervienen en la legitimación, reproducción y cuestionamiento de las políticas, las autoridades y el sistema. No como camisa de fuerza, sino a manera de esquema interpretativo de percepción-diferenciación, auxiliar para el ajuste focal de la mirada sociológica, aunque lo

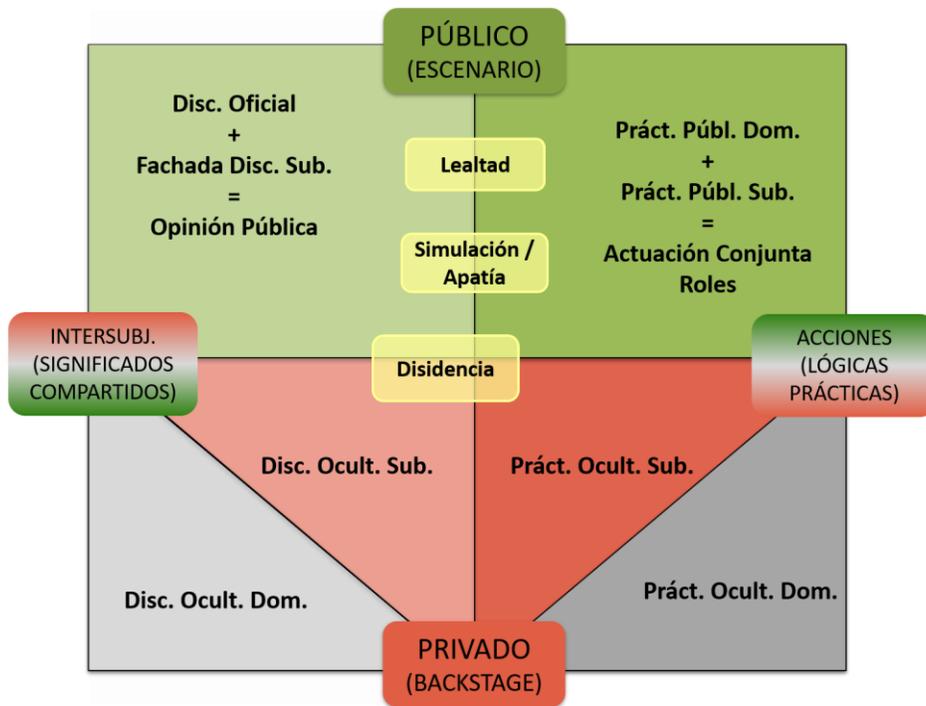
¹⁶ Bourdieu reconoce la paradoja que encierra el esfuerzo científico de tratar de captar, fuera de su decurso temporal, el sentido práctico de los actos pasados: “Cuán falso es encerrar en conceptos una lógica que está hecha para prescindir del concepto; tratar como operaciones lógicas manipulaciones prácticas y movimientos del cuerpo” (2007: 46). “Esta lógica que, como toda lógica práctica, no puede ser captada en acto, es decir en el movimiento temporal que, al destotalizarla, la disimula, plantea al analista un problema difícil, que no tiene solución sino en una teoría de la lógica teórica y de la lógica práctica” (2007: 147).

¹⁷ En lugar de una recta, la mejor representación gráfica de ambos *continuums* sería una elipse, toda vez que entre sus extremos se produce un constante ir y venir circular.

suficientemente flexible como para incorporar emergencias inductivas y enriquecer la perspectiva intracategorial¹⁸.

La figura 10 bosqueja en un espacio bidimensional –y, por ende, reduccionista– las nociones principales del modelo. Como puede apreciarse esta cuadrícula del espacio analítico resulta útil a la hora de visualizar las fortalezas y debilidades de este aparato categorial. Por ejemplo, la decisión realista de dejar por fuera del estudio, en primera instancia, las prácticas y discursos ocultos de los dominantes constituye, a priori, una seria limitación, una fuente potencial de sesgos y factores confusores que deben transparentarse, sopesarse y contrarrestarse, en la medida de lo posible (ver epígrafe 4.2.3 del capítulo siguiente). Y, como veremos más adelante en este acápite, no será el único sacrificio consumado en el «altar» del recorte analítico.

FIGURA 10: MODELO DE ANÁLISIS



Ubicación aproximada de las dimensiones en un mapa teórico (Elaboración propia).

¹⁸ El enfoque intracategorial, propio de los estudios sobre interseccionalidad, enfatiza en los efectos diferenciales que puede generar una configuración de dimensiones analíticas al interior de una misma población.

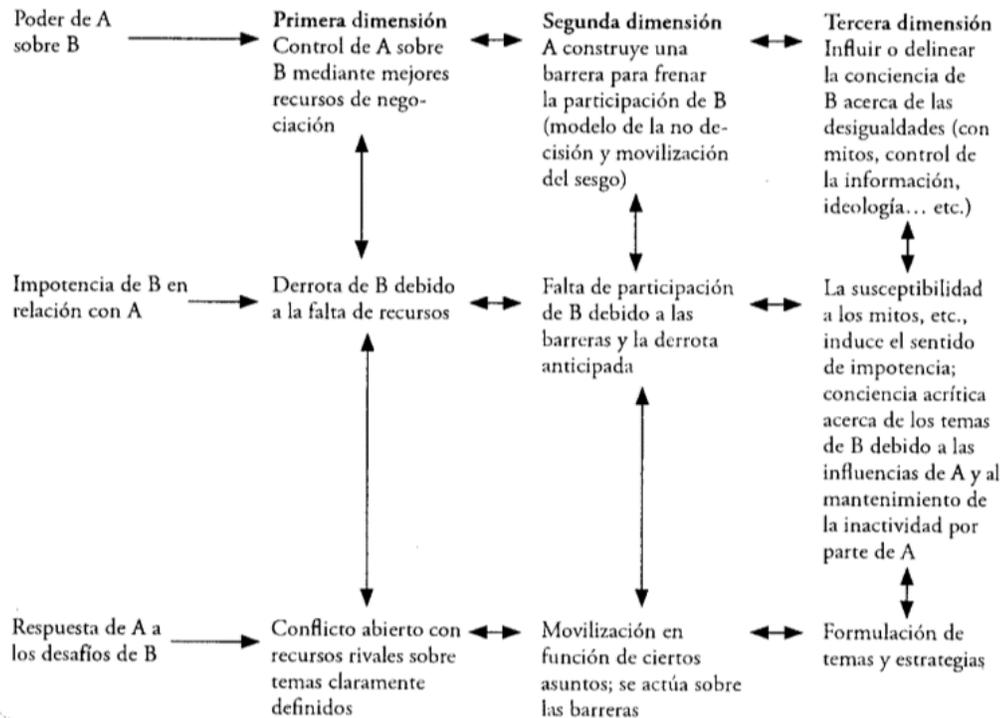
No obstante, vemos con beneplácito cómo nuestras dimensiones o subcategorías están repartidas a lo largo y ancho de este espacio teórico, de modo tal que no quedan lagunas o secciones vacías. Asimismo, se observa cómo tres de ellas, las experiencias típicas y sus correspondientes prácticas de lealtad, las de simulación y apatía, así como aquellas de disidencia, atraviesan más de una celda. En el caso de las primeras y las segundas suelen desarrollarse, fundamentalmente, en el escenario público y de forma bastante equilibrada entre el nivel discursivo y el práctico. Mientras que las últimas, es de esperar que abarquen de manera diferencial las cuatro casillas. Si bien la disidencia marginal se configura, por antonomasia, en el ámbito privado (con más actos de lenguaje que prácticas concretas), se sabe que a menudo discursos subversivos codificados (chistes, rumores, eufemismos, quejas, críticas, etc.) y prácticas disidentes moderadas (indisciplinas sociales, laborales, delitos variados, manifestaciones de protesta) alcanzan a circular por el espacio público y sus inmediateces al amparo del anonimato, el disimulo o la cautela, la mayor de las veces, o como insubordinación directa también (Scott, 2004).

Ya desde el trabajo de mesa preparatorio, las experiencias típicas y conductas rutinarias de disidencia (marginal y moderada, principalmente, en este caso), no por gusto ancladas en el origen de ambos ejes de coordenadas, despuntaban como uno de los focos de mayor interés de esta investigación, debido a su preterición, centralidad y conflictividad inmanente. Una sospecha que confirmó la exploración de campo, tanto la observación etnográfica como las entrevistas en profundidad. El propio Scott nos advirtió en su obra clásica *Los dominados y el arte de la resistencia* la relevancia de la disputa política en estas zonas limítrofes de las relaciones de poder:

La frontera entre el discurso público y el secreto es una zona de incesante conflicto entre los poderosos y los dominados, y de ninguna manera un muro sólido. (...) La incesante lucha por la definición de esa frontera es quizá el ámbito indispensable de los conflictos ordinarios, de las formas cotidianas de la lucha de clases. (2004: 38)

Por otra parte, en un esfuerzo sintetizador, nos dimos a la tarea de fusionar este «paquete analítico» con nuestra interpretación particular del modelo teórico de Gaventa (1980), en aras de diagramar la posible ubicación de nuestras subcategorías e ítems dentro del espectro de niveles y mecanismos de poder propuesto por este autor. El modelo analítico de Gaventa resulta muy intuitivo a la hora de «desmenuzar» ese gran constructo que es el poder, descomponerlo en dimensiones y niveles útiles para destrincar los nudos prácticos de una investigación empírica.

FIGURA 11: MODELO DE GAVENTA (1980). DIMENSIONES COMPARADAS DEL PODER



Fuente: Traducción tomada de Parsons (2007).

Se trata de una tabla de tres por tres entradas (figura 11), cuyo esfuerzo operacionalizador pudiera interpretarse de la siguiente manera: 1) las dimensiones desglosadas en el eje de las ordenadas equivalen, con una alta similitud, a la tríada de niveles de análisis de las relaciones de poder que centran nuestro estudio: *dominación* (poder de A sobre B), *subordinación*¹⁹ (impotencia de B en relación con A) y *resistencia* (respuesta de A a los desafíos de B). Por su parte, 2) las dimensiones dispuestas en el eje de las abscisas corresponderían, acorde con nuestra interpretación, a tres diferentes mecanismos de poder, escalonadamente ordenados, según el menor o mayor grado de sofisticación de los procedimientos o técnicas del poder: *mecanismos superficiales o directos* (recursos de negociación), *mecanismos intermedios o indirectos* (barreras de no-decisión y no-participación políticas, movilización de prejuicios), y *mecanismos profundos o culturales* (estrategias psicológicas, control de la información, trabajo ideológico).

¹⁹ En el caso de este segundo nivel, la mayor correspondencia sería tan sólo con uno de los subtipos de la subordinación aquí considerados: la obediencia. Gaventa no parece prestar demasiada atención a la asimilación (ver epígrafe precedente).

Con este modelo, Gaventa desarrolla la concepción tridimensional de Lukes (2007) y subraya la necesidad de estudiar los aspectos ocultos del poder, por mucho, la dimensión menos desarrollada de la política. Para este autor, adentrarse en la «ingeniería del consentimiento» significa hurgar en los mecanismos culturales que emplean los dominantes para modelar el pensamiento de los subalternos, a través del control (estricto y meticuloso) de la información, los medios de comunicación y las agencias de socialización.

Implica especificar los medios a través de los cuales el poder influye, moldea o determina las concepciones de las necesidades, posibilidades y estrategias de desafío en situaciones de conflicto latente. Esto puede incluir el estudio de los mitos sociales, el lenguaje y los símbolos, y cómo éstos son moldeados y manipulados en procesos de poder. Puede implicar el estudio de la transmisión de información, tanto de lo que se comunica como de la forma en que se comunica. Puede implicar un enfoque sobre los medios por los cuales las legitimaciones sociales se desarrollan alrededor del dominante y se inculcan como creencias o roles en el dominado. Puede implicar, en síntesis, ubicar los procesos de poder detrás de la construcción social de significados. (Gaventa, 1980: 15)

Con todo y su indiscutible atractivo, una concepción todavía bastante unilateral, centrada en la agencia de los poderosos, y por ello discutida en profundidad en el capítulo I de esta tesis. El resultado de la fusión (figura 12), sin ser exhaustivo o concluyente, nos aporta interesantes cimientos en torno a la construcción del objeto de estudio que vale la pena comentar, dada su indudable influencia en la obtención de los resultados presentados en próximos capítulos.

En primer lugar, hay que resaltar, una vez más, las falencias, con su potencial generación de problemas a la hora de ensayar inferencias científicas. Así, debido a la naturaleza de esta investigación, las limitaciones impuestas por el tiempo y la factibilidad, no será posible estudiar: a) la producción simbólica o ideológica de la dominación, que en el caso cubano da muchísima tela por donde cortar; ni b) la actividad conflictiva frontal practicada por la oposición organizada, autorreconocida como tal, o por los sectores leales muy críticos. Ambas celdas coloreadas en gris en la figura 12. Asimismo, en consonancia con el afán de deconstruir de abajo hacia arriba las relaciones de poder que sustentan la gobernabilidad en Cuba, el foco del interés, es decir, la dimensiones antes identificadas como centrales (las experiencias típicas y prácticas de lealtad, simulación y apatía, y disidencia), se concentra en los dos niveles inferiores, la subordinación y la resistencia (coloreados en amarillo oscuro), donde se producen los procesos cotidianos de atribución y cuestionamiento de la legitimidad.

FIGURA 12: FUSIÓN DE MODELOS ANALÍTICOS

		MECANISMOS		
		Superficiales	Indirectos	Profundos
NIVELES	Dominación	<i>Producción de pretensiones de legitimidad</i>		
		Discurso oficial / Prácticas de dominación		Ideología. Mitos. Símbolos. Estigmas
		Administración y uso de recursos (Coerción / Recompensa)	Barreras. Movilización de prejuicios. Tácticas anticipativas	
	Subordinación	<i>Atribución de legitimidad</i>		
		Fachada discursiva. Experiencias y prácticas fronterizas y públicas de Lealtad y Simulación	No-participación: Indiferencia, apatía, resignación, renunciamiento, derrotismo	Marcos de significados: Niveles de lealtad. Disposición para la resistencia (No-eventos)
	Resistencia	<i>Cuestionamiento de la legitimidad</i>		
		Disidencia frontal (leal). Oposición abierta (desleal)	Disidencia marginal y moderada (experiencias, prácticas, discursos ocultos y fronterizos)	
			«La lucha». e.g.	Infrapolítica

Distribución de las dimensiones en los diferentes niveles y mecanismos de las relaciones de poder propuestos por Gaventa (1980).

Esto no significa, de ninguna manera, que abandonamos la dominación o la pretensión de los dominantes de producir legitimidad, como segmento indispensable de la diana sociológica. Aunque el plano sea contrapicado, el discurso oficial y las prácticas públicas de los dominantes que anidan en este nivel de las relaciones entre autoridades y subordinados siguen desempeñando un rol en el análisis, auxiliar pero básico, como contraparte de la interacción. No es posible prescindir de estas «variables» si nos interesa investigar cómo interactúan los discursos y prácticas de los dominados y de las autoridades y, amalgamados, dan cuerpo a la opinión pública y la actuación conjunta.

Es justo subrayar que el modelo de Gaventa nos permitió ubicar en «compartimentos» analíticos muy precisos subdimensiones cardinales como la infrapolítica y “la lucha”, discursos y acciones de resistencia por antonomasia ligados, respectivamente, a la subversión simbólica y al manejo creativo del conflicto (sorteo de las barreras y desafío práctico a la autoridad). También se

visibilizó la relación estrecha entre dos discordantes tipos de experiencias-prácticas, la lealtad genuina y la simulación; toda vez que, al nivel de la subordinación, ambas tributan a un mismo mecanismo de poder: la aquiescencia directa. A su vez, nos convidó a incorporar una nueva subdimensión, antes desatendida, como la apatía generada por la adopción racional de la indiferencia o por la resignación política, generalmente resultado de procesos de larga data más introyectivos (Gaventa, 1980). En principio (aunque luego será necesario matizar esta afirmación), la apatía, cualquiera que sea su origen, deviene un mecanismo indirecto de poder: falta de participación o abandono voluntario de la arena política que, en últimas, contribuye a perpetuar el *statu quo*. No obstante, todas ellas (lealtad, simulación y apatía) constituyen, sin dudas, manifestaciones de aquiescencia, claramente separadas de expresiones discursivas y prácticas propias del nivel de la resistencia, como “la lucha” y la infrapolítica.

3.5.3.1 Hipótesis generales

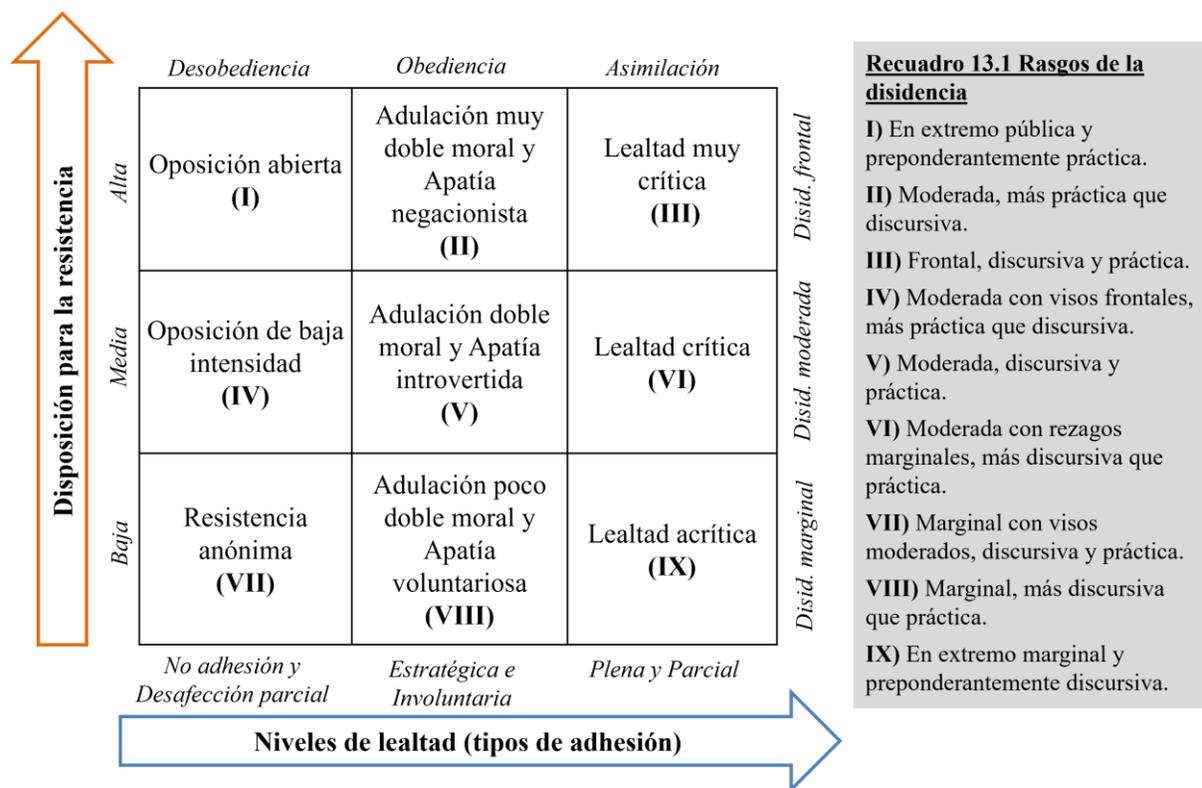
Ahora bien, a partir de este modelo de análisis –mapeado en un espacio teórico, seccionado en dimensiones, niveles y mecanismos– aventuramos tres hipótesis de trabajo generales:

- a) En lo relativo a discursos y prácticas de dominación-subordinación-resistencia políticas, la apatía (experiencia típica muy reportada en regímenes democráticos) y la simulación (estrategia particular de sociedades autocráticas) constituyen las formas más comunes de interacción *fronteriza y pública* entre los ciudadanos cubanos, en detrimento de las manifestaciones de lealtad y de disidencia.
- b) A falta de canales oficiales para la oposición frontal, la disidencia marginal y moderada constituyen las vías más socorridas para el cuestionamiento popular de la legitimidad gubernamental y, por tanto, desempeñan un rol capital en las relaciones de dominación-subordinación-resistencia política en contextos autocráticos, como el cubano.
- c) El grado de marginalización (ocultamiento) de la disidencia, así como su mayor o menor confinamiento al ámbito discursivo (nivel de practicidad), es una función directa de la relación dialéctica entre los «Niveles de lealtad» [a) No adhesión y Desafección parcial, b) Adhesión estratégica e involuntaria, y c) Adhesión parcial y plena²⁰] y la «Disposición para la resistencia» [a) Baja, b) Media, y c) Alta]. Cuando cruzamos estas dos subdimensiones en una

²⁰ Para el desarrollo de esta hipótesis, y con base en su afinidad lógica, hemos agrupado en un solo ítem los «Niveles de lealtad» A.11 y A.12, al igual que el A.13 y el A.14, así como el A.15 junto con el A.16.

tabla de tres por tres entradas, obtenemos una interesante tipología (figura 13), que sirvió de brújula orientadora durante toda la investigación, desde la selección muestral hasta la interpretación del material empírico. El balance específico entre grado de marginalización y nivel de practicidad de la disidencia, para cada uno de estos tipos, emerge como un indicador confiable (y comparable) de la calidad de las respuestas diferenciadas que los subordinados dispensan a las pretensiones de dominación.

**FIGURA 13: TIPOS DE SUBORDINACIÓN - DISIDENCIA
SEGÚN NIVELES DE LEALTAD Y DISPOSICIÓN PARA LA RESISTENCIA**



Fuente: Elaboración propia.

En efecto, estos «tipos construidos» (Mckinney, 1968) resultaron muy útiles a la hora de refinar la observación-interpretación, al poder identificar, simplificar y clasificar en celdas analíticas bien definidas –mutuamente excluyentes y colectivamente exhaustivas (Collier, LaPorte, & Seawright, 2012)– las disímiles clases y grados de des/aprobación, des/legitimación e in/subordinación con que los ciudadanos corresponden, día a día, las pretensiones de dominación. El cotejo de los datos recolectados contra esta construcción analítica (revelamiento de las coincidencias y desviaciones)

nos ayudó a hacer inteligible la gran diversidad empírica que encontramos en el campo, en cuanto a la pluralidad de respuestas concretas a las ofertas de la dominación, los contrastes entre los distintos niveles de subordinación, así como entre las diferentes variantes de disidencia.

Esta herramienta heurística nos permite, en primer lugar, describir y mapear, con una lógica teórica robusta y plausible, los dos niveles que más nos interesan de las relaciones entre ciudadanos y autoridades; esto es: la subordinación y la resistencia. Pero, no sólo eso, también facilita su escalamiento (explicativo), de acuerdo con categorías ordinales. Así, por ejemplo, tomando como punto de partida el Tipo IX, y siguiendo un desplazamiento aritmético regresivo (horizontal), se puede trazar una línea ascendente de manifestaciones de disidencia: a medida que disminuye el «Nivel de lealtad» y aumenta la «Disposición para la resistencia», en ese orden, el cuestionamiento y desafío a la dominación crece de forma escalonada; en general, ganando en exposición pública y practicidad, hasta llegar a su máxima expresión en el Tipo I. Y, por tanto, también crece el grado de desviación de las respuestas de los subordinados respecto a las aspiraciones de los dominantes.

Sin embargo, este gradual incremento de la contestación no se sobrepone necesariamente con un vector de subordinación en sentido inverso equivalente. La línea de la subordinación progresiva, en cambio, podría trazarse con una orientación vertical: partiendo del Tipo I (máximo grado de desacato) y continuando por el IV, VII, II, V, VIII, III, VI, hasta concluir en el Tipo IX, cúspide de las más apabullantes y genuinas manifestaciones de docilidad. Es decir, las expresiones discursivas y prácticas de subordinación aumentan y se aproximan más a la respuesta idónea a (según) las pretensiones de dominación, como es lógico, a medida que decrece la «Disposición para la resistencia» y se eleva el «Nivel de lealtad», en ese orden. En esta secuencia analítica, las manifestaciones de disidencia tienden, como es de esperar, a la discursividad, pero presentan oscilaciones «sinusoidales»²¹ en cuanto a su grado de marginalización (Recuadro 13.1).

De modo que, en este compendio categorial, resulta perfectamente visible cómo –entre los límites de lo privado y lo público, lo discursivo y lo práctico– la disidencia puede transitar por diferentes cotas de practicidad y marginalización, según varían los «Niveles de lealtad» y la «Disposición para la resistencia» (inversamente relacionados); sin que ello, de ninguna manera, contraiga cambios proporcionales ni simétricos (Recuadro 13.1). Así, por ejemplo, ascendiendo

²¹ En Matemáticas se denomina senoide o senoide a aquellas curvas que gráficamente presentan una oscilación repetitiva y suave (como la función trigonométrica seno). En Física se utilizan para representar a las ondas sonoras y de corriente alterna.

por la diagonal que nace en el origen de ambos ejes se observa cómo, teóricamente, las manifestaciones de disidencia tienden al equilibrio entre discursividad y practicidad en las tres casillas; sin embargo, pasan de marginales con visos moderados (Tipo VII: «Resistencia anónima») a moderadas (Tipo V: «Adulación doble moral y Apatía introvertida») y terminan tornándose frontales en el Tipo III («Lealtad muy crítica»). En otras palabras, el nivel de practicidad se mantiene constante, sin predominio claro ni de la discursividad ni de la practicidad; pero, los discursos y prácticas de resistencia van abandonando la lógica del ocultamiento y ganando en frontalidad (lo cual no necesariamente implica una radicalización o mayor nivel de oposición²²).

Por último, de este esquema analítico multidimensional, resalta cómo las tres clasificaciones de adhesión dispuestas en el eje X (fruto del agrupamiento de los «Niveles de lealtad» en pares) presentan gran correspondencia lógica con las experiencias típicas de subordinación desmenuzadas en el apartado B del epígrafe 3.5.2: desobediencia, obediencia y asimilación. Lo cual habla bien de la coherencia interna del modelo analítico. Así, se observan perfectamente delimitadas la columna de los opositores, la de los aduladores y apáticos, y la de los leales. De igual manera, cada uno de los ejes horizontales que crean los tres valores de la «Disposición para la resistencia» (baja, media, alta) tienen una alta correlación con las tres clases de experiencias de resistencia desagregadas en el propio apartado B del epígrafe 3.5.2: marginal, moderada y frontal. De modo que, en un resultado llamativo que exige profundización, cada fila expone determinada afinidad teórico-analítica entre grupos con lealtades diversas, en cuanto a la naturaleza de sus manifestaciones de disidencia.

Claro, como toda tipología, aunque mejora el marco analítico, potencia la comparación categórica y facilita la aprehensión de cambios en el tiempo, siempre hay que lidiar con dos riesgos potenciales: 1) la cosificación de los atributos o etiquetas asignados a cada celda, en detrimento de la teoría subyacente que da pie a la tipología; y 2) el camuflaje teórico de diversas configuraciones empíricas que se disfrazan y se meten dentro de celdas que nombran, pero explican poco (Elman,

²² Las manifestaciones de resistencia pueden ganar en expresión pública descarnada, libre de ambages, y, sin embargo, no ser demasiado incisivas, viscerales u opuestas a las pretensiones de dominación. Es el caso típico de la «Lealtad muy crítica». En cambio, ciertas demostraciones de insubordinación moderada, propias de la zona fronteriza, y que, por tanto, todavía operan bajo los supuestos (algo relajados) de la lógica del ocultamiento, sí que pueden encerrar un mayor nivel de desafío a la autoridad, las leyes y el sistema. Es el caso de “la lucha”, la corrupción, “la bolita” y algunas áreas del mercado negro, por ejemplo (ver capítulo VI).

2005). Son problemas muy serios, que esperamos haber sorteado con mediano éxito. Al menos, nuestra tipología resultó estar a salvo de la amenaza de las celdas vacías; gracias a que el dominio para el que fue creada tiene amplia capacidad de tributar abundantes observaciones a cada uno de estos estancos analíticos.

Por cierto, es necesario remarcar que estos «tipos construidos» no se refieren a personas, sino a cúmulos de *manifestaciones* (discursivas y prácticas) de subordinación y resistencia, agrupadas por analogía teórica. Si bien, no es menos cierto que, cometiendo un gran atropello analítico, se podrían encasillar dentro de estas celdas a los informantes mejor mapeados, según la clase de manifestaciones de subordinación y resistencia que *predominan* en su quehacer rutinario. Por supuesto, bajo la objeción permanente de que, en su vida cotidiana, una misma persona simultánea y alterna, de forma indistinta, frecuente y con sobrada naturalidad, entre varios de estos tipos, según lo exija la situación concreta. Es la indomabilidad sociológica de la vida real.

3.6 Recorte empírico

3.6.1 Unidades de observación

Dado que para nuestros intereses de investigación resulta crucial el contraste privado-público, las unidades de observación nacen justamente del esfuerzo analítico por delimitar, con precisión, qué se entiende por dichos términos. Así, bajo la lógica relacional, lo privado y lo público (y nuestras unidades de observación) se definen y clasifican más abajo en función de: i) la naturaleza de los actores y la fuerza de sus vínculos; ii) el contexto y el marco regulativo de la interacción; y iii) el tono, el nivel de exposición, la intención y el alcance de los actos de comunicación y los comportamientos de los ciudadanos observados en acción.

- El *ámbito privado* se constituye, por excelencia, cuando en una interacción social los participantes i) son familiares o amigos cercanos, compenetrados por eventos de vida compartidos; quienes, ii) en función de lazos de confianza y condiciones de intimidad, dan rienda suelta a sus discursos y prácticas de dominación-subordinación-resistencia, iii) con naturalidad, sin temor a ser juzgados por extraños (máscaras delgadas) y sin pretender persuadir a nadie, más allá de su pequeño círculo fraternal.

Aunque, por antonomasia, el doméstico deviene su escenario arquetípico (por encontrarse a buen resguardo del comprometedor espacio público, los mecanismos de escucha-vigilancia de los

aparatos de inteligencia estatales, y, por tanto, ajeno a la lógica de la simulación), no fue raro atestiguar interacciones de carácter privado en pleno espacio público o en sus inmediaciones, siempre que se cumplieran, al menos parcialmente, algunas de las condiciones anteriores.

- Por su parte, la *zona intermedia o fronteriza*, si bien técnicamente se asocia con escenarios públicos, tiene especificidades analíticas muy propias: comprende aquellas interacciones i) entre pequeños colectivos de conocidos²³ fortuitamente vinculados (vecinos, compañeros de trabajo o de escuela, de ruta diaria, grupos informales u ocasionales) que, ii) siguiendo normas consuetudinarias y, sobre todo, su sentido común, sostienen conversaciones y conductas con interpelaciones políticas, iii) de manera más o menos táctica, dando margen a cierto nivel de franqueza pero, a la vez, con cautela (máscaras gruesas), y sin el propósito manifiesto de afectar la postura de sus interlocutores o espectadores.

Aquí me concentré fundamentalmente –de modo intensivo y aleatorio– en el barrio, el transporte público, terminales y paradas de autobús, salas de espera de centros de salud, oficinas de trámites e instituciones públicas, cafeterías y lugares de ocio, centros deportivos, peluquerías, mercados, parques, zonas Wifi²⁴, entre otros escenarios de socialización. Debido a la imposibilidad de pasar desapercibido, en los centros laborales y educativos, sólo pude registrar algunas de sus dinámicas de forma indirecta (a partir de las entrevistas).

- La *arena pública*, por último, involucra i) a una multitud de perfectos desconocidos, unidos en comunidad con base en valores, derechos, deberes, obligaciones e intereses comunes; algunos de los cuales, ii) a través de sus proclamas y acciones políticas, al amparo de la «santidad» de las leyes, procedimientos jurídicos y preceptos morales, iii) cooperan y compiten estratégicamente, a gran escala, por influir en la «voluntad general» de la sociedad, a sabiendas de que están expuestos al escrutinio de todo el auditorio (máscaras muy gruesas).

²³ Si bien estos intercambios son más habituales entre conocidos, a veces también se producen entre desconocidos que confraternizan rápido porque así lo propicia la *situación*: intereses, angustias, expectativas y tiempos compartidos.

²⁴ Teniendo en cuenta la prácticamente nula disponibilidad de Internet en los hogares cubanos, las zonas Wifi públicas resultaron, por ejemplo, espacios de observación de gran interés para el investigador, pues son muy concurridas y en ellas las personas suelen dialogar con familiares y amigos en el extranjero, a voz en cuello y «a camisa quitada», acerca de sus problemas cotidianos. Aunque con la liberación de los planes de datos para Internet móvil (en diciembre de 2018) estas zonas Wifi se fueron descongestionando paulatinamente, todavía suelen congregarse a grupos numerosos en horarios pico, pues sus precios son más económicos que los paquetes de datos (excesivamente caros para el bolsillo del ciudadano promedio, trabajador estatal de bajos ingresos).

En este nivel, el monólogo comunista no da cabida a la verdadera diversidad de criterios y pautas de comportamiento políticos que alberga la sociedad criolla. Debido a su debilidad, monotonía y espuria unilateralidad (archiconocida), este fue el espacio menos estudiado. También porque, por lo general, en todos lados la arena pública está copada por líderes de opinión, que escapan a los intereses de la presente investigación. En particular, un ámbito prometedor como las redes sociales fue descartado por su sesgada composición: está monopolizado principalmente por emigrados y «ciberclarias» (propagandistas del gobierno, voluntarios y pagados). La mayoría de los cubanos de adentro que acceden a Internet evitan involucrarse en debates políticos o campañas no oficiales; y los que se involucran lo hacen desde perfiles falsos, anónimos o paródicos. No obstante, cada vez que hubo oportunidad, observé a cientos de ciudadanos interactuando en espacios públicos de diversa índole y magnitud social: asambleas barriales, actos públicos, desfiles de masas, debates televisivos, entre otros; con la mirada enfocada más hacia las interacciones fronterizas y privadas que develan los flujos subterráneos de tales actuaciones conjuntas.

3.6.2 Unidades de registro

- *Discursos públicos y ocultos*: captados, sobre todo, mediante técnicas etnográficas y, también, a través de entrevistas (13 en total; de ellas siete en Camagüey y seis en La Habana). Hicimos trabajo etnográfico, por un lado, en espacios públicos y fronterizos, como los arriba enlistados. Así como en el *backstage*: reuniones familiares y de amigos, vida cotidiana dentro del hogar.
- *Prácticas públicas y ocultas*: inventariadas a partir de la observación participante y no participante de interacciones en los ámbitos doméstico, intermedio y público; así como extraídas de la triangulación de discursos públicos y encubiertos.

3.6.3 Criterios de selección muestral / Hipótesis específicas

Ahora bien, nuestro propósito fue estudiar –mediante la observación y las entrevistas– a una muestra de ciudadanos típicos que, en su conjunto, abarcaran los contrastes potencialmente explicativos expuestos a continuación. Cada uno de estos clivajes encierra, de manera explícita, hipótesis muy específicas respecto a la heterogeneidad del objeto de estudio. Estos registros fueron contrastados con un caudal amplio de material empírico (discursos y prácticas), recogido de manera aleatoria en disímiles espacios públicos, fronterizos y privados.

- *Cohortes*: Grupos de individuos que arribaron con alrededor de 20 años de edad (primera fase de la juventud) a los siguientes períodos; toda vez que en el transcurso de estas etapas (las tres primeras tienen una duración promedio de 16 años), vivieron sus procesos de transición a la adultez y maduración personal. El objetivo fue captar diferencias y similitudes inter e intracohortes, previsiblemente atribuibles a los efectos de los contextos históricos en las trayectorias biográficas. Sin dudas, las diferencias de edad, generacional, de experiencias personales marcadas por distintas huellas epocales, contribuyen a generar diversas maneras de construir el vínculo entre ciudadanos y autoridades.
 - 1959-1976 *Tránsito de lo plural-diverso a lo homogéneo-monolítico*: Período comprendido entre el triunfo revolucionario y la proclamación de la Constitución Socialista el 24 de febrero de 1976, precedida por la realización del Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba (del 17 al 22 de diciembre de 1975). Época de los cambios globales más radicales.
 - 1976-1989 *Estabilidad relativa y rectificación de errores*: Consolidación de la ideología y la economía socialistas, importación acrítica del modelo soviético de organización de la sociedad y totalización de la vida económica, social, política y cultural por parte del Estado-Partido. Con la caída del muro de Berlín y, posteriormente, del campo socialista comienza el muy paulatino desmontaje del sistema totalitario, todavía en curso.
 - 1989-2008 *“Período Especial”*: Severa crisis económica, social y espiritual que melló de forma notable el consenso popular alrededor de la ideología socialista. El PIB se contrajo un 36 por ciento entre 1990 y 1993. Implementación de reformas de emergencia que reintrodujeron, a nivel constitucional y en diversos y acotados grados, algunos de los principales «caballos de Troya» del capitalismo: la propiedad privada, la inversión extranjera, la lógica del mercado descentralizado y la dolarización parcial de la economía.
 - 2008-Actualidad *Lento proceso de reformas económicas y sociales (en menor medida políticas)*: impulsado por Raúl Castro, desde que relevó a su hermano Fidel en la presidencia, y denominado de manera eufemística “Actualización del modelo económico cubano”. Reemplazo de Raúl Castro primero en la presidencia (2018) y luego como primer secretario del PCC (2021) por parte de Miguel Díaz-Canel, nuevo responsable de continuar el proceso de reformas y sacar a flote al país de la ominosa crisis sanitaria-económica en que lo sumergió la pandemia mundial de la COVID-19.

- *Empleado estatal Vs. No estatal*: Al no depender del Estado para proveer al núcleo familiar de un sustento mínimo, el vínculo laboral con una entidad no estatal (cooperativa, empresa mixta, negocio privado o autoempleo) implica no sólo un grado mayor (que no total) de autonomía política, sino un aumento de la socialización política con actores ajenos a la lógica de la simulación, más propia de los centros de trabajo estatales. Todo ello redundando en contrastantes formas de asumir, discursar y practicar la ciudadanía.
- *Recibe remesas Vs. No recibe remesas*: Con independencia de si se es empleado estatal, no estatal, jubilado o desocupado, el hecho de recibir de forma periódica ayuda financiera desde el exterior contribuye a una mayor autonomía de criterio y acción, en comparación con quienes no cuentan con este tipo de apoyo.
- *Experiencia en el extranjero Vs. Nunca ha viajado*: Apostamos a que la experiencia de conocer otras realidades allende los mares repercute en la construcción significativa de las relaciones de poder de los individuos y su entorno interpersonal más próximo, en contraste con los marcos de significados de quienes carecen de esa experiencia directa en su círculo familiar o de amigos. Dicho conocimiento diferencial tiende a expresarse en pautas culturales y de interacción divergentes.

3.6.4 Delimitación espacial

- *La Habana y Camagüey*: La selección de estas provincias responde a criterios contextuales y de factibilidad. Con ellas intentamos abarcar un segmento de la heterogeneidad geográfica del archipiélago cubano, que implica *per se* diversidad identitaria-cultural y, por ende, una potencial variabilidad en el comportamiento de nuestra unidad de análisis.

La Habana, la capital, está ubicada en el extremo occidental de la isla de Cuba. Como sucede en casi todos los países de América Latina, existe una gran brecha entre la capital cubana y el resto de las provincias, en materia de actividad económica y dinámicas socio-urbanas. Además, desde adolescente, mis vecinos y amigos me hicieron partícipe de una idea de sentido común, que luego, en mis viajes de trabajo como periodista, pude comprobar que estaba vastamente extendida a nivel nacional: “Los habaneros suelen ser menos sumisos que el resto de los cubanos. Ahí la gente sí protesta por cualquier cosa”.

Más allá de los rumores transmitidos vía oral (sistema conocido como «Radio Bemba»); probablemente, dicha generalización popular responda, en buena medida, a que las dos revueltas más mediáticas que había enfrentado el gobierno revolucionario antes del 11 de julio de 2021 sucedieron en la capital. Por un lado, la ocupación violenta de la embajada del Perú en 1980, por parte de unas 10 mil personas que exigían asilo político. Y, por el otro, la manifestación, también violenta, de un número mayor pero indeterminado de manifestantes en calles aledañas al malecón habanero el 5 de agosto de 1994, durante el momento más crítico del “Período Especial”.

Por su parte, Camagüey es la provincia que marca el fin de la región central, desde la última división político-administrativa de 1976. Dentro del panorama político-ideológico nacional, podríamos ubicar a los camagüeyanos a mitad de camino entre habaneros y orientales (estos últimos conocidos por su mayor adhesión y respaldo al régimen comunista). Es una provincia que históricamente desempeñó un papel destacado en las guerras de independencia; pero con sus particularidades. Por ejemplo, los líderes locales a menudo eran criticados por caudillistas, regionalistas e, incluso, secesionistas; así como las tropas por no aceptar ser conducidas por líderes de otras regiones. De los tres movimientos anexionistas que cobraron auge en siglo XIX, el camagüeyano se distinguía por reclamar no la anexión de toda Cuba al sur de los Estados Unidos, sino sólo de la provincia y al norte del gigante vecino.

A este territorio tuvo que correr en octubre de 1959, días antes de que su avión desapareciera en el mar, uno de los máximos jefes del Ejército Rebelde, Camilo Cienfuegos, para sofocar personalmente la sublevación del comandante Huber Matos, acusado de traición y sedición por criticar el “giro comunista” del nuevo gobierno revolucionario. Hoy día, Camagüey podría considerarse una provincia promedio en cuanto a sus niveles de participación política, apoyo al gobierno y márgenes de expresión de la disidencia.

Vale aclarar que en estas dos provincias residen familiares del investigador, lo cual no sólo facilitó las condiciones logísticas del trabajo empírico; sino, sobre todo, un acceso más expedito y fructífero al campo, de por sí muy complicado, dada la naturaleza del tema de investigación y el contexto posttotalitario imperante a nivel nacional.

3.7 Prontuario

Además de la indispensable (litúrgica) formalización de las preguntas, objetivos y puntos de partida del estudio, hemos intentado, en este capítulo, dejar constancia de los principales

pre/supuestos, posturas, apuestas, postulados y configuraciones teórico-analíticas que constriñen y habilitan este esfuerzo investigativo. Así, nos pareció un deber insoslayable esclarecer y argumentar, desde aquí, los tres ejes epistemológicos que posicionan (y vician) la forma de aproximarnos al objeto de estudio: la perspectiva *relacional* sobre la dominación-subordinación-resistencia (en oposición a la perspectiva substancialista del poder); el énfasis en la *agencia*, entendido como un proceso de involucramiento social profundamente atravesado por la temporalidad y la interdependencia con las estructuras; y el enfoque *procesual*, es decir, el recordatorio permanente de que el devenir social es una eterna e infinita concatenación de acontecimientos inacabados, interinos, recursivos, que se conectan a diferentes escalas micro y macro sociológicas para producir la in/estabilidad social.

Luego, abrimos de par en par nuestra caja de herramientas y afiliaciones sociológicas, con el propósito de transparentar el alcance y los límites de los avíos analíticos utilizados para diseccionar la realidad. Adscritas fundamentalmente al Interaccionismo simbólico y la Etnometodología, nuestras herramientas de trabajo principales fueron conceptos como intersubjetividad, horizontes de significados, reciprocidad de perspectivas, intercambio de indicaciones, indexicalidad, reflexividad, «*accountability*», consecuencias observables, «realización en situación», sentido común, discursos, narrativas (*qué se dice*), formas discursivas (*cómo se dice*), espacios discursivos (*dónde se dice*), experiencias típicas (*qué se sabe hacer*), prácticas (*qué se hace*), modos de interacción (*cómo se hace*) y lógicas prácticas (*qué hay debajo de lo que se hace*, marcos latentes), «reducción etnometodológica», «doble hermenéutica», entre otras nociones cardinales.

Tras una breve definición de aquellos conceptos centrales que orbitan, de forma permanente, alrededor de esta pesquisa, así como de la unidad y subunidades de análisis, plantamos en el corazón del capítulo y de la investigación, en general, una meticulosa *operacionalización* de las grandes categorías teóricas en dimensiones y conceptos un poco más terrenales, observables, «medibles». Aunque con una estructura sólida y bastante bien predefinida desde las primeras etapas del estudio, el perfeccionamiento de este «centro de bombeo y recirculación» (y, por tanto, del modelo de análisis) fue un proceso siempre en construcción, maleable y dialógico, sobre todo durante el trabajo de campo y, aunque en menor medida, también durante el posterior trabajo de mesa. Lo mismo que con las hipótesis generales y específicas, las unidades de observación y de registro. Por el contrario, el desarrollo y refinamiento del contenido de cada celda de la tipología (y de las relaciones entre ellas) constituyó un proceso que, si bien se prefiguró desde el diseño de

la investigación, y fue cobrando sentido y nutriéndose en el campo; maduró, cuajó y fructificó principalmente en la última fase de interpretación del material empírico.

CAPÍTULO IV: REFLEXIONES MÉTODO-LÓGICAS: AUTOEVALUACIÓN, CONTRAPUNTEOS, APRENDIZAJES.

4.0- Exordio

Por supuesto, al igual que los actores «legos», también los productores de esta realidad social de segundo orden denominada sociología, tenemos conciencia autocrítica, capacidad autorreflexiva («*accountability*») y herramientas analíticas para la autoevaluación. Sólo que, por premura o descuido, muchas veces nos cuesta hacer un alto en la vorágine de investigación para sopesar, con cabeza fría y serena, los puntos flacos y gordos de nuestra creación (sobre todo los primeros). Si bien resulta una práctica infrecuente, el ejercicio de distanciamiento de «sí mismo» por parte del/a sociólogo/a tiene mucho que decir (transparentar) acerca de qué se puede esperar (y qué no) de una investigación empírica (ajuste de expectativas). Y no sólo porque se exponga un balance honesto, en primera persona, de las fortalezas y debilidades estructurales de ese «sistema autopoietico» que deviene toda investigación empírica. Si no, más importante aún, porque suelen (y deben) salir a flote una serie de pormenores sobre el proceso de acoplamiento entre dicho sistema y el entorno social del que se pretende dar cuenta.

En el presente capítulo haremos un bosquejo por las costas irregulares de estos dos elementos a menudo desatendidos: 1) la consistencia estructural (autonomía, autoequilibrio, autorreferencia) de nuestro modelo teórico-metodológico-interpretativo; y 2) su permeabilidad y capacidad para acoplarse a las exigencias, estímulos y contingencias del medio estudiado (sensibilidad, flexibilidad, maleabilidad). Aspiramos a que esta «gimnasia» autorreflexiva, lejos de solventar una formalidad autoimpuesta, se convierta en una invitación para que el lector, por un lado, valore las modestas contribuciones de esta tesis con una mirada interna, cómplice, endógena; y, por el otro, asuma nuestros desaciertos como un nicho de oportunidades para el desarrollo de la disciplina (perspectiva exógena).

4.1- Estrategias de acceso, rastreo y retorno del campo

La sección que sigue tiene el propósito de reflexionar acerca de las dificultades del trabajo de campo en un entorno cerrado, vigilado y represivo; en general, hostil a la investigación empírica no autorizada oficialmente; y, en particular, intolerante hacia el estudio independiente de temáticas políticas. Es el cubano, sin dudas, un contexto –político, institucional y cultural– que restringe, de

modo considerable, la libertad de movimiento del sociólogo, el alcance de cualquier investigación de índole política, el acceso a las fuentes (su diversificación y tratamiento adecuado), así como el procesamiento preliminar del material empírico «a pie de obra». Las implicaciones de estos escollos para el análisis, así como el repertorio estratégico utilizado para sortearlos con la mayor eficacia posible, centrarán nuestra atención durante las próximas páginas.

4.1.1 Escudriñar las entrañas del «ogro» con pies de plomo.

Para empezar, debo develar una primigenia y llamativa nota de campo: varios miembros de mi familia, tanto en Camagüey como en La Habana, estaban muy preocupados por el desarrollo de esta etapa de la investigación en territorio nacional. Temían que yo confrontara problemas con las autoridades, recibiera sanciones o, inclusive, sufriera algún tipo de privación de libertad (incluida la prohibición de salir del país). Algunos estaban convencidos de que, después de cinco años visitando la isla sólo de vacaciones, pasar una temporada tan prolongada en Cuba iba a llamar la atención de los órganos de Seguridad del Estado (la policía secreta). Otros me recordaban que yo debía estar «fichado», porque que he publicado artículos críticos sobre el gobierno comunista en medios internacionales (académicos y de comunicación masiva). En últimas, la creencia compartida de que el trabajo de campo contraía este tipo de peligros dice mucho, no sólo sobre la específica falta de libertad de investigación, sino sobre la fuerza de la representación colectiva que define al gobierno como globalmente arbitrario, déspota y represor.

Sin embargo, a decir verdad, y a pesar de los resquemores y advertencias de algunos de mis allegados (mi esposa la más angustiada), siempre estuve muy tranquilo y confiado de poder cumplir la tarea sin mayores contratiempos. Por supuesto, extremando las medidas de precaución, que la ingenuidad se paga cara en estos regímenes ajenos a los procedimientos democráticos. Pero, una vez incorporada y exponenciada la cautela, aposté a la ventaja de sentirme, actuar y proyectarme como un miembro más de la comunidad. Probablemente, nunca llegaré a saber si logré pasar desapercibido o si mi actividad «furtiva» fue tolerada. En cualquier caso, el resultado es el mismo: con zozobras, limitaciones y sesgos involuntarios, pero se puede hurgar en las entrañas políticas del monstruo posttotalitario y extraer inferencias válidas.

La primera previsión, desde mucho antes de desembarcar, fue ocultarles el tema de la tesis a absolutamente todos¹. Cuando me preguntaban, respondía con una frase vaga, del estilo: “Estudio la vida cotidiana”. Bajo ningún concepto, ofrecía detalles de la pesquisa. A los más curiosos e insistentes les decía, por lo claro, que prefería reservarme los pormenores; opté por dejárselo a su imaginación antes que franquearme. La mayoría de mis conocidos (y sus redes personales) no sospecharon jamás que estaban dentro de mi foco de atención. Lo negativo de esta estrategia es que me perdía la colaboración de potenciales informantes animados con el tema. Lo positivo es que me ahorraba el consiguiente sesgo de selección (un tema que trataré luego) y podía observarlos a todos en su «salsa» natural, sin que la conciencia de ser investigados alterara su comportamiento; con lo cual tenía garantizada la naturalidad y verosimilitud de sus discursos y prácticas.

En efecto, cuando hacia el final del trabajo de campo, un par de familiares se percataron de mi ardid, lo asumieron como inevitable o «demasiado tarde». Empezaron a cooperar de forma voluntaria y con graciosa complicidad, mediante la táctica de sacar a flote temas políticos en las conversaciones con amigos y familiares, para que yo pudiera tomar notas (en mi memoria o, a veces, disimuladamente con auxilio del celular). En esos momentos, me concentraba en los discursos de los interpelados, ajenos a la treta de mis espontáneos colaboradores.

La excepción a esta regla del ocultamiento del tema, obviamente, fueron los entrevistados. A ellos no podía enmascararles la naturaleza política del cuestionario. No obstante, con ninguno abundé en las particularidades del estudio. Y, entre aquellos partidarios del gobierno, extremé con toda intención el uso de la ambigüedad retórica. Para esta última clase de entrevistados yo estudiaba “la cultura política de los cubanos”. Me parecía que la mera mención de la tríada analítica «dominación-subordinación-resistencia» podía disparar las alarmas de la suspicacia e intolerancia.

Por idénticas razones, revisé hasta el cansancio la imparcialidad de la guía de preguntas (Anexo 1). Es decir, más allá de la consabida objetividad científica, por motivos de seguridad: debía evitar a toda costa que los entrevistados procomunistas sospecharan del alcance del estudio, falsearan su discurso, o me denunciaran y comprometieran la culminación de mi esfuerzo investigativo. Curiosamente, no me preocupaba el efecto contrario: que los entrevistados críticos o con

¹ Antes de partir de México, mi director de tesis también sugirió y solicitó la eliminación de cualquier información comprometedor de mi perfil de estudiante en el sitio web del Centro de Estudios Sociológicos del Colegio de México. Acordamos, asimismo, que mis comunicaciones desde Cuba serían pocas, escuetas y cifradas, pues los canales no son seguros. A nuestros oídos han llegado varias experiencias de violación de la privacidad de los mensajes y uso arbitrario de esa información con fines jurídicos o de linchamiento moral en los medios de comunicación oficiales.

tendencias disidentes alterasen la honestidad de su discurso si me percibían como comunista; supongo que confiaba más en mi capacidad para detectar su cinismo y, eventualmente, persuadirlos de que lo abandonasen (no así con los leales al Partido). A todas estas, sin sacrificar preguntas clave, por muy incómodas que resultasen para cualquiera de los dos bandos. El arte del equilibrista: con pies de plomo por sobre la cuerda floja, avanzando pasito a pasito, sin arriesgar demasiado.

Afortunadamente, desde las primeras pláticas la neutralidad del guion de la entrevista quedó corroborada. Desde ninguno de los extremos del campo de la subordinación surgieron señales de recelo o desconfianza hacia el instrumento, el estudio o el investigador. Todos cooperaron gustosos y, más aún, ofrecieron muestras de entusiasmo hacia la conversación (reflejadas en el ajuste, profundidad, exhaustividad y calidad de los testimonios). Aparte del trabajo meticuloso con el guion, en cada entrevista (también durante las horas de observación etnográfica), hube de mantener una recia autovigilancia sobre la gestualidad, las expresiones faciales, el tono y los comentarios imprevistos. Si algún ingrediente de este importante paquete complementario llega a fallar, la máxima de la imparcialidad se hubiera derrumbado y con ella la relevancia del material empírico. Amén de que habría crecido el peligro potencial de ser delatado y castigado.

A resultas de todo este sigilo, la mayor parte del tiempo me sentía como una especie de agente encubierto. Eso, por un lado, aguzaba mi mirada sobre los detalles «raros» (en comparación con sociedades democráticas) que en la vida cotidiana provocaban en mí esa sensación delictiva. Y, por el otro, me obligaba a profundizar en esa «normalidad» posttotalitaria, aparentemente homogénea, y a cuestionarla en función de contrastes internos tangibles: ¿cómo se procesa el panoptismo cuando se tienen actividades económicas por fuera de la égida estatal, experiencia migratoria, disrupciones biográficas, desencanto acumulado, ideales democráticos...? En ese sentido, mi cubanía innata me ayudó en la labor de comprensión-constructivista; mientras, la condición adquirida de emigrado (aunque asiduo visitante) coadyuvó sustancialmente a mi empeño deconstructivista-explicativo.

Sin embargo, como anticipé en el capítulo precedente, mi desconexión personal de cualquier tipo de autoridad política o elite de poder coartó mi pretensión salomónica de estudiar, de manera inadvertida, también los discursos y prácticas ocultos de los poderosos. Como consecuencia, ese segmento de las relaciones de dominación-subordinación-resistencia en Cuba quedó fuera de mi alcance. No pude cotejarlos contra su *performance* público, ni contra los discursos y prácticas ocultos de los subordinados. Una comparación que, si bien no resulta imprescindible para

satisfacer los objetivos de esta tesis, sin dudas habría optimizado los resultados aquí obtenidos. Más adelante en este capítulo, analizaré cómo esta zona no estudiada de la realidad pudiera devenir una fuente de insuficiencias, omisiones y limitantes, así como las posibles alternativas para contrarrestar estas amenazas a la relevancia de las inferencias científicas.

De igual modo, la carencia de vínculos personales con figuras influyentes en la política local limitó mi capacidad de observar algunos eventos públicos relevantes, que se prestaban para examinar de cerca la actuación conjunta de ambas partes de la relación, la puesta en escena, el acoplamiento de sus respectivas fachadas discursivas y prácticas. Recuerdo, por ejemplo, los barrio-debates previos al referéndum constitucional que, supuestamente, eran abiertos, de libre acceso, y solían ser reseñados con bombo y platillo por la prensa nacional. Sin embargo, nunca fue publicado un calendario oficial de celebración de tales reuniones. Así que, para averiguar dichas fechas sin revelar mi identidad de investigador, le pedí a mi sobrino veinteañero que acudiera al gobierno municipal de la ciudad de Camagüey, se hiciera pasar por estudiante de Periodismo y solicitara la programación de aquellos barrio-debates, con el pretexto de una tarea escolar.

Cuál no sería nuestro fiasco cuando el funcionario encargado le explicó que tales asambleas comunitarias las organizaba el Partido sin previo aviso, en el día, con el propósito velado de evitar que los disidentes aprovecharan aquellos espacios para “hacer de las suyas”. A pesar de ello, mi sobrino insistió y le dejó su número de celular, pero la llamada de aviso nunca llegó. No hubo manera de que pudiera participar en alguna de aquellas joyas de la teatralidad gubernamental. No tanto para evaluar los aciertos y deficiencias de la puesta en escena (más conocidos y recurrentes); sino para hurgar debajo de la máscara de los dominados, desenterrar y «coleccionar» conductas y discursos típicos de subordinación formal y disidencia disimulada *en presencia* de las autoridades de bajo rango que presidían aquellos concilios barriales. Material que sí pude acopiar, por ejemplo, durante el preámbulo y desarrollo de actividades con fecha fija, como el desfile del Primero de Mayo o la propia jornada electoral de aprobación anunciada de la reforma constitucional.

Una manera –indirecta pero muy eficiente– de recabar tales experiencias típicas, junto a otras de carácter público informal, fue la de documentar extensivamente las pláticas ocasionales entre las personas formadas en las colas para comprar en comercios, acceder a servicios estatales, realizar trámites, etc. Para desdicha de los ciudadanos, en Cuba hacer largas y extenuantes filas es tan rutinario como respirar. Para fortuna del sociólogo, estos espacios constituyen un nicho invaluable de información espontánea, genuina, variada y de gran relieve.

Según su grado de proximidad (geográfica y afectiva), subdividimos las colas en dos grupos: a) *Filas en barrios lejanos al lugar de residencia*: en las afueras de las tiendas, comercios, salas de espera de hospitales, terminales de ómnibus y trenes, oficinas de trámites, etc.; escenarios propicios para el cotilleo entre desconocidos. Y, b) *Filas en sitios recurrentes del barrio de pertenencia*: en las bodegas, panaderías, farmacias, barberías, peluquerías, mercados agropecuarios, cafeterías...; espacios donde se suelen sostener pláticas ocasionales entre conocidos «de vista», poco fraternales. En ambos tipos de colas, mi estrategia siempre fue registrar sin intromisiones el decurso natural de las conversaciones, salvo cuando me interpelaban directamente o necesitaba enrumbar el diálogo por los cauces de mi interés.

Otra ágora cotidiana que los informantes reportaron como significativa fue *el centro laboral o la escuela*, espacios con una particularidad común: los intercambios frecuentes entre compañeros –de trabajo o de clase– cercanos se producen al amparo de la afinidad ideológica. Lo cual sugiere la conformación de camarillas «conspirativas» que, en el caso de los críticos al régimen, se cuidan de expresar sus inconformidades frente a los leales. Debido a mi incapacidad para insertarme en tales entidades sin llamar la atención, lamentablemente no pude registrar de manera directa este tipo de interacciones. Como sí pude hacer en el caso de los debates habituales en *la cuadra*² entre vecinos cercanos y amigos de mucho tiempo. Controversias que, a veces, incluso cuentan con locaciones, horarios y participantes recurrentes. Por último, *el hogar* fue el espacio por antonomasia para enriquecer mi cuaderno de campo con la transcripción de conversaciones más francas, «a camisa quitada», entre familiares y amigos cercanos.

Al comparar los diferentes espacios, se percibe claramente un gradiente de «revelamiento»: a medida que los interlocutores son más íntimos y el entorno más confiable, como es lógico, la libertad de expresión aumenta y, con ella, la honestidad, la disidencia y la crudeza de los actos de lenguaje. Dentro de este espectro de escenarios del discurso subordinado, el hogar es, sin dudas, por antonomasia, el extremo de la transparencia, donde las máscaras se hacen más delgadas y afloran las contradicciones (entre diferentes actores o entre los discursos y las prácticas de una misma persona). Los encuentros entre perfectos desconocidos en el espacio público, por el contrario (aunque con sus excepciones), devienen el límite de la opacidad, repleto de gruesas y

² Cuando hablo de *la cuadra*, me refiero al segmento del barrio más próximo al hogar, *tu calle* delimitada por *tus esquinas*. Por la idoneidad de su posición, la casa (en altos) donde residí en Camagüey me permitió observar con mucha asiduidad tales debates habituales en *la cuadra*. Algo que, en cambio, no conseguí hacer con tanta frecuencia en La Habana.

toscas máscaras. De cualquier forma, vale la pena resaltar con James Scott: las relaciones de poder son *ubicuas*, nunca están ausentes, ni siquiera en los espacios más reservados.

4.1.2 Escalar el muro del miedo.

Como es fácil percatarse, detrás de todas las observaciones arriba plasmadas hay un mismo telón de fondo, un tétrico hilo conductor que atraviesa las vidas de millones de cubanos³: el miedo al gobierno. A menudo de forma deliberada y explícita, en otras ocasiones de modo indeliberado e implícito, el miedo aflora constantemente en los discursos y comportamientos cotidianos de los ciudadanos. A las consecuencias prácticas que tiene este fenómeno sobre la obediencia y la resistencia dedicaré una enjundiosa sección de los resultados. Por ahora, analizaré su influencia en mi peregrinar por el campo, la relación con las fuentes y el tratamiento del material empírico.

Durante toda la investigación, buena parte del vínculo con las fuentes estuvo mediada por este omnipresente factor. Por un lado, su manifestación diferenciada en las interacciones cotidianas de los subordinados en los disímiles espacios sociales sugiere múltiples interpretaciones, como veremos en próximos capítulos. Por el otro, desde la preselección de candidatos a entrevistados, el proceso de convencimiento para que colaborasen, la preparación del encuentro, el desarrollo de las entrevistas y hasta la salvaguarda del material empírico, el manejo de los miedos (del investigador, los informantes y su familia) se convirtió en una habilidad «naturalmente» incorporada, en constante perfeccionamiento.

Además de los criterios de selección muestral, uno de los elementos determinantes para definir qué persona podía ser entrevistada fue, sin lugar a dudas, su confiabilidad. Era vital que no «se fuera de lengua», ni con ni sin intención. Este criterio me llevó a desechar a más de un candidato. Fue el caso, por ejemplo, en La Habana, de una amiga de la familia de mi esposa que llamó mi atención por ser exabogada militar devenida en exitosa cuentapropista desde hace unos años. Ella me inspiraba mucha confianza; sin embargo, desafortunadamente para mí, sus padres son agentes declarados de la Seguridad del Estado. Así que ni modo, no podía arriesgarme a que, por accidente, en una conversación familiar, ella comprometiera mi investigación. Prescindí de su cooperación

³ Incluso muchos emigrados cubanos que visitan la isla con frecuencia y mantienen vínculos estrechos con sus familiares «de adentro», suelen ser muy cuidadosos con sus acciones y comunicaciones por temor a que se les impida la entrada o la salida del país, o que sus familiares reciban algún tipo de represalia. Sólo aquellos que deciden cortar por completo el cordón umbilical que los une a su madre patria, logran deshacerse por completo de esos viejos pánicos.

voluntaria. Si bien, de manera alternativa, pude recabar testimonios suyos en varias ocasiones, como parte de interacciones cotidianas.

En cuanto a la labor de persuasión, lo primero fue diseñar meticulosamente mi discurso introductorio para convencer a los potenciales entrevistados. Pues, a pesar de preseleccionarlos con base en sólidos lazos de confianza directa conmigo o con mis familiares y amigos, sabía que aun así a algunos debía convencerlos de que yo no era “seguroso” ni sería víctima de las arbitrariedades de “la Seguridad”. Fue así como armé un pequeño catálogo con frases del estilo: “Te garantizo absolutos anonimato y confidencialidad”; “Ya sabes que llevo más de cinco años fuera del país. Estudié un Doctorado en Sociología y estoy haciendo mi tesis sobre Cuba. Tengo un interés puramente *científico* en la entrevista. No voy a publicarla en ningún sitio”; “Te doy todas las garantías que me pidas para calmar cualquier temor que puedas tener”; “Si quieres, en cuanto la transcriba, borro el audio para evitar...”. A la par, la idea era reducir también mi nivel expositivo ante un probable bloqueo gubernamental de la investigación.

El tropiezo inicial fue aleccionador: aunque era una vieja conocida de la infancia, vecina del barrio donde crecí, coetánea y en apariencia audaz, me costó muchísimo esfuerzo que mi primera entrevistada accediera a conversar y a ser grabada. Por dos razones de peso: se dedica a un negocio ilícito (la lotería, conocida en Cuba como “la bolita”) y, por primera vez en su vida, se encontraba amasando un proyecto serio para emigrar. La posibilidad de que la entrevista malograra alguna de esas dos empresas le daba pánico. La prueba de su aprensión es que, incluso después de haber aceptado, al inicio de la grabación se escucha cuando me pregunta: “¿Tú estás seguro de que esto no va a llegar a manos de la Seguridad del Estado?”. ¡Terrible! Había superado su desconfianza hacia mí, pero aún persistía su fe en las habilidades coercitivas del pulpo estatal, por encima de cualquiera de mis posibles precauciones.

Durante pláticas como esta, que así lo exigían, me enfoqué fundamentalmente en dos objetivos graduales: en un inicio, conseguir la máxima franqueza de los entrevistados ayudándolos a despojarse de sus temores; para luego, una vez autorreconocido el miedo al gobierno, extraer sobre el tema reflexiones en primera y tercera persona. Ambas cosas las conseguí siempre a fuerza de *rapport*, agudeza e inconformidad sociológica. Empatía e incisión fueron la clave para, en distintos momentos del diálogo, sacar a la superficie las verdades y argumentos de cada informante. Se podría afirmar que compenetración y profundidad constituyeron, en este caso, los antídotos más

eficaces contra los pánicos de las fuentes. La confesión de una doctora internacionalista, por ejemplo, da cuenta de estas pavuras:

Quiero decirte que eres muy afortunado, jamás hablo esto. ¿Por qué? Porque las personas pueden entender otra cosa y me pueden pasar otras cosas. Estoy accediendo a esta entrevista con toda confianza. Eres muy afortunado. Creo que aparte de mi núcleo familiar, no sé ni por qué te lo estoy diciendo, pero eres la primera persona a la que le cuento estas cosas. [Médico, 52 años]

En Camagüey, una anécdota tragicómica pone de manifiesto tanto los estragos del miedo en el curso natural de la investigación, como la creatividad de las fuentes para lidiar con sus fobias. Resulta que mi hermana me coordinó una entrevista con una amiga suya, con quien coincidía por asuntos de trabajo una vez por semana. Ambas, personalmente, acordaron que para luego precisar vía telefónica los pormenores del encuentro (fecha, hora y lugar) se referirían a la entrevista en clave como “los zapatos rojos”. Me protegían a mí y a sí mismas. Fue muy gracioso escuchar a mi hermana teléfono en mano: “Fulana, dime sin pena si por fin te quieres probar los zapatos rojos. ¿Te los llevo a tu casa? ¿Cuándo será mejor?”

Sin embargo, la moraleja particular de aquella simpática ocurrencia es bastante triste: la gente está convencida de que sus llamadas privadas pueden ser interceptadas por la inteligencia estatal y ocasionarles problemas. La derivación general, hasta este punto, es aún más espeluznante: la internalización de la vulnerabilidad ciudadana frente a los desmanes totalizantes del gobierno lleva a los cubanos a poner en práctica, todavía hoy, medidas de extrema precaución, dignas de los clímax más crudos del estalinismo y el fascismo. En la grabación de esta propia entrevista, se puede escuchar cómo la informante estuvo prácticamente susurrando durante toda la plática, en la saleta de su casa, por temor a que los vecinos escucharan sus declaraciones⁴. Cuando al final del encuentro, *off the record*, llamé su atención sobre ese revelador hecho, la mujer se echó a reír, se limitó a encogerse de hombros en señal de resignación, y dijo: “En esto nos han convertido”.

Por fortuna, como este ejemplo evidencia, algunos se las arreglan para vencer el miedo y alcanzar sus objetivos⁵. Pero no todos lo logran. El caso de una candidata que no conseguí entrevistar ilustra a este último grupo. Se trata de una parlanchina septuagenaria, vecina de una de

⁴ Por su estructura colonial, casi toda la casa comparte, a lo largo, un pasillo común con la casa contigua, apenas separadas por una tapia alta. Por ende, es fácil escuchar lo que se habla de uno u otro lado, si no se baja al mínimo el volumen de la voz.

⁵ Para mi beneplácito, en cuanto salí de su casa, esta entrevistada llamó mi hermana para decirle: “Me encantaron los zapatos rojos, me quedaron comodísimos. Ahora hasta mi hija y mi marido quieren unos iguales”.

mis tías. Llegué a su casa para entrevistar a su esposo, un anciano comunista prototípico, de los que supura genuina, acrítica e incondicional lealtad por todos los poros. Empero, al concluir la entrevista con el señor, me percaté de que su esposa habita en las antípodas de su ideología. Con más de 50 años de matrimonio, se me antojó una pareja fascinante para mis intereses de estudio. De inmediato, y en innumerables intentos, puse todo mi empeño en tratar de entrevistarla; pero mis esfuerzos naufragaron. El miedo de la señora fue infranqueable. No hubo argumento ni garantía de mi parte que la convenciera de acceder a mi petición. Su última excusa fue: “¿Y si la Seguridad te decomisa la computadora y encuentra mi grabación? No, no, estoy muy vieja para meterme en problemas”. Por más que le prometiera borrarla en cuanto la transcribiera o incluso no grabar, no logré persuadirla. No obstante, fracasos como este también tributan información valiosa.

Lamentablemente, debo reconocer que los recelos de la abuela camagüeyana quizás eran desmedidos, pero no descabellados. A menudo, alguno que otro de esos temores me embargaba; aunque en menor grado. Confieso que padecí cierta obsesión por hacerle copias al trabajo en múltiples dispositivos y subir respaldos a Internet cada vez que pudiera, por miedo a que un día la policía irrumpiera en mi casa y se llevara el ordenador con toda la información. Una práctica represiva hartamente denunciada por disímiles grupos opositores, que la sufren con demasiada frecuencia. Aunque no creo que me consideraran precisamente un opositor, sabía que, de conocerse, mi labor investigativa no sería nada bienvenida por las autoridades.

Por los mismos motivos, mantuve encriptados todos los documentos de la tesis con contraseñas, para hacerles la tarea más difícil a los represores, en caso de que la información fuera a parar a sus manos. Si llegaba alguna visita a la casa mientras yo procesaba el material empírico y escribía mis análisis parciales, rápidamente interrumpía mi trabajo y suspendía la laptop para evitar que algún despistado o atrevido se asomara de improviso a mi pantalla y captara cualquier pista reveladora del contenido de la tesis. Con aquella incomoda zozobra cotidiana, sin saberlo, me acogía a la épica frase que José Martí nos legó a los cubanos en su carta inconclusa a su amigo Manuel Mercado: “En silencio ha tenido que ser, y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin”⁶.

Lo cierto es que el miedo al «ogro» salió a relucir de modo insistente, y en diversos niveles, tanto en las entrevistas como en las notas etnográficas. Ya vemos que, inclusive lo sufrió el

⁶ Disponible en: http://www.sld.cu/galerias/pdf/sitios/pdvedado/documentos_imprescindibles_1.pdf

investigador en carne propia. Recuerdo que, durante una entrevista que tuvo como escenario la casa de mi madre, faltó poco para que yo le pidiera a mi informante (moderadamente crítica) que hablara más bajo, por temor a que los vecinos escucharan sus reproches al gobierno. ¡Qué horror! Por suerte, atajé a tiempo mi impulso y sólo escribí una nota al margen. Como también registré mi profunda sensación de alarma cada vez que compilaba apuntes en mi celular en lugares públicos. La tensión subterránea de tomar notas sin levantar sospechas en los observados, sin perder detalles sobresalientes y, encima, evitando a cada segundo que algún chismoso (¿delator?) alcance a leer lo que escribes en la pantalla del móvil, sólo se compara con las tramas de las películas de intriga. Con la práctica, llegas a dominar el *multitasking*, pero no deja de ser informativo el hecho de sentirte siempre expuesto a la vigilancia ubicua.

Otra viñeta llamativa fue cuando me encontré a mi primera entrevistada en una calle aledaña a una céntrica plaza de la ciudad. Ambos andábamos en bicicleta, así que nos orillamos para platicar. Al despedirnos, me percaté de que muy cerca, a unos 30 metros, acababa de estacionar una patrulla. Del carro bajaron dos policías que generaron en mí el recelo de que nos estuvieran vigilando. No pude evitar ponerme nervioso. La macabra casualidad quedó atrás sin penas ni glorias, pero el sentimiento de paranoia fue alarmante y hartó elocuente. ¿Por qué venían esos pensamientos a mi mente? ¿Cómo el régimen posttotalitario consigue todavía hoy que la intersubjetividad subordinada perpetúe el eficiente muro del autodisciplinamiento, autocontención y autocensura? Espero que la sociología pueda aportar respuestas, sin tener que acudir al psicoanálisis.

4.2 Examen de suficiencia: El diseño, el modelo y la muestra al estrado

Ahora bien, para que las respuestas de la sociología sean robustas, plausibles y teóricamente relevantes, en primer lugar, la arquitectura del estudio ha de ser lo suficientemente sólida como para resistir los embates de las amenazas a la validez y el alcance que todo estudio empírico encuentra a su paso. Por tanto, este apartado estará dedicado a sopesar críticamente las fortalezas y debilidades del diseño de la investigación. Una estructura flexible que, aunque cimentada fundamentalmente durante un prolongado trabajo de mesa previo a la incursión en el campo, sufrió no pocas modificaciones a lo largo de esta última etapa práctica. Gracias a la permanente vigilancia epistémico-metodológica y al constante ir y venir entre el material empírico y el diseño, algunas vértebras de la columna dorsal del estudio fueron corregidas a tiempo, para bien del resultado final. Veamos con mayor profundidad.

4.2.1 Preguntas y objetivos. ¿Están todos los que son y son todos los que están?

La selección, redacción y refinamiento de las preguntas y objetivos de investigación de una tesis siempre resulta una eterna primera etapa: sabemos cuándo arranca, pero hasta última hora dudamos de su impecabilidad. Queremos que sean impolutos, perfectos; pues, si están bien manufacturados, su silueta sobrevuela todo el proceso investigativo como águila acechante que, ante nuestro menor descuido, nos señala el descarrío y nos convida a rectificar el rumbo. Además, suelen convertirse en la base argumentativa sobre la cual, a la postre, el comité evaluador sostiene el grueso de su actividad inquisidora.

Conviene, por consiguiente, dedicarle mucho tiempo, «amasarlos» bien antes de someterlos a las altas temperaturas del horno de la realidad social. Y volver a ellos una y otra vez con doble intención: primero, para refrescar la memoria, deshacernos de vicios y hojarasca y concentrarnos en lo importante; segundo, con sana inconformidad, en aras de cuestionar su madurez hasta el infinito, y perfeccionarlos en función de las constantes emergencias afloradas durante el trabajo de campo. Esto último invariablemente redundará en un mejor aprovechamiento de su función orientadora. Deviene una saludable perspectiva circular.

Ante todo, uno debe razonar acerca de cuestiones generales: la pertinencia, relevancia analítica y factibilidad práctica de sus preguntas y objetivos. Acto seguido, siempre nos sobrecoge la misma inquietud: ¿serán suficientes las interrogantes? ¿Estaré dejando por fuera algún elemento medular cuya omisión pueda enturbiar la utilidad de aquellos que sí estoy contemplando? Por último, evaluamos la unicidad, complementariedad, coherencia y organicidad de las preguntas y objetivos. Luego viene el proceso meticuloso de cambiar la escala y evaluar más o menos los mismos parámetros para cada pregunta y objetivo. Una laboriosa faena de relojero, donde escoger y combinar palabras se vuelve un arte quirúrgico.

Sobre los puntos generales huelga abundar demasiado, toda vez que están íntimamente conectados con los argumentos justificativos expuestos en la Introducción de la tesis. Es suficiente con resaltar que nuestro tándem de preguntas generales no sólo cumple con el requisito de integrar las unidades de análisis y registro, y acotarlas a un espacio de tiempo más o menos determinado; sino que además postula, desde ese propio punto de partida, la importancia de la heterogeneidad del objeto de estudio para la indagación, a través de un puñado de hipótesis específicas transmutadas en criterios de selección muestral.

En otras palabras, las preguntas generales conjugan, en un mismo lugar, la relevancia teórica de la unidad de análisis con la operatividad de sus correlatos prácticos (las unidades de registro), conectando ambos elementos mediante la explicitación del procedimiento de obtención de inferencias: la abstracción analítica. Y, para mayor rigor, adelantando de antemano la pertinencia de profundizar en la diversidad interna del grupo estudiado. Asimismo, la incorporación a las preguntas específicas de muchos de los indicadores y subdimensiones en los que se descomponen las subunidades de análisis coadyuva, en gran medida, a la factibilidad de conseguir respuestas a estas interrogantes en el terreno social; de conjunto con la precisión denotativa que aportan las notas al pie enlazadas a estas interrogantes particulares. El estilo de redacción sencillo, directo, breve y escrupuloso aporta su grano de arena a tal propósito.

No obstante, es justo señalar, las preguntas y objetivos no permanecieron inmutables a lo largo del proceso investigativo. Todo lo contrario. Recuerdo, por sólo poner un ejemplo, que, al principio del trabajo de mesa, inspirado por algunas lecturas, me aferré a la idea de estudiar *mecanismos* de dominación-subordinación-resistencia políticas. Pero, un par de profesores me convencieron de que el término, descendiente directo de la familia estructuralista, desentonaba con mi enfoque reivindicativo de la agencia y la naturaleza relacional de la investigación. Así que primero lo sustituí por la noción menos ambiciosa de *patrones*; pero aún algo rígida y con pretensiones excesivas. No fue hasta inicios del trabajo de campo que, en uno de los tantos retornos reflexivos al diseño, arribé a la definitiva categoría de *tendencias*, menos determinista y presuntuosa, por ende, más ajustada a las verdaderas aspiraciones, espíritu y alcance de esta aventura sociológica.

En cuanto a la suficiencia hay que decir que no es un problema menor, pues guarda estrecho nexo con la calidad y relevancia de la investigación. No basta con que las preguntas y objetivos generales estén bien formulados si, luego, las preguntas y objetivos específicos no son colectivamente exhaustivos, si carecen de la capacidad conjunta de aportar, articular y redondear la materia prima necesaria para dar forma a sus «hermanos mayores». Siguiendo esta máxima, y evitando dejar por fuera ningún ingrediente indispensable para el caso de marras, intentamos que cada pregunta y objetivo específico tributara una porción sustantiva del pastel global: los marcos de significados compartidos; las experiencias típicas de disidencia, simulación, apatía y lealtad; prácticas y discursos ocultos / fronterizos / públicos; roles y actuaciones conjuntas; lógicas prácticas; etc. A tal efecto, nuevamente el diálogo con la operacionalización de las grandes categorías analíticas resultó muy útil, aunque insuficiente. La otra parte ardua de la tarea consistió

en combinar tales ítems en clave interrogativa y de finalidad, con orden, coherencia y fuerza lógica al interior de cada pregunta y objetivo.

Siempre, por supuesto, cualquier aguzado lector pudiera imputar la cabalidad del aparato inquisitivo-teleológico y proponer zonas o aristas de la realidad que merecían ser incluidas. Alguien pudiera sugerir la necesidad de introducir preocupaciones fenomenológicas o de la sociología de las emociones, por ejemplo. Frente a este tipo de señalamientos, mi único escudo es el de la *pertinencia*, en función del conocimiento profundo de un universo de estudio muy particular (sin parangón en el mundo contemporáneo), así como la robustez y *adecuación* al caso del marco analítico aquí empleado. Felizmente, el comité académico que acompañó el trabajo de mesa preliminar nunca detectó deficiencias significativas en este eje del diseño. Seguro que ello repercutió, de manera directa, en la enjundia de los resultados del trabajo de campo; la cual, sin dudas, respalda el mástil de la suficiencia y la exhaustividad.

A su vez, esta problemática tiene mucho que ver con el *pack* de la unicidad, complementariedad, coherencia y organicidad de las preguntas y objetivos específicos, en ese orden. En primer lugar, prestamos especial atención a que estos elementos particulares tuvieran, en sí mismos, una integridad unitaria que los diferenciara claramente de sus pares, a fin de poder cumplir bien sus funciones exclusivas. De lo contrario, el traslape de cometidos comprometería el desempeño de la totalidad del instrumento indagatorio. De modo que, entre pregunta y pregunta, entre objetivo y objetivo, fijamos una distancia conceptual y lógica prudencial: lo bastante grande como para distinguirse entre sí, pero lo suficientemente chica como para poder engranarse con elevado ajuste y complementarse de forma mutua. Si en la presentación de los resultados no llegara a conseguirse dicho acoplamiento, sería absoluta responsabilidad del investigador y no por deficiencias en este segmento del diseño.

Como consecuencia directa de esta complementariedad mutua debo destacar una propiedad interesante: en ambos bloques (preguntas y objetivos específicos) se percibe cierta *gradualidad* lógica que no es fortuita, responde a un propósito expreso de integración acumulativa y holística de la evidencia. En las preguntas el *continuum* transita, de modo escalonado, de lo intersubjetivo-discursivo a lo práctico-preceptivo; de forma tal que se precisa la respuesta a la pregunta previa para comenzar a contestar la subsiguiente, y así sucesivamente. Por su parte, los encabezados de los objetivos específicos (comprender, describir, revelar, explicar) manifiestan un encadenamiento

progresivo que pretende erigir la explicación general sobre la base de lo interpretativo-descriptivo, primeramente, ampliada luego con la hibridación de ilaciones particulares.

Sin embargo, la complementariedad se malograría si no estuviera acompañada de una buena dosis de coherencia y organicidad. Evitar cualquier desproporción conceptual, falta de afinidad analítica o incongruencia lógica devino una misión capital para no comprometer el adecuado acoplamiento entre las partes del todo. El propio reemplazo de la noción de *mecanismos* por la de *tendencias* responde, en buena medida, a ese cuidado de la consonancia lógica de esta sección del diseño. También, por supuesto, la familiaridad y nivelación analítica de las principales dimensiones internas de cada pregunta y objetivo ayudó a garantizar el balance y la conformidad entre las diferentes piezas.

A propósito, reconozco que la interrogante que indaga por los códigos y reglas subyacentes a las interacciones cotidianas (una herencia bourdieusiana) quizás tensa un poco la armonía entre las preguntas específicas (más próximas al interaccionismo simbólico). No obstante, argumento que –en franco guiño a los supuestos etnometodológicos– resulta una tensión necesaria y beneficiosa, en el afán de trascender lo descriptivo, desenterrar lo no evidente y, así, ensayar explicaciones robustas. De igual modo, celebro la estrecha correspondencia bidireccional entre las preguntas y objetivos específicos, empero, exenta de burdos mimetismos.

Por último, sobre la evaluación individual de cada pregunta y objetivo con los mismos lentes e indicadores hasta ahora expuestos, sólo diré que es una faena preciosa que, aunque somete a prueba nuestra paciencia, ayuda a prevenir más de un desatino. ¿El cambio de escala cansa? Sí. ¿Desespera? También. ¿Angustia? Un poco. Pero, el cuestionamiento, palabra por palabra, de la validez, fortaleza y utilidad de cada pregunta y objetivo resulta, a la larga, un proceso con repercusiones intrínsecas tanto en el rendimiento del trabajo de campo, como en la extracción de inferencias y el maquetado de los resultados. Como el famoso *efecto mariposa*, la incorporación de un «simple» adverbio (“intersubjetivamente”), o un breve adjetivo (“típicas”), puede tener, más adelante, inimaginables secuelas amplificadas que nos prevengan de peligrosos tornados.

4.2.2 Deconstruyendo el modelo y las hipótesis. La ruta inversa.

Por el Colegio de México todavía deambula un veterano profesor que le ha puesto su sello a una sabia afirmación: cada investigador carga, adondequiera que va, con su particular «mochila» de teorías, conceptos y herramientas analíticas, que predefine en buena medida el ángulo, alcance

y precisión de su mirada sociológica. En algún texto que no logro recordar, Foucault asume una postura similar. Y así es, cual sempiterna cruz intangible, portamos un cajón de utensilios mentales que se convierte, a la vez, en nuestro mejor aliado y peor enemigo. Nos habilita, pero también nos constriñe. Esta dualidad, tan inevitable como la de la estructura, todo sociólogo debiera considerarla como se merece: en su justa medida. Sobre todo durante y tras finalizar el trabajo de campo, la autoevaluación de «la mochila» ayuda a concientizar más de un vicio o atisbo de miopía. En este caso analizaré –desde una perspectiva inversa, próxima al inductivismo– las ventajas y limitaciones del modelo de análisis y las hipótesis.

Debo empezar reconociendo dos cosas acerca de las columnas vertebrales del modelo: los *continuums* de la intersubjetividad a las acciones y de lo privado a lo público. El segundo eje resulta una herencia directa de la obra de Scott, que incorporé raudamente a mi «mochila» por su pertinencia analítica y adecuación a la experiencia cubana, muy marcada por la popular estrategia de la simulación. Pero, el primer eje podría asegurar que es una especie de emergencia inductiva anticipada, fruto del conocimiento profundo del objeto de estudio. Sabía por adelantado la importancia, para el caso cubano, del clivaje entre los significados políticos compartidos (expresados en discursos) y los comportamientos cotidianos con orígenes, contexto y repercusiones políticos (las prácticas). Para quien ha vivido suficiente tiempo en Cuba, es casi de sentido común la llamativa paradoja de que el cubano habla mucho de política y se queja hasta por los codos del gobierno; pero no mueve un dedo para manifestar públicamente su descontento⁷. Tampoco para conspirar a gran escala contra los poderosos.

Ahora bien, más allá de confirmar añejas construcciones intuitivas, la inmersión en el campo ratificó la necesidad de cruzar estos dos ejes analíticos. Estoy muy seguro de que la riqueza y complejidad empírica de la realidad cubana convidaría a cualquier investigador a tomar la misma decisión, para poder aprehenderla y simplificarla con validez y precisión. El *continuum* de lo privado a lo público (con todo y sus peligrosas zonas de ambigüedad) habría emergido por sí solo frente a los ojos del sociólogo. Uno, porque el contraste entre ambos extremos es escandaloso. La propia masificación de la “doble moral” así lo evidencia. Y, dos, porque tanto los discursos como las prácticas se entienden, clasifican, ordenan y explican mejor siguiendo los intervalos de este

⁷ Al momento de escribir estas líneas, no se habían producido las protestas masivas del 11 de julio de 2021 que, si bien constituyen la más altisonante clarinada inicial de la «desparadojización» de esa realidad contradictoria aquí expuesta, falta por ver si este proceso deconstructivo sigue madurando, sus temporalidades y posibles desenlaces.

continuum. La categorización de los espacios discursivos típicos de los subordinados –anunciada en el epígrafe 4.1.1 y desarrollada en el epígrafe 5.3 del próximo capítulo– da fe de ello; así como otras codificaciones reportadas en próximos capítulos: las formas discursivas específicas; las diversas experiencias típicas; las microprácticas de asimilación, simulación y rebeldía; las lógicas prácticas implícitas; etc. Es una verdadera lástima que fuera imposible hacer lo propio con las prácticas y discursos de los dominantes.

A su vez, este espectro analítico bidimensional, estructurado sobre tales ejes o *continuums*, presenta una gran afinidad lógica con la concepción tridimensional del poder de Lukes-Gaventa, toda vez que ambos contienen y subrayan un mismo presupuesto: entre la dominación, la subordinación y la resistencia se producen procesos con diferentes escalas de profundidad, los cuales abarcan desde lo muy visible y evidente hasta lo más oculto e implícito, y rebasan, por mucho, el ámbito de lo material-tangible. De ahí que la afinidad alcanza su punto álgido, principalmente, en el énfasis compartido en cuanto a la relevancia de la construcción social de significados para las relaciones de poder. Ese marco intersubjetivo que aquí estudiamos a través de los discursos públicos, fronterizos y ocultos, cuyas asociaciones y disociaciones con los comportamientos políticos tienen un enorme poder explicativo. No obstante, el material empírico recopilado durante este ejercicio investigativo reafirmó tanto las coincidencias como los desacuerdos previos, entre ambas perspectivas.

Así, por ejemplo, la mayoría de los significados compartidos por los subordinados en las calles y hogares cubanos acusan un marcado *signo negativo* respecto a las autoridades, las políticas públicas y el sistema en su totalidad (desaprobación de la gestión gubernamental, descreimiento, deslegitimación en los tres niveles, inconformidad con el desarrollo social, fatalismo, irreversibilidad de la debacle, entre otras); el cual está intrínsecamente vinculado con el despliegue de un sinnúmero de prácticas de resistencia (“la lucha”, indisciplinas laborales y sociales, mercados grises y negros, juegos ilícitos, etc.). Semejante evidencia apuntala la importancia de hurgar a fondo en los marcos de sentidos a la hora de investigar las relaciones entre poderosos y dominados. Pero, a la par, refuerza la necesidad de adoptar un enfoque bidireccional y dinámico que, aun reconociendo las asimetrías de poder, rescate el rol activo de la subordinación y de los procesos culturales a través de los cuales se resignifica, negocia y contesta la dominación.

Como demostraremos en los siguientes capítulos, la tercera dimensión del poder no es el apacible ámbito donde los dominantes modelan a su antojo el pensamiento de los subalternos,

como sugieren Lukes y Gaventa; sino el campo de batalla donde las pretensiones de dominación ideológica interactúan con la capacidad de agencia de los subordinados, quienes, por excelencia en ese universo de las ideas y los símbolos, procesan y desafían tales pretensiones de variopintas y complejas maneras (inclusive contradictorias a nivel familiar y personal). A menudo, debajo de la rimbombante bandera de la estabilidad agregada y la ilusión de la «dictadura perfecta» subyacen una infinidad de quejas, lamentos, insatisfacciones, críticas, rechazos, hastíos, chistes, rumores, chismes, diatribas, negaciones... y coligadas prácticas disidentes, que socavan los cimientos de la gobernabilidad hasta límites insospechados.

Con esta naturaleza horizontal, menos desequilibrada, la tercera dimensión de las relaciones de poder se mostró, a nivel empírico, como un escenario capital no sólo para la insubordinación ideológica y el cuestionamiento de la dominación, también para la legitimación y reproducción del *statu quo*. Por lo general, los procesos de aceptación, convencimiento, conformismo, auto/afirmación, dogmatización, auto/contención, resignación, impotencia, renunciamiento, auto/censura, simulación, florecimiento del miedo y la desconfianza mutua, etc., se desencadenan a partir de experiencias (en primera o tercera persona) acumuladas en las dos primeras dimensiones del poder. Pero alcanzan su mayor profundidad, perdurabilidad y eficacia social al sedimentarse en el «subsuelo» de las ideas, de la construcción social de significados (la esfera de la cultura). En cualquier caso, la información de campo confirmó que no se puede desarticular esta tríada de dimensiones de las relaciones de poder, circularmente ensambladas, so pena de caer en reduccionismos, inferencias deficientes o de plano falsas.

En efecto, si algún bombillo rojo encendió el trabajo de campo respecto al modelo teórico ese fue el de los peligros de los estancos analíticos desconectados o demasiado rígidos. Por ejemplo, muchas de las experiencias típicas y prácticas de obediencia (aceptación ficticia, conformidad estratégica, simulación, adulación, resignación, apatía, etc.) resultaron, en extremo, *situacionalmente condicionadas*. De modo que revelaron su naturaleza polivalente: según el contexto, pueden funcionar como experiencias y prácticas tanto de disidencia como de obediencia. Un acto tan disciplinado como asistir al desfile del Primero de Mayo en contra de tu voluntad, se convierte de repente en un episodio de rebeldía si la persona, después de anotarse la asistencia con los líderes sindicales y antes de desfilar, se escabulle entre la muchedumbre y se regresa a su casa, burlando así los controles laborales y asumiendo el riesgo de un posible regaño o sanción. Pero la dificultad de encasillar puede ser aún más peliaguda: si alguien que en otras condiciones no habría

votado, asiste a las urnas bajo protesta (debido a las presiones de los dirigentes barriales) y decide anular su voto; su participación en dicha elección presenta dos aspectos relativos a dos diferentes niveles de la legitimidad: uno de sumisión (a las autoridades locales) y otro de desafío (al sistema).

Al mismo tiempo, estos dos ejemplos ilustran nuestra crítica, empíricamente sustentada, a la idea gaventiana de la autopropulsión y la inercia de las relaciones de dominación. Dos eventos tan rutinizados como las “marchas del pueblo combatiente” y las farsas electorales, plagados de procesos de habituación y sedimentación de costumbres políticas, pueden (y, de hecho, lo fueron) sufrir modificaciones producto de la actividad creativa, espontánea y crítica de los ciudadanos, de la conjugación de la agencia con la contingencia. Alguien podría considerar este tipo de experiencias como alteraciones intrascendentes para el orden general de las relaciones políticas. Sin embargo, constituyen prácticas que, en primer lugar (y a despecho de Gaventa), traspasan la frontera «prohibida» y siembran minúsculas dosis de conflicto en la primera dimensión del poder. Y, luego, dan fe de una heterogeneidad empírica cuyos efectos acumulativos siempre son imprevistos. Asimismo, comportamientos reales como los referidos corroboran una añeja sospecha: si nuestro modelo no es sensible a las emergencias inductivas (y sus consecuencias diferenciales), muy probablemente la consabida «mochila» nos restrinja más de lo que nos habilita.

Lo mismo pasa con las hipótesis. Si en lugar de utilizarlas como punto de partida o guía orientadora (sujeta a renovación), nos aferramos a querer comprobarlas empíricamente a cualquier costo, casi seguro lo conseguimos. Sólo que al precio de dejar por fuera aquellas conjeturas emergentes a pie de campo que, si bien no necesariamente han de contradecir o refutar nuestras hipótesis (que también se da el caso), las pudieran mejorar, acotar, complementar o, incluso, desarrollar. ¿Adónde quiero llegar con esto? De muestra un botón.

“Junto a la apatía, la simulación constituye la forma más común de interacción pública de los ciudadanos cubanos con la dominación política, en detrimento de la lealtad y la disidencia”, rezaba, palabras más palabras menos, la primera hipótesis general con la que me adentré en el campo. Y, en principio, esta presunción teórica y empíricamente informada me ayudó mucho a la hora de decidir en cuáles aspectos de la realidad estudiada debía hacer mayor énfasis (manifestaciones de indiferencia, desarraigo, renunciamiento, «acriticidad», falsa obediencia, lealtad hiperbolizada...). Sin embargo, con el tiempo, me fui percatando de que estas expresiones públicas de subordinación, ajenas a la asimilación y la resistencia, en efecto, eran harto recurrentes; pero, no se circunscribían a la interacción pública (personal o mediada) con las autoridades. Abundaban también en los más

cotidianos intercambios *entre dominados* en la zona fronteriza entre lo público y lo privado. ¿Por habitus, rutina, desconfianza, miedo, estrategia? Ya veremos después. Lo destacable ahora es que la flexibilidad del diseño de la investigación me permitió transformas y enriquecer esta hipótesis inicial, de una manera que más adelante tendría implicaciones sustantivas.

Eso por el costado público y al nivel de ciertos flujos de la franja intermedia de la vida cotidiana. En otros contraflujos que circulan a ras de la propia área fronteriza y tras bambalinas, en el ágora privada, vislumbrábamos (hipótesis general B) que, por lógica, la simulación debía palidecer de forma gradual (no así la apatía) y dar margen a la circulación, más o menos solapada, de la disidencia moderada y marginal (a falta de condiciones formales para la oposición frontal). Que quedara corroborada la presunción de que estos tipos de resistencia “constituyen las vías más socorridas para el cuestionamiento popular de la legitimidad gubernamental” (epígrafe 3.5.3.1), resultó ser secundario. Lo significativo es que la evidencia me exigió *especificar* minuciosamente la segunda parte de la hipótesis, en el sentido de tener que explicar –con sustento empírico y rigor analítico– de qué maneras concretas “la disidencia marginal y moderada desempeñan un rol capital en las relaciones de dominación-subordinación-resistencia política en contextos autocráticos, como el cubano”.

Una tarea que, en primera instancia, termina justificando por qué, desde el mismo primer mapeo del modelo de análisis, las experiencias típicas de disidencia (marginal y moderada, principalmente, dado el caso), aparecían ocupando un lugar central del espacio dimensional, ancladas al origen de los dos ejes de coordenadas: intersubjetividad ↔ acciones / privado ↔ público. Pero que, en últimas, conlleva el engorroso cometido de diseccionar la resistencia en función de su heterogeneidad y –a contrapelo de Scott– ahondar en, describir, clasificar y relacionar la variedad de discursos y prácticas ocultos / fronterizos (incluidos los de «resistencia a la resistencia»), según una serie de criterios relevantes: cohorte, eventos vitales, nivel de lealtad, situación económica, tipo de empleo (estatal / no estatal), experiencia migratoria, entre otros. Justo la hipótesis general C constituyó un esfuerzo analítico por proveer, de forma anticipada, un marco comprensivo para esta prevista heterogeneidad de la disidencia. A la larga, los tipos de subordinación-disidencia allí presentados (obtenidos del cruce entre «Niveles de lealtad» y «Disposición para la resistencia») desempeñaron un papel medular durante todas las fases de la investigación, con importantes repercusiones sobre el producto final.

4.2.3 Selección muestral. La bandera de la heterogeneidad a media asta.

La imperfección de nuestra selección muestral tiene dos causas principales, avizoradas en varios momentos de este informe de tesis. Una, la imposibilidad de estudiar los discursos y prácticas ocultos de los dominantes, así como de registrar de primera mano sus incursiones públicas. La otra tiene que ver con las limitaciones afrontadas en el campo, en cuanto a la libertad de movimiento del investigador y la relación con las fuentes. No obstante, consciente de la lejanía del escenario ideal, el procedimiento de muestreo puesto en práctica apostó todo el tiempo por dos objetivos no negociables: a) abarcar la mayor heterogeneidad posible del objeto de estudio, en función de criterios teóricos, contextuales y culturales potencialmente explicativos (epígrafe 3.6.3); y b) sacar provecho de dos virtudes del trabajo etnográfico aquí desarrollado (la exhaustividad y la aleatoriedad parcial) para, sobre la marcha, orientar la selección de entrevistados, jugar con la guía de preguntas y enfatizar en observables o dimensiones opacos u omitidos. Ambas fortalezas ayudaron a incrementar el rigor y la riqueza de esta pesquisa.

El primer factor adverso *casi* se pudiera tratar como «externo», puesto que, incluso si no hubiera existido dicha dificultad, sólo por postura epistemológica y cuestiones de factibilidad (en especial tiempo y recursos), esta investigación siempre estuvo abocada a privilegiar las aristas menos estudiadas de la unidad de análisis: la subordinación y la resistencia. Sin embargo, esto no quiere decir, de ninguna manera, que se pueda o sea aconsejable prescindir de la dominación en un ejercicio como este. Nada más ajeno a nuestra visión, que defiende la indivisibilidad de esta tríada relacional del poder (ver acápite 3.5.1.1). Se trata, más bien, de la decisión estratégica de ajustar el lente con justificada intencionalidad: haciendo *zoom* sobre los discursos y prácticas de subordinación y resistencia de los dominados, manteniendo en el fondo del plano, sin perderlas nunca de vista, las pretensiones de dominación de los poderosos. Una maniobra cuyas consecuencias, por supuesto, hay que sopesar en su justa medida.

Por ejemplo, al no poder hurgar en los significados que le asignan los dominantes a su relación con los subordinados, quedamos inhabilitados para verificar si sus pretensiones de dominación son honestas (ellos mismos se las creen) o cínicas (falseadas adrede). ¿Cuán contagiados / vacunados están los poderosos de / contra la epidemia popular de deslegitimación en los tres planos: las figuras, las políticas y el sistema? Sin embargo, para los objetivos de esta tesis, no importa tanto determinar la sinceridad de los discursos y prácticas dominantes como sus consecuencias observables al otro lado del nexo, su correlato palpable en las representaciones colectivas de la

ciudadanía. En este caso, por cierto, el descrédito generalizado del régimen, las políticas y las autoridades, a ojos de los dominados, aumenta de forma escandalosa a medida que se desciende del nivel global al personalizado.

Más privativa fue la imposibilidad de acceder a las narrativas personales de los dominantes ancladas a circunstancias concretas (eventos situados). Conocer la construcción temporalmente orientada del vínculo político en tales estratos privilegiados, nos habría permitido comparar los efectos diferenciales del contexto sobre la autodefinición simbólica de este tipo de agente empoderado, respecto a su contraparte subalterna. Un cotejo potencialmente útil para comprender mejor la sensibilidad contextual de la gobernabilidad⁸. Aunque no hay modo de compensar cabalmente este déficit, la respuesta más lógica fue la de maximizar el contraste entre las narrativas de los dominados leales al régimen y los desleales (aduladores, apáticos, opositores), en aras de extraer distinciones reveladoras en cuanto al procesamiento subjetivo de factores contextuales similares, según el grado de identificación con la dominación. Una maniobra que, en definitiva, arroja luz sobre el acoplamiento iterado y circular entre entorno-cultura-estructura.

Ahora, siguiendo con el espíritu autocrítico, la repercusión más costosa del enfoque contrapicado es, sin dudas, la incapacidad para dar cuenta de la heterogeneidad al interior del grupo dominante: la diversidad de estrategias, tácticas y métodos para pretender dominar; los distintos estatus y posiciones que se pueden asumir en un mismo rol dominante, de acuerdo con la situación; las experiencias típicas de simulación, apatía y resistencia a ese nivel «superior» (que, damos por sentado, las hay); sus diferentes lógicas prácticas cotidianas, etc. Un inconveniente que no afecta la validez de los resultados del presente estudio; pero, que sí reduce el alcance de la apuesta teórica aquí sustentada. Toda vez que la tan defendida y demostrada heterogeneidad-complejidad de los procesos de subordinación y resistencia no podrá extrapolarse al ámbito de la dominación, por más conjeturas lógicas que se puedan aventurar sobre este extremo de las relaciones de poder.

A diferencia del primero, el segundo «atentado» contra el muestreo definitivamente surge de los entresijos más íntimos de la investigación, al igual que las maneras de solventarlo. Las trabas para el libre desplazamiento por el terreno y el vínculo con los informantes estaban contempladas de antemano. Guerra avisada no mata a soldado. Entonces, la cuestión fue prestar especial atención a (documentar en detalle) los pormenores asociados tanto a los escollos como a las soluciones

⁸ Es de esperar que mientras más profundo sea el abismo entre las definiciones de la situación de dominados y poderosos, más se debilite la gobernabilidad y más dependa de la fuerza y la coerción.

prácticas tomadas *in situ*. Una información relevante en múltiples órdenes, en parte ya reportada en el epígrafe 4.1 y con secuelas en capítulos subsiguientes.

Para los efectos de la validez y calidad del muestreo, vale destacar que las restricciones al libre movimiento del sociólogo perjudicaron, sobre todo, el acceso a la zona responsablemente sacrificada de esta investigación: las interacciones entre dominantes. Con lo cual, por ese lado, los estragos no fueron graves. En cambio, los impedimentos para observar interacciones personales entre subordinados y dominantes (como los barrio-debates referidos en el epígrafe 4.1.1), sí afectaron la recolección directa de un material secundario pero interesante: el «conocimiento a mano» y las lógicas prácticas de subordinación subyacentes en los intercambios públicos entre ciudadanos y autoridades. El consuelo: estos encuentros son tan infrecuentes y estereotipados⁹ que su relevancia es prácticamente nula en la vida diaria de los subordinados. De hecho, como veremos en próximos capítulos, su incidencia en la cotidianidad del cubano es más bien indirecta, como un referente negativo que orbita de manera perpetua alrededor de los marcos intersubjetivos de significados políticos. Y esta esfera simbólica sí le abrió sus puertas de par en par al investigador. No obstante, como se argumentará luego, muchas de las experiencias típicas y lógicas prácticas observadas en los ámbitos privado e intermedio son, con una alta certeza lógica, extensibles al espacio público¹⁰.

Por otro lado, la escabrosa relación con las fuentes, casi siempre mediada por el sigilo y el recelo, debemos analizarla desde dos ángulos conexos pero autónomos: el de la observación y el de las entrevistas. Lo primero es que, a raíz de la necesidad de camuflar el tema de la tesis, y en virtud de consideraciones éticas, decidí no entrevistar a nadie de mi círculo más próximo (familiares y amigos). Preferí mantenerlos ajenos a las particularidades de la investigación, para poder observar sus interacciones privadas y fronterizas (y las de sus redes) plagadas de naturalidad, sin el más mínimo atisbo de sobreactuación o artificialidad. El resto de los ciudadanos observados

⁹ Como en todas partes, las interacciones directas con autoridades son harto esporádicas para el cubano promedio. Aunque más presentes en la era raulista que en la fidelista, las consultas populares como la centrada en la reforma constitucional de 2019 son raras. Procedimientos de esta índole no se activaban desde la discusión de la reforma al Código de Trabajo (2013) y de los Lineamientos de la Política Social y Económica del Partido y la Revolución (2011). El único mecanismo fijo es la rendición de cuentas de los delegados de circunscripción (dos veces al año), un espacio profundamente mellado por la deslegitimación, como se verá más adelante.

¹⁰ Si la impotencia frente al despotismo, el sentido práctico de los límites de la tolerancia estatal, la internalización del castigo, la censura y autocensura, la paranoia, por sólo citar algunos ejemplos, están implícitas en interacciones entre dominados donde las autoridades no están de cuerpo presentes, es plausible creer que, cuando sí lo están, tales esquemas cognitivos indeliberados, en lugar de desaparecer, se exacerben.

en espacios fronterizos y públicos, por supuesto, desconocían que estaban siendo escrutados; por tanto, no había peligro de que alteraran sus discursos y prácticas habituales.

Así que, en el caso de la observación etnográfica, la tensión más bien la padecía el investigador. En primerísima instancia, por el apremio de abarcar –más allá del alto nivel de aleatoriedad que implica trabajar en espacios sociales abiertos (fronterizos y públicos)– todos los criterios de selección muestral previstos, fundamentalmente, en lo relativo a las esferas privada e intermedia de la vida cotidiana. Además, por tener que actuar, memorizar y tomar notas de forma natural y desapercibida. Los mejores anticuerpos contra las potenciales distorsiones (sesgo de selección, falta de fidelidad, interpretaciones erradas) fueron la intencionalidad, la inmediatez y la reiteración, respectivamente. *Intencionalidad* a la hora de multiplicar las observaciones de acuerdo con dimensiones teóricas-contextuales relevantes, cuyas variaciones son independientes de la unidad de análisis que se quiere describir-explicar. *Inmediatez* para registrar y procesar la información con obsesión de «conejo blanco» aprensivo con la prisa (personaje de “Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas”). *Reiteración*, en aras de detectar recurrencias y, a partir de la equivalencia situacional, cotejar, confirmar, perfeccionar y engranar inferencias.

En contraste, las entrevistas resultaban fuente de inquietud para ambas partes. El conocimiento detallado del corte de la conversación siempre les generaba temores y tribulaciones a los informantes. Pero, como ya se advirtió, excepto un caso, tales perturbaciones no impidieron la concreción de ninguna plática ni la fertilidad de los encuentros (léase distención, sinceridad, profundidad, substancia). En el caso de los entrevistados, en función de la tipología de subordinación-disidencia, a los criterios de selección muestral utilizados para la observación se les añadió un elemento que sí está correlacionado con las relaciones de poder bajo estudio, aunque no del todo¹¹: la orientación ideológica (prosocialista, anticomunista, indeciso o indiferente). El objetivo expreso fue justo eludir el sesgo de selección que la aleatoriedad total puede contraer en los estudios cualitativos (al dejar por fuera evidencia concluyente para el caso), evitar el fiasco de las celdas vacías y abarcar el espectro más amplio posible de variación del fenómeno estudiado

¹¹ Amén de que la orientación ideológica influye de manera notoria en dimensiones intersubjetivas como los «Niveles de lealtad» y la «Disposición para la resistencia» y, por tanto, en los discursos y prácticas de dominación-subordinación-resistencia (y viceversa), es justo decir que buena parte de la orientación ideológica «se hereda» por socialización primaria, pero se modifica luego durante procesos de socialización secundaria y autodefinición personal. Asimismo, como se demostrará más adelante, no es raro que ciertos discursos, pero sobre todo prácticas cotidianas, de subordinación y disidencia se contrapongan escandalosamente con la orientación ideológica profesada.

(es decir, revelar una mayor diversidad de dinámicas culturales y comportamentales al interior de la unidad de análisis). Así, por ejemplo, aunque la observación etnográfica arrojó que las personas que profesan una lealtad ciega al régimen son, en verdad, una pequeña minoría, la inclusión de informantes atípicos como esos nos permitió enriquecer y robustecer los resultados (mediante la comparación) y, en buena medida, desafiar las categorías del sentido común naturalizadas.

Para finalizar esta sección, es importante subrayar que en cada una de las ciudades escogidas no comencé a realizar entrevistas hasta después de dos meses de faena etnográfica. Y esta estrategia de empezar el trabajo de campo sólo con observación rindió gratos frutos. Al contrario del escenario doméstico, la observación etnográfica en espacios fronterizos y públicos, salvo por su selección, bastante ajenos al control del investigador (en cuanto a los concurrentes), implica un componente de aleatoriedad parcial que, junto con la exhaustividad inherente al método, me permitió obtener evidencia empírica muy variada y saturada. Día a día, esta exuberante fuente de información me fue aportando pistas originales, no contempladas, para 1) redondear el perfil de entrevistado típico que podía tributarme información relevante, contrastable con las derivaciones de la tipología de subordinación-disidencia; 2) reestructurar el guion de interrogantes *ad hoc*, en función de cada perfil; y 3) identificar los aspectos que debía enfatizar o profundizar, ya fuere por relevancia propia o valor complementario, por la necesidad de clarificar inferencias ambiguas, o para revelar información hasta ese momento incompleta u omisa.

4.3 Prontuario

Aunque por cuestiones de tiempo esta reflexión autoevaluativa no abarcó todo el recorrido originalmente planificado, esperamos que, al menos, el análisis autocrítico de los cinco temas aquí abordados haya contribuido a justipreciar, en primer lugar, la enorme relevancia de este tipo de ejercicio; y, en segundo orden, la incuestionable *situacionalidad* a la que también está sujeta la propia práctica investigativa, ya sea cuantitativa o cualitativa (y ni siquiera los supercontrolados estudios experimentales escapan por completo a este adagio). Si, por demás, el vientre contextual de nuestra unidad de análisis adopta la forma (más bien los barrotes) de un entorno cerrado, vigilado y represivo, entonces el nivel de sujeción coyuntural se multiplica varias veces y el grado de adversidad, a diferencia de otros contextos menos hostiles, puede llegar incluso a torpedear el desarrollo y desenlace de la investigación.

Este vasallaje circunstancial quedó registrado en el primer epígrafe dirigido a hacer un balance *a posteriori* (con base en notas tomadas *in situ*) sobre la inmersión en el campo, las restricciones al movimiento del investigador, las estrategias de recolección, pre-procesamiento y resguardo del material empírico, el acceso a y la relación con las fuentes, la atmósfera de trabajo, etc. La permanente sensación de estar siendo acechado por la policía secreta y, en consecuencia, por las consiguientes amenazas a la culminación coherente del estudio, ya de por sí deviene una inferencia muy significativa. Cuando se tiene que ocultar/camuflar/disimular el tema de estudio por su naturaleza política, y todas las medidas de precaución parecen pocas para evitar la ira de los poderosos, el ambiente de trabajo deja de ser eso, «ambiente», y se convierte en evidencia constitutiva de las variables observadas. Hurgar en esa «normalidad» posttotalitaria, aparentemente homogénea, que convierte a investigadores en «cazadores furtivos» y a informantes en «presas» aprensivas, temerosas del gobierno, huidizas y sigilosas, pasa a ser una tarea de primer orden. Y su deconstrucción-explicación un peligroso reto.

El segundo epígrafe, ya en otra rama mucho más introspectiva de la autoevaluación, somete al filo de la autocrítica algunas piezas medulares de la arquitectura ósea de la investigación. Como no podía ser de otra manera, empezamos por cuestionar la pertinencia, relevancia analítica, factibilidad, suficiencia, exhaustividad, unicidad, complementariedad, coherencia y organicidad de las preguntas y objetivos, en su conjunto, y por separado. Una labor necesaria que sacó a flote la importancia de regresar una y otra vez al diseño. Luego tocó el turno al desmontaje concienzudo de la «mochila» personal de teorías-conceptos, el modelo de análisis y las hipótesis. En este apartado se examinaron las ventajas de cruzar los *continuums* de la intersubjetividad a las acciones y de lo privado a lo público, las similitudes y diferencias de este modelo respecto a la concepción tridimensional del poder de Lukes-Gaventa, así como los grandes beneficios de tener un diseño de investigación flexible que permita enriquecer, entre otras cosas, las conjeturas e hipótesis iniciales. Por último, no podíamos concluir este viaje de regreso sin analizar las fallas de nuestra selección muestral, sus consecuencias y las estrategias seguidas para minimizarlas / contrarrestarlas.

CAPÍTULO V: MAPA CULTURAL. LOS FLUJOS DE SABERES COMPARTIDOS

5.0 Exordio

Como ya se ha reiterado, asumir un enfoque relacional centrado en la agencia de los dominados implica prestar especial atención a los marcos culturales que, aunque flexibles y más o menos dinámicos, dotan de recurrentes sentidos políticos a la actividad cotidiana de los subordinados. Partir de esa matriz múltiple de significados compartidos nos permite, primero, aprehender el particular contexto cultural de las relaciones de dominación-subordinación-resistencia en la Cuba actual. Esa enmarañada red de construcciones simbólicas que le otorga a una comunidad de actores un denso sustrato referencial sobre el que erigir, de manera comprensible, sus discursos y prácticas; los cuales, a su vez, constantemente actualizan dicho *background*, gracias a la fuerza de los ajustes cognitivos situacionales y de la innovación colectivamente iterada. Luego, el mapeo de estos marcos intersubjetivos resulta imprescindible para determinar *el contenido* de los diferentes tipos de lazos políticos entre autoridades y ciudadanos. Es decir, sin esa cartografía cultural sería imposible hacer inteligible, y más aún explicativo, ese *sentido narrativo* que no sólo es constitutivo de las relaciones de poder (Crossley et al, 2015); sino que en sí mismo da cuenta de la calidad, la intensidad y la robustez del vínculo entre dominantes y subordinados.

Para los intereses inquisidores de este estudio, más allá de profundizar en las bases microsociológicas de la gobernabilidad cubana, resultaba medular revelar diversas estampas típicas que, por un lado, ilustran algunas de las identidades de *—quiénes son—* los ciudadanos de a pie que sostienen, día a día, los vestigios de un régimen en aparente decadencia; y, por el otro, ayudan a contextualizar, en clave narrativa, el amplio arsenal de experiencias, repertorios y lógicas a través del cual los subordinados ponen en práctica *—cómo lo hacen—* sus diferentes des/lealtades respecto a las pretensiones de dominación. No hay modo de complimentar con mínimo acierto ambos propósitos sin penetrar en el magma de la intersubjetividad y «graficar» aquellos patrones cardinales de los saberes, creencias, valores, convenciones, representaciones, expectativas... *comunes* que cementan significativamente la relación entre ciudadanos y autoridades.

De manera que este capítulo comienza poniendo en perspectiva tres de los ejes fundamentales de ese vasto óleo simbólico de la dominación-subordinación-resistencia en Cuba. A través de la sistematización de las más relevantes convicciones, representaciones y expectativas encontradas en el campo, queda en evidencia que el panorama cultural criollo resulta mucho más heterogéneo,

complejo y hasta antitético al dibujado por la propaganda oficial del Estado-Partido comunista. A continuación, se describen las principales formas discursivas que vehiculan el flujo de dichas figuraciones intersubjetivas, por lo general hacia una misma dirección: el malestar social. Para finalizar, se exploran brevemente las variaciones situacionales de la producción oral de los dominados, según las dinámicas propias de cinco diferentes espacios discursivos típicos. Un contraste que suscita inferencias valiosas para el capítulo y toda la tesis.

5.1 Atención: veridicciones alternativas circulando

Incluso para quien no conozca Cuba, y por miopía in/voluntaria sólo consuma el contenido de los medios oficialistas del régimen, debiera resultar sospechosa la incommovible homogeneidad sociopolítica con que el gobierno ha pintado al pueblo cubano durante las últimas seis décadas. Por mero sentido común, el retrato propagandístico de un monolito popular “unido, sólido e inquebrantable” deviene sencillamente inverosímil. No hay pretensión ideológica absolutista que resista el embate de la heterogeneidad social. Y la pluralidad empieza, primero que todo, por el libertino universo de las ideas, eterno prófugo de cualquier tipo de atadura o normalización..

Ahora, una cosa es desconfiar de la fidelidad de cierta representación distorsionada de la realidad y otra bien diferente es olfatear, desde la distancia, su total falsedad. Para esto último hace falta un conocimiento informado y profundo, que sólo se consigue mediante la propia experiencia de vida o, en su defecto, con mucha dedicación al tema. En cualquier caso, si se pretende someter tal conjetura a verificación empírica, no hay más remedio que zambullirse en la realidad cubana por un largo período de tiempo y estudiar la producción y circulación de veridicciones alternativas entre los subordinados; con la suficiente curiosidad, detenimiento, agudeza y rigor como para reunir evidencia sociológica sistemática, consistente y robusta.

Después de eso, no sería raro alarmarse con las dimensiones monumentales de la falacia mediática del gobierno cubano. El continuo desafío cotidiano al conjunto de reglas y prácticas dominantes que dictan con pretenciosa irrefutabilidad qué es lo verdadero / falso patentiza una incongruencia escandalosa entre los discursos de los subordinados y su obediencia generalizada. Una discordancia que, en muchos aspectos, recuerda los pilares dramáticos del teatro del absurdo. Las siguientes secciones dan fe del abismo imperante entre la impoluta representación oficialista y una realidad cultural distópica, actualmente ubicada en las antípodas de la imagen modélica que siempre le han endilgado.

5.1.1 Convicciones políticas

Conviene comenzar desentrañando el «núcleo duro» de la matriz cultural que soporta, con un carácter significativamente vinculante, las relaciones de dominación-subordinación-resistencia en la vida cotidiana de los cubanos. Con «núcleo duro» nos referimos a la zona de la cultura política más sólida, estable, recia y persistente; cuyo origen se remonta a valores morales (prepolíticos) alejados de cualquier tipo de cálculo racional, específico, coyuntural. Hablamos de *convicciones políticas*, reconocibles por dos rasgos principales: i) su profundo arraigo en el imaginario social, fruto de un largo período de sedimentación; y ii) se sustentan sobre juicios de valor¹ acerca de la cuestión política. Dichas características les confieren a las convicciones políticas una relevancia medular para los procesos de atribución y cuestionamiento de la legitimidad.

En un campo como el político, tan conflictivo y atravesado de cabo a rabo por infinitas consideraciones éticas, las convicciones desempeñan una función capital en la orientación intersubjetiva hacia las pretensiones de dominación y, por ende, en las consiguientes manifestaciones masivas de subordinación-resistencia. En materia política es muy difícil no tomar partido, juzgar, sancionar, enjuiciar y hasta estigmatizar. Sabemos que incluso la pretensión de neutralidad política contrae una aprobación funcional del orden dominante, por ausencia de oposición, entre otros efectos no deseados. Las convicciones políticas devienen meridianos éticos a la hora de categorizar el desempeño de las autoridades, las instituciones, el régimen, y suelen convertirse en vectores culturales socializados que contribuyen a modelar la actividad mental (el pensamiento) y las prácticas (conductas) de los actores. Lógicamente, en combinación con otras dimensiones de la cultura más ancladas a la racionalidad, como las representaciones, las actitudes y las expectativas.

A continuación, examinaremos cinco binomios que descollaron de modo recurrente en el material empírico. Cinco ejes que capitalizan en su polaridad las emergencias más relevantes en cuanto a las convicciones políticas que más participan en la microconstrucción de las relaciones de dominación-subordinación-resistencia. Presentados a modo de contrastes, estos binomios expresan la tensión fundamental que en la actualidad afecta a los valores políticos más arraigados de una ciudadanía escindida entre seguidores y desafectos, ficción y realidad, correcto y

¹ Los juicios de valor son una especie de dictámenes categóricos con una fuerte carga moral (bueno/malo, cierto/falso, útil/inútil, ético/condenable...), que responden a creencias, valores y experiencias colectivas con una huella histórico-contextual de larga data.

conveniente, quedarse o irse, entre el ayer, el hoy y el mañana. Escisiones todas atravesadas, como veremos, por una gran asimetría, harto elocuente y sintomática respecto a los problemas de salud del sistema.

5.1.1.1 Deslegitimación / Legitimación

Los diversos niveles de aceptación o rechazo que las pretensiones de legitimidad suscitan en un grupo de subordinados resultan, en primera instancia, del grado de correspondencia entre tales pretensiones y los valores políticos e ideológicos predominantes en dicha comunidad de sentido. La legitimidad no es un estatus que se pueda imponer a punta de bayoneta, mediante intimidación o a golpe de panfletos. Se gana o se pierde en función de la afinidad electiva entre la oferta y la demanda (por usar una terminología quizás poco apropiada, pero bastante ilustrativa, dado el dinamismo del «mercado» de la legitimidad). Resulta desacertado creer que aquello que una vez fue válido, aceptable, legítimo para un colectivo de personas, continuará siéndolo únicamente por la fuerza de la costumbre y la reiteración. Craso error. En el «juego» continuo de la gobernabilidad, la legitimidad se renueva, fortalece o erosiona por muchas razones. Entre ellas, los cambios culturales, la modificación de las condiciones que otorgan vigencia a las normas, y la actualización de los marcos de referencia (verbigracia, por la comparación con otras comunidades de sentido).

Dicho esto, enfocaremos nuestra atención en aquellas convicciones políticas de los subordinados que interpelan a las pretensiones de legitimidad en los dos niveles más invariantes de la relación entre dominados y poderosos: el sistema y los gobernantes. Debido a su naturaleza mucho más reflexiva, circunstancial y provisional, será en el epígrafe siguiente, dedicado a las representaciones políticas, donde abordemos las construcciones intersubjetivas acerca de algunas medidas o demandas concretas que los dominantes distribuyen periódicamente a los ciudadanos, de conjunto con concepciones racionales generales y específicas sobre determinadas autoridades.

Tras muchos meses de etnografía «a pie de pueblo» y otros tantos de procesamiento minucioso del material empírico (con seguimiento atento, en la distancia, del acontecer cotidiano en la isla), no me tiembla la mano al afirmar que la legitimidad del sistema socialista cubano (tal y como lo «vende» el gobierno hoy) parece estar herida de muerte. Por supuesto, siempre cabe la posibilidad de que tamaña aseveración sea desproporcionada o imprecisa. Mi recolección de datos podría ser deficiente (en cantidad, diversidad y calidad). Y mi interpretación de la información recabada podría estar sesgada por tal insuficiencia u otras razones personales, formativas e intelectuales. No

obstante, ya vimos que aplicamos a nuestro material empírico unos controles mínimos de calidad (capítulo IV) que nos permiten confiar en la heterogeneidad, exhaustividad, «fidelidad» y relevancia de las emergencias más recurrentes del trabajo de campo, al menos en su primer nivel de interpretación (el del sentido común de los actores). La validez de las inferencias de segundo y tercer nivel ya es otra cosa: sólo puede avalarse mediante la fortaleza lógica del razonable ascenso por la escala de abstracción. Y ese es un terreno más propenso a la controversia y la falsabilidad, amén de ciertas «reglas».

Pues bien, el cataclismo de la legitimidad del socialismo de Estado en Cuba –y, por transitividad semiautomática, de las autoridades, funcionarios y figuras públicas que defienden la validez del sistema a pesar de las apabullantes muestras históricas de su fracaso–, es una de esas emergencias de primer nivel tan saturada que es difícil dar cabida en el análisis a la posibilidad de que dicho proceso de decadencia política pueda revertirse totalmente, en un escenario futuro, por obra y gracia de un largo período de bonanza política / económica. El divorcio entre, por un lado, la pretensión dominante de hacer perdurar *ad infinitum* la legitimidad del socialismo «clásico»² y, por el otro, los valores políticos preponderantes en la ciudadanía en la actualidad, resulta demasiado patente, radical y mayoritario. Al punto que parece muy improbable que la lava de la deslegitimación no haya (es)calado ya a la cúpula de la nomenclatura gubernamental; pero esa sí es una conjetura manifiestamente especulativa.

Por el momento, es un hecho concluyente que, en los hogares, las calles y los barrios, la época dorada del matrimonio entre aprobación popular masiva y consigna socialista suena hoy a historia antigua. En la actualidad, sólo un reducto de fervientes devotos comunistas (asimilados) comulga con los viejos estandartes de la legitimidad socialista que las autoridades se empeñan en redistribuir intactos, como si el tiempo no hubiera pasado (décadas) y la sociedad cubana no hubiera cambiado (mucho). Hay una realidad evidente y cualquier mirada atenta puede captarla: frente a las vetustas pretensiones de legitimidad socialista rancia y dura (incapaz de atemperarse a los nuevos tiempos), la enorme mayoría de los cubanos de finales de la década de 2010-2020 e inicios de la siguiente se mueve, principalmente, entre la impostura y la apatía, los peldaños más bajos de la atribución de legitimidad política. En general, las principales maneras de los ciudadanos

² Más allá de la tímida, malograda y muy controlada apertura a la iniciativa privada personal (y recientemente empresarial), en el terreno estrictamente político los autócratas comunistas no han dado la más mínima muestra de plantearse una reforma del sistema, que tan siquiera vislumbre los pespuntos lejanos de un proceso de democratización del Estado en sus funciones públicas elementales: ejecutiva, legislativa y judicial (ver capítulo II, epígrafe 2.1).

interactuar con las pretensiones de validez del gobierno son la simulación, la indiferencia, la resignación y la disidencia marginal/moderada. Estrategias que expresan una pobre identificación política con el proyecto socialista y, por consiguiente, niveles mínimos de lealtad y subordinación.

Como es de suponer, aunque aflora por doquier, dicha tendencia global no es homogénea. Afinando la mira sociológica, dentro del espectro de convicciones políticas que se ponen en juego entre los subordinados, se pueden distinguir al menos dos grados de deslegitimación del sistema y las autoridades, con particularidades propias: moderado y alto. Los cuales están ordenados, como se sobreentiende, de acuerdo con la profundidad de la discrepancia respecto a la «oferta» oficial de mandamientos y razones para aceptar la legitimidad del socialismo cubano, y presentan diferentes matices en cuanto a los márgenes de desencanto respecto a los dirigentes.

En un primer nivel de deslegitimación, podemos ubicar los valores asociados a la apatía, la indiferencia, el renunciamiento. Al menos en el caso cubano, el «apoliticismo» (que en la práctica opera como adhesión involuntaria), aparece siempre ligado a sentimientos de insatisfacción, agotamiento, tedio y desilusión. “Sinceramente, a mí la política no me interesa. Lo mío es tener un plato de comida, vivir honradamente, satisfacer mis necesidades básicas con mi salario, pasear, arreglar mi casa... Pero hoy el salario no alcanza para nada de eso”; “A mí nada de política me interesa, ni me fajo, ni discuto por eso. Ese no es mi tema. Me da lo mismo el Partido que el Poder Popular, si ninguno resuelve nada”; “Realmente no me interesa mucho la política. De hecho, no me interesa nada de eso, porque aquí en este país nada cambia. Aquí los cambios que se hacen son para conveniencia de los dirigentes. Lo que hay lo acepto”. Dada su naturaleza desaprobatoria, este tipo de convicción que preconiza una supuesta «neutralidad» política puede clasificarse, sin temor a errar, dentro de la deslegitimación moderada, un coadyuvante clave en la desidentificación política, la consolidación de la abulia como filosofía de vida y el desistimiento de participar (ni a favor ni en contra del orden dominante) como pauta universal de conducta.

En general, en el nivel más incipiente de deslegitimación encontramos convicciones muy arraigadas que cuestionan la validez del sistema político cubano en cuanto a aspectos más «epidérmicos», como su flexibilidad operativa, funcionalidad, credibilidad, reputación. Predominan aquí, por ejemplo, sentimientos compartidos en torno a la idea de que el sistema es *per se* cuadrado, rígido y restrictivo. Tal limitación estructural –están convencidos algunos ciudadanos– constituye una camisa de fuerza que maniata, trunca y desestimula la iniciativa del cubano; pero afecta más al común de los mortales que a la realeza del régimen y sus allegados.

Así lo ha sellado la sabiduría popular con tinta indeleble: “Aquí el que tiene padrino se bautiza”, en referencia a las «excepciones» y prebendas discrecionales que pueden conseguirse solapadamente si se tiene acceso a una buena “palanca” (influencia) dentro de la oficina o ministerio de interés.

En ocasiones, esta convención extendida, que reprocha la inflexibilidad del sistema hasta límites antológicos, aparece en el imaginario de los dominados despersonificada por completo, envuelta por el halo (mitigador) de la excusa del “defecto de fábrica” del socialismo real, un fallo de la arquitectura original que nadie puede enmendar. Sin embargo, otras veces, se comparte en diferentes espacios la firme convicción de que la falta de plasticidad del orden político tiene rostros, ojos, brazos, cerebros y, sobre todo, intencionalidad. Existe una creencia general, hartamente socializada, de que las autoridades y funcionarios públicos, en el desempeño diario de sus tareas, son los protagonistas de la «artrosis» global que aqueja al sistema. A menudo, la inflexibilidad de los directivos adquiere tintes tan irracionales, que provoca ataques de hilaridad colectiva (al margen, tómesese nota de la burla, no sólo como medio de resistencia, sino como original expresión de valores contestarios):

Oigan este cuento para que se caguen de la risa: recientemente llegó la orientación al hospital de entregarle un carro a un trabajador destacado, que debía ser militante del Partido pero no cuadro, ni directivo. Entonces, la gente propuso a un médico intensivista que siempre está rompiéndose el lomo, porque hace guardia cada tres días, y es buena gente. Pero la dirección dijo que no, porque hace años “No dio el paso al frente cuando le pidieron ser jefe de los intensivistas”. [Prorrumpen en carcajadas] En aquel momento él dijo que le gustaba su trabajo, no dirigir. Pues, es tremendamente absurdo: palo porque boga y palo porque no boga. Si fuera cuadro, no tuviera derecho al carro. Y, aunque cumple el requisito de no ser cuadro, tampoco tiene derecho porque una vez se negó a ser cuadro. [El relato de la doctora, de unos 45 años, a un grupo de amigos en medio de un céntrico parque de Camagüey desemboca en algazara]

Dentro del sector convencido de que la «tiesura» del sistema político cubano es más una incompetencia de los políticos que una deficiencia estructural congénita, destaca, a través de todos los grupos etarios, un suborden que todavía trasluce, en medio de su arraigada inconformidad, reductos de legitimidad cautelosa hacia una parte de la dirigencia del Estado. Por lo general hacia la generación menos envejecida, aquellos que, por no estar “viciados con los errores de la vieja guardia”, podrían ser portadores de la flexibilización salvadora que necesita la conducción del país.

Sin embargo, es necesario subrayar, esto no significa que gocen de un respaldo y aprobación inequívocos. No. Sino que, por oposición a los líderes históricos de la Revolución, despiertan menos rechazo y hasta se les concede, a veces, el beneficio de la duda: “Quizás hagan algo diferente y saquen el país adelante”.

En particular, no es tan raro escuchar juicios favorables y hasta compasivos sobre el actual presidente: “A mí Díaz-Canel me cae mejor que los otros [los Castro], no parece tan cuadrado”; “Al menos Díaz-Canel trata a la gente con respeto y de vez en cuando mira para abajo. Él quiere cambiar las cosas”; “Pobrecito Díaz-Canel, desde que cogió el cargo está desmejorado; tiene mucho trabajo. Y, total, quizás él ni gobierna, porque seguro las órdenes las da Raúl [Castro]”; “No lo veo como un títere. Él era un espectador pasivo y esperó solapadito ahí a que le dieran oportunidad de hacer algunas cosas. Ahora está tratando de sacar al país del infierno en que se quedó en la dictadura anterior”. En el trasfondo de este tipo de aprobación piadosa se percibe claramente una especie de tenue legitimidad contrastiva, al más puro estilo del viejo refrán: «En la casa del ciego, el tuerto es rey». Un atisbo de legitimidad signado más por la comparación con un referente nefasto que por un estatus político alcanzado por méritos propios.

Estrechamente relacionada con la inflexibilidad, la obsolescencia aparece recurrentemente entre los puntos flacos del sistema que más resquebraja su validez ante los ojos de los subordinados. Abundan en el material empírico los cuestionamientos a la naturaleza anticuada y desfasada de muchas organizaciones, instituciones, leyes, políticas, métodos de dirección, retóricas partidistas, estrategias de comunicación periodística, etc. La incapacidad del orden político para renovarse y adecuarse a la evolución de la sociedad que pretende representar fomenta el cansancio, el hastío y el rechazo a las consecuencias más visibles de la obsolescencia: el estatismo, la disfuncionalidad y el subdesarrollo. Dada la antigüedad y masividad de su circulación, semejantes creencias redundan en un descrédito *in crescendo*, peligrosamente acumulado, del régimen político y sus artífices de turno. Porque, en este punto, nuevamente es muy común que la legitimidad del sistema y la de las autoridades se desplomen abrazadas por el despeñadero de las veridicciones alternativas.

De la política como tal el problema es que nosotros no elegimos al presidente, que siguen los mismos en el Comité Central [del Partido]. Creo que son los mismos desde yo no sé hace cuántos años, que los ponen en un puesto, los quitan y los ponen en otro, y los problemas, entonces, siguen porque son los mismos [dirigentes]. Es que aquí no pasa nada. Todo es igual desde hace 60 años.

No pasa nada. Y, entonces, piensan todos igual. No hacen ningún cambio. Es que han acabado con el país y nosotros seguimos en las mismas. [Enfermera, 50 años]

En el panorama de las convicciones políticas de los ciudadanos cubanos, el *summum* de la obsolescencia y la disfuncionalidad está reservado para las organizaciones de masas –los Comités de Defensa de la Revolución (CDR), la Federación de Mujeres Cubanas (FMC), las distintas federaciones de estudiantes de cada nivel de enseñanza (pioneros, bachilleres, universitarios)– y políticas –la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC) y hasta el propio Partido Comunista de Cuba (PCC)–. El convencimiento popular acerca del arcaísmo, inoperancia e inutilidad de las asociaciones civiles es, hoy por hoy, una perogrullada de sentido común. Es una rareza encontrarse a un buen samaritano que aún crea en ellas. A nivel comunitario, el desprestigio las condena a una lenta fosilización que las convierte en cascarones vacíos, torpemente disecados para aparentar que aún albergan vida en su interior. Si sus estructuras directivas continúan operando (“inflando globos”) a nivel municipal, provincial y nacional es sólo porque el gobierno no acepta el naufragio de su totalizante encuadramiento asociativo de la sociedad.

Antaño dechado de eventos y actividades comunitarias de múltiples tipos (recreativas, didácticas, de higiene y sanidad, vigilancia, ideológicas, promoción del civismo...), hoy los CDR y la FMC constituyen apenas una silueta borrosa de lo que fueron: “Esa organización es solamente para que tú cumplas, para que pagues la cotización, para ir a las reuniones. Pero, realmente, eso no te aporta nada”; “En mi cuadra ya ni CDR hay. Entonces, vienen los funcionarios de la Zona [instancia superior] a cobrar la contribución al CDR y la FMC, porque nadie quiere ocupar cargos aquí en el barrio. La gente no está para meterse en esa candela”. “Aquí el CDR no funciona ya hace como diez años. Ni la vigilancia, ni las actividades festivas e ideológicas; sólo la cotización la siguen recogiendo. Y para eso, hay varios vecinos que ya ni pagan”. Frases como estas pululan en tropel en la evidencia empírica y, en concierto atronador, denotan los ríos profundos de desprestigio que corren al interior del imaginario social respecto a las organizaciones de masas.

Un desprestigio que, cuando se extiende con magnitud creciente e implicaciones más corrosivas a las organizaciones políticas, nos convida a pensar ya en un segundo escalón de la deslegitimación. A diferencia del nivel moderado, donde las convicciones políticas se forjan al calor de juicios de valor menos mordaces en el cuestionamiento de la legitimidad (bueno/malo, eficaz/inoperante, útil/inútil, pertinente/improcedente, estimable/desdeñable), en el nivel más alto de deslegitimación se impugnan aspectos de fondo (permítase la licencia ontológica: más

«esenciales») y con una perspectiva más holística; tales como la validez, alcance y suficiencia de las políticas públicas y la gestión gubernamental; la razón de existir de las instituciones políticas; la moralidad de las autoridades; la veracidad de la autorrepresentación gubernamental y de sus principios ideológicos; y, en últimas, la legitimidad absoluta del sistema de dominación en su conjunto. Entran al ruedo juicios de valor más categóricos: cierto/falso, ético/condenable, aceptable/inadmisible, justo/injusto, virtuoso/vicioso...; los cuales constituyen la base moral para el florecimiento de la desafiliación, la contestación y las diferentes manifestaciones de resistencia.

Así, por ejemplo, ubicamos en este estanco analítico los valores principales que las actuales juventudes comunistas cultivan como parte de su particular experiencia militante. La UJC es una organización política que en la práctica se considera y opera como una asociación de multitudes, debido a su laxo protocolo de ingreso masivo a sus filas desde edades muy tempranas, cuando la desinformación, el embullo y, a menudo, la conveniencia (la promesa de ciertos beneficios, como la prioridad en el acceso a determinadas carreras universitarias) induce a los jóvenes a aceptar su membresía, sin tener la más remota idea de las consecuencias prácticas y simbólicas de la militancia. El resultado generalizado de estas captaciones enfocadas a lo cuantitativo es la antítesis de la idea original: una organización desorganizada (valga el retruécano), despolitizada, disfuncional, desgastada por la rutina, la falta de compromiso y, por supuesto, la deslegitimación.

A veces he tenido que coger algún cargo, porque no me queda más remedio. No hay más nadie. Me ha tocado ser secretaria general. Pero es lo más que hacemos: reunirnos, formar el Comité de Base y recoger tres pesos. Siempre ha sido así. Nunca he hecho... Si acaso un día nos reúnen y nos leen algún panfleto. Ya te digo, hay militantes más activos, pero la mayoría es así. Para mí eso es algo..., no sé..., una pantalla, por así decirlo. Una pantomima, algo como de mentira, para aparentar, no sé. Yo siento que es para decir que aquí hay muchos militantes (...) Nosotros en primer y segundo año, sí hacíamos reuniones mensuales. Bueno al principio. Pero cogíamos una hoja rápido y decíamos: “A ver, vamos, ¿qué vamos a poner aquí? Vamos, ya...”. Así. Para cumplir, sí. [Estudiante de Medicina, 22 años, militante de la UJC]

No queda más remedio, me ha tocado, panfleto, pantalla, pantomima, mentira, aparentar, para cumplir... Las palabras se agolpan precipitadamente y conforman un revelador mosaico que se yergue en sinécdoque de la debacle nacional que en la actualidad sufre la legitimidad de la UJC. Porque la escena de este docudrama de denigración se replica por todos lados y se repite una y otra vez a través del tiempo, con muchas más historias de agudización crónica que de acciones

paliativas. Con cada puesta en escena de la “pantomima”, las convicciones que socializan los jóvenes militantes se alejan más y más del ideal comunista y la integridad moral del “hombre nuevo” soñada por el Che Guevara, para corromperse en el magma estratégico de la “doble moral”, la simulación, el camuflaje, el oportunismo, la cobardía y un largo etcétera de valores y prácticas contrarios a la honestidad.

Gran parte de la turbia carga valórica que despierta la experiencia de militar en la UJC puede extrapolarse a pie juntillas al sentir moral de muchos militantes del PCC. Con el atenuante de que la experiencia partidista, al ser menos masiva³ y más importante para la vida política del Estado-monopartidista, supone una dinámica *un poco* más seria, formal, comprometida y politizante. Significa, asimismo, compartir espacios con el selecto club de verdaderos asimilados al comunismo; con todo el fardo inquisidor que ello comporta.

Tengo un compañero en la empresa que era militante y pide la desactivación. Yo, que entonces era el secretario del núcleo, le digo: “Vamos a analizarla”. Todo el mundo dio su opinión. Y le dije: “Ahora tienes que esperar la aprobación del Distrito”. Y él y yo estábamos conversando un día, que todavía no había llegado la aprobación, y me dijo: “Ya al Partido le saqué todo lo que necesitaba”. Yo le respondí: “Mira, por tu bien, por el mío y por la relación que tenemos aquí en el trabajo, eso no lo digas en ningún lado, sobre todo por el bien tuyo”. ¿Cómo vas a decir eso? Di que es porque te vas a ir para China, pero no digas que es porque ya le sacaste al Partido todo lo que necesitabas. Estoy seguro de que hoy mucha gente está en el Partido por eso, y por otras muchas razones. Eso lo veo hasta cierto punto como un desprestigio, un engaño. Porque no estás ahí porque lo sientes, sino porque te conviene. [Ingeniero, 34 años, exmilitante del Partido]

Para el amplio segmento de militantes del Partido que, debido a las presiones políticas, laborales y sociales, permanece de mala gana en la organización (por conveniencia o miedo a salirse), las implicaciones más costosas de la profesión y ejercicio de la “doble moral” tienen lugar en el ámbito privado. Allí son objeto cotidiano de cuestionamientos éticos, burlas y todo tipo de reproches por parte de la familia y los amigos cercanos; los cuales, por provenir de seres queridos, es lógico que tengan un mayor peso relativo en la parsimoniosa reconfiguración de las convicciones.

Asimismo, observamos cómo estas escaramuzas domésticas (sobre todo el escarnio), de a poquito, a cuentagotas, van mellando también las inmaculadas convicciones de algunos de los más

³ La captación es un pelín más rigurosa y selectiva, aunque no tanto como se esperaría, y los adultos son algo más reacios a la hora de caer en la tentación de ingresar a la organización por razones ajenas al convencimiento.

acendrados defensores del régimen socialista, por lo común gente mayor. En especial, encontramos que la influencia de la experiencia migratoria de los descendientes deviene un factor de cambio de mentalidad lento pero determinante, en el seno de los hogares con presencia de comunistas convencidos. Por un lado, la comparación entre la calidad de la vida “afuera” respecto a “adentro” y, por el otro, la dependencia total de las remesas para subsistir, conforman un tenaz ariete que, como la gota que horada la roca, va desmoronando los más tercos muros de la necedad ideológica.

“Ven acá chico, ¿y cuándo a ti se te va a caer esa venda que tienes puesta así...?” [gesto sobre los ojos], le espeta a su marido una anciana, exmilitante del Partido. Y relata con sorna: “Él es un comunista, pero mira, un comunista que vive por la mesada que Yuni [el hijo de ambos] le manda desde Bruselas, porque si no, nos moríamos de hambre los dos. Vamos, así cualquiera es comunista”. Y vuelve a increpar al marido: “Fíjate, ¿de dónde tú sacas dinero para comprar todas esas tarjetas de ETECSA⁴ a 4.50 pesos convertibles, que tú compras cien [para revenderlas], si no fuera por el trabajo del emigrante ese, desertor, médico, hijo tuyo que se quedó en Bruselas? Explícame, ¿a ver? ¿Entonces, cuál es el comunismo tuyo Eduardo?” [Jubilada, 74 años]

Tampoco escapan al maremágnum de desprestigio las diversas instancias del sistema político en todos sus estratos; pero, sobre todo, en las estructuras de base del Poder Popular. La legitimidad del/a delegado/a de circunscripción, por ejemplo, parece haber tocado fondo hace muchos años. Hoy deviene un ente con prácticamente nula importancia para la comunidad, que a veces despierta lástima: “Ese es un infeliz que no tiene recursos para resolver nada. Está ahí sólo para aguantar palos”; cuando no suscita sentimientos de desprecio: “¿El delegado? Ese nunca resuelve nada, las cosas siguen iguales. Siempre es la misma mierda. No cambia nada. Es lo mismo con lo mismo”. Incluso, no es poco frecuente que tales sentimientos deriven en el convencimiento de que la figura del/a delegado/a constituye el primer eslabón de una barrera institucional hábilmente erigida por los poderosos para eludir el control popular (Recordemos la segunda dimensión del modelo de Gaventa, 1980). Por su profundidad, semejante tipo de creencia clasifica, ciertamente, como un punto superlativo dentro del nivel más alto de deslegitimación.

A mí me parece que el Poder Popular es como para que el pueblo no llegue al presidente del país, que no se quejen. Te coge el delegado, hace la reunión, tú dices tu planteamiento, el delegado lo

⁴ Empresa de Telecomunicaciones de Cuba S.A

eleva al otro, al otro y, al final, te dicen lo que ellos quieran, te firman el papel y no pasa nada, y no te resuelven nada. [Enfermera, 50 años]

Como muestra de desaprobación máxima puede catalogarse también la certeza arraigada y harto compartida de que los procesos electorales en Cuba son una caricatura de mal gusto, ajenas por completo a cualquier espíritu y procedimiento democráticos. Las avenidas del imaginario social están atascadas de juicios de valor que descalifican los actuales mecanismos y autoridades electorales con tanta fuerza coral, intensidad y recurrencia, que se podría afirmar que la estigmatización está consumada. Justo porque el sambenito de “farsa electoral” está muy extendido e internalizado en toda la población llaman poderosamente la atención del sociólogo los elevados índices oficiales de participación en las urnas (siempre por encima del 80 por ciento), y más aún de votos válidos y favorables al régimen (ambos indicadores oscilan en torno al 90 por ciento en cada convocatoria). Una misteriosa contradicción que no pasa desapercibida frente a los ojos de los propios ciudadanos:

¿Tú sabes que no se puede votar con bolígrafo? ¡Tiene que ser con lápiz! Una amiga mía fue con un lapicero en el bolsillo y cuando entró le dijeron que no podía ser con tinta, que tenía que ser con los lápices que tenían allí dispuestos para eso. ¿Por qué crees que es eso? Estoy segura de que la pila de viejos comunistas que integran los colegios electorales, cuando cierran las urnas, borran y enmiendan a su antojo las boletas, porque nadie quiere que su Zona salga mal. ¡En todo el país tienen que haber borrado como unos trastornados porque fue mucha la gente que votó que «No»!
[Médico, 47 años, se refiere al referéndum constitucional de 2019]

En este extremo del cuestionamiento categórico de la legitimidad, concomitante con una desafección total, abundan las increpaciones, acusaciones, desmitificaciones y controversias acerca de la autenticidad de los pilares políticos del sistema y sobre la sinceridad de sus principales portavoces: las autoridades. “Mira al cabeza de puerco de Díaz-Canel cómo está. Está tan gordo que no le abrocha el saco. Y el pueblo pasando hambre”. No hay lugar para paños tibios con los errores, votos de confianza para los políticos, ni mucho menos esperanzas en enmiendas o resarcimientos por venir. Mentira, farsa, fraude, engaño, pantalla, pantomima, ficción, doble rasero, corrupción, oportunismo, apañamiento, despotismo, dictadura, «Robolución»... y un interminable etcétera, son algunas de las más socorridas imputaciones que engrosan el rosario cotidiano de la deslegitimación total, calada hasta la médula cultural de la subordinación:

“Lo peor de todo es que *engañan* al pobre pueblo. Le dicen que hay roturas, cuando en verdad lo que no hay es petróleo para bombear el agua”; “Sentí que los barrio-debates eran un *fraude*. Yo sé que había miles de personas que querían hablar, que no estaban de acuerdo con miles de cosas; pero nadie habló, nadie dijo nada”; “Yo no participo en nada. Para mí eso es perder el tiempo con *mentiras*. La política en este país es un *fraude*, en todos los sentidos, porque es un *globo* inflado. No es nada de lo que *aparentamos* ser”; “Nunca he creído en el Poder Popular porque toda la vida han sido *mentiras* tras *mentiras*. ¡Es que nunca he visto que el Poder Popular funcione! Eso es un *aparataje* que inventó Fidel para *engañar* al pueblo”; “Lo dije a voz en cuello hace como cinco años, que no quiero participar más de toda esa *farsa* y esa *mentira*, porque son muchos años seguidos oyendo las mismas explicaciones, las mismas justificaciones”; “Se llenan la boca: que si «la solidaridad, el altruismo, el internacionalismo». ¡Bah! Pura *mentira*. Los pobres médicos van a buscarse sus cuatro quilitos para poder comprarse sus cositas, porque con los salarios de aquí se mueren de hambre”; “Yo soy martiana y soy antiimperialista porque no hay un presidente de EE.UU. que tenga vergüenza; pero tampoco apoyo la *dictadura* esta. Esto es una *dictadura* porque no ha admitido, no ha sido flexible para nada”.

Me parece que esto es una pantomima todo. No me trago toda esta farsa de teatro que hay aquí. “Que es un socialismo, que todo es de todos, que todos tenemos los mismos derechos”. ¡Eso no es verdad! Aquí los dirigentes viven bien, no tienen ningún problema, todo está bien, todo está perfecto. Y el pueblo que se solucione la vida como pueda. Esto no es socialismo por ningún lugar que tú lo mires. Yo, con mis padres con un salario, jamás en la vida me pueden llevar a un hotel. Entonces, ¡eso no es socialismo! Porque el socialismo es: “Todo es de todos. Todos tenemos los mismos derechos...”. ¡Y eso es mentira! [Estudiante de Medicina, 22 años, militante de la UJC]

Ahora bien, como ya se advirtió, los procesos de deslegitimación, naturalmente, tienen una contraparte que, en descarnada tensión, compite con ellos y se disputa la primacía de la validez en la cancha inmaterial de la aprobación popular. En nuestro caso, hemos relegado los procesos de legitimación a un segundo puesto en la exposición debido a su menor presencia y relevancia dentro del imaginario de los subordinados y del esquema de interpretación de ello derivado.

Todavía hay gente que no entiende y no ve las cosas que pasan. Todavía hay gente en este país que no reacciona. Ciegos que no ven nada de nada. Gente que ha salido del país, ha cumplido misión, regresa y sigue con una venda en los ojos. Lo veo en mi trabajo, por ejemplo. No es la

mayoría, pero todavía hay personas así. Y pienso que sí, que lo sienten, porque son personas que tengo cerca y no tendrían por qué inventarse esa obra de teatro conmigo [Enfermera, 50 años]

Sin embargo, no quiere esto decir que la circulación de convicciones políticas que otorgan determinados grados de aceptabilidad al orden político y sus regentes sea marginal. Aunque menguadas en cantidad, calidad e intensidad, las creencias colectivas en la validez de la dominación encierran un valor añadido que afianza su competitividad en el mercado de la legitimidad: cuentan, por supuesto, con el patrocinio del gobierno. Esto se traduce en que no han de pervivir en la clandestinidad de las interacciones privadas y fronterizas, sino que tienen libertad de expresión en todos los espacios sociales (y el monopolio exclusivo de la arena pública), así como disponibilidad de todos los medios propagandísticos y de manufacturación oficial de «la verdad», respaldo de las cortes inquisitoriales y los aparatos de represión que el Estado ostenta en los diversos ámbitos (laborales, educativos, comunitarios y sociales en general), entre muchas otras grandes ventajas corporativas que desnivelan si no el campo de juego, sí las reglas de la partida.

Y no se desnivela el campo de juego (el terreno de la socialización de convicciones) porque, a pesar de jugar con un reglamento parcializado en su favor, que criminaliza la discrepancia, los valores que soportan la legitimación del sistema y las autoridades bregan cuesta arriba, cada día, vadeando a duras penas el torrente de juicios de valor que circula en sentido contrario en todos los ámbitos de la sociedad, ora de forma velada, ora al descubierto. Algunos paladines del régimen, los más atentos a lo que pasa a su alrededor, se percatan de esta cruda y amarga realidad y hasta le conceden cierta plausibilidad. A los más enajenados la ceñida venda que les cubre los ojos del corazón no les permite enterarse de su aislamiento cultural.

Por lo general, la atribución convencida de validez, aceptabilidad y aprobación al gobierno cubano gira sobre un vórtice común: la “magnanimidad” del Estado socialista benefactor, “único en el mundo que garantiza a todos sus ciudadanos por igual salud, educación, seguridad social”. El sempiterno eslogan comunista ha echado raíces tan hondas en el sustrato cultural de sus adeptos, que su quintaesencia emana intacta, con previsible regularidad, cada vez que el más nimio pétalo de rosa pretende “mancillar las conquistas de la Revolución”. La reproducción simbólica de este falso mito transcurre, en el sector asimilado del imaginario subordinado, sin asomo de una mínima sospecha, duda u oportunidad para discutir su veracidad.

En Radio Martí he oído que un hombre en EE.UU. no puede ingresar a su hijo y operarlo porque no tiene el *Medicare* ni dinero suficiente para pagar la operación. Y está pidiendo que alguien lo

ayude. Yo tengo a mi hijo aquí operado, lo saqué ayer del hospital. Ahí está. ¿Y cuánto le cobraron por la operación? Nada. Cero. Ni este medio. Y es una operación grande: lo abrieron de aquí a aquí [traza una diagonal por el estómago]. Yo me operé y no me cobraron nada. Me caí, me fracturé la mano, me operaron tres veces y no me cobraron nada. [...] Aquí vas al hospital y te atienden, no te cobran. Vas a la escuela y te atienden. [Custodio, 62 años]

Otra de las pilastras más comunes que apuntala el desvencijado templo de la legitimidad del proyecto socialista cubano, y aún a devociones en torno suyo, es la hostilidad de su archienemigo: el gobierno estadounidense y, en particular, la injusticia que entraña el histórico embargo económico, financiero y comercial que asfixia a la economía cubana. Conocido en la isla caribeña como “el bloqueo”, esta política punitiva del vecino del norte se ha convertido en el caballo de batalla del justificacionismo gubernamental, algo así como una inesquivable maldición diabólica o el origen de todos los males. Y hay que subrayar, con especial énfasis, que esta estrategia política (la exaltación suprema de la perversidad del bloqueo) le ha rendido invaluable ganancias al gobierno comunista en la bolsa de valores de la legitimidad. Pues ha conseguido inculcar, en las diferentes culturas políticas que conviven en el país, un rotundo sentimiento antiimperialista (“antiyanqui”), incluso en buena parte del imaginario subordinado más crítico de su gestión.

Pero, al igual que con las dinámicas de desacreditación, los procesos culturales que legitiman por convicción las estructuras y agentes del gobierno también conviene subdividirlos en dos tendencias de diferente grado: moderado y alto. Y uno de los criterios que ayuda a visibilizar esta distinción es justamente “el bloqueo”. Encontramos, por un lado, un flujo abundante de creencias compartidas que juzgan como indigna la persistencia de esta política extraterritorial, propia de la guerra fría; pero que, al mismo tiempo, admiten que, debajo de la falda de ese chivo expiatorio, el gobierno suele camuflar montones de errores, deficiencias y dislates endógenos, ajenos a los efectos negativos del embargo. De otra parte, se escucha todavía el zumbido de un afluente, cada vez más solitario, que se compra el paquete completo de la versión oficial e, incluso, puede llegar a hiperbolizar e idealizar una realidad hipotética sin bloqueo.

El país se ha ido perfeccionando, mejorando. No todo lo que quisiéramos, porque la economía te marca. Cuando tienes la economía golpeada, eso te limita en 20 cosas. Hay algunos errores, pero hay una situación que es evitable. No sé cuánto mejor tendríamos la medicina, la educación, la agricultura, la industria, si nosotros no tuviéramos el bloqueo. [...] Las personas no pasarían tanto trabajo. La gente trabajaría mejor, menos presionada por las necesidades. Seríamos más

productivos. Habría de todo, mejores guaguas para que la gente se traslade, mejores condiciones de vida, las calles estarían mejores. [Jubilado, 82 años, militante del PCC]

Las pancartas de la solidaridad y el internacionalismo del pueblo cubano constituyen, asimismo, otra de las puntas de lanza de las pretensiones de legitimidad de los dominantes que nos ayuda a separar a «catequizados» de convencidos suspicaces. Mientras los valores políticos de los primeros comulgan al dedillo con la oferta propagandística oficial, con nulo margen para la dubitación; en el otro grupo, aunque se comparte la creencia de que muchos cubanos tienen vocación hacia la solidaridad y la ayuda a otros pueblos, tales juicios aparecen matizados por otra realidad más terrenal y simple: la necesidad de remediar las penurias personales. “Es verdad que salvar vidas produce una gran satisfacción; pero ninguno de los médicos internacionalistas va a esas misiones a trabajar por amor al arte. Lo hacen porque resuelven sus problemas materiales”. Una creencia bastante extendida que nos confirma, en primera persona, una doctora progobierno que pasó dos años de cooperación médica en Venezuela:

El cubano siempre quiere ayudar, el cubano es dadivoso, el cubano es así. Somos personas lindas que tenemos un sentido de compañerismo, de amor hacia las personas. Pero es mentira cuando decimos que vamos a ayudar a otros países. No conocí a nadie que me dijera: “Estoy aquí porque vengo a ayudar desinteresadamente”. A nadie. De hecho, yo también participé de eso. Es imposible dejar a tu familia, un año sin ver a tu hijo, a tu mamá, a tu esposa, porque quieres ayudar a otra persona que vas a conocer ahora. Realmente no fui por ayudar a otras personas. Yo no hubiera querido dejar mi familia. Fui porque me faltaban cosas para mi casa y sabía que año tras año no lo podía lograr. Y todos estábamos así, porque al final del viaje todos veníamos cargados hasta los dientes. Sí, porque teníamos la necesidad, esa es la realidad. [Médico, 52 años]

La tendencia a manipular y edulcorar la realidad con propósitos ideologizantes es una de las características típicas del nivel máximo de legitimación. De conjunto con la comprensión paternalista y la minimización de los errores y deficiencias del gobierno que no caben bajo el elástico paraguas del “bloqueo”, ni se pueden silenciar. En este extremo de la lealtad acrítica e incondicional, siempre hay una excusa, un atenuante o un eufemismo con el que, en términos populares, «dorar la píldora»: “Estamos bastante bien para lo que hemos pasado. Sí, hay razón para quejarse. Pero, tiene que haber dificultades. Si un poderoso te fabrica las dificultades, te llegan. Tenemos unas botas puestas encima, no sé ni cómo respiramos”; “Tuve una experiencia con un reportaje sobre la televisión digital en Camagüey, que estuvo vinculado a mí. ¡Cuando vi

el reportaje...! No vamos a decir que mintieron, sino que omitieron la verdad o dijeron cosas que no eran ciertas”. Y, en últimas, cuando el desengaño acorrala al corazón, todavía la fe ciega en la virtud intrínseca del PCC y el socialismo sale a flote por encima del descrédito de las autoridades: “Si yo soy militante del Partido y ministro de Salud, y soy un corrupto, el Partido no tiene nada que ver con eso. Aquí el Partido no se corrompe, se corrompe el ser humano”; “Mi mamá fue perdiéndole un poco la credibilidad a las personas. Mi abuela y yo nunca se la llegamos a perder. Decimos que la gente que se equivoca son seres humanos, pero el sistema no está equivocado”.

En cambio, en el nivel moderado de legitimación, acorde con una lealtad de naturaleza crítica, la aprobación del orden dominante convive en armonía con la inconformidad respecto a ciertos fallos o insuficiencias, sin caer en la tentación de apañarlos o edulcorarlos. Se les llama a las cosas por su nombre y no se teme que la difusión de juicios valorativos en cualquier espacio, conversación, asamblea o entrevista vaya a tener repercusiones negativas para la legitimidad del régimen; sino que, al contrario, se cree que se fortalece gracias a la autocrítica. En el ala más avanzada de esta corriente está tan afianzada la idea de la utilidad de la lealtad crítica que, inclusive, se contempla la posibilidad de escuchar y sacar cierto partido de los criterios políticos de las fuerzas opositoras. Sin embargo, por desgracia, esa una tendencia minúscula. La generalidad es que la lealtad a la Revolución constituya una precondition para poder ejercer el derecho a la crítica en espacios formales. Y, con todo, siempre se está expuesto al azote de la auto/censura, uno de los sellos distintivos de la violencia simbólica pos/totalitaria (el otro es la simulación).

Vale aclarar: si bien ambos grados de legitimación suelen corresponder a diferentes «Niveles de lealtad» (crítica y acrítica) –que, por lo general, son el resultado de particulares historias biográficas– y sólo uno de ellos *prevalece* en la cultura política de un individuo; no es raro que una persona, en un mismo momento de su vida, sea portadora y distribuidora de convicciones de ambos tipos. Ni se diga de una misma familia o grupo de amigos íntimos. De forma análoga sucede con las dos clases de deslegitimación antes descritas. Menos frecuente, pero también ocurre, es que en el acervo axiológico de un adepto/desafecto en fase de arrepentimiento o conversión política convivan rezagos de una adhesión/desafección parcial con semillas de los nuevos valores de des/identificación política parcial. En fin: en las interacciones sociales, el flujo de creencias de un género u otro varía según el tema discutido, los actores involucrados y las características del escenario. Es decir, las manifestaciones sinceras y convencidas de des/aprobación responden

también a factores coyunturales; y, por ejemplo, el rol de la interinfluencia recíproca o contaminación mutua es importante, ya sea como combustible o como contención.

En resumen, a pesar de que el régimen cubano disfruta todavía de algunos estancos restringidos de legitimidad acorazada, el común del cubano de a pie está *convencido* de que el sistema hace tiempo está obsoleto, no funciona, no tiene arreglo, “se hunde” y va camino a su extinción o transmutación. Y este convencimiento profundo –fruto de décadas de decepción, frustración y desesperación–, convierte a la sociedad cubana en un laboratorio sin par de gobernabilidad «atípica». ¿Por qué no abundan las revueltas populares en Cuba? ¿Por qué los cubanos no enarbolan una agenda pública para derrocar o reformar el sistema? Es decir, ¿por qué un sistema con exiguos niveles de legitimidad, graves y ancestrales problemas de eficiencia económica, goza de tanta estabilidad política? En el capítulo VI ensayaremos algunas respuestas a esta pregunta.

5.1.1.2 *Descontento / Complacencia naturalizados*

De las dinámicas culturales de la des/legitimación se desprenden una serie de subtipos de convicción muy particulares que, por su especificidad empírico-conceptual, ameritan ser abordados de forma independiente. El primero de ellos comprende la tendencia evidente a *naturalizar* tanto el descontento como la complacencia con la dominación política, por lo común asociada a niveles extremos de des/identificación con el orden político. Con descontento y complacencia naturalizados nos referimos a aquellas creencias de in/conformidad sostenidas por juicios de valor dados por sentado, cuya universalidad e irrefutabilidad está fuera de toda duda razonable.

En materia de desazón, por ejemplo, sobresalen convicciones tales como: en *todas* las reuniones del CDR y la FMC únicamente se dicen mentiras; *todos* los dirigentes y sus familiares son inmorales y viven una vida de lujo; *todos* los cubanos viven bajo la amenaza permanente de que los acusen de “tener problemas políticos” y, en consecuencia, de ser declarados ciudadanos de segunda clase, *non-grata*, víctimas de los abusos represivos del Estado. También constituye una muestra de desencanto naturalizado el convencimiento pleno y masivo de que las generaciones más jóvenes, portadoras de “otra mentalidad”, no llegarán *jamás* a transformar el sistema político (adultocéntrico) ni la sociedad en su conjunto: “¿A qué persona joven aquí le dan la oportunidad de llegar a «la mata» [la cumbre]? ¡A nadie! Y cuando se la dan, ya va con el cerebro lavado, como una marioneta”.

O como le digo yo a un amigo mío: “Nosotros ya traemos en el ADN la sangre de carnero”. Ya, nosotros vamos por ahí sin chistar... Y él me dice: “Aquí tiene que pasar algo radical, porque la generación de ahora no es igual que la de hace 30 años”. Y yo le digo: “No va a pasar nada porque, al final, si te pones a mirar, nosotros somos una islita, rodeada de agua, ¿qué vas a hacer?”. Es que no hay opción, para cualquier cosa que quieras hacer... Y yo le decía: “¿Qué vas a hacer? ¿Irte para la Sierra?”. La Sierra funcionaba cuando todavía la televisión y la radio empezaban. Las comunicaciones no eran lo que son ahora. Pero ahora tú vas para la Sierra... ¿A hacer qué? Si ni siquiera puedes irte para la Sierra para brincar para otro país a buscar cosas para traerlas para hacer una guerra. [Ingeniero eléctrico, 34 años, exmilitante del Partido]

Igual de arraigada y generalizada, cada vez cobra mayor fuerza la desvalorización de la formación universitaria y el trabajo profesional, debido a su pobre rendimiento económico; en contraste con la prosperidad relativa del limitado sector privado, hasta ahora abierto únicamente a los oficios. “Mami, no sé para qué te esfuerzas tanto en trabajar. Eres ingeniera, trabajas en la Empresa Eléctrica. Papi es mecánico particular. Y nosotros vivimos con el dinero de papi. ¿Para qué trabajas?”. Con tan sólo 15 años, estos gemelos adolescentes le plantean a su turbada madre una pregunta de calibre nacional que, como malware troyano, se viraliza por millones de hogares cubanos, donde uno o ambos padres universitarios se debaten entre conservar su profesión y trabajar por “amor al arte” o encontrar el modo de emprender un negocio privado, menos bienquisto, pero más redituable. La vieja distorsión apodada “pirámide invertida”, cuyas raíces se remontan a inicios de los años de 1990, ha instalado en el seno de las familias cubanas un complejo dilema: los jóvenes cada vez están más convencidos de la inutilidad de estudiar una carrera universitaria y los padres cada vez tienen menos argumentos para persuadirlos de lo contrario.

Tengo gente muy cercana que, teniendo la oportunidad de seguir estudiando, dicen: “No, mejor me voy para un restaurante”. Ni siquiera alternan. Pudieran subsistir en un restaurante, trabajar *part time*, y después estudiar. Pero no, dejaron de creer en que estudiar les iba a dar una mejor calidad de vida. Es lo que está sucediendo con muchos jóvenes. Otros no, otros siguen creyendo que sí, que a través del estudio..., pero no aquí en Cuba. [Informática, 34 años]

De igual modo, con el transcurso de las décadas, el problema de la escasez crónica, las penurias materiales, la perpetua crisis económica, ha incrustado en la mentalidad colectiva, no sólo del sector más desencantado, la idea de que en Cuba *absolutamente todo* se resuelve con dinero y más pronto que tarde hasta el funcionario más recto cede ante una buena oferta. Ni siquiera rubros

estratégicos de la sociedad, como el policial, el judicial o los altos cargos políticos, escapan al radio de alcance de esta vasta convicción. Por supuesto, el área de la administración pública y su red de servidores (burócratas) ocupa el centro gravitacional de esta creencia. Sin embargo, en ese sentido, la denigración del ramo educativo durante los últimos años comienza a ser escandalosa. Resulta llamativo cómo la noción de fraude escolar en todos los niveles de enseñanzas se ha sedimentado en el imaginario de un amplísimo segmento de la sociedad, de una manera tal que la compraventa de exámenes o del favor de los profes resulta casi una cuestión de sentido común.

Me comentaron el otro día que ya el fraude estaba en la educación superior también, que ya no era hasta el preuniversitario nada más, ya hasta en las universidades hay fraude. Me lo dijeron, y yo lo creo porque es normal. Si el saco de arroz te coge gorgojos, el saco completo se echa a perder. Y el problema de la corrupción no empezó hace cinco años, esto empezó hace muchos años. Aquí el fraude está institucionalizado [Repasadora particular, 60 años, exmilitante del Partido]

Lógicamente, no hace falta hurgar mucho en la realidad criolla para encontrar, en las antípodas, el fenómeno opuesto: la complacencia naturalizada. Al igual que el descontento *taken for granted*, los juicios de valor que sostienen este tipo de complacencia pecan de absolutistas, universalistas y «falta de modestia» en materia de pretensión de validez. La obligación de ser agradecidos con la Revolución descuella entre las más visibles convicciones de este polo, al sintetizar en un único sentimiento (la gratitud) la satisfacción axiomática con la obra benéfica del gobierno socialista. Una gratitud investida, por obra y gracia de la más elemental «moral revolucionaria», con el aura de la eternidad. Y faltar a ese principio es motivo recurrente de señalamiento: “¿Cuándo has visto un negro opositor, chico? ¿Dime? En cualquier país del mundo el racismo... Pero aquí el negro que se haga opositor es un mal agradecido”; “Los negros que se han ido son los principales ingratos. Esos antes no eran nadie. La Revolución los hizo gente. Ni a la playa podían ir, porque eran sólo para los blancos. Los negros tenían que bañarse en los charcos”.

Luego, puede identificarse también, en muchos de los asimilados más fieles, la certidumbre cuajada de que, a pesar de los tropiezos y “los daños del bloqueo”, la situación mejorará porque el régimen avanza por el buen camino, tomando las decisiones correctas, corrigiéndose sobre la marcha: “Pero de lo que no tengo dudas es de que el país, el Estado, quiere seguir mejorando las cosas, perfeccionando las cosas, que las cosas salgan mejor, que las cosas sean mejores para el pueblo. De eso no tengo dudas”; “Yo veo a Díaz-Canel muy preocupado, muy dedicado; está haciendo muchas cosas desde el punto de vista económico. Yo sí creo y tengo fe en el futuro, lo

que sí creo que hay que trabajar duro”. No se trata sólo de un optimismo a ultranza, sino del convencimiento ciego de que los líderes del país no se equivocan, y sus decisiones están avaladas por una sabiduría extraordinaria (legitimidad carismática).

Puede haber aspectos, errores y eso; pero la política de la Revolución, del Partido, ha sido consecuente; y la vida, la política internacional, le han dado la razón. Y soy consecuente con eso, lo entiendo. Yo se lo digo a mi familia, a veces lo entienden, otras no; pero yo digo que las cosas que están sucediendo y las que han sucedido en todos estos años, le dan la razón a la política del Partido en este país, a la política de Fidel, a los pasos que tuvo que dar Fidel desde el punto de vista político y militar. Porque había que hacerlo militarmente para defender, porque si esto no se defiende... Esto había que defenderlo con el pueblo y con la razón, y así ha sido. Y esa razón para mí sigue, cada día que pasa la veo más clara. [Jubilado, 82 años, militante del PCC]

Asimismo, en esta ala del espectro de valores de los subordinados más congruente con las pretensiones de legitimidad de los dominantes, el beneplácito con los mecanismos de participación popular actuales trasluce límpido, depurado, febrilmente ajeno al más mínimo reparo: “Aquí las rendiciones de cuenta del delegado se ponen buenas. Se plantean cada cosa que *te caes para atrás*. La gente habla de los basureros, las aguas albañales, los bombillos fundidos, de los precios... No hay tema vedado”; “Estos debates para lo de la Constitución han sido prolíferos, y la gente *bastante valiente* al decir las cosas, creo que en eso hemos avanzado”; “Ahora, con esto de los datos móviles, se cuestiona mucho en las redes, en la Web. *Cubadebate* ha dado ese espacio y se ha aprovechado *al máximo*. Incluso lo que no publican sé que lo leen, *al menos les llega*”.

Con sólo interpretar los sintagmas en cursiva huelgan las palabras. ¿Por qué es asombroso que los ciudadanos hablen de temas pedestres en las asambleas barriales? ¿Por qué “decir las cosas” es un acto de valentía? ¿En serio que las autoridades al menos lean la opinión del pueblo, aunque la censuren, significa sacarle el “máximo” provecho a un espacio de debate? Cuando la aquiescencia se encierra en su búnker autocomplaciente, la dominación ideológica (ver capítulo I, epígrafe 1.3.3) queda no sólo plenamente consumada (correspondida), sino blindada frente al asedio de los contravalores. Prueba de ello es, también, la conformidad ingénita con el sistema monopartidista, elemento de “superioridad” que distingue al socialismo frente al pasado, el contexto y un posible futuro capitalista:

Yo estoy de acuerdo con el partido único porque, además, eso no es nuestro, eso viene de José Martí, de los inicios de la lucha. Él explicó muy bien por qué había que tener un solo partido,

Partido Revolucionario Cubano, partido único, porque en las luchas de independencia –y es una vergüenza para nosotros, pero así fue– el divisionismo primó. ¿Sabes por qué murió [Ignacio] Agramonte, sabes lo que le hicieron a [Carlos Manuel de] Céspedes? El sectarismo. Entonces, ha sido sabio mantener un sólo partido. Cuando nos empiecen a hablar de varios partidos, va a venir la división, la desunión, la división de criterios. [Jubilada, 78 años, militante del PCC]

5.1.1.3 Sentimientos de imposición / libertad

Entre el conjunto de convicciones políticas de los subordinados que interactúan con las pretensiones de legitimidad de los poderosos, los sentimientos de imposición / libertad representan un punto álgido de la polaridad y la asimetría de la gama de valores ciudadanos que con/fluyen y rivalizan en el imaginario social de la Cuba actual. La creencia raigal de que los cubanos sufren demasiadas imposiciones en disímiles ámbitos resulta arrolladoramente hegemónica, respecto a su contraparte en este binomio. Mientras más se profundiza en las sedimentos de la intersubjetividad, mayor protagonismo cobra la red de coacciones estructurales dentro del núcleo central de las culturas políticas de los dominados; a la vez que se difumina en su escualidez contrafáctica el juicio pertinaz de que los ciudadanos gozan de libertad.

La convicción de que la sociedad y la vida cotidiana están sobrepolitizadas resalta como la primera: “Aquí lo mezclamos todo con la política: la cultura, el deporte, la salud, la familia, la educación. Todo viene con la política. Política es el apellido paterno de todas las palabras”; “Aquí todo se ve como un problema político. Es el trasfondo. El cubano puede tener dinero, pero no mucho, porque se convierte en una amenaza”. Con monótona recurrencia, el sentimiento de agobio que produce la saturación política se desboca con forma de juicios de valor mientras se consumen programas radiotelevisivos, transmisiones deportivas u obras de arte en ambientes culturales. También cuando se utiliza el transporte público, se acude a oficinas de trámites y, por supuesto, al hacer uso del espacio público (sitios donde la contaminación visual de la propaganda política suele ser muy elevada). Pero, por si fuera poco, también emerge en los lugares más insospechados, como algunos negocios particulares (que utilizan estratégicamente fotos y rótulos de adulación política), el barrio (si todavía reside por ahí algún entusiasta activista) o el hogar (si te tocó convivir con un/a feligrés del comunismo, por lo general un/a abuelito/a). No obstante, frente a esta opresión ubicua, la capacidad de agencia nunca queda del todo cercenada:

Cuando eres profesora, tienes que hacer trabajo político con los estudiantes. Desde que entras al aula, estás inculcando la política. Desde el objetivo de tu clase hasta..., todo es política. Recuerdo cuando los cinco héroes estaban presos. Todas las clases al final, aunque dieras Matemáticas, tenías que sacar algo de los cinco héroes. Cuando no me visitaban, yo daba mis clases profesionalmente, como yo entendía. Suprimía esa parte. Porque si desde que el niño llega a la escuela hay un matutino, después van para el aula y hay 10 minutos de información política, y encima ¿en todas las asignaturas que impartas vas a tocar algo de la política? No lo creía necesario. Solamente lo hacía cuando me visitaban. [Exprofesora, “bolitera”⁵, 35 años]

Precisamente el rechazo colectivo a la ancestral estrategia hegemónica de iniciar la dogmatización desde edades muy tempranas, aprovechando su monopolio de la educación, aflora a menudo, con estridencia sinfónica, al estimular los procesos de autorreflexión: “La política, en mi infancia, es cuando estaba en la escuela, que si las consignas, las marchas esas; pero tú sabes que eso era *obligado*. No es una cosa que te nace. Te *obligan* desde que estás en la primaria”; “Desde que estás en la escuela, te están inculcando todo esto de la Revolución, de lo gratis... Pero, es como *obligado* todo, *impuesto*. Desde que naces, estás oyendo las mismas marchas, las mismas canciones, los mismos temas”; “En la escuela, cuando había alguna convocatoria de esas, siempre decíamos que era «obliguntario». Utilizábamos esa palabra, porque supuestamente es voluntario, pero nada que ver, porque hasta te anotan la asistencia en listas”. Lo triste del caso es que, aunque existe este convencimiento unísono, los padres no tienen más remedio que mandar a sus hijos al mismo sistema educativo adoctrinador e impositivo que padecieron ellos (a veces a la misma escuela y a recibir enseñanzas de los mismos maestros). La carencia de alternativas garantiza el éxito cabal de la autoflagelación. Además, se sabe que el atrevimiento de querer educar a tus hijos en casa la «justicia» socialista lo pena con la cárcel.

Pero, como la cadena de opresión está bien aceiteada y se extiende miméticamente al ámbito laboral, si se van a trabajar al mayoritario sector estatal, los otrora educandos tienen un 99 por ciento de probabilidad de encontrar en su vida laboral similares procedimientos coercitivos, refinados e intensificados; y, por ende, el sentimiento de rechazo a la obligatoriedad y la verticalidad autoritaria crece también.

⁵ En el juego de la lotería ilegal, conocido como “la bolita”, el/la bolitero/a es la persona encargada de cobrarle a los apostadores, apuntar los números elegidos y pagar los premios. En su radio de acción, cada “banco” tiene decenas y hasta cientos de estos “apuntadores”, como también se les llama.

¿Tú sabes lo que es que mi hijo tiene que trabajar el domingo [día del referéndum]? ¡Qué abuso, pobrecito! Lo movilizaron por el trabajo. Él es jefe de taller y, como tiene carro, lo pusieron al servicio de un colegio electoral. Tiene que buscar la merienda y el almuerzo. Y si hay algún enfermo que no pueda salir de casa, llevar a un representante del colegio y a los pioneros para que esa persona vote, etc. Pero, bueno, no le queda más remedio que hacerlo. A él le va bien en ese trabajo, tiene que cuidarlo [Ama de casa, 62 años]

En el ámbito laboral, más allá de los matutinos, reuniones, mítines, conmemoraciones de efemérides y espacios de arenga política periódicamente orientados por el Partido, la práctica arbitraria que más ha arruinado la idea que los empleados estatales tienen de la libertad política es, por mucho, el acarreo en masa hacia concentraciones, desfiles, tribunas abiertas, etc., bajo la presión de “mejor no buscarse líos en el trabajo”. “Como hay un solo Partido, un solo mando, una sola ideología..., todo tiene que ser así «porque es así». Es lo único que hay. Hay que ir al desfile porque hay que ir al desfile. Aquí todo es así”. Con cada contribución forzada al *reality show* del “pueblo unido jamás será vencido”, la convicción acerca de la violencia despótica se depura y se dispara, incluso entre los partidarios del régimen:

Es lo que te digo: las cosas impuestas, al menos a mí, me saben mal. Cuando se murió Chávez, todo el mundo para el Gobierno a pasar a dejar una flor. A ver, yo no quería que el otro se muriera; pero ¿por qué la obligación? En ese momento no me nacía ir a eso. Tal vez al otro día sí iba y ya. Y con Fidel pasó lo mismo. A las cinco de la tarde: “Hoy hay que ir para allá a saludar la caravana”. Primero, eso va a pasar a las nueve de la noche. Si no es que llegan más tarde. Y, segundo, no tienes que obligar a las personas. Tú lo informas: “Miren, se va a hacer esto...”. Y el que quiera va. Esas dos veces fui por la obligación, por el pie metido, para no armar caos, por no formar el momento incómodo: “Oye, ¿por qué no vas? Oye, dale, que mira...”. Como si estuviéramos en una escuela. Y no es con los de mi empresa nada más. He visto que es un problema generalizado. Los directivos se piensan que están dirigiendo muchachos, como si estuviéramos en una primaria. Eso a mí me sabe a chicharrón de perro. [Ingeniero, 34 años, exmilitante del Partido]

Dentro del concierto multitudinario de convicciones que expresan su profunda insatisfacción con el orden coercitivo, el estribillo más fraseado es el sentimiento de vulneración del más elemental de los derechos: la libertad de expresión. Definitivamente, en Cuba, la adaptación colectiva al estado permanente de vivir sin ese derecho deviene una de las conquistas más grandes del régimen posttotalitario. No en el sentido gaventiano de manipulación hábil y deliberada de las concepciones políticas de los subordinados (“la modelación del pensamiento” mediante métodos

indirectos, ver capítulo I). Sino desde el punto de vista de la capacidad de resiliencia de la ciudadanía que, consciente del secuestro paulatino de la libertad de expresión (la subordinación casi nunca implica idiotez cultural), *ha decidido* no oponer resistencia abierta a tamaña ignominia (quizás por miedo, conveniencia o una combinación de varios factores) y, dicho sea de paso, gracias a la colaboración intersubjetiva, ha encontrado la manera de canalizar la inconformidad, la crítica, la frustración y su sentir real a través de discursos y prácticas de disidencia solapados.

Emparentada con la falta de libertad de expresión, la falacia de las consultas populares, cuando en verdad impera la política de «oídos sordos» o selectivos, ha acentuado también el sentimiento de orfandad y desprotección frente al gobierno autocrático. “Ellos no van a permitir nunca que tú hables mal de esto. Aunque vean que las cosas están mal, para ellos todo va a estar bien. Siempre van a tratar de imponerte, de darte otra respuesta, dormirte en los laureles”; “Este gobierno hace lo que da la gana. Ellos dicen: «Me hago el que te escucho, pero no te escucho, porque voy a seguir mandando, dirigiendo, y esto se va a caer cuando yo quiera, cuando me muera, quizás»”. La conjunción del convencimiento de que expresarse libremente es problemático con la certeza de que los mecanismos de recogida de la opinión popular son fútiles da lugar a una sólida convicción de apabullamiento ciudadano que, con frecuencia, cristaliza en una actitud de resignación estoica.

La misma actitud resignada con que la gran mayoría de los cubanos acepta ingresar y pertenecer a las organizaciones de masas sólo porque “aquí hay que estar de acuerdo con todo, si no te buscas un problema”; y muchos hasta asumen responsabilidades de liderazgo porque “les meten el pie hasta el cuello para que cojan cargos del CDR”. En ocasiones, la naturalización de las prácticas despóticas de la maquinaria política comporta una pasmosa mansedumbre, casi inconsciente, y sólo cuando se reflexiona sobre el pasado sale a flote su verdadero relieve: “Recuerdo que un día llegué a la casa y mi mamá me dijo: «Ya eres de la FMC. Pasaron por aquí, te anotaron y pagamos el dinero que te correspondía». ¡Mira tú! Sin preguntarme siquiera si estaba de acuerdo”. Sin embargo, otras veces, inclusive entre los militantes del Partido, la convicción germina de forma espontánea ante los desmanes del autoritarismo:

Ya te digo: una de las razones por las que me salí de ese mundo [la militancia] es porque ya no estaba de acuerdo con muchas de las cosas, que estaban llegando a ser..., estaban en el punto de que eran impuestas, no eran debatibles, eran porque son así y ya. Hay que estar adentro para saber cómo se mueve esa batea. El Partido dice que es por ahí y es por ahí. No hay puntos medios. Y la otra es que nosotros nos hemos acostumbrado... Es decir, la generación superior a nosotros se

acostumbró a hacer todo lo que le dijeran. ¿Dónde fue el otro día que oí algo que dijeron sobre eso? “Nos hemos acostumbrado a hacer lo que nos dicen, como si no pensáramos”. Cosa que con esta generación ha cambiado un poco, porque normalmente los jóvenes son más rebeldes. Pero desde que te levantas es: “Hoy vamos para esto y mañana para esto otro”. Es decir, es dirigido lo que tienes que hacer diariamente. [Ingeniero, 34 años, exmilitante del Partido]

Ahora bien, aunque el coro de convicciones que, con su diversidad de tesituras y colores, reprueba de forma unívoca la naturaleza disciplinaria del orden sociopolítico resulta prácticamente ensordecedor; si se aguza el oído sociológico, se pueden encontrar islas de contraltos o contratenores que enronquecen tratando de realzar sus notas discordantes⁶. A contraflujo (en materia de saberes compartidos y de sentido común), esta corriente de valores arraigados cree, sinceramente, que cualquier cubano puede exponer sus opiniones de manera libre en todo momento, sin temor a ser víctima de represalias: “Si tú ves que esto está malo: «Bueno, vamos a fajarnos». Yo me paro en las reuniones y digo: «Tao, tao, tao...». Y hablo. ¿Por qué? Porque no tengo miedo a hablar. Usted nunca puede tener miedo a hablar”; “Yo lucho contra lo mal hecho y sí hablo. Si por hablar a mí nadie me va a matar, ni me va a meter preso. Cuando veas las cosas mal hechas, tienes que salirle al paso”.

Se trata de un cauce cultural que, cual burbuja ensoñadora, discurre por los vericuetos de la intersubjetividad subordinada candorosamente ajeno a las múltiples violaciones que comete el gobierno cubano, por sólo citar un ejemplo, en temas de ciberderechos o derechos digitales: bloqueo perenne o intermitente de páginas opositoras, de periodismo independiente o contenido alternativo y de redes sociales; corte intencionado y selectivo del servicio de datos móviles (apagones) a activistas, blogueros, disidentes y sus familiares; negación del acceso a salas de navegación o del servicio de Internet doméstico; acoso e intimidación a youtubers e influencers; prisión domiciliaria extrajudicial a periodistas independientes; y un largo etcétera.

No he escuchado de verdad nada sobre ningún bloqueo de sitios web o cosas de esas. La gente está siguiendo... Y yo veo que está retuiteando en Twitter y en Facebook páginas de disidentes. Es decir que no están bloqueados. Todo el mundo está accediendo a todos los lugares. Ah, desde algunas instalaciones, desde algunas conectividades, como universidades y centros de trabajo, por supuesto que hay cosas que están bloqueadas. He visto mucha apertura, en el sentido de que no hay bloqueo de muchas cosas. [Informática, 34 años]

⁶ Por cierto, en este tema son muy raros los puntos medios o las creencias ambiguas.

Cómo es fácil adivinar, en el subsuelo de la creencia firme en la existencia de libertad de expresión en Cuba hay una raíz condicionante, la lealtad al régimen, que predetermina la inocuidad de cualquier posible señalamiento (por ejemplo, nunca se cuestiona la legitimidad del sistema) y funciona, de antemano, como salvoconducto para transitar sin riesgos por el minado terreno de la crítica política, inmune a las coacciones y chantajes de la Seguridad del Estado, los arrestos exprés, los actos de repudio, los allanamientos de moradas y decomisos de bienes, los cercos policiales, los destierros o prohibiciones de viajar al extranjero, amenazas de muerte, campañas difamatorias, intimidación de familiares, entre otras de las medidas represivas con que se suele castigar el simple atrevimiento de postear un comentario crítico al gobierno en tus redes sociales personales o de colgar un cartel en la ventana de tu casa. No obstante, en no pocas ocasiones la propia arena de los asimilados contiene el germen de su falsabilidad (ver cursivas):

Años atrás los dirigentes tenían otros conceptos. Cuanta gente no nos traicionó, este... Pérez Roque, y el otro... Carlos Lage. A Lage yo le decía “El Gorbachov”. Sí, yo personalmente les decía a los socios míos del trabajo: “Ese es el Gorbachov cubano”. Como Gorbachov fue quien acabó con la URSS. Y ese hombre siempre, siempre... *Mis compañeros me decían que me iban a meter preso*. No, no, no. Usted con su verdad..., con tu verdad tú caminas. Y yo decía: “Ese tipo es un Gorbachov”. Era verdad: traicionó a nuestro comandante. [Custodio, 62 años]

La mayoría de quienes comparten este convencimiento absoluto de que el sistema político cubano garantiza todas las condiciones para la libre expresión del desacuerdo justifican la escasez de oposición oficial por la concordancia entre las aspiraciones de los ciudadanos y las pretensiones de dominación: “El cubano no es dócil, el cubano es rebelde. Pero es un rebelde que *sabe* lo que tiene que defender, que *sabe* lo que tiene que combatir. Esa es la zona, esa es la cuenta. La gente *piensa*”. Así, por medio de un sombrero mágico, se lincha la conflictividad inherente a todas las sociedades, se ahoga el derecho a disentir en el cáliz de la unanimidad, de un ilusorio consenso nacional. Y no sólo eso, de forma implícita, se postula un único tipo de subordinación posible, la asimilación. Es una limitada concepción de las relaciones de poder en la que no hay cabida para la obediencia, ese comportamiento cívico disciplinado «a regañadientes», por abulia o impostado, desprovisto de verdadera lealtad política y, por lo común, pletórico de inconformidades y cuestionamientos a la legitimidad de la dominación.

5.1.1.4 “Doble moral” / Sinceridad

Precisamente entre asimilación y obediencia puede trazarse, en general, un abismo insondable en materia de convicciones políticas, flanqueado por valores morales antagónicos: la hipocresía y la franqueza. Un desfiladero con un par de excepciones (puentes), como se verá en este apartado. Aunque a efectos del tipo de respuesta pública a las pretensiones de dominación ambas expresiones de subordinación muestran una equivalencia funcional (aquiescencia, acatamiento, conformidad), asimilación y obediencia revelan características muy divergentes en cuanto a *la calidad* de la subordinación, sobre todo si se explora la geología de las capas más profundas de la anuencia. A tal punto que el núcleo axiológico que soporta y otorga sentido moral a los comportamientos obedientes comparte más creencias políticas con el núcleo cultural de la resistencia que con el de la asimilación. Sólo que, por decisión estratégica, en ciertos entornos fronterizos y públicos, estas convicciones a menudo se travisten con ropajes de auténtica adhesión política.

A este travestismo político de amplio espectro se le denomina popularmente como “doble moral”, en referencia a un sistema de valores ambivalente que permite simultanear, con absoluta naturalidad, entre la simulación política en la arena pública y sus inmediaciones, y la disidencia discursiva y práctica en los ámbitos privados y fronterizos: “Los cubanos protestamos algunas cosas, pero callados, que nadie se entere, entre amigos, entre vecinos. Pero a la hora de hablar, no hablamos. Decimos: «Sí, sí, está bien hecho». Y por dentro estamos mordiéndonos la lengua”; “Nos tienen medio dormidos. Siempre dicen que «el pueblo apoya todo...», ves las plazas llenas... Y luego sales a la calle y escuchas tantas inconformidades, tantas personas que no están de acuerdo, que quisieran un cambio. ¿Cómo es posible?”; “El cubano es hipócrita. No es sincero. En general, da una apariencia que no es. Siempre busca una manera de resolver el asunto, aunque no sea la mejor, para no enfrentar, para evadir [el conflicto]. El cubano es así, como el camaleón”.

Apenas un puñado de meses le bastaría a la observación etnográfica más distraída para descubrir que en los hogares cubanos es muy común que uno o varios de sus miembros practique(n), en alguna de sus modalidades más o menos refinada, el sinuoso arte de la simulación política en la vida pública (la escuela, el trabajo, el barrio); mientras en privado se despotrica del gobierno y sus desaciertos. Dado que uno de sus componentes principales posee un carácter oculto, la pragmática filosofía política que está detrás de esta estrategia sólo puede haberse generalizado muy paulatinamente, mediante la replicación a microescala, espoleada por la persistencia de circunstancias propicias para su desarrollo. Ahora, si bien se reconoce su profusa diseminación

por el conjunto de la sociedad, no es común usar el término “doble moral” en el ejercicio de la autorreflexión; sino más bien para etiquetar la conducta de terceros. Por supuesto, en cuestiones éticas es más fácil ver la paja en el ojo ajeno que en el propio. Únicamente ante la lupa inquisidora del in(ve)stigador, aflora la autocrítica al desnudo.

Sí, sí, claro que he tenido que simular lealtad al gobierno. Ya te digo: hay que participar en todo. Gracias a Dios nunca he tenido ningún caso así... Nunca he tenido que hablar y decir... O sea, de esa manera mentir, no. Tampoco sé si pudiera. Yo soy muy sincera y muy expresiva, el rostro mío lo dice todo. Menos mal que nunca me han preguntado algo así. O sea, oficialmente, formalmente, no. Pero bueno, sí, uno tiene que fingir que está de acuerdo con todo, que va a todo. Sobre todo, en la escuela. [Estudiante de Medicina, 22 años, militante de la UJC]

Un aspecto muy interesante de la filosofía de la “doble moral” es la creencia extendida de que simular adhesión a los mandatos de los dominantes resulta más embarazoso en el terreno discursivo que en el práctico. Muchos prefieren participar como corderitos mudos en los *performances* públicos y demostraciones masivas de apoyo al gobierno, antes que verse en la obligación de hacer falsas declaraciones de lealtad. Pareciera que, a nivel de convicciones políticas, entre *comportarse* «como si» se fuera leal (interpretar un papel silente en la obra dirigida por los dominantes) y *expresarse* «como si» se sintiera verdadera lealtad (darle voz al personaje ficticio, mentir de manera descarada) existiera un límite que no todos están dispuestos a franquear y que, cuando se traspasa, se cataloga como una especie de fase superior de la “doble moral”, rayana en la inmoralidad.

A pesar de tener este carácter así, cuando pienso que voy a decir algo hipócrita, mejor no lo digo y me quedo callado, no hablo, no simulo. Estoy ahí porque tengo que estar, pero no hablo. Y no hablo no porque no tenga un criterio, sino porque quizás en ese momento no conviene y me quedo callado. [...] Recuerdo que, cuando estaba de misión en Venezuela, yo decía: “Dios quiera que nunca me entrevisten”, así como pasan por la televisión: “¿Por qué estás aquí?”. Porque... ¿Cómo te puedo decir: “Estoy aquí por las ideas revolucionarias del Che, porque seremos como el Che, bla, bla, bla...” y todo eso del internacionalismo proletario que surgió con el Che, cuando yo sé que eso es mentira? ¿Me entiendes? Yo fui a buscar lo que no podía tener aquí por mí mismo, por mi salario, por mi profesión. [Médico, 52 años]

Menuda paradoja: el principio moral de no afrentar al valor de la sinceridad previene a este doctor de difundir discursos de lealtad apócrifos; sin embargo, su presencia física en una brigada

de “solidaridad médica internacionalista” revela una clara doble moral, al aprovechar el disfraz oficial de la cooperación altruista y desinteresada para resolver sus problemas materiales personales. En otros casos, un supuesto temor a pecar “por exceso de sinceridad” (en realidad el temor a ser sancionados por decir lo que piensan) conduce a los simuladores a callar sus desavenencias y a aprobar, con su mutismo, decisiones con las que no están de acuerdo⁷. Pero son sólo contrasentidos aparentes. Por medio de un singular artificio mental indeliberado, los obedientes han convenido, intersubjetivamente, ser más tolerantes con la simulación práctica y la estrategia de mantener la boca cerrada; y, por el contrario, más severos con la simulación retórica. Un acuerdo intervencional ya establecido como lógica práctica, que nos confirma la enorme importancia de: a) los marcos de sentidos de la acción, b) la autodefinición simbólica de los actores y c) la preponderancia significativa del lenguaje (el silencio incluido) en las diversas distribuciones configuracionales que adoptan las relaciones de poder.

En cualquier caso, se traspase o no el umbral de la simulación oral, siempre sobran justificaciones plausibles para expiar los cargos de conciencia y, de paso, reafirmar la convicción de que la “doble moral” es inevitable: “Yo siempre pago la Federación, el CDR, voy a las reuniones, todo. Uno tiene que estar integrado porque si no..., porque tienes miedo, vaya. Trabajas [con el Estado], tienes una hija... Entonces, tú te integras a todo”; “Si no vas al Primero de Mayo, te señalan. Te sacan el año entero que no vas. Entonces, vas para estar con todo el mundo; no ir tú a la contraria”; “No me imagino que todas esas personas, ni siquiera la mitad, vayan de verdad a defender el Día de los Trabajadores, porque aquí el trabajador está súper-infra-valorado. Es que aquí todo es «obliguntario». O sea, *hay que* ir al desfile”.

Como es fácil percatarse, la simulación no es un fenómeno individual que se convierte en una obra colectiva por simple agregación de actuaciones personales. Cuando la puesta en escena involucra a varios actores, la representación teatral se rige, generalmente, por principios *colaborativos* de complicidad, camaradería y connivencia que, aunque no sea su propósito expreso, movilizan valores relativos a la resistencia colectiva: los estudiantes que anotan a sus amigos en las listas de asistencia a los actos políticos; los trabajadores que mienten para justificar las ausencias de sus compañeros a los desfiles; los jefes que hacen de la vista gorda u oídos sordos antes las manifestaciones de descontento político de sus subordinados, porque “total, es verdad

⁷ Se fomenta así una espontánea cultura del silencio con orígenes diferentes a la descrita por Gaventa (1980), pues esta no es causada por el subdesarrollo de la conciencia crítica de los dominados (ver capítulo I, acápite 1.1.3.1).

que esto está malo”; los directivos de colaboración médica internacional que resaltan los valores patrióticos de sus amigos y parientes, para mandarlos de misión a los países donde la «solidaridad» es más rentable; los integrantes del Comité UJC que falsean juntos el acta con los supuestos puntos discutidos en una asamblea que no celebran... La lista es infinita.

En algunos ámbitos, como el laboral, se puede afirmar inclusive que la “doble moral” se encuentra plenamente institucionalizada, al sostener, con total impudicia, regulares farsas grupales de ocultamiento de las insatisfacciones y complacencia de la autoridad. Un ejemplo vívido es la ya clásica “preparación para la visita” (supervisión o auditoría), una práctica generalizada en el sector estatal a todo lo largo y ancho del país, en no pocas ocasiones aderezada con tintes de tragicomedia (ver más adelante la sección 6.2.2.1).

Sin embargo, no siempre prima el espíritu colaborativo en la orquestación grupal de la simulación; en definitiva, estamos hablando de un juego estratégico con implicaciones políticas (siempre conflictivas). La “doble moral” es tan del dominio público que no escapa a la vista selectiva de aquellos que presumen sólo la moral dominante, la comunista, y si el espectáculo reafirma “la unidad del pueblo cubano” se autoengañan y hasta disfrutan con la ficción de la lealtad multitudinaria. Empero, ya vimos que cuando los simuladores se cuelan a las filas de su principal bastión, el Partido, persiguiendo consabidos privilegios, las cosas cambian y las recriminaciones llueven, porque la papa podrida empaña la imagen de la vanguardia impoluta.

De todos modos, es *vox populi* que la infiltración ya alcanza dimensiones prácticamente irreversibles. Además, una vez que se ha subido a la carroza de la militancia, abandonarla no es tan fácil, debido a la archiconocida lógica represiva del PCC, implícita en las propias increpaciones de un exmilitante que arremete contra la falta de valentía de los simuladores: “¡Son masoquistas! Eso no tiene otra explicación: masoquismo. Los oyes quejándose: «No, que la cotización, las reuniones...». No los entiendo, se quejan, pero no tienen los pantaloncitos o las sayitas para pedir la baja. De esos hay una gran cantidad”.

Como se aventuraba al inicio de este capítulo, dada su abrumadora propagación, es altamente probable que también en la elite política muchos dirigentes estén contagiados con diversas cargas del virus de la “doble moral”. Varios testimonios de exiliados, otrora actores próximos a la cúpula comunista, así lo dejan entrever. Y, si bien no estuvo dentro del alcance de esta investigación demostrar tamaña conjetura, en ese caso (siempre en el terreno de la presunción), tratándose de voceros, diseñadores, ejecutores y defensores del sistema dominante, la magnitud de la impostura

alcanzaría rasgos patológicos de una gravedad y aberración social dignos de la atención de la «sociopsiquiatría» más avanzada.

Por supuesto, a pesar de su tendencia monopolizadora, no todo el imaginario social está copado por valores y juicios que justifican la simulación estratégica de lealtad. Por ejemplo, si bien en nuestro desmenuzamiento conceptual la apatía (adhesión involuntaria) fue ubicada en el nivel de la obediencia junto a la simulación (adhesión estratégica), debido a la similitud analítica de sus consecuencias observables; ciertamente, las creencias que encarnan la interiorización del desinterés y la resignación devienen la excepción a la regla en materia de obediencia. El convencimiento genuino de la validez del renunciamiento pertenece, axiológicamente hablando, a la orilla ética de la sinceridad. No importa si se es consciente o no de la funcionalidad de este renunciamiento a la perpetuación del *statu quo*. En ambos casos, la convicción es igual de honesta y fiel a los valores de una presunta «neutralidad apolítica».

Asimismo, en principio, es de suponer que el sector identificado a cabalidad con las pretensiones de dominación no tiene necesidad de adular (un razonamiento válido, sólo parcialmente). Por ende, su parcela cultural se encuentra superpoblada de auténticas muestras de aprobación, adhesión y respaldo al régimen; derroches de sinceridad a prueba de balas, capaces de defender con el corazón en la mano incluso la negativa a acceder al propio PCC:

No acepté transitar de la UJC al Partido no porque esté en contra de esto, pero no quería pertenecer. Porque tu convicción de revolucionario no necesita un carné. No porque tengas un carné del Partido Demócrata eres más demócrata que nadie. Puedes tener un carné del Partido Demócrata y ser tremendo republicano. No eres demócrata ni cojones. No eres nadie. Te tapas con un carné. Yo no, lo mío es de convicción, de corazón. No quiero ser del partido, pero soy revolucionario. Soy cubano y muero por esto. Por esto hay que matarme. [Custodio, 62 años]

Aunque en la corriente cultural de la asimilación prevalezcan los sentimientos de lealtad al orden político en general, sí que suelen fluir por su cauce descontentos variopintos respecto a medidas y autoridades puntuales. Y la proclividad a cuestionarlas o no en el lugar y momento oportunos puede responder a diferencias no tan sutiles en el terreno de las convicciones. Una cosa es creer en la sinceridad a ultranza (crítica) y otra bien distinta preferir el silencio lisonjero. Este último si bien está emparentado con la simulación por parte de condescendencia, difiere de aquella en su intención. Mientras el silencio “doble moral” se propone, por conveniencia, aparentar conformidad y evitar potenciales castigos; el silencio lisonjero tiene la finalidad bondadosa de no

importunar a su santidad la autoridad, que “siempre sabe lo que dice/hace”, o de esperar a una ocasión más apropiada.

Ahora, al menos en nuestros hallazgos, no pareciera que la estrategia leal de hacer mutis se vincule a un nivel máximo de asimilación, ni que la sinceridad crítica, por su parte, se asocie más a una lealtad de segunda clase. Encontramos de ambas cosas tanto en la adhesión plena como en la parcial. Justamente porque estamos hablando de convicciones, vectores culturales sostenidos por juicios de valor que, en la construcción social de la subordinación, son previos a la identificación política. Al igual que la obediencia no siempre tiene en su base una filosofía de la “doble moral”; tampoco la asimilación está exenta de síntomas de acriticidad, adulación y de una inverosímil sumisión ciega. La firme creencia en la sinceridad resulta, en definitiva, una cuestión moral, un manifiesto de vida que no se postra a los pies de ninguna preferencia política o ideología.

Fui defensora del sistema mientras no tuve conciencia. Tampoco he sido una defensora ciega nunca. Cuando estaba al frente de la FMC del edificio –una gran masa de mujeres y cederistas–, me tocaron un sábado a la puerta. Era una señora de la Federación. ¿A qué venía? Con nombres y apellidos de tres o cuatro jineteras⁸ que había en el edificio. Siempre he sido una persona muy firme en mis criterios y me enorgullezco de ser tan sincera. No puedo ser hipócrita, no puedo tener dos caras. Le dije: “¿Qué usted me está pidiendo, Elba?”. Quería que yo vigilara el culo de las jineteras. Obviamente, le dije que no y que no me viniera a preguntar nunca más. E inmediatamente fui y se lo dije a la del CDR: “Mira Maritza, vino a verme Elsa, la de la Federación, y le dije que no voy a cooperar. Si tú quieres ser la informante de ella, adelante. Pero yo no puedo vigilarle el fondillo a nadie ni estar pendiente a qué hora salió, con quién y a qué hora llega. Esas intenciones de la Federación no las puedo cumplir”. [Repasadora particular, 60 años, exmilitante del Partido]

Sin embargo, ya sabemos, no todo el sector de los asimilados privilegia la sinceridad por sobre su afiliación política. Tampoco el silencio lisonjero constituye la única expresión que trasluce falta de transparencia en este subtipo de la subordinación. Los embustes más mañosos también asisten a quienes profesan una lealtad crítica y, ¿por cobardía o cautela fundada?, están convencidos de que sincerarse ante los dominantes les traería serios problemas. Aquí la mentira lisonjera no pretende cortejar al poderoso, sino anular su previsible irritación, enmascarando el fiasco de sus esfuerzos de dominación. Es el caso, por ejemplo, del joven militante que, aunque todavía leal a

⁸ «Jinetero/a» es el término con que se les conoce en Cuba a las personas que se prostituyen con extranjeros.

los valores socialistas y las políticas del gobierno, decide salirse del Partido porque no le gusta el estilo autoritario de la organización; pero, para cumplir su deseo, echa mano de un subterfugio:

Tengo una premisa muy clara: cuando estoy en un lugar, estoy porque quiero. Si no, recojo y me voy. Y en el Partido igual, ya no me sentía bien ahí. Entonces, se da el viaje de mi papá a Estados Unidos en 2014. Cuando él viene, me dice: “Tu hermana dice que saques pasaporte, que te va a poner una carta de invitación”. Y me dije: “Esta es la mía”. Usé de pretexto principal la salida al exterior. Como las relaciones de los de aquí con los de allá no son buenas, no quiero tener nada que le vaya a provocar un problema a ella, ni que me vaya a provocar un problema a mí, de que no la pueda ir a ver a ella, ni a mis dos sobrinos. Y ya, me salí. Como yo era secretario del núcleo, me costó un poquito más de trabajo. Pero, cuando te decides a eso, no hay vuelta atrás. [Ingeniero, 34 años, exmilitante del Partido]

Sin dudas, la decisión de pedir la desactivación del Partido resulta un acto de distanciamiento político muy valiente en el contexto posttotalitario cubano. Ahora, el uso maquinado de una excusa para conseguir tal propósito constituye, al mismo tiempo, un evento de deshonestidad que evidencia cómo el temor a posibles reprensiones planea incluso por sobre la cabeza de los fieles al gobierno, afectando de modo notorio todas las capas de su cultura política, desde el núcleo más denso y sólido hasta la corteza más líquida y maleable.

Por último, no por obvio y extrínseco a nuestro estudio podemos dejar de mencionarlo: también el imaginario cultural de la resistencia frontal organizada debe estar plagado de férreos dechados de sinceridad, por supuesto; aunque anclados a una deslealtad total al régimen socialista (lo cual supone la lealtad a otro sistema político). Para oponerse abiertamente, con escaso o nulo respaldo popular, a un gobierno represivo, con fuertes reminiscencias totalitarias, y estar dispuesto a pagar por ese atrevimiento, la fortaleza y veracidad de las convicciones tienen que ser de un temple de acero⁹. La realidad cubana ha demostrado que, bajo esas condiciones hostiles, pocos valientes defienden sus creencias así, a voz en cuello, sin máscaras, a camisa quitada. Cuando más, como veremos en próximos capítulos, lo hacen de forma semi/encubierta.

¡Claro! Cuando voy a las votaciones estoy simulando. ¡Qué pregunta la tuya! [Carcajadas] Cuando voy allí para que no me vengán a buscar y no tener que ir obligada, de la mano de la que mandaron

⁹ Tampoco se puede descartar que en el sector de la oposición no reconocida oficialmente en Cuba existan vetas de oportunismo, simulación y “doble moral” a la inversa. En un contexto de miseria, humana y material, es probable que más de uno haya encontrado en la actividad opositora un medio de sobrevivencia.

a buscarme, estoy simulando que quiero votar. Pero después dejo el cuadro en blanco. Hace años que soy una abstención, desde que vivía en el Cerro. No me da la gana de votar por nadie.
[Repasadora particular, 60 años, exmilitante del Partido]

5.1.1.5 Desafiliación / Afiliación:

Para cerrar el bloque de las convicciones hemos reservado un binomio que representa el pináculo de la escisión que vive la sociedad cubana. Aunque el cisma de la desafiliación / afiliación tiene, por supuesto, importantes repercusiones tangibles¹⁰, a efectos de los intereses del presente capítulo nos ocuparemos de sus implicaciones en el plano cultural. Subproducto de los procesos de des/legitimación, las convicciones que indican el sentido de pertenencia o desapego respecto a un proyecto de nación se convierten en una especie de marcadores extremos (hipérboles) de la intensidad del vínculo entre subordinados y gobernantes, y más aún de la intensidad del nexo entre ciudadanos, del sentido de comunidad nacional.

Las convicciones de des/afiliación son creencias robustas ya no sobre la validez o aceptabilidad de la dominación socialista, sino sobre la pertinencia y la utilidad de ser partícipe o no de la amalgama de relaciones políticas en Cuba. Se puede creer en la legitimidad de un proyecto político y no querer tomar parte en él por múltiples razones; por ejemplo, ya otro proyecto demanda mis esfuerzos o mejor mirar los toros desde la barrera hasta ver qué pasa. Por el contrario, la creencia en la ilegitimidad de un proyecto político puede constituir un gran acicate para querer derribarlo desde dentro y reemplazarlo por otro. Ese es el principal estímulo de los grupos opositores internos, enfrascados con denuedo admirable en una desnivelada batalla por una Cuba democrática.

Para desdicha de los cubanos (porque Cuba más que un lugar es el nodo insustituible donde convergen y se ramifican los contenidos diferenciados de la identidad cubana), no son los sentimientos de afiliación, de ninguna índole (anti/comunista), la substancia proteica que da sabor al ajiaco de la ciudadanía criolla en la actualidad. Más bien son los ríos caudalosos de la desafiliación los que, cada vez con más fuerza, aportan desazón e insipidez al guiso donde se entremezclan las diferentes culturas políticas de los cubanos¹¹. La muestra más elocuente del alcance de estos crecidos afluentes es su sedimentación en el traslúcido imaginario infantil:

¹⁰ Patrones diádicos de comportamiento: participar / no participar, quedarse / emigrar, obedecer / resistir, etc.

¹¹ Los datos sobre migración interpretados en el epígrafe 2.4 del capítulo II constituyen la prueba de la magnitud fáctica del fenómeno.

Los niños de ahora tienen otra forma de pensar políticamente, han cambiado mucho. Como ahora ven que tienen familiares afuera, muchos tienen sus padres cumpliendo misiones y tienen cierto nivel adquisitivo, ya los niños no son como los de antes, que querían estudiar y trabajar. ¡Qué va! En este minuto, los sueños de los niños cubanos, de sexto grado y de menos, es irse del país.
[Exprofesora, “bolitera”, 35 años]

En la Cuba de inicios de la tercera década del siglo XXI, más que una simple tendencia generalizada a la emigración se percibe un *ansia* masiva por *escapar* a cualquier paraje, siempre que sea en el extranjero (nótese la indiferencia en el rumbo): “Desde que tengo uso de razón, yo quiero irme de este país. Lo mismo me da Haití, que Angola o Burundi, para cualquier lado. Y lo más posible es que cuando me vaya, no venga más”. Encima, esta avidez de interponer mares, océanos, continentes, años, décadas, vidas y desencuentros de por medio entre un pasado calamitoso y un futuro prometedor, pervive teñida por un halo de heroísmo, debido a lo temerario que resulta lanzarse al mar de forma ilícita (a menudo en embarcaciones rústicas) y lo tortuoso que resulta conseguir salir legalmente de la isla. Las representaciones diplomáticas suelen parapetarse tras exigencias muy altas para otorgar los visados. Y aun cumpliendo todos los requisitos, las tasas de rechazo de solicitudes son muy elevadas. Con lo cual, el efecto «ruleta» o «lotería» contribuye a exacerbar la ansiedad de los «apostadores»¹².

Estoy loca por irme, desquiciada estoy por irme. Antes pensaba irme y decía: “Si me voy, yo viro”. Ya estoy que digo: “Si logro salir, no viro más, a nada”. Aquí no se me ha perdido nada. Si me llevo a mis dos hijos, se me olvida el resto de la familia. A mi mamá y mi abuela las veo por Facebook. No sé si será México, Uruguay o Estados Unidos... [Revendedora particular, 31 años]

La necesidad imperiosa de emigrar es un fenómeno indiferenciado que no resiste las amenazas taxativas de ninguna clasificación social (género, edad, rasgos raciales, nivel educativo, ingresos, religión, experiencia migratoria, etc.). Resulta sencillamente un hecho transversal a toda la sociedad, con serias implicaciones psicosociales al nivel de su célula fundamental: la familia, en franco proceso de desestructuración y recomposición *ad hoc*. La única condición que, hemos comprobado, genera un poco de resistencia a la decisión de emigrar es la ancianidad. Pero sólo un poco, pues con las garantías apropiadas, también muchos abuelos emprenden largos viajes sin

¹² Hay que ver el jolgorio y ambiente festivo que a menudo desata el otorgamiento de un visado.

retorno con tal de reunirse con sus familias, a pesar de lo difícil que resulta el desarraigo a esa altura del recorrido vital.

Un sector amplio del imaginario social está copado por el convencimiento de que “la gente se va para mejorar económicamente, no por un tema político”; “El problema económico aquí es grave, grave. Y es lo que nos afecta, porque si tú tienes tus necesidades cubiertas, vives bien, a ti no te importa quién sea presidente y quién no”; “El 95 por ciento de la gente se va por motivos económicos. A la gente no le importan las libertades civiles. Les interesa poder llevar un plato de comida decente a la mesa, el arroz y los frijoles”; “Nadie se quiere ir de su lugar de origen, de su país, nadie quiere dejar a su familia atrás. La gente se quiere ir porque todos queremos mejorar y vivir mejor. Es triste irte”.

En esta versión *light*, economicista y melancólica de la desafiliación, por lo general, el exilio no comporta necesariamente una ruptura radical con un proyecto de nación; ni tampoco, en todos los casos, una deslegitimación total del gobierno por no saber conducir los hilos de la economía cubana o por sus abusos totalitarios (a menudo ignorados, subestimados o perdonados). El lazo se debilita, pero la esperanza remota de algún día recomponerlo subsiste, agazapada, condicionada por la eventualidad de un mejoramiento de las circunstancias económicas del país. E, incluso, en la franja más conservadora de este espectro no se descarta la posibilidad de volver, aun en condiciones similares a las de la partida, porque “en Cuba con dinero se vive bien”.

A contrapelo, en otra porción grande del enjambre de vectores culturales socializados, la raíz económica de la desafiliación a) Ha calado tan hondo en la categorización moral de la situación que ha desautorizado cualquier esperanza de recomposición: “Lo que quiero es irme de este país, apenas tenga una oportunidad. He vivido 40 años en la miseria. A ver si a partir de los 41 puedo hacer algo, puedo ser alguien. ¡Y aquí no regreso nunca más!”; o b) Sí aparece fuertemente entrelazada al desencanto político y la nula expectativa de cambio de régimen político conduce a la irrevocable exageración y radicalización del distanciamiento simbólico:

La mayoría de las personas que conozco desde la infancia está en otros países. Y todo el mundo viene a vacacionar, a ver a su familia; pero nadie quiere quedarse. Y las familias están locas también porque esas personas se las lleven. Es decir, que este país no se ha quedado vacío porque para que 11 millones de cubanos emigren, a la vez... Vaya, no sé cuántos aviones harán falta, cuántas lanchas, cuántos botes, para que esto se quede vacío. Si hubiera medios de transporte, aunque fueran ilegales, creo que en este país sólo se quedarían los dirigentes. Y para eso, porque

se han dado casos de tantos dirigentes que han abusado de sus puestos y que hoy por hoy están en otros países, que a lo mejor ni esos. [Exprofesora, “bolitera”, 35 años]

Semejante ambiente de estampida nacional contenida repercute, de modo inevitable, en el bagaje cultural de aquellos que se encuentran en lista de espera y de quienes, por el momento, han decidido quedarse. ¿Y de qué otro modo podría ser, sino infundiendo el desánimo y la desolación? “Mi vecino ya no sabe qué inventar para enamorar al hijo. Se le parte el alma si el muchacho se le va, no quiere que se le fragmente la familia. Dentro de poco vamos a quedar sólo viejos en este país”. La sensación compartida de que todo está perdido, lógicamente, mella en lo más profundo el sentido de pertenencia al proyecto de sociedad vigente y la disposición a participar activamente en las asociaciones civiles y políticas (de por sí muy afectadas por el alud de deslegitimación, como ya vimos en el apartado 5.1.1.1). En cuanto a la meta de construir comunidad, la vida cotidiana de los cubanos está dominada más por la tracción decadente de la inercia que por la fuerza pujante de la proactividad.

Aunque con una presencia más débil, en la carta náutica de los flujos culturales de la subordinación debemos bosquejar también latentes contracorrientes de sentimientos de pertenencia a un proyecto de nación todavía rescatable y, en menor medida, de afiliación probada al «encomiable e insuperable esfuerzo socialista de unidad patriótica». En la primera de ellas podemos identificar dos tipos de creencias políticamente contrapuestas, pero analíticamente unidas por la convicción de que algo anda mal y para corregir el rumbo de la navegación actual hay que tomar cartas en el asunto. Es el caso de la perseverancia de los leales críticos, por un lado: “Si ya decidí quedarme, pues soy protagonista, soy participante activa. Tengo mis altas y bajas de: «Para qué mierda me metí en esto. La gente es súper-malagradecida». Pero yo insisto en ser parte del cambio”. Mientras, por el otro, encontramos la disposición combativa de la desafección parcial:

Hay que defender las cosas con argumentos válidos. Necesitamos a alguien que de verdad se pare en algún lugar importante, digo yo, y plantear... Es que un cartel es una cosa ahí aislada, anónima. Para mí, tendríamos más bien que unirnos. Eso sí me gustaría. Que nos uniéramos, no para agredir, solamente para expresar lo que sentimos y que necesitamos un cambio. Que nos uniéramos en un lugar público todas las personas que estamos inconformes, que yo sé que somos muchos. Una protesta en un lugar público donde se nos oiga de verdad. Si se apuntaran muchas personas, yo me apuntaría. [Estudiante de Medicina, 22 años, militante de la UJC]

Por lo general, el apego que nace de la lealtad crítica limita sus aspiraciones de cambio a la renovación de la gestión humana de las instituciones sociales y políticas. Y la mejor muestra de afiliación es la voluntad de involucrarse activamente en dicho proceso reformativo. Asimismo, cualquier intento de alteración con signo opositor debe regirse por el sistema político vigente: “Tienen que buscar una gente preparada, carismática, que vaya escalando todos esos escaños hasta que logre llegar arriba. Va a ser duro, no lo va a lograr en dos días, pero es que es así”. En cambio, el apego que emana del desencanto y la desaprobación parcial del régimen político está abierto a la transformación de la institucionalidad sociopolítica (multipartidismo, elecciones presidenciales directas, pluralidad política). Sus sentimientos de afiliación pasan por la necesidad de sumar quorum al empeño subversivo. Y su abanico de alternativas no descarta del todo la posibilidad de un giro político tajante¹³: “Yo no sé ahora en este momento qué sería mejor, si un capitalismo u otro tipo de socialismo. Pero sí pienso que debe haber un cambio de sistema radical. Aunque no nos pareciéramos a otro país, ¡pero un cambio de algo!”.

Por último, como es de esperar, la afinidad político-ideológica total con el socialismo de Estado instaurado en Cuba convive de manera armónica con la convicción patriótica de tomar parte en los destinos de la nación hasta las últimas consecuencias: “Nosotros somos seis hermanos y ninguno se quiso ir para el norte con la familia de mi papá. Ninguno. Nosotros somos cubanos. Bueno o malo, este país nos vio nacer y es el que nos va a ver morir.” Los sentimientos de afiliación son, de cierta forma, inherentes a la adhesión plena, puesto que el compromiso cívico y el involucramiento decidido, sin vacilaciones, constituyen una parte medular de la lealtad incondicional a los mandamientos de la doctrina socialista. “Tengo 82 años y realmente de lo poco que pude hacer o ayudar, no me arrepiento. No me arrepiento porque siempre lo he considerado una causa justa. Y sigo pensando que es una causa justa”.

Un sentido de pertenencia, sin embargo, empecinadamente excluyente, habitado por una aprensión extrema hacia la otredad política, y que, con su intolerancia totalitaria, profundiza el desmembramiento del heterogéneo organismo político que es el pueblo de Cuba hoy, a pesar de seis décadas de pretensiones homogeneizantes: “Sí hay oposición, mercenarios, pagados por los Estados Unidos. Hay infiltrados, y eso lo pagan los dólares del imperio. Cuando equilibremos la

¹³ Obviamente, en el ámbito de la disidencia frontal se encontraría en un estado más exacerbado este tipo de afiliación revolucionaria comprometida con la transformación radical del sistema político cubano. Pero, por razones citadas en capítulos anteriores, esta conflictiva zona del objeto de estudio quedó fuera del alcance de la presente investigación.

economía, no va a haber quien le dé dólares aquí a nadie para hablar mierda en la calle”. Típica de un sector de la generación de más avanzada edad, que ha atestiguado todo el devenir del régimen instaurado tras el triunfo revolucionario de 1959, la afiliación cabal al manual «monoteísta» que predica el PCC es la muestra fehaciente de cuán enclaustrada puede subsistir una convicción, ajena a la influencia de sus «*alter ego*» sociales (convicciones de la misma índole, pero de distinto signo o carga valórica), rehén del absolutismo de sus juicios de valor.

He estado toda la vida involucrada y seguiré hasta el final, porque ante todo soy cubana y sigo la obra de nuestros próceres. Y sigo por una línea única: la fidelidad. El principio fundamental es la fidelidad a la obra de Martí, de los militantes del Partido Comunista, a Carlos Baliño y al otro, al otro..., a la obra continua, a Fidel, a todo lo que se ha hecho. Cargada de defectos nuestra obra, pero está ahí. Y al final hasta el último día de mi vida seguiré siendo revolucionaria. [...] Por muy molesta o muy cansada que esté, con mis 78 años, jamás me verás compartiendo con ningún contrarrevolucionario, porque así los llamo yo. Creo que hay que tener ética, hay que tener autorrespeto. [Jubilada, 78 años, militante del PCC]

5.1.2 Representaciones políticas

Ahora bien, como ya se dijo, los marcos intersubjetivos son una especie de «autopista de doble vía»: por un lado, todos los días, los actores tamizan e interiorizan (subjetivan) renovadas configuraciones simbólicas socializadas (objetivas), puestas al alcance de su cultura durante sus múltiples interacciones cotidianas; al tiempo que exteriorizan (objetivan) construcciones significativas colectivas, previamente subjetivadas en estructuras mentales con diferentes niveles de profundidad. De la cultura política en particular, las representaciones políticas constituyen la dimensión más superficial, perecedera y coyuntural; susceptible de ser transformada por el procesamiento racional de las novedades y actualizaciones que siempre traen los flujos de contenidos intersubjetivos.

Con base en la Teoría de las Representaciones Sociales (Moscovici, 1981; Jodelet, 1984; Ibáñez, 1988; Abric, 2001; entre otros), podemos definir a las representaciones políticas como un sistema de modelos cognitivos (percepciones, concepciones *racionales*) sobre los vínculos de poder que suscitan tomas de postura de los actores respecto al entramado de relaciones políticas. En contraste con las convicciones políticas, no se sustentan sobre juicios de valor; se establecen en función de argumentos lógicos. Por esa misma razón resultan saberes compartidos mucho más

heterogéneos, circunstanciales, dinámicos y provisionales que las convicciones; periódicamente actualizados a partir del desarrollo de las situaciones, la circulación de información y las interacciones cara a cara; todo ello en un ambiente político-ideológico determinado (creencias, valores, estereotipos, normas y leyes específicos de cada contexto).

Como es fácil anticipar, el levantamiento topográfico de las representaciones más visibles en el sustrato cultural de la «política de las pequeñas cosas» en la Cuba actual, está muy interconectado con la «geología interna» cartografiada en la sección anterior: las convicciones. No puede ser de otra manera. Las representaciones no son satélites errantes que orbitan de modo aleatorio alrededor de la cultura política. Entre ellas y las convicciones existen múltiples vasos comunicantes y una fuerza gravitacional común: los «Niveles de lealtad». Por supuesto que el grado de identificación con, legitimación de, y afiliación al régimen, sus dirigentes y medidas afecta el tipo de procesamiento racional que se practica y se socializa. No obstante, al estar más alejadas de los juicios de valor y nutrirse del pensamiento lógico, los constreñimientos pasionales y morales pueden llegar a debilitarse de modo considerable. Lo suficiente para que, con mucha frecuencia, salten a la vista revelaciones insospechadas, sobre todo en materia de representaciones específicas.

Una vez reconocida su innata heterogeneidad, coyunturalismo y «veleidosidad», huelga decir que la selección de representaciones políticas presentadas a continuación resulta, obviamente, un compendio incompleto y precario, cuyo único sustento es la intencionalidad subyacente. Podíamos haber elegido menos, más o de plano otras. Pero fueron estas, entre las más recurrentes, las que mejor ajuste o «idoneidad descriptiva» mostraron respecto a nuestras preguntas de investigación, en general, y en cuanto al propósito específico de componer un mapa cultural de las relaciones de dominación-subordinación-resistencia abarcador pero sintético e iconográfico a la vez. Sin perder de vista esta intención, abordamos de inmediato un conjunto de representaciones políticas de carácter general; seguidas por una muestra de representaciones más enfocadas en medidas políticas concretas; un bloque de representaciones aún más específicas sobre cuestiones o procesos con gran relevancia analítica para nuestro estudio; y, a manera de cierre, regresamos a una representación general futurista, directamente emparentada con el tema del siguiente epígrafe: las expectativas.

5.1.2.1 Representaciones generales

Transversal a todos los grupos etarios, con independencia del tipo de empleo, el poder adquisitivo y la exposición directa o indirecta a la experiencia en el extranjero, la deslegitimación

del régimen político y los gobernantes que reseñamos en el epígrafe anterior suele desembocar en el convencimiento inconcuso de que a la sociedad cubana le urge una transformación radical. Una convicción que, lógicamente, tiene su correlato reflexivo; el cual parte, primero, de la percepción compartida de que en Cuba reina un inmovilismo o hasta una involución social de larga data, con inevitables repercusiones en la consciencia política: “Hace 20 años quizás hubiera votado por el «Sí» [en el referéndum constitucional]. Pero tu mente va cambiando, ves las cosas diferentes. Ya tengo 49 años y no he visto ningún cambio. No he visto que esto haya mejorado, sino que ha empeorado”. Y, se percibe claramente que el inmovilismo social tiene su raíz en el inmovilismo político e ideológico:

Necesitamos un presidente con otra mentalidad. No con la misma mentalidad esta del comunismo, las mismas ideas... Un presidente que, por ejemplo, aumente los salarios, arregle las escuelas... No sé, que haga relaciones con otros países. Que se preocupe más por el pueblo, por mejorar, por arreglar las calles. Aquí lo único que se mejora en este país es el sector turístico para los turistas extranjeros, porque los cubanos tienen que esperar a que venga un familiar de afuera para eso. O tener un negocio ilegal. O robarle al Estado. [Exprofesora, “bolitera”, 35 años]

La representación general de que Cuba necesita un cambio en su derrotero político abarca, con intensidad y aclamación creciente, todos los estratos sociales donde predominan los niveles de lealtad que van desde la «Adhesión parcial» hasta la «No adhesión». “Sí queremos cambios. Y el socialismo no significa miseria. Eso nos queda claro a muchas personas. Es decir, el socialismo no se construyó, y las decisiones, y en lo que estamos, no es porque queríamos miseria”. Únicamente el segmento de la subordinación plenamente identificado con los mandatos de la dominación desconoce este clamor o lo minimiza hasta niveles de simples retoques cosméticos. En los predios vacilantes de una racionalidad aún jaloneada por juicios de valor, dicha representación política se debate entre dos corrientes de pensamiento paralelas, plagadas de múltiples dudas: la apuesta por un socialismo no estatista reformado (modelo chino) o la adopción directa de alguna variante de sistema capitalista no neoliberal (con bienestar social).

Quisiera un cambio, en el sentido de poder comer las cosas, decir, como en el mundo: “En este país la ropa y los electrodomésticos son caros”. Pero el denominador común en el mundo es que el aseo y la comida son económicos, y todos tienen acceso a ellos, un poquito más, un poquito menos. Aquí comer bien es un lujo, hay que matarse para comer. Entonces, lo que más quiero son cambios en ese aspecto, que con nuestro sudor de cada día podamos tener una mejor calidad de

vida. Que yo pueda decir: “Tengo vacaciones, voy a pasarme tres días en un hotel, porque he trabajado todo el año y puedo pagarlo.” No que cuando lleguen las vacaciones, como me pasa a mí, diga: “¡Estás loco! No puedo coger ese dinero porque con eso compro aceite, carne y pollo”. No puedo ir a ningún lugar y he trabajado todo el año. Ese es el cambio que quiero, que podamos tener una vivienda digna, tener lo que nos toca como personas. Pero llegar a un capitalismo, con esas cosas difíciles del capitalismo, no. Realmente no quisiera eso. [Médico, 52 años]

La necesidad apremiante de un giro político está acoplada con la idea común de que la inconformidad, como maleza indetenible, campea por sus respetos en la sociedad cubana, inclusive en aquellos predios donde florece la lealtad. “Siento que todo el mundo está inconforme con esto. ¿Quién va a estar conforme con algo que no le resuelve la vida, ni te ayuda a vivir? Al menos las personas que yo conozco están inconformes”; “Sinceramente, yo que soy callejera, veo a la gente en la guagua, o mientras caminan, hablando siempre de los problemas, las necesidades. La gente está desilusionada. No van para el trabajo contentos, no. Ves a la gente desanimada, inconforme”. Para los cubanos, la inconformidad se ha convertido en el pan nuestro de cada día. Deviene, probablemente, en la representación más compartida y documentada a partir de experiencias cotidianas. Es imposible recorrer las calles y barrios cubanos con un interés sociológico y no terminar cada jornada con un catálogo de quejas de proporciones bíblicas y tintes apocalípticos.

Verdad que en este país todo es un pujo. Te lo dice una que parió con fórceps. Ahí en [la calle] 19 de Mayo el banco está cerrado desde las dos, porque no hay climatización. En el de más abajo, en Ayestarán, la cola es de dos cuadas. Ahora llego aquí y, de ocho cajas, sólo la mitad están trabajando. ¡No es fácil! Cualquiera cosa que salgas a resolver a la calle es un pujo. Después ves en la televisión, a los Díaz-Canel y demás, y todo anda bien. Qué bonito es todo. [Gestos que denotan sarcasmo] No, y lo flaquitos que están; pobrecitos, desnutridos, porque en esas reuniones sólo toman agua y café. (...) Con los de [la empresa] Aguas de La Habana hace poco saqué una chaqueta [una bronca] que para qué te cuento. Por poco me mudo para allá. Tuve que caerles encima como una ladilla para que resolvieran el salidero asqueroso que teníamos enfrente del edificio. La recepcionista me decía: “Sra. ¿Usted quiere trabajar aquí?”. Yo le dije que no, que yo era enfermera, no hidráulica. Pero si no es así, no vienen a arreglarlo. Con todo y la persecución, me costó meses que vinieran. Y, cuando por fin lo arreglaron, rompieron la acera y ya no la repararon; así se quedó. ¡Qué desastre! [Enfermera, entre 50 y 60 años]

A su vez, al gobierno cada vez le resulta más difícil tapar todas sus deficiencias, y aplacar las respectivas inconformidades del pueblo, con la infinita manta del bloqueo norteamericano: “Si el

embargo fuera tan crudo como queremos hacerlo ver, aquí no hubiera ningún extranjero y aquí hay españoles, franceses, canadienses, rusos. Aquí hay una pila de gente haciendo negocios. Entonces, no es tan crudo como lo pintan”. La capacidad de juicio de los subordinados no desaprovecha ni un solo ápice de la exuberante materia prima que le pone la cotidianidad en bandeja para producir un sinfín de argumentos, bien acabados, relativos a la endogeneidad de muchos de los males que aquejan a la sociedad cubana. Al punto que la etiqueta “bloqueo interno” se ha puesto muy de moda en la deliberación colectiva acerca de los problemas nacionales, inclusive en el segmento poblacional leal al régimen.

“Es verdad que tenemos dificultades. No solamente por el bloqueo. Nosotros mismos a veces nos bloqueamos. A veces esas dificultades internas son más por personas que dirigen a nivel local, que se hacen los chivos con tontera”; “No sólo hay bloqueo norteamericano, tenemos también el bloqueo interno de los dirigentes incapaces e indolentes que no resuelven los problemas. Para el propio basurero gigantesco de la esquina hemos propuesto soluciones que no dependen de grandes recursos”. De todos modos, el empoderamiento gradual de la representación que desenmascara al “bloqueo interno” no anula por completo a su contraparte que arguye, con sobradas razones, la nocividad del embargo estadounidense: “Cualquier capitalista se lo piensa bien antes de hacer negocios con Cuba: las multas a los bancos, la imposibilidad de operar con el dólar americano, que si el barco que atraque aquí luego no puede tocar puerto estadounidense en seis meses...”.

Es innegable: para comprar cualquier cosa tienes que pagar un transporte mucho más caro. Todo vale mucho más. ¿Cuántas cosas no necesitan nuestros agricultores que en EE.UU. son baratas? Equipos, maquinarias. Ellos tienen las mejores maquinarias del mundo, unas cuantas cosas para lograr cosechas altas. Y todo eso está vedado. Además, aquí hay que gastar dos mil millones de dólares en importar alimentos. Toda una cantidad de recursos... Las medicinas que hacemos, que son muchas, hay que traer las materias primas, y esas están vedadas. Los equipos buenos no se pueden utilizar porque la pieza de repuesto es de una firma de EE.UU. y no deja comprarlas. Con esas reglas de juego, la economía se resiente. [Jubilado, 82 años, militante del PCC]

De la mano de la idea compartida del “bloqueo interno” circula también una representación general cuyas raíces podemos rastrear en la deslegitimación moderada (epígrafe anterior, sección 5.1.1.1). Se trata de un potente flujo de pensamiento que no encuentra sustento empírico al capricho comunista de mantener el monopolio estatal de casi toda la economía y, por ende, defiende con fundamentos lógicos la pertinencia de expandir el sector productivo no estatal. Es

interesante ver cómo, dentro de esta corriente antimonopólica, la aceptación de la comparabilidad del experimento socialista cubano con la experiencia internacional capitalista resulta una operación lógica bastante frecuente, con profundas connotaciones subyacentes; pues, no sólo le resta excepcionalidad al caso antillano, sino que suprime o menosprecia añejos antagonismos irresolutos, revelando así cómo, a veces, la racionalidad sabe imponerse a los juicios de valor.

El Estado no puede cargar con todo, en ningún lado. No es dejarlo todo al libre albedrío, pero hay cosas que debes soltarlas. Los barberos particulares: “Mi hermano, la cuota es de cien pesos mensuales. De ahí para arriba lo que hagas es tu problema”. Y a fin de año le tienes que pagar al fisco. Si mentiste, ¡para los tribunales! Eso funciona así en todo el mundo. No estamos inventando nada. Pero no, queremos tenerlo todo centralizado. Todo es mío, yo lo controlo todo. Y mentira, hay un reguero y un desorden que le ronca el mango. [Ingeniero, 34 años, exmilitante del Partido]

De igual modo, la fuerza del entendimiento ha ido derrumbando, a golpe de razón, viejos mitos y pasiones socialistas como la educación y la salud gratuitas, universales. En primer lugar, debido al desplome de la calidad de ambos servicios públicos; y, en segundo, porque ni siquiera estas «joyas sagradas de la Revolución» se han salvado de la precarización creciente, que fagocita cuanta actividad humana tiene lugar en el país. En el caso de la educación, como vimos en el epígrafe previo (sección 5.1.1.2), la precariedad ha favorecido, sobre todo en los jóvenes, la sedimentación de valores antiprofesionales, periódicamente nutridos por la firme representación de que estudiar es inútil: “Tenemos «buena Educación» [entrecomilla con los dedos]; pero, yo me pregunto: ¿para qué voy a estudiar si no puedo vivir de lo que estudio?»; “Yo estudié, me superé, pero no me ha servido absolutamente de nada en este país. No lo ejerzo, porque no me da para vivir, no me da ni para sufragar mis necesidades más básicas, como puede ser el aseo personal”.

Por su parte, la contribución de la precarización al desmoronamiento del gallardete de la salud «gratuita» en el imaginario popular está implícita justamente en el cuestionamiento juicioso de la supuesta ausencia de costes: “En el hospital a veces te atienden, a veces no. Te atienden por obligación, pero si llevas un regalito te atienden mejor”; “Es verdad: si vas al médico te atienden; otras veces, para lograr algo tienes que ir con un regalo, para mantener al médico contento y se vea estimulado, porque los médicos en este país también se están muriendo de hambre”; “Si el médico tuviera un buen salario, si estuviera motivado, no le haría falta eso. Ahora el médico llega a la casa y no tiene ni huevos en el refrigerador”.

Progresivamente, la identificación empática de los pacientes con las necesidades materiales de profesionales con tanto prestigio social como el médico o la enfermera, ha normalizado la práctica masiva de llevarle un presente o estímulo útil (casi siempre alimentos) al personal de salud, con el objetivo expreso de conseguir una buena atención, resolver un turno o adelantar la fecha de una cirugía, por ejemplo. Basta echar un vistazo a las salas de espera de las consultas de los hospitales o policlínicos, para comprobar cuántas manos inquietas sostienen la ya clásica «jabita» (bolsa) con el “regalito”. Ajustándose al poder adquisitivo de cada familia, la costumbre se multiplica y se enraíza cada día más por toda la sociedad y, junto con ella, la representación general de que la gratuidad no es como la pintan, “si no entras de frente con un regalo te come el león”, y quienes hacen regalos más jugosos consiguen mejores y más oportunos servicios de salud.

En cambio, otra de las «joyas de la Revolución», la tranquilidad ciudadana, todavía mantiene un estatus privilegiado dentro del universo representacional de los subordinados. La tendencia general a reconocer que Cuba, en comparación con sus vecinos latinoamericanos, es un país con niveles mínimos de violencia prevalece por sobre las visiones escépticas: “Aquí hay libertad, puedes ir para donde quiera que nadie te mata, nadie saca un arma”; “Aquí hay mucha seguridad. Yo crío a mis hijas con tranquilidad aquí. Afuera siempre tienes que estar vigilando a los niños, porque los secuestran. Hay mucha violencia”; “Mira que tranquilidad hay en esta calle. Y según, este es uno de los repartos más malos de Camagüey, La Mosca. No, mira, tranquilito. Aquí no hay violencia, aquí no hay droga. Hay, pero no resaltada. Mínima cosa”.

Sin dudas, más allá de los índices reales de violencia, esta percepción mayoritaria también está influida por el hecho de que el PCC, *gatekeeper* de todo lo que se publica en los medios de comunicación masiva, ha mantenido durante décadas una política estricta de cero prensa amarillista, sin excepciones. Una realidad que, desde finales de 2018 ha ido cambiando a pasos agigantados, con el creciente acceso de la población a Internet, vía datos móviles. “Gracias a la informatización de la sociedad, ya no se puede dejar de informar tantas cosas como antes. Ahora en las redes sociales te encuentras de todo. Ya hay cosas que no se pueden ocultar”. Entre otras consecuencias, el resquebrajamiento del secretismo total también comienza a afectar la imagen idealizada de una sociedad sin violencia:

Al delegado del Poder Popular que vivía en la finquita lo mataron a tiros, ahí, caminando por la calle que desemboca en Las Católicas. ¿Aislado? ¿No hay balacera? Porque tú no trabajas en un hospital. No habrá tanta balacera como en México, Brasil o Dominicana que hay tiroteos a

menudo. Claro, porque la licencia para portar armas... Pero aquí sí hay asesinatos al por mayor que no se publican. Mi amiga intensivista que trabaja en el cuerpo de guardia dice que aquí sí hay incidentes, crímenes pasionales, de un hombre que le da candela a una mujer porque lo engañó, del que tenía una deuda o le robaron, cualquier cosa. Este asesinato que hubo aquí cerca el jueves pasado ¿se ha dicho algo? No, quizás dentro de dos o tres años lo veas en “Tras la Huella” (serie televisiva policíaca). [Repasadora particular, 60 años, exmilitante del Partido]

Para los dominantes, uno de los efectos menos deseados de la apertura del ciberespacio a la ciudadanía es la filtración de detalles de la vida privada de los dirigentes y sus allegados, un tema desde siempre considerado ultrasecreto, objeto de la máxima discreción política. Pero, ante el empuje y las tentaciones irresistibles de las redes sociales, las nuevas generaciones de descendientes de los poderosos son menos dados al hermetismo que sus padres y abuelos, y no ven inconveniente en compartir en sus perfiles públicos fotos, videos y comentarios acerca de algunos de los beneficios que disfrutan como clase privilegiada. Frente a la evidencia gráfica de las vacaciones, autos y cenas de lujo en destinos nacionales e internacionales, es comprensible que el agobiado cubano de a pie desarrolle representaciones tan englobadoras como agraviantes.

Desde que llegó Internet a Cuba, la mente se me ha abierto un poco más. Me cambió aún más el pensamiento político, porque cuando te sientas a ver en Facebook, Instagram, los perfiles de los hijos y familiares de los dirigentes, cómo se dan su buena vida en Dubái, paseando en yate... Y que no son mentiras, ni perfiles falsos; simplemente son personas que tienen sus vidas y las quieren publicar al mundo. Todas esas cosas te van abriendo los ojos. [Exprofesora, “bolitera”, 35 años]

El incremento en el uso de las redes sociales también está ayudando a consolidar una representación general muy antigua, ahora continuamente reconfirmada, actualizada y más visible: la percepción de la judicialización discrecional como mecanismo de control social ejercido por el gobierno posttotalitario. Por ejemplo, es consabido que la Seguridad del Estado utiliza al aparato policial para inventarles causas penales o civiles a los disidentes y, con la complicidad sumisa de los tribunales, encerrarlos en prisión. Aunque todo el mundo entiende que la verdadera razón es política. De forma que el mensaje del régimen autocrático (“Cuidado con oponerte a mí abiertamente”) cumple su cometido amedrentador con plena eficacia comunicativa.

La clave del éxito de la judicialización discrecional como tecnología disciplinaria, sus cimientos, radica en la prácticamente absoluta reproducción ilícita de la vida cotidiana, bajo la conveniente permisibilidad y auspicio del Estado. Una cuestión que no pasa desapercibida ante los

ojos de los más suspicaces: “Son muy hábiles para impedir que la gente se junte. Su estrategia más eficiente es mantenerte por todos lados en la ilegalidad. El 99 por ciento de la gente en este país hace algo ilegal. Nos tienen cogidos por los huevos”; “Nunca te meten preso por temas políticos, sino por comprar en el mercado negro o cometer ilegalidades, porque en este país todo es ilegal”.

El cubano desde que abre los ojos hasta que se acuesta está violando la ley. Porque, normalmente, la leche que hay en todas las casas es la de cuatro pesos que te revende el lechero. Que si el pan de cinco pesos lo compraste afuera, en la calle, es de la reventa de los que lo compran a tres pesos. O el pan que le compras a las mismas panaderías de a un medio que te lo venden a peso. Y ese es el desayuno. No quieras ver a lo largo del día. [Ingeniero, 34 años, exmilitante del Partido]

Sobre las principales víctimas de la aplicación discrecional de la ley, los opositores, existe por lo general una representación piadosa: “Pobres locos que decidieron meterse en esa candela”. Y la conmiseración no hace más que revelar la racionalización del poder coercitivo del Estado posttotalitario: “Eso es como buscarse un problema. Esas personas están marcadas, señaladas, tienen todo el tiempo a la policía encima de ellos, agentes que los están siguiendo”. A la vez, el sentimiento compasivo suele reforzarse con la idea, bastante común, de que las manifestaciones de resistencia directa que practican en la actualidad los opositores son inútiles, mal vistas y hasta contraproducentes: “Ya las personas ven un opositor y salen corriendo, y dejan el negocio, lo que tengan que hacer, recogen todo y se van, porque saben que cuando llegue la policía van a pagar justos por pecadores”.

Aquí hay un grupo que se llama “de respuesta rápida”, en las cuadras y los centros de trabajo. Es decir, si sale un grupo a protestar, ese grupo de respuesta rápida tiene que responder. Ese grupo de respuesta rápida es la misma población. Aunque a veces hay policías vestidos de civil. No sabemos. Entonces, ¿quién va a salir con un cartel a decir nada, si va a salir ese grupo, tus mismos vecinos van a salir a defender a la Revolución? Eso sí ha pasado. Han salido personas a protestar y el grupo de respuesta rápida los reprime. [Enfermera, 50 años]

En últimas, la compasión, la inutilidad, el sinsentido y la vulnerabilidad son ingredientes que dan forma a una representación colectiva que refrenda a la coerción como la fuerza directriz de la tensa relación entre dominantes y disidentes. Tanto la judicialización discrecional como la represión a los opositores constituyen estrategias de dominación deliberadamente punitivas (no inducidas estructuralmente, recordemos a Molm) que, si bien se perciben como injustas y desproporcionadas por parte de los subordinados, hasta ahora han cumplido muy bien su función

de mantener en el terreno de la elucubración cualquier ansia subversiva. Sin embargo, ¿durante cuánto tiempo más el miedo al castigo va a garantizar el comportamiento público obediente y con él la estabilidad formal del sistema? ¿Pueden la disidencia marginal / moderada (ámbito privado / zona fronteriza) desestabilizar las estructuras constrictivas de un sistema mermado en su capacidad de recompensa, dependiente del poder coercitivo? No hay respuestas fáciles ni concluyentes a estas preguntas. Y habremos de esperar a secciones posteriores de este informe para distinguir algunos atisbos de luz entre las sombras interrogantes.

5.1.2.2 Representaciones específicas

En materia de representaciones específicas sobre cuestiones y figuras políticas puntuales, ciertos ejemplos concretos nos ofrecen algunas coordenadas sobre los modos en que la interpretación racional de los subordinados, en conjunción no lineal con las convicciones y las representaciones generales, contribuye a construir significativamente (otorgar sentido a) su relación con la dominación. Un nexo que, como ya se vislumbró en secciones anteriores, en el caso particular de las autoridades de alto rango (presidente, ministros, diputados, dirigentes provinciales, etc.) deviene casi siempre una relación *no-personal*, mediada justamente por los efluvios colectivos de la construcción cultural de la subordinación, así como por la exposición a productos comunicativos por lo común unidireccionales.

Como sucede en cualquier otro país, en Cuba, para la gran mayoría de los ciudadanos, la interacción cara a cara con algún jerarca político constituye un hecho tan extravagante como ganarse la lotería. En su lugar, hemos podido comprobar en esta investigación, son los intercambios culturales con otros dominados, sobre todo aquellos considerados en buena estima, la fuente principal de contenidos vinculantes respecto a los poderosos: saberes, concepciones, convicciones, representaciones, narrativas, expectativas, prejuicios, deducciones, etc. Y, en segundo puesto, el consumo activo de publicaciones y transmisiones audiovisuales de carácter oficial o alternativo: discursos, noticias, entrevistas, reportajes, informes, documentales, posts, twists, directas de YouTube o Facebook, debates, etc.

A menudo, las representaciones sobre figuras encumbradas de la política regional y nacional dejan entrever las huellas de esas mediaciones. En ocasiones traslucen la influencia de terceros: “Sinceramente creo que el presidente está luchando por cambios. Va a tardar años. Son muchas cosas por arreglar, que poquito a poco se fueron desvalorizando, perdiendo. Pero, al menos, la

forma de él expresarse, de hacer las cosas, *hasta ahora gusta*". Otras veces reflejan con nitidez, además, el influjo de la comunicación mediática y suelen, incluso, sustentarse sobre argumentos visiblemente compartidos en bloque (familiar, sobre todo, y en menor medida laboral, vecinal, por grupos de amigos, etc.).

Así, encontramos, por ejemplo, bloques de subordinados que, con variaciones en la intensidad, comparten una evaluación positiva sobre la labor del presidente, recurrentemente sostenida sobre la imagen (posicionada por los medios oficiales) del político-pastor que sí baja al suelo a controlar sus ovejas: "A no ser que salga del país, Díaz-Canel todos los meses va a una provincia diferente. Y se pasa una semana o quince días. Si resuelve mucho o no, no sé. Pero vamos a decir que eso es algo positivo"; "Díaz-Canel creo que le está dando una vuelta a lo que es la información, a la transparencia, a ese trabajo de contacto, de tocar con las manos lo que estoy dirigiendo, de retroalimentarme"; "Ese hombre está metido en la base, va provincia por provincia: «Lo que hiciste, lo que dejaste de hacer». Con todo el consejo de ministros. Está haciendo un buen trabajo".

Al menos en sus primeros años de gobierno, el primer mandatario que no se apellida Castro ha logrado aglutinar en torno a su figura un conjunto de representaciones favorables (algunas más cautelosas, otras más vehementes) que, como islas exóticas, sobresalen entre el torrente de convicciones y representaciones negativas acerca del propio presidente, su gabinete y la mayoría de figuras prominentes de la política criolla. Lo interesante de estas islas exóticas es cómo el razonamiento, al igual que vimos con las convicciones, con frecuencia está erigido, implícita o explícitamente, sobre un punto de vista comparativo, signado por el descontento con los anteriores presidentes, los hermanos Castro. A diferencia de las convicciones (dominadas por procesos de sedimentación más lentos e inerciales), en el caso de las representaciones políticas, esta aprobación por contraste coadyuva a conformar un tipo de legitimación precaria, escéptica, en permanente reevaluación cognitiva y, por ende, más susceptible al cambio de signo si surgen razones de peso.

Al parecer el presidente se ha dado cuenta, es la primera vez que se habla de temas importantes como la vivienda. Muchas personas viviendo en lugares que son del Estado, metiéndose en cualquier sitio y levantando una casita, porque nacieron en un lugar, pero ya constituyeron una familia y no tienen donde estar. Es la primera vez que el presidente habla de la situación de la vivienda en el país, un tema bien duro. Y que, además, habla de la calidad de las construcciones. Porque hasta ahora era: "Hago una casa y que quede comoquiera". Y cogen a cualquiera para que haga una casa. Quizás no está capacitado, no es albañil, no es un buen plomero, no es un buen

nada; pero hicieron la casa y al mes se está filtrando. Y el presidente ha hablado de calidad, de buena terminación... Si sigue sobre esa tónica, quizás adelantemos un poco. Pero le va a tocar duro, porque la población se ha corrompido mucho. Aquí todo el mundo roba. [Médico, 52 años]

La tendencia a la provisionalidad y la condicionalidad de estas representaciones positivas sobre una figura política o medida particular aumenta, como es lógico, en los sectores con una adhesión más endeble (estratégica, involuntaria, desafección parcial) a las pretensiones de dominación; y disminuye en aquellos grupos que profesan una lealtad crítica o plena al régimen. O sea, cuando el corazón está más identificado o comprometido con la causa dominante, la razón tarda más en revertir antiguas tomas de posturas políticas. Y lo mismo aplica en el sentido inverso: cuánto mayor es el nivel de desafección o de no adhesión, más resistencia encuentran los argumentos razonables para invertir una representación desfavorable sobre un dirigente o tema puntual. En este sentido, también las representaciones generales pueden constituir un freno a la hora de reconocer la papa sana dentro del saco podrido, o viceversa.

Claro, la conexión entre las representaciones específicas y las generales es bilateral y de mutua interinfluencia: ora se confrontan, ora se refuerzan. Con frecuencia, operaciones metonímicas cotidianas ayudan a construir el sentido de las relaciones de poder mediante el recurso lógico de extrapolar las características de la parte hacia el todo, o viceversa. “Cuando vas a un gobierno y planteas un problema de salideros en el hospital, o de tal comunidad sin electricidad, y no te responden, ¿qué credibilidad le otorgas? No solamente a ese gobierno, sino a toda la gestión gubernamental nacional”. Un ejemplo clásico es el de la corrupción, cuyo calado generalizante – como ya se ilustró–, puede alcanzar incluso capas tan profundas de la cultura política como las convicciones. Así, por ejemplo, basta con identificar sólo un caso próximo de malversación para enarbolar todo un postulado general de los funcionarios corruptos que “se caen para el lado”:

Los dirigentes también roban. Los directores roban y resuelven sus problemas y hacen sus negocios. Y nada, cuando los cogen, los mueven para otro cargo. Y no un cargo inferior. Cuando trabajaba en la escuela, el administrador robaba comida, vendía los alimentos. ¡Tenía un nivel de vida! Un día, cuando lo cogieron, que ya no se pudo negar más la realidad, ¿qué hicieron? Lo cambiaron de administrador de otra escuela. ¿Qué medida se tomó? ¿Lo botaron? ¿Le quitaron algo? Puede ser que tenga relaciones. Pero es que conozco varios casos similares: te quitan de un puesto y te ponen en otro mejor. [Exprofesora, “bolitera”, 35 años]

Recurrentemente, entre representaciones globales y específicas se suceden operaciones racionales de cotejo, contrastación, reajustes y actualización. Un rejuego en el que, es entendible, las concepciones generales suelen asumir un mayor peso relativo, por aquello de que “una golondrina no hace verano”. No obstante, a veces, basta una excepción contundente para matizar y flexibilizar la recia horma de las representaciones generales. Todo ello, no se puede olvidar, filtrado por el tamiz omnipresente de la lealtad y sensible a los efectos de las mediaciones. Al igual que con los personajes políticos, también las representaciones sobre una medida o demanda política puntual implican una intersección con las representaciones generales, las convicciones, la lealtad y la tercerización de la opinión. El caso del referéndum constitucional del 24 de febrero de 2019 ilustra muy bien estas derivaciones.

Más allá de la clara influencia de los lentes de la filiación política en el balance perceptivo sobre este evento político, resalta cómo, en materia de des/legitimación, la argumentación difícilmente pueda aparecer depurada de juicios de valor «tendenciosos», que tienden a arrimar la brasa de la razón «a su sardina». “El referéndum fue algo *muy bueno*, lo necesitábamos. Y me demuestra que las leyes deben ser flexibles y adaptarse a los tiempos, no los tiempos a las leyes. Para mi sorpresa, el debate, al menos en mi barrio, fue espectacular”; “Como digo yo: la *cortina de humo* fue el artículo 68 [matrimonio homosexual]. Había cosas mucho más importantes como el tema del presidente, del vicepresidente, de las Asambleas Provinciales; pero todo el mundo estaba entonces en lo que no era importante”; “Lo que más oí fue lo del matrimonio gay. Que eso no me interesa, porque con tantos problemas que hay en este país, no es para que se aborde. Eso fue *para entretener* a uno con eso”.

No obstante, esto no quiere decir que las representaciones operen supeditadas a los valores políticos. Ni mucho menos que al interior del mismo grado de lealtad no encontremos un diapasón de convicciones lo suficientemente variado como para asociarse con concepciones específicas contrastantes, como las dos primeras reflexiones antes citadas (ambas expresadas desde una subyacente lealtad crítica). Entonces, por un lado, la heterogeneidad de convicciones y cierto margen de independencia relativa del pensamiento racional nos garantizan un surtido variopinto de representaciones específicas que, naturalmente, se hacen más discordes mientras más distancia empírico-analítica exista entre los «Niveles de lealtad» base. Por el otro, la experiencia particular de cada actor (su involucramiento directo en el evento, junto con su participación en la construcción colectiva de significados) contribuye también a ampliar el espectro de

representaciones específicas sobre asuntos tan puntuales como el referéndum: “Mira, yo eso ni lo leí, ni sé lo que dice. Al final he oído a la gente que dice en la calle «Eso es lo mismo con lo mismo. Ahora ellos hacen lo que les parece». Yo no sé nada de eso”.

Los barrio-debates muy buenos. La gente se expresó artículo por artículo. Y te decían: “Yo voy a hablar de...”. Y los que vinieron a moderar estaban preparados para eso. “Voy a hablar del salario”. “Espérate un momento, ese es el artículo tal, inciso tal, ra ra ra...”. Y te decían: “Página tal...”. Todo eso te lo decían. “El párrafo este, así y así...”. Te lo explicaban todo, todo. Eso estuvo muy bueno. Y se habló mucho de la inversión extranjera. Y de que los municipios ahora tienen la facultad para disponer de sus riquezas. [Custodio, 62 años]

En definitiva, sobre el referéndum que sometió a aprobación la nueva Carta Magna, encontramos un sinfín de representaciones específicas, con múltiples notas y bemoles de dis/conformidad, según el escalón que se ocupe en el registro de la lealtad y en función, asimismo, de la experiencia propia y la socialización de concepciones. Sin embargo, con todo y lo arriesgado que resulta cualquier reducción de la complejidad en este plural escenario, si en nuestra evidencia empírica tuviéramos que seleccionar una tendencia predominante esa sería la de la percepción negativa sobre esta consulta popular, en concordancia con la representación general de que los procesos electorales en Cuba dejan mucho que desear.

Este flujo de representaciones específicas críticas al mecanismo de aprobación *anunciada* de la nueva constitución, por supuesto, discurre por los páramos de las culturas políticas de los subordinados ajeno por completo a la más mínima atención de las autoridades y los medios de comunicación oficiales. Un hecho que, a su vez, despierta también la irritación de muchos sectores de la población, indignados con la “vista gorda” de la clase dirigente y el marcado sesgo informativo de los medios (“El pueblo de Cuba en pleno apoya la nueva Carta Magna”). Ante las avispadas entendederas de estos grupos de subordinados, incluidos los leales críticos, no pasa inadvertida la debilidad del catalejo mediático (controlado por el Partido), capaz de diseccionar a fondo las elecciones generales de un país europeo, mientras, en contraste, no trasciende la epidermis en los análisis internos:

Igual pasa con la historia de la “Mesa Redonda” [espacio televisivo]. Con la cantidad de problemas que tenemos para hablar aquí, ¿qué hacemos nosotros hablando de las elecciones de España? No es por menospreciar a España; pero ¿qué nos importa a nosotros los partidos que hay en España? Digo, no sé, a ver... Puede que vayas a entrar en un análisis y decir: “Como nosotros tenemos

tantas empresas españolas en Cuba, y esas empresas, bla, bla, bla...” Dándole una vuelta... “La elección en España, si salieran los gorditos, nos va a afectar. Pero si salen los flaquitos, no...”. “Ah, porque si el Partido Popular, que si el PSOE, que si Cataluña...”. ¿Qué hacemos nosotros metiéndonos en esos debates? No porque no nos interesen; al final uno tiene que tratar de estar informado. Pero la verdad que yo te digo: con la cantidad de cosas que tenemos aquí, para mirarnos nosotros, vivimos con la cortina de los demás. [Ingeniero, 34 años, exmilitante del Partido]

Justamente la inconformidad general con las políticas informativas de los grandes medios se manifiesta en representaciones específicas de diverso corte, pero homogéneas en su sentido peyorativo respecto al tratamiento edulcorado que la prensa nacional (y la extranjera tolerada) le da a la realidad cubana y el ocultamiento, a veces burdo, de los problemas e insuficiencias: “¡Qué barbaridad! Y que esta gente no dicen nada en la televisión sobre los dos colaboradores médicos cubanos secuestrados en Kenya”; “Cuando pongo Telesur, me encabrono y me peleo con el televisor, porque no hay una noticia mala sobre Cuba. Quien vea Telesur y se crea todo lo que dicen de Cuba, piensa que esto es de verdad la ciudad maravilla”. En este tema particular, el acoplamiento entre representaciones generales y específicas es tal que, cuando un periódico o noticiero publica un trabajo medianamente crítico, muchas veces la noticia pasa a ser la publicación en sí misma, en lugar del hecho noticioso: “¿Viste que tal periodista o tal medio se atrevió a hablar de tal cosa?”. Obviamente, el tipo de identificación con la dominación condiciona el tono más o menos adusto del asombro y, muy importante, el nivel de crédito que se le confiere a los contenidos publicados en los medios oficiales. No obstante, aun desde el lado leal de la cancha política, abundan las representaciones específicas que se lamentan por los autogoles de la desinformación:

La manera en la que damos información sobre cómo utilizamos el presupuesto nacional debería analizarse más. La forma en la que trabaja nuestro parlamento debe mejorar, debe cambiar significativamente. No estoy de acuerdo con que los diputados escogidos como ministros, sigan siendo diputados. Eso es ser juez y parte. Necesitaría también que mi asamblea nacional sea más participativa, más protagonista de cambio. Que me digan constantemente en qué están trabajando, en qué proyecto de ley, qué controles están haciendo. Esa información la necesito y no la encuentro. No sé qué diputados pertenecen a qué comisión. ¿Cuáles son esas comisiones? ¿Qué resultados tienen? ¿En qué están trabajando en estos momentos? No lo sé. [Informática, 34 años]

Como se evidencia, el universo de las percepciones específicas resulta mucho más exuberante y escurridizo que el de las representaciones generales. Y, aunque los modelos cognitivos de gran alcance se conforman a medida que se acumulan, sintetizan y socializan grupos de percepciones particulares, y ambos niveles del raciocinio están muy interconectados, las representaciones específicas poseen la propiedad exclusiva de ser la base de la hermenéutica cotidiana de los subordinados, el fruto más espontáneo y recurrente de la manifestación primera de la agencia: la capacidad de juicio. Para abundar en esta facultad colectiva de reflexionar que, a la larga, deviene en fuente pródiga de actitudes y posicionamientos respecto a la dominación, en los próximos apartados bosquejaremos un paquete de representaciones muy específicas que revelan cómo las veridicciones alternativas convierten al sentido común en el caldo de cultivo de la resistencia.

5.1.2.3 Crisis material

Desde que hace más de treinta años, tras el derrumbe del campo socialista, la economía cubana cayó de manera abrupta en una recesión sin precedentes, de proporciones descomunales y terribles consecuencias sociales, la crisis material se ha incrustado en la sociedad cubana, con recia obstinación, apariencia de normalidad y serias pretensiones de perpetuidad. Ya lo vimos en la sección dedicada a las convicciones: cuando por décadas, el sistema socialista estadocéntrico falla en el desempeño de su función de proveedor de los recursos para la subsistencia y reproducción de la sociedad, no hay cemento ideológico que pueda impedir el desplome del muro de la legitimidad. Pues bien, las representaciones específicas sobre la crisis material son como incendiarios fragmentos de ladrillos rotos que, arrastrados por la tolvanera de la deslegitimación creciente, van dejando a su paso una estela de ceniza en la vida cotidiana de los ciudadanos.

Salvo fugaces bocanadas de oxígeno (momentos iniciales del padrinazgo de la Venezuela chavista y *boom* turístico tras la visita de Barack Obama), en estas últimas tres décadas la realidad del cubano de a pie ha estado profundamente signada por la escasez extrema de productos básicos para el día a día: alimentos, enseres de aseo personal y para el hogar, ropa, zapatos, medios de trabajo, etc. Las representaciones específicas sobre las angustias materiales constituyen sólo una parte de la metabolización intersubjetiva de estas penurias; pero, justamente la especificidad de este ejercicio figurativo nos habilita para poner al descubierto la magnitud política y el alcance de dicho procesamiento cultural de la pobreza, que ha penetrado a la sociedad cubana hasta su médula.

Tengo que decirte que tenemos una situación difícil desde el punto de vista económico, porque se han dejado toda una serie de frentes que se podían haber explotado. En primer lugar, la producción de alimentos, la zafra azucarera que no se habla de ella, no sé por qué, porque éramos los primeros productores de azúcar en el mundo. Y ahora no sé qué pasa, si la exportamos o no, no tengo información. No se cumplen los planes, tenemos problemas desde el punto de vista económico. (...) Es verdad que la gente está muy molesta con eso, muy molesta con las colas, con el desabastecimiento. [Jubilada, 78 años, militante del PCC]

Cuando el investigador encuentra que ni siquiera los más acríticos, incondicionales y leales al régimen están dispuestos a negar, maquillar o matizar la severa situación económica que padece el pueblo cubano (recordemos también el adagio antes citado “el socialismo no significa miseria”), entonces, las representaciones políticas adquieren una objetividad apabullante. Es como si, de repente, el monumento de la fuerza unánime de la razón cobrara vida y, blandiendo la cimitarra de la lógica más filosa, descorazonara sin piedad las ofrendas que las rígidas convicciones han dejado a sus pies: “En este país nada más comemos pollo y puerco. Somos hindúes: las vacas son sagradas. Somos una isla rodeada de agua y no hay pescado. Y, para colmo, la carne de puerco carísima”; “A cada rato pongo el viandero debajo del televisor, cuando va a empezar el noticiero, para recoger todas las viandas y frutas selectas que salen en los reportajes, porque sólo ahí las vemos”.

Cual universo paralelo a la telerrealidad oficial-surrealista, en la jungla del desabasto el cubano siempre anda de cacería, al acecho, rastreando productos alimenticios y de aseo por la red de tiendas estatales. “¿Dónde sacaron pollo, picadillo, aceite, queso, mantequilla, galletas, detergente, jabón, frazada de piso...?”. Es muy común que, si eres afortunado, y caminas por la calle de regreso al hogar con algún «trofeo de caza» (léase, cualquier simple compra), más de un desconocido ausculte tus bolsas con impertérrita indiscreción y naturalidad, y te interrogue, rebosando expectación, acerca del lugar donde tuviste la suerte de conseguir esto o aquello. Entre familiares y vecinos es casi un deber sagrado compartirse, con la mayor inmediatez posible (antes de que se agoten), la geolocalización precisa de dónde están vendiendo la(s) codiciada(s) mercancía(s) del momento. En semejante contexto, no es de extrañar que la escasez, y sus implicaciones políticas, ocupe una posición central en el cotilleo cotidiano entre vecinos, compañeros de trabajo, familiares, amigos:

“Las tiendas están vacías. No hay jabón, ni pasta de dientes, ni aceite, ni pollo, ni frazada de trapear, etc. Pero los revendedores sí tienen de todo. Si yo fuera Díaz-Canel no hubiera cogido la

presidencia ¡Esto está en llamas!”; “¿Tú has visto la peladera que hay allá arriba en las tiendas? No hay de nada. Las neveras están arrinconadas, desconectadas y todo de la corriente. Ya no se trata de comer lo que te gusta, sino lo que aparezca”; “Ni me digas nada, muchacha. En la casa de un amigo mío tienen el *freezer* [nevera horizontal] de closet. ¡Di tú! Ellos tienen un refrigerador; pero, como no tienen nada que echarle al *freezer*, lo cogieron para guardar los mandados”; “Eso que pasó en diciembre con el pan¹⁴... Tener que madrugar para hacer cola en la panadería para tres míseros pancitos... ¡No jodas, chico! Cuando un país ni siquiera tiene algo tan elemental como el pan, es porque está muy jodido.”

Si la situación económica del país no está bien, la política no puede estar bien. Eso lo sabe todo el mundo. Y no ha estado bien nunca. Al contrario, va en decadencia. Aquí no hay comida de ningún tipo, ya por ahí se ve. Antes no era así. Vas a las tiendas y no hay nada. Yo voy a la calle con dinero, a comprar un regalo, por ejemplo, y no encuentro nada de lo que quiero comprar. Aquí todo está perdido. Si no se pierde el papel higiénico, se pierde el champú. Tú estás utilizando un champú, tienes el dinero para comprártelo, incluso, y no hay champú. O muchas veces no tienes dinero. Aquí la situación económica es un desastre. Un desastre total. Para darse cuenta de eso no hay que saber mucho. [Estudiante de Medicina, 22 años, militante de la UJC]

Como es previsible, la ancestral insatisfacción de las necesidades y la sempiterna insuficiencia de la oferta frente a la demanda son dos ingredientes que, al mezclarse, sólo pueden producir un único efecto: kilométricas, agobiantes y ponzoñosas filas o colas para comprar cualquier cosa, tanto productos comercializados en moneda nacional, como en pesos convertibles (cuya salida de circulación se agendó para julio de 2021) o en las más recientemente abiertas tiendas en USD¹⁵. Un importante daño económico colateral de las colas es la indisciplina laboral, pues a muchos

¹⁴ Entre diciembre de 2018 y enero de 2019 se produjo una aguda crisis nacional de producción de pan, por déficits en la importación de harina de trigo. La cual se repitió entre abril y julio de 2021 por idéntica causa. Enseguida comenzaron a llover los memes que, por ejemplo, coronaban al preciado pan como moneda de pago de servicios como el transporte privado.

¹⁵ Para hacer frente a su falta de liquidez, en octubre de 2019 el gobierno cubano reconvirtió varias tiendas y las destinó a la venta, exclusivamente en dólares estadounidenses, de electrodomésticos, ciclomotores eléctricos y piezas de motos y autos. En julio de 2020 se añadió la comercialización de alimentos y artículos de aseo. Para comprar en dichas tiendas los usuarios, previamente, deben haber abierto una cuenta bancaria en dólares, en la cual pueden depositar en efectivo un conjunto de monedas libremente convertibles (extranjeras), excepto el dólar estadounidense paradójicamente; o recibir transferencias nacionales e internacionales (que sí pueden ser directamente en USD). Esta medida extraordinaria ha generado mucha polémica en la población por devenir fuente clara de exclusión, marginación y precarización social de los grupos menos favorecidos, que no reciben remesas ni manejan divisas.

empleados estatales no les queda de otra que escaparse de sus puestos con cualquier pretexto, para salir a resolver sus víveres en horario de trabajo.

A diario, las colas se convierten en espacios de discusión, pleitos y trifulcas de todas las gradaciones, debido a la «coladera» de los pillos, la reventa de turnos y los estallidos de la irritabilidad que se va cocinando lentamente, al calor del asfixiante clima tropical de la isla (muchas veces bajo el sol implacable del mediodía), durante infinitas horas de espera y, para colmo, con el fantasma de la frustración acechando (cuando menos te lo imaginas se acaba el producto y tu sacrificio se disuelve en el vaho tumultuario). “Esta mañana sacaron pollos enteros en La Quincallera. Pero la matazón fue vigueta. Había una perrera armada... ¡Imposible! Va a haber que criar gallinas en los patios. Y el que no tenga patio que las críe en el techo”. Ante la innata tendencia a la «ebullición» de estos hervideros humanos, los ciudadanos agradecen cuando las autoridades encargan la organización de las filas a agentes del orden público, o incluso a miembros de las tropas especiales. “Hoy día vas a comprar pollo y te quieren matar. Hasta la policía está ahí metida, porque si no te matan. Ha habido broncas de todos los colores. Eso es candela”.

Por otro lado, en la última década, tras los continuos recortes del presupuesto público, las vicisitudes materiales han alcanzado ribetes críticos en áreas tan estratégicas y sensibles como la atención sanitaria, antaño priorizada e «intocable», hoy símbolo corroído de la debacle nacional. Los propios profesionales de la salud dan fe de la carencia extrema, así como de sus terribles consecuencias representacionales en el imaginario ciudadano: “En los hospitales no hay de nada. No hay bránulas, medicamentos... Ahora mismo, los antibióticos están perdidos. Los pacientes tienen que conseguirse ellos mismos sus cosas. Si vas a un hospital sin una amistad, vas a pasar trabajo”; “Se han muerto personas por falta de oxígeno. A veces queda sólo un poquito, llegan un viejo y un joven con asma, y el médico tiene que decidir a cuál de los dos se lo pone; y el viejo se jode”. Recientemente, el 29 de abril de 2021, en una Carta de la Vida Consagrada en Camagüey a las autoridades provinciales¹⁶, dieciocho agrupaciones eclesiósticas compartieron esta preocupación por la gravedad del problema sanitario, entre muchos otros:

Las personas que padecen enfermedades comunes, crónicas o psiquiátricas carecen muchas veces de las medicinas y de las intervenciones médicas imprescindibles, como antibióticos, calmantes, sedantes, insumos médicos, equipos en buen estado, etc. Las colas en las farmacias y en los puntos

¹⁶ Consultada el 5 de mayo de 2021 en:
<https://www.facebook.com/ConferenciaCubanadeReligiosos/posts/3923451431083551>

emergentes que se han procurado son interminables. Los afectados son de todas las edades, niños-as, jóvenes, adultos y ancianos. Esto es causa de mucha angustia, sufrimiento y agotamiento.

Ahora, si bien la escasez de insumos básicos constituye el anverso de las representaciones políticas sobre la crisis material, su reverso inseparable es la unánime insatisfacción del mayoritario sector de empleados estatales con los salarios¹⁷: “Estamos pasando tremendo trabajo. El sueldo no alcanza para nada. Te puedes matar trabajando y el sueldo no te alcanza”; “El tema de los salarios, de la comida, el transporte, esos son temas que deberían mejorar aquí en Cuba. O que bajen [de precio] los productos de la tienda, o que aumenten los salarios, porque todo está muy caro”. Cotidianamente, su irrisoria remuneración plantea a los asalariados del sector estatal verdaderos quebraderos de cabeza y ríos de angustia: “Lo que cobras es nada prácticamente para todo lo que trabajamos. Y si con ese dinero ayudas en la casa, no puedes salir. Si sales, no te puedes comprar nada. Entonces, yo no veo fruto aquí para nada”.

No es a mí, a nadie le alcanza el sueldo. A nadie. ¿Qué son 250 pesos? 10 dólares. Cuando las cosas están demasiado altas y la comida está cara, no te alcanza. Cuando vas a comprar comida no te puedes comprar ropa. Y si te compras ropa, sabes que no puedes comer. Esto es un “Período Especial”¹⁸ que estamos pasando del carajo. Para todo es una cola... Para comprar pollo o salchicha, unas matazones. Todo es cola, pasadera de trabajo. No hay dinero, no hay trabajo, no hay nada. [Revendedora particular, 31 años]

Una vez más, la apabullante facticidad de esta representación específica no deja el más mínimo margen para la refutación y es capaz de imponer su preeminencia social por sobre cualquier reticencia ideológica. La percepción de la incongruencia entre costo de la vida y poder adquisitivo del salario (y de las pensiones una vez jubilados) es como el estribillo de una canción popular, muy pegada, que ni siquiera los más fieles al gobierno pueden evitar tararear:

Es verdad que estamos pasando un trabajo enorme con la alimentación, que está muy cara. La vida está cara. Eso es innegable. El salario promedio del cubano es muy bajo para adquirir los productos

¹⁷ “Muchas personas no están pudiendo comprar los productos alimenticios y de aseo necesarios para una vida digna porque el salario no les alcanza. El alza de los precios en las tiendas del Estado, en los particulares y en el mercado negro está por encima del poder adquisitivo de trabajadores y jubilados con salario o pensión entre medio y mínimo” (Carta de la Vida Consagrada en Camagüey a las autoridades provinciales, 29 de abril de 2021, op. cit.).

¹⁸ “Período Especial” es el eufemismo oficial con que el gobierno de Fidel Castro denominó a la catastrófica crisis económico-social que comenzó en Cuba a inicios de la década de 1990 y cuyo fin nunca se ha reconocido formalmente. Al punto que los humoristas cubanos y el pueblo en general a menudo bromean: “¿Cómo que vamos a volver al «Período Especial»? ¿Y cuando le hicieron el acto de clausura?”.

básicos; lo sabe todo el mundo. Se está discutiendo en el congreso de los trabajadores. Se conoce en Cuba, en el mundo y en la galaxia. Tenemos que mejorar mucho en eso. [Custodio, 62 años]

Aunque las representaciones sobre la crisis material dan mucha tela por donde cortar, no podemos concluir este acápite sin mencionar las reverberaciones culturales de la dualidad monetaria, presente en la isla desde 1994. Esta medida de emergencia «temporal», con devastadores efectos estructurales en la economía criolla, resulta un componente intrínseco del problema del exiguu poder adquisitivo del salario medio en Cuba que no escapa a la capacidad de juicio de los subordinados. Constantemente en la reflexión de los ciudadanos afloran las críticas no sólo a esta política monetaria en general, también a las nocivas consecuencias sociales de la infortunada tasa de cambio que el gobierno maneja entre el peso cubano (CUP), la moneda de la remuneración salarial, y el peso convertible (CUC), la moneda de la venta de los escasos insumos básicos¹⁹. A menudo el razonamiento desemboca en mortificación:

Hay un eslogan del Ministerio de Turismo que dice: “Conozca a Cuba primero y el extranjero después”. ¿Cómo voy a conocer Cuba, si...? Al final caemos en lo de siempre: en el tema económico. ¿Cómo coño voy a conocer Cuba si tú me pagas en una moneda y me cobras en otra? Entre las cuales hay una diferencia de 25. Porque si tú me dijeras: “Yo te pago 10 mil pesos y te cobro en CUC, mil CUC”. Pero es que no. ¡Me pagas mil CUP y me cobras mil CUC! ¡No hay forma! Cuando ETECSA sacó lo de los planes de datos, hicieron un meme con lo que cobraban las compañías telefónicas en varios países. Decía el país, la compañía, los mensajes, el internet y el salario promedio. ¡Eso da vergüenza, chico! [Ingeniero, 34 años, exmilitante del Partido]

5.1.2.4 Diferencias socioeconómicas y generacionales

Ahora bien, en ningún lugar las crisis materiales afectan a todos por igual. Y Cuba no es la excepción. Por más décadas de esfuerzos y pretensiones totalitaristas de homogeneizar, uniformar y estandarizar a la sociedad cubana en función de una monótona racionalidad disciplinaria, las empecinadas diferencias sociales (de estatus, nivel educativo, ingresos, raciales, capital social, etc., por lo común concatenadas) siempre resistieron los embates normalizadores, unas con más desfachatez que otras. Los archiconocidos privilegios de los cuadros políticos de mediano y alto

¹⁹ En lo que va de año 2021 el problema de la dualidad monetaria se ha agravado, de forma ostensible, con la sustitución del CUC por la MLC (moneda libremente convertible). Una política económica que ha acelerado la devaluación del CUP y, por tanto, precarizado a niveles extremos el poder adquisitivo del salario.

rango como los primeros. Las últimas tres décadas de naufragio económico sólo han profundizado estas diferencias sociales e incrementado su visibilidad. En la actualidad únicamente un ser muy delirante se atrevería a izar, ni siquiera a media asta, la bandera de la paridad social en Cuba.

Todos los niños van a la escuela en uniforme, pero todos no son iguales. He tenido niños que en la clase de Lengua Española te redactan una composición de sus vacaciones en un hotel en Cayo Coco. Y está el niño pobre que las vacaciones se las pasó en la casa, con una abuelita alcohólica porque su mamá está presa; y no sabe qué es la playa ni puede hablar del campo. No puede hablar siquiera de que fue a la calle República a tomarse un helado. [Exprofesora, “bolitera”, 35 años]

Así, aunque el gobierno no lo reconozca, las diferencias sociales existen y, si bien puede que no alcancen magnitudes abismales como en otros países del área, los contrastes socioeconómicos tienen una presencia notoria en el procesamiento racional de la realidad por parte de los subordinados. “Esa es la realidad: ya no todos somos iguales. Aquí hay personas con mucho dinero, aunque no se llaman ricos, aunque a la luz no se llame como se tiene que llamar”. En principio, ya se ha dicho, la ciudadanía reconoce al trabajo no estatal como una fuente de desigualdad de ingresos; no tanto porque los negocios privados o las cooperativas devengan estafalarias minas de oro²⁰, como piensan algunos de los más fervorosos asimilados; sino debido a los ya explicados ridículos, casi grotescos, sueldos estatales, a años luz distantes del costo real de la vida. “Hay personas que quizás llegaron sólo hasta noveno grado, que de una u otra forma se compran un carro y empiezan a «botear», a tirar pasaje, y en un día ganan lo que gana un profesional en un mes”. Es una realidad cuyos ecos culturales retumban por todo el imaginario social subordinado, e inclusive remueven, más allá de las hipérboles, las convicciones amuralladas de la lealtad plena:

No estoy en contra del sector no estatal, si es que al final aporta a la economía del país. Lo que no entiendo es cuánto se embolsan y cuánto aportan, eso no lo sé. Sí sé, y como economista no tengo explicación, que cada vez son más ricos y el resto cada vez más pobre. (...) Aquí en el barrio, esta gente se alió a las cooperativas y gastan miles, son militantes del Partido, miles y miles en gastos. Todos los fines de semana se van para Varadero, pagan no sé cuánto de luz, están haciendo la casa completa. El de allá enfrente, el que alquila, tiene seca a una compañera del lado de acá porque le quiere comprar la casita en bajos, para él tener la casa de él enfrente y estar vigilando la alquiladera. Tiene tanto dinero que ha viajados dos veces a Italia. Ese hombre no era así, y en unos años se ha

²⁰ Ver capítulo II, donde se explica cómo la apertura al sector no estatal ha estado signada más por políticas restrictivas y prohibitivas que limitan su buen funcionamiento, en lugar de estimular el desarrollo de estas formas productivas.

vuelto millonario. Esas diferencias pudieran traer dificultades. Unos ganan más y otros ganan menos. Unos acumulan, otros no tienen para vivir. [Jubilada, 78 años, militante del PCC]

No obstante, es necesario subrayar que también dentro del sector estatal ciertos oficios bendecidos con el favor de “la lucha” suelen asociarse a mejores condiciones de vida, gracias al sistemático desvío de recursos y su venta en los opacos recodos de los mercados grises y negros: “Ahí todos los panaderos tienen buena posición, casi todos tienen motorina. Eso es de robar, porque el sueldo no te da. Llevan años ahí y ninguno se quiere ir del país. No sueltan prenda, de ahí no se va nadie”. Panadero/a, repostero/a, gastronómico/a, *bartender*, almacenero/a, administrador/a, expendedor/a de combustible, camarero/a de hotel, entre otros, son algunos de los oficios revalorizados durante los últimos años, debido a la crisis material. Y su cotización en la bolsa de la justipreciación social está sujeta a su particular “nivel de lucha” en cada localidad.

Por otro lado, existe, además, un segmento poblacional que vive al margen de la dicotomía estatal / no estatal, porque no aparece laboralmente vinculada a ninguno de estos dos grandes sectores empleadores. Por lo general, son satélites autónomos (a algunos los llaman “vagos”) que subsisten gracias a las remesas o el popular “invento” (entiéndase, negocios ilícitos). Y cualquiera de las dos fuentes de ingresos les alcanza para, cómodamente, establecer sus señales de distinción social y despertar la roncha de los asalariados estatales: “Me da un dolor cada vez que veo a un médico de experiencia, en una bicicleta destartalada. Y veo a un muchacho de 16 años, que ni estudia ni trabaja (un «nini»), en una motorina. Eso es una cosa que está mal”.

Da igual si la actividad económica no estatal es reconocida o no por el Estado, con independencia de su naturaleza, por lo común, una gran parte de la dinámica funcional de cualquiera de estas actividades (si no en su totalidad) depende de los mercados grises y negros y el trasiego de mercancías por fuera de los límites de la ley. Y este hecho consustancial al trabajo no estatal no pasa desapercibido frente a la capacidad de juicio del resto de los subordinados que, en franca interpelación a los regentes del sistema político, lo percibe como una paradoja aberrante e (otra vez los juicios de valor) injusta: ¿la ilegalidad en lugar de castigarse se premia?

¿Quiénes pueden viajar? Quienes tienen un negocio, que, aunque trabajan, es de forma ilícita, desviando recursos, jugándose al pegado una cárcel. Los que trabajan en transporte, gastronomía, en las tiendas, en el comercio, todo es ilícito. Entonces, los que no estamos en el negocio ilícito somos unos muertos de hambre. Hasta ahora yo no había aspirado a viajar a ningún país, no me interesaba. Me conformaba con alimentarme bien, con vestir bonito, sentirme bien, a mi gusto.

Ahora que quiero viajar, me siento la más miserable del mundo, porque veo que no tengo recursos para dar un viaje, después que llevo trabajando treinta años [Repasadora particular, 60 años, exmilitante del Partido]

Junto con la segmentación socioeconómica, otra nítida pauta de diferenciación puede distinguirse, sin mucho esfuerzo, entre el torrente de representaciones específicas que circula a distintas velocidades y alturas por los meandros culturales de la subordinación, dejando a su paso un sinfín de ululatos. Se trata esta vez de una tendencia lógica menos prominente pero más política: la insistencia en reconocer a la variable «Edad» como factor que explica tajantes diferencias generacionales en cuanto a la identificación y afiliación políticas. Un fenómeno patente inclusive al interior de las familias, confirmando aquella hipótesis de que los jóvenes se parecen más a su tiempo que a sus padres: “En mi casa siempre se habla de todo y, normalmente, las broncas de política terminan mal, porque yo tiro para un lado y mi mamá para otro. Ella dice que mi papá y ella son de los agradecidos”; “Mis primos y yo somos las ovejas negras, porque mi mamá, mis tíos y mi abuela todos son comunistas. Nos dicen: «Ustedes los jóvenes son unos gusanos. Si se van, no manden ni un chicle. Los borramos del mapa»”.

Como mismo te digo que hay mucha gente inconforme, te digo que hay muchas personas muy mayores ya, que ellos sí lo ven todo bien, como, por ejemplo, mi abuela. Si tú les preguntas a muchos jóvenes como yo, casi ninguno está de acuerdo con... No conozco ni a un solo joven que sea comunista. En el barrio menos que menos, y en el trabajo ninguno. Pero, les preguntas a personas de la edad como la de mi abuela, y todos están muy de acuerdo y son muy comunistas. Para ellos todo está bien. [Técnica en prótesis dentales, 22 años]

El maridaje entre asimilación convencida y pertenencia a una generación de adultos mayores resulta una representación ampliamente compartida en los espacios privado y fronterizo. Y, en este caso, el orden sintáctico importa; y su inversión alteraría el postulado. Pues, si bien la experiencia vital conlleva a muchos a pensar que casi todos los llamados “comecandelas” del barrio o el centro de trabajo, por lo general, son personas entradas en años; eso no significa que se identifique a todos los que ya peinan canas con el fervor revolucionario pretendido por la dominación. Ni mucho menos que no haya cabida en esta concepción para extravagantes cisnes negros (jóvenes sinceramente comunistas) que, en los lugares más inesperados, aparecen para acotar el alcance de los modelos racionales de los subordinados.

Si alguna vez hubo un sentimiento bueno hacia el Estado, eso está en decadencia total. Cada día te topas más gente en la calle, de todas las edades, hablando de lo mala que está la situación. De mi edad muy pocos defienden el sistema; *los hay todavía, dos o tres*. Pero la mayoría no lo defiende. Incluso, personas de mayor edad, que uno pensaría que como vivieron todo aquello, se mantendrían más fieles, pero no. He escuchado a personas viejas, de todas las edades, que no están de acuerdo con esto. [Estudiante de Medicina, 22 años, militante de la UJC]

Se trata, por tanto, únicamente de una tipificación, empíricamente fundada, que: 1) asocia el máximo «Nivel de lealtad» con generaciones de edad más avanzada, marcadas por particulares hitos contextuales (siguiendo la delimitación diseñada en el epígrafe 3.6.3, del capítulo III, nos referimos a las dos primeras cohortes, grupos de ciudadanos en promedio mayores a 55 años, al momento de nuestro trabajo de campo). Y 2) contrasta aquella representación con el menor grado de adhesión de las generaciones más nuevas, poco identificadas con los ecos que les llegan de aquellos hitos. Quienes, por demás, tienen una apropiación políticamente muy diferente de las cicatrices que el adverso contexto reciente ha ido tatuando en la piel de su memoria (últimas dos cohortes, grupos de ciudadanos en promedio menores a 40 años, al momento de nuestro trabajo de campo). Lo más llamativo es que la percepción de esta divergencia generacional es recíproca. Sólo que desde el lado novel de la cancha suele asumirse con indiferencia, compasión o mofa; mientras que desde el lado experimentado casi siempre viene acompañada de gran preocupación:

Nosotros cada día que pasa vamos hacia atrás. Pero esta generación joven no sabes tú realmente cómo piensa, no sabes qué va a pasar de aquí a unos años con estos jóvenes, que no tienen un futuro bien fundado. Me preocupa mucho la juventud. No te puedo hablar del Vedado ni Miramar [barrios habaneros residenciales]; pero, por lo que veo aquí en La Lisa, no hay perspectiva. Jóvenes en la calle, en las esquinas, jóvenes con una idea totalmente errónea, jóvenes que no han estudiado. ¿Qué cosa vas a hacer en un futuro? Me preocupa mucho la juventud. [Médico, 52 años]

Antes de cerrar este apartado, es imperativo mencionar que la representación acerca de esta bifurcación generacional de la lealtad política encuentra una particular confirmación en el seno de las dos asociaciones políticas que agrupan a jóvenes y adultos formalmente comunistas: la UJC y el PCC. Esbozado ya desde el epígrafe dedicado a las convicciones, el contraste abismal entre una y otra organización en cuanto a los grados de compromiso, las dinámicas de funcionamiento y sus secuelas des/legitimadoras deviene una especie de «caso crítico» que corrobora la validez y el gran alcance de la representación aquí resumida. ¿En qué sentido? Pues, si entre los militantes de

organizaciones políticamente alineadas (comunistas) se perciben con tanta nitidez estas diferencias generacionales, es de esperar, entonces, que el discernimiento de dichas disparidades se maximice al comparar cohortes de población general, políticamente pletóricas de diversidad.

¿Con el Partido qué sucede? Y sigue sucediendo. La UJC, como dice el nombre, son los jóvenes. Y no es lo mismo la conversación que sostenemos tú y yo, que la que puedo tener yo con mi mamá. Fíjate, llevándolo al tema político: los dos somos militantes de “La Juventud”, metemos a uno del Partido..., y en el Partido, como quiera que sea, ya todos son mayores, mucho más. Y, mientras más mayores, peor es la forma de pensar. Son más por ahí... Las “curvas” son menos pronunciadas. Siguen siendo más inflexibles. Eso no ha cambiado. [Ingeniero, 34 años, exmilitante del Partido]

5.1.2.5 Pérdida de valores cívicos

Pero el contraste intergeneracional tiene otras aristas de interés más allá del grado de des/aprobación y des/identificación con las pretensiones de dominación. A menudo, entre el copioso cauce de figuraciones racionales, este clivaje emerge como recurso lógico para denunciar la tendencia de un sector amplio de las nuevas generaciones, en contraste con los adultos, a cultivar hábitos, discursos, comportamientos y estilos de vida preñados de marginalidad cultural, mal gusto, inmoralidad y transgresión (consciente y gratificante) de los más elementales valores cívicos que durante siglos han regulado la vida (armónica y respetuosa) en comunidad: “Se está imponiendo la chabacanería, la vulgaridad..., es algo que ya es una invasión. En la forma de comportarse, de hablar, de vestir... Eso me preocupa muchísimo, es toda la juventud, eso está en la calle”.

A contrapelo de las diferencias generacionales relativas a la lealtad política (que usualmente se enfocan sólo desde una perspectiva extrínseca), la percepción de marras también es ostensible desde una visión intracohorte. Es decir, la propia juventud (el ala, digamos, «conservadora») reconoce en sus congéneres la grupal puesta en práctica de una degeneración intencionada de las virtudes cívicas y la absurda revalorización positiva de los malos modales, la indisciplina social y las conductas impropias; como si los vicios, el desenfreno y la amoralidad se hubieran puesto de moda y cosecharan adeptos por racimos. Y no sólo eso, lo peor de esta depravación social creciente –argumentan algunos jóvenes escandalizados– es que incluso los niños, desde edades tempranas, llegan a la escuela ya contaminados por los nuevos antivalores aprehendidos en el seno familiar y

barajan, con total naturalidad, por ejemplo, las cartas de la indecencia, en algunos casos, o del desprestigio del trabajo profesional, en otros:

En una clase de Inglés a cuarto grado estábamos dando las profesiones y una alumna me dijo que quería ser jinetera. ¡Una niña de nueve años! Porque su tía lo era y ella veía todas las cosas buenas que tenía la tía en la casa, proporcionadas por su trabajo en el jineterismo. En ese medio ella se desarrollaba. ¡Eso lo viví yo! ¿Qué le voy a decir? Nada, darle una vuelta bien larga y cambiar el tema. No podía permitir eso. Los alumnos de nueve años no te pueden sabotear una clase. ¡Pero es terrible! De ahí te pueden sacar muchas cosas más. Alumnas que quieren ser peluqueras porque así ganan mejor salario que un profesor. ¡Con nueve años! Una quería ser jinetera, otra peluquera, manicure. La mayoría quería ser trabajador por cuenta propia, que son dueños de su tiempo y, a la vista de ellos, es mejor. Cuando trabajas en una escuela donde la mayoría de los padres son carretilleros, vendedores de [carne de] puerco..., y los niños ven lo que los padres logran con sus negocios, no quieren ser médicos, ni abogados. Quieren tener un trabajo que les dé para vivir. Los niños se dan cuenta de lo que da dinero en este país y lo que no. [Exprofesora, “bolitera”, 35 años]

Sin embargo, entre los afluentes que alimentan el caudal representacional de la pérdida de valores morales y cívicos en la sociedad cubana, no todos atribuyen la responsabilidad exclusivamente a los jóvenes. Si bien algunos de los flujos de pensamiento socializado sobre el tema focalizan el núcleo más agudo del problema en dicho grupo etario, a la vez, extienden su alcance a todo el organismo social, sin distinción de edades, e involucran en su razonamiento, incluso a los funcionarios públicos: “Esa es una de las tareas que le va a tocar al presidente: la corrupción, la descomposición moral de la sociedad, la falta de respeto. Le va a tocar la lucha por reintegrar a las personas a la disciplina social”; “Realmente este país está muy mal instruido, hay muchos títulos regalados, hay mucha gente con mala educación formal o con ninguna, incluso con un título y un cargo público. En ese aspecto sí estamos podridos”.

Para la fracción más incisiva de esta corriente, el cáncer de la degradación social, además de estar profusamente ramificado, tiene una génesis genuinamente política. Desde esta óptica, el sistema fallido y las autoridades corruptas son los principales responsables de la decadencia moral, la prostitución de los valores cívicos y la normalización de prácticas universalmente anómalas e indecorosas, como el hurto y el soborno: “Las necesidades han obligado al cubano a robarle al Estado. Y no eso, a robarle a los mismos vecinos. Aquí las personas están tratando de sobrevivir. Tú le robas al que puedas”; “Hasta la administradora de la panadería coge su dinero ahí. Además, para entrar al negocio tienes que soltar el varo «por la izquierda». La plaza fija cuesta como tres

mil pesos. A la administradora no, eso es más para arriba”. Particularmente en todo lo relativo al microcosmos simbólico de “la lucha”, el sinfín de representaciones específicas sobre las angustias materiales, cual compacta y robusta telaraña, entrapa a los subordinados y los enfrenta a enrevesadas encrucijadas éticas a nivel personal y familiar; cuya resolución también implica resortes lógicos mucho más complejos que una simple díada axiológica.

Tengo sentimientos encontrados, porque me considero una persona de principios, y no estoy de acuerdo con el robo ni el desvío de recursos, porque no es ético. Pero, por otra parte, valoro casos que he visto: un trabajador que se mata trabajando todos los días y el hijo no tiene zapatos, o que esté viviendo en una casa que se está cayendo. Esas personas digamos que las puedo hasta defender. (...) Para mí un país es la familia, las personas que tú quieres. Por la familia hay cosas que, a veces, uno tiene que hacer. [Estudiante de Medicina, 22 años, militante de la UJC]

En cualquier caso, no es relevante aquí someter a juicio la condición o estatura moral de las matrices intersubjetivas que, en la vida cotidiana de los dominados, justifican y sostienen culturalmente “la lucha”. De las representaciones que surcan el campo magnético de este fenómeno social, nos interesa extraer, por ahora, la evidencia que confirma, por un lado, la fermentación de los principios morales básicos de la sociedad cubana contemporánea; así como, por el otro, la laxitud de conciencia respecto a este proceso degenerativo. Una laxitud que deviene un indicador claro del tipo de *reajustes* racionales que los subordinados orquestan, intersubjetivamente, como parte de su metabolización cultural de las particulares situaciones de dominación-subordinación-resistencia, con la finalidad expresa de suprimir posibles disonancias cognitivas entre convicciones, representaciones y comportamientos.

Por supuesto, como ya avizoramos en el análisis sobre las convicciones, la degradación moral alcanza también alturas (autoridades e instituciones) con las cuales las culturas políticas de los dominados no son indulgentes. Y así se refleja al nivel de las representaciones políticas, con enjundiosos razonamientos, por ejemplo, en torno a la corrupción de los cuerpos policiales: “Al traer migrantes de Oriente empieza la corrupción de la policía en La Habana, porque esa gente está muy necesitada, son muy mal pagados. Son unos «sin techo», con bajo nivel cultural, que no saben ni hablar, ni de leyes”. “Si la policía que es la que tiene que poner el orden interior en un país se corrompe... ¡Explícame! Es una cadena, es un eslabón detrás de otro, la sociedad se va corrompiendo toda”.

¿Sabes cómo los delincuentes arreglan los problemas ahora? Si tú y yo tenemos problemas, pero yo soy delincuente con dinero, con tremenda influencia o trabajo para “ellos”, yo no voy a fajarme ni a discutir contigo, yo te tiro a la policía para arriba. No sé qué te hacen que al final caes en maraña. No sé si te plantan un paquetico o..., no sé. Eso me lo cuentan personas que lo han hecho, personas que lo viven y lo han visto. [Mensajero, testigo de Jehová, 49 años]

En general, podemos afirmar que las representaciones específicas sobre temas como la corrupción, por completo ausentes en los medios oficiales, evidencian la relevancia, para sociedades cerradas como la cubana, del «tráfico» interpersonal de experiencias de primera y segunda mano (con toda su proclividad al sesgo, la hipérbole y la distorsión) como herramienta principal para la deconstrucción argumentativa de la legitimidad del sistema y el debilitamiento, a nivel microsociológico, de las relaciones de gobernabilidad instituidas a nivel macro.

5.1.2.6 *Experiencia migratoria (directa e indirecta)*

Cuando viajas se te abren los ojos. Te das cuentas de que aquí no hay futuro. Cuando viajé, la primera vez que fui a una tienda, los ojos se me querían salir. Aquí tú vas a una tienda y no hallas ni la mitad de las cosas, y las que encuentras están muy caras. Ahora mismo no hay nada. Eso me chocó muchísimo. El transporte público afuera..., ¡puff!, nada que ver con el de aquí. Y eso es algo que yo sufro muchísimo. (...) En cuanto pueda yo me voy. He oído hablar mucho de que en España y Estados Unidos lo que yo estudié se paga muy bien. Un amigo que estudió conmigo se fue para España, allá pasó un curso de tres meses y está trabajando en prótesis igual, y cobra muy bien. Además, no pasa trabajo. Nosotros tenemos unas técnicas muy atrasadas aquí. Allá todo es con más..., mucho adelanto, muy sofisticado, casi todo es por máquina. Trabaja superbién y le pagan muy bien. Nosotros hablamos mucho por Facebook. [Técnica en prótesis dentales, 22 años]

Como ya se detalló en el capítulo II, epígrafe 2.4, en múltiples sentidos la emigración constituye un ingrediente principalísimo de las dinámicas sociales de la Cuba actual y, por consiguiente, el enjambre de experiencias / interpretaciones que irradia este fenómeno incide de forma notoria (y diferenciada) en las culturas políticas de los ciudadanos. Ejemplo de ello son los distintos tipos de convicciones de desafiliación repasados en el apartado 5.1.1.5 del presente capítulo. En materia de representaciones, por supuesto, esta fuente natural de pródiga «intertextualidad» también genera una gran variedad de modelos intersubjetivos de apropiación-proyección de la realidad social, con inevitables implicaciones políticas.

En el testimonio seleccionado para abrir esta sección se verifica la relevancia tanto de las experiencias en primera persona como de aquellas relatadas por terceros, a la hora de argumentar el descontento y las motivaciones para emigrar. Ahora, si bien las vivencias personales pasajeras (viajes esporádicos) cuentan con el valor agregado de la emoción experimentada durante la exposición a nuevas circunstancias, la huella indeleble de la experiencia sensorial, como es fácil advertir en la cita; los relatos de conocidos, por su parte, contraen la legitimidad implícita de la experiencia consumada. O sea, la validez de un hecho social definitivo, compartido por alguien que merece nuestra credibilidad.

No conozco a nadie que haya virado para acá. Ni a uno. El que se va y piensa que va a vivir igual que aquí, sin trabajar, está muy equivocado. Mira, a mi madrina la puedo poner de ejemplo. Ella es muy botarata, no sabe ahorrar. Es una simple profesora de Inglés que tiene la vida resuelta. Tiene una casa con todo adentro, un carro, el teléfono de último modelo que, si se le rompe, se puede comprar otro. Yo di gritos cuando a mí se me rompió mi teléfono. Ella ha viajado horriblemente. Se enferma, la han operado muchísimo... Y te digo: no es que gane o ahorre mucho. Sencillamente le da para eso. No tengo la experiencia de allá porque no he ido, pero no entiendo a las personas que dicen: “No, porque allá...”. Sé de mi madrina, que tiene un solo trabajo: maestra, nada del otro mundo. Y viaja, se enferma, come, se viste bien y no se está muriendo de hambre. Tiene dinero. Entonces, no es tanto que la experiencia de ella me ha influido; más bien me ha ratificado que estoy en lo correcto. [Estudiante de Medicina, 22 años, militante de la UJC]

Por lo general, alcanza con que sólo una de estas dos variantes de conocimiento del mundo exterior ilumine, con suficiente intensidad y persistencia, el entendimiento de una persona para remover sus preconcepciones y convicciones políticas desde los cimientos, y alimentar la llama de las representaciones alternativas. De hecho, la gran mayoría de los cubanos, imposibilitados económica y legalmente de viajar al extranjero, sólo disponen de una experiencia migratoria indirecta, fraguada a la sazón de intercambios regulares y ocasionales con familiares, amigos, conocidos e incluso extraños. “También te abren los ojos las experiencias de las amistades que van de misión y te cuentan cómo es el nivel de vida en otro país. ¡Y que se vive! Que en este país no se vive. Aquí se sobrevive”.

Casi todas mis amistades están en otros países. Ellos me cuentan muchas cosas: que la vida afuera..., hay que trabajar, luchar, sacrificarse; pero tienes un nivel de vida, mucha libertad de expresión, nadie se fija en ti. La diferencia es abismal. Cuando ves que allá esas personas son

simplemente una camarera, una limpiapisos, un dependiente de una tienda... Y que, en este país, yo soy una profesional y no soy nadie. Entonces, te das cuenta de la mentira en que vivimos.
[Exprofesora, “bolitera”, 35 años]

Y, aunque hoy es muy difícil permanecer por completo ajeno a este tipo de influencia (en la escuela, el trabajo, el barrio o las colas), ciertamente todavía muchísimas familias, muy a pesar suyo, carecen de emigrados o viajeros recurrentes en su círculo social más próximo. Y decimos «muy a pesar suyo» porque esta es una fuente hartamente reconocida de bienestar económico, tranquilidad espiritual y hasta de estatus: “Todo el que tiene FE, familia en el exterior, tiene un nivel de vida determinado, puede sobrevivir en este país. Yo digo siempre jodiendo: «Yo no tengo FE, caballero. No fe religiosa, sino de la otra, que es más importante»”.

Empero, en los limitados casos en que las dos modalidades de experiencias migratorias (directa e indirecta) confluyen, los efectos disposicionales, con relativa independencia de factores coyunturales, casi siempre son unívocos, aunque no exclusivos: desafiliación plena y fraguado de un proyecto migratorio tajante²¹. Una configuración similar también puede derivar del razonamiento hilvanado únicamente a partir de la experiencia indirecta sistemática, siempre que tales saberes encuentren condiciones personales y contextuales para su maduración lógica (audacia, desesperación, desesperanza, resolución, pobreza, dependencia familiar, redes de apoyo «adentro» y «afuera», entre otras). “Nosotros nos queremos ir porque aquí tú te matas trabajando y jamás ves el fruto. Allá no, allá trabajas y más o menos ya puedes mandarle a tu familia, ayudarlos un poco. Ves el resultado de tu esfuerzo. Aquí no”.

En cualquier caso, aunque sea una propiedad obvia es necesario remarcarla: las representaciones vinculadas a la experiencia migratoria se sustentan fundamentalmente sobre la fuerza cognitiva de *la comparación*. Una operación racional que, salvo en rarísimas ocasiones, discurre ajena a los matices, reglas y controles lógicos del cotejo responsable (no contrastar peras y manzanas a menos que se justifique el ejercicio, o hacerlo a sabiendas). Al contrario, por lo general, la socialización de percepciones de esta índole suele dar rienda suelta a la homologación indiscriminada de factores, contextos, dinámicas y estructuras porque, en definitiva, desde la visión del ciudadano común, lo importante no es la trama y las formalidades dramáticas, sino el desenlace concreto:

²¹ De hecho, pocos meses después de la entrevista, la informante especialista en prótesis dentales logró volver a salir del país y establecer su residencia permanente en España.

Hay una cantidad de graduados de mi generación fuera de Cuba. Hace 20, 15, 25 años que viven en el capitalismo y viven muy bien. Ninguno me restriega en la cara lo que tiene y yo no tengo, pero viven muy bien. Todos tienen un nivel de vida maravilloso. Y los que nos quedamos aquí a partir el cake, ¿qué tenemos? Después de 52 años, ¿qué tiene este pueblo? Cuando te digo que no tengo leche en polvo y me encabrono. ¿Qué tiene este pueblo? Miseria, escasez, necesidad, estrés... [Repasadora particular, 60 años, exmilitante del Partido]

Uno de los saldos evidentes del balance comparativo propiciado por el cruce férvido de diferentes experiencias migratorias es el desmontaje, en un vasto sector de la población, del viejo mito socialista acerca de la perversidad del capitalismo feroz y antropofágico: “Tú les preguntas a los que vienen de afuera: «Bueno qué, ¿cuándo regresas para acá?». Y todos te dicen: «¡¿Eh?! ¡Para atrás ni para coger impulso!». Entonces, no debe ser tan malo aquello, cuando no quieren venir”. A golpe de «mercadeo» interpersonal de vivencias compartidas de primera mano por seres queridos o estimables (confianza en la fuente), algunas de las cuales, por añadidura, empecinadamente contundentes, cada vez más el discurso oficial que sataniza a su archienemigo capitalista se ha quedado monologando a solas en los medios controlados por el Estado (y quizás en las clases de algunos maestros inmutables), tan huérfano de interlocutores como de argumentos. Y en este desmantelamiento, vale recalcar, las redes sociales y la comunicación digital han desempeñado un importantísimo rol instrumental.

Mi hijo que vive en España es quien me saca de la duda. Él me dice: “Mamá, aquí tu nuera es ilegal, pero tiene acceso a un programa de salud para embarazadas gratuito”. Entonces, es mentira que una embarazada ilegal no es atendida por el Estado. El capitalismo ese brutal que nos pintaron en la escuela, no es tal así. Ya no es tan fácil engañar al pueblo cubano, como engañaron a nuestra generación, porque ya hay acceso. O sea, ya los que estamos dentro de la isla del diablo, como le llamo yo, la isla del Papillon, ya tenemos acceso a la información del mundo exterior. Y ya sabemos que nos metieron mucha mentira. Yo le tenía miedo al cambio porque creía que mi hijo no iba a poder ir a la escuela, a la universidad, iba a crecer en un país de violencia, con acceso a las drogas... Creía que aquí nos iban a aplastar los americanos con sus botas. Toda aquella mierda que nos pintaron de que en el capitalismo brutal todo era malo. [Repasadora particular, 60 años, exmilitante del Partido]

En cambio, otra franja del imaginario subordinado, si bien no les hace el coro a las campañas demonizadoras del gobierno, todavía alberga recelos y temores respecto al capitalismo, los cuales distribuye en forma de representaciones, a veces con el aval de una experiencia migratoria limitada

(una misión internacionalista), pero directa y prolongada (dos años o más). En contraste con el pensamiento desmitificador (ligado a espasmos de desarraigo y descreencia), este género de reflexiones suele estar anclado a profundos sentimientos de afiliación y anhelos de reformatión del sistema político vigente. Todo lo cual nos recuerda, por un lado, los vasos comunicantes que, como anunciamos al inicio de este epígrafe, nunca dejan de latir con variable pulso entre las representaciones y las convicciones. Al tiempo que, por otro lado, nos anticipa la envergadura de una dimensión cultural que abordaremos en breve: las expectativas.

Es nuestro país, estés donde estés, es tu casa y tú quieres mejoría para tu casa. Lo más que quiero no es un cambio a un capitalismo, porque también viví el capitalismo, la cosa fea. Allí nadie te da el plato de comida, nadie se preocupa por ti. Sé que es así. Siempre estuve dentro de una urna, una misión, pero veía lo que sucedía alrededor. Tuve ciertas amistades de allí, nacionales. Y sé cómo se vive en el capitalismo: si no tienes el peso, te mueres. Y aquí puede ser que hoy no tengas, pero el vecino sabe que estás pasando una necesidad y te ayuda. Somos solidarios. [Médico, 52 años]

Lo cierto es que la previamente citada versión *light* de la desafiliación (sección 5.1.1.5) tiene asociada, en materia de experiencia migratoria directa e indirecta, una serie de percepciones confirmatorias de los supuestos economicistas y melancólicos de sus convicciones que, al menos en la superficie racional del entramado cultural, les restan *politicidad* a dichas representaciones: “Todo el que viaja generalmente dice: «Como Cuba nada». La gente se va para trabajar y ganar tanto..., porque en esos países se vive del trabajo, y por eso la gente cuida el trabajo. Aquí no, aquí se vive del cuento”. Curiosamente, con el pensamiento leal crítico sucede justo lo contrario: la afinidad entre representaciones y sentimientos de pertenencia (convicciones de afiliación) redonda, por lo general, en una *politización* de las percepciones en torno a la emigración masiva:

[Con nostalgia] Ver a tanta gente irse, tantos profesionales talentosos, gente incluso que está de acuerdo con el socialismo y aun así se va..., eso me ha hecho replantearme mis posturas radicales. Mucha gente de mi graduación de la Universidad de Ciencias Informáticas, talentosa, dirigentes incluso estudiantiles, están afuera. ¿Por qué? Necesitamos ese intelecto aquí. Pero aquí es difícil construir, comprar un pañal para un bebé, comprar leche. Los salarios están malos. Entonces, se vuelve difícil vivir aquí. ¿Por qué todo tiene que ser “resolviéndose”? Pero como digo: para cambiar las cosas tienes que estar adentro. [Informática, 34 años]

Sin embargo, como también advertimos al inicio de este epígrafe, no siempre convicciones y representaciones van juntas de la mano bajo la fuerza de atracción de la lealtad. El razonamiento

lógico posee cierto grado de independencia cultural, el suficiente para, de vez en cuando, sacudirse el lastre de los pétreos juicios de valor y trazar su propio derrotero. Así se evidenció en el apartado 5.1.2.3 dedicado a las recreaciones interpretativas de la crisis material. Pues, justamente en íntima conexión con este último paquete de representaciones, también el procesamiento racional de las secuelas experienciales del fenómeno migratorio nos arroja inesperados hallazgos para el caso del bastión inculdicable de la adhesión plena. A contrapelo de lo que se pudiera esperar, desde la lealtad máxima no siempre la emigración se asume como execrable síntoma de deserción, desafiliación o traición. En ocasiones, el halo difuso de la comprensión permite entrever los efectos atenuantes de la razón por sobre los desafueros del corazón.

Todavía no podemos ofrecerles a nuestros jóvenes todo lo que quisiéramos, los salarios. Les ofrecemos una serie de conquistas que no podemos dejar arrebataránoslas. Pero si nuestros jóvenes en un momento determinado tienen una oportunidad de adquirir un trabajo en el extranjero, soy capaz de entender eso. No se les puede negar esa oportunidad. ¿Cómo fue que dijo [José] Martí? “Cubano es todo aquel que estando en cualquier parte del mundo defienda a su patria”. ¿Dónde estuvo Martí toda su vida y qué hizo? Defender su tierra y darse cuenta de lo que representaba el imperialismo. (...) Y quienes se han ido por estudiar, por superarse, no son los mismos que van a EE.UU. para tener tres trabajos. Y eso no lo dicen las noticias. Nos lo dicen los que vienen, que son esclavos, tres trabajos para poder vivir. Entonces, no permito que nadie me hable de los jóvenes, incluso de esos infelices que se van a tener esa vida infeliz en EE.UU. Mi pensamiento es progresista, es madurador, es de avanzada. [Jubilada, 78 años, militante del PCC]

Respecto a las representaciones específicas bosquejadas antes, el cinturón de representaciones relacionadas particularmente con la experiencia migratoria indirecta evidencia de forma más explícita dos aspectos relevantes de la construcción colectiva de sentidos políticos: 1) Para determinadas problemáticas sociales, los relatos de terceros confiables, e incluso las anécdotas impersonales que circulan por el imaginario subordinado, pueden adquirir un mayor peso relativo que las vivencias personales en la producción razonada de argumentos políticos. Y, por ello mismo, 2) En el ejercicio cotidiano de la capacidad de juicio, la comparación con experiencias desconocidas (realidades sociales extranjeras o escenarios futuros anhelados) presenta tanta validez como la comparación con experiencias conocidas, pasadas o actuales (variación interna): intergeneracionales, entre diferentes grupos sociales, localidades, tendencias políticas, etc. La

conjunción de ambos aspectos refuerza un atributo de esta dimensión cultural que no tienen, por ejemplo, las convicciones: la maleabilidad.

5.1.2.7 *Fatalismo, irreversibilidad de la debacle*

Por último, para cerrar este epígrafe conviene regresar a las representaciones generales y en buena medida a las convicciones, y traer a colación, aunque sea en corto, un conjunto de percepciones cuya naturaleza y alcance resultan muy significativos para nuestros intereses de investigación. En la frontera entre la disquisición juiciosa acerca de las condiciones actuales y las previsiones cautas sobre las perspectivas de las situaciones en curso, encontramos una altisonante matriz de opiniones que –desde diversos enfoques, creencias y lealtades– acaban convergiendo siempre en un mismo diagnóstico: la sociedad cubana, *como sistema*, se encuentra profundamente erosionada en sus pilares básicos y sobran razones para pensar que el daño es irreversible.

Se trata de una patológica percepción negativa de la sociedad que, aunque pudiera pecar de tremendista, ocupa una posición prominente dentro del imaginario subordinado y, con su estilo hiperbólico de distribución de argumentos, sienta una pauta muy notoria en los modos de construir sentidos políticos, en la «ingeniería civil» del consentimiento y la contestación: “Camagüey es la peor provincia de todas. Aquí la gente vive de andar detrás de los turistas, viendo a ver qué les quitan”; “La gente se la pasa criticando y hablando mal de esto, porque cada día esto se pone peor. Estamos viviendo otro «Período Especial», para todo hay cola y el dinero no alcanza”. En este tipo de representación los enunciados lógicos a menudo vienen acompañados de uno o varios de los siguientes ingredientes: una pretensión generalizante, un cuestionamiento colectivo o un mal agüero: “Ya nosotras somos ancianas, pero creo que ni nuestros nietos verán la mejoría. ¡Esta mierda va a durar mil años! Y reza para que no se joda la cosa en Venezuela, porque entonces sí nos va a comer el león²²”.

La gente vota por el delegado y está consciente de que el delegado no resolverá ningún problema, pero hay que ir a votar. Eso es lo que dice la gente. Y que esto no se va a arreglar. Ahora como que la gente está hablando más, porque antes no se oía nada de eso. Ya la gente está cansada. Es que ya llevamos muchos años en lo mismo con lo mismo, y no mejoramos. [Enfermera, 50 años]

²² Alusión a la ayuda subsidiada que recibe Cuba del gobierno venezolano, sobre en todo en productos como el petróleo y sus derivados; así como al papel del país sudamericano como principal importador de mercancías y servicios cubanos (personal de salud, sobre todo).

Como consumida hoja de cuchillo desgastado por los años, este tipo de pensamiento filosófico, curiosamente, suele presentar sus críticas con agotamiento y resignación la mayor de las veces, y sólo en contadas ocasiones con ira e indignación. “¿Qué cambio ha habido, chico? ¿La constitución? ¿Eso es un paso de avance? ¿Qué ahora hay Wifi? ¿Qué Cuba es el país donde la Internet sale más cara? En ningún país una hora cuesta un dólar. ¡Eso es un abuso!”. Ya sea tras el ropaje impersonal de la otredad (“la gente...”), o con la desnudez propia de la primera persona del singular o el plural, por lo general, estas representaciones connotan una profunda internalización del inmovilismo político (“Aquí nada va a cambiar”) y de cierta desventura predestinada (“Es lo que hay. Por ahora es lo que nos toca, fatalidad geográfica”). A primera vista, pareciera como si la exageración de los problemas implicara también el agigantamiento de las soluciones y, por rebote, las sacara de la órbita de la capacidad de agencia.

Claro, esto va a seguir igual. Hasta que todos los Castros esos no se mueran y todos esos viejos que están dirigiendo ahí hace no sé cuántos años, el mismo gobierno, no se mueran... Pero no se mueren, porque ellos sí tienen nivel de vida. Ellos sí comen carne, lo que no comemos nosotros. Porque el cubano come picadillo de soya, arroz sucio que viene a la tienda y huevo; porque ya ni pescado. En este país, las pescaderías no existen; se extinguieron. La carne de vaca..., Fidel dijo que no se podía comer, que había que comer moringa, ¡una mata!, que eso es lo que lo había tenido casi 90 años con vida. Entonces, imagínate tú. De aquí a que se mueran esa gente. ¡Oh, pasamos 60 años más! Si ellos tienen calidad de vida para durar 120. [Exprofesora, “bolitera”, 35 años]

Como en ninguna de las veridicciones hasta ahora reseñadas, en la figuración desmesuradamente fatalista de la sociedad cubana se puede apreciar, con suficiente precisión analítica, la intersección equilibrada de dimensiones culturales de diferente nivel: convicciones, representaciones, expectativas. Y, aunque tal convergencia resulta perfectamente habitual en la construcción cotidiana de la realidad social por parte de los actores, pocas veces tal «armonía jerárquica» entre dichas herramientas conceptuales emerge de forma tan visible ante la lupa del investigador, sin que una de ellas termine opacando por completo a las otras. La resultante, esa especie de claudicación intersubjetiva, es, además, concomitante con casi todos los grados de adhesión, con la única excepción, por supuesto, de la lealtad plena. Sorprende que, incluso desde las lindes legitimadoras de la adhesión parcial, muchos de los caminos de la reflexión crítica conduzcan por igual a conclusiones desalentadoras, omniabarcadoras y entreguistas.

Los de aquí tienen muy buenas intenciones. Pero no se puede sostener un país con buenas intenciones. Fidel tenía muy buenas intenciones. Hizo todo un sistema y después se dio cuenta de que todo era un fracaso. Y, “Señores, tenemos que virar para atrás. Nosotros derrochamos, malgastamos... Hay que regresar y tomar otras medidas”. Entonces, ahora este, Díaz-Canel, quiere tomar otras medidas, las toman, y dentro de unos años se dan cuenta de que... Aquí las cosas son tentativas, se van probando y, en dependencia de cómo se van asimilando, se llevan a cabo o se hacen ajustes. ¿Por qué? Están limitados. Y es frustrante. Él viene con buenas intenciones, quiere hacer algo. Pero, él no va a echar a andar esto, no va a arreglar esto. El que viene tampoco. Por mucho que quieran hacer, arreglar, no van a poder [Mensajero, testigo de Jehová, 49 años]

Paradójicamente, la percepción general de que la cubana es una sociedad fallida, imbricada con la convicción de que el desastre es generalizado y con la perspectiva de no avizorar mejorías en el breve plazo, da lugar a una muy particular definición de la situación que (y aquí recordemos a Scott), en un mismo acto, produce asenso y disidencia. Si bien estas dos respuestas a las pretensiones de dominación involucran temporalidades distintas. Mientras la aceptación resignada del *statu quo* comporta un (siempre provisional) consentimiento inmediato, consumado hoy; la sistemática manifestación hiperbólica de una inconformidad ya crónica con la debacle social –la catarsis colectiva– va generando, en *presente continuo*, insubordinación ideológica: discursos de resistencia que, de forma indeliberada, acumulativa y casi imperceptible, van añadiendo presión a la caldera de la gobernabilidad y abonando el terreno de las revueltas del mañana.

5.1.3 Expectativas razonables

En íntima conexión con la valoración racional de las circunstancias ubicamos una dimensión cultural que hemos denominado *expectativas razonables*. Coaguladas al calor de esta suerte de «cuajo» representacional –a su vez, filtrado por el más estático y arraigado macizo de los valores y las convicciones–, las expectativas razonables podrían catalogarse como un tipo muy especial de representación política que proyecta en el tiempo próximo (corto y mediano plazo) el probable devenir de los acontecimientos, en función de la evaluación lógica de la situación presente. Claro, en comparación con las representaciones, en este ejercicio prospectivo la capacidad de juicio se muestra mucho más afectada por confusores rasgos de la personalidad, como la actitud ante las dificultades (¿el vaso está medio lleno o medio vacío?) y el grado de confianza en la fuerza colectiva de la sociedad de pertenencia (¿somos un pueblo carnero?). Esta característica, si bien

les resta objetividad a las expectativas, es tremendamente útil para tomarle el pulso, con la debida cautela, a los diferentes vectores de pensamiento que tensan el imaginario social, sus posibles direcciones y tendencias, así como su proclividad actual al cambio o al estancamiento, por ejemplo.

A fin de detectar potenciales y reveladores clivajes, en este estudio se observaron las expectativas en dos niveles: sistémico y personal. Y, en el caso particular de las entrevistas, se les insistió a los informantes en que elaboraran sus proyecciones a partir de su justipreciación racional (cómo parece que será el futuro), y no con base en sus aspiraciones o anhelos (cómo debería ser el futuro). Tras una cuidadosa revisión, clasificación e interpretación del material empírico recolectado en este sentido, decidimos agruparlas y convenientemente presentarlas en dos conjuntos: pesimistas y ambivalentes / optimistas.

5.1.3.1 Expectativas pesimistas

Después de desandar concurridos vericuetos de las culturas políticas de los dominados, mapear avenidas principales como las convicciones y las representaciones, y en particular tras el examen de las concepciones fatalistas de la sección anterior, a muy pocos sorprendería la siguiente afirmación: en el cuadro impresionista de las expectativas razonables, preñado de imágenes desenfocadas e ideas incompletas, lo más llamativo, a la vista del investigador, son los manchones deslustrados del *pesimismo*, apiñados como al descuido en grandes volúmenes, desdibujando, desde el primer plano hasta donde se pierde el horizonte, un paisaje desolador a nivel sistémico.

Bajo el contraste intenso del torrente de representaciones generales que clama por un cambio radical (ver sección 5.1.2.1), la previsión de una probable transformación política en Cuba, sin embargo, se difumina con persistente recurrencia entre las oscuras pinceladas de desesperanza. Unas veces al amparo de expectativas estáticas: “¿El futuro del país? Si seguimos como estamos, lo veo en cien años igualito: pasando el mismo trabajo, las mismas necesidades con los alimentos y el transporte, que son de las necesidades más grandes que ahora mismo tiene este país”. Otras a la sombra de un previsible agravamiento: “El futuro lo veo peor todavía. La gente más flaca, matándose más por la comida. Los trabajos más difíciles de conseguir. Va a haber más de todo [lo que hay ahora], pero para empeorar no para mejorar. Más jodidos vamos a estar”. O, en ocasiones, incluso a merced de una retórica ausencia de expectativas, hartamente elocuente: “En este minuto no tengo ninguna expectativa. ¿Qué expectativa voy a tener? Si desde que nací veo lo mismo. Ya yo he perdido las esperanzas hasta del cambio”.

Mientras el cubano siga siendo como es, esto va a seguir así. Así no, nos irá peor; pero el cubano va a seguir adaptándose. (...) Humanamente, no creo que haya un cambio político de buenas a primeras. Eso no va a suceder. A menos que, internamente... Obama cuando vino aquí dijo una cosa interesante, hablando de la economía: “Eso depende de ustedes”. Esa expresión es un arma de doble filo. Yo lo vi así. De manera muy solapada, dijo: “Todo lo que está pasando aquí, el futuro y todo, está en las manos de ustedes”. [Mensajero, testigo de Jehová, 49 años]

Sin embargo, en lugar de un policromático espectro de posibles escenarios futuros –entre ellos el de un cambio político radical–, el ejercicio habitual de la prospección lógica por parte de los ciudadanos se caracteriza más por los claroscuros lúgubres de una prolongación *ad infinitum* de la calamitosa situación presente, en general teñida de una monótona falta de fe política. En los discursos de los subordinados pueden entresacarse dos representaciones muy correlacionadas que contribuyen a la decapitación de las expectativas de cambio social: 1) relativa al autoritarismo exacerbado de los poderosos: “Aquí en este país se hace lo que los dirigentes dicen. Y eso va a ser siempre. Aquí nada cambia”; y 2) respecto a la docilidad y pasividad de los dominados: “Los cubanos somos sumisos, porque es que nos callamos la boca. No hacemos nada, absolutamente nada, para que esto cambie. Ni lo vamos a hacer, porque vivimos con miedo desde que nacemos”.

No cabe dudas de que las huellas de la maquinaria coercitiva dominante en el imaginario subordinado son hondas y duraderas, sobre todo en la perspectiva holística, en la manera de asumirse como comunidad nacional (recordemos los raudales de desafiliación, sección 5.1.1.5). La metabolización racional de este orden coercitivo, su establecimiento al nivel de las representaciones, y más aún su consolidación al nivel de las expectativas, es un *proceso intersubjetivo*, en el cual las concepciones maduran a medida que, colectivamente, se compilan y socializan experiencias (personales o referidas) de abusos, represiones, intimidaciones y desmanes totalitarios. A nivel individual, tal maduración no depende tanto del número de años cumplidos, sino de la variedad e intensidad de los eventos experimentados durante el curso de vida, a partir de elecciones personales, influencias familiares, círculos afectivos, ambiente comunitario-escolar-laboral, contingencias, etc. Cuando las representaciones y expectativas políticas de este corte aparecen lo suficientemente curtidas, la expulsión tajante de la mera silueta de un cambio de régimen fuera del campo visual de los dominados puede escudarse tras la deconstrucción más razonable de las tecnologías disciplinarias del gobierno:

Te lo juro, honestamente no veo en el horizonte un cambio político. Esto ha sido tan bien construido para que no exista una oposición. Quizás haya mucha gente presa por oponerse al sistema, pero están presos, bien guardados. Aquí no hay un partido opositor, nada que pueda hacer un cambio. Fidel unificó todos los partidos, el ortodoxo, el socialista, el otro, no recuerdo todos los que había cuando triunfó la Revolución. Había varios. Y él unificó todo eso para su provecho, para su poderío, en el Partido Comunista de Cuba. Entonces, ¿dónde está la oposición aquí? La oposición aquí no está organizada, porque la fuerza, el poder que tiene la conRAINTeligencia en este país es muy fuerte. [Repasadora particular, 60 años, exmilitante del Partido]

Rayana con lo encomiástico, la evaluación concienzuda de las habilidades gubernamentales para restringir las libertades y derechos políticos de los subordinados (el poder coercitivo a lo Molm, ver capítulo I, sección 1.3.1.1) a menudo contrae, por ósmosis, el cercenamiento de la capacidad de concertación de los subordinados. Pareciera como si la fe en la fuerza del autoritarismo eclipsara la fe en la insubordinación colectiva. “Nunca nadie va a hacer nada por el cambio. El pueblo no lo va a hacer, a mi juicio. Aquí no se venden armas, aquí no se vende nada para crear una bomba, aquí no hay nada para tumbar esto”. Y no por la imposibilidad de fantasear con un orden político alternativo, pues eso sí que abunda en el imaginario social. La dominación socialista posttotalitaria está lejos de hallarse naturalizada («falsa conciencia») en el discurso oculto o fronterizo de los ciudadanos cubanos; quienes, por demás, manifiestan su desacato a través de un sinfín de prácticas de disidencia marginal y moderada, como veremos en el próximo capítulo. Más bien se percibe una tendencia generalizada a hipostasiar la desarticulación de la resistencia.

Ahora cuando ya Díaz-Canel no..., vuelven a proponer al presidente, y vuelven a hacer todo ese andamiaje que hacen ellos, que resuelven todo, y vuelve a caer el presidente que ellos quieren. ¡No sé! Es que si nadie protesta, nadie dice nada y todo está bien, todo va a seguir igual. A ver, dicen que la mente es poderosa. Que nuestra mente es una antena y lo que pensamos es lo que nos va a venir encima. Y, como aquí todo el mundo piensa que vamos a estar peor, porque no va a haber cambios... No sé ni qué decirte. La gente es pesimista, pesimista. [Enfermera, 50 años]

Debajo del pesimismo que venimos describiendo desde la sección anterior, y en escandaloso contraste con las representaciones negativistas y críticas repasadas a lo largo del epígrafe precedente, subyace el consenso objetivado de que en Cuba “nadie protesta”, “nadie habla”, “nadie intenta desafiar al régimen”, “vivimos con miedo”..., y los pocos que se han atrevido a manifestar su disidencia públicamente han recibido un castigo ejemplarizante o han sido exhibidos por el

gobierno como “agentes mercenarios al servicio del imperialismo”²³. Cual infinito archipiélago con millones de islas de desobediencia insólitamente desconectadas entre sí, la objetivación de la imposibilidad (más que la inutilidad) de unir esfuerzos desafiantes alcanza su máxima concreción en las expectativas pesimistas aquí resumidas, que tienen una importante cuota de responsabilidad en el aplazamiento indefinido de la rebelión, en un contexto muy propicio para ella. Cualquier semejanza con la profecía autocumplida de Thomas no tiene nada de accidental.

Todo esto ha sido una gran mentira. Esto es un Titanic en cámara lenta. El Titanic demoró en naufragar cuatro horas, ¿no? Esto va a demorar como 40 años, a partir de no sé qué año empezó a naufragar, si a partir de 1990, no sé. Pero esto va a desmoronarse en cámara lenta, desangrándose la sociedad, porque esto no se sabe adónde va a parar. La decepción de este pueblo es muy grande. El país va tan en picada que no veo posibilidad de que este país levante, porque se han perdido tantos valores. Está tan enferma el alma de este país. Quizás te estoy hablando como una persona muy pesimista. Y no soy para nada pesimista. Siempre creo que las cosas tienen que ir para bien y tengo una mente superpositiva. Pero estoy tan decepcionada de mi país, porque no veo una luz en el horizonte. [Repasadora particular, 60 años, exmilitante del Partido]

5.1.3.2 Expectativas ambivalentes y optimistas

A «contra-penumbra», titilando con timidez y extravagancia en medio de la noche de pesimismo sistémico, encontramos, empero, un firmamento de empecinadas expectativas optimistas a nivel personal. Estas, cuando tienen como denominador común un proyecto migratorio más o menos diáfano, contraen por lo general una (complementaria) previsión poco halagüeña respecto al futuro nacional. Debido a esta propiedad dual las hemos denominado «expectativas ambivalentes». En ocasiones, la intención de emigrar se expresa de forma decidida y descarnada: “Estoy loca por irme. No aguanto más, estoy fundida. Estoy reuniendo dólares para que un amigo mío que vive en Estados Unidos me ayude a sacarme de aquí. Cada vez que puedo, compro 100 USD y los guardo”. Otras veces, de modo menos concreto, pero con la huida contemplada entre el abanico de opciones: “Soy una persona con la mente bastante abierta y

²³ En la objetivación de este consenso mucho tiene que ver el monopolio mediático estatal y su labor de invisibilización; pero también la propia experiencia directa y, sobre todo, la construcción intersubjetiva de sentidos políticos.

positiva. Y, en el ámbito personal, pienso que vamos a mejorar. Yo sí me veo viviendo bien, conociendo, paseando... No sé si va a hacer aquí o allá, no sé dónde...”

Frente al magro panorama descrito en la sección anterior, no es de extrañar que, en materia de expectativas razonables, la posibilidad más tangible de poner pies en polvorosa le gane la partida, por amplio margen, a la incierta probabilidad de aunar voluntades dispersas para enderezar una sociedad con un rumbo, a ojos de casi todos, irremediabilmente torcido. “Yo sí voy a mejorar algún día, en el sentido de vivir cómodamente y alguna vez darme mis gustos, de vivir sin tantas preocupaciones. Tengo esperanzas de mejorar yo. No sé dónde..., porque no creo que esto vaya a cambiar”. Y entre aquellos que, por diversas razones, han decidido quedarse o han postergado sus sueños transfronterizos, muchos cifran todas sus expectativas positivas en la potencial ayuda económica de sus parientes emigrados: “Yo debo mejorar porque tengo un hijo en el exterior y él va a salir adelante. Pero, si no tuviera FE, vería que para mí no va a haber ni tablita, que de todas formas estoy condenada a ahogarme”.

Es un hecho innegable: las socorridas y multicitadas convicciones de desafiliación, articuladas con los diagnósticos «reservados» sobre la salud de la sociedad cubana, producen, al nivel de las expectativas, por lo general, un mayoritario correlato de “Sálvese quien pueda”, que pondera el horizonte personal por sobre el futuro de la nación. Hay que hurgar con denuedo en los discursos del enjuto sector partidario del gobierno para atisbar, entre reticencias y ambigüedades, algunos visos de expectativas que denoten cierto optimismo respecto al conjunto de la sociedad. Y aun allí se percibe claramente una línea divisoria entre el credo inexpugnable de la adhesión plena y el optimismo circunspecto de la lealtad crítica, suavizado con ribetes de incredulidad, condicionamientos y hasta señales de individualismo, que más bien convidan a enmarcarlo en la categoría de las expectativas ambivalentes: “Este presidente tiene buenas ideas, pero si no las pone en práctica rápido, las nuevas generaciones darían al traste con todo lo que tenemos. Ellos no tienen la paciencia, ni la conformidad, y sí quieren ver otras cosas”²⁴.

No soy pesimista, soy práctico. Y ahora, en el punto en que estamos, ha cambiado algo. Si va a seguir cambiando o no, no sé. Pero sí creo que va a pasar. Cuando era más muchacho, yo decía: “Voy a tener hijos el día que mejore la situación económica”. Han pasado como diez años de eso y la situación sigue igualita [Y aún no se ha decidido a procrear]. Bueno, ha mejorado porque ahora cobro más que cuando dije eso. Pero no es lo que había pensado. Entonces, ¿mis expectativas

²⁴ Otra vez la representación sobre las diferencias generacionales, esta vez al nivel de las expectativas.

personales? Esa es la pregunta más difícil que me has hecho. Como dicen los religiosos: “Lo último que uno pierde es la fe”. Al final, tengo la esperanza de que algún día gane lo que me merezco por mi trabajo. Y que eso me dé para salir y conocer a mi sobrina y mi cuñada que viven en Estados Unidos. Podamos ir a España a visitar amistades que hace años no vemos. Pienso que mi esposa y yo podamos hacer turismo de viejitos por algún lado. [Ingeniero, 34 años, exmilitante del Partido]

Únicamente cuando la afiliación total trasviste de argumentos sus convicciones, o los valores de la afiliación parcial se combinan con rasgos de la personalidad favorables al cultivo del optimismo –como ya advertíamos al inicio de este epígrafe–, comienzan a emerger, en el escuálido discurso que legitima al régimen, sus políticas y líderes, tambaleantes razones para apuntalar expectativas un poco más consistentes, en cuanto a la proyección de un futuro mediano en el cual el país habrá superado las dificultades actuales. Y decimos «tambaleantes» porque, incluso tales diques de contención del pesimismo sistémico suelen resentirse en su contundencia racional al echar mano continuamente al precario recurso de la condicionalidad: “Si nos deja el imperialismo tranquilo, si no hay ninguna guerra, si somos capaces de poner a producir nuestras bellas y amadas tierras, si se van mejorando el resto de las cosas, el transporte..., visualizo el futuro bueno, bueno”.

Vamos a seguir así y vamos a ir para adelante. Cada día en el mundo se nos unen más personas, países, corporaciones privadas. Tú lo estás viendo ahora con el lío ese de la Ley Helms-Burton. ¿Qué dijo Meliá, Canadá, Rusia, China, España? Guyana va a invertir aquí y que vayan cubanos para allá a trabajar. Se nos están uniendo porque saben cómo somos los cubanos. Soy optimista, vamos a mejorar, *siempre y cuando* trabajemos. La conciencia del cubano es la que tiene que hacer así y reventar. Cuba es un país agrícola. Nosotros no tenemos que importar plátano, ningún tipo de vianda, ni ensalada. Si aquí lo podemos hacer. El plátano macho se da donde quiera, en cualquier patio. Se pueden criar animales... El problema con los cárnicos es el pienso. ¡Pero vamos a hacer el pienso! Vamos a sembrar yuca, plátano fongo. ¡Vamos! La misma paja de la caña, eso se puede hacer. Pero el cubano lo quiere todo en la boquita, masticado. [Custodio, 62 años]

A diferencia de las prospecciones pesimistas que sostienen su postura sobre la probable continuidad de una añeja y persistente tendencia al deterioro social, muchas expectativas optimistas de los leales más asertivos, ajenas al sustento empírico, flaquean también por su falta de sustancia lógica. A menudo, sus propios enunciados traslucen, con total claridad, la importancia de la determinación personal para pensar y soñar en positivo cuando se nada a contracorriente de los más recurrentes pronósticos sombríos. En buena parte de esta «ermita» del imaginario

subordinado, más que expectativas *razonables* descubrimos verdaderos actos de fe, coherentes con un manifiesto de vida optimista por autodefinición.

Yo sí veo mejorías en el futuro a nivel de país y a nivel personal. Me obligo a confiar, creo que siempre me persigue por las noches, antes de dormir, una entrevista que escuché de Cristina de Kichner, donde ella dice: “Soy política, necesito confiar”. Es decir, necesito confiar en que las acciones políticas van en beneficio de la humanidad, del país, de todos. Me obligo a ser optimista. A mí me apasiona mucho la política. Y uno está donde le apetece estar, donde le apasiona estar, ya sea friendo chicharritas... Por lo tanto, a mí me gusta y, dentro de lo que pueda, voy a ser participante activa. No sé lo que me depara el futuro. Eso nadie lo puede saber. Pero insisto en ser parte de nuestra cotidianidad. [Informática, 34 años]

Ahora bien, revistiendo su *contenido* evaluativo-prospectivo, las expectativas razonables presentan una envoltura típica, perfectamente identificable, que las convierte en una muy específica «modalidad del discurso», con una singular capacidad transductora y una importante función de enlace entre subjetividades (y entre diferentes aspectos temporales de la subjetividad). Es decir, con *forma* de expectativas circulan, a nivel informal (extraoficial), un cúmulo de significados políticos que no sólo afectan el acontecer del futuro; inevitablemente también re/definen y re/crean la realidad actual con base en las previsiones. Lo que creemos que sucederá siempre influye en nuestro comportamiento presente de muchas maneras²⁵. Y el formato de presentación de las ideas, la apariencia simbólica, es clave a la hora de entender su posible alcance o penetración cultural. (Ya vimos, por ejemplo, el efecto «anodinante» del uso de las construcciones condicionales como parte de las expectativas optimistas de los fieles al gobierno). Por ello, dedicaremos el siguiente epígrafe a repasar, de modo sucinto, algunas de las formas del discurso más socorridas e influyentes en la microconstrucción cotidiana de las relaciones de dominación-subordinación-resistencia.

5.2 Formas discursivas específicas: Homogeneidad vectorial

Podemos asumir y visualizar las formas del discurso como vehículos de gran capacidad (amplios y flexibles contenedores de información) que circulan por las avenidas y callejuelas de la intersubjetividad transportando variadas (en cuanto a su naturaleza, cantidad y eficacia) cargas

²⁵ El lastre de la inercia retroactiva: “¿Para qué esforzarme si de todos modos las cosas seguirán igual?”; o el incentivo del anticipo: “Mejor actuar ahora para acelerar la llegada del cambio esperado”; por sólo citar dos ejemplos.

de in/subordinación ideológica. Constituyen el «soporte a mano» para la expresión de las disímiles creencias, convicciones, representaciones, expectativas e incluso actitudes que, coyunturalmente conjugadas, conforman los núcleos culturales de las diversas configuraciones de subordinación-resistencia presentes dentro del universo de estudio. Pero, la factura o empaque con que se presentan los contenidos de la respuesta política a las pretensiones de dominación está lejos de cumplir una función auxiliar en las relaciones de poder. De hecho, el mero empleo de una modalidad u otra del discurso puede resultar un indicador del «nivel de lealtad» o la «disposición para la resistencia» (por ejemplo, los chistes, rumores o el chisme sobre figuras políticas o asuntos de gobierno). Ni se diga de la intensidad con que se despliegan las potencialidades de cada forma discursiva (los propios chistes y rumores, las diatribas, el encomio, etc.).

Los prototipos aquí inventariados resultan, por supuesto, sólo una pequeña muestra de algunos de los moldes más usados por los dominados en su día a día para darles forma a sus ideas políticas y, con tales monedas de cambio: participar en el mercado cotidiano de la legitimidad del sistema, las autoridades y las medidas; crear, apoyar o contrarrestar tendencias; mover sus fichas de la des/lealtad un poco según los dictados del corazón y otro tanto en función del raciocinio y la estrategia; sentar pautas en el presente con sus apuestas y especulaciones sobre el futuro; re/producir, en definitiva, las *micro-inter-dependencias* que, en exponenciación fractal, tejen la inconmensurable madeja de la gobernabilidad.

Como a continuación se verá, salvo escasas y esperadas excepciones que viajan en contradirección o pretenden permanecer en reposo, estos medios de transporte de significados transitan por lo general en un mismo sentido. Con diferentes ingenio, prudencia, ímpetu, premura, pero la mar de las veces con un rumbo contestario (infrapolítica, disidencia marginal y moderada). Ante la inexistencia de una «red vial» propicia para encauzar la acción pública sediciosa, el ámbito discursivo explayado en los intersticios de los espacios privado y fronterizo deviene la plataforma por excelencia para el desahogo de la inconformidad; y las formas del discurso, por ende, los utensilios más empleados del repertorio de la protesta.

5.2.1 La queja: insatisfacciones, auto/críticas, lamentos...

Después de todo lo descrito hasta aquí, no podía ser de otra manera. Cualquier registro riguroso de las modalidades discursivas más utilizadas en la microconstrucción de las relaciones de dominación-subordinación-resistencia políticas en Cuba en la actualidad, tiene el deber imperioso

de comenzar por la queja. Ya lo advertimos en el apartado 5.1.2.1, dedicado a las representaciones generales: la inconformidad es el ingrediente omnipresente en el menú diario de los cubanos y la queja su forma de presentación por excelencia. A lo largo de cada jornada, en el cumplimiento de las tareas más básicas para la reproducción de la vida (estudiar, trabajar, garantizar el sustento, descansar, recrearse, etc.), los motivos para el descontento se tropiezan, superponen y amontonan sin piedad, treguas ni remisiones. Con tan alta disponibilidad de insumos, ya su procesamiento intersubjetivo *situado* depende, entre otras cosas, de afiliaciones políticas, experiencias típicas, la orientación hacia la irreverencia, el tipo de espacio social, los «ayudantes de cocina» en la interacción y las preconcepciones sobre los potenciales «consumidores»; pero, en últimas, por antonomasia, la cocción cultural de la inconformidad casi siempre termina «sirviéndose» (socializándose), espontáneamente, en forma de queja.

Por supuesto, al igual que un mismo plato puede exhibirse en múltiples presentaciones, también hay muchas maneras in/formales de reprochar, expresar insatisfacción, criticar, quejarse. Con más o menos guarnición: “Tú sales de La Habana por carretera y vas por todos *esos amados campos nuestros* y no ves nada sembrado, sólo marabú [planta invasora], todo eso se ha perdido. ¿Por qué si siempre fuimos productores?”. De modo descarnado (a la plancha o en strike): “Ojalá alguien me explicara por qué antes de que saliera electo el nuevo presidente, ya todo el mundo sabía quién iba a ser. *Eso es lo que da un partido único*: un candidato y ya. Es ese o ese”. O la queja puede venir empanizada con otras formas del discurso, como el rumor y el chiste: “Mire, señora, prepárese que en La Habana los cobradores de la luz ya andan anunciando que vienen los apagones programados. Lo bueno es que no va a haber comida que se eche a perder en los refrigeradores”.

Como en la viña del señor, hay variedades de desazón para todos los gustos. No faltan las quejas aliñadas con el muy personal toque del análisis autorreferencial y la autocompasión: “Es que a mi edad todavía no tengo ni un tablet. Ni siquiera después de seis años de negocio ilícito, porque he tenido que suplir tantas carencias materiales de primer orden, que ni siquiera un tablet me he podido comprar”. O realizadas con los exóticos zumos de la autocritica expresada desde la adhesión (en su tinta); con lógicas diferencias en cuanto a la acidez del cuestionamiento entre, por un lado, los partidarios incondicionales: “No creo que hasta ahora nuestros ministros estén haciendo su trabajo a la medida de la necesidad, hay gente muy cómoda, el «bla, bla», y que no dan la cara”; y, por el otro, los leales críticos:

Tuvimos errores: eso de no permitir viajar, ¡de estar pidiendo permiso para viajar! ¡No se podía tener móvil! Esos son errores garrafales. Actualmente seguimos teniendo errores. ¿Cómo que el Ministerio de Turismo no me deja a mí, por ser residente y ciudadana cubana, montarme en una embarcación de motor, recreativa? ¿Qué cosa es eso? A mí me marea, yo no quiero; pero el que quiera, lo puede hacer. Eso primero es anticonstitucional y después ¡discriminatorio! ¿El turista puede y yo no puedo? [Informática, 34 años]

También es muy común que la queja aparezcaazonada ora con el recurso de la comparación translocal (real o hipotética): “En otros países no maltratan a los extranjeros, pero normalmente les dan prioridad a los nacionales, porque son tu gente. Aquí no, aquí se le da prioridad a los foráneos por encima de los cubanos. Yo no me explico eso”; “Si hubiéramos dejado que los americanos hicieran con nosotros lo mismo que con Puerto Rico, ahora esto sería una maravilla”. Ora apelando a la comparación temporal: “Mi madre antes ganaba 300 pesos. Yo gano hoy tres mil y no me da para hacer ni la mitad de las cosas que ella hacía. Entonces, el «Período Especial» puede que se haya transformado, pero no se ha acabado”; “Hay mucha diferencia, antes las cosas estaban más baratas y aparecían. Ahora tú vas a buscar unas toallitas húmedas, recorres las tiendas enteras y no hay. Y cuando aparecen las tienen los revendedores súpercaras”. Ambos tipos de cotejo buscan claramente potenciar el sabor amargo a partir del contraste con el referente.

Si a todo este abanico de opciones le añadimos las posibles combinaciones resultantes de las variaciones en el tono, el énfasis y las intenciones polisémicas..., obtendremos un surtido de quejas lo suficientemente diversificado como para deleitar al más exigente paladar sociológico. Desde preguntas retóricas crudas, gélidas y sugestivas: “Yo quisiera saber qué hacen esta gente [los gobernantes] con el dinero. Este es el país donde más cruceros de EE.UU. entran. Y yo me pregunto: ¿Dónde está el dinero de la langosta, el camarón, el tabaco, el ron, el níquel?”. O *delicatessen* narrativas, pletóricas de sentidos y generalizaciones en su exquisita concisión: “Hay mucha corrupción. Eso no llega a los medios, pero sí incide en la política. Te paró el policía, revisa lo que traes, le hace falta el par de tenis, se los lleva y no los vuelves a ver más”. Hasta propuestas bien cocidas, elaboradas con pasión y servidas en escudilla ardiente:

Muchos dicen: “El enemigo del cubano es el propio cubano”. Y si no, pégate a la Aduana cuando entra la gente por los aeropuertos para que veas. “¡Si soy cubano igual que tú! Si lo que estoy haciendo, dentro de lo legal, es para vivir un poquito mejor. (...) Pon un impuesto y te lo pago cuando entre. Pero no me quites las cosas, déjame traerlas y te pago. ¿Cuánto hay que pagarte?

¿Dos mil pesos? Te los pago ahí en el aeropuerto. Si al final lo que te interesa es que te pague”.
Nosotros no hemos evolucionado en ese aspecto. [Ingeniero, 34 años, exmilitante del Partido]

Una forma muy particular (por emotiva) y popular (por recurrente) de plasmar el disgusto es el lamento. Guisado a fuego lento en las brasas del agobio personal y colectivo, el lamento es una queja bañada de aflicción: “Los jóvenes ven que sus padres profesionales viven una vida restringida y sacan sus cuentas. No hay estímulo ni ilusión por estudiar. Hasta uno, que ya tiene cierta edad, dice: «He empleado mal mi tiempo, ¿para qué he estudiado tanto?»” [con profundo pesar]. La aflicción es un sentimiento que, a diferencia de la frustración, la decepción y la indignación, por ejemplo, pierde prácticamente toda su capacidad comunicativa al descontextualizar los lamentos y, encima, volcarlos al lenguaje escrito: “Todos los días trabajamos duro, pero cuando vamos a la mesa no podemos..., y se nos va todo en la mesa y mal puesto [semblante triste], porque al final los precios son muy altos”. Por lo general, la integración al discurso *in situ* de ese repertorio de formas de comunicación gestual aquí extraviadas deviene, justamente, el arma expresiva del lamento para conseguir la identificación del interlocutor con el pesar compartido:

Después de todo lo que te he contado, que me he vaciado, ¿me puedo sentir contenta con el estado en que está mi país? [rostro acongojado] Y no soy sólo yo. Es la doctora que estudió conmigo, que es profesora en la escuela de Medicina. Ella me dice: “¡Ay, Rosa! ¿Qué tenemos, qué hicimos, qué somos?” [espacia las preguntas con amargura]. Esa ni pionera fue porque era religiosa. Se salió del preuniversitario porque no podía conciliar el régimen de la escuela con su religión. Y luego se hizo médico. Es estomatóloga. Ella tiene una casa gracias a su marido. Nunca en su vida pudo tener un carro, ni una moto. Dime tú, ¿qué somos? Tremendas profesionales que en cualquier país... ¿Y entonces, podemos estar contentas? Como nosotras hay tantos... [Repasadora particular, 60 años, exmilitante del Partido]

5.2.2 El “chucho”: chistes, burlas, mofas...

Como bien ha insistido el sabio Scott, una de las herramientas más creativas y socorridas para el ejercicio de la crítica a la dominación por parte de los subordinados son las formas jocosas del discurso: los chistes, burlas, sarcasmos, el albur...; en Cuba, englobadas todas bajo la etiqueta de el “chucho” (“dar chucho” en su forma verbal). En comparación con otros pueblos de la región, se podría afirmar que los cubanos, por tradición, son seres sociales bastante inclinados al choteo, la

picardía y el doble sentido²⁶. Se puede comprobar fácilmente observando unas pocas interacciones en el ámbito familiar, comunitario e incluso en el escolar/laboral. La propia sabiduría popular así lo consagró en un refrán: “El cubano hasta de sus desgracias se ríe”. Por muy adversa que sea la situación –una cola kilométrica para comprar pollo, bajo el resistero del mediodía, por ejemplo–, nunca falta el jaranero que distienda el momento con una ocurrencia: “Arriba, caballero, apriétense ahí para que no se cuele nadie. Vamos a unirnos y a fortalecer nuestra hermandad”.

Obviamente, ni «lo político» ni «la política» escapan al radio de acción del “chucho”. De hecho, en un contexto donde la libertad de expresión se encuentra mutilada, más bien se percibe, en un amplio sector de la población, una preferencia y deleite especial por las irrisiones de naturaleza política, devenidas válvulas de descompresión del descontento acumulado y, al mismo tiempo, manifestación cultural solapada de un reprimido anhelo de insubordinación que no se concreta en acciones públicas. Si asumimos a la red de relaciones de poder como un campo de tiro y a los chistes como dardos cargados de ironías de diferente calibre (en cuanto al grado de elaboración, sutileza y mordacidad), podemos clasificar al “chucho” en tres categorías, según la proximidad de su objeto de burla.

En el primer círculo, el más próximo al «tirador», enmarcamos las burlas de tipo personal cuyo «blanco» se encuentra de cuerpo presente y, por tanto, recibe a quemarropa dardos de gran calibre (pesados, cáusticos, explosivos), a menudo envainados con casquillos del más cruel sarcasmo. Su «milieu» por excelencia es el ámbito privado, las interacciones entre familiares o amigos íntimos, intercambios donde prima la horizontalidad, la confianza y el perdón anticipado por el «disparo» satírico. Es el caso, por ejemplo, de la joven revendedora «por la izquierda» [comercio ilícito] que, cuando sus tíos y abuelos comunistas llegan de la calle quejándose por las colas y el desabastecimiento: “Aquí no hay de nada, no se puede comprar esto, lo otro...”, se mofa de sus parientes con sorna: “Ah, ¿pero tú no dices que este sistema es el bueno? Ahora cómetelo con papas. A ver, abre la boquita...”. O la amiga de toda la vida que combina la chanza con la crítica cruda y directa para minar el búnker de la lealtad acrítica con paciencia, gracia y perseverancia:

²⁶ Jorge Mañach, un destacado intelectual cubano, le dedicó a este rasgo psicosocial del cubano una conferencia académica en 1928, que mucho después, en 1955, revisó, amplió y convirtió en libro: *Indagación del choteo*. En este ensayo Mañach profundiza en los orígenes y particularidades de la inclinación del cubano a “no tomar nada en serio”, a “tirarlo todo a relajo”.

Al hijo de unos amigos míos no lo dejaban entrar al país hasta que pasaran ocho años después de desertar, estaba en una lista negra. ¡Violación de derechos humanos! Y era el miedo a que si entraba no lo dejaran salir. Esos viejos temblaban [de miedo] y le decían: «No, mijito, no vengas, no vaya a ser que te cojan preso». Pero al viejo parece que se le olvidó todo eso y sigue orándole a nuestro querido “Comandante en Jefe”, al autor intelectual de todas esas leyes. Le tiene hecho un altar a Fidel, con una bandera cubana y las medallas que recibió en las Fuerzas Armadas. Y me burlo de él: «Pero tú no fuiste a Angola de carne a cañón. Fuiste de oficial, a ver la guerrita de lejos. Y Fidel más de lejos todavía, en su oficina del Consejo de Estado» [En Cuba]. (...) Lo mismo le peleo que me río de él, porque me da lástima. Ese viejo de 80 años es un frustrado, deprimido, parkinsoniano. Y él se queda callado. Él no quiere aceptar esa derrota. No quiere aceptar, a sus 80 años, que vivió engañado. ¡No, y todavía sigue siendo militante del Partido! [Repasadora particular, 60 años, exmilitante del Partido]

El segundo círculo comprende también burlas personales pero caracterizadas por la no presencialidad del burlado, por lo general una figura política de mediano o alto rango (estructuras provinciales y nacionales). Aquí florecen chistes de todos los calibres y colores, incluido el humor negro. Y, aunque su uso es muy frecuente tanto en el ámbito privado como en el fronterizo, lógicamente los dardos más venenosos suelen reservarse para la atmósfera confidente del primer espacio. Lo cual no quita que, de vez en cuando, algún arrestado «gatillo alegre» arroje, entre perfectos desconocidos, un «peso pesado» como el ludibrio: “Tú sabes que desde hace tiempo la gente usa mucho eso de empapelar los cristales de los carros, ponerle cristales calobares, etc. Bueno, pues a Díaz-Canel se lo hacen; pero al revés: ¡para que no vea para afuera!” (en alusión a la indolencia política de los dirigentes ante la mala situación del cubano de a pie). Sin embargo, estas «balas perdidas» en las inmediaciones entre lo privado y lo público son tan raras que con frecuencia terminan despertando, antes que risas, resquemor y desconfianza.

A partir de este círculo intermedio de la diana –y, por tanto, también en el siguiente–, las formas jocosas del discurso pueden trascender los límites de la oralidad y plasmarse en el lenguaje visual (imagen, video o texto), primordialmente en formato digital: memes compartidos a través de las redes sociales, casi siempre salpimentados con el sabor añadido que, en la Cuba posttotalitaria, contrae el acto de profanar con befas el sacro altar de la dirigencia política. La reciente apertura de la sociedad cubana a la era de la Internet (diciembre de 2018) ha provocado un estruendoso cataclismo en ese sentido. No sólo por el aumento del volumen (en cantidad y decibeles) de las carcajadas; sino por sus implicaciones en materia de tráfico de disidencia subrepticia y de los

subsecuentes desencuentros domésticos (por lo general, intergeneracionales) entre las nuevas armas de la resistencia y los viejos grilletos de la auto/censura.

Un botón de muestra de tales implicaciones fue el ambiente de choteo, verdaderamente masivo, que en 2019 cundió a la sociedad criolla a nivel nacional, respecto a las declaraciones del máximo directivo de la Empresa de Flora y Fauna, Guillermo García Frías, cabecilla revolucionario de la vieja guardia, quien explicó, frente a las cámaras de la televisión nacional, cómo Cuba iba a resolver el problema de la escasez de carne mediante la producción intensiva de avestruz, jutía y cocodrilo para el consumo humano. En los grupos de WhatsApp y muros de Facebook los memes sobre el dislate del octogenario dirigente diluvieron: “Qué manera de reírme. No se me olvida un meme donde ponían a Guillermo junto a Raúl [Castro], diciéndole bajito: “Me dijeron que el marabú en olla de presión sabe a yuca”. Y Raúl: “¡Ay, mijo, no abras más la boca!”.

La velocidad de transmisión del «novedoso» método para “dar chucho” alcanzó magnitudes asombrosas, para el contexto cubano. Durante varios meses, era difícil llegar a cualquier casa o encontrarse con un amigo, y no escuchar una jarana sobre el tema: “¿Viste el censo que andan haciendo por el barrio? Eso es para ver hasta dónde pueden apretarte la soga. Ahora dicen: «Esta gente están bien. En vez de darles avestruz, vamos a darles gorrión»”. Sin embargo, en más de un hogar, mientras la mayoría se reía a carcajadas de las ocurrencias gráficas u orales, no era raro observar la parquedad y desaprobación de algún que otro miembro de la familia, por lo común adulto mayor: “Ay, caballero, eso no me gusta. Eso es una falta de respeto. Además, no debieran estar enviando esas cosas por el celular. Uno nunca sabe si están revisando estas comunicaciones”.

Como ya lo expresaba el último chiste, en muchos casos la sátira acerca de la producción intensiva de carnes exóticas como remedio para el déficit proteico del pueblo cubano transmutó y comenzó a circular despersonificada, tanto en soporte oral como audio/visual. O sea, para la mayoría de la gente resultó casi imposible evitar la sinécdoque y no extrapolar la ridiculización (también la indignación) del vocero de turno a toda la clase política, subsumiéndolos en frases genéricas, tales como: “esta gente”, “ellos”, “esos cabrones”, etc. Cuando el objeto de burla se impersonaliza o centra su mira en instituciones, estructuras o sub/sistemas, las formas discursivas jocosas abarcan un tercer círculo del blanco de tiro, por supuesto más disperso y heterogéneo, aunque con una mayor relevancia en términos de «disposición para la resistencia».

Chistes antes citados, como el de poner el viandero debajo del televisor a la hora del noticiero, la comparación con los hindúes por la sacralidad de la carne de res, o el acto de clausura del

“Período Especial” y los memes con motivo de los precios de los paquetes de datos móviles que ofrece la compañía (monopolio) estatal ETECSA, forman parte de esta zona de crítica humorística más distante y a veces abstracta, pero a la vez más transgresora. Pues, justamente, tales características favorecen su empleo frecuente en el (siempre incierto) espacio fronterizo. En este caso, la impersonalización del objeto de burla, junto con el origen anónimo del producto, funcionan como acicate y escudo para alburear, más allá del ámbito privado, con toda clase de temas.

La disidencia moderada encuentra en este tipo de bromas un medio idóneo para canalizar su necesidad de cuestionar y distribuir sus críticas en el permeable entorno del espacio público, a buen recaudo de los potenciales castigos y reprimendas del gobierno. A nivel intersubjetivo existe la percepción compartida de que los chistes impersonales son un poco más tolerados por la curia inquisitoria del Estado que las burlas a políticos puntuales, las cuales pueden acarrear inclusive penas de cárcel²⁷. La conjunción de estos factores permite que, en el cotilleo entre desconocidos, casualmente reunidos en una cola a las afueras de una tienda en Camagüey, emerjan confluencias humorísticas impensables para este el círculo intermedio: “Hoy yo vi carne de res en la tienda El Dandy, a \$8.55 CUC el kilogramo de cañada. Sólo que había que comprar la bola completa que pesa una pila de kilos”. Ante lo cual, una mujer y un hombre, que no andaban juntos, responden con un enfático tono sarcástico *al unísono*: “Ah, sí, claro. ¡Ese es el museo de la carne!”.

Cuando un ingenioso epíteto como este, harto extendido en el argot de los lugareños, irrumpe con naturalidad y a coro en el espacio fronterizo, no cabe dudas de que una mediana «disposición para la resistencia» está manifestándose hábilmente en atendibles actos de infrapolítica. Si, en cambio, las formas impersonales del choteo permanecen recluidas dentro de los confortables márgenes del ámbito privado, protegidas por lazos afectivos, estamos en presencia de una disidencia de tipo marginal, coherente con una baja «disposición para la resistencia». Un claro ejemplo es el uso burlón del slogan de la campaña proconstitucional «Yo voto sí», por parte de los jóvenes, para despedirse entre ellos durante los intercambios telefónicos o de mensajería instantánea, en reacción a la saturación mediática en favor del «Sí».

En cualquier caso, aunque quizás muchos bromistas no consideren que sus «dardos» tengan alguna utilidad o repercusión social, en la práctica, el fuego cruzado de la sátira política, no será

²⁷ En abril de 2021, por ejemplo, la policía cubana apresó y procesó penalmente al youtuber e influencer Yoandi Montiel Hernández, conocido como “El Gato de Cuba” y famoso por sus críticas humorísticas al gobierno y sus figuras principales, bajo el cargo de “agredir verbalmente al presidente” Miguel Díaz-Canel.

tan sobresaliente y espectacular como las más pirotécnicas explosiones de protesta pública, pero sí que contribuye, silenciosamente, a la actualización constante de las vértebras de los diversos grados de lealtad y de las culturas políticas en general: “Hace como dos primeros de Mayo se hizo viral un videíto: cogieron la grabación de un desfile, no sé de cuál, y pusieron una toma de ovejas así corriendo, y las pusieron en el desfile... ¡*True story!*”. En Cuba, una de las muestras más fehacientes de la capacidad subversiva de la hilaridad y de su influencia en la «disposición para la resistencia» de los subordinados podemos encontrarla en el teatro.

Por citar un ejemplo, en un espectáculo mixto de humor, música y baile, presenciado por este investigador en el teatro habanero Karl Marx (a plena capacidad: cinco mil personas), se pudo comprobar cómo las secciones humorísticas se robaban el show y acaparaban los aplausos y vítores más atronadores del público, por encima del resto de las manifestaciones artísticas. A su vez, dentro del repertorio de chistes, los más ovacionados fueron los que aludían a cuestiones sexuales y políticas (el morbo de coquetear con los tabúes). Entre estos últimos, no obstante, como dato elocuente, vale señalar que algunos fueron considerados por los asistentes como «subidos de tono»: “Esos se los dejan hacer aquí porque es el teatro. En la televisión no se lo permiten”. Uno de ellos fue un *sketch* donde había un jurado integrado por humoristas, supuestamente para evaluar el desempeño de las parejas de baile; y uno de los cómicos le dice al cabecilla del tribunal, en tono cómplice: “Aprovecha ahora que eres presidente y nadie puede cuestionarte lo que dices o haces” [carcajadas y murmullos superpuestos]. No faltaron las críticas a los problemas con la alimentación y al ya citado (sección anterior) trato preferencial a los turistas foráneos: “¿Ustedes son extranjeros o cubanos?” [refiriéndose al público]. “No, porque los veo hablando mucho del Barça y del Real Madrid... Pero, qué bueno saber que son cubanos. No se vayan a ganar un buen trato gratis”.

Con algunos rasgos propios de la arena pública (multitud de desconocidos reunidos para consumir productos artísticos a gran escala), parece más pertinente, empero, ubicar al teatro dentro de las márgenes de la zona fronteriza: vinculación fortuita, endeble y efímera de los participantes (excepto los que asisten en grupo, obviamente), bajo un marco regulativo de la interacción que los coloca en una función «pasiva» (espectadores), con el propósito de exponerse a discursos con un alcance y pretensiones comunicativas ciertamente mayores que los intercambios fronterizos más comunes; pero, al mismo tiempo, mucho menos influyentes que las acciones propias de la arena pública, debido a las limitaciones del aforo y a su reducida repercusión en los medios de masas. En este peculiar nodo de la zona intermedia, donde la autoridad está *en apariencia* más debilitada,

paradójicamente el albur profesional tolerado, a golpe de doble sentido y humor inteligente, saca a flote las aflicciones más acendradas y ocultas del pueblo cubano. “Reír por no llorar”.

5.2.3 “Radio Bemba”: rumores, “bolas”, bulos y chismes

El monopolio estatal de los medios de comunicación tradicionales (radio, televisión, prensa escrita, cine), el control del acceso a los medios digitales alternativos (vía restricción de la Internet), el déficit de noticias ideológica y periodísticamente plurales y, de plano, la desinformación más prehistórica, han abonado, durante décadas, un succulento caldo de cultivo, óptimo para el auge de formas populares de difusión y de re/creación de la realidad propensas a la distorsión, la tergiversación o la falsedad. Con el transcurso de los años el secretismo, el sesgo informativo y la progresiva decadencia de la credibilidad de los medios oficiales –ligada también al alza de las experiencias migratorias y más recientemente al mayor acceso a Internet– han dejado un cráter comunicacional en la sociedad cubana que normalmente es compensado con los turbios cauces del rumor, el chisme, el bulo, las habladurías.

“Se comenta...”, “Andan diciendo...”, “Me contaron de buena tinta...”, “Hay una bola por ahí...”, “¿Te enteraste...?”, etc., constituyen la antesala distintiva de estas variantes del discurso que conforman un imponente sistema de comunicación informal, archiconocido en Cuba como “Radio Bemba”²⁸. Sostenida sobre una primitiva pero sorprendentemente veloz y eficiente transmisión boca a boca, esta emisora ficticia es capaz no sólo de llenar los vacíos informativos oficiales con contenidos alternativos; sino, inclusive, de distribuir sustanciosos adelantos (con pelos y señales) de medidas y políticas gubernamentales aún ni siquiera anunciadas. Tal fue el caso, por ejemplo, del inicio de la comercialización minorista en dólares y del reordenamiento monetario (desaparición del CUC). Por supuesto, estas emisiones «radiofónicas» circulan por la calle, los hogares y los centros de trabajo sujetas, en gran medida, a los vaivenes deformadores de la hipérbole, la mutilación, las imposturas y las interpretaciones erróneas.

Por eso también estoy en la UJC y todo eso, porque *me han dicho* que eso de alguna manera te da algún tipo de..., sí, de beneficio, respecto a otras personas. Si tú tienes la misma calificación que yo, y yo tengo el carné de la UJC, tengo más derecho que tú a una especialidad o una plaza de

²⁸ No está claro el origen de este epíteto. Algunos creen que se desprende del refrán “Al lechero no lo mataron por echarle agua a la leche, sino por bembón (chismoso)”. Además de la acepción de “persona con labios gruesos y pronunciados”, en Cuba algunas personas suelen utilizar bembón como sinónimo de bocazas, lengüilargo o gárrulo.

trabajo, cosas así. Eso *se cuenta* ahí [en la escuela]. Todo el mundo lo dice. [Estudiante de Medicina, 22 años, militante de la UJC]

El *rumor* es un relato verosímil sobre asuntos serios y de interés general, cuya autenticidad total no se puede comprobar; pero se suele dar por sentada o al menos se considera plausible. Y a veces, aunque se sospeche de su veracidad, termina difundiéndose debido a cierto sentido del deber de compartir información alternativa (por si acaso resulta ser cierto), o simplemente de manera mecánica: “Por problemas político-ideológicos te pueden incluso expulsar de la Universidad. No lo he visto, pero... Sinceramente, no he escuchado que hayan expulsado a nadie; pero hay personas a las que les han llamado la atención, cuestionado, los reúnen, algo así”. A diferencia de la queja y similar a cierto tipo de choteo, esta forma del discurso casi siempre se exime de responsabilidades personales y se parapeta tras el muro de la otredad anónima: “Ahora se han abierto las redes sociales. Yo no recibí ninguna notificación, pero en el trabajo sí me comentaron muchas personas que cuando las votaciones, había mucha incitación a «Vota No» y vota no sé qué más...”

Mientras mayor es la laguna de información sobre una temática específica, más distantes suenan los rumores, cuya fuente original, por lo común, se diluye ya sea tras la impersonalidad de las oraciones pasivas reflejas: “Yo no los he escuchado, pero todo el mundo sabe quiénes son los opositores. Y *se habla* que muchas de las cosas que ellos dicen sí son verdad: el trabajo que uno pasa aquí, etc.”; o, de plano, tras el autorreconocimiento sincero del origen inextricable y nebuloso de la información, así como de los problemas de credibilidad innatos a estas formas del discurso:

El mal llamado bloqueo es un negocio que, por lo que he visto y escuchado, les conviene a los de allá [EE.UU.] y a los de aquí. Hay mucha gente que vive de ese negocio. Yo lo digo: “Los que ponen carteles por 20 CUC, esos no van a cambiar nada”. (...) Ese tipo de acción la veo más como un negocio. Los de allá dicen que están formando una oposición aquí, mandan dinero, acá se lo reparten como creen y... Es decir, esto es suposición mía, un pensamiento, no es información. No es conocimiento, porque ya te digo: no le veo lógica a los carteles. Lo de los 20 CUC lo he escuchado, chismes de pasillo o de calle que uno oye. [Ingeniero, 34 años, exmilitante del Partido]

Como bien demuestra el cenagoso tema de la oposición en Cuba, “las bolas”, como también se les conoce popularmente a los rumores, devienen poderosas armas de doble filo, al servicio de intereses muy diversos. Por un lado, frente a los agujeros negros informativos del oficialismo, cumplen una importante función intersubjetiva de resiliencia, resistencia y difusión social de lo omitido-ocultado. Pero, por el otro, también suelen ser utilizadas por estrategias del gobierno con

el fin de plantar simientes políticas e ideológicas de su conveniencia (estados de opinión falsos, parcialmente ciertos o muy distorsionados), para que luego germinen y polinicen, «naturalmente», a lo largo y ancho de las sinuosas riberas del imaginario subordinado, bajo la legitimidad aparente de lo «no-oficial», como fruto «espontáneo» de la labranza social²⁹. Aunque constantemente denunciada por los grupos opositores, esta es una técnica de dominación que, a juicio de este investigador, le ha granjeado cuantiosos dividendos al gobierno socialista, en materia de desacreditación-subestimación de las fuerzas disidentes.

Cuando la información lanzada a los retículos etéreos de “Radio Bemba” es apócrifa (como muchas de las calumnias sobre los opositores), estamos en presencia de un *bulo*, un macabro portador de aseveraciones falsas que, por lo general, contraen perjuicios para quienes los toman al pie de la letra: “Cuando era niña, mis padres quemaron un cuadro grande de San Lázaro que tenían en el comedor, porque *se oyó* un rumor de que no dejaban entrar a la Lenin [preuniversitario] a los religiosos, y eso me podía afectar”. Aunque la toxicidad de este tipo de rumor es muy variable, podemos afirmar que la nocividad de las acciones que suelen desencadenar está directamente correlacionada con el nivel de ingenuidad, credulidad y desesperación de quienes se los apropian: “La gente se ha vuelto loca sacando visa y pasaje para Nicaragua, porque muchos familiares en Estados Unidos *andan diciendo* que van a abrir la frontera [con México] tres meses. Pero yo no me puedo arriesgar así, por una «bola»”.

“¿Te enteraste de lo que pasó en Guantánamo? ¡Niño! ¡Tremenda historia! A mí me llegó el chisme por dos fuentes diferentes. Lo primero que supe fue por el hijo de una de mis compañeras de trabajo, que el fin de semana iba para La Habana con su tío, a esperar al padre que venía de EE.UU. Bueno, cuando llegó allá, él llamó a su mamá y le dijo que en la carretera central había un desfile de policías que iban para Oriente, porque se había corrido la bola de que Trump iba a abrir la base naval de Guantánamo para todos los cubanos que quisieran cruzar la frontera. ¡Imagínate tú! Dicen que un montón de gente se creyó el cuento y se lanzaron para Guantánamo. La historia me la confirmó un amigo mío que es chofer de un taxi, y siempre anda rentado con extranjeros. Me lo encontré el lunes y me contó que el domingo [24 de febrero] él estaba en Baracoa alquilado y, cuando venía de regreso, en la carretera entre Baracoa y Guantánamo estuvo dos horas atorado ahí, porque la policía tenía el tráfico detenido y estaba interrogando a todo el mundo, por el lío ese de la base naval. Mientras esperaba a que lo interrogaran, se enteró de que, a pesar del tremendo

²⁹ Recordemos la advertencia de Goldfarb (2006) de que la política de las pequeñas cosas está abierta también para quienes defienden el *statu quo*.

despliegue policial que había en los alrededores de Caimanera [municipio limítrofe con la base naval], dos camiones de personas lograron burlar los controles y llegar hasta la frontera con la base; pero, por supuesto, el rumor era sólo eso y no lograron pasar.” [Contadora, unos 50 años]

La cita anterior resulta un original y llamativo producto de “Radio Bemba”: un *chisme* sobre las consecuencias (nocivas) de un bulo (rumor tóxico), y nos da pie para no cerrar esta sección sin mencionar las características de esta particular forma del discurso subordinado. En contraste con el rumor, el chisme, con frecuencia, da a conocer noticias banales o aparentemente sin importancia, con un tono casual (a veces desaprobatorio) y un «sello de garantía» testimonial. Es decir, por lo general, el chismoso da fe de haber presenciado o visto el suceso comentado. O, cuando menos, garantiza ser un eslabón muy próximo al origen de la cadena de transmisión; con lo cual se da por sobreentendida la autenticidad de la información: “¿Viste las fotos de la súper-cena privada de Díaz-Canel en casa de un amigote? Pues yo sí las vi. ¡Tres botellas de vino sobre la mesa! Igualito que todos los cubanos [en tono irónico]”. A falta de paparazzis, prensa amarillista y transparencia política, en Cuba los chismes sobre la vida privada de la elite política vienen a satisfacer una demanda largamente acumulada, por lo común cargados con la pólvora de la admonición.

Me dijo mi sobrina que vio en Facebook fotos de la superboda del hijastro de Díaz-Canel, que los padrinos eran vietnamitas y le costearon una boda a toda leche. Y que la primera dama traía una cartera de no sé qué marca que cuesta ¡como 2 mil dólares! Y el presidente un Rolex que cuesta otro tanto. [Ama de casa, 62 años]

5.2.4: Diatribas: el puerto de las brumas

Quizás producto de la tropicalización socialista de la herencia cultural española (sometida a la hostilidad ambiental de un verano ardoroso que dura casi todo el año y al estrés social de la carestía perpetua), la costumbre de maldecir, vituperar, imprecar, etc., se ha exacerbado y normalizado hasta límites llamativos en muchos hogares y barrios cubanos. Sin dudas, la degradación moral y la pérdida de valores cívicos (sección 5.1.2.5) también guardan relación con este fenómeno. Por supuesto, la microconstrucción de las relaciones de gobernabilidad no escapa a estos despectivos modos de producción oral de la realidad social. Por el contrario, en su vida cotidiana, una gran cantidad de dominados están en contacto permanente con formas discursivas de índole política groseras, ofensivas, agraviantes..., ya sea como emisores o como espectadores.

Sobre todo en el ámbito privado, y en menor medida en la zona fronteriza, es habitual encontrar todo un jardín botánico de improperios florecido a más no poder, poblado de especímenes de todos los colores y aspectos enunciativos. Como es de esperar, las «ráfagas florales», por lo común, soplan en una misma dirección contestaria, formando cenicientos remolinos de oculto desafío a la autoridad, fruto de las más disímiles génesis situacionales: “Tú puedes estar seguro de que el hijo de puta que inventó la gracia de comer avestruz es el que más carne de vaca come”; “¡Hasta el azúcar que nos dan estos hijos de puta es mala! Una azúcar más vieja que yo”; “Estos cabrones de mierda nos tienen viviendo una vida de perros”; “[Los dirigentes] Son tronco de descarados. ¿Tú crees que ellos no ven la miseria que sufre este pueblo? Están en sus vidas y su historia, en su mundo y su comodidad. Y el pueblo pasa mucho trabajo, mucha necesidad”.

Cuando se trata de despotricar del gobierno y los políticos, en muchos hogares cubanos siempre parece «primavera» y, entre el vendaval de «flores», no es extraño registrar imprecaciones rebosantes de desafiliación total y una «disposición para la resistencia» que, al menos a nivel discursivo, coquetea con la máxima desobediencia: “¡Ese Tapia [primer secretario del Partido en Camagüey] es un puerco! Yo lo elevara bien lejos para que cayera en casa de yuca, donde nunca más lo viéramos. Es un grosero. ¡Las cosas que dice!”; “El hijo de puta [Fidel Castro] ni muerto deja de molestarnos. Debieron enterrarlo no debajo de cualquier piedra, sino de la Gran Piedra³⁰. Nunca debió haber nacido. Nos desgració la vida”; “Tienen que morirse todos. Tiene que caer una bomba en cada casa donde radiquen esos dirigentes, para acabar de extinguirlos ya”.

Nunca he ido a una rendición de cuentas del delegado, una reunión del CDR ni nada de eso. ¡¿Para qué?! Si hablando no se resuelve nada. Todavía hay afectados de huracanes pasados esperando a que les repartan las tejas. Y el delegado no ha hecho nada. ¿Qué voy a decir? ¿Le voy a escribir una carta al presidente? ¿Para que se limpie el culo con ella? [Exprofesora, “bolitera”, 35 años]

En contraste con los lamentos, por ejemplo, las diatribas son vehículos discursivos que, al transcribirlos y sacarlos de contexto, no se malogra demasiado su carga expresiva (y explosiva). Claro que merma su plenitud semiótica, nada tan impresionante como atestiguar en primera fila las vibrantes *pirouettes* de un dicitario atronador. No obstante, el mensaje textual del sentimiento de indignación encapsulado en un latigazo injurioso se recibe alto, claro... y feo, con independencia del estanco de la lealtad de donde provenga o al cual vaya dirigido. Ya sea una autocrítica plena

³⁰ Famosa localidad de Santiago de Cuba

de adhesión: “Ahí en ese mercadito donde yo compro he visto a compañeros míos, militantes del Partido –perdóname la expresión– hablando mierda. ¡Militantes! Ese no es el lugar, chico. El lugar es el núcleo del Partido”. O un ataque de un extremo al otro de la afiliación ideológica, transnacional y ahistórico:

Hubo algo que me marcó: la voladura del avión de Cubana en Barbados en 1976. Un millón de gente despidiendo a esos muertos. Y ¿por qué? Porque a los americanos les salió de sus cojones hacerlo. Y después dicen: “¿Los maté y qué?”. Tú sabes que lo dijeron así, Posada Carriles, Hernán Ricardo... ¿Qué les hicieron a esos que estaban viviendo allá? ¿Algún día los metieron presos? (...) Ahora están jodiendo con que va el Artículo Tres ese de la Ley Helms Burton. Están metiendo que otros países no pueden invertir, un ejemplo, en el Habana Libre ¿Por qué? Si eso no es tuyo, a ti se te pagó ya. Ah, no quisiste cogerlo porque pensabas que a los tres meses se caía esto. ¡Jódete, cágate en tu madre! Esto no se va a caer nunca, aunque cambie de presidente. [Custodio, 62 años]

Y como mismo estas emanaciones volcánicas ayudan a sus emisores (y a una parte de sus interlocutores) a descompresionar sus crispadas entrañas culturales; su procesamiento sociológico, pretensiosamente frío y mesurado, debiera surtir el efecto contrario: aumentar la presión sobre el diseño metodológico y el modelo de análisis para no subestimar las invectivas (por deslucidas), e interpretarlas en su justa medida. A mitad de una espesa noche de miedo a la represión, las formas obscenas del discurso insubordinado devienen «cristales» pequeños, pero refulgentes, de una necesidad imperiosa de protestar y alzar la voz acallada de los desvalidos. Resultan los frutos fusiformes de un enorme banco de «niebla» suspendido por sobre y entre las relaciones de dominación-subordinación-resistencia políticas, visible únicamente en esa zona privada de la vida cotidiana donde el poder ubicuo del Estado posttotalitario agoniza. Cual gotículas de ira congeladas justo antes de un nuevo amanecer, las diatribas díscolas podrían ser el indicio de una cencellada mayor, si la sociedad alcanza el «punto de rocío» adecuado.

El comunismo fue concebido por grandes filósofos alemanes, antecesores de Engels y Marx, no recuerdo los nombres. Y a Marx se le reventó el cerebro, murió de muerte súbita después que escribió *El Capital* y creyó en el comunismo. Y Lenin no estuvo en el poder más de cinco años, por enfermedad, porque una bala se le había alojado en el cerebro y murió. O sea, dime, ¿quién ha visto el comunismo? Eso es como decir quién ha visto a Dios. ¿Alguien ha visto a Dios, a Jesús, a la virgen María, a la Caridad del Cobre? ¿Alguien ha conocido a esa familia? Entonces, ¡el comunismo es lo mismo, es un fantasma! [Repasadora particular, 60 años, exmilitante del Partido]

Como hemos visto a lo largo de todo el capítulo, y en particular en esta sección, abrir momentáneamente la «caja negra» de la subordinación tiene, en parte, implicaciones similares a destapar la tinaja de Pandora, pero a la inversa: en lugar de dejar escapar todos esos imprevistos, y a veces indeseados, intrínquilos culturales que, ensamblados, conforman el microengranaje de la gran maquinaria llamada gobernabilidad; aquí se trata justamente de lo contrario. La tarea es intentar aprehender la mayor cantidad posible de esas piezas de relojería (al menos las más relevantes), dimensionarlas correctamente y meterlas a un «cofre» analítico coherente y plausible, para complejizar (y de paso desreificar) una estabilidad agregada aparentemente homogénea e inmutable. Aquí la curiosidad permite a la esperanza escabullirse.

5.2.5 Cabalgaduras asertivas: los convoyes de la des/afiliación

Aunque ya hemos diagramado en otro lugar (sección 5.1.1.5) los contenidos, direcciones e intensidades de los flujos de la des/afiliación, es importante introducir, en el presente epígrafe, algunas anotaciones sobre una singular forma discursiva que da soporte y sociabilidad a tales creencias colectivas. Hay muchos modos de manifestar (la falta de) sentido de pertenencia al proyecto político de mancomunidad nacional. Las diatribas repasadas en el apartado precedente son uno de ellos. También algunos tipos de queja: recordemos los lamentos más viscerales y las autocríticas expresadas desde una muy leal primera persona del plural. Inclusive, algunos rumores tóxicos, como los relacionados con cuestiones migratorias, traen a horcajadas sobre los deformados lomos de sus historias el germen de la desafección total; al igual que las expectativas ambivalentes. Sin embargo, nos referiremos aquí a un tipo de cabalgadura que, tanto si está movida por la fuerza centrífuga de la desafiliación como por la fuerza centrípeta de la afiliación, trasiega su carga discursiva con un mismo atalaje: la asertividad.

En materia de des/identificación con el régimen socialista, su desempeño político y sus principales artífices, los discursos asertivos son aquellos que adoptan la forma de una declaración sincera, directa, insumisa, firme; desprovista de la autocompasión del lamento, el sentido laxo o doble del choteo, la pusilanimidad del rumor y la agresividad de las diatribas. Aunque con la inconformidad crítica de la queja implícita, en el caso de los planteamientos que expresan desafiliación: “Esto es criminal; no hay quien lo aguante. Con todo y la edad que tengo [67 años],

si me ofrecen trabajo en EE.UU., me voy para allá a echar para adelante³¹”; “Y yo no me quiero quedar aquí para ver el hundimiento total del Titanic. Yo me voy para España y me voy a esconder en un latón de basura al lado del edificio de mi hijo”. Expresada así, la renuencia a tomar parte en el amasijo de relaciones de poder en Cuba muestra dos de los pilares básicos de la asertividad: la autoafirmación y la capacidad de disentir. La primera vinculada a la autoestima, la autoconfianza y la defensa de los derechos. La segunda concerniente al ejercicio del criterio y la expresión libre de las percepciones negativas, el descontento y el desacuerdo³².

Le dije a la [presidenta] del CDR que anotara ahí que yo no quería que me citaran más. De hecho, yo no participo. Y me dijeron: “Es tu derecho”. Claro que estoy en todo mi derecho. A mí me involucraron al salir de la Juventud para el Partido, así como mareada, y fui 20 años militante del Partido. Pero ahora no quiero ser ni pionera. Ya no estoy de acuerdo con esto, con seguir defendiendo algo que veo que está tan torcido. Esa es mi conclusión: no estoy a favor. Si ya te dije que voté “No” por la Constitución. ¿No te es suficiente eso? [Repasadora particular, 60 años, exmilitante del Partido]

En cambio, en el terreno de la des/afiliación, cuando la autoafirmación concurre con la exposición *franca* (no simulada) de juicios favorables, agrado y percepciones positivas, da lugar a discursos, también asertivos, pero de simpatía política, asimilación, fidelidad, orgullo, identificación con los valores de la cubanía (como identidad) e interés por el bien común de la nación: “Desde chiquito me enseñaron que había que cumplir. Si yo voy a hacer las cosas, las hago bien y porque quiero hacerlas. Siempre fui a los Primero de Mayo y he hecho todo, porque he querido, no porque fuera militante”; “Siempre he tenido la misma firmeza y fidelidad al proceso revolucionario, sin permitir retrocesos ni procesos vengativos, ni que intervenga el gobierno de Estados Unidos en nuestra isla, en nuestros pueblos y trate de cogerse lo que no les corresponde”.

Antes que arremeter contra otro subordinado, un dirigente, un enemigo, una medida específica o el sistema en general, la aserción tiene el propósito de *afirmar*, con claridad y contundencia, una postura personal-colectiva relativa al sentimiento de des/apego, el compromiso y la disposición a involucrarse en la modelación de la nave-isla que navegará con 11 millones de cubanos a bordo durante los próximos años. Tanto si la aseveración está formulada desde una convicción «*inside*»:

³¹ Cubano con ciudadanía española, mecánico de motos jubilado.

³² Como se deduce de lo advertido en la sección 5.1.1.5, seguramente también encontraríamos la combinación asertiva de la autoafirmación con el disenso en los discursos de afiliación propios de la disidencia frontal, que pugna por un cambio de régimen político.

“En cualquier puesto que he estado siempre he querido ser parte, que [mi presencia] cuente, que marque. Si voy a hacer algo quiero hacerlo bien. Y sí creo en las organizaciones de masas, en las estudiantiles, en las organizaciones políticas”; como si responde a una perspectiva «*outside*»: “En cuanto se me dé la oportunidad de poder irme y mejorar mi vida, lo hago, sin pensarlo. Aquí no veo ninguna posibilidad de progresar. Cuando ven que estás mejorando mucho, te aprietan la soga; aquí nunca vas a prosperar”; el discurso se construye sobre los arneses acérrimos de la determinación, la actitud resoluta, plasmadas en verbos de acción, de voluntad e influencia.

No sé a dónde ni cómo; pero yo sí pienso irme. Ahora apenas venga mi hermano, le voy a decir: “No sé lo que tú vas a hacer, pero tú a mí me sacas de este país”. Yo no quiero pasar mi vejez aquí. Lo que me queda de vida, ahora que estoy un poquito fuerte, lo voy a pasar allá, para trabajar bastante, de lo que sea. [Revendedora particular, 31 años]

Aunque opuestos en su dirección, y en contraste con el entorno político autoritario y paternalista, ambos vectores actitudinales comparten la creencia en la legitimidad de evaluar a la autoridad y las normas, discrepar, pedir explicaciones y respeto para las opiniones críticas. También comparten la estrategia comunicativa de, más allá del desahogo de un sentimiento de satisfacción o enojo, proponer(se) metas inequívocas e inapelables: “Esto es un proceso y los procesos llevan su tiempo. Solamente lleva un año de mandato y ya le estamos exigiendo muchas cosas. Yo le tengo confianza. Y soy de las que le gusta apoyar, criticando por supuesto, críticas constructivas”; “No quiero tener que ver nada con la política de este país, porque veo que aquí no hay fruto ninguno. No quiero participar en nada. No vale la pena. Al final todo sigue igual”.

Por lo común, los asertos sacados de contexto en esta sección van acompañados de glosas, demostraciones, justificaciones, etc., más o menos enjundiosas, acerca de la necesidad y la pertinencia de cultivar tales sentimientos de des/afiliación. Cuando eso sucede, y al ajuar de guarniciones, arreos y jaeces del discurso aquí reseñado se le añaden, de modo concreto y «objetivo», las motivaciones para sustentar una determinada postura de des/apego a la nación, las cabalgaduras asertivas alcanzan niveles máximos de afirmación política:

Te voy a decir por qué no me quedé en Perú. Mira, aquí en Cuba yo vivo humildemente, pero tengo una hija que es médico. Yo trabajé como profesional. Tengo un carrito viejo que tiene muchos años, pero me lleva y me trae, voy al hospital. A mi esposa le han hecho varias operaciones y, a pesar de todo, nos atienden muy bien. Me siento bien en el país. Además, los viejos debemos

tener cuidado, porque donde mejor estamos es en el país de uno y en la casa de uno. Y sí tenemos dificultades. Pero me siento a gusto aquí y viajo y regreso. [Jubilado, 82 años, militante del PCC]

5.2.6 Alabanza y lasitud: equivalencia funcional

En las inmediaciones de aquellas cabalgaduras asertivas que cargan los fardos de la afiliación leal al régimen y componen la recua de la asimilación, es muy común y nada sorprendente encontrar distintas clases de elogio. Una modalidad discursiva que, a vuelta de rueda, porta las señales más resplandecientes de la conformidad y la complacencia. Sin dudas, entre las parvas formas discursivas que viajan en contradirección por las estradas de la intersubjetividad subordinada –remontando la avalancha de inconformidad, cuestionamientos y deslegitimación–, la alabanza a los políticos, sus acciones y al gobierno en general, constituye el instrumento más visible y excelso de la legitimación de la dominación (y, por ende, muestra fehaciente de la internalización consolidada del estatus subordinado). Una herramienta que transforma la pasividad de la aprobación subjetivada en apoyo activo objetivado, por obra y gracia de la fuerza simbólica del cumplido socializado.

En algunos rasgos (simpatía, agrado, afecto) obviamente emparentada con el discurso asertivo fraguado al calor de la afiliación asimilada, a diferencia de aquel, el halago a cualquiera de los embragues de la dominación implica un reemplazo del sujeto de la afirmación (algo así como un cambio de conductor del vehículo discursivo). En lugar de proclamar una toma de postura personal-colectiva (respecto al sentido de pertenencia, en el caso de la afiliación), el elogio es un discurso laudatorio sobre la acción que desarrolla un ente externo al relator. Puede ser una persona: “Díaz-Canel ha insistido muchísimo en combatir las ilegalidades. Eso él lo tiene ahí perenne. El tema del combustible lo está atacando constantemente. Y que lo ministros se tienen que meter abajo, los ministros tienen que ir a la base”. Una medida puntual: “El referéndum constitucional es un esfuerzo del país, de las organizaciones del Estado, para salvar las conquistas de la Revolución y mejorar las cosas en que tenemos dificultades, con el fin de que Cuba, por su esfuerzo, pueda seguir adelante”. O el orden sociopolítico en general: “El gobierno está haciendo infinidad de cosas que no tiene por qué hacerlas. Sí debe seguir cargando con la salud, la educación, con vialidad y tránsito... Aquí, por ejemplo, no se vive mal, en cuanto a términos de seguridad, tranquilidad”.

Por supuesto, como buen elogio, este desplazamiento en el foco de atención del enunciante normalmente va acompañado de un rosario de loas, cuyas cuentas pueden ensartarse en infinitas configuraciones. Un estilo clásico y bastante manido es el halago autocrítico, presuntamente comedido, equilibrado y neutral que, anticipándose a posibles réplicas, siempre antepone a la alabanza algún matiz, parche o autorreproche: “Cuba no es perfecta, para nada. Los cubanos no somos perfectos, pero somos solidarios. ¿Es así o no es así? Tenemos en todos los países del mundo un obrero, un médico, un técnico... ¡En todos los países del mundo!”; “Puede haber errores humanos, es una lucha de seres humanos; pero la obra es inmensa. Inmensa en el sentido humano, porque la solidaridad está ligada a lo humano. Ese es el gran pueblo aquí”.

Asimismo, al igual que vimos con la queja, un recurso de presentación de la alabanza es el contraste translocal o temporal: “Al principio, Cuba estaba aislada y el más poderoso del mundo queriendo liquidarla. Eso no hay cómo explicarlo. Es difícil, porque, aquello era un país tan pequeño, solo frente a una muralla. Llegar hasta aquí ha sido extraordinario”. En ocasiones, ambos contrastes pueden incluso aparecer concatenados: “Antes había discriminación con los homosexuales y mira cómo está esto. La gente se va acostumbrando y ya no hay discriminación con nadie. Las mujeres trabajan. Uno de los países que tiene más índice de mujeres trabajando es Cuba”. Claro, a contrapelo de lo que vimos con la queja, aquí la comparación busca realzar el cumplido, mediante una especie de apalancamiento referencial.

No obstante, como bien evidencian la mayoría de estas ilustraciones, los parches autocríticos y parangones suelen utilizarse escoltados por recursos expresivos de otro calado: la grandilocuencia, la rimbombancia, la hipérbole... Cuando las exaltaciones suben de tono, hace su entrada triunfal al baile el encomio, que no es más que una alabanza exacerbada: “En la primera entrevista que Díaz-Canel le dio a *Telesur* dijo que leía mucho *Cubadebate*, y no tanto las noticias, sino el debate, los comentarios de la gente. Es lo primero que hace cuando despierta. Eso es muy importante”. A veces tan exacerbada que imbrica a varias figuras y niveles de la dominación en un mismo bucle encomiástico, difícil de destrenzar: “Este hombre Díaz-Canel va muy bien. La dirección del Partido y el Gobierno anterior, Fidel y Raúl, supieron elegir. Él está metido en la base del pueblo, tú sabes que él va caminando por todos lados, está visitando las provincias”. Pero todavía hay un siguiente nivel más allá del encomio, la apología:

Fidel murió el 25 de noviembre a las 10:20 de la noche. Fíjate si la vida y la naturaleza son así, que Fidel salió ese día de Tuxpan [México] para Cuba. Qué coincidencia. Fidel no está muerto,

está viajando al futuro. De México para Cuba. Y de Cuba para el mundo, para el futuro. A lo mejor existe un Dios y le dijo: “Usted es el hombre”. Te lo digo yo: Fidel es el Jesucristo de esta era. El que luchó por los pobres del mundo. Adondequiera que a Fidel le decían: “Me hace falta esto”. “Ahí está”. Mandaba a su gente, a su cubano. ¿Jesucristo no repartía el pan y todo eso? Yo he leído la biblia, aunque no soy religioso. Fidel es el Jesucristo del tercer milenio. [Custodio, 62 años]

Como el lamento, la apología es de esas formas del discurso que, para captar plenamente su fastuosidad sígnica, hay que ser testigo directo de la puesta en escena y prestar mucha atención a los elementos accesorios del montaje, como el lenguaje corporal y las sutilezas vocales, los cuales más que complementar constituyen una parte medular del enunciado. Sólo así se puede dar fe precisa de la manera en extremo natural y fluida con que el discurso alabador pierde el rumbo y abandona los caminos de la lógica, de la mano de la vehemencia y el enardecimiento apologético.

Ahora bien, entre los polos opuestos de la adhesión y la desafección, presuntamente a mitad de camino, se sitúan (de modo autorreferencial) los discursos de la indiferencia y la resignación; dos núcleos de valores «despolitizados», partidarios de la ausencia de lealtad, la nula identificación con las pretensiones dominantes o disidentes. Sin embargo, como ya sabemos, esta supuesta «neutralidad» política termina arrojando sus brasas al extremo dominante de la red de relaciones de poder. En la práctica funciona como adhesión involuntaria. No sólo por ausencia de oposición (“el que calla otorga”) o, en su defecto, de apoyo informado a la disidencia; sino, como evidencian las formas discursivas aquí esbozadas, por: 1) Pavimentarles la vía a los feligreses del Estado socialista con su inopia política y 2) A menudo secundarlos en sus peregrinaciones y ceremonias litúrgicas con pasmosa e ignara mansedumbre.

A efectos de los intereses del presente epígrafe, y con base en esa doble funcionalidad, conviene dividir los discursos indiferentes y resignados en dos modalidades: lasitud negacionista y lasitud colaborativa. La primera, como su nombre lo anticipa, es una forma discursiva caracterizada por la repulsa reiterada y monocromática: “Yo *no soy* amante de la política. Yo *no veo* ni la «Mesa Redonda», ni nada de eso, porque yo leo muchos libros de Medicina. *No tengo* tiempo para eso” [militante de la UJC]; “*No he leído* nada del proyecto de la constitución. Es más, *ni siquiera sé* lo que es la constitución, vaya, ¿para qué te voy a mentir? Te estoy hablando claro [entre risas], porque yo *no leo* ni periódicos ni nada...” [familia comunista]. Resulta curioso que en esta estrategia de presentación del «Yo apolítico» la autodefinición se erija sobre una especie de anti-

identidad política, conformada principalmente por oposición (lo que no soy), antes que por la delimitación de rasgos propios.

Anclada en las antípodas de la asertividad, en esta variante del discurso rara vez la grisura de la negación permanente ve interrumpida su invariable lobreguez por el asomo de alguna afirmación que, en caso de escabullirse, probablemente venga a ratificar el servicio involuntario de la lasitud negacionista al proyecto dominante: “*No sé* qué me parecen las elecciones. *No pienso* nada respecto al monopartidismo. Como sea da igual. Si para los comunistas eso está bien, pues que esté bien. Eso a mí *no me importa*”. Aquí la desinformación y la desidia políticas, más que despejarles a los poderosos las avenidas de la intersubjetividad de obstáculos (conflictos concretos), les abona el terreno para la proliferación de la pasividad y la tolerancia «elástica», dos fermentos básicos para la reducción de la *conflictividad*. En otras palabras, fomentan condiciones culturales adversas para el desarrollo de potenciales conflictos, pues desfavorecen los flujos discursivos de la resistencia. Y, para rematar, estimulan hasta niveles aberrantes ciertas experiencias de «asimilación ingenua»:

Yo soy práctico. Lo que necesito es que la vida sea más fácil. Si me la van a solucionar tres partidos, bienvenidos sean. Si me la va a solucionar uno solo, bienvenido sea. A mí el tema de la política, a pesar de que pasé por la UJC y el Partido, nunca entendí de qué forma... Con el tiempo me di cuenta de que estaba en la Juventud, y luego en el Partido, pero que *no estaba* por la política. Estaba por..., no sé..., va a sonar hasta medio loco; pero estaba porque cuando entré eso era un mérito, una condición que te habías ganado por ser muy bueno. Te daba prestigio. Mucha gente lo usaba casi como carta de presentación: “Soy militante de la Juventud” o “Soy militante del Partido”. [Ingeniero, 34 años, exmilitante del Partido]

Cuando la indiferencia o la resignación abandonan su pretensión de «mantenerse al margen» (por desinterés o renunciamiento) y traspasan, casi que por accidente, el umbral de la pasividad «agnóstica» en dirección a la cooperación irreflexiva, podemos hablar de una lasitud colaborativa, nítidamente inteligible en dos vertientes de la apatía: 1) En el discurso resignado (también negacionista) de los «apáticos introvertidos» que, aunque callan (y otorgan) prestan su cuerpo mudo a los convites de la dominación: “Yo *no hago ningún* planteamiento en las reuniones del CDR, porque considero que todo va a estar igual y es una pérdida de tiempo estar planteando lo mismo. Quizás en otros tiempos sí planteé algo y como *no pasó nada...*”. Y 2) En el discurso festinado de los «apáticos voluntariosos», devenidos cándidos peones de los intereses dominantes:

“Siempre voy a las elecciones de delegados y de diputados y voto por cualquiera, el primero que vea. Ya, le pongo una cruz y listo, tumbando, tira para allá, a quien sea”.

Como se advierte, la utilidad al sistema de la lasitud negacionista se pudiera catalogar como indirecta. Mientras que la lasitud colaborativa transporta mucho más que granitos de arena hacia la cantera de la adhesión. En los discursos de esta última se detecta, inclusive, una convergencia funcional con la «asimilación incauta», que no se ajusta a la naturaleza oportunista de la simulación porque es ajena a las conveniencias estratégicas de la “doble moral”; y tampoco a la fidelidad de la adhesión parcial y plena, debido la ausencia de convicciones leales; pero que, en definitiva, es particularmente útil a la causa del gobierno socialista. Y aunque la funcionalidad de estas cartas discursivas de la adhesión involuntaria pase desapercibida frente a los ojos de sus portadores, no son pocos los subordinados desafectos que reparan en el efecto indeseado de la tan cacareada apatía política: “Mucha gente te dice: «Ay no, señora, yo estoy para sobrevivir, para comer y ya. No puedo coger lucha». Por esa indulgencia es que estamos como estamos, nos han pasado por arriba y nos han vendido gato por liebre”.

5.3 Espacios discursivos típicos: Variación situacional

Una vez repasados los más relevantes contenidos de los flujos culturales de la subordinación-resistencia, así como algunas de las más socorridas formas vehiculares sobre las que circulan dichos contenidos por los recovecos de la intersubjetividad, estamos en condiciones de esbozar un croquis con los principales espacios discursivos donde los ciudadanos, en su vida cotidiana, mercadean convicciones, representaciones, expectativas... Por lo general, estos productos culturales se negocian en surtidos variopintos, cuya composición, textura, transparencia y grado de elaboración fluctúa –a veces de modo sutil, otras de modo ríspido– en función de la lógica situacional de cada uno de estos espacios discursivos.

Como se anunció en el epígrafe 4.1.1 del capítulo previo, y partiendo de la delimitación de nuestras unidades de observación (epígrafe 3.6.1), hemos identificado, al menos, cinco tipos de ágoras cotidianas con características, códigos y dinámicas muy propios y contrastantes entre sí. La tipificación y cotejo de estos espacios de socialización e interinfluencias tributa directamente, por un lado, al necesario desmenuzamiento inductivo del apriorístico *continuum* privado-público; y, por el otro, al empeño de validar el potencial explicativo de la descripción densa. Al subrayar con mayor énfasis y profundidad que hasta ahora la centralidad del contexto de la interacción para

interpretar correctamente los significados de los enunciados y, al mismo tiempo, revalorizar lo «no-dicho», el análisis de la variación situacional de los discursos tiene mucho que decir acerca de la microconstrucción social de la gobernabilidad en la Cuba actual.

5.3.1 Colas y esperas en «territorio de nadie»

Siguiendo los tres criterios definitorios utilizados en el ya citado epígrafe 3.6.1 del capítulo metodológico, podemos afirmar que, entre todos los espacios aquí cartografiados, este es el que se ubica en el confín más público de la zona intermedia o fronteriza. Por dos razones fundamentales: 1) Por lo común, involucra a perfectos desconocidos que, por azar, coinciden en tiempo y lugar y entablan conversaciones cordiales porque así lo propicia la situación. Y 2) En contraste con otras temáticas, cuando las relaciones de poder asoman su peliaguda testa en las pláticas, los actos de habla se tornan visiblemente más opacos, cautelosos y en extremo calculadores. Las salas de espera de las oficinas de trámites, terminales de ómnibus y trenes, hospitales, etc. y, por excelencia, los alrededores de las tiendas y comercios donde se expenden alimentos y productos de aseo (tórrido seno de interminables colas), resultan algunos de los proscenios típicos donde el cotilleo entre desconocidos, alejados del confort de sus trincheras privadas, da vida a este espacio discursivo semipúblico, regulado únicamente por el sentido común y las normas de educación formal.

No es el estado del tiempo o el cambio climático la comidilla habitual de los imprevistos compañeros de espera, sino una preocupación mucho más compartida, angustiada y apremiante: la crisis material, el desabastecimiento y las deficiencias económicas. En consecuencia, las misceláneas culturales más canjeadas durante estos trueques casuales están desbordadas de representaciones generales y, sobre todo, específicas acerca de la incapacidad estatal de satisfacer la demanda de productos básicos, las dificultades y penurias que ello le genera a la población y la ausencia de perspectivas de mejorar al alcance de la vista (magras expectativas razonables). Se establecen efímeros, monótonos, redundantes y, por lo general, apacibles flujos de opiniones, anécdotas, quejas, chismes, rumores..., manufacturados al vuelo y, por tanto, cargados de lugares comunes, perogrulladas e ideas copiadas. Es muy difícil entresacar de estos volátiles y superficiales intercambios pistas sólidas y auténticas sobre los valores y convicciones de los concurrentes.

Una signatura típica de este espacio discursivo es su extremo localismo, en el sentido de que la gran mayoría de los temas discutidos suelen enfocarse, principalmente, en sus expresiones o

repercusiones particulares en el ámbito local (municipal en primera instancia y provincial en menor medida) y no tanto en sus implicaciones o tendencias nacionales. Por ejemplo, la comercialización (particular y estatal) de determinados productos en tiendas y mercados específicos del territorio, el transporte público y privado local, ciertas medidas e insuficiencias del gobierno local, acontecimientos del entorno geográfica y culturalmente más próximo, etc. Da la impresión de que, mientras más distancia relacional hay entre los actores (más débil es el vínculo), más parroquiales se vuelven estos fugaces intercambios de percepciones sobre la actualidad criolla.

Dentro de los márgenes de este tipo de espacio social, por más que el clima del diálogo y la actitud desenfadada de uno de los interlocutores promueva la franqueza (a través de anécdotas, confesiones o críticas «subidas de tono», por ejemplo), casi siempre la emergencia de un tema netamente político, susceptible del cuestionamiento directo, reacio a los ambages³³, convida a una de las partes a echarle mano, si no a las versiones más gruesas de su repertorio de máscaras, al menos a las que le siguen en espesor, con tal de reducir su nivel de exposición al poder coercitivo del gobierno. Se percibe claramente en las respuestas genéricas, anfíbológicas o monosilábicas; la anulación de la expresividad facial y gesticular; la actitud cortante e incluso, a veces, el encauzamiento más o menos brusco de la conversación hacia un tópico no político.

La amenaza permanente de la vigilancia panóptica nunca deja de planear sobre estas interacciones casuales. Es un proceso casi automático, no más iniciar la conversación con un desconocido en «tierra de nadie» se enciende el chip de la desconfianza y la circunspección en cuanto a dos principios básicos de conservación: 1) “Cuidado con lo que dices, este/a puede ser un/a informante que me está «metiendo el dedo» (incitando) a ver qué desembucho”; es preferible “hacerse el muerto a ver qué entierro te hacen”. Además, 2) en dado caso de que el interlocutor no sea espía (“chivato”), no se puede olvidar que “las paredes tienen oídos”. Estas charlas en sitios concurridos siempre cuentan con espectadores atentos, “moros en la costa”, y se corre el riesgo de ser escuchado y “mal interpretado”; con lo cual, frente a la tentación de darle rienda suelta a la lengua, lo mejor es guardar silencio, por aquello de que “en boca cerrada no entran moscas”.

Por consiguiente, además de la “callada por respuesta”, abundan en este espacio todos aquellos recursos discursivos que protegen al enunciante tras los murallones simbólicos de la ambigüedad:

³³ Por ejemplo, la valoración del desempeño de una figura importante del gobierno o el Partido, la validez de una medida puntual como el referéndum constitucional o el reordenamiento monetario, la legitimidad agonizante del sistema socialista, entre otros.

los sobreentendidos, las elipsis y metáforas, el doble sentido, etc. Cuando se utiliza este kit de herramientas significativas, lo omitido o sugerido (con palabras o gestos) sólo cumple su propósito comunicativo en el marco de la interacción que lo generó. Y, por lo general, en esas circunstancias, lo suprimido o hábilmente camuflado tiene connotaciones más relevantes que lo expresado explícita y literalmente.

No obstante, vale apuntar que, si bien resulta muy raro, a veces sucede que un *outlier* salido de la nada rompe los códigos intangibles del espacio y, al más puro estilo garfinkeliano, lanza un petardo disruptivo a voz en cuello que, con pasmosa despreocupación, sacude los cimientos de la prudencia imperante en el ambiente. Cuando eso sucede, el investigador suele ser testigo de dos tipos de reacciones: 1) La audiencia del insólito espectáculo da por loco al protagonista, ignorando olímpicamente la «provocación». Es el caso, por ejemplo, del lobo solitario que lanza en medio de un autobús local capitalino el chiste: “¿Bueno y qué? ¿Cómo les va con los Lineamientos³⁴? Sí, porque con «esta gente» siempre es lo mismo: primero te meto la «línea» [embuste] y luego te miento”. O bien, 2) el «desatinado» recibe el regaño evidente de algún personaje secundario (acompañante o no). Así lo registré en una conversación entre desconocidos que aguardaban por su turno en una agencia de venta de pasajes de autobuses interprovinciales en Camagüey. Un dominicano, que estudia Ciencias Médicas en Cuba, le pregunta, con dejo cansado, a un cubano que (dato crucial) viaja con frecuencia a Cancún y Panamá: “¿Cuándo irá a mejorar el transporte en este país?”. “Cuando esto se caiga y cambie el sistema”, le responde el cubano en un inusual tono serio y categórico. La reacción de la esposa de este último, a su lado, es inmediata y harto elocuente: le pega un codazo y le ordena hablar en voz baja y cambiar de tema.

5.3.2 Colas y esperas en el barrio de pertenencia

Con tan sólo acortar unos pocos eslabones las grandes distancias relacionales de los umbrales más públicos de la zona intermedia –y, así, dejar atrás los mayores niveles de imprecisión, incertidumbre, suspicacia, inseguridad, recelos y crepúsculos del «territorio de nadie»–, se puede vislumbrar otro espacio discursivo en el que, si bien aún persisten con fuerza variable algunos atributos del espacio anterior, nuevos componentes y dinámicas esculpen los contornos de un ágora

³⁴ Los Lineamientos de la Política Social y Económica del Partido y la Revolución aprobados en el VI Congreso del PCC en 2011, constituyen una especie de hoja de ruta programática para la actualización del modelo socioeconómico cubano.

perfectamente delimitable. Aquí, por lo común, los protagonistas de las chácharas no son del todo extraños, sino conocidos «de vista» principalmente (o desconocidos avalados por la pundonorosa condición de «vecino»), con poco roce y escasas referencias personales mutuas. Quienes, de manera muy ocasional, convergen en las colas o áreas de espera en recurrentes focos de concentración del barrio de pertenencia (bodegas, panaderías, farmacias, estéticas, mercados agropecuarios, cafeterías...) y sostienen pláticas más o menos frívolas sobre diversos temas de actualidad, al amparo de normas consuetudinarias.

Aunque lejos todavía de ser un espacio lo suficientemente seguro como para apagar el chip de la desconfianza, en estas interacciones comunitarias el nivel de alerta y sigilo desciende un peldaño desde la escala máxima y se relajan un poco los músculos defensivos del cerebro. Estableciendo una esquemática analogía, podríamos aseverar que el bombillo pasa de rojo a amarillo. Esto es posible por dos factores elementales: 1) el tiempo más o menos prolongado de residencia en un mismo barrio (un dominio sociogeográfico relativamente pequeño) les permite a los actores hacerse una idea aproximada de los arquetipos de personajes que habitan en la demarcación. Lo cual, en contraste con el espacio pincelado en la sección anterior, al menos les facilita un tenue marco orientativo para enrutar sus tácticas conversacionales y, en cierta medida, anticipar y sortear posibles zancadillas. A su vez, 2) la asiduidad a tales puntos de encuentros reduce también el grado de incertidumbre en cuanto a: “¿con qué clase de compañero de espera me voy a tropezar allí?”, “¿de qué se suele hablar en tales lugares?” y “¿en qué tono?”.

Vale recalcar: el grado de incertidumbre sólo decrece, no se mitiga hasta magnitudes despreciables, ni mucho menos se anula. Es más, todavía el nivel de imprevisibilidad sigue siendo bastante elevado, ya que la probabilidad de coincidir y entablar conversación con nuevas personas cada vez que uno acude a un mismo sitio es muy alta. Con esta considerable concentración de incertidumbre en la atmósfera, se puede dar por sentado que la gran mayoría de los actores suben a este escenario armados de máscaras muy gruesas; con una mínima disposición para la disidencia discursiva contemplada en el catálogo, pero sin arriesgar demasiado en la ejecución de su papel de «vecino prudente y moderado» (autocontención); apegándose con bastante disciplina a un guion semiestructurado que deja poco margen para la improvisación.

Los temas son muy similares a los que se discuten en «tierra de nadie» e igual de signados por la tendencia al localismo. También las representaciones específicas devienen el plato fuerte de las livianas «refacciones» culturales que se trazan en este tipo de espacio. Sin embargo, la

mencionada atenuación del nivel de alerta se refleja, de modo evidente, en el tibio escalamiento del tono crítico de las quejas, chistes, historias y opiniones acerca del panorama económico, la carestía generalizada y la insatisfacción de las necesidades más perentorias. Se aprecia en el uso de adjetivos, calificativos y expresiones más reprobadoras: [En una carnicería] “¡Qué barbaridad! Esta gente anda por la goma. A los pobres vendedores ambulantes los tienen sofocados. Al ciego que vende jabas frente a La Gaviota, que es un infeliz, le pusieron tremenda multa. ¡Eso es un abuso, chico!”. Acá comienza a despuntar, con más frecuencia, el sello personal (la apropiación creativa) de las percepciones compartidas; y, por tanto, pierden preeminencia los refritos y clichés. Aunque detectar señales claras de convicciones y devociones genuinas todavía resulta una tarea muy escabrosa, a menos que una situación conflictiva, o una serie de ellas, las ponga de relieve.

Si bien los destacamentos comunitarios de fieles al gobierno se encuentran notablemente menguados respecto a décadas anteriores (en cantidad y combatividad), sucede que, en reducidas ocasiones, el incipiente afloramiento espontáneo de la criticidad convierte a este espacio barrial en seno de altercados entre vecinos con diferentes niveles de lealtad y disposición para la resistencia. Por lo general, la sangre no llega al río y las chamusquinas no pasan del estrépito y el vaho; pero las afiliaciones de los contendientes quedan más que evidenciadas, a merced del cotilleo popular, el chisme y los mecanismos populares de etiquetamiento y estigmatización.

Tengo aquí al doblar un tipo que es periodista independiente, contrarrevolucionario, que ya ese no me mira de frente a la cara. Varias veces lo he parado como un siquitruque. Ese tipo ha sido visitante de la Oficina de Intereses de EE.UU. Es un viejo con barba, con aspecto de viejo y un sombrero. Vive aquí mismo en la calle 40 de la acera del lado de allá, en el 4718. Contrarrevolucionario. Y va y aprovecha las colas en el mercadito y se pone: “¡Qué felices estamos que vamos a comer pollo!”, “¡Al fin vamos a comer pescado!”. Y se enfoca en determinadas personas en la cola que le hacen el coro. Otras lo paran. Ese es uno de los que tengo bien enmarcado. [Jubilada, 78 años, militante del PCC]

Con todo y su extravagancia, los ecos de querellas ejemplarizantes como la ilustrada arriba perduran años en la memoria colectiva y logran, inclusive, trascender fronteras y extenderse a barrios colindantes en forma de rumor. Con lo cual no es de extrañar que, aunque se aborden ciertas cuestiones políticas, la mayoría de las personas evite distenderse demasiado en una conversación puramente política y, sobre todo, transparentar su ideario de par en par. La cautela y la evaluación del riesgo van siempre por delante de la incursión discursiva en el mercado comunitario de la

legitimidad de los poderosos. Quizás las «provocaciones» de algún consabido kamikaze habitual no espanten tanto a los vecinos reunidos en una cola en la panadería, por ejemplo, ni levanten tanta suspicacia como lo harían en un espacio público «ajeno»; y puede que, inclusive, hasta se le preste oído. Pero, de todos modos, la sensatez sigue aconsejando privilegiar las barricadas de la ambigüedad por sobre otras formas más planas y directas del discurso. Respecto al espacio precedente, sí se observa cierta liberación de las capacidades expresivas del lenguaje no verbal, cuya inteligibilidad se encuentra sujeta por completo a las circunstancias de la interacción.

No obstante, en este cuadro general (siempre burdo por inespecífico), vale la pena observar un pequeño matiz que deviene un indicador de cierta variación interna. Entre los múltiples recodos fronterizos del barrio de pertenencia, en aquellos de menor formato se percibe una cierta apertura hacia la discusión de temas políticos con un mayor nivel de franqueza y profundidad. Estamos hablando de barberías, peluquerías, cafeterías, gimnasios, entre otros centros de congregación que, además de por el aforo limitado, poseen una distribución física más reservada (bajo techo o semicubiertos) que los aproxima a la naturaleza más discreta del ámbito privado. Al parecer, la reducción de los intervinientes y espectadores propicia climas de mayor confianza entre los conocidos «de vista», o incluso desconocidos, a pesar de la debilidad del vínculo.

5.3.3 El centro laboral o de estudios

Al delinear la malla espacial de la vida cotidiana, y en el afán de ir acercándonos a los más recónditos intrínquilis del ámbito privado, es ineludible hacer una parada en dos regiones clave de la rutina diaria de millones de cubanos que, por presentar muchas similitudes, las hemos yuxtapuesto aquí como espacios discursivos con dinámicas homologables. A contrapelo de los dos espacios perfilados previamente, tanto el centro laboral como el de estudios³⁵ (sin olvidar que este último es también un lugar de trabajo) constituyen nodos de interacción marcados por la asistencia regular a un mismo escenario (entorno y accesorios escénicos estables), por lo general en compañía de las mismas personas (salvo aquellos que prestan servicios a la población), para hacer en cada jornada la misma actividad (trabajar / estudiar). La sistematicidad genera conocimiento, hábitos, rutinas, expectativas atinadas, certezas... Y todo ello reduce al mínimo el grado de incertidumbre.

³⁵ Debido a la imposibilidad de insertarme en tales entidades de manera regular, natural, desapercibida, no fue factible registrar y analizar de manera directa y recurrente interacciones de este tipo. Aunque algunos apuntes sí pude recopilar de forma ocasional, los testimonios de los entrevistados tributaron mucho a esta sección.

En ambos espacios los actores se conocen bien, han tenido tiempo suficiente para afianzar sus lazos de des/afecto y han compartido infinidad de eventos (condicionamientos y oportunidades contextuales) que, a la larga, por más que se evite o disimule, terminan sacando a flote los sesgos interpretativos, afiliaciones y rescoldos de cada uno. Es decir, en contraste con los espacios anteriores, el subsuelo de las creencias, valores y convicciones no resulta una capa geológica inescrutable para los compañeros de trabajo o estudio. Y, a la hora de intercambiar ideas más allá del contenido laboral o educativo, ese conocimiento mutuo permite desandar los senderos de la comunicación interpersonal sabiendo el terreno que se pisa.

Así, por propensión innata de los fluidos internos de estos espacios, es muy común que las personas se junten y formen clústeres empujados por la fuerza de atracción de la afinidad ideológica, y no por la afinidad profesional, de oficios o intereses curriculares, ni por la proximidad de puestos de trabajo o estudio. De modo que el grueso de las transacciones extraescolares o extralaborales que tienen lugar dentro de los límites físicos de estos establecimientos se producen bajo la cobija protectora de una camaradería con un origen profundamente político (extrínseco a dichos entornos institucionales). En el caso de los empleados o estudiantes críticos al régimen, la cofradía implica, por defecto, un sentido de protección de los miembros de la camarilla frente a los ojos y oídos inquisidores de los fieles a la dominación. Y, por ende, una clasificación y encasillamiento precisos de los colegas en subredes, según niveles de lealtad al régimen; así como un manejo hábil de las relaciones con tales subredes.

En el trabajo tengo mi gente de confianza, con quienes converso. Y hay otras compañeras de trabajo que se reúnen, y ya con esas personas no puedo hablar lo mismo. ¿Entiendes? En mi espacio de transparencia todas pensamos igual. Fíjate, tú puedes hablar de diferentes temas con diferentes personas, según como piensen. Eso tienes que evaluarlo y saberlo. Si vas a hablar de las cosas que no hay: “Oye, que no avanzamos...”; eso lo dices delante de cualquiera. Normal, porque es la verdad. Nadie te va a decir: “Estás diciendo mentira”. Para eso no hay que cuidarse tanto, porque es la verdad. Ya otras cosas que pienses más críticas, te recoges. No las dices delante de cualquiera, porque también temes que esa persona vaya a decir... No sé. [Enfermera, 50 años]

Este organigrama invisible del espacio laboral o escolar les permite a los actores crear zonas de confort prácticamente tan confiables como el hogar, donde se habla descarnadamente, sin miramientos, de cualquier tema, incluidos los tópicos políticos más espinosos, con independencia de su envergadura o alcance (local, regional, nacional). Al tiempo que identifican sectores de alerta

incluso más inseguros, opacos y adustos que la «tierra de nadie». Pues, más que la probabilidad incierta de ser manipulado o escuchado, en estas franjas de peligro la certeza de que los errores (la ingenuidad y el atrevimiento) cuestan caro exige andar con pie de plomo sobre la cuerda floja de la medida. Una vez cuadrículados los recursos humanos del espacio, los «trasvases» o permutas entre casillas suelen ser muy inusuales, porque el etiquetamiento no se hace a la ligera y cuesta mucho recomponer esquemas preestablecidos. “El que llega nuevo a un centro de trabajo, todo el mundo le da de lado. No sabes este de dónde acaba de caer y hasta que no lo conoces, vas tanteándolo, viendo cómo es, no le das entrada completamente”.

En estos espacios estrictamente pautados por horarios y ciclos periódicos, la sobremesa entre estimables compinches se convierte en uno de los rincones más prolíferos desde el punto de vista de la producción discursiva diáfana y, muy importante, de la intercontaminación iterada (un rasgo ausente en los espacios reseñados hasta ahora). La sobremesa, por antonomasia, resulta una ventana fija para confraternizar, actualizarse, chismear, contraponer criterios, desahogar angustias y someterse a los flujos veleidosos de las influencias recíprocas. Es un contexto favorable para la deliberación intensa, pletórica de argumentos apasionados (representaciones chapadas en convicciones), formas discursivas asertivas, exaltación, entonaciones enfáticas, verborragia y algún que otro exceso de gesticulación. Siempre y cuando la privacidad del «reservado» no se vea trastocada por la interrupción de un meteorito y haya que cambiar de tema o *switchear* de registro en la plática, desempolvar los eufemismos, la ambigüedad y hasta el código morse:

En el centro de monitoreo, que es donde siempre nos ponemos a debatir tempranito en las mañanas o después de almuerzo, normalmente hablamos los mismos y el tono es casi siempre el mismo. Puede que en algún momento..., vamos a decir que por respeto, si llegan los secretarios del Partido y eso, cambiemos el tema y ese tipo de cosas. Pero, ya te digo, por una cuestión de respeto, porque tampoco es que ellos vivan muy ajenos a lo que nosotros decimos. No es que vayan a discrepar tanto. (...) Muchas veces estamos ahí compartiendo, ellos te rebaten por cosas y, sencilla y llanamente, se les dan otros puntos. Y normalmente no tienen cómo defenderse. Pero son debates normales. A veces hay temas que estamos hablando que tratamos de no mencionarlos mucho, por si entra alguien de repente, pero no es lo habitual. [Ingeniero, 34 años, exmilitante del Partido]

Como se sobreentiende de todo lo expuesto, para que un forastero (como el investigador social) pueda interpretar, correcta y cabalmente, tanto lo enunciado como lo suprimido en una interacción que tenga lugar en el marco de estos espacios discursivos ha de levantar, primero, un mapa

exhaustivo del campo, con la posición, características y tipos de vínculos entre estas facciones, so pena de distorsionar burdamente la representación de la realidad. Incluso si se trata de una asamblea general (sindical o estudiantil), la comprensión de las intervenciones formales y los cotilleos informales (antes, durante y después de la reunión) sería muy defectuosa sin ese mapa y sin las coordenadas específicas de la situación base.

5.3.4 La cuadra: una típica familia... de vecinos

A juzgar por las aseveraciones de muchos cubanos con disímiles incursiones vitales en el extranjero, acordes con la propia experiencia migratoria de este investigador, el nivel de confraternización e intimación con que suelen cultivarse las relaciones entre vecinos en la enorme mayoría de los barrios de la isla caribeña es un hecho muy inusual y, por ello mismo, motivo de satisfacción y envanecimiento para los cubanos. Sobre todo entre los vecinos de una misma cuadra³⁶ a menudo se forjan verdaderos lazos de hermandad, pacientemente tejidos a lo largo de años de concomitancia con hilos de deferencia, aprecio y solidaridad, resistentes a los más cruentos embates de las tempestades materiales, naturales y afectivas. Claro, como en las buenas familias, no todos los vecinos de la cuadra se caen bien, ni todos viven en santa armonía. Pero todos, incluso los enemistados, se conocen al dedillo mutuamente. Al punto de dominar, con pelos y señales, los pormenores del recorrido vital de cualquiera (por más que no sea oriundo del barrio), porque en casi todas las cuadras el chisme está a la orden del día, presto a cantarles a los cuatro vientos la vida privada de la víctima de turno.

De lo anterior se deducen dos rasgos cardinales de este peculiar espacio social, antesala perimetral del ámbito doméstico: 1) Al igual que en el centro de trabajo o estudios, en la cuadra es muy común que surjan y perduren por mucho tiempo (a veces toda la vida) fieles camarillas de vecinos mancomunados con base en credos políticos afines; quienes pueden simultanear con la pertenencia a otros grupos (políticamente mixtos) aunados en torno a otros intereses. Pero, 2) estos grupos cohesionados alrededor del grado de lealtad tienen un dominio amplio de las cualidades y las disposiciones actitudinales de los grupos «rivales». Este conocimiento se vuelca en dinámicas cotidianas de protección, simulación, conspiración, choteo, reprensiones, entre otras.

³⁶ Segmento de calle comprendido entre las dos esquinas de uno de los cuatro lados de una manzana.

Por ejemplo, en la cuadra todos saben quiénes habitan en los polos de la des/afiliación (que con toda seguridad se profesan una antipatía recíproca). Para un vecino «promedio» (a mitad de camino en la escala de la des/lealtad), navegar de manera indistinta entre estas dos corrientes reñidas supone extremar el arte de la diplomacia vecinal y tener que escuchar las quejas, burlas y amenazas de ambas partes. En sentido general, lo común es que, por un lado, los contestarios (los “gusanos” si son disidentes frontales declarados) reciban grandes dosis de aislamiento, preterición y repudio semi/formal, porque la mayoría cree que le conviene deslindarse de la resistencia. Aunque en privado muchos de los fustigadores les reconozca a los rebeldes el mérito de tener el valor de oponerse. Y, de otra parte, que los leales incondicionales al socialismo (los “comecandelas” del barrio) sean objeto frecuente de críticas y burlas entre el resto de los vecinos, debido a su fanatismo contrafactual, enajenado de todas las refutaciones terrenales que sufre el sistema a diario.

Son personas fanáticas al gobierno que les molesta que otros tengan. Como ellos no pueden prosperar, les hacen la vida imposible a quienes prosperan económicamente. Los delatan. ¿Por qué? Así son. A veces, alguien empieza a mejorar. Quizás viene alguien del extranjero y les da dinero, una familia, y ya empiezan a ser alguien. Pero si hacen algo ilegal, enseguida te echan para adelante. Eso pasa constantemente. Puede ser el [presidente] del CDR, el vigilante. [Mensajero, testigo de Jehová, 49 años]

De manera que, en materia de socialización barrial, el costo marginante de granjearse la etiqueta de (amigo del) disidente es significativamente más oneroso que el costo burlesco que conlleva la etiqueta de (amigo del) comunista chiflado. Por no mencionar aquí las consecuencias mayores (legales, laborales, migratorias, represivas³⁷, etc.) de declararse abiertamente opositor. Si bien en la actualidad los fieles acrílicos son una especie en peligro de extinción, con muy pocos ejemplares por barrio a nivel nacional, en aquellas cuadras donde aún subsisten suelen ser los responsables del funcionamiento del CDR, de llevar el registro de los asentados en la cuadra y de dar parte de la moral, “integración revolucionaria” y disciplina social de sus vecinos a cuanta autoridad llegue hasta el barrio a requisar esa información. Con lo cual el poderío de esta minoría no es desdeñable. Y no es nada sorprendente, entonces, que muchos indiferentes y desafectos parciales opten, desde este nivel primario, por el minado sendero de la simulación con total conciencia de causa:

³⁷ No olvidemos las citadas (apartado 5.1.2.1) brigadas de respuesta rápida, reclutadas en los barrios, centros laborales, escuelas, organizaciones paraestatales, etc., siempre listas para ejecutar un impúdico acto de repudio.

Yo voy a las votaciones, a todas las reuniones del CDR, a todo eso voy. Pero a mí no me nace ir a nada de eso [con énfasis]. Si por mí fuera no iba a ningún lado. Voy para cumplir, para que la gente de la cuadra después no diga que uno no participa en nada, porque eso es lo que dicen. Si tú no vas a ningún lado de esos, dicen que eres un “gusano”. [Revendedora particular, 31 años]

Al margen de estas muy esporádicas joyas de la teatralidad dominante (asambleas de cederistas y procesos electorales), y a buen recaudo de los consabidos “chivatones” del barrio, la vida cotidiana en la cuadra está colmada de cotorreo, intercambios y controversias habituales entre vecinos ajenos a cualquier lealtad al gobierno. Quienes, aligerando el grosor de sus máscaras, ponen todo un variado arsenal discursivo al servicio de la crítica política y protagonizan, en el día a día, verdaderos derroches de disidencia marginal y moderada: “Ahora estos singados dijeron que le van a vender los materiales a mitad de precio a los damnificados del tornado. ¡¿Ese viejo que entrevistaron ayer en el noticiero qué va a pagar?! Con la chequera de mierda que debe tener”.

La cuadra deviene, probablemente, *el espacio* de la resistencia simbólica por antonomasia, puesto que es a este traspatio de la zona fronteriza adonde menos truncados llegan los grandes niveles de la insubordinación ideológica privada. Y, por tanto, donde más «pública», «coordinada» y «subversiva» se torna la infrapolítica de los dominados, que hoy se sienten, respecto a décadas atrás, un poco menos avasallados por el yugo coercitivo del Estado-Partido posttotalitario: “Antes te fusilaban por matar tres vacas. Ahora mismo por tener una conversación como esta en la calle, llegaban y te metían preso cuatro años. Pero las cosas han cambiado. Y no sólo en La Habana”.

En algunos lugares, los debates vecinales incluso cuentan con locaciones (las esquinas son las predilectas), horarios (la tardecita por excelencia) y participantes fijos, que discuten con igual fervor, profundidad, capacidad argumentativa y honestidad lo mismo un partido de béisbol que el referéndum constitucional. Campea por sus respetos aquí el lenguaje directo, descarnado y categórico (todos creen tener la razón siempre). Y, como es evidente, no escasean las diatribas, injurias y palabras obscenas: “Me tienen loca con la jodida constitución esa. Total, yo no he leído ni pinga, ni la voy a leer. Hasta una canción horrible le sacaron y en los comprobantes de las TRD³⁸ te remachacan el «Vota sí». ¡Son desquiciantes!”. Si por casualidad, durante la polémica alguien se ofende, basta una noche de asueto para pacificar los ánimos. Y a la mañana siguiente, como si nada hubiera pasado, tan amigos como siempre, listos para la disección del día. La potencia deliberativa de estos microespacios recurrentes contrasta, de modo escandaloso, con la unanimidad

³⁸ Tiendas recaudadores de divisas.

redundante de la arena pública y de los poderes del Estado; y únicamente es superada por la más libre, democrática y fecunda de las ágoras aquí diseccionadas: el hogar.

5.3.5 El hogar: un oasis de libertad de expresión

Hay que ser cubano o haber vivido muchos años en la Cuba socialista para comprender en su plenitud semántica y semiótica el título de este subepígrafe. Cuando el disfrute de derechos tan elementales como la libertad expresión, asociación, reunión, manifestación, etc., se ha naturalizado, difícilmente la imaginación social logre captar el sinfín de consecuencias cotidianas que la privación de estas libertades conlleva. Como se resume en las secciones anteriores, participar de las dinámicas ordinarias de cualquier espacio enmarcado en la zona fronteriza (ni se diga en la arena pública) implica, debido a la naturaleza restrictiva del trasfondo político, una muy sutil dosis de estrés, autocontrol, cálculo y vigilancia intersubjetiva, ajena a las sociedades mínimamente democráticas. Y, si bien la enorme mayoría de los adultos ejecutan estas operaciones tácticas y estratégicas con gran destreza práctica, *casi* de modo indeliberado, ciertamente el manejo político de varios registros discursivos es una tarea abrumadora, desgastante y frustrante.

Por eso las aguas cristalinas y las sombras confiables del hogar lo convierten en un oasis-santuario, donde los miembros de la familia y los amigos más íntimos se reencuentran con (y reconectan) las versiones más honestas de sí mismos a fin de, en una especie de complot privado, rendirle culto a la libertad de expresión. Al amparo de la interacción confidencial y fuera del alcance del Gran Hermano, al llegar al hogar las pesadas indumentarias de las apariencias, la circunspección y la estrategia de presentación del «Yo obediente» se cuelgan detrás de la puerta principal, para que transpiren libremente las capas epidérmicas de la franqueza, la transparencia y la espontaneidad. Incluso en aquellos hogares donde uno o más miembros de la familia profesa una lealtad incondicional a la dominación (los *outliers* de este espacio), por lo general el resto de los integrantes disfrutan la levedad de sus máscaras más livianas porque se saben a salvo. El vínculo de sangre suele imperar por sobre el «sentido del deber» de los devotos.

En discordancia con las tramas ficticias, sobreactuadas e impostadas del entorno social, el hogar deviene, valga el juego de palabras, el hábitat natural de la naturalidad política. El terreno feraz donde afloran, crecen y se enzarzan las más diversas convicciones, representaciones, expectativas y demás ramas de las culturas políticas, *relativamente* libres de la depredación de la auto/censura, a merced únicamente de los condicionamientos contextuales y situacionales del escenario

doméstico. Y decimos que en el hogar la libertad de expresión de las ideas y sentimientos políticos es relativa, porque no se debe olvidar que las relaciones de gobernabilidad son ubicuas, y que al interior de cada sub/grupo social (en la familia con notoria visibilidad) también se establecen, reproducen y disputan relaciones de dominación-subordinación-resistencia que afectan, entre otras cosas, a las conversaciones hogareñas.

Una escena recurrentemente registrada en muchos hogares constituye la prueba cumbre de la ubicuidad de las relaciones de poder instituidas a nivel macro: cuando un familiar o amigo, fervorosamente entonado con las notas y bemoles de un discurso crítico a la dominación (sobre todo si es dado a proferir diatribas), sube «demasiado» la voz (al menos a juicio del reprensor), *ipso facto* sobreviene el regaño, el llamado de atención o la invitación amable a hablar más bajo. El tono y la vehemencia de la censura ya dependen de las particularidades de la situación: circunstancias físicas del espacio (privacidad, ruido ambiente, hora del día); el grado de confianza y avenencia entre los actores; así como el nivel de paranoia, la capacidad asertiva y el temperamento del aguafiestas. Pero nunca falta un pretexto para justificar el miedo a ser escuchado-delatado-castigado: “las paredes tienen oídos”, “el diablo son las cosas”, “la vecina de allá al lado es tremenda chivatona”, “el marido de fulana es policía/militar/cuadro del Partido”, o “en esta casa no hay privacidad, todo se escucha allá afuera”, y un largo etcétera.

Aunque infrecuente, también se da el caso de que determinados miembros de una familia habitada por una peripatética «reliquia» comunista acuerden, al margen de la «nota discordante», moderar o limitar en presencia de este/a el cuestionamiento de la legitimidad del sistema, sus artífices y medidas, en aras de evitar desavenencias, momentos incómodos o simplemente para no desgastarse con prolongadas discusiones estériles. Una estrategia de paz que en algunos casos se tensa debido a la falta de reciprocidad de la parte «beneficiada» y en otros sí que puede ser mutua:

En casa lo hablamos todo abiertamente, sin ningún tipo de tapones, ni nada. Aunque sí tenemos un familiar muy comunista y no se puede hablar frente de él nada. Mis padres me han dicho que con esa persona no se puede hablar nada de política. Y para que veas es una persona “luchadora” relacionada directamente con un militar. Y, mira qué paradoja, el militar acepta “la lucha” también. Entonces, aquí parece que por el bien mayor, la satisfacción de la familia... El caso es que nos limitamos de hablar ciertas cosas delante de esas personas, porque son familia. Tal vez esa persona en algún momento tiene un carácter más... Lo hacemos para evitar discusiones, discrepancias. Somos familia y si estamos compartiendo en un ambiente... Ha habido discrepancias ya de antes. Entonces, creo que ambas partes se limitan. [Estudiante de Medicina, 22 años, militante de la UJC]

Aun así, con todo y los matices de tales reminiscencias autoritarias y componendas tácitas, el hogar es, por mucho, el ágora más diáfana, crítica y constructivista de todos los espacios discursivos tipificados. Las elipsis, omisiones, metáforas y ambigüedades pierden aquí protagonismo y valor defensivo; si se emplean, generalmente es a manera de ofensiva satírica, cuya inteligibilidad es profundamente situacional. Asimismo, la probada legitimidad, autenticidad y buena fe de los participantes, junto con el déficit de espacios similares en el panorama sociopolítico nacional, hacen de este nicho primario de socialización una conspicua e inagotable fuente de interinfluencias, covariaciones e interseccionalidad intersubjetiva. Acá las opiniones, percepciones, valores y pronósticos de toda clase y envergadura se entrecruzan y amalgaman con una franqueza, respeto, tolerancia y pluralidad literalmente extraordinarios (respecto al magro orden de cosas que impera afuera). Es el contraste la raíz de su centralidad para la construcción social de la realidad política.

No obstante, es necesario hacer un par de aclaraciones. Para empezar, no quiere esto decir que la totalidad de los hogares de los subordinados sean hervideros de disidencia marginal y proyecciones oníricas de cambios sociales u órdenes alternativos. Todas las tendencias políticas (incluida, por supuesto, la adhesión) encuentran en el hogar el remanso ansiado donde darle rienda suelta a sus creencias e impulsos más genuinos. De forma que, por ejemplo, la apatía también alcanza su máximo esplendor en el hogar. Bajo el ala siempre cálida y comprensiva del seno familiar, los indiferentes se ahorran la necesidad de tener que explicar las causas, motivos y trasfondos de su desinterés o renunciamiento políticos. También la flojera y el desgano merecen deferencia, y como tal se respeta la libertad de no-expresión.

Y, en segundo lugar, como ya hemos advertido en otros parajes de este informe de tesis, las límpidas y naturales dinámicas culturales propias del ámbito privado que, por excelencia, afloran en la intimidad de la esfera doméstica, no son exclusivas del hogar. Aunque con una amplia zona de superposición, ámbito privado y escenario doméstico no son intercambiables. Más a menudo de lo que se pudiera esperar, en la zona intermedia o fronteriza, o inclusive en pleno espacio público, se producen interacciones privadas, si no con todas las de la ley, muy próximas. Basta con que un par de amigos o parientes con sobrada confianza se encuentren en un parque, plaza o un desfile del Primero de Mayo y, si se consideran a buen resguardo de oídos inoportunos (aunque en verdad no lo estén), comiencen a destrincar los nudos de sus flujos de opinión más sinceros.

5.4 Prontuario

Sin dudas el paisaje cultural aquí compactado en una cuentas pinceladas es mucho más diverso, orográfico y complejo. Pero la acuarela lograda y los pigmentos elegidos para darle color, transparencia y movimiento a esta representación estática nos permiten hacernos una buena idea de las principales ondulaciones, socavones, mogotes, cañones, barrancos, bifurcaciones, puentes y, sobre todo, de los fluidos que conforman la atmósfera política de la vida cotidiana de los dominados; quienes, en su incesante ir y venir, trasvasan infinitas y variadas construcciones simbólicas de un lado para el otro, irrigando cada rincón de la intersubjetividad subordinada.

Al interior del «núcleo duro» de esta matriz cultural se enfrentan «placas tectónicas» (convicciones) antagónicas que contienden por hacer prevalecer sus respectivos juicios de valor respecto a la des/legitimación del régimen y las autoridades, la in/satisfacción naturalizada con el orden de cosas vigente, los grados de imposición/libertad del sistema, la necesidad de adular/sincerarse frente a los dominantes, así como la des/afiliación a un proyecto de país. Una pugna repleta de polarización, fricciones irreconciliables y que, todo apunta, está siendo socialmente mayoreada por el bando que precede a la barra oblicua. Lo cual indica que, en las capas más profundas del imaginario subordinado, las pretensiones de dominación, lejos de preservar su raigambre de antaño, están viendo germinar las simientes de su derrumbe telúrico.

En la superficie, al nivel de las percepciones o representaciones acerca de la situación política local, regional y nacional, el panorama luce más adverso aún para las pretensiones de los poderosos y la futura estabilidad del sistema. Tanto en cuestiones generales como específicas, el procesamiento racional cotidiano de las circunstancias actuales del país deja muy mal paradas a las autoridades y las políticas de turno, incluso a ojos de amplios sectores de asimilados. Fenómenos como las muchas deficiencias / falacias de la “democracia socialista”, la ya ancestral y crónica crisis material, los contrastes socioeconómicos y generacionales, el desmoronamiento moral y cívico de amplios sectores poblacionales y el cotejo creciente contra experiencias foráneas (capitalistas), constituyen una mina furibunda de argumentos para la caldera social que, en consecuencia, pone a circular por todos los recovecos del imaginario ciudadano representaciones políticas «hirvientes» sobre la coyuntura, la ineficacia gubernamental, la erosión de viejos mitos y pilares del socialismo real, y la necesidad urgente de cambios de gran envergadura.

Como es de esperar, esta desfavorable valoración racional de la situación sociopolítica suele estar acoplada a un conjunto de expectativas razonables pesimistas, respecto al devenir de los

acontecimientos a corto y mediano plazo. A pesar del creciente consenso popular que clama por transformaciones radicales en las estructuras y métodos de conducción de los destinos de la nación, las proyecciones realistas de los subordinados están muy lejos de visualizar esa anhelada renovación política en el horizonte próximo. Todo lo contrario, de modo recurrente, el análisis prospectivo se tiñe de estancamiento, empeoramiento, desesperanza e incluso de una retórica ausencia de expectativas, rebotante de desaliento. En medio de esta noche de pesimismo sistémico, las únicas previsiones optimistas que logran burlar el apabullamiento de tanta lobreguez son, en primer lugar, aquellas expectativas ambivalentes que ubican el desenlace de sus trayectorias personales-familiares en el marco de una empresa migratoria (y, casi siempre, por adyacencia, rezuman también pesimismo sistémico). Y, en menor medida, algunas escuálidas expectativas optimistas (parciales o totales) provenientes del ala más idealista de la afiliación leal.

En otro punto focal del cuadro, hacia el ecuador de este incompleto mapa cultural, hemos bocetado las principales formas que adopta el discurso subordinado en su misión de transportar, interconectar y actualizar los flujos de significados compartidos. El repaso de la morfología de «soportes a mano» como la queja, la burla, el rumor, el chisme, la invectiva, la aserción, el elogio y la lasitud revela las disímiles texturas, apariencias y atemperaciones situacionales que adoptan estos vehículos discursivos, en su ensortijado peregrinar intersubjetivo por cuanto paraje de los espacios privado, fronterizo y público acoja una interacción. Por lo común, la gran mayoría de dichas formas discursivas aparecen enrumbadas hacia una misma dirección: el malestar social y la consiguiente producción oral de disidencia marginal y moderada.

Una producción oral en la cual, empero, pueden distinguirse fluctuaciones espaciales, situacionales, sociales, más o menos bruscas, si se aguzan los sentidos indagatorios y se calibran bien los instrumentos de observación. Justamente la comparación entre cinco diferentes espacios discursivos típicos viene a rematar esta pintura al temple, aportando relieve, profundidad y potencia explicativa a los trazos descriptivos. El «territorio de nadie», el barrio de pertenencia, el centro de trabajo o estudio, la cuadra y el hogar, cada una de las ágoras cotidianas aquí cotejadas presenta peculiaridades, códigos y dinámicas de socialización muy propios y contrastantes entre sí, que, en su conjunto, dan cuenta de: a) la importancia de cartografiar y delimitar bien los diferentes intersticios del *continuum* privado-público, b) la centralidad del contexto de la interacción, y c) la relevancia de lo convenientemente omitido. En breve, este atlas cultural atiende no sólo a *qué* significados se comparten, sino a *cómo* y *dónde* se dice o se calla.

CAPÍTULO VI: EL REALISMO ÉPICO EN ACCIÓN

6.0 Exordio

Por debajo, encima, alrededor, entreverado en medio del complejo, heterogéneo y beligerante contexto cultural mapeado en el capítulo anterior, se desdobra un inconmensurable universo de prácticas cotidianas con implicaciones in/directas profundamente políticas. Hasta la médula coligados, complementarios e interdependientes, el mundo de las ideas y el mundo de la acción conforman un plexo social indisoluble que, con su abrazo cronotópico, va inervando las diferentes áreas de la sociedad, dotándolas ora de movimiento ora de reposo. Sin embargo, si bien el cerebro (la cultura) y los músculos (las prácticas) de la sociedad operan de conjunto, por estrategia heurística de organización e interpretación del material empírico conviene dedicarle a cada uno de estos «órganos» su propio espacio de reflexión, intentando preservar y patentizar lo más posible la ensambladura (aunque a veces se disfrace de desacoplamiento).

Y el orden de la exposición no es fortuito. En el presente capítulo, el diálogo con los marcos de sentidos antes examinados nos ayudará a comprender, poner en perspectiva bidimensional y contextualizar los distintos ejes que propulsan la microproducción artesanal de la in/estabilidad social, ese «trabajo de institución» local, cotidiano y continuo al que se refería Garfinkel. Empero, la articulación analítica, unas veces armonizadora y otras discordante, de los naturalmente imbricados discursos y prácticas es una tarea que, aunque posee un gran potencial explicativo, exige mucha precisión y prudencia; so pena de derivar la interpretación hacia los turbios rápidos de las correlaciones espurias. Es aquí, justamente, donde el maridaje entre observación etnográfica y entrevistas en profundidad tiene un peso capital en la ponderación lógica de las inferencias.

Para explorar a fondo el musculoso universo de la acción lo hemos descompuesto en dos grandes «nebulosas», a su vez subdivididas en varias secciones. En primera instancia, repasamos una dimensión bisagra que articula el sistema de la cultura con el de la praxis: las experiencias típicas, ese acervo de coordenadas aprehendidas que simplifica y orienta la coproducción empírica de la realidad. Seguidamente, nos detendremos en las principales prácticas de disidencia, subordinación y dominación que, de forma rutinaria, ponen en movimiento los liliputienses resortes mecánicos del sistema de relaciones de poder. Y, para cerrar este viaje en círculo, le daremos un ojeada al cenagoso ejido de las experiencias y prácticas que desafían las mallas analíticas y, gracias a su propiedad «gelatinosa», abarcan más de una dimensión y nivel de análisis.

6.1 Iteración y memoria social: El *know-how* cotidiano de la subordinación-resistencia

Las experiencias típicas constituyen un tipo de saber extremadamente singular, por completo volcado al comportamiento en sociedad, de él proviene y hacia él va. Este «conocimiento a mano» transmitido, como lo denominó Schutz, se sintetiza a partir del procesamiento reflexivo (*in situ* y *a posteriori*) de incontables situaciones, de las cuales se abstraen preconcepciones, definiciones genéricas (de sujetos, objetos, eventos, condiciones) y pautas de conducta para múltiples ámbitos y circunstancias de la vida en comunidad. Un catálogo que es renovado y enriquecido todo el tiempo, durante y tras cada intercambio social. Son, en definitiva, esquemas de referencia compartidos (siempre listos para ser) puestos en práctica en cualquier momento que se considere conocido, familiar o coherente con experiencias previas (vividas o transmitidas). Una especie de «atajos cognitivos» que, gracias a la conciliación intersubjetiva (la reciprocidad de perspectivas), cumplen la función de *facilitar* la conducción colectiva de las interacciones, el encuentro con «el otro» (subordinados y dominantes) y, muy importante, con los marcos simbólicos que regulan la estructurada y estructurante acción conjunta.

El origen y destino de este conocimiento práctico de ida y vuelta son, fundamentalmente, las rutinas. Es en la espiral iterativa de la actividad cotidiana donde se va perfilando este *know-how*, como parte de un proceso abierto de aprendizaje-aplicación-aprendizaje... Por tanto, las experiencias típicas son un tipo de conocimiento social *aplicable* archivado en el compartimento más accesible de la memoria colectiva («a mano») que, al ser *aplicado* en circunstancias típicas, se actualiza a sí mismo (confirmación / refutación) de acuerdo con el devenir de la situación concreta, la influencia de las experiencias típicas de otros actores y los cambios en el contexto de la acción. Así, dada su estrecha interrelación con la variabilidad del entorno social, en las experiencias típicas podemos rastrear, como en ninguna otra dimensión intersubjetiva, las huellas de la indexicalidad (la covariación de agentes y estructuras); incluso con más textura y relieve que en las propias prácticas.

De modo que las experiencias típicas tienen una particular naturaleza dual: son a la vez estables y dinámicas, pretéritas y presentes, viejas y nuevas, sólidas y líquidas, cognitivas y prácticas... Una propiedad que, en lo relativo al análisis de «lo político», deviene una mina de oro a cielo semiabierto. Y como tal intentaremos explotarla, escarbando en algunas de las vetas más sobresalientes de las experiencias típicas de des/obediencia, con mayor profundidad, y de asimilación, de manera un poco más superficial. Un inventario lo suficientemente variado como

para revelar la complejidad procedimental de las prácticas cotidianas de subordinación-resistencia; pero lo bastante unívoco como para detectar tendencias.

6.1.1 Experiencias típicas de desacato. Saber bucear

6.1.1.1 “La lucha”: “Aquí todo el mundo roba”

En materia de «política de las pequeñas cosas», si se quiere arribar al epicentro del imperio del desafío cotidiano a las pretensiones de dominación, todos los caminos conducen al cosmopolita reino de “la lucha”. Las experiencias típicas no son la excepción. Tal y como fue definida en el epígrafe 3.4 del capítulo metodológico, “la lucha” es una práctica de subsistencia, hartamente extendida en la sociedad cubana, en la cual se incurre reincidentemente en el delito económico de desvío de recursos de las empresas o instituciones estatales, con el propósito de satisfacer necesidades familiares de forma directa (para el consumo en el hogar) o indirecta (vía su comercialización en el mercado informal). Semejante función de tabla de salvamento de las familias empobrecidas ha despojado a esta práctica habitual, en gran medida, de los acostumbrados estigmas morales que contrae el robo y, por el contrario, le ha granjeado un portentoso estatus de legitimidad, a veces, repujado con ribetes laudables.

Lo cierto es que no hacen falta muchos meses de observación etnográfica para convencerse, por un lado, de que “la lucha” es una práctica tan masiva como ir al trabajo, fumar, beber, comer y dormir. Y, por el otro, de que en la intersubjetividad subordinada existe un consenso absoluto sobre esta masividad. Es una cuestión de sentido común. Y, como cualquier módulo del sentido común, dicho conocimiento opera de modo implícito y explícito en millones de transacciones que, en la arena de la batalla diaria por el sustento, involucran tanto a «gladiadores», como a beneficiarios, patrocinadores, cómplices y espectadores.

Las experiencias típicas que se desprenden de y participan en “la lucha” parten, en primer lugar, de una nada sorprendente definición objetiva y contextualizada de la actividad: “«La lucha» es la subsistencia, y muchas veces el cubano le ha llamado subsistencia al robo, al desvío de recursos, a conseguir otra vía de subsistir aparte de tu salario que es tan miserable. Esa es «la lucha» aquí”. Y no sólo se sabe que es una práctica sostenida de malversación que, a todas luces, es consecuencia directa de (las representaciones sobre) la precariedad material y los bajos salarios reseñados en el apartado 5.1.2.3 del capítulo previo. A menudo, además, se le imputa la generación-trasmisión de este conocimiento práctico al sistema político: “En este país la Revolución nos ha enseñado a

robarle al Estado. Eso te lo enseñan las necesidades que el mismo gobierno te crea, al no tener un salario, al no tener perspectivas, al no tener calidad de vida”.

Junto con la concepción compartida acerca de la magnitud generalizada del fenómeno, su génesis coyuntural, y sus contenidos morales y políticos, la capacidad autorreflexiva («*accountability*») de los actores, el ejercicio de distanciamiento de sí mismos, incluye también la emergencia de una conciencia autocrítica en cuanto a la corresponsabilidad de los receptores de los productos sustraídos de las entidades estatales y a la «inevitabilidad» del círculo vicioso que entrapa a luchadores y beneficiarios en una densa y muy fluida red de interdependencia.

Aquí todo el mundo roba y al robo le han llamado “la lucha” o “la búsqueda”. A alguien le propones un trabajo o va en busca de un trabajo y la primera pregunta es: “¿Y qué “búsqueda” tengo aquí?” Y si usted está en un lugar donde, vamos a decir, se produce helado, y usted se lleva todos los días, sin que se la den, una tanqueta de helado, usted está robando. Y así es con todo el mundo aquí. Luego tú en la calle compras el helado, porque tienes que comer, tienes que comprar todo a sobreprecio, pero eso salió de un lugar donde las personas trabajaron... Eso se llama robo.
[Médico, 52 años]

Que las implicaciones culturales, legales y sistémicas de “la lucha” no escapen a la capacidad de autoevaluación de los ciudadanos evidencia, de una parte, que la socavación cotidiana de la legalidad socialista se practica siempre con total conocimiento de causa. No hay lugar aquí para la ignorancia, la ingenuidad o las medias tintas. Y, de otra, sugiere la segmentación del imaginario subordinado en dos alas, según la presencia o no de remordimientos, escrúpulos o desazón con motivo de tal conocimiento de causa. Así, mientras un sector de los «gladiadores» se suma a la corriente del delinquiramiento laboral con inconformidad, casi que a regañadientes y bajo el fuego incesante de otra lucha (el conflicto ético interno), que no se disipa ni siquiera con el decurso de los años; otra porción (bastante descubierta) sale cada día al ruedo de la ilegalidad a jugarse su sustento, su libertad y su prestigio, con total impudicia, naturalidad y ausencia de reconcomios.

En el trabajo le hago una prótesis a un paciente, con recursos de ahí, pero por mi cuenta, y eso no lo veo mal. Yo cumplo con mi trabajo; pero siempre, si tienes la posibilidad de hacer un poquito más, para vivir un poquito mejor, está bien. ¿De qué vas a vivir? Creo que todos los cubanos hacen lo mismo, porque es imposible vivir de un sueldo. Todo está muy caro. Aquí se trata de luchar. Todo el mundo lucha de una forma o de otra. [Técnica en prótesis dentales, 22 años]

Dicha línea divisoria funciona igual para separar, en contritos e impenitentes, a quienes se benefician del desvío de recursos estatales, ya sea que medie o no un acto de compraventa. En estos casos, cuando coexiste con la receptación, no es raro que el sentimiento de culpa traspase el ámbito personal y desemboque en el estuario de la responsabilidad cívica, por contribuir a la consolidación de una patología social. Pero, aun allí, la experiencia dicta que lo sensato, razonable y sabio es “resolver”, aunque ello comporte pasar por encima de los valores y la rectitud.

A mí me da una lástima con los pobres enfermos ingresados en el hospital, porque lo que les dan de comida es criminal. Un agua de chícharos y unos huevos sancochados insípidos, que no hay dios que se los coma. Los trabajadores de la cocina se roban toda la comida. No creen ni siquiera en aquellos pobres infelices que llevan una dieta especial por el tipo de enfermedad que padecen. Es un bródiglo lo que les meten. La hermana de mi vecina es pantrista en el [hospital] clínico [quirúrgico] y suele venir por aquí vendiendo los pedazones de carne. A mí me da cargo de conciencia, pero se la compro, porque es buena y, si no lo hago yo, de todos modos otra gente se la va a comprar. Pero es un abuso y un descaró lo que tienen. [Ama de casa, 66 años]

A la larga, para restablecer la consonancia cognitiva entre creencias-saber-conducta, muchos terminan emprendiendo un largo viaje personal-colectivo de ajustes (cambios parciales o totales) de sus convicciones, impelidos por la persistente contundencia de una racionalidad terca: “Esa persona que trabaja en la agricultura [y lucha], ayuda a mis abuelos. ¿Cómo voy a decirle «Eso que tú haces...»? Más bien tengo que agradecerle. Si ayuda a mi familia. Que ni mi mamá ni yo podemos hacerlo. ¡Bienvenido sea!”. Una investigación como esta no puede dar cuenta cabal de semejante proceso de mutación cultural; pero sí mostrar indicios de su devenir. Indicios que revelan cómo el conocimiento práctico, adquirido y acumulado por trasmisión o vivencia (“robo como los demás o me muero de hambre”, “compro lo robado o me limito y alguien más lo compra”), va fraguando un tipo de representación netamente circunstancial capaz de relajar las recias estructuras de los juicios de valor, normalizar lo anómalo, convertir lo excepcional-situacional en habitual-universal, y ajustar así el sustantivo (la experiencia) al adjetivo (lo típico).

Si no lo hacen ellos [luchar], otro lo va a hacer. Porque, al final, el director del cárnico, o de cualquier otro lugar, se lo queda todo, entonces... Ahí más que un encuentro es casi una división de los recursos. Sí, porque eso ya es casi como un cliché. Prácticamente todo el mundo, la gran mayoría... [roba] Si trabajan en un cárnico, roban carne. Si trabajan en una pollera, roban huevos. Y así. *En un lugar normal, yo no estaría de acuerdo, pero es que eso se ha vuelto ya...* También,

cuando estás en un lugar donde todo el mundo lo hace, pues... Pienso que sí hay trabajadores que no roban: “Tú eres un trabajador honrado, puntual, que cumples... Pero, al final, te estás muriendo de hambre”. Y el otro que roba y hace lo que le da la gana, está viviendo bien; sus hijos comen bien, se visten bien. [Estudiante de Medicina, 22 años, militante de la UJC]

Aunque sólo observando el bosque completo (la sociedad en su conjunto) durante un largo período se puede apreciar la consumación plena de la «espaguetificación» de los marcos simbólicos para incorporar al club de la legitimidad una práctica antaño proscrita, basta leer con atención los anillos de unos pocos árboles momentáneamente seccionados para detectar las huellas de la indexicalidad. Esta especie de «dendrocronología social» nos revela tres grandes procesos con sus respectivos trasfondos: 1) El poderoso efecto multiplicador de las «neuronas espejo»: “Si todos lo hacen, ¿por qué yo no?”. Un aguijonazo que, una vez más, manifiesta la potencia de una dimensión intersubjetiva como las representaciones, factor clave en la pre/disposición comportamental. 2) La resonancia ejemplarizante de los casos atípicos: “los mojigatos se joden, porque la honradez no se come”. Un antirreflejo que, como punta del iceberg, apenas nos permite vislumbrar la magnitud, profundidad y radicalidad de una metamorfosis axiológica todavía en curso. Y 3) El desquite como incentivo: “Si el Estado no me paga lo que necesito/merezco, pues le raspo lo que pueda con mi ingenio y audacia”. Una actitud de resistencia que, dada su comprobada prolijidad y sistematicidad, poco tiene que ver con la caricatura de un pueblo oveja, domesticado y por completo maniatado.

Las experiencias típicas que intervienen en la re/creación de “la lucha” dialogan con el contexto de un sistema estadocéntrico deficiente, seno de una severa y prolongada crisis económica. Constituyen la respuesta colectiva a la opresión de unas circunstancias asfixiantes. Paradójicamente, el imponente Estado-bastión (hegemónico, monopolista y represor) no puede evitar desangrarse, día tras día, a manos de una sociedad parásita que, de común acuerdo, lo carcome silenciosamente desde dentro. Y lo peor (para la salud del Estado): en darwinniana maniobra de resiliencia cultural, tamaña sociedad parásita camina a paso firme hacia la transmutación de la inmoralidad en gloria. La gloria de subsistir, reinventarse y resistir.

6.1.1.2 Indisciplina laboral: un atajo plagado de complicidad

Como se puede vaticinar sin mucho esfuerzo, “la lucha” resulta apenas un caso particular y crítico de indisciplina laboral, pero no el único. En marcado contraste con las dinámicas imperantes

en el limitado sector no estatal (formas cooperativas y privadas de gestión de la propiedad), en el ámbito del trabajo estatal prospera, como la mala hierba, una miríada de prácticas de insubordinación que, obviamente, tienen asociadas su propia constelación de experiencias típicas. Algunas mantienen una estrecha vinculación con el imperio de “la lucha”, en cuanto a la afectación económica y el simbolismo que contrae el desacato. Otras, en cambio, carecen de estos elementos y sus connotaciones intersubjetivas tienen más que ver con un sentido de camaradería, solidaridad e identificación empática con los problemas del compañero de trabajo.

Entre las emparentadas con “la lucha” por parte de «disidencia utilitaria» destaca un paquete signado por el hábil escamoteo del tiempo de faena: “La gente dice: «Total, si trabajando no gano nada, tengo que luchar. Me voy a llevar este poquito de pintura, la vendo y me voy a las doce». Se van del trabajo y con «la búsqueda» se ganaron lo del día”. Las llegadas tardes, salidas antes de hora, escapadas relámpago o, de plano, la ausencia durante una o varias jornadas completas¹, son algunas de las herramientas auxiliares más socorridas del repertorio de los empleados estatales para, en horario y fechas de trabajo, solucionar sus problemas cotidianos, hacer trámites, marcar en las colas y comprar productos de primera necesidad, vender lo “luchado”, o simplemente disfrutar un buen rato de ocio, viajar o descansar en casa.

En el correspondiente bloque de experiencias típicas ligado a esta crono-defraudación predominan tres ideas básicas: 1) La falta de alternativas: “la única manera de resolver mis pendientes es faltando al deber”. 2) La subvaloración del empleo estatal: “No tengo nada que perder, para lo poco que gano, me da igual si me botan”. Y 3) El contubernio: “los jefes son comprensivos, se hacen los de la vista gorda y, por tanto, esto no tendrá repercusiones mayores”. Ante las bifurcaciones que a veces plantea la vida cotidiana, estos tres fundamentos convierten a dicho «conocimiento a mano» en un fácil y trillado atajo. Si es de vida o muerte hacer cola para el pollo, si urge ir a comprar un pasaje, si la farmacia sólo surte el dispensario el mismo día a la misma hora y las medicinas vuelan, si vino un pariente del extranjero y alquiló una casa en la playa...; no hace falta pensarlo dos veces: siempre la jornada laboral al pie del cadalso, lista para sacrificar parcial o totalmente su integridad en nombre de «un bien mayor».

Esto no significa que absolutamente todos los empleados estatales compartan este «saber-hacer» a pie juntillas. Y mucho menos que todos quienes lo comparten lo pongan en práctica

¹ Para justificar las ausencias al trabajo, la herramienta más socorrida es la invención de enfermedades, a menudo avaladas por la falsificación de un certificado médico “resuelto” con un pariente o amigo médico.

siempre de forma festinada, indiscriminada y jubilosa. Al igual que vimos con el microcosmos de “la lucha”, en ocasiones, el dominio y la implementación del *know-how* absentista genera pesadumbre, sinsabor y angustia. Y en tales casos a la fórmula cognitiva se le añade una dimensión de cautela, vigilancia y alerta, vinculada al afán de no ser sorprendido in fraganti. En todos los casos, pero especialmente en este último, el recetario del absentismo incluye también un nada secundario sentido de camaradería y complicidad recíproca: la certeza de que, en situaciones de aprieto, los compañeros de trabajo sabrán ingeniárselas para sacarnos las castañas del fuego, como tantas veces hemos hecho nosotros por ellos. De por sí ya moderadamente desafiantes a la autoridad (laboral, partidista y estatal²), la orquestación colectiva del encubrimiento mutuo de las ausencias dota de una dosis adicional de sedición a este género de experiencias típicas de desobediencia.

No obstante, el apañamiento entre colegas y, lo más significativo, entre superiores y subalternos abarca otros muchos ámbitos de la indisciplina laboral. No es una ley universal; pero, por lo común, en las dependencias del Estado el contubernio trasciende las jerarquías y, más allá del absentismo y de “la lucha” (que, por supuesto, también goza de una elevada cuota de connivencia), irradia sus redes de confianza, protección y apoyo hacia una gran gama de eventos típicos. Por ejemplo, uso de medios laborales (vehículos, herramientas, teléfonos, tangibles, etc.) para solventar asuntos personales; tolerancia de “el barqueo” (flojera, improductividad) y relajamiento de los niveles de exigencia formalmente estipulados; favoritismo en la asignación de tareas y de plazas ventajosas; rejugos irregulares con los días y períodos de vacaciones, los estímulos salariales y en especie; entre otros. De modo que, para muchos empleados estatales, la complicidad del jefe resulta un as bajo la manga, siempre barajado entre las primeras opciones dentro del abanico cognitivo de pautas de conducta que te sacarán de un aprieto en un momento determinado.

Nos pasamos la mano internamente porque los jefes que están cerca de uno pasaron por donde mismo tú estás, y saben que es imposible. Ellos saben que no podemos. Si yo fuera a cumplir cabalmente con todo lo que me exigen, no pudiera ni tan siquiera cocinar, porque el tiempo no te alcanza para todo eso. Estamos sobresaturados. Entonces, los jefes lo entienden. De la cantidad de programas y cosas que tengo que llevar, le doy bien a tres programas, que son los básicos. Trato

² Los daños económicos que contrae este tipo de prácticas afectan los planes y presupuestos del Estado, cuyos intereses se supone que deben ser velados por los órganos de base del PCC que anidan en todas y cada una de estas entidades.

de tener bien las embarazadas y los niños. Solamente con eso se me va la vida. Lo demás como se pueda, porque es que ¡no puedo! [Médico, 52 años]

Similar es el caso, para citar un ejemplo muy ilustrativo, del joven ingeniero mecánico (30 años), jefe de un taller de reparación automotriz en Camagüey, que disfruta de la venia del director de la empresa para utilizar el carro asignado a su cargo, y el combustible de la entidad, en su diario desplazamiento intermunicipal desde su casa hasta el trabajo y viceversa, una distancia de poco más 50 kilómetros. O sea, más de 500 kilómetros (personales) recorridos cada semana con recursos estatales, al amparo de la égida del director... Cuando la complicidad entre superiores y subalternos roza estos límites, penetramos en un círculo de confidencialidad mucho más estrecho, denso y fosco: la confabulación, donde el (ab)uso indiscriminado de los recursos de “Liborio” (como popularmente se le dice al Estado), el despilfarro concertado, entraña un nivel más elevado y turbio de ultraje a las pretensiones de dominación.

Con frecuencia, la confabulación conduce a la indisciplina laboral hacia las márgenes de otros delitos económicos por costumbre englobados bajo el paraguas de “la lucha”, pero diferentes de la variante clásica de aquella en cuanto al origen externo de los beneficios que se reparten los confabulados. Pueden proceder de otra entidad estatal, por ejemplo: “Cuando entra al taller un auto o una guagua de la empresa que sea, si quieren que su vehículo se arregle rápido tienen que entrarme de frente con el estímulo: una caja de pollo, de viandas, frutas, cualquier cosa”. Las ofrendas rendidas ante el altar de la discrecionalidad selectiva también pueden provenir de la esfera privada, incluso directamente en metálico. Es el caso, por ejemplo, de la habitual corrupción en el despacho de equipajes en las terminales de ómnibus. Es de dominio público que sobornando a los operarios pueden despacharse artículos prohibidos o evitar el impuesto por concepto de exceso de equipaje³. Como también es consabido que ni siquiera los cuerpos policiales escapan al macabro influjo de la corrupción.

Ay, mijo, aquí todos los transportistas saben que tienen que entrarle cada día a la policía con su comisión para que los dejen trabajar. Eso es una rutina muy normal ya. Tú los ves que les pasan por al lado, sacan la mano del carro y los saludan así [hace un gesto de choque de palmas] y ahí

³ Personalmente, en junio de 2019, este investigador logró despachar un objeto prohibido (un televisor de 32 pulgadas) por esa vía, pagando 15 CUC de soborno a un operario que, incluso, me hizo pasar al área restringida para cuadrar el negocio y recibir el pago. El consejo me lo dio una amiga que un mes antes había hecho lo mismo, y me anticipó con total precisión el costo del «servicio». Estos trabajadores ya tienen una especie de tabulación monetaria fija para cada tipo de ilegalidad.

ya va el dinero. Eso es todos los días. Es como si hubiera un peaje oficial obligatorio en cada punto donde se para la policía. [Taxista, unos 40 años]

Tal y como lo advertíamos en el capítulo V al repasar la convicciones y las representaciones, cualquier contexto en el cual la precariedad material se conjugue con degradación moral deviene un terreno fértil para el florecimiento de todo tipo de vicios. No es nada extraño, pues, que la práctica de demandar, proponer y aceptar sobornos para tramitar privilegios o evitar sanciones refulja en la ígnea noche de los valores como otra de las reliquias de la subversión en el ámbito laboral. Y, por consiguiente, que el vasto catálogo del arte de la corrupción, con todas sus gradaciones de sutilezas y desfachateces, constituya una pieza clave de la cerrajería social más avanzada y difundida, la gran llave maestra que abre todas las puertas del cielo y del infierno. La íntima conexión entre este tipo de experiencias típicas y un contexto favorable para la corrupción no pasa desapercibida frente a la capacidad de juicio de los ciudadanos, como tampoco sus implicaciones políticas:

El primer fraude es que, si el estudiante no tiene el 75 por ciento de asistencia, según el reglamento escolar, no tiene derecho a prueba. Muchísimos no iban y yo le decía a la directora: “Profe, hay alumnos que tienen muy poca asistencia”. Y ella decía: “Lo vemos después”. Eso significaba que los alumnos se examinaban. [...] Por otro lado, aprobaban a todos los suspensos. La evaluación por la promoción es la que obliga al fraude, porque si tú estimulas a un maestro por su promoción, él está obligado a aprobar a todo el mundo. Si acaso suspende a dos o tres “ñames” que sí tienen problemas. A la directora le interesa la promoción. A ella la miden no por su trabajo honesto, decente, por su honradez, por su rectitud, por la exigencia de la disciplina. No. ¡Por resultados! ¿Me entendiste? ¡Ah! Por eso la sociedad está tan corrupta. ¿Por qué? Por resultados, los números. Esta es la sociedad de los números. ¿Quién nos enseñó eso, a dar resultados por números? ¿El estadista de los números quién era? [Repasadora particular, 60 años, exmilitante del Partido]

En definitiva, el *know-how* de la indisciplina laboral no es más que un reflejo particular de una gran «masa astral» que, trepidando en el infinito cielo de la cultura subordinada, ha ido alterando, de forma paulatina, las configuraciones simbólicas en torno a la relación entre dominados y poderosos, dejando a su paso una estela de comportamientos desobedientes, que únicamente las autoridades no reconocen en público (seguramente sí lo hacen en privado). Como es lógico, también en el ámbito comunitario, y social en general, podemos rastrear las señales intersubjetivas de esta estela de disidencia sistemática.

6.1.1.3 La proliferación de la indisciplina social y la insubordinación comunitaria

Ya en la sección 5.1.2.5 del capítulo anterior nos asomábamos, a través del lente de las representaciones, al fenómeno del desgaste de los valores cívicos y la degradación moral. A nivel societal, este proceso degenerativo se percibe en el aumento exponencial del irrespeto hacia las leyes, normas y reglas del buen comportamiento cívico. Resulta llamativo, por ejemplo, con cuánta facilidad afloran en el espacio público las palabras soeces, los gestos groseros, los comportamientos obscenos; no necesariamente como muestra de desprecio u ofensa, sino que incluso «ornamentan» las interacciones fraternas entre amigos y familiares. Da la impresión de que la marginalidad cultural se ha puesto de moda y su grotesco repertorio, más que «a mano» se lleva a flor de piel y, ante la menor brisa de sociabilidad, se disemina e inunda el entorno con su aliento fétido.

El progresivo deterioro material y de los valores (ciudadanos, en general, y socialistas, en particular) ha desencadenado, a su vez, un evidente proceso de depauperación espiritual y física del espacio público, de maltrato a la propiedad social; léase instituciones educativas, de salud, administrativas, parques, plazas, museos, monumentos, terminales, paradas de autobús, medios de transporte público, espacios recreativos, cabinas telefónicas, etc. Además de la acusada y ancestral falta de mantenimiento, la epidermis de muchos de estos lugares abandonados a su suerte exhibe las cicatrices de una innecesaria incuria ciudadana, que acentúa la sensación de derruimiento.

Basta con realizar breves bosquejos por estos espacios cuando están concurridos para respirar la indolencia impregnada en el ambiente (en la actitud y los discursos de muchos usuarios); y, al mismo tiempo, registrar la expresión práctica de la displicencia: desaforados comportamientos individuales y colectivos que, en el ínterin de su ejecución malsana, van contaminando la escena con su tóxico desprecio hacia lo público y, por efecto dominó, sumando adeptos al desconcertante culto hacia la desidia. Incluso los contados y venturosos espacios públicos que reciben algún tipo de remozamiento puntual, tras muy pocas semanas, a veces días, comienzan a mostrar las señales claras de este ensañamiento (inci)vil, negacionista, que se rehúsa a obedecer y respetar las normas.

A menudo la vehemencia de la ya citada estrella de las formas discursivas de la cotidianidad criolla, la queja, presta sus servicios retóricos a los escasos ciudadanos concienzudos que critican el vandalismo contra la “propiedad de todo el pueblo” y la proliferación del ultraje a las buenas costumbres. Sin embargo, nunca se escucha que alguien denuncie ante la policía algún acto de indisciplina social que haya atestiguado (perfectamente delimitados en la ley), ni mucho menos

que la combata *in situ*. No pocos, antes bien, reproducen, de forma más o menos rutinaria, la mentalidad del espectador (com)pasivo, imperturbable, permisivo y enajenado. En la actualidad, la famosa propiedad social, tan cara a los principios comunales del socialismo, está muy lejos de despertar ese pretendido sentido de pertenencia que debiera incitar a su enérgica defensa.

A la gente no le importa tirar latas al piso. La Habana es una de las ciudades más sucias del mundo. A mí me duele. Es una cochinateda, una falta de educación, de ética, de cuidado del medio ambiente, de todo. Esta sociedad tiene una falta de principios grandísima, como si todo el mundo estuviera disgustado, y el disgusto nos diera por maltratarnos entre nosotros, por generar basura en las calles, robar, ser deshonesto, por sacar todas las miserias humanas a flote como mecanismo de respuesta. Es una sociedad sin valores. Vivo aquí con asco, te lo juro. Aquí no hay nada lindo. ¿Dónde está lo lindo aquí? ¿La playa? Sí, pero cuántas veces hemos ido a la playa y hemos tenido que limpiar, quitar piedras, botellas, latas de la noche anterior. Esto jamás parece un país de personas civilizadas. [Repasadora particular, 60 años, exmilitante del Partido]

Junto con la actitud indolente hacia un patrimonio público que se siente ajeno, la indisciplina social trasluce, en ocasiones, cierta carga de irreverencia y desacato, una especie de ira o voluntad vengativa descargada sobre un objeto que, en determinadas situaciones, encarna la corporeidad de su verdadero (y abstracto) dueño: el Estado. Un caso especial de este tipo de indisciplina es el robo de fragmentos o unidades íntegras de bienes públicos: tapas de alcantarillas, asientos de los parques, esculturas, tendido eléctrico, piezas de metal, madera, piedra, etc. Las experiencias típicas que intervienen en tales expresiones de disidencia marginal y moderada encierran un saber de otro calado, distinto de la negligencia en un factor tan importante como la intencionalidad insolente. Mientras que en la desidia el perjuicio es un resultado casi colateral y sin importancia; la fechoría (por beneficio económico o mero goce) comporta una mala acción exprefeso (insidia) y, por ende, un saber meditamente desafiante.

Similar naturaleza disidente encontramos en determinadas experiencias típicas de insubordinación comunitaria que durante los últimos años han ido cobrando cada vez más fuerza, a pesar de la persistencia del contexto coercitivo. Algunas asomaron su desencajada tez, como al vuelo, implícitas dentro del arsenal de prácticas de resistencia comunitaria deslizadas en diversas secciones del capítulo anterior: negación a pertenecer, cotizar, coordinar o colaborar con las estructuras de base de las organizaciones de masas (CDR, FMC) y políticas (UJC, PCC); inasistencia a las actividades que dichas organizaciones convocan; asistencia huera, fútil, insulsa;

promoción barrial (a través de la queja, el “chucho”, el chisme, el rumor, las diatribas, las aserciones, entre otros vehículos discursivos) de la deslegitimación de aquellas asociaciones «civiles» (paraestatales) y de otras instancias del orden político: dirigentes, acólitos, medidas, instituciones, sistema... (Recordemos las dinámicas de resistencia simbólica que, por excelencia, tienen lugar en el espacio de «la cuadra», sección 5.3.4).

El denominador común de todas estas variantes de «conocimiento a mano» es la desidentificación con las pretensiones de dominación. Asociadas con los peldaños más bajos de los «Niveles de lealtad», dichas pautas de conducta resultan mucho más comunes de lo que se pudiera pensar, y su socialización en forma de prescripciones con utilidad comprobada es mucho más acelerada de lo que desearía el gobierno. Tanto si nacen de la indiferencia (“No tengo idea de si mi mamá o mi abuela me pagan [la cotización de] la FMC. Nunca voy a esas reuniones, ni a las del CDR. Si fui de niña con ellas, no me acuerdo. Pero ahora de grande no voy jamás), como si provienen de la desafección (“A mí mudarme me benefició mucho, porque me hizo decir: «No voy a militar en el núcleo zonal, voy a guardar el carné». Y ya lo boté, porque ese Partido nunca debió cambiar su nombre, siempre debió ser [Partido] Revolucionario Cubano”), las experiencias exitosas de distanciamiento, retirada o defección, al menos a nivel comunitario, van sentando minúsculos pero sólidos precedentes en el imaginario subordinado; los cuales, sin mucho ruido y a ritmos discontinuos (en función del contexto sociocultural de cada comunidad) se van replicando, incluso a otras escalas, como los ámbitos educativo y laboral⁴.

6.1.1.4 “La bolita”: naturalización ¿inducida? de la ilegalidad

Lo hemos visto una y otra vez: la cotidianidad de los cubanos discurre, en gran medida, sobre la hoja de doble filo de la ilegalidad. La reproducción diaria de la vida transita mucho más por fuera de lo jurídicamente válido que dentro. Con lo cual, saber maniobrar los sinuosos hilos de la transgresión ordinaria de la ley es casi una cuestión de sobrevivencia, adaptación y selección natural. El imaginario subordinado está repleto de experiencias típicas especializadas en operar a la sombra de la ilegalidad, manejar el riesgo y burlar, o usar a su favor, los controles de la autoridad (incluidas, por supuesto, “la lucha”, la corrupción y el maltrato a la propiedad social). Puesto que

⁴ En estudios anteriores (González, 2015) este investigador ha reportado, por ejemplo, cómo muchos militantes de la UJC se salen de las filas de la organización la mar de las veces usando ardidés como el de extraviar sus expedientes cuando se trasladan de Comité de Base o, en menor medida, tramitando oficialmente su baja.

una lista exhaustiva resultaría interminable, abordaremos aquí un ejemplo extremo que, a partir de su inusual naturalización, nos ayuda a ilustrar los modos en que estos esquemas de referencia desobedientes intervienen en la microproducción continua de la gobernabilidad.

Entre las tantas herencias capitalistas que seis décadas de régimen socialista no han podido borrar destacan, con especial perseverancia, los ahora “juegos ilícitos”: carreras de motos, autos, camiones, tractores; peleas de gallos, perros, competencias de palomas; apuestas a eventos deportivos nacionales e internacionales (fundamentalmente fútbol, béisbol y baloncesto); partidas de naipes, dados, dominó y cualquier juego de azar mediado por apuestas; entre otras ancestrales prácticas, hoy proscritas, que aglutinan simpatizantes por miles e incluso constituyen para algunos un modo de vida consolidado. Diferencialmente afectados por el problema de la clandestinidad (algunos juegos son más perseguidos que otros⁵), en todos ellos pasión, diversión, competitividad y lucro se funden en un único abrazo social. En el cual, por un lado, la tentación de ganar dinero fácil, y por el otro la adrenalina de coquetear con lo prohibido, tienen una gran cuota de responsabilidad en la sobrevaloración de estas experiencias de desacato.

Pero, sin dudas, de todos, el más escandalosamente masivo y desenmascarado es “la bolita” (lotería ilegal), cuyo sorteo en la actualidad se escucha, de forma furtiva, dos veces al día por *Radio Martí*, una emisora de La Florida, Estados Unidos, célebre por su política editorial anticomunista y, por ende, criminalizada por el gobierno cubano. En casi todos los barrios, infinidad de personas apuestan con regularidad (los más adictos todos los días), con la esperanza de que les toque la suerte de acertar los números premiados. El desenfado con que se habla acerca del tema en cualquier sitio contrasta de modo notorio con su índole ilegal y, por tanto, manifiesta un inusitado relajamiento de la auto/censura (sección 6.1.2.3) y el control policial (sección 6.2.3.2). En la calle, el transporte público, los centros de salud, de trabajo, educativos, recreativos, etc., resulta harto común escuchar, varias veces al día y a voz en cuello, la pregunta: “Fulano, ¿qué número salió [anoche, ayer, esta mañana...]?”, y la correspondiente respuesta. Entre vecinos, familiares, conocidos –e, inclusive, en no pocas situaciones, con la participación de desconocidos merodeadores– casi no existen tapujos para intercambiar comentarios, teorías y cábalas sobre “la charada”, como también se le apoda. Aunque, de cuando en vez, alguna señal de cautela emerge para recordar que la aparente naturalidad no lo es del todo, pues tiene pies de barro.

⁵ Por ejemplo, los mundos de las carreras de vehículos y las peleas de animales suelen ser mucho más herméticos, furtivos y discretos que los populares juegos de azar, con dinámicas más abiertas, desinhibidas, bizarras.

De muestra un botón: La Habana, ómnibus local repleto de pasajeros, dos hombres y una mujer, de entre 30 y 40 años, se suben bebiendo de una cajita de ron, comúnmente conocida como “planchado”. Se paran junto a mí y conversan con algarabía. Se nota que los tres ya andaban entonados. El que parecía pareja de la mujer le dice a ella: “Mami, hoy soy el hombre más feliz del mundo, porque saliste en libertad. Hay que celebrarlo. Voy a jugar un número a ver si me lo saco. Mi papá el otro día le puso tres pesos al 79 y lo adivinó”. Ella le pega un codazo, lo regaña: “No estés hablando esas cosas aquí”, y se voltea a mirarme fijamente, a ver cuál era mi reacción. Les regalo a los tres una larga sonrisa y una cara impasible. Acto seguido, el censurado responde: “¡Ah, Yurisleidis, no jodas! En este país eso es normal. Hasta la policía juega a “la bolita”... Pero lo que tú no sabes es que el viejo jugó dos días seguidos el 79 y las dos veces se sacó el premio”.

A pesar de esporádicos recordatorios como el relatado, la mayoría del tiempo las innumerables interacciones fraguadas al compás de “la bolita” simulan, con gran acierto, no pervivir amenazadas por el peso punitivo de la justicia. Y en un país regido por un Estado-Partido monolítico, que ha demostrado durante años saber utilizar con precisión de francotirador las armas del control social totalitario para, por ejemplo, maniatar a la oposición política, este sospechoso libertinaje de la lotería ilícita expide un fuerte olor a permisividad (bien aprovechada y expandida por los subordinados) y presumiblemente asociada a una adaptación *ad hoc* de la filosofía romana de “Pan y circo”, en la cual a falta de alimentos se exagera el entretenimiento. Una conjetura que no escapa al juicio de los propios dominados, aderezada incluso con acusaciones más graves, sintomáticas de una deslegitimación plena:

¿Tú crees que el gobierno no sabe todas las personas que se dedican a eso [“la bolita”]? Claro que lo saben; ellos lo saben todo. Lo que pasa es que tienen que dejar que la gente se entretenga en algo. O vaya usted a saber si se llevan un porciento de la “mascada”. [Jubilada de las Fuerzas Armadas, 71 años]

En cualquier caso, la dinámica pública de una práctica ilícita más propia de la disidencia marginal resulta cuando menos intrigante y paradigmática. En cada barrio prácticamente todo el mundo sabe quiénes son los “boliteros” que apuntan, recogen listas, combinaciones y padrones de números jugados, colectan el dinero y pagan los correspondientes premios a los afortunados. Y si bien, a veces, la interacción con estos personajes se tiñe de cierto halo de discreción, los intercambios entre apostadores empedernidos y ocasionales en el espacio comunitario (zona fronteriza) ponen de manifiesto un «conocimiento a mano» que, dado su abierto, continuo y

conciliado carácter desafiante, bien pudiéramos ubicar en los límites entre la disidencia moderada y la frontal. Al parecer, la percepción falsa⁶ de que para anotadores y apostadores (entre quienes a menudo, por cierto, encontramos leales incondicionales al régimen) las penas no implican prisión, sino sólo multas (las cuales, en verdad, son en extremo infrecuentes), unida a la apabullante masividad del fenómeno, ha promovido el irrespeto generalizado y recurrente a los castigos potenciales. Y que, por consiguiente, regodearse plácidamente en las aguas azarosas de esta práctica proscrita resulte un patrón de conducta ampliamente compartido y legitimado.

El asunto de la identidad de los «banqueros» sí es harina de otro costal, se maneja como un verdadero *top secret*. Cuando sale en las noticias oficiales o de «Radio Bemba» el relato pormenorizado sobre una redada policial, en la cual cayeron uno o varios «banqueros» y se decomisaron X millones de pesos, el chisme se difunde raudo y veloz de boca en boca. Se hace famosa tal o más cual caída. Relatos que, por lo general, vienen acompañados por la representación popular de que el esfuerzo policial es totalmente baldío, porque los relevos están garantizados. Siempre hay valientes dispuestos a arriesgar el pellejo con tal de amasar las mieles de tan jugoso negocio. “El gobierno debiera legalizar «la bolita», esto es imparable”.

La experiencia particular de una “bolitera” (apuntadora-colectora) nos permite ilustrar las impredecibles morfologías empíricas que puede adoptar el acoplamiento entre contexto y agentes, así como el valor heurístico del doble aspecto cognitivo y práctico de las experiencias típicas para entender las influencias recíprocas entre el uno y los otros, la indexicalidad, la covariación de agentes y estructuras a lo largo de un tiempo y un espacio únicos.

Claro que me molestó muchísimo sacrificar mi vocación. Pero ¿qué iba a hacer? En este país no te puedes molestar. Lo que tienes que saber salir adelante. Entonces, [sonríe] decidí retomar un negocio familiar ilícito, que desde pequeña lo vi en mi casa. Porque mis papás tenían este negocio como otra vía de búsqueda de dinero. Es ilegal, pero me ha ido bien. Por lo menos, tengo ropa, zapatos y no he pasado hambre desde hace seis años, gracias a este negocio. Lo hice para mejorar mi vida. Como profesora en este país nunca iba a ser nada. No me preocupo por los riesgos. Es ilegal, sé que estoy a expensas de que, en cualquier momento, me puedan coger presa, ponerme una multa [suspira]; pero, no me interesa porque hay que subsistir. Nunca he vivido con el miedo

⁶ El Artículo 219.1 del Código Penal estipula que tanto el banquero como el colector, apuntador o promotor de juegos ilícitos es sancionado con privación de libertad de uno a tres años, o multa de trescientas a mil cuotas, o ambas.

de que me van a coger. Quizás por eso es que nunca me han cogido [ríe], porque vivo sin esa preocupación. [Exprofesora, “bolitera”, 35 años]

“Saber salir adelante” es un apotegma que sintetiza de forma magistral la singular naturaleza ambivalente de una experiencia típica: conocimiento práctico a la vez estable y dinámico, que no se detiene a lamentar lo sucedido, sino que abstrae del pasado la información útil y, sin interrumpir el movimiento cognitivo (siempre relacional), la vuelca en pautas de comportamiento *probablemente* satisfactorias en determinadas situaciones del presente continuo. Un «conocimiento a mano», no obstante, que no es ajeno a los condicionamientos estructurales: “sacrificar mi vocación”, “en este país no te puedes molestar”. Pero que, aun considerando el peso de las circunstancias, responde, en lo fundamental, a decisiones personales influidas por las vivencias colectivas: “decidí retomar un negocio familiar ilícito”. *Last but not least*, una experiencia típica que, de modo inevitable, va esparciendo por los prados del imaginario social el polen de la insubordinación perdurablemente exitosa; y, por ello mismo, sin dudas, coadyuva a actualizar los marcos simbólicos que cobijan, a nivel microsociológico, las relaciones de gobernabilidad: “Es ilegal, pero me ha ido bien”; “Nunca he vivido con el miedo de que me van a coger. Quizás por eso es que nunca me han cogido”.

6.1.1.5 Otros saberes de resistencia

Entre la pléthora de experiencias típicas de desobediencia que los dominados ponen en juego en su vida cotidiana (imposible de abarcar en su totalidad), vamos a escrutar, por último, una tríada con una especial propiedad común que resulta muy relevante para acodalar el alcance de nuestro modelo de análisis y la comprensión del objeto de estudio. Hasta ahora todas las variantes de «conocimiento a mano» díscolo que hemos examinado están vinculadas a pautas de conducta cuya finalidad es cuestionar, negar o desafiar los mandatos de las autoridades, la ley y las buenas costumbres. Sin embargo, desde la definición de las subunidades de análisis (apartado 3.5.1.1, del capítulo metodológico), ya se había advertido que la resistencia incluye un cariz menos radical, más sutil, paliativo, enfocado ya no en la disidencia o la insubordinación, sino en la mitigación de los fundamentos de la dominación. Las experiencias típicas repasadas en el presente acápite nos ayudan a explorar dicho aspecto.

La primera de ellas nos conduce al fascinante mundo del travestismo material. Ya hablamos en la sección 5.1.1.4 de los valores que auspician el travestismo político, popularmente englobados

bajo la etiqueta “doble moral”. Pues aquí se trata de camuflar de austeridad el desahogo material, para no llamar la atención o “quitarse los malos ojos de encima”. Con independencia del sitio que se ocupe en la escala de la prosperidad, desde el “un poco favorecido” hasta el más opulento, el mantenimiento de la fachada ascética es un conocimiento básico que todos dominan. Y si algún ostentoso lo infringe no es por incompetencia, sino por capricho, ingenuidad o porque se sabe respaldado (“hijo de mamá y papá” = hijo de dirigente). En un contexto de persistente pobreza con respaldos cada vez más amplios de pobreza extrema, así como de políticas igualitaristas y aparatosas redes sociales de informantes voluntarios, gratificados y profesionales, el camuflaje de la más mínima holgura económica es una regla de oro, cuya violación suele pagarse con un “explote” (internamiento carcelario) si se demuestra, como es altamente probable, que la bonanza está ligada a alguna actividad ilícita.

En mi cuadra hay un señor que toda la vida se ha dedicado a chivatear a las personas, pero hasta ahora conmigo nunca se ha metido, gracias a Dios. Y no, no me preocupa eso. Ni lo que piense la gente, o los vecinos, ni nada. Simplemente, trato de hacer mi vida lo más normal que puedo, andar lo más pobremente vestida que pueda... Sólo me visto bien cuando voy a salir. Trato de no especular, ni llamar mucho la atención. Y las cosas materiales que he obtenido de este negocio no se las hago saber a nadie. Es decir, tengo en mi casa de todo. Tengo el refrigerador lleno de comida, pero nadie lo sabe. Se lo imaginarán, pero no lo saben. [Exprofesora, “bolitera”, 35 años]

Por supuesto, mientras más recursos materiales se manejan (carros, motos, casas, joyas, ropas caras, etc.), más difícil es mantener el bajo perfil; pero aun en tales circunstancias, el minimalismo escénico casi siempre está presente adaptado a las particularidades de cada caso. Un apéndice indispensable de la fachada ascética es el acuerdo de “mantener el latón con tapa”; lo cual significa mantener la máxima discreción acerca del bienestar que se disfruta en privado. O sea, ni se ostenta ni se divulga. No obstante, aunque deviene su componente principal, el sigilo precavido no es el único ingrediente de esta fórmula de vida extensamente compartida. En aquellas familias donde la comodidad material converge con la virtud cívica, también se suele promover la apariencia austera por compasión con los paisanos menos favorecidos, para no herir sensibilidades ni despertar envidias. Un ejemplo clásico es el de evitar hablar con los vecinos o compañeros de trabajo sobre las vacaciones en polos turísticos o las salidas a centros recreativos inaccesibles para el bolsillo de la mayoría de los “hijos de Dios”.

En ocasiones, la lógica del travestismo material da lugar o se combina con un segundo esquema de referencia proteccionista caracterizado ya no por el enmascaramiento dramático de una realidad privilegiada (en referencia al magro contexto), sino por la mentira deliberada. Pongamos de ejemplo un caso cuya «mecánica relacional» puede extrapolarse, con total certeza, a muchísimas situaciones de la vida cotidiana.

Hasta un hogar habanero de esos que se podrían calificar como «acomodados», llegan a media mañana una trabajadora social y una estudiante en adiestramiento. Refieren estar recabando datos para una Encuesta del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, cuyo objetivo es hacer una caracterización de la familia cubana actual. Un apunte relevante: la encuestadora principal narra cómo en varias casas no las han querido atender, aunque lleguen en horario no laboral (después de las 6 p.m.). La ama de casa se sorprende de que las encuestadoras traen información personal bastante detallada, como el nombre completo, edad y número de identidad de cada miembro de la familia⁷. La interrogan durante unos 20 minutos respecto a varios temas: situación laboral de todos los miembros del hogar, salarios, enfermedades, gastos en medicina y en servicios básicos, estado constructivo del inmueble, inventario de equipos electrodomésticos, camas y colchones, y un largo etcétera. Sobre la marcha del interrogatorio, la ama de casa decide *mentir* respecto al número de refrigeradores y aires acondicionados que hay en el hogar. Aunque hay dos y tres de estos equipos, respectivamente, ella declara sólo uno de cada cual.

Al principio, cuando empezó a hacerme las preguntas, sí le dije que teníamos dos televisores. Pero ya luego, cuando vi que seguía preguntando cosas, no me dio la gana de decirle la verdad. Yo pensando en el consumo de la electricidad, como antes mi marido robaba corriente. Pero no, no me acordé de que ya no lo hace, desde que pusieron los metrocontadores nuevos no ha podido manipularlos más. Es que uno tiene miedo, con esta gente nunca se sabe. ¿Para qué quieren saber tanto? No dije la verdad por miedo. Y cuando me preguntó por la ocupación de mi hija me puse nerviosa, primero le dije que trabajaba, y luego que estaba en México haciendo una maestría. Me preguntó cuánto ganaba y le dije que no sabía. [Ama de casa, 56 años]

A posteriori, el relato de la situación, en principio incómoda para la entrevistada, se convirtió en una experiencia graciosa para la familia, porque todos (testigos o no) se divirtieron largo y

⁷ Información seguramente provista por el Ministerio del Interior, porque, casualmente, la ama de casa entrevistada es la presidenta del CDR y, por tanto, la única en la comunidad con acceso al registro de empadronados (del cual no se conservan duplicados en instancias superiores al CDR).

tendido mofándose del cuestionario y de las entrevistadoras. El ejercicio gozó de poca credibilidad, por carecer, a la vista de la familia, de utilidad para la elaboración de políticas. La poca seriedad y el apurillo de las encuestadoras contribuyó a tal imagen. Por ejemplo, cuando la ama de casa no “supo” reportar (en verdad, decidió aparentar que lo ignoraba para no declarar las cifras reales) un monto aproximado de ingresos del esposo (transportista privado), la encuestadora principal, de forma arbitraria, le dijo a la estudiante: “Ponle mil pesos”, un guarismo tan distante de la realidad que terminó por complacer a la nerviosa ama de casa.

En este último punto la falacia cuajó fruto de la concatenación de tres maniobras tácticas en la interacción: la falsa ignorancia de la entrevistada + la falta de profesionalidad de la encuestadora + la aceptación entusiasta de la impostura por ambas partes. Antes, en el tema de los electrodomésticos, la mentira vistió sus mejores galas por obra y gracia de una decisión unilateral, espontánea, impremeditada, *ad hoc*, tomada en función de conocimientos previamente adquiridos. Pero mentir a la autoridad, a cualquiera que la represente o nos parezca un potencial informante, también puede ser una estrategia concienzudamente planeada. Fue el caso, por ejemplo, de esta misma familia que, al ser citados a la unidad de policía para prestar declaración por el uso doméstico de un servicio ilegal de correo electrónico⁸, fingieron, de manera concertada, que no tenían nada que ver con el asunto porque “tanto el contacto con el proveedor, como el contrato y el pago periódico del servicio lo había hecho por Internet su hija que vive en el exterior”.

En resumidas cuentas, más allá de estas variaciones en sus orígenes *situacionales*, estas viñetas nos ayudan a ejemplificar algunos de los modos concretos en que la mentira deliberada emerge como un recurso cognitivo-práctico empleado, tanto de forma personal como colectiva, para reducir la vulnerabilidad frente a la amenaza real o presumida de la punición dominante (la lógica práctica implícita no es otra que un muy natural instinto de conservación del débil frente al fuerte). En un imaginario plagado de descontento, sentimientos de imposición, “doble moral”, falta de libertades y de separación de poderes, coerciones, asimetrías, degeneración social..., entre otras convicciones y representaciones, la mentira no encuentra demasiados obstáculos para legitimarse

⁸ Por cierto, el modo de «avisarles» de que debían ir a la policía fue cortarles el servicio telefónico, de improviso y sin ninguna explicación. Cuando acudieron a la empresa de telecomunicaciones, ETECSA, les informaron que, para restablecerles el servicio, debían acudir a la unidad de la policía y presentarse ante la oficial a cargo de la investigación. Una práctica autoritaria que evidencia cuán compenetradas conviven las instancias de la dominación en un régimen autocrático.

como un esquema de referencia «a mano» siempre útil para guiar por los caminos de la medida los encuentros con extraños (incluidas las autoridades) o conocidos poco confiables.

La tercera experiencia típica está relacionada, asimismo, con el arte de adulterar la verdad. Y, a pesar de su exotismo, la traemos a cuento para ilustrar cómo dentro de las feudos de la dominación también se cocinan experiencias y prácticas de resistencia sutil, enmascarada. A mitad de camino entre el maquillaje de la verdad propio del travestismo material y la falsificación total de los hechos típica de la la mentira deliberada, esta experiencia típica echa mano a una especie de «deontología política» que asume como un deber militante usar todos los medios a su alcance para intentar cambiar la realidad. Es con base en tamaña ética maquiavélica que, de forma rutinaria, la interpretación personal de la realidad social se suele disfrazar de criterio ajeno (una «mentira verdadera»), o bien se perfecciona, retoca y complementa este último (un mosaico de verdades), con la esperanza insurgente de que dicho aleteo de mariposa desencadene un movimiento telúrico a nivel sistémico.

¿Sabes lo que he hecho? Porque yo sí me considero revolucionaria. Cuando trabajaba con el Estado, en el núcleo del Partido de la empresa me eligieron “Activista de la opinión pública”. Esa es una función [auxiliar] del secretario del Partido para que ese militante entregue al PCC municipal la opinión pública, lo que oye en la masa; es el informante. Pero en mi caso no era informante para chivatear, sino para decir todo lo que yo pensaba [Risas] Todo lo que yo criticaba, lo que veía mal, los abusos, los descaros, yo lo ponía ahí. Es anónimo, simplemente es la voz pública: “Se dice tal cosa...” Y ahí me desahogaba. En las reuniones del Partido igual, casi siempre he sido una de las que más domina el idioma para levantar actas y redactar. Si dijeron algo y no lo dijeron bien, yo siempre lo ponía bien con la opinión mía, añadía lo que faltó por decir. Lo que no dijo claro, porque se quedó corto, yo lo ponía al ciento por ciento. Siempre me aproveché de esa posibilidad para escribir en las actas del Partido lo que yo pensaba. [Repasadora particular, 60 años, exmilitante del Partido]

El rasgo troncal de todas estas experiencias típicas es la manipulación parcial o cabal de la verdad (el camuflaje o la mentira, respectivamente). Una estrategia práctica que, por lo general, parte de una actitud reactiva-defensiva frente a las amenazas totalitaristas del Estado; aunque también, como evidencia el último ejemplo, puede originarse desde una postura proactiva, voluntariosa, teleológica que, si bien no pretende cuestionar la autoridad, ni desafiarla, sí se propone disminuir su eterismo, desacralizarla, acercándola a las inconformidades y angustias terrenales de los subordinados.

6.1.2 Experiencias típicas de obediencia. Saber flotar

6.1.2.1 La maldita circunstancia del miedo por todas partes

La maldita circunstancia del agua por todas partes
me obliga a sentarme en la mesa del café.

Virgilio Piñera

La isla en peso (1943)

“¿Tú estás seguro de que esto no va a llegar a manos de la Seguridad del Estado?”. A la velocidad que surca un rayo la inmensidad del cielo, mi primera entrevistada me robó la iniciativa y lanzó la pregunta inicial de la plática, cargada de ristas de aprensión y recelo. Y aunque ya relaté la anécdota en otro lugar (apartado 4.1.2), no hay mejor modo de empezar esta sección que retomando esta angustiada interrogante, la cual resume en escasas palabras el sentido de todo lo que aquí expondremos. Que no es otro que el sentido del *terror latente*, encarnado en estructuras cognitivas compartidas que condicionan la construcción social de la realidad. Me va a disculpar, estimado Weber, por la herejía hacia su centenaria «neutralidad valorativa»; pero no hay otra forma de describir una sociedad paralizada por el miedo que desde el dolor. Cuando los ojos y oídos sociológicos registran por doquier los estragos del miedo al castigo, a la represión, a la humillación, no hay manera de explicarle al corazón que no empatice con el sufrimiento de un pueblo entero.

Cuba duele. Por muchísimas razones. Pero entre tantas, duele especialmente la colonización de la sociedad por parte de un sentimiento tenebroso, macabro, retrógrado, que en pleno siglo XXI no debiera asolar ningún rincón de este planeta. Y, sin embargo, lo hace en un puñado de países autocráticos que, como Cuba, viven todavía ajenos a las garantías más elementales de la democracia, aunque sea mínima, débil, limitada, acotada, semi, pseudo, de baja intensidad... Lo que para la gran mayoría de las sociedades de América Latina y el mundo es un asunto del pasado, lejano o reciente, tristemente en la Cuba actual es un rasgo estructural definitorio, con total vigor y vigencia: el miedo al gobierno. Se dice fácil, pero se siente feo. Se siente feo si eres cubano y nunca has puesto un pie fuera de la isla. Pero si has tenido la suerte, no de realizar viajes esporádicos, sino de vivir alguna(s) temporada(s) en un país democrático, o si eres extranjero, se siente horrible. Y es indignante.

Desde el momento en que conseguir informantes, coordinar, realizar y procesar entrevistas adquiere connotaciones dramáticas típicas de una animada película de contraespionaje (ver

epígrafe 4.1.2), ya la propia experiencia de investigación implica participar de forma activa en la coproducción empírica de este indeclarado «estado de sitio» permanente; en el cual el poder ejecutivo ciudadano, por elección de la mayoría y en función de esas convicciones, representaciones y expectativas compartidas que plasmamos en el capítulo anterior, *ha decidido* tolerar que un Estado-Partido tiránico escamotee sistemáticamente sus derechos fundamentales, por medio de la violencia física y simbólica.

No cabe duda de que sembrar el miedo en la población es una pretensión dominante que el gobierno implementa y respalda con todo su arsenal de recursos materiales y simbólicos (ya veremos algunas prácticas de dominación en el apartado 6.2.3). Ahora bien, *corresponder* a esa pretensión, sentir, albergar y darle vida al miedo es algo que *sólo* pueden hacer los subordinados, de manera concertada, consciente e iterativa⁹. Y las dos pruebas más contundentes de ello son: 1) Las excepciones a «la regla» (casos de falta de correspondencia): las decenas de grupos minoritarios de opositores declarados que, superando viejos pánicos, luchan abiertamente contra el régimen en la actualidad; o los casi 200 mil atrevidos que salieron a protestar a las calles por toda Cuba el ya histórico 11 de julio de 2021, coreando “No tenemos miedo”. Y 2) La heterogeneidad al interior de «la regla» (diversos grados de correspondencia): el enorme espectro de variación evidente en el procesamiento diferencial del miedo, reflejado en la amplia gama de experiencias típicas de desobediencia reseñadas en el epígrafe anterior; saberes que necesariamente implican incorporar disímiles niveles de indocilidad, osadía y arrojo.

Desde este enfoque relacional, no ignoramos, anulamos, ni subestimamos la fuerza constrictiva de los fundamentos coactivos de la dominación posttotalitaria. Al contrario, la reconocemos como un componente de mucho peso en los flujos y transacciones cotidianos de los subordinados, ora como contenido de las interacciones, ora como contexto: “Tú ves en todos los países cómo la gente sale y protesta por el salario... Pero aquí no. La gente tiene *miedo*, de que te agarren y te metan preso o algo”; “Las personas viven con *miedo*. Vivimos en una sociedad con *miedo*. Con *miedo* de todo, del gobierno, de la policía, de todo, porque hasta tener una motorina es un problema aquí”; “Al final, las personas están en desacuerdo con esto. Todo el mundo quiere un cambio y una mejoría; pero, todo el mundo vive con el *miedo* de que lo tilden de que tiene problemas políticos”.

⁹ Lo hemos dicho hasta el cansancio: la subordinación, y cualquiera de sus subdimensiones, es un proceso social plétórico de agencia y con un carácter profundamente temporal.

No obstante, a nuestro entender, en este aspecto de la relación de interdependencia política, la parte más importante reside en el otro extremo del vínculo, en este caso del lado de la obediencia¹⁰.

De las reflexiones antes citadas hay tres aspectos relevantes que es imperioso resaltar: 1) En efecto, los condicionamientos dominantes son insoslayables: prisión, policía, “problemas políticos”. Por supuesto que los ciudadanos cubanos no se han inventado falsas amenazas o coacciones. No obstante, 2) ¿quién reproduce el miedo? “La gente tiene miedo”, “Las personas viven con miedo”, “Todo el mundo vive con miedo”. Los poderosos crean, con denuedo y esmero, las condiciones (¿de laboratorio?) que favorecen el crecimiento del germen del miedo; pero, en últimas, los responsables de alimentarlo, cultivarlo y mantenerlo con vida son siempre los dominados (agentes, no objetos). ¿Cómo lo hacen? 3) Por medio de narrativas como las aquí referidas, *generalizantes*: “la gente”, “las personas”, “la sociedad”, “todo el mundo”; *hiperbólicas*: “en todos los países”, “miedo de todo”, “hasta tener una motorina es un problema”; y *pesimistas*: “pero aquí no”, “vivimos en una sociedad con miedo”, “todo el mundo vive con miedo”. Con pertinaz recurrencia, estos tres aspectos concomitantes se pueden verificar en el acervo de esquemas de referencia y pautas de conducta socializadas:

La gente va a la votación, todo el mundo en silencio, porque es obligatorio. ¿Cuánta gente no votaría? Pero saben que se marcan, que se sabe que no votó y en un momento determinado pueden ser afectados por eso. La gente tiene miedo de no votar, la gente no va a votar porque esté a favor del sistema. Estoy convencida de que no. [Repasadora particular, 60 años, exmilitante del Partido]

Adquirido principalmente por trasmisión y, en menor medida, por vivencias propias, el miedo generalizado al gobierno constituye la respuesta intersubjetiva por la que, *provisionalmente*, ha optado el pueblo cubano, entre muchas posibles, frente a un contexto político hostil (el terror). Existe, primero, el *riesgo potencial* de que los desobedientes sean castigados, denostados, estigmatizados; así lo atestiguan las experiencias ejemplarizantes de los apabullados atrevidos que el gobierno se encarga de difundir (y difamar) por los canales oficiales y extraoficiales (incluidos el chisme y el rumor). Y, luego, tenemos el pantanoso y escarpado terreno de la *percepción social del riesgo*, presta a cuanta distorsión e incertidumbre la imaginación pueda dar cabida en ambos sentidos (hacia arriba o hacia abajo). Vinculada, asimismo, a las convicciones, características de

¹⁰ Obviamente, la mayor parte del tiempo los asimilados no tienen por qué temer a una autoridad, ante sus ojos, legítimamente superior, a la que se le debe respeto y disciplina por contrato. Y cuando le temen es más desde un sentimiento fraternal (hijo-padre) que desde uno punitivo (víctima-verdugo) [Ver sección 6.1.3.1].

la personalidad, particulares capacidades de juicio, la susceptibilidad a las influencias de los círculos sociales más próximos, la robustez de las representaciones generales y específicas y, sin dudas, la calidad de las expectativas.

La gente no protesta por miedo, por miedo de que te señalen. Por ejemplo, no me lanzaría yo con dos o tres personas a hacer una protesta ni loca. No se me ocurriría, para nada. Yo pienso que tienen miedo, porque si tú hablas por ahí, ¿por qué no hacerlo de una manera más formal? Por miedo, porque es lógico que el sentimiento está. No sé a los demás, pero a mí sí me importaría que me señalaran. Ante un círculo de personas, quedar como una, no sé... Aunque las personas se muestren inconformes y todo eso, son muy dóciles y siguen como al rebaño, adonde van todos... Entonces, si alguien se sale un poco, está mal visto. Por ejemplo, si yo hiciera una protesta, me parara aquí y empezara a hablar de todo esto, todo el mundo me señalaría como opositora. Y aquí a los opositores les dan tan mala fama. Ser opositor es lo peor que hay: “Son mal agradecidos, no valoran todo lo que la Revolución les ha dado. Hay que estar agradecidos con la Revolución”. [Estudiante de Medicina, 22 años, militante de la UJC]

Lógicamente, lo más apropiado es hablar de diferentes (plurales) percepciones de riesgo, con base en las cuales se va forjando, a través del tiempo, un surtido variopinto de experiencias típicas de obediencia que simplifican, orientan y pautan los comportamientos subordinados según el particular balance riesgo - beneficios que cada uno hace en cada situación, de acuerdo con su particular *background* vital. Por ejemplo, una percepción de riesgo alta puede redundar en una deposición determinada de las armas de la resistencia, al menos por el momento: “Yo misma pudiera hablar, pudiera [protestar]... Pero no, porque por cuestión de la carrera, me falta todavía mucho por delante y no puedo colgarme digamos el cartel de anticomunista” (la típica *no-decisión* del enfoque bidimensional de Schattschneider y de Bachrach & Baratz). O, en cambio, puede convidar a decantarse, de forma sistemática, por estrategias mixtas de interacción con las pretensiones de dominación (un tema sobre el que volveremos hacia el final de este capítulo).

El cubano vive con miedo. Miedo de que te boten del trabajo, te bajen el salario. ¿Yo misma no iba al Primero de Mayo a coger la asistencia y de ahí me iba para mi casa? Hacía eso porque si no, me descontaban el día. Con el poco salario que uno gana, con un día que te descuenten te hacen un hueco. Las dos cosas me preocupaban: tanto que me descontaran el día como que me marcaran y “me pusieran el dedo” políticamente, porque todo eso al final influye en tu evaluación. Y una baja evaluación significa menos dinero todavía. [Exprofesora, “bolitera”, 35 años]

En general, las experiencias típicas de obediencia atravesadas por el miedo al gobierno, y en particular la inclinación a realizar balances riesgo – beneficios conservadores / audaces, mantienen una interrelación estrecha con la «disposición para la resistencia» y, a su vez, con los marcos simbólicos de la acción conjunta. Como todos los demás, este «conocimiento a mano» también se actualiza a sí mismo con cada puesta en práctica, y con él (aunque no exclusivamente) se reajustan las percepciones acerca de la necesidad y la utilidad de resistir, así como sobre el nivel de tolerancia y receptividad gubernamental al cuestionamiento. Ya hemos visto antes que en las re/configuraciones culturales, en múltiples situaciones, las historias transmitidas pueden ponderarse más que las experiencias propias. Además, ningún fenómeno social es inmutable y hasta las estructuras más sólidas del terror latente son susceptibles al paso del tiempo y a la recomposición de los arreglos intersubjetivos.

Antes la gente no hablaba, todo estaba bien. Por eso uno no hacía el planteamiento. Al final no estás pensando nada del otro mundo y decías: “¿Por qué no hablan de tal cosa?” Pero ahora sí, la gente ya como que... La gente hasta en la calle, si no hay tal cosa dice: “Estamos en Cuba, mira la basura cómo está”. Es decir, ya las personas no se preocupan tanto por quién va pasando por al lado suyo y, aunque tú seas quien seas, se expresan, porque dicen: “Es verdad, eso está ahí. No estamos hablando mentiras”. Han perdido el miedo. Esa es la palabra: miedo. [Médico, 52 años]

Ahora bien, antes de concluir esta aproximación a tan peliagudo tema, es menester aclarar que tampoco debemos caer en la ingenuidad epistémica o política. Insistimos: el énfasis en la capacidad de agencia de los subordinados no implica traspasarles *toda* la responsabilidad por su calamitosa posición en las relaciones de poder. Se trata de superar paradigmas substancialistas, estructuralistas, funcionalistas; de entender los diminutos movimientos microsociológicos que, día tras día, mantienen, validan y desafían el orden político general. No como la ejecución planificada de un guion escrito y dirigido desde arriba; sino como la espontánea, creativa e imperfecta obra de teatro de la vida que, en respuesta un poco premeditada y otro tanto indeliberada a aquel guion, se construye desde abajo, por seres *humanos*, sociales, competentes, dotados de cultura, memoria, experiencias, hábitos, expectativas, estrategias, diferencias, conflictos, ganas... y miedos.

Esto está aquí hasta que el cubano quiera. Eso no es un secreto. Un gobierno está establecido hasta que la gente lo aguante. Cuando la gente no lo soporte más, lo quitan. Como quiera que sea, el pueblo es la mayoría. Históricamente está demostrado: no hay un presidente que se pueda sostener

en un país por mucho tiempo cuando el pueblo no lo quiere. Acaban siendo derrocados.
[Mensajero, testigo de Jehová, 49 años]

6.1.2.2 *Paranoia, desconfianza mutua generalizada*

Como es de suponer, el miedo al gobierno es una oscilante tendencia social que, en su luctuoso influjo, arrastra consigo una serie de experiencias típicas de obediencia igual de tenebrosas, góticas. El temor a ser víctima del archiconocido repertorio punitivo del Estado represor aparece acompañado, en primer lugar, de esa desconfianza mutua generalizada que ya se vislumbró en la tipificación de los principales espacios discursivos cotidianos (epígrafe 5.3). Importación mimética de la más pesada «industria disciplinaria» soviética (estalinista), el descomunal sistema en red de soplones, informantes y colaboradores (voluntarios o coaccionados, habituales u ocasionales) de la Seguridad del Estado, la policía y demás órganos del Ministerio del Interior, ha conseguido, con total eficacia, que en Cuba la desconfianza entre ciudadanos alcance ribetes patológicos: “Vuelvo para lo mismo: tú siempre piensas que te están mirando, vigilando... Toda la vida hemos tenido ese miedo, no se puede hablar, hay que estar callado para que no te pase nada. Desde que nacimos incorporamos ese miedo”.

Fuimos instruidos en la chivatería, en que este es un chivato, aquella es una chivata, aquel es un informante, el otro un doble espía, en que los CDR vivían vigilando. (...) La gente tiene miedo a hablar, tiene miedo de que lo vean, tiene miedo de protestar, de exigir su derecho, porque la gente no sabe hasta dónde puede llegar. [Repasadora particular, 60 años, exmilitante del Partido]

Por supuesto, la naturalización rampante del panoptismo de Foucault o la «dominación ocular» de Fujitani (ver apartado 1.2.2.3) es un proceso que ha demorado décadas en cristalizar así, con esa apariencia de consumación perfecta. Únicamente las más irreverentes interacciones entre algunos miembros de la más nueva generación, o puntuales intercambios «hiperrealistas» sobre determinados temas materiales urgentes, irrefutables e indirectamente políticos (la escasez, las colas, la insalubridad, el derruimiento, etc.), nos recuerdan la precariedad de cualquier aparente «resultado» consumado. El caso es que, por el momento, la creencia generalizada de que cualquiera, incluso una persona allegada, puede delatarte y meterte en complicaciones se ha incorporado rutinariamente al repertorio de experiencias típicas que ayudan a los subordinados a desandar los laberintos sociales. Y no podía hacerlo de otra manera que con forma de escudo preventivo, siempre a mano, listo para anticiparse al peligro y evadir posibles emboscadas.

Si los pacientes vinieran a hablarme de política, yo mismo los frenaría, porque soy el doctor y solamente estoy allí para hacerte tu consulta médica. No sé quién eres, aunque te conozca hace 20 años dentro de la población. Y no se me puede olvidar, hijo, que yo sigo viviendo en una casa del Estado. No tengo nada propio. Entonces, tengo que cuidar también lo mío. Vuelvo a tener el temor, ¿ves? Como vecino, hablo con algunos al paso, porque tampoco puedo hablar así. Siempre le digo a mi esposa: “Soy vecino, pero nunca dejo de ser el doctor”. Por ende, tampoco hablo. Aunque sean las ocho de la noche y yo pase y estén hablando de un tema [político], más bien el que se va soy yo. Alguna excusa encuentro, pero me voy. No participo de eso [Médico, 52 años]

“Aunque te conozca hace 20 años”. Nuevamente se dice fácil, pero las connotaciones de esta «enfermedad» social crónica son devastadoras. Que vecinos de toda la vida, compañeros de trabajo de años, parientes, etc., se traten con recelo, suspicacia o falsedad es psicológicamente desgastante para los actores; y, a la vez, resulta una escena trágica en el registro de campo del investigador. Es triste, porque el uso cotidiano, masivo y recurrente, de pesados yelmos medievales presume, de antemano, la maldad en «el otro»¹¹, sólo por si las moscas. Y aunque para todos es una obviedad que son muchos más los no-agentes que los “chivatos”, la imposibilidad de saber a ciencia cierta quién es o no informante conduce a casi todos a desconfiar, a cuidarse las espaldas a capa y espada y a medir a todo el mundo con la misma vara. De modo que pagan justos por pecadores y la esencia colaborativa de la sociedad se pervierte en las fauces de la paranoia colectiva.

Una paranoia que se traduce en conocimiento práctico aplicable a las más diversas situaciones: La entrevistada que, en su propia casa, para decirme que votó por el «No» en el referéndum usa muecas y gestos sigilosos, sin emitir sonido alguno, a fin de burlar el oído atento de algún vecino espía. La acompañante de un paciente que, en una sala de recuperación de un hospital donde sólo había seis personas, baja la voz hasta susurrar para simplemente decir: “Hay mucho disgusto, malos salarios”. La hermana que regaña al investigador por usar una app de chats para pedirle que coordinara una entrevista: “¡Loco! Eso me lo puedes decir personalmente. ¡Aterriza!”. El amigo entrañable que, incluso al amparo de los muros protectores de su hogar, utiliza una y otra vez el

¹¹ Esta presunción tiene expresiones en otros ámbitos no políticos de la vida cotidiana. Un ejemplo clásico es el de la auto/imagen del vendedor depredador Vs. un desprotegido cliente «presa». “Aquí todo el mundo está acostumbrado a no trabajar, a robar. Vivimos unos a expensas de los otros. Nos matamos entre nosotros mismos”. Se ha naturalizado, de manera bastante cabal, que la gran mayoría de los vendedores (particulares y estatales) que comercializan productos por gramos, onzas, libras o kilogramos, le roben al cliente en el peso de la mercancía y, en menor medida pero también frecuente, en «el vuelto», cambio o diferencia del pago. Al punto de que cuando alguien tiene la suerte de re/conocer a un vendedor honrado este resulta merecedor de incontables elogios.

crítico epíteto de «Manolo», para evitar mencionar de forma explícita el nombre de Fidel, por temor a ser escuchado y mal interpretado por los vecinos: “Porque en vida de «Manolo» nunca se hubiera podido firmar un acuerdo con las Grandes Ligas [de béisbol]. Él siempre se oponía a eso”. La madre sobreprotectora que en las afueras de una terminal de ómnibus sermonea a sus hijos por mostrarse y reírse de un meme sobre Hugo Chávez, sólo porque había un militar parado relativamente cerca, aunque por completo fuera del alcance de la pantalla del celular: “Mami, estás más paranoica que yo”, le espeta la que se ve mayor. “El diablo son las cosas, hija”.

La lista es infinitamente vasta, variada, elocuente y espeluznante. Y, si bien se advierten ciertas diferencias perceptivas entre adultos y jóvenes, entre trabajadores estatales y cuentapropistas, respecto a la necesidad de protegerse todo el tiempo de la vigilancia panóptica sin rostro; las proporciones empíricas de esta versión posttotalitaria del «síndrome Truman» resultan más que alarmantes y recuerdan muchísimo a la distópica sociedad delineada, con magistral sangre fría, por George Orwell en 1984. “Qué raro que Raúl esté tan calladito tras el tornado. Debe estar arrepentido de haber puesto al «Canosito» [Díaz-Canel] en el poder. Ellos deben saber las inconformidades de este pueblo. Ellos lo saben todo, hasta la hora en que vas a cagar”.

Aunque en este multitudinario caso el «delirio persecutorio» no es un trastorno espontáneo de la mentalidad colectiva, sino que, por el contrario, ha sido instigado con sistemática perversidad disciplinaria por el gobierno; ciertamente sus consecuencias observables son igual de autoflagelantes para la sociedad. La desconfianza extrema como respuesta intersubjetiva a la vigilancia «ubicua» del Gran Hermano deviene un atributo emergente que, para beneplácito de los poderosos, disgrega a la sociedad cubana. Fragmenta en millones de islas el descontento, la inconformidad, la ira. Confina las ansias de cambio, de rebelión, al «remoto» y retraído ámbito privado, con una capacidad de interconexión pírrica respecto a la arena pública (dominada por el espectáculo ilusorio de la estabilidad incólume, unánime y entusiasta).

6.1.2.3 Censura y autocensura: callo, luego existo

Entre el conjunto de experiencias típicas de obediencia que en cascada se desprenden del miedo al gobierno resalta, sin necesidad de hurgar mucho, la auto/censura. Un esquema de referencia hartamente presente en las interacciones cotidianas entre subordinados que, de forma explícita o implícita, aluden a la dominación. Tanto en su versión autoaplicada como en la ejercida sobre otros, la censura responde a un largo proceso de internalización del miedo al «ogro» y de

autoconvencimiento de que, como regla general, en casi todas las situaciones la mejor estrategia de comportamiento es callar, pasar desapercibido, evitar el debate, la polémica, no dar pie a malentendidos. De todas las experiencias típicas condensadas en este epígrafe, la auto/censura es, probablemente, la más forjada al calor de las vivencias propias y no tanto por el conocimiento transmitido; y, por ello mismo, la que más refleja la fuerza estructurante de la iteración.

En el caso de las experiencias típicas de obediencia, por lo general la censura aparece vinculada a lazos de afecto o aprecio y a un casi instintivo sentido de protección. Si en un espacio semi/público, o incluso privado, algún distraído u osado ser querido pone en riesgo el «equilibrio aséptico» de la situación, nunca falta un codazo, un pellizco, un pescozón, un retorrijón de ojos, una patadita, una seña más o menos sutil, una invitación gestual a bajar la voz o, por las claras, una reprensión verbal (“Hablen bajito que allá al lado vive una del colegio electoral”), para dar testimonio de la desaprobación del/a censor/a pero, sobre todo, de su (buena) voluntad de, por el bien de todos, evitar futuros «desatinos» o amenazas al mantenimiento de la fachada. El regaño algunas veces encuentra comprensión, otras oídos sordos y en ocasiones ingeniosas réplicas, verdaderas joyas del pragmatismo subordinado: “Ay, mima, ya a los viejos no les hacen nada”.

Desde la delimitación de las formas y los espacios discursivos, y con más refulgencia en la sección anterior, vienen saliendo a flote algunas muestras relevantes de censura, un conocimiento práctico fuertemente asociado a la desconfianza en «el extraño», el miedo al castigo y la sensación de vulnerabilidad. Mientras más disruptiva parece la situación, más expuestos quedan los orígenes autocráticos y coercitivos que subyacen a la reprobación. Al punto de que la conciliación intersubjetiva ha llegado a homologar libertad de expresión con insanidad: “Un día ahí en la esquina tres vecinos se pusieron a hablar maravillas de la desaparición de Camilo [Cienfuegos]¹², a voz en cuello. Y yo me dije: «¡Esta gente se volvieron locos! ¡Los van a meter presos!»”.

Lo vimos en el apartado 5.1.1.3, el orden sociopolítico vigente ha dado lugar a un contexto cultural dominado, en general, por arraigados sentimientos de imposición y, en particular, por la sensación hueca de vivir sin libertad de expresión. “Es útil criticar, decir lo que uno piensa, desahogarse. Pero aquí no puedes hablar mucho, porque si hablas más de la cuenta, ya eres contrarrevolucionario. Hay muchas cosas que no puedes decir. Por eso mucha gente se limita a hablar”. El fantasma de la «diabólica oposición» una vez más a escena. Otra dimensión de la

¹² Camilo Cienfuegos está considerado uno de los grandes héroes de la revolución cubana cuya extraña desaparición en un supuesto accidente aéreo ha estado rodeada de grandes misterios y teorías disímiles.

intersubjetividad en la cual, con un mínimo gasto de recursos coactivos, la estrategia gubernamental de demonizar la disidencia cosecha sustanciosos frutos en materia de autodisciplinamiento y autocontención.

¡Nadie se quiere meter en ese lío de la oposición! La gente no se quiere buscar problemas. Quieren estar tranquilos. Además, tú vives en familia. Entonces, tienes que pensar en ellos. Crees que así estás defendiendo a tu familia, estando tranquilo, estando de acuerdo con todo. Y para que tu familia no se busque problemas, para que tu hija no sea *malmirada*. [hace una seña horizontal con la mano como cerrando una imaginaria cremallera en la boca] [Enfermera, 50 años]

De modo que el miedo al gobierno se conjuga, además, con un agobio típico de las sociedades cerradas, víctimas de la dictadura de la homogeneidad: el miedo a desentonar, a salirse de la (aparente) «norma», a ser tildado de divergente: “De todas formas tienes que seguir viviendo aquí. Y hay más gente que supuestamente son revolucionarios, y te critican, hablan mal de ti. Y para no estar en ese «chu, chu, chu», es mejor a veces callarse la boca”. He aquí una de las explicaciones prácticas de por qué para el régimen son tan importantes los espectáculos, los rituales y las manifestaciones masivas de reverencia, por mucho que transpiren falsedad y obligatoriedad (la ficción de la dominación que encontró Wedeen en Siria). Cual efecto derrame, la entelequia de la subordinación global parece permear hacia abajo todos los ámbitos cotidianos de socialización (la escuela, el trabajo, la comunidad), en cuanto a la inclinación a colgar los guantes de la crítica y, como salida fácil y más conveniente, optar por el mutis por el foro:|

Cuando estabas en la universidad, ¿te acuerdas de que siempre que daban la Asamblea de la FEU¹³ preguntaban: “Digan sus problemas”? Y muy poca gente decía: “El agua, la comida...”, “Las tías se están robando el aceite”. ¿Siempre dónde era? En el pasillo. Sucede lo mismo en las empresas. Puedes plantear cosas que se pueden resolver en la misma empresa. No tienen que subir a un nivel superior. Pero normalmente la gente se calla. [Ingeniero, 34 años, exmilitante del Partido]

Ya a nivel personal, sabemos que la autocensura no siempre implica un dominio juicioso del repertorio de saberes, la situación, el comportamiento y la reciprocidad de perspectivas. Por el contrario, con mucha frecuencia se practica de modo indeliberado e indiscriminado: “No sé si mi forma de pensar siempre fue así, como te decía ahorita, que tiene que haber un cambio radical. A ver, es que la palabra radical suena muy fuerte. Me gusta dejarlo en cambio, sin ponerle apellido”.

¹³ Federación Estudiantil Universitaria

En su versión autoinfligida, el amordazamiento tiende a desarrollar una propiedad muy particular: la descontextualización, ausente en el otro caso, como hemos visto, más dependiente de las especificidades de la situación. Por demás, cuando se ejerce a conciencia, la autocensura deviene un conocimiento práctico que se refuerza con los años, a través de la acumulación de fallidas experiencias personales (intentos de incidir en la toma de decisiones colectivas), así como por la exposición recurrente a ambientes deliberativos estériles, altamente contagiosos.

El otro día en el trabajo muy bajito pensé también: “Y después decimos que se acabaron las gratuidades”. Pero, bueno, esa sí me la pensé, esa no la dije en alto para no... Cuando estaba en la UJC yo sí discutía mucho las cosas que no creía lógicas; pero con el tiempo uno va..., vamos a decir madurando, y se da cuenta de que hay cosas que no vale la pena decirlas. [Ingeniero, 34 años, exmilitante del Partido]

Justamente debido a este proceso biográfico de “maduración”, en muchas personas, más que una preconcepción orientadora para enrumbar la conducta en determinadas situaciones típicas o familiares (si X condiciones, mi proceder = Y), la autocensura pareciera haber transmutado, con total consolidación, hacia una manifiesta *actitud* ante cualquier tipo de socialización en espacios no privados (el trabajo, la escuela, la comunidad y otras zonas fronterizas). Es decir, aparece más como una *predisposición* comportamental (mi proceder siempre = Y, con independencia de las condiciones), que ya resulta una dimensión cultural que está por encima de las experiencias típicas, en cuanto al nivel de abstracción y sedimentación en las capas profundas de la intersubjetividad.

“Yo misma, que estoy en la lucha, ¿qué voy a discrepar? Todo lo que tenga que decir con respecto a esto, los cambios, o lo que yo desee, me lo cayo. Si yo no voy a resolver nada hablando. Lo mejor es seguir en mi lucha, viviendo, comiendo..., a ver si algún día hay alguna mejoría, y no hablar de nada de eso. [Exprofesora, “bolitera”, 35 años]

6.1.2.4 Simulación: ejes y límites de un comodín

Aunque todas las experiencias típicas de obediencia antes abordadas están de muchas maneras imbricadas con la simulación, no podemos rehuir de la pertinencia de dedicarle su propio espacio analítico al caballo de batalla de los partidarios de la adhesión estratégica a la hora de prefigurar sus interacciones con los demás ciudadanos, las autoridades y los marcos de significados políticos vigentes para estos intercambios sociales. A semejanza de la autocensura, la simulación también adquiere, bastante a menudo, ribetes de predisposición comportamental o actitud frente a la

tornadiza vida en comunidad. Ante la duda o la ambigüedad de una situación difícil de definir según el catálogo de «conocimiento a mano», la simulación deviene siempre el comodín por excelencia para evitar tropiezos o sustos. Ni se diga de aquellos espacios tipificados de antemano como escenarios «naturales» de la interpretación cotidiana de la farsa de la obediencia: la escuela, el centro de trabajo, ciertas áreas del barrio, la arena pública.

Yo no puedo decir en la escuela: “Ah, no voy [al desfile] porque eso para mí es una pérdida de tiempo, porque eso para mí es mentira, porque eso para mí es...”. No se me ocurriría, no. Porque está en juego mi carrera y no sé lo que me pueda pasar. No lo quiero intentar, no quiero probar. Son muchos años de esfuerzo. [Estudiante de Medicina, 22 años, militante de la UJC]

Ya lo adelantábamos en la sección 5.1.1.4, una de las consecuencias observables de la “doble moral” como convicción es la apuesta colectiva por el silencio como sensata y universal estrategia de conducta, la cual, en la mayoría de los ámbitos sociales, permite economizar esfuerzos (simuladores) y ahorrarse complicaciones: “En la reunión de departamento me limito mucho a hablar, porque a mí me gusta decir lo que siento. A veces no he estado de acuerdo con mi jefa, pero me limito porque al final se sigue haciendo lo mismo”. Incluso en un espacio cotidiano como la empresa o entidad estatal donde, según la teoría socialista, los empleados debieran estar empoderados, la autocensura constituye una pieza clave de esa reflexivamente elegida «cultura del silencio» que suele acoplarse en tándem con el comportamiento obediente.

Dos son las razones fundamentales para este acoplamiento: 1) callar resulta la manera más fácil y anónima de otorgar legitimidad a la autoridad (sobre todo al reprimir los cuestionamientos), primer escalón y base de la simulación. Y, luego, 2) callar se convierte, asimismo, en el mejor complemento para que la actuación del «como si» se fuera leal luzca perfecta, libre de los desdoros de cualquier “exceso de sinceridad”. Ya las particularidades de cada situación van dictándole al sentido común cuándo y hasta dónde es necesario aplicar a rajatabla el recetario histriónico de esta experiencia típica, o si es posible relajar, y en qué medida, los circunspectos barrotes de la simulación. Si de la pulcritud del *performance* dependen cuestiones tan valiosas como el sustento familiar y, además, el ambiente se preña de gérmenes vecinos como el miedo y la desconfianza, los subordinados pondrán todo su empeño en que la puesta en escena sea impecable.

Quizás en la Misión había otros inconformes como yo, pero no se hablaba, por temor. Quizás yo, con mi amigo de más confianza, y cuando ya supe que podía confiar en él, porque si hablaba y yo no sabía quién era él y me deportaban para acá, no lograba mi objetivo por el cual había ido... Yo

sabía que podía pasar, que por “problemas políticos” enseguida iba a estar acá. Nos lo habían advertido, que no podíamos hacer ciertas cosas que afectaran nuestra condición política. Cualquier cosa que yo hablara, las personas que estaban allí del Partido, que uno sabía abiertamente: “Este es mi dirigente y pertenece a la UJC y al Partido”... Pero había otros que tú no sabías y también podían ser..., segurosos, chivatones. Entonces, tú en la misión no hablas, tranquilito, te cuidas de muchas cosas. Todo era bonito, aunque por detrás decías: “Ño...”, comentarios; pero a la hora de allí todo estaba bien. [Médico, 52 años]

Depurar la fachada del «buen subordinado» de las inconformidades que se cultivan tras bambalinas es justamente el principio axiológico de la “doble moral”, cuyo mandato se lleva a la práctica por medio de un esquema de referencia tan controvertido como la simulación. Pero, aunque resulta el más manido, no es el único de los recursos de la simulación, ni tampoco el más cuestionable, desde el punto de vista intervencional de los actores.

Ya lo advertíamos en la propia sección 5.1.1.4: según los subordinados, expresar discursos de lealtad falsos resulta, por consenso intersubjetivo, más deleznable que callar y autocensurar el pensamiento crítico. Sin embargo, aunque se evita al máximo transitarlo, especialmente para la gran mayoría de los empleados estatales la simulación oral no es un camino vetado; se reserva como el último de los recursos «a mano» para cuando la situación parece conducir a un callejón sin salida. Fue el caso, por ejemplo, de los trabajadores de un centro de producción de alimentos en Camagüey que, al día siguiente de la muerte de Fidel Castro, al llegar al trabajo a primera hora, apenas traspasar la puerta de la entidad, los directivos les tenían preparada una entusiasta encerrona: “Nos acarrearón y nos dijeron «Vamos a hacer un mitin». Nos pusieron a gritar «¡Viva, Fidel! ¡Viva!» ¿Y qué iba a hacer yo? Gritar igual que todos los demás, imagínate. Todo el que trabaja [con el Estado] tiene que entrar por el aro.”

Menos engavetada y «pecaminosa» resulta, en cambio, la gastada experiencia típica que recurrentemente orienta al esquiife de la simulación estratégica en su ceremonioso acompañamiento de las grandes manifestaciones masivas de “unidad nacional” (léase, culto a la dominación). Sobre todo para estudiantes y empleados estatales, la prestación del cuerpo instrumentalizado –vaciado de voz y espíritu (literalmente desalmado), aunque nunca desprovisto de ideas– para las megarepresentaciones teatrales del gobierno constituye un recurso siempre disponible en el acervo de la obediencia. Como serpiente que se muerde la cola, la multitudinaria puesta en práctica de tales esquemas colectivos de colaboración falaz con las pretensiones de

dominación alimentaria y legítima su pervivencia en el imaginario subordinado. A simple vista, estas actuaciones conjuntas parecen rebosar torrentes de asenso. Sin embargo, cuando se auscultan con rigor por dentro, se muestran minadas de microexpresiones de resistencia, como abundaremos más adelante (apartado 6.2.1.3).

Por otro lado, desde el capítulo anterior hemos registrado también cómo incluso al interior de las organizaciones políticas (UJC y PCC) la simulación más dantesca trepa, como la hiedra, por los murallones ideológicos de los poderosos, espoleada por el poder coercitivo y de recompensa de estas instancias de la dominación: “Me uní a la UJC porque en mi escuela decir que no era complicado”; “Uno tiene que fingir que está de acuerdo con todo”; “Por eso también estoy en la UJC, porque me han dicho que eso de alguna manera te da algún tipo de beneficio, respecto a otras personas (...) Y si tengo un cargo, soy aún todavía más [privilegiada]”, “Ya al Partido le saqué todo lo que necesitaba”, etc. La militancia por conveniencia u obligación, o un poco de ambas a la vez, se yergue como un rocambolesco metaesquema de referencia que muchos abrazan de más o menos buena gana, a veces inclusive de manera concertada, con tal de allanar la ruta hacia la conquista de ciertas metas personales.

No sé si habrá cambiado. Pero antes, cualquier médico, para salir de misión, tenía que pasar primero por Venezuela. Me imagino que los que estén en la Salud ahora, si son del Partido, tengan alguna ventaja, que hasta cierto punto eso... “Yo soy militante del Partido”. Ya para Brasil no, pero sí para Sudáfrica, para Angola [misiones más lucrativas]. Que lo tienen [el carné] más por la obligación de lo que pueden sacarle o de lo que pudieran obtener, que no por la... [convicción] Hay quien lo tiene para resolver cosas del diario. [Ingeniero, 34 años, exmilitante del Partido]

Por supuesto, dicho metaesquema de referencia comprende todo un rosario de prácticas militantes con sus correspondientes experiencias típicas de simulación de lealtad e identificación con la causa comunista, que no necesariamente todos ocupan en su totalidad: asistencia disciplinada y puntual a reuniones, trabajos voluntarios, desfiles, movilizaciones, elecciones y todo tipo de convocatoria partidista; participación comprometida en “tareas de choque” (programas sociales o económicos); coordinación y liderazgo entusiasta de matutinos, asambleas estudiantiles/sindicales, jornadas conmemorativas y festivas; entrenamiento militar y preparación para la defensa; declaraciones a los medios de comunicación, como estudiantes, trabajadores, vecinos y ciudadanos “de vanguardia”; organización y ejecución de actos de repudio contra los opositores declarados; entre muchas otras.

Para muchos de quienes se suman a la comparsa de la militancia sin convicción, ya vimos, el brumoso umbral de la simulación oral marca la frontera moral entre venderle el alma al diablo (simulación a ultranza) o alquilársela a ratos bajo ciertas condiciones (simulación con límites). Ahora, también la simulación práctica tiene sus propios cotos internos que dividen en recatados e impúdicos los repertorios de «conocimiento a mano» de los aduladores. Por ejemplo, no todos están dispuestos a sucumbir ante la tentación de falsear las actas de las reuniones de la UJC, y mucho menos a convertir tal práctica en una experiencia típica - rutina. En otros casos, el límite cognitivo - moral no reside como tal en la práctica, sino en la escala de la acción (algo que nos recuerda la naturaleza doblemente estable y dinámica de estos esquemas de conocimiento aplicado). Se puede, por fuerza de la costumbre, (saber) simular afiliación política aceptando y ejerciendo cargos directivos en las estructuras de base más primarias de las organizaciones políticas. Y, sin embargo, acotar dicho saber trillado exclusivamente a ese nivel. Es decir, no imaginar ni practicar tamaña farsa en instancias superiores, ni siquiera en la inmediata superior, todavía a nivel de base.

Soy una militante bastante pasiva. Lo más que he hecho es ir a alguna reunión del Comité de Base. Voy cuando lo dicen. Y casi nunca quiero ser de ningún cargo. Pero, a veces, somos tan pocos... Porque hay un secretario general, un ideológico, otro no sé cuánto. Si sólo somos cuatro, cada uno tiene que coger un cargo. Y ahí nos dividimos al azar. (...) La última vez creo que me tocó algo. Pero ni me acuerdo, sinceramente. ¡Ah, ya sé! Me escogieron para votar por mí a nivel de la escuela, creo. Candidata para Comité UJC a nivel de la escuela. Pero dije que no iba a ir. Me anotaron como suplente, sí. No sé, éramos como tres y no teníamos que ir los tres. Se ponían tres nombres, pero en verdad podía ser un solo candidato por cada comité de base. Yo estaba loca por irme. Pero no me ha pasado por la mente en ningún momento presentarme a eso. [Estudiante de Medicina, 22 años, militante de la UJC]

6.1.2.5 Indiferencia, resignación, renunciamento: saberes ignorantes

No podíamos cerrar este bloque de experiencias típicas de obediencia sin detenernos en el reservorio cognitivo de ese gran sector presuntamente automarginado de la microconstrucción de la gobernabilidad: los indiferentes y resignados. Por supuesto que la apatía —a golpe de persistencia, síntesis, estructuración y, paradójicamente, colaboración— también compone y almacena en la memoria colectiva sus propios atlas mentales, útiles para simplificar y facilitar su

conducción práctica por el mundo de la vida cotidiana. Hasta la pretensión de neutralidad política necesita puntos cardinales intersubjetivos para enrumbar su desinterés, lasitud y abstencionismo. ¿Qué sentido puede ser más práctico que el de economizar unas de por sí ya desfallecidas energías?

La primera receta comportamental de la apatía, obviamente, es (otra vez) la autocensura. Sin embargo, en este caso, no es una pauta forjada a raíz del miedo (al gobierno y los estigmas) ni de la conveniencia oportunista. Aquí la autocensura deviene la obra pulida del cansancio acumulado durante años. Y no cualquier cansancio (racionalizado en hastío, por ejemplo), sino uno internalizado en un profundo agotamiento político y el convencimiento compartido de que es una total pérdida de tiempo expresarle cualquier planteamiento a la autoridad, cuestionar o intervenir en la producción discursiva y práctica de la realidad política. “Hay muchas cosas que uno no reclama, porque ya sabe la respuesta. ¿Para qué?”; “No sé si es que los [posibles] opositores tengan miedo o piensan como yo: que al final no se va a resolver nada y todo va a seguir igual”. Hablamos de un «conocimiento a mano» deudor y tributario de las expectativas pesimistas; el cual acerca y aplica a la mayoría de las situaciones diarias más comunes el desalentador horizonte de aquellas.

En realidad, no voy a las reuniones del CDR porque a las cosas que hablan no le doy importancia, porque veo que no resuelven ningún problema. Vas a una reunión del CDR y hablan de los muchachos, de las esquinas, de la basura... Y al final todo sigue igual. Vas a la próxima reunión e igual: la basura está en la esquina, los muchachos jugando fútbol en la calle... No resuelven ningún problema. [Técnica en prótesis dentales, 22 años]

Aunque, por lo común, desinterés por la política y renunciamiento (al derecho, deber, compromiso) cívico van de la mano –tienen una gran afinidad electiva–, específicamente en la adopción de la autocensura como esquema de referencia a mano pareciera pesar más la «indigestión» por excesos de fracasos políticos (hartazgo) que una genuina «inapetencia» política (desidia). “Pagaba la cotización, iba a las reuniones; pero, yo era... [sonríe y suspira] inactiva en esas reuniones, porque ¿qué iba a opinar?, ¿qué iba a decir? Se habla mucho, pero no se hace nada. Para qué navegar contra lo imposible”. “¿Para qué?” es la pregunta retórica que, primero, sale al paso a cualquier reducto de iniciativa política que intente siquiera anunciar su presencia en el imaginario indiferente; y, en segundo lugar, responde con contundencia todos los cuestionamientos externos (provenientes desde otros estancos de la lealtad). A su vez, “Navegar contra lo imposible” (también comúnmente expresado como “nadar a contracorriente”) se alza como estandarte real del movimiento apoliticista. Juntos, ambos atributos componen el núcleo cognitivo-práctico de una

resignación grupal que más que una experiencia típica se reafirma (reflexivamente) como una *actitud* bien curtida bajo los efectos abrasadores del desencanto más ácido.

Se escucha mucho a las personas, entre comillas; pero eso ya está escrito. Para mi idea, aunque lo conversen con la población, aunque se hagan las reuniones esas de cederistas, aunque se debata, se discuta, la Constitución es una cosa que está aprobada por el sistema, a mi criterio. Es decir, que lo que yo opine o deje de opinar, no importa, no va a influir en nada. [Exprofesora, actualmente “bolitera”, 35 años]

De brazos cruzados y sobre la biblia de la neutralidad, semejante actitud termina jurando lealtad involuntaria a la dominación. Ya explicábamos en el apartado 5.2.6 cómo, a nivel discursivo, la lasitud negacionista y la lasitud colaborativa contribuyen, en diferente grado, a perpetuar los intereses de los poderosos. No sólo ahorrándoles molestos actos de oposición y problemas concretos; sino inhibiendo los flujos de «calor» que alimentan la cocción intersubjetiva de la resistencia. O lo que es igual: reduciendo la conflictividad. Pues, sucede lo mismo a nivel práctico. En el sentido de que las experiencias típicas de autocensura indiferente, por ejemplo, han demostrado ser altamente contagiosas, capaces de replicarse, mutar y esparcirse como pólvora por los cauces predisponentes de la intersubjetividad. Recurso toral de la «apatía introvertida» (una de las variantes de la «lasitud colaborativa»), a menudo la autocensura socializada como «conocimiento a mano» trae adosada un paquete de representaciones generales y generalizadoras acerca de la conducta política de los ciudadanos.

Los cubanos somos unos carneros [risas], porque lo aguantamos todo. ¡Todo lo aguantamos! El hecho de protestar no quiere decir que quieres que se caiga el Gobierno. Tú puedes protestar sanamente para que una cosa cambie. Quizás no tengas que hacer una manifestación de salir a las calles, pero en tu centro de trabajo puedes decir: “Esto está mal”. Y eso no te hace ser una persona contrarrevolucionaria. Pero aquí el hecho de protestar se cataloga..., ya te meten en una bolsita que quizás tú no estás, tú no eres. Entonces, todo se aguanta. Yo voy a una reunión y ya tengo un concepto, es feo pero este es mi concepto: oigo, metabolizo, todo lo demás sale por este oído y al final [en silencio] saco mi propia conclusión. [Médico, 52 años]

Desde la perspectiva de la acción cívica coordinada, el principal problema de la fusión entre experiencias típicas y representaciones generales sobre el comportamiento político (obediente o asimilado) de los diferentes tipos de actores subordinados que intervienen en la manufacturación artesanal y cotidiana de la gobernabilidad, es que tiende a *descontextualizar* el contenido del

procedimiento, la pauta para la interacción. Y, al despojarlo de sus anclas circunstanciales y situacionales, universaliza el patrón de conducta, lo exalta a la condición de actitud ante las relaciones de poder y lo sitúa entre los paralelos y meridianos de un único marco simbólico de referencia global: el de la abdicación recurrente (*no-decisión*) frente a las pretensiones de superioridad de las autoridades, sus acólitos y las herramientas de la dominación.

Hay personas que sí son fanáticas al sistema y no entienden la postura del testigo de Jehová. Esa presión que hacen ellos obliga a las autoridades a tomar medidas. Pero no siempre son ellos [las autoridades], sino la gente de abajo: “Yo luché por esto...”. Y empiezan a presionar y a presionar. No son tanto las autoridades o el gobierno; sino la gente que son fanáticas al gobierno. Es real. Comunistas, socialistas, como quieras llamarlos; son fanáticos del sistema. Eso nos pasa constantemente. Por eso muchas de las cosas a las que uno pudiera optar o tener en este país, uno ni se molesta en eso, para ni provocar. [Mensajero, testigo de Jehová, 49 años]

Curiosamente, se puede arribar a idéntica consagración (de la actitud) del desistimiento universal siguiendo una ruta casi opuesta: la sobrecontextualización. No en el sentido de «exceso de contexto», sino de exacerbación de ese contexto macro (y magro en nuestro caso) que, como bóveda estructural, planea por sobre todas las interacciones microsociológicas que sostienen, de forma recursiva, la estabilidad agregada. Expliquémonos mejor. Si las experiencias típicas de obediencia aparecen ensambladas con representaciones generales, ya no sobre el proceder político de los subordinados, sino sobre el sistema y sus ramificaciones institucionales; entonces, el acervo de «conocimientos a mano» habilitado para intervenir en la «política de las pequeñas cosas» suele teñirse de desaliento, sujeción y claudicación. ¿Por qué? Pues, porque ya los minúsculos y discretos movimientos cotidianos de los subordinados (los pequeños procesos de acción de Abbott) parten de una *predefinición* adversa y derrotista de la situación. Una que antepone las “mayúsculas” constricciones del contexto general por sobre la “insignificante” capacidad de influencia del ciudadano, al menos respecto al orden general de cosas.

Es más bien la forma de ir llevando la vida todos los días la que hace que uno se vaya dando cuenta de que todo no es tan fácil o tan lindo como te lo pueden pintar. Te lo pongo de esta forma: Aquí tienes una empresa eléctrica nada más. Es esa o esa. Una sola empresa de telecomunicaciones. Es esa o esa. Una sola empresa de radio y televisión... No tienes elección. Con el tiempo te das cuenta de que hacen las cosas mal. Pero, dices: “Bueno, ¿y para dónde me voy?” No tienes opción. Entonces, llega un momento de..., no sé si decirte de resignación. El otro día hablábamos de la

conexión de datos de ETECSA, que es una mierda. Vas a quejarte, OK. Me quejé en ETECSA. ¿Y? Si no tengo otra compañía como para decir: “ETECSA a correr o me voy con otra”. Al final llega un momento en que dices: “No me queda de otra que seguir hablando bobería a la hora del almuerzo, cuando nos pongamos a filosofar ahí”. Ya te digo: hay críticas, puede que, en términos laborales, en un consejo de dirección: “Miren, se hizo esto mal. Hay que hacerlo de esta forma”. Y la próxima vez sale genial. Pero las cosas que se van del nivel de uno, a veces uno se da cuenta y dice... “¡Bah...! [Ingeniero eléctrico, 34 años, exmilitante del Partido]

Pero esta claudicación «estructuralista» preestablecida es una actitud que no sólo permea las experiencias típicas de obediencia y genera toda una variedad de «no-eventos» (incapacidad para concebir que se puede incidir en la cosa pública). Ya adelantábamos en la propia sección 5.2.6 que también produce, de modo poco consciente, otro subtipo de «lasitud colaborativa» que, desde el desgano, el desdén y la ignorancia, coadyuva *activamente* a mantener en marcha los mecanismos de la dominación. En el caso de los «apáticos voluntariosos» el esquema de referencia es muy simple pero válido para resolver los entuertos prácticos de toda clase de situaciones: «Voy a todo, a las reuniones, las marchas, las elecciones..., cumplo, “marco tarjeta”, hago lo que me digan y regreso a lo mío. Total, no me interesa lo que pase». O nuevamente: “¿Para qué voy a faltar a las urnas o votar que «No»? Yo no voy a cambiar el mundo”.

“El 24 [de febrero], como estoy operada, puedo decir que me traigan la boleta a la casa para votar aquí y no tener que bajar las escaleras”. [- Eso no te conviene, abuela, porque pueden ver tu voto y no podrás votar por el «No».] “De todas formas yo marcaré el «Sí», *como todo el mundo*. “¿Para qué nadar a contracorriente? Un garbanzo no hace un potaje”. [- Pero, tú no sabes si hay muchos garbanzos pensando hacer un potaje]. “¡Bah! Siempre es igual: vamos como carneros al matadero y hacemos lo que nos piden. Esto es una dictadura. Aunque la mitad de la gente voten por el «No», ellos van a publicar lo que les venga en gana”. [Jubilada de las Fuerzas Armadas, 71 años]

En especial la fórmula práctica de emitir votos válidos y satisfactorios para las pretensiones de dominación, a pesar de la descreencia y la inconformidad, constituye una experiencia típica bastante socorrida dentro de la cosmovisión particular de la indiferencia / resignación (e, inclusive, sorprendentemente, dentro de los predios culturales de la desafección parcial). Con mayor énfasis en el sector de la tercera edad, aunque también presente en otros grupos de adultos menos mayores, el desacoplamiento entre convicciones desleales y un esperable comportamiento desobediente alcanza niveles escandalosos en la Cuba actual. Una dislocación que, a todas luces, propicia el

estancamiento de la sociedad, al perpetuar el *statu quo* y truncar los flujos ascendentes de la insubordinación.

La clave para entender esta contradictoria tendencia social reside en una capa más superficial de la geología cultural subordinada, las representaciones políticas generales: “Yo marcaré el «Sí», como todo el mundo”, “Un garbanzo no hace un potaje”, “Siempre es igual: vamos como carneros al matadero y hacemos lo que nos piden”... De modo que el (a veces subestimado) empuje de las percepciones racionales es el que estimula, hasta el paroxismo más febril, el descalabro entre creencias y conductas, que entrapa a agentes y estructuras en una relación tóxica, de momento estable y conveniente para la dominación. ¿Pero hasta cuándo?

Es el tipo de obediencia que en el capítulo I calificamos como «superdestructiva» (epígrafe 1.1.2), toda vez que, desde la desidentificación con la autoridad, las reglas y los valores del sistema (la ausencia de lealtad), se producen respuestas dóciles, funcionales, a cualquier convocatoria a las urnas hecha por el Estado-Partido, sin considerar que la aprobación mecánica de una nueva constitución o la elección de un delegado / diputado del Poder Popular palafrenero de los poderosos deviene un comportamiento perjudicial para los sectores subordinados inconformes y para las aspiraciones de cambio. Con lo cual se termina legitimando demandas que se consideran ilegítimas. Si bien ya hemos dicho que, en el largo plazo, esta clase de conducta desencadena procesos de desestructuración y reestructuración, debido a los inevitables ajustes que los subordinados hacen entre conciencia práctica y conciencia discursiva, cuando reflexionan acerca de lo que hasta ahora consideraban el orden natural de las cosas (Haugaard, 2012).

6.1.3 Experiencias típicas de asimilación. Saber surfear

6.1.3.1 Conocimiento práctico “ejemplar”

Aunque, en comparación con el desacato y la obediencia, resulta muy infrecuente observar manifestaciones de asimilación en la vida cotidiana de los ciudadanos cubanos en la actualidad, es necesario hacer una breve parada en algunas de las experiencias típicas que esquematizan en pautas de conducta compartidas la «consagración de la primavera» de la dominación. Ya sabemos que la asimilación es la respuesta cultural idónea para las pretensiones de superioridad política. El mejor fruto con que el veleidoso campo social puede premiar los esfuerzos «horticultores» de los poderosos. Ya quisieran los dominantes que sus pretensiones recibieran una correspondencia total o, cuando menos, que los rendimientos de la procurada cosecha de legitimidad fueran superlativos.

Sin embargo, si las relaciones de poder aparecen mediadas por la coerción y profusos brotes de miedo, ya hemos comprobado que también les alcanza con cultivar a raudales niveles ínfimos de legitimidad, como los que nacen de la adhesión estratégica y la involuntaria.

En este último caso, Cuba hoy, los escuálidos bastiones de asimilación adquieren una atendible relevancia para el mantenimiento y actualización del vínculo actual entre subordinados - autoridades. Una relevancia mayor incluso que si la correspondencia de los subordinados a las pretensiones de dominación fuera generalizada y plena (en cuyo hipotético caso el sistema resultaría un dechado de armonía). Por varias razones, entre ellas: a) su valor alegórico: en un panorama plagado de falta de fe y descontento, las manifestaciones de asimilación pretenden erguirse como el ejemplo a seguir, la concreción de la excelsa virtud socialista; b) su función evangelizadora: predicar los valores y modales socialistas para sumar si no adeptos, al menos disciplinados, obedientes y voluntariosos simuladores / indiferentes; y c) su responsabilidad como salvaguardas de la obra de la Revolución: vigilar, informar y mantener a raya cualquier intento de subvertir la hegemonía socialista. Cada uno de estos sagrados encargos contrae para los actores una serie de fórmulas de intervención en el agitado trasiego gregario de la colmena de la subordinación-resistencia.

Vale aclarar que nos referimos aquí a *manifestaciones de asimilación* y no a asimilados porque, si bien la gran mayoría de las demostraciones de subordinación convencida cobran forma en la voz y la piel de actores parcial o totalmente leales al régimen, sus valores, políticas y dirigentes, es natural y lógico encontrar también expresiones discursivas y prácticas asimiladas producidas desde otros (a veces sorprendentes) niveles de adhesión.

Para no ir muy lejos, es posible escuchar a voces tan críticas como aquella jubilada de las Fuerzas Armadas que defiende una postura radical del tipo “Esto es una dictadura”, intentando catequizar a sus parientes en una claramente apropiada doctrina antiimperialista oficial: “¿Qué tienen que hacer los israelíes bombardeando a Siria? ¿Y los americanos metiendo las narices en Venezuela? Esos son unos hijos de puta. Todo lo que sea en contra de los gringos, yo lo apoyo”. O, como veíamos antes (epígrafe 5.2.6), es muy común que actuales indiferentes o desafectos parciales reconozcan, en su momento, haberse sumado gustosos, pero carentes de conciencia política, a la comparsa de la militancia en la UJC y el PCC, persiguiendo créditos intersubjetivos (reconocimiento social, prestigio). Una experiencia muy típica que, bajo la categoría de «asimilación ingenua», promueve con gran eficacia y alcance la receta del ingreso formal a la

maquinaria comunista «por deporte», sin tener la más mínima idea de cuáles son los costos sociopolíticos de seguirle el juego a las pretensiones de dominación.

Me uní a la UJC en oncenso grado y, sinceramente, no pensaba que me unía para después coger una carrera, no. Me uní porque supuestamente estaba lo mejor del grupo, me escogieron de entre los estudiantes. No creo que la gran mayoría de los que militamos en ese momento tuviéramos algún tipo de conciencia de lo que era una militancia política; para nada. En ese momento se decía, primeramente, que en la UJC tenían que estar los más integrales, estudiosos y cumplidores. Y, bueno, así fue como me uní a las filas. [Estudiante de Medicina, 22 años, militante de la UJC]

Por supuesto, aunque las organizaciones políticas, en especial la UJC, están plagadas de asimilados ingenuos y “doble moral”, estas asociaciones constituyen el foco, por antonomasia, de auténticas manifestaciones de lealtad: “Creo que yo sí tenía conciencia de adónde me estaba integrando. Sentí alegría y mucha satisfacción. Incluso yo añoro militar en el Partido Comunista de Cuba”; así como de intercambios prolongados, intensos e influyentes de disímiles experiencias típicas de asimilación: disciplina laboral, comunitaria, social y estricto apego a la ley (notoriamente renuencia a “luchar”); acatamiento (con o sin reparos) de las medidas y directivas superiores; participación más o menos entusiasta en las convocatorias; “disposición combativa” frente a las indisciplinas, “tendencias negativas”, “amenazas contrarrevolucionarias”, etc.; y, en casos excepcionales, activismo al interior de las organizaciones y en la sociedad en general, compromiso político ilimitado, voluntariedad (a menudo trastocada en voluntarismo).

Ellos ven algo en mí, no sé qué fue, pero enseguida me captan para el Buró del Comité UJC de la Vocacional [preuniversitario], como activista. Y empiezan a darme tareas: preparar actividades deportivas, culturales, conversar con los círculos del Club de Debates... Ahí empiezo a notar que las organizaciones son lo que sus miembros quieren que sean. Lo que tú logres dar por la organización es lo que la organización es. (...) Desde el preuniversitario quiero cambiar las cosas, y le preguntaba a la gente “¿De qué quieren debatir este mes?”. Y empiezo a hablar con quienes organizaban las reuniones: “¿Y qué vamos a hacer con todo lo que salga en la reunión? ¿A quién se lo vamos a dar a leer? ¿Cómo vamos a llegar después con los resultados de estas preguntas a la gente?”. Cuando comienzo a hacerme todas esas preguntas y empiezo a accionar, es que me doy cuenta de que la organización vale lo que tú eres capaz de valer. [Informática, 34 años]

No obstante, incluso dentro de los predios de la adhesión militante no todo es color rosa ni sumisión ciega. Es posible encontrar manifestaciones de asimilación portadoras de cierto margen

de resistencia que, aunque extravagantes, vale la pena citar porque le aportan especificidad y maleabilidad a nuestro modelo de análisis. Hablamos de pautas de comportamiento que, como es lógico, no representan un desafío a los fundamentos de la dominación, porque son concomitantes con niveles significativos de lealtad (crítica, sobre todo). Pero sí comportan diferentes grados de reivindicación de puntos de vista (reclamos) contrarios a determinados mandatos o medidas de la autoridad partidista. Enfrentados al conflicto ético de obedecer sin chistar en contra de su voluntad o arriesgarse a “dar la nota” discordante en el concierto de deferencia general, en ocasiones, algunos (pocos) subordinados acostumbra a expresar y argumentar su discrepancia o desacuerdo, intentando, empero, no herir sensibilidades ni ser acusados de desacato.

Cuando era secretario [del núcleo del PCC de la empresa], me citan a una reunión. Yo voy muy disciplinadamente. Allí nos orientan que cada empresa tenía que hacerse cargo de una cuartería [casa de vecindad] en la ciudad. Por entonces se le dio mucha fuerza a la reparación de cuarterías. Como representante de la empresa, les dije: “Nosotros no podemos hacer eso. Primero porque no tenemos personal. Nuestra empresa es pequeña y cada trabajador tiene un trabajo específico, que sólo lo hace esa persona. Si quitas a alguien hoy de su trabajo, ese trabajo no se hace”. Yo planteé eso. Y creo que no quedaron conformes. Al final, les dije: “No puedo dar una respuesta afirmativa por la administración”. Cuando llegué, le conté todo al director. Como era lógico, él me dijo: “Claro que sí. Si sacamos a los 30 hombres que tenemos a construirle casas a la gente, la empresa de nosotros se para”. [Ingeniero eléctrico, 34 años, exmilitante del Partido]

Esta clase de obediencia crítica («constructiva», en los términos de Passini y Morselli, 2009) a veces es elogiada, en abstracto, por la cúpula del Estado-Partido en sus discursos y modelaciones teóricas del «buen militante» o el «buen ciudadano»; sin embargo, en situaciones concretas de la cotidianidad, lejos de ser incentivada, suele ser sancionada de muchas maneras. No se puede perder de vista que estudiamos un contexto acentuadamente autocrático, movido por experiencias típicas de obediencia como las descritas en el epígrafe anterior (miedo, desconfianza, auto/censura, simulación, resignación), entre otras de similar naturaleza subyugada. En este contexto, la adopción e implementación de un enfoque práctico tímidamente displicente, aun desde y con el aval de la asimilación, puede interpretarse, por los «legos», casi como un acto de heroicidad, con todos sus honores y riesgos: “Por suerte para mí, yo no dirijo, porque hubieran pasado dos cosas: o me hubieran botado o ya hubiera pedido la baja”.

Por otro lado, tanto fuera como dentro de la militancia política es importante destacar una manifestación práctica de afiliación que, en marcado contraste con los sectores menos leales o de plano desleales, suele ser ampliamente compartida dentro del selecto círculo de los asimilados. Se trata de la desestimación o rechazo de oportunidades concretas de abandonar el barco a su suerte, léase emigrar. Únicamente considerando el volumen, la densidad y frenesí del torrente de desafiliación descrito en la sección 5.1.1.5, pueden entenderse en su justa exotividad las connotaciones intersubjetivas de semejante experiencia típica, a menudo utilizada por las autoridades como símbolo de su legitimidad y ejemplo de lealtad, aunque ya sabemos que afiliación y asimilación no son sinónimos; pueden incluso ser antitéticas¹⁴.

Las misiones de colaboración internacional en áreas como la salud, el deporte y la educación constituyen, probablemente, el escenario más prolijo y detonador de situaciones favorables para la activación de este «conocimiento a mano», las cuales pueden resolverse de un plumazo, si se cultiva una lealtad plena o, en cambio, convertirse en espinosas encrucijadas de vida, si se profesa una adhesión parcial. En este último caso, llama la atención cómo en la solución cognitivo-práctica del dilema, junto a los esperables sentimientos de arraigo e identificación con (algunos de) los valores del régimen, confluye una «inesperada» experiencia típica de obediencia: “Mi esposo estuvo en Venezuela y no se quedó. Por su mamá y por nosotras. Si abandonas una misión son ocho años sin venir a Cuba. Además, él tenía su convicción cómo que traicionaba a sus compañeros, a su jefe; eso también”. El campo de influjo del miedo al castigo resulta tan extenso e intenso que invade inclusive las alas más endebles del búnker de la lealtad. Allí deja sus nítidas trazas en una pauta de conducta tan controvertida y compleja como dar un portazo (a veces reiterado) a la tentación de mejorar la vida cambiando el rumbo de la trayectoria personal.

Tuve muchas propuestas, pero nunca las acepté. Propuestas muy confidenciales de médicos de allí, para incluso integrarme a una clínica privada con la ayuda inicial de esas personas, porque yo no tenía ni un centavo. Me lo propusieron varias veces, pero nunca acepté, ni nunca lo comuniqué. Me lo callé y regresé. Siempre decía: “No. ¿Estás loco? ¿Dejar a mi familia? ¿Quedarme solo aquí? ¿Y si nunca más puedo ver a mi familia? ¿Y cómo me llevo a mi esposa, a mi hijo?” Por todos esos temores y todas esas circunstancias. Y que al final me gusta mi país. [Médico, 52 años]

¹⁴ Ya hemos aclarado antes que de la desafección más cabal nacen, por lo común, poderosas convicciones de afiliación a un proyecto de nación alternativo, plural y defensor de una identidad cubana más inclusiva.

La presencia de una experiencia típica de obediencia como el miedo dentro del coctel referencial que conforma este esquema de «afiliación asimilada» no hace otra cosa que recordarnos la impureza reduccionista de la segmentación analítica de una realidad demasiado imbricada y resistente a la simplificación. Un tema sobre el que profundizaremos en el cierre de este capítulo (epígrafe 6.3). Aunque el empeño científico de aprehenderla nos obligue a descomponerla, nunca se puede olvidar que la realidad social es compleja, dinámica, indisoluble y pletórica de regiones desconocidas que afectan el desarrollo de las zonas que observamos y pretendemos conocer.

En efecto, se puede albergar y alimentar una creencia de afiliación de conjunto con convicciones políticas anuentes y parcialmente identificadas con los fundamentos de la dominación y, al mismo tiempo, temerles a las medidas punitivas del mismo sistema que se aprueba o legitima. No hay ninguna contradicción en ello. Casi seguro, con una alta plausibilidad, este fenómeno nos revela las señales de un proceso personal (en pleno apogeo) de transición o muda del «Nivel de lealtad» al régimen. En el cual, la capacidad de autorreflexión y de adaptación al contexto (la covariación de agentes y estructuras) termina condicionando, por lo general, la duración del cambio: “He tenido mis arrepentimientos pasajeros. Cuando me he visto atacado he dicho: “Dios mío, ¿pero por qué no me quedé allí? Pero son pasajeros. Creo que si ahora mismo me dicen “Mira tienes todo ahí”, vuelvo a decir que no”.

6.1.3.2 Proselitismo de corto alcance: aceptación, conformismo, auto/contención

Ya se expuso en el capítulo pasado la labor contrafáctica que acometen los discursos de los asimilados que, a contraflujos, distribuyen convicciones, representaciones y expectativas favorables a la dominación. Similar función cumplen ciertos productos de la subjetividad asimilada que, de conjunto con aquellos contenidos culturales, transportan predisposiciones comportamentales solícitas, condescendientes, propicias para la perpetuación del *statu quo*. Aunque no abundan, si se aguza con esmero la mira sociológica, pueden observarse variantes concretas de este proselitismo de corto alcance, con diversos grados de elaboración, en todos los espacios perfilados en el epígrafe 5.3. Un encargo que en ocasiones se cumple con total conciencia evangelizadora; pero la mayor de las veces se consume sin esa intención, fruto de la natural socialización de esquemas de referencia, en este caso «orgánicos» para el mantenimiento del sistema; tales como aceptación, conformismo y auto/contención, los cuales siempre conducen, de modo unívoco, a la mitigación o anulación de posibles manifestaciones de resistencia.

¡El cuentapropismo es tremendo desarrollo! Y da más puestos de trabajo. No es lo mismo que aquí haya una tienda, allá otra y allá otra, a que haya una sola tienda para todo el mundo. O un solo restaurante, como antes. Ahora hay mil paladares. Y les venden... El otro día estaba oyendo en la radio que los cuentapropistas de paladares que fueran a comprar los huevos al mercado. Vas ahí, y como eres cuentapropista, te venden el aceite, el pollo. No por grandes cantidades, como en otros países que tú vas y compras lo que te da la gana. Eso no lo podemos hacer por el bloqueo. Pero se te vende. ¿Para qué? Para que *no lo resuelvas por la izquierda*. [Custodio, 62 años]

El conformismo deviene una actitud perfectamente cristalizada en los predios de la asimilación, cuyas manifestaciones observables podemos rastrear, no obstante, más allá de los límites de la lealtad parcial o plena. Ora con apariencia de razonamiento «casuístico», ora entreverado en medio de narrativas, o incluso con una mezcla de ambos, el conformismo encapsulado en experiencias típicas convida a participar una y otra vez en los más diversos espectáculos orquestados por la dominación, desde el más pequeño formato hasta los de mayor envergadura, no por simulación ni apatía voluntariosa (por más que así se intente hacer ver¹⁵), sino por el interés y la decisión consciente de tomar parte en los destinos de la colectividad a través de la institucionalidad vigente. Puede que incluso el saldo final de la experiencia sea amargo, pero, si el conocimiento práctico previo puesto en juego trasluce claramente adhesión sincera a las reglas de la partida, es inevitable que sobre la marcha preconice conformidad. Lo cual no significa, por supuesto, que dicho *know-how* no se actualice durante cada realización e, incluso, mude de credo tras muchas actualizaciones.

Para lo de la Constitución fui al barrio-debate, para escuchar. Bueno, “un debate” [entrecomilla con los dedos en tono irónico] Nadie habló nada. Pero, bueno, fui a ver, a escuchar algo. Estaba en la casa sin hacer nada, un poco aburrida y entonces fui allá a ver. No había leído el proyecto. Fui más bien a enterarme. Tenía curiosidad. Quería saber por lo menos qué decía. Pero no me enteré de mucho. Yo pensaba que se iba a formar un debate, porque escuchaba por ahí a personas muy en desacuerdo con muchas de las leyes esas de la constitución. Y no. Fue: “Todo el mundo está de acuerdo en todo”. Los que estaban al frente de la reunión leyeron un papel, que me cansé de que me leyeran el papel, así rápido, de carretilla, «rrrrrrrr», y ya. Nadie habló. [Estudiante de Medicina, 22 años, militante de la UJC]

¹⁵ En un contexto de profunda desvalorización de la política oficial no es de extrañar que puntuales conocimientos y prácticas de asimilación se intenten camuflar tras el disfraz morfológico de la lasitud colaborativa.

De igual manera, el conformismo alienta a los subordinados a generar, cohonestar y aceptar de buena gana orientaciones y medidas de dudosa legitimidad (debido a su cuestionable estatus moral, político y legal). Y no por resignación o indiferencia, sino por el reconocimiento intersubjetivo de su validez *coyuntural*. En algunos espacios medulares de la zona fronteriza, como las instituciones educativas, el afán de los subordinados (asimilados o no) por conservar y reproducir las estructuras de la dominación (ideológica, por ejemplo) suscita, y llama poderosamente la atención, manifestaciones espontáneas de asimilación encaminadas a paliar con esfuerzos «propios»¹⁶ el incumplimiento del Estado de sus responsabilidades sociales.

Así se arreglan las escuelas. Menos las que son centros de referencia, y las que ya están casi en derrumbe, todas las demás se mantienen gracias a los padres, al *trabajo político* que hace el director con el profesor, y el profesor con los padres, para que los padres lleguen al convencimiento de que hay que dar dinero y hay que mejorar... Los padres sacan a un padre que dirige a los demás y ya, ellos ahí recogen dinero y esas cosas. Y hay padres que tienen mucho poder adquisitivo, como aquellos que viajan; entonces, te sacan un ventilador para el aula. Todo eso sale de los padres. Compran cemento, ladrillos, pintura... [Exprofesora, actualmente “bolitera”, 35 años]

De modo que la perentoriedad de las circunstancias induce a los subordinados a producir y legitimar una serie de iniciativas que, concatenadas, conforman un singular monumento cognitivo-práctico a la dominación: no sólo no te reclamamos ni protestamos por incumplir tus más elementales encargos estatales; sino que aunamos fuerzas para sacarte las castañas del fuego y suplir las carencias que deja tu estela de ineficacia. Estamos en presencia de una cadena de manifestaciones de asimilación que involucra, de una parte, sistemáticas campañas de proselitismo deliberado (directores y profesores); y, de otra parte, recurrentes, organizadas y proactivas respuestas afirmativas a tales campañas por parte de los prosélitos (padres). Y, aunque se sabe que muchos de los padres responden de mala gana a estos llamados del claustro, por obligación o simulación (obediencia), tampoco puede descartarse que un sector lo haga por convencimiento o por un sentido práctico de la validez circunstancial (acotada) de dichas convocatorias (asimilación). Y, en últimas, este ejemplo nos confirma que, al igual que la resistencia, la subordinación, en cualquiera de sus dos variantes, resulta un proceso pletórico de agencia.

¹⁶ Entrecorramos el adjetivo porque es sabido que algunos de los recursos que aportan los padres provienen de “la lucha”; con lo cual la contribución (robada) no puede ser más ajena.

En sus expresiones empíricas más depuradas, aceptación, conformismo y auto/contención constituyen tres fases del mismo proceso activo de convencimiento, adhesión y legitimación de la autoridad (el Estado-Partido en este caso) como ente competente, responsable y confiable para, siempre de momento, llevar las riendas de la comunidad (nacional). Se diferencian de la resignación, obviamente, en el grado de identificación que contraen estas experiencias típicas con los principios y procedimientos del gobierno, en particular con sus medidas y demandas; y, por consiguiente, en el repertorio de producción social de la realidad. Mientras los resignados callan, descreen, se abstienen, renuncian, “dejan por incorregible”, cumplen “por salir del paso”, se acogen al mal agüero y se regodean en su obediente desgano; los asimilados (ahora sí) creen, se involucran, apoyan, difunden, predicán, se adaptan, se auto/disciplinan, sueñan... y se subordinan con pasión.

El bloqueo existe. Ahora dicen que va el Artículo Tres de la [ley] Helms Burton. ¿Tú crees que...? Mira, en este reparto, a la entrada, a mano izquierda, hay una casona grande donde trabaja mi hermana. Ahí dice: “Fundada en 1900”. El dueño de todo esto aquí vivía ahí. ¿Te imaginas que ahora los bisnietos...? Estas tierras son de él. Acaban con todo el mundo por aquí, porque, un ejemplo: “Voy a levantar un edificio, te jodiste”. ¿Tú crees eso? Mi papá tenía negocios desde el capitalismo. No un negocio grande. No era rico ni millonario, ni clase media. Tenía una tienda y una venduta. Donde mi papá tenía sus negocitos, vive una familia hoy. Y nosotros tenemos la propiedad ahí. ¿Tú crees que nosotros les vamos a decir: “¡Oye, sal de ahí!” [Custodio, 62 años]

Como ha quedado de manifiesto a lo largo de este apartado, tanto la contención como la autocontención por convencimiento constituyen componentes clave de los saberes tipificados como de referencia para el comportamiento asimilado. Podemos catalogar la auto/contención como el colofón de un proceso «selecto» de internalización escrupulosa del estatus subordinado tal cual fue diseñado «desde arriba». No como fruto de la hábil manipulación dominante del virgen e indefenso pensamiento de los dominados (Lukes-Gaventa); sino como afinidad electiva, identificación política, correspondencia in/consciente a dicha pretensión de dominación ideológica.

Una vez consumado el enchufe armónico entre «oferta y demanda», aceptación, conformismo y auto/contención se suceden, solapan y combinan de disímiles maneras a fin de suprimir cualquier ruido (conflicto) que pueda sabotear el «romance». Y en esa misión, específicamente la contención tiene un doble valor práctico primordial: como experiencia de autoafirmación asimilada y como

señal, aviso y escarmiento para quienes resultan contenidos. El problema evidente es que entre autocontención y contención hay un abismo práctico que no todos los asimilados están dispuestos a traspasar. Una cosa es autodisciplinarse o hacer campaña en favor de la aceptación y el conformismo¹⁷ y otra bien diferente salirle al paso a los discursos y prácticas «desviados». Para ello, además de convicciones leales, hace falta una elevada «disposición para la contrarresistencia».

Hace unos días compartí con uno de los editores de la revista donde colaboro. Y él me decía que a su tío había que pedirle disculpas porque le habían nacionalizado su farmacia en 1960. “¿Qué disculpas?”. “Sí por todas las nacionalizaciones que hiciste y cómo le quitaste la bodega a mi tío y ahora permites negocios privados...”. Es muy fácil juzgar desde la distancia. Estábamos en guerra en esos años. Y no digo que todo se haya hecho bien, no digo que no haya errores. Hubo errores que mancharon la historia de la Revolución grandemente. Pero, “¿Tú estabas ahí? ¿Lo hubieras hecho diferente?”. “No sé”. “Yo tampoco. ¿Tengo que pedirte disculpas?”. No, yo no estuve. Yo defendiendo el proyecto de país que quiero hoy. ¿Por qué tengo que pedirte disculpas a ti por esa nacionalización de las bodegas y los negocios privados y todo lo demás? ¿Por qué seguimos juzgando constantemente a los hijos por las acciones de los padres y a los padres por las acciones de los hijos? No tienen por qué ser iguales. Es difícil dialogar con la oposición.

6.1.3.3 Intolerancia a las manifestaciones de oposición

Al menos a nivel «amateur» (o sea, por fuera de la amplia red semiprofesional y voluntaria de la policía secreta¹⁸), la «disposición para la contrarresistencia» es una dimensión cultural que, a pesar de contar con la venia y exhorto gubernamental, suele verse disminuida por la percepción de la poca necesidad y utilidad que tienen tales actos de contención. Por lo general, los asimilados, primero, subestiman el potencial amenazador de las notas discordantes dentro del concierto de la subordinación (a su modo de ver, aisladas, lánguidas e ineficaces); así como demeritan sus pretensiones de legitimidad: “Aquí hay poquitos opositores y porque les pagan; si no les pagaran,

¹⁷ A propósito del proselitismo asimilado vale la pena dejar constancia, como nota al margen, de una experiencia típica compartida por la inmensa mayoría de los colaboradores cubanos en Venezuela, quienes, previo a cada proceso electoral y siguiendo las orientaciones de sus jefes de misión, acostumbran a hacer campañas solapadas a favor del chavismo en sus demarcaciones de trabajo.

¹⁸ Con semiprofesionales y voluntarios, nos referimos a los vecinos y trabajadores que se prestan, recurrentemente, para conformar las ya citadas brigadas de respuesta rápida y de actos de repudio, por ejemplo, a veces de forma desinteresada, otras a cambio de prebendas, como recargas de celulares o módulos de comida.

no hubiera ninguno. El que traiciona es por dinero, porque le pagan dos o tres pesitos. Por eso los ves poniendo cartelitos y comiendo mojones”¹⁹. A la vez, dudan sobre sus posibilidades de incidir ni un ápice en las ideas y el comportamiento de los «insubordinados», y acerca de la factibilidad de favorecer el diálogo con las voces contestatarias: “Los opositores son tan complejos como los ultraizquierda, y no aceptan sentarse a dialogar con nadie que no piense igual que ellos. He intercambiado con ese tipo de personas, ya sea por redes sociales o personalmente, y son intransigentes”.

En el día a día, las experiencias típicas de contención de la disidencia cara a cara, además de menguadas, se encuentran, por lo común, referencialmente circunscritas al espacio privado o sus lindes más inmediatas (la cuadra). Aparecen sujetas, además, a la condicionalidad de situaciones propicias (durante intercambios familiares, por ejemplo) y a la excepcionalidad de rasgos personales (fanatismo, intolerancia, gallardía, etc.) que exacerbaban las implicaciones de la comunión político-ideológica con las pretensiones de dominación; o a la confluencia de ambos factores. Quiere esto decir que, a diferencia de la «asimilación ingenua», por ejemplo, la «contrarresistencia» es un esquema de referencia poco influyente en la contextura voluble de la intersubjetividad subordinada; de más corto alcance, incluso, que el proselitismo conformista; y por demás anclado a condiciones particulares muy específicas para su puesta en práctica²⁰. No obstante, relevante para nuestro estudio porque ilustra el modo apasionado (poco racional) con que el «razonamiento» práctico del sector más subordinado de la ciudadanía metaboliza (en este caso importa de forma mimética) y tipifica en «conocimiento a mano» los presupuestos generales (y las tensiones) de la dominación posttotalitaria.

Con total seguridad, el ámbito doméstico deviene el escenario por antonomasia para el florecimiento recurrente de la intolerancia a las manifestaciones de oposición. Así lo propician las dinámicas más perdurables e intensas del espacio privado. En hogares donde conviven o coinciden habitualmente asimilados incondicionales y obedientes «insurrectos», las percepciones que

¹⁹ Un paneo rápido por las redes sociales de los adeptos al régimen demuestra que, incluso después de las masivas manifestaciones de protesta del 11 de julio de 2021, estas percepciones asimiladas (subestimación, deslegitimación de la oposición) no han cambiado un ápice, al menos en su apariencia formal y pública.

²⁰ Como la convocatoria del presidente Díaz-Canel el 11 de julio de 2021, por ejemplo, a que los “revolucionarios” tomaran las calles y reprimieran a los manifestantes “contrarrevolucionarios”. Ese día el presidente Díaz-Canel arengó en favor de la represión y la violencia, al más puro y viejo estilo totalitario: “La orden de combate está dada. A la calle los revolucionarios. Tienen que pasar por encima de nuestros cadáveres si quieren enfrentar a la Revolución. Y estamos dispuestos a todo. Y estaremos en las calles combatiendo”.

conforman la «disposición para la contrarresistencia» cambian notablemente, respecto al panorama general antes descrito, debido a: 1) Al provenir de familiares o amigos íntimos harto conocidos, es más difícil deslegitimar las manifestaciones de disidencia con recursos dominantes tan simples como el de “son unos mercenarios” o “agentes pagados por la CIA”. 2) A ojos de los leales acrílicos, aquí la tarea de corregir, reeducar y reencauzar a los «descarrilados» es de vital importancia (son seres queridos), y asequible (están dentro de su radio de acción más próximo). Y 3) los lazos de afecto aseguran cierto margen de receptividad y tolerancia al empeño exorcizante, una garantía que es poco probable encontrar en la zona fronteriza.

Este aumento en la «disposición para la contrarresistencia», conjugado con el despliegue de los discursos más críticos y honestos de los simuladores, apáticos y desafectos (recordemos que el hogar es un «oasis de libertad de expresión», epígrafe 5.3.5), periódicamente convierten al ámbito doméstico en un verdadero campo de batalla político, microexpresión genuina (sinécdoque) de lo que sería la sociedad en general, si no imperara un régimen monocrático, despótico, opresor. Un escenario «bélico» donde, dicho sea de paso, emergen en su plenitud contrastiva las diferencias generacionales reveladas en el apartado 5.1.2.4, en cuanto a identificación y afiliación políticas: “En mi casa no se puede hablar nada sobre otro país, por ejemplo: “Estoy loca por irme para Estados Unidos”. Eso no se puede hablar, porque «eres una gusana». Mi tía, mi mamá, mi abuela..., te comen viva”. También hay que tener en cuenta que los vínculos de afecto dan pie para el ejercicio del derecho a réplica por parte de aquellos que son objeto de los procedimientos de contención, recriminación y rehabilitación política, fomentando una aparente espiral de conflictividad.

Sin embargo, como es de suponer, salvo raras excepciones, toda estructura social mediada por el afecto sabe lidiar, manejar y controlar estos episodios de hostilidad y desencuentro. Con bastante eficacia, la propia sinergia familiar, por naturaleza, tiende a restablecer el equilibrio a través de pactos y concesiones más o menos recíprocas; en los cuales, por jerarquía tradicional, los mayores (casi siempre asimilados) suelen disfrutar de la condescendencia de los jóvenes (renegados): “Nos dejamos por incorregibles mutuamente, porque empezamos a discutir y mi abuela nos manda a callar a todos: «Cállense, ustedes los jóvenes son todos unos gusanos. El que se quiera ir, acábese de ir ya de aquí»”; “Con mi mamá yo soy el que normalmente, cuando empezamos a hablar de política, me doy cuenta y lo que hago es cambiar el tema, porque siempre terminamos discutiendo del lado contrario. Entonces, ya trato de evitar los debates políticos”. De modo que, en el templo

expiatorio de la sagrada familia, la intolerancia a las manifestaciones de oposición termina purificándose con piedad y compasión.

Fuera de ese oasis-santuario llamado hogar (u otro espacio privado equivalente), la adopción de tácticas de «contrarresistencia» es harina de otro costal; se rige más por las percepciones y nociones relacionales descritas al inicio de esta sección. Se limitan, por lo general, a los marcos espacio-culturales del entorno más inmediato al hogar, la cuadra, y dependen sobre todo del nivel de «colonización» que las convicciones comunistas totalizantes hayan conseguido sobre el resto de las dimensiones de la cultura política: representaciones, actitudes, expectativas. Parece ser que hace falta una radicalización total del pensamiento político para incorporar, barajar e implementar, de forma espontánea y proactiva, saberes de contención de las manifestaciones de oposición en la comunidad y la sociedad en general. Únicamente el fanatismo más invidente es capaz de pasar por alto no sólo la arbitrariedad y desproporción de su proceder, sino su aislamiento y excentricismo en medio del coro de desafección e inconformidad.

Aquí nosotros vivimos rodeados, aquí al lado hay una gente que son..., que no están con esto. Yo no les digo nada. Ahora, no te metas con... Tú puedes hablar todo lo que te dé la gana. Habla. Como yo les digo: “¿Tú quieres tumbar al Gobierno este?” “No, porque esto es así y asado...”. “Haz lo que hicieron ellos, alzáte”. “Fájate a los tiros, como hicieron ellos”. “¿Tú estás loco, para que me maten!”. “Entonces tú eres un pendejo. Entonces, tú eres un vendepatria, porque te dan 20 dólares, 200 dólares, 300 dólares...”. [Custodio, 62 años]

Una mención especial merece el recurso arriba ilustrado, punta de lanza fetiche de casi todas las variantes cognitivo-prácticas de la «contrarresistencia» asimilada. La apelación a la vía armada como fuente de legitimidad de la dominación y de desacreditación de la resistencia resulta una constante en las experiencias típicas de contención de la desobediencia. Según este razonamiento, la única forma válida de situarse en una posición ventajosa en las relaciones de poder es a sangre y fuego. Además, el mérito es vitalicio y suficiente para imponer toda clase de mandatos, reprimir, encarcelar, denigrar y exiliar a los “pendejos” que no tienen el valor de desafiar a la autoridad mediante la insurrección armada²¹. Ya sea por separado o de conjunto, el alegato belicista y la injuria del trabajo asalariado al servicio de otro país (lo cual implicaría ausencia de convicciones

²¹ En marcado contraste con esta invocación belicista, cuando en las protestas del 11 de julio de 2021 algunos (los menos) manifestantes lanzaron piedras a los policías o, en un único incidente de este tipo, volcaron una patrulla; en lugar de valientes y osados, fueron calificados por el discurso oficial y asimilado como “delincuentes”, “vándalos” y “terroristas”.

políticas verdaderas) constituyen los pilares más recios de un ariete más que típico, manido, gastado, previsible. Un arma de asedio siempre a mano de ese puñado de asimilados que todavía están dispuestos a defender, por iniciativa propia, en la calle, la honra de un régimen socialista excluyente, intolerante, represor, cuyas virtudes y defectos han hecho suyas de corazón.

Y la gente está por el partido único. No veo a nadie con ninguna propuesta [alternativa] Sí creo que hay agentes infiltrados enemigos. No te lo puedo comprobar, pero en un momento determinado tuve que parar a un tipo aquí en el medio de la calle, de esa gente a las que Estados Unidos les paga dólares. Tuve que pararme y plantarme, porque [decía que] “Martí no se murió como se murió, como todos los cubanos sabemos, Martí se dio un tiro”. Sí, un tipo en la calle hablaba con no sé quién. Y viré para atrás: “¿Usted en qué país nació, de dónde viene o quién le paga? Martí murió como sabemos todos los cubanos. Usted lo que está denigrando su memoria”. Eso te demuestra que sí está Estados Unidos [aquí]... y hay contrarrevolución interna, ya lo creo. El tipo se fue, se desapareció. Claro, me planté y lo paré como un siquitruque. [Jubilada, 78 años, militante del PCC]

Empero, es menester acotar, aunque adhesión plena e intolerancia a las manifestaciones de oposición tienden a la concomitancia, no llegan a solaparse del todo. Es raro pero posible encontrar en el marco valórico de las convicciones pletóricas de lealtad incondicional experiencias (a)típicas partidarias de una mayor tolerancia a la expresión del disenso y a la diferencia política, siempre y cuando venga libre del sambenito de la «mercenariedad». No sólo en el espacio privado, a nivel familiar; también en otros intersticios de la zona fronteriza o, incluso en la arena pública. Vale aclarar, mayor tolerancia no significa reconocimiento de igualdad de oportunidades para competir por el derecho a dirigir la nación. No se puede esperar tanta autonomía de pensamiento de un devoto de «pura cepa», fiel seguidor de la doctrina monologal. No obstante, matices o excepciones como estas nos revelan cómo ni siquiera el sector subordinado más homogéneo y dominado escapa a la fuerza diversificadora de esa heterogeneidad social que durante décadas el gobierno ha negado, ninguneado, «falseado», pisoteado...

Realmente hay personas aquí que no están de acuerdo con las cosas, las critican, no votan a favor de las cuestiones. Pero no se puede decir que son opositores. Sencillamente tienen un criterio, y eso hay que respetarlo. Mucho se dice “opositor”. El opositor pagado por una potencia extranjera, ese no es opositor, es mercenario. Una persona que no esté de acuerdo con algo, con una línea, está en su derecho. Eso se le respeta. Cuando yo trabajaba, había gente que: “No, mira, chico, no estoy de acuerdo con esto, porque tal cosa...”. Está en su derecho. (...) Tengo un hermano que es

el que menos estudió, en quinto grado se fue de la escuela. Él oye veinte cosas por ahí, no las lee, y a veces tengo que decirle: “Mira, lo de los peloteros no es así, es asado”. Y le guardo el periódico para que lo lea. Pero, bien, que él no esté de acuerdo con una política de la Revolución hay que respetarlo. Cuando está equivocado en algo, trato de aclararlo. Pero, si es otra cosa, en definitiva, es su criterio. [Jubilado, 82 años, militante del PCC]

6.2 Transacciones situadas: Olvida lo que digo y observa lo que hago

No es necesario advertir con demasiado énfasis que el universo de prácticas de la vida cotidiana que, de una u otra manera, responde a e influyen en el campo gravitatorio de “lo político” es inconmensurable. Filtrar ese variopinto enjambre de acciones rutinarias y entresacar unas pocas vetas ilustrativas siempre es una labor compleja, altamente propensa al sesgo y, por ende, cuestionable desde muchos puntos de vista. Sin embargo, la única manera de sortear tales obstáculos, pasarlas por alto, no es una opción en este estudio. Las prácticas (tal y como fueron definidas en el epígrafe 3.5.2 del tercer capítulo) constituyen el músculo cardíaco de ese trabajo de institución local, rutinario y cuasi-mecánico que –en diálogo con los productos y arreglos intersubjetivos, pero también más allá de ellos– oxigena, nutre y en definitiva mueve los hilos de la in/estabilidad política.

Ya vimos en el capítulo anterior algunos patrones relativos a los modos en que la sociedad cubana se piensa, concibe, define y proyecta culturalmente. También exploramos en el epígrafe anterior disímiles ejemplos de experiencias típicas de interacción con la dominación y con otros subordinados. Una antesala necesaria que, desde otro ángulo, inevitablemente lanzaba un nítido guiño al presente epígrafe. Toca ahora revelar y poner en contexto la evidencia de cómo *se hace* la gobernabilidad a ras de suelo, a pie, a camisa quitada, con sangre, sudor y lágrimas.

Para ello rescataremos, con especial acento, el contraste privado / público y las tres zonas imaginarias en que hemos dividido dicho *continuum*; así como nuestra imprescindible escala de «Niveles de lealtad» y sus potenciales contradicciones con sus correspondientes correlatos comportamentales. Ya lo avisábamos desde el capítulo IV: el vasto panorama de la construcción cotidiana de la realidad está plagado de incongruencias escandalosas entre orientación político-ideológica y prácticas; una disonancia que mucho tiene que decir respecto a las debilidades estructurales de dicho proceso constructivo. En general, de las prácticas nos interesan sus implicaciones ascendentes, recursivas, estructurantes; su capacidad de sentar pautas de conducta

ideales e idealizadas, de trazar trilladas redes de trasiego de «formas de hacer» a lo largo y ancho (y profundidad) del espacio social.

Siguiendo el orden expositivo empleado hasta ahora, comenzaremos repasando una selección de prácticas que contraen un sentido de desafío a la autoridad²², por lo general, prácticas discretas, furtivas, encubiertas, que permanecen ocultas bajo el manto protector de los lazos de confianza propios del ámbito privado, aunque tengan lugar en escenarios fronterizos o públicos. A continuación, examinaremos algunas prácticas de subordinación habituales en la zona fronteriza fundamentalmente, tanto de obediencia como de asimilación, que sirven para tipificar las disímiles formas de acatamiento de los mandatos de los dominantes. Por último, analizaremos las consecuencias im/previstas de una muestra del inabarcable y bien maquinado repertorio práctico de la dominación. Un arsenal terrorífico de larga data, natural de los espacios fronterizos y sobre todo públicos, que, si bien ha expandido su alcance hacia nuevos dominios, como las redes sociales y el mundo virtual, ha demostrado una escasa capacidad para actualizar sus herramientas y adaptarlas a los nuevos tiempos, actores y contextos.

6.2.1 Prácticas de disidencia. Gestionando el miedo

6.2.1.1 “La lucha”: una arena caliente

No está claro cuándo “la lucha” alcanzó su consagración definitiva dentro de los escurridizos resortes culturales de la legitimidad popular. Y no reviste ninguna significación fijar una fecha de conmemoración para tan importante parteaguas. Pero, sin dudas, podemos ubicar su salto a la validez, la aceptabilidad y la venia subordinada en algún punto próximo a la mitad de la década de 1990, subsuelo macabro de los peores años de la perpetua crisis económica que sufre Cuba desde entonces, quizás incluso peor que la ingente carestía que se vive en la actualidad a raíz de los estragos económicos de la pandemia del COVID-19. Cuando quiera que fuere, lo relevante es que, a partir de ese punto indeterminado, “la lucha” comenzó un indetenible ascenso práctico y simbólico en la sociedad cubana, tornándose cada vez más extensiva y mejor valorada. Al punto de convertirse en una loable práctica masiva y una unidad de medida para determinar el atractivo de los puestos de trabajo en el sector estatal. Referencia para incluso fijar el valor en metálico de

²² Aunque por desgracia no puede catalogarse como una práctica, a modo de contexto, vale recalcar que, para muchos de mis informantes, el mero hecho de conceder una entrevista y reflexionar sobre la problemática política constituyó de por sí un acto de valentía y de desafío a la ira del Leviatán.

una plaza en determinada entidad, como parte de los avalúos *ad hoc* pactados en una ilícita bolsa de empleo formal.

Bastan dos adjetivos para resumir el marco sociocultural de esta enfermedad crónica que carcome al Estado cubano día a día: “la lucha” es una práctica masiva y loable. Y sólo a la luz de ese contexto social y simbólico puede interpretarse plausiblemente cualquier ejemplo concreto de “lucha” que, por sí solo, no tendría más que un valor anecdótico; pero que, en cambio, ensamblado con sus pares y visto el mosaico «desde lejos» estalla en connotaciones.

De modo que, en el levantamiento etnográfico de un barrio de La Habana, por ejemplo, nada dice un inventario de prácticas de “lucha” aisladas del estilo: La vecina que trabaja en la fábrica de confituras roba en el trabajo diferentes productos que vende ilegalmente en su casa: sorbeto (oblea rellena), polvo de sorbeto, azúcar, aceite, mantequilla... El vecino que trabaja en la Empresa de Productos Cárnicos vende “por la izquierda” la codiciada carne de res y sus derivados. La Licenciada en Farmacia que trabaja en un policlínico roba alcohol y material auxiliar para venderlo en el mercado negro y asegura sin titubeos: “El Estado paga salarios tan malos que quien no lucha se muere de hambre. Esto es una lucha por la sobrevivencia”. El conductor de autobús local que relata: “Cuando un chofer no quiere trabajar, le da a otro colega 50 pesos para que le haga el turno. A ese le conviene, porque aparte se busca en ese turno otros ciento y pico o doscientos pesos” (llevándose a su bolsillo el costo del pasaje que le recoge a los usuarios, en lugar de echarlo a la alcancía). O la impúdica maestra:

Si trabajas en la fábrica de queso, y sabes que lo puedes vender, pues te llevas un pedacito hoy y otro mañana. Si trabajas en una escuela, muchas veces te llevas los lápices y las libretas. Y todo es así. Yo muchas libretas que vendí. Y lápices también. En la calle. ¿Qué iba a hacer? Para ganar más, cuando se podía, porque no siempre se podía. El material de estudio siempre llega contado. Pero, bueno, siempre se podía hacer algo. [Exprofesora, actualmente “bolitera”, 35 años]

Lo relevante de esta compilación es que todos esos personajes conviven en una misma cuadra, un espacio de apenas cien metros, 32 viviendas, y casi todo el barrio los admira (algunos los envidian) por tener la suerte de trabajar en lugares donde se tiene una buena “búsqueda”. Y no resulta una accidental coincidencia, ni un extravagante cuartel de «gladiadores». Por el contrario, toda la evidencia empírica recabada apunta a que es una cuadra arquetípica, tan normal como sus homólogas de la manzana, el reparto, el distrito, el municipio, la provincia, Cuba toda. Una minúscula célula social cuya dinámica intracelular podemos extrapolar, con una gran certidumbre,

a buena parte del tejido social en su conjunto, siguiendo los dictados del sentido común: “Aquí todo el mundo roba”.

En primer lugar, resalta la falta de pudor, temores y recato. Se da por sentada la valentía y la habilidad de cada uno para manejar el riesgo a ser sorprendido in fraganti. Si trabajas en una entidad estatal en contacto con recursos materiales más o menos codiciados en el mercado gris o negro (como hay escasez de todo, el abanico es muy amplio), es casi un hecho que te sobra disposición para arriesgar el pellejo, creatividad para ingeniártelas y hurtar sistemáticamente sin ser atrapado, o para salir del aprieto si por infortunio te pillan con las manos en la masa. Según los estándares de esta región del imaginario social, la honradez, la cobardía y la ineptitud son cualidades insólitas y chocantes.

Hasta que me jubilé yo tenía la responsabilidad en mi empresa de controlar la distribución del pienso para las gallinas. ¿Y qué hacía yo? Cargaba el camión, pero lo pesaba con el tanque de petróleo vacío. Luego lo llenaba y lo mandaba para Pinar del Río, por ejemplo. Cuando el camión llegaba allá y lo pesaban, como apenas había gastado un poquito de combustible, me sobraban siempre 10 ó 12 sacos de pienso para mi negocio. [Jubilado, unos 65 años]

Por otro lado, si bien el mercadeo de los productos sustraídos (cuando no están destinados al consumo familiar) suele tener lugar bajo ciertas medidas de precaución, cuya rigurosidad depende mucho del tipo de mercancía²³ y su origen, por lo general es muy común que la mayoría de los vecinos sepa qué trafica cada quién y establezcan perdurables redes (con vínculos directos e indirectos) de interdependencia. El nexo es indirecto en aquellos casos en que, como norma, es necesario auxiliarse de un intermediario más allegado al vendedor para adquirir el objeto de marras, porque este último sólo se desenmascara ante unos pocos. En otras palabras, no encontramos un desparpajo similar al del juego de “la bolita”; pero tampoco se puede decir que, a nivel de la cuadra, se respire demasiado hermetismo en torno a las actividades lucrativas relacionadas con “la lucha”. Y, en un ambiente comunitario signado por el permanente peligro a ser delatado, esto significa que “la lucha” es una práctica cargada de grandes dosis de arresto, osadía y desafío a la autoridad.

En este mismo barrio «muestra» vive un taxista privado, miembro del gremio conocido como “los boteros”, famosos por disfrutar de una mayor solvencia económica que el cubano promedio

²³ Se maneja con mucha más discreción, cautela y mecanismos de protección la venta de carne de res, por ejemplo, que de aceite o alcohol.

y, por tanto, una vida un poco más acomodada. Es el típico receptor por antonomasia, a cuya casa acuden, casi a diario, todo tipo de vendedores ilegales a proponerle su mercadería. Una de sus tantas transacciones recurrentes nos ayuda a ilustrar el tipo de medidas rigurosas de precaución que suelen desplegarse alrededor de las prácticas de “lucha”, cuando tanto el artículo robado-mercadeado como su procedencia entran en la categoría de “delicados”. El poder adquisitivo de este taxista le permite comprar, cada mes, de un tirón, 20 libras de pollo o más a un conocido del barrio, cuya esposa ocupa –préstese atención– un alto cargo en la Dirección Nacional de Círculos Infantiles, perteneciente al Ministerio de Educación. Este proveedor también suministra con regularidad aceite y leche en polvo. Todo hábil e impunemente desviado de su noble destino final.

Primer cerrojo: “la luchadora” no se expone personalmente; utiliza un «brazo armado» para darle camino al fruto de su «botín de guerra». Segundo cerrojo: sólo se vende de mayoreo a un puñado de asiduos postores. *Modus operandi* y tercer cerrojo: el vendedor siempre da el servicio a domicilio –se protege la casa de “la luchadora”– y, para minimizar miradas indiscretas, la operación siempre se hace en la noche, en el horario estelar de la telenovela, en aras de aprovechar la distracción de los potenciales chismosos y delatores.

¿Qué lecciones nos dejan estos ejemplos con su variado grado de discreción y furtivismo? Pues, ante todo, que “la lucha” es una portentosa práctica de disidencia marginal-moderada, la cual en sus dos fases (desvío de recursos / comercialización ilícita) pone de manifiesto esa dialéctica de ocultamiento y vigilancia tan enfatizada por Scott que, en nuestro caso, no sólo trasluce la enorme contradicción entre prácticas marginales - fronterizas de subsistencia y discurso público de grandes grupos de subordinados oficialmente obedientes o asimilados (incluidos directivos). Indica, además, la efectividad del trabajo de resistencia cotidiana para 1) burlar sistemáticamente los mecanismos de vigilancia laboral y comunitaria del Estado; 2) resolver problemas domésticos a costa de desangrar a un Estado (que se percibe como) monopólico, ineficiente, explotador y, sobre todo, causante principal de dichos problemas; y 3) dotar a tales rutinas de «expropiación» de un valor positivo en el libre mercado de la intersubjetividad. O sea, más allá de sacar a flote las incoherencias del sistema de relaciones de poder, “la lucha” deviene una práctica de resistencia

masivamente exitosa²⁴ y, por lo común, bien valorada. Y es inevitable que ambas propiedades repercutan en la calidad del vínculo entre dominados y poderosos.

El sueldo no les alcanza a los panaderos. Entonces, ellos roban. Le roban al Estado y le roban a uno también, porque cuando vienes a ver los panes son así de chiquitos, parecen de cumpleaños. No cumplen con los gramos, por trampas que hacen, la harina que se roban... A eso uno le dice luchar, porque uno tiene que luchar el diario. Pero en la vida real sí están robando. Yo trabajé ahí, y veía que vendían la harina. Se la llevaban. Y después yo misma pensaba: “Estos descarados que se robaron la harina. Mira el pancito que chiquito”. Pero no decía nada. Eso es problema de ellos. En su trabajo no me meto. Para uno, y para ellos, no es mal visto eso. Eso es luchar, robarle al Estado, luchar su dinerito. Porque como eso no lo pone uno. No es una cosa que uno haya comprado. Eso te lo dan, tú lo coges y no es mal visto. Aunque a veces algunos viejos sí protestan. “Porque se roban el aceite, porque se roban el pan...” [Revendedora particular, 31 años, exdependienta de panadería]

Es necesario apuntar que existen modalidades de “la lucha” que no implican una extracción de bienes estatales y su posterior comercialización en el mercado informal. Curiosamente, el desvío de recursos con propósitos lucrativos se produce sin salir de los límites del centro laboral y, por lo general, en plena jornada de trabajo (sin necesidad de quedarse horas extras). Es el caso, para poner un ejemplo, del tornero de una empresa de construcciones de las Fuerzas Armadas: “Yo me busco más de dos millas [miles de pesos] mensuales. Me jubilé hace seis años con \$600 y luego me recontraté para ganar más. Claro, entre col y col, intercalo mis trabajos particulares, y me gano unos 10 o 15 CUC semanales”. Usar los medios y materiales del Estado para realizar trabajos particulares resulta una variante redonda de “la lucha”, igual de redituable que la sustracción de productos, pero doblemente menos riesgosa. No sacas recursos fuera de la entidad, sino que metes o produces artículos ajenos encargados y, por tanto, no tienes que expender en el exterior literalmente lo robado; sino que transas productos transformados, de difícil trazabilidad, o los vendes sin salir de la institución.

Mucha gente llega a la clínica apurada. Unos, por ejemplo, se van mañana [del país] y quieren que les den la prótesis al momento. Cuando es una cosa particular, que te van a dar un dinero, te apuras, lo haces al momento. Hay precios establecidos: una prótesis total vale tanto, una parcial tiene tal

²⁴ No es que las prácticas de “lucha” gocen de total impunidad, de vez en cuando el relato de algún que otro allegado o conocido removido de su puesto de trabajo, sancionado o puesto a disposición de la ley sacude los cimientos de esta narrativa exitosa; pero la tasa de descalabros es ciertamente ínfima dada la masividad del fenómeno.

costo. También uno compra sus propios materiales en la calle [y los trabaja con los equipos de la clínica]. Eso se hace a escondidas de tu jefe, claro. Si entra la directora y te ve, te pueden botar. A veces ya la clínica va a cerrar, y nosotros tenemos mucho trabajo, estamos trabajando allá atrás y la directora va y dice: “¿Qué hacen a esta ahora aquí? No los quiero ver haciendo nada que no sea de aquí...”. Nosotros siempre estamos: “Ahí viene la directora”. A correr y esconder las cosas. Hay que hacerlo en el horario de trabajo normal, pero que no te vean, que la jefa no se dé cuenta. Ella se hace la de la vista gorda porque ella también hace sus cosas ahí. Lo que ella es muy inteligente, lleva muchos años y sabe hacerlo bien. Pero igual, uno la ha visto. Entonces, como ella lo hace, no te puede estar regañando a ti todo el tiempo. [Técnica en prótesis dentales, 22 años]

Como advertimos desde el apartado 6.1.1.2, las indisciplinas laborales, en general, y “la lucha”, en particular, son experiencias-prácticas que habitualmente suelen sostenerse sobre redes de complicidad entre compañeros de trabajo, y entre estos y los jefes. Un atributo relacional muy relevante que demuestra cómo, en determinados ámbitos de la vida cotidiana, en este caso el de la lucha por la sobrevivencia, las manifestaciones de resistencia pueden alcanzar un elevado nivel de articulación, acoplamiento y persistencia en el tiempo. Pues la complicidad no es un pacto que se consigue de un día para otro. Más bien resulta una cadena de confianza y permisividad que se construye (y disputa) eslabón a eslabón. No tanto con base en lo que *se dice* (discursos de buena fe); sino, sobre todo, con base en lo que *se hace* de forma reiterada (pruebas acumuladas de buena fe). En especial en esta práctica de disidencia mediada por la complicidad, el tiempo y su rítmico marcapasos es quien sienta y profundiza en el imaginario subordinado la pauta de desobediencia.

Si tú vienes y me dices “Quiero ponerme este diente”, te lo hago. Puede ser que a la hora de instalarlo necesites la ayuda de un estomatólogo. Yo voy hablo con ellos y ellos te lo instalan. Hay que pagarles, claro, de lo que me pagan a mí, les doy a ellos. Yo le pongo un precio al paciente y de ahí les doy a ellos. Tengo mi gente [de confianza]. Ahí todo el mundo sabe con quién ir. [Técnica en prótesis dentales, 22 años]

Por último, respecto a los dos rasgos definitorios del contexto sociocultural que atraviesa a “la lucha” como práctica de resistencia (masividad y laudabilidad), es importante dejar constancia de dos aclaraciones: 1) por más que “la lucha” se disemine por todo el organismo social como una metástasis generalizada imparable, esto no quiere decir que absolutamente todos los empleados estatales participen de este saqueo a cuentagotas del erario. Como es previsible, existen muchos centros de trabajo de por sí inapropiados para el desarrollo de esta práctica: “Mi mamá no puede

luchar porque trabaja en un banco. ¿Qué va a luchar? ¿El dinero? ¡La meten presa!”. Además, si bien quedan pocos, siempre es posible tropezarse con algún «infocito» extraviado, un dechado de asimilación, incorruptible, anómalo: “Mi tía trabaja en Labiofam [Laboratorio farmacéutico] y es incapaz de coger ni un pomo de nada [en tono burlón]. Le he pedido que me resuelva cosas para la niña y no resuelve nada. Porque «tiene que ver al jefe, que se lo aprueben, pagarlo», etc.”. Por otro lado, 2) como ya se entrevistó en la sección 6.1.1.1, más allá de indecisiones y conflictos éticos, existe un reducido sector de la subordinación, por lo común partidarios del régimen, que se opone a la edulcoración-legitimación del hurto e insiste en llamar a las cosas por su nombre:

Mi esposa y yo podemos decir: “Hoy no vamos a comer porque no hay comida”. Pero, si hubiera un niño, ella tendría que vender tres libros de la Universidad y yo dos *breakers* de la empresa eléctrica para buscarle la comida al niño. Fíjate, no es para nosotros, es para el niño o la niña. Es la única justificación, vamos a decir, que yo le encontraría a ese robo. Porque esa “lucha” yo la resumo facilito: eso es robar. Conmigo trabaja uno que dice que el término robo es cuando dejas llorando a alguien. Es decir, a ti te roban en la casa y lloras por lo que te robaron. Pero cuando le robas al Estado, no dejas llorando a nadie. Y yo le digo: “Error, sigue siendo robar”. ¿Qué te decía? Abriste los ojos, fuiste a preparar el desayuno, la leche de cuatro pesos, el pan de cinco pesos. No es robado, pero en términos policiales estás comprando algo ilegal. Porque, al final, la leche de cuatro pesos no la venden en una tienda. El tendero, de acuerdo con el pipero, le echa 50 litros de agua al tonel, él vende 70, el otro se la vende a dos pesos, él la revende a cuatro... Todo eso es ilegal. Al final, le estas robando al Estado. Ese término de luchar no existe. Existe, pero es un “tápate” para robar. Eso es robar. [Ingeniero eléctrico, 34 años, exmilitante del Partido]

6.2.1.2 Mercado informal: un inframundo en el limbo

No hace falta demasiada agudeza para percatarse de que “la lucha” es una práctica íntimamente conectada a la economía informal y su amplia y dinámica red de transacciones ilegales. Presente desde siempre, pero en niveles mínimos, con la brusca y severa contracción de la economía cubana que sobrevino tras la desaparición del bloque socialista, el sector informal pasó, de forma bastante brusca, de actor secundario a importantísimo contrapeso macroeconómico dentro de un torpe e ineficiente sistema de economía planificada. Expertos de instituciones académicas cubanas aseguran que, entre 1990 y 1995, el mercado negro llegó a satisfacer, a nivel nacional, aproximadamente la mitad de los requerimientos de bienes de consumo de la población de la isla, sobre todo de productos alimenticios: “Al entrar el país en «Período Especial», el mercado negro

de alimentos alcanzó dimensiones tales que, se estima, llegó a mover masas de dinero superiores al valor de la producción agrícola estatal en su conjunto” (Togores & García, 2003: 202).

Desde entonces, amén de lógicas oscilaciones (ligadas a variaciones en la política económica del gobierno y la estructura de oportunidades internacionales²⁵), la tendencia al crecimiento de este sector opaco de la economía ha sido muy patente a nivel de la vida cotidiana: “De canales suplementarios para bienes escasos, los mercados negros y grises han llegado a representar la fuente principal de ingresos para una mayoría significativa de hogares; también resultan mercados primarios para muchos bienes y servicios, desde gasolina hasta cemento” (Thiemann & Mare, 2020: 6). Por supuesto, las instituciones oficiales no ofrecen datos públicos (ni siquiera estimaciones) sobre este motor económico. Pero, la realidad diaria de la abrumadora mayoría de los cubanos está copada por la interacción reiterada (varias veces al día) con la economía informal, ya sea como proveedor, vendedor, comprador, intermediario, compinche u otro rol auxiliar.

Intento imaginar unas increíbles veinticuatro horas en que no tenga que apelar al mercado informal. Qué tal un día sin la leche comprada a los que tocan a mi puerta y que suple la ausencia de lácteos –en el mercado racionado– para los que tenemos más de siete años y menos de sesenta y cinco. No concibo una jornada sin zambullirme en el mercado negro para comprar huevos, aceite o salsa de tomate. Incluso para adquirir un cucurucho de maní, debo pasar la línea de la ilegalidad. Si estoy urgida de llegar a algún lugar, lo más probable es que tenga que montarme en un taxi sin licencia. Ni hablar de la amplia gama de trabajadores *underground* a los que tengo que apelar cuando se rompe la lavadora, se tupe la hornilla del gas o la ducha deja de funcionar. Todos ellos –en la sombra– apuntalan mí día a día y suplen los limitados servicios que brinda el Estado. (Sánchez, 2008: 1)

Reina y señora de la zona fronteriza, enzarzada entre una maraña de tolerancia, persecución, atrevimiento, cautela, necesidad, lucro, picardía y ambigüedad, en Cuba la economía informal constituye un descomunal inframundo paralelo a las estructuras, discursos y operatividad oficiales-legales. Con infinitos vasos comunicantes con el mundo formal; pero operado bajo lógicas emergentes autónomas, plurales, maleables, pletóricas de agencia colectiva y, muy importante,

²⁵ Por sólo citar dos ejemplos: 1) el *boom* turístico desatado tras el restablecimiento de las relaciones bilaterales con Estados Unidos (incluido el crecimiento en las visitas de cruceros), que destapó un amplio comercio i/semi/legal en torno del sector. Y 2) los períodos-ventana en que los cubanos han gozado de facilidades o exenciones de visado para viajar a países como Ecuador, Panamá, México, Guyana, Haití, República Dominicana, Rusia, etc., durante los cuales la importación semilegal de mercancías, vía equipaje personal o no acompañado de los pasajeros, ha alimentado de forma considerable el comercio informal interno.

contraculturales: en el sentido de la creciente «higienización» intersubjetiva de prácticas moralmente sancionadas como el hurto, el robo, el fraude, el soborno y el floreo mercantil por fuera de la ley. De forma reveladora, para ese sector de la población (en pleno ascenso) que ha convertido a la economía subterránea en un modo de vida, la irregularidad del mercado informal, con todo y sus acechanzas judiciales y niveles de imprevisibilidad, ofrece asideros mucho más atractivos que cualquier empleo estatal, estable, predecible y legal.

Yo me dedico a vender ropa, es lo único que hago. Con eso me gano mi dinerito. La mercancía me la trae el padre del niño o me la da mi prima. Ella viaja mucho a Haití, trae muchas cosas y de lo que trae ella me da a mí. Lo bueno es que no se las tengo que pagar. Le cojo las cosas y si las vendo, bien; y si no, también, se las devuelvo. No tengo que invertir nada. Llevo años haciendo eso. Antes ella le compraba a otra gente y me las daba para que yo las vendiera. Ella se ganaba su dinero y yo el mío. Ahora ella viaja, por tanto, las cosas salen más baratas. Podemos ofrecer mejores precios. Vendo más. De eso vivo ahora. Antes trabajaba en la panadería [estatal] y ahí me ganaba mi dinerito vendiendo galletas y eso. A veces juntaba las dos cosas y veía más el fruto. Pero yo hallo que con la ropa se gana más que en la panadería. Claro que sí, se gana más. [Revendedora particular, 31 años, exdependienta de panadería]

El “trapicheo de pacotilla”, como se le conoce en el argot popular al contrabando ilegal de ropa, zapatos, accesorios, perfumes, etc., importados solapadamente, sin pagar aranceles de aduana (declarados como equipaje personal), deviene precisamente una de las actividades punteras (en volumen y dispersión geográfica) de un sector de la economía informal criolla que podemos llamar «mercado gris». Hablamos de artículos que tienen una procedencia legal y no son considerados peligrosos (se incluyen piezas para autos y motos, electrodomésticos, cigarros, medicamentos no regulados y utensilios sanitarios, entre otros); pero que circulan por canales de distribución y venta no autorizados por el gobierno. En particular, la venta de ropa y accesorios comprende miles de pequeñas redes comunitarias, compuestas por unos pocos nodos intermediarios mayoristas²⁶, cada uno de los cuales aglutina decenas de expendedores minoristas en derredor suyo. Estos últimos acostumbran a mover la mercancía fundamentalmente en el ámbito privado, de casa en casa. Si bien en los últimos tiempos se ha puesto de moda el “trapicheo de pacotilla” en los centros de

²⁶ Quienes a menudo emplean en sus viajes al extranjero todo un séquito de pasajeros conocidos como “mulas”, para que representen ante la Aduana Cubana como suya la paquetería del empleador, y así burlar los aranceles y límites cuantitativos por producto.

trabajo. Mientras, en cambio, ha disminuido su comercialización disimulada en tiendas privadas autorizadas para vender únicamente ropa artesanal de producción nacional. Es muy común que muchas de estas transacciones cuenten con las facilidades de pago (mensualidades sin intereses) que no ofrece el gobierno en su cadena de tiendas oficiales²⁷.

El «mercado negro», por otro lado, está mucho más embadurnado de ilegalidad, representa un siguiente nivel en la construcción soterrada de un orden socioeconómico alternativo al oficial. Sin embargo, contrario a lo que se pudiera pensar, esta mayor proximidad del «mercado negro» al fuego de la justicia (no en balde estas actividades reciben el mote de “jugar con candela”) no significa, necesariamente, una mayor marginalización de las prácticas que lo componen, respecto al «mercado gris». Es cierto que una buena parte de este inframundo opera de forma velada y sujeto a cláusulas herméticas de protección del negocio. Por ejemplo, la compraventa de productos “delicados”: drogas; pornografía; carne de res, de animales exóticos (venado, cocodrilo, tortuga), o exportables (langosta, camarón y otros mariscos); artículos de telecomunicaciones; combustibles; entre otros productos incendiarios.

No obstante, llama poderosamente la atención que otra porción bastante amplia del «mercado negro» (en especial la prostitución) transcurre casi completamente a voz en cuello, con todos los riesgos que ello implica. Es hartó común, por ejemplo, que en algunos barrios de Camagüey bastante céntricos pasen los vendedores furtivos pregonando por la calle, a un volumen medio, productos prohibidos (y, es consabido, por lo general robados); tales como: medicamentos regulados, piezas de pollo, pescado de mar²⁸, masa de croqueta de camarón, papa, productos lácteos, etc. En estos casos, el desenfado con que se transgrede el orden legal y se arriesga el pellejo resulta muy significativo e intrigante. Evidentemente, la apuesta implícita radica en saberse capaz de evadir y sobornar a potenciales inspectores o policías. Y para conseguir estos objetivos el arsenal de tácticas, procedimientos y mecanismos de resistencia resulta tan o más variado que el de su contraparte inquisidora. Veamos un botón de muestra:

²⁷ Recientemente, a raíz de las protestas del 11 de julio de 2021, una de las medidas “parches” tomadas por el gobierno fue la de orientar al Ministerio de Comercio Interior implementar un sistema de facilidades de pago para productos que se venden en su red minorista a un precio superior a los 2500 CUP. Los detalles de esta medida todavía no han sido divulgados.

²⁸ Mientras la venta ilegal de los frutos de la pesca de agua dulce es ampliamente tolerada («mercado gris»); la comercialización de productos del mar, en contraste, es muy perseguida y penada con sanciones más punitivas, debido a su interés para el turismo y la exportación.

La Habana, 11 a.m., en una entrada muy transitada del céntrico y emblemático Hospital “Hermanos Ameijeiras”, dos mujeres con modales poco refinados, pero bien vestidas, venden meriendas (actividad ilícita en ese lugar). Una joven, negra, y otra de mediana edad, mestiza. Pregonan a viva voz: “El bocadito, la malta y el refresco bien frío, la galleta de soda, el péter de chocolate” (productos escasos, de origen ilegal). A pocos metros de ellas, en mitad de la calle, un compinche joven, también de piel negra, otea el horizonte casi sin pestañar. Vigila. La venta fluye muy bien. Están contentas. La mestiza, la líder del trío, saca su celular e inicia una videollamada con un cubano que vive en el extranjero. Después de saludar, le cuenta, muy campante, dónde está y qué está haciendo, gira el celular hacia ambos extremos de la calle y le dice: “Mira, para allá está el malecón. Ese es el puente del Ameijeiras. Y para este otro lado está tu casa. Aunque seguro ya ni te acuerdas dónde está tu casa, con la pila de años que hace que no vienes”. En ese preciso instante, una cliente se acerca a comprarle algo a la más morena. De repente, el centinela grita: “¡Agua!” [viene la policía]. Comienza la desbandada. A toda velocidad se resguardan dentro del hospital. La cliente se queda pasmada dinero en mano. Por la calle circula muy despacio una patrulla con dos policías. Ni siquiera miran para la entrada por donde se escabulló la comitiva. Pasa el susto. Apenas la patrulla dobla por la esquina, salen los tres riéndose, con gran jolgorio, aparentemente muy divertidos [están acostumbrados]. Por lo visto la videollamada nunca se cortó. La vendedora le dice a su interlocutor, en medio de carcajadas: “¿Viste, papito? Por tu culpa tuvimos que correr”. La venta continúa como si nada hubiera pasado.

Ahora bien, a veces, «mercado gris» y «mercado negro» se imbrican de modos muy difíciles de destrincar. Por ejemplo, el proveedor estable de piezas y partes automotrices importadas desde Rusia que intercala en su catálogo, sólo para los clientes de más confianza, refacciones robadas de empresas estatales o del sector privado. Pero pongamos un caso que se sale de lo corriente. Tenemos una subdirectora de una escuela primaria de un barrio marginal en La Habana, quien, en horario extraescolar (tardes o fines de semana) y sin tener licencia para ello, repasa en su domicilio a sus alumnos para los exámenes de Matemáticas que ella misma les aplicará después, como parte del proceso evaluativo institucional. Hasta aquí estamos en presencia de un grisáceo mercadeo de servicios docentes al margen de la legalidad. Pero, en el momento en que esta maestra, en acuerdo tácito con sus «clientes» (los padres de los niños), introduce en los repasos (concentrados, les llama) las preguntas casi idénticas a como saldrán en el examen, con apenas ligeras modificaciones, podemos considerar que la educadora ha traspasado los límites de la «grisura», ha abandonado los “paños tibios”, para adentrarse en las gélidas sombras del «mercado negro». Ni

que decir cuando, a aquellos que aun asistiendo a estos «repasos-fraudes» reprueban, la sacrílega subdirectora le pone el aprobado a cambio de diez CUC.

Ciertamente, no se puede aseverar que las prácticas cotidianas que mantienen el insondable «alterverso» fronterizo del mercado informal tengan una intencionalidad insubordinada expreso (como parte de una política contenciosa explícita). Más bien nacen de la búsqueda desesperada (despolitizada) de modos de subsistencia en un entorno de pobreza, carestía crónica, falta de soluciones estatales a la permanente crisis económica y, en su defecto, de empoderamiento ciudadano para autogestionar las falencias. No obstante, resulta en lo absoluto inevitable que, en su realización iterada, tales prácticas, sin asumir una confrontación explícita, pongan en entredicho y subviertan de muchas maneras la legitimidad de la dominación.

En primer lugar, desde el nada despreciable punto de vista simbólico. Cada ámbito de la vida cotidiana (la alimentación, la vestimenta-calzado, la ferretería, los materiales de construcción, la reparación de electrodomésticos, el ocio, los servicios personales, etc.) colonizado primariamente por el mercado gris o negro significa un duro golpe al antaño monopolio del Estado, a sus actuales pretensiones hegemónicas y a su prestigio como rector, organizador y garante del buen encauzamiento de las relaciones sociales. ¿Cómo confiar en un gobierno que se desentiende del bienestar físico y emocional de sus ciudadanos y, encima, se niega rotundamente a ordenar, legalizar e impulsar este infinito «alterverso» de relaciones socioeconómicas informales que lo suplanta y sobrepasa? ¿Bajo qué fundamento sostener su legitimidad si la ideología no se come, no abriga, no se calza, no cura enfermedades, no protege de la intemperie y –salvo ingeniosos, efímeros y a veces tragicómicos memes satíricos– no divierte? Son preguntas que, a su manera, se hacen muchísimos cubanos a medida que acumulan por años insatisfacciones y demandas.

Y, luego, está la cuestión de las considerables afectaciones económicas al patrimonio y presupuesto estatal. Además de la silente e incontenible hemorragia generada por “la lucha”, con todo su arsenal de desvío y desgaste de los recursos y medios de “Liborio”, hay que sumar los frecuentes actos de robo con fuerza de bienes custodiados por el Estado, con el objetivo expreso de ser comercializados en las catacumbas del inframundo paralelo. De igual modo es considerable el cuantioso daño económico que se produce por concepto de impago de impuestos en aquellas actividades que, por capricho e ineptitud gubernamental, no acaban de ser insertadas dentro de los cauces de la ley. Por ejemplo, la importación y comercialización de productos que no se fabrican o escasean en la isla. Incluso actores de los sectores oficiales (estatales pero, sobre todo, no

estatales) suelen aprovisionarse recurrentemente en el mercado gris o negro, contratar mano de obra sin licencia autorizada para ello y, por consiguiente, concurren activamente en la espiral de la evasión de impuestos, fomento de la ilegalidad, anulación de facto de políticas prohibitivas y, en últimas, de perjuicio de la imagen de la autoridad.

Sin dudas, el desacato sistemático de las normas y leyes a nivel masivo e intensivo característico de “la lucha” y el mercado informal convierte a estas prácticas en una desobediencia perfectamente catalogable como *superdestructiva*, en los términos en que fue definida en el epígrafe 1.1.2, siguiendo los aportes de Passini y Morselli. Enfocadas principalmente en el beneficio individual y familiar, a la “la lucha” y el mercado informal no les interesa para nada transformar el sistema para el provecho de toda la sociedad, ni siquiera refutar la validez de las autoridades, aunque en la práctica socavan una y otra vez su legitimidad ante los ojos de la ciudadanía. Sobre todo, en aquellos casos en que por delante se rinde pleitesía a la dominación mientras, tras bambalinas, se le da rienda suelta a la insubordinación y la violación del orden. Al igual que la «obediencia superdestructiva», la «desobediencia superdestructiva», en el día a día, va debilitando las estructuras del sistema político justo en su médula: los procesos de estructuración. Pues, estamos en presencia de unas prácticas orientadas a unos objetivos (sobrevivir, afrontar, subvertir) que, a espaldas de los dominantes, claramente re/producen los cimientos de nuevos consensos (las estructuras de la resistencia) completamente ajenos a la falsa armonía del pacto social vigente.

6.2.1.3 Mitigación y negación «inside»: “La limonada es la base de todo”

En mayo de 2020, cuando empezaba a arcejar la depresión económica mundial ocasionada por la pandemia del COVID-19 (para Cuba traducida en caída abrupta del turismo, las remesas y aumento del precio de productos importados), el presidente Díaz-Canel, en una reunión del Consejo de Ministros, abordó el tema de la agudización de la crisis alimentaria y exhortó a los productores nacionales a incentivar la elaboración de bebidas refrescantes y alimentos precocidos, como la masa de pizza. En dicha intervención televisada, el mandatario dijo: “¿Cuándo vamos a tener guarapo por la libre en este país? Productor de caña y no hay guarapo, que podría ser, yo diría, el líquido más común. (...) Tenemos que tener limones en el país. La limonada es la base de todo. A cualquier limonada, a una base de refresco de limón, le echas cualquier otra cosa y ya es un refresco súper agradable y súper bueno. No lo tenemos tampoco”. Específicamente el sintagma: “La limonada es la base de todo” le granjeó al presidente un aluvión monumental de memes, videos

satíricos, posts en redes sociales, etc., incluso mayor que el desatado tras la convocatoria del viejo comandante de la Revolución a la cría intensiva de avestruz (ver epígrafe 5.2.2).

Y traemos a colación este evento de desacato colectivo (en Cuba la sátira política se considera una herejía), justamente porque esa famosa frase, objeto de burla masiva, nos sirve de pie para establecer una analogía, esta vez en serio, entre la limonada y la naturaleza ingeniosa de una serie de prácticas de resistencia, caracterizadas por la evasión frente a las pretensiones dominantes. En la isla, la sabiduría popular ha encumbrado un ocurrente apotegma que reza así: “Cuando alguien te manda limones para agriarte la existencia, tómalos, mézclalos con agua, hielo y azúcar y prepárate una rica limonada”. Esa es la filosofía práctica que está «en la base» de todas las prácticas bosquejadas a continuación, cuyo denominador común es el hábil manejo de los hilos de la situación a fin de digerir mejor (mitigar) los «tragos amargos» de las imposiciones arbitrarias o, de plano, esquivar (negar) las obligaciones de los comportamientos de subordinación esperados, sin declarar por lo claro una postura disidente.

Ya hemos mencionado antes, de pasada, y retomaremos el tema más adelante (acápite 6.2.3.3), algunas consideraciones acerca de la asistencia cuasi/obligatoria a los espectáculos y rituales públicos autoritariamente orquestados por el gobierno con el fin de re/producir, por un lado, la ilusión narrativa (simbólica) acerca de su preeminencia política y, al mismo tiempo, la ilusión narrativa (disciplinaria) de la obediencia general monolítica (a pesar de los aludes de inconformidad popular). Sin embargo, también habíamos anunciado que, cuando tales manifestaciones masivas de reverencia se examinan de cerca, con detenimiento, aparecen múltiples matices, invisibles desde la vista panorámica aérea. Microexpresiones subterráneas de disidencia que con poco ruido y muchas nueces deslizan en la propia fachada de la dominación el germen de la insolencia. El ejemplo insigne son los procesos electorales, grandilocuentes y exigentes ceremonias de culto a la autocracia, durante las cuales los cientos de miles de subordinados que quieren expresar su disentimiento han de poner a prueba su voluntad y creatividad, así como aprender a manejar sus miedos, para conseguir su propósito.

En mi colegio [electoral] no había suficiente privacidad para votar. Te ponen una sábana vieja de cortina, pero les dejan tremendo espacio que se ve de afuera para adentro. Eso es para intimidarte, para que te sientas vigilado. Yo me puse de espaldas, tapé lo que escribí y rápidamente doblé la boleta para que no pudieran ver que había marcado que «No». [Médico, 47 años]

Ya sabemos que las elecciones socialistas cubanas tienen más de farsa coercitiva que de procedimiento plebiscitario transparente, imparcial y con garantías para la libre determinación. Y hemos mostrado (sección 6.1.2.5) cómo esta naturaleza coercitiva, aunada con la arraigada deslegitimación de este mecanismo de dominación, genera actitudes y comportamientos paradójicamente complacientes en sectores indiferentes y desleales. En ese contexto de coacción y paradojas, resistir y atentar contra la estabilidad del sistema en sus narices, utilizando sus propias reglas, plantando microscópicas dosis de conflicto en la preciada (gaventiana) primera dimensión del poder, requiere mucho coraje, una elevada «disposición para la resistencia» y la convicción firme de no aceptar nunca la derrota, por más que las reglas del juego político asuman una apariencia harto desequilibrada e injusta. Constituyen, en definitiva, manifestaciones de desobediencia que demuestran que al menos una parte de los subordinados siempre encuentra la manera de plasmar en acciones irreverentes su descontento marginal (transcripciones ocultas) y de mantener una mínima coherencia entre su proceder y su conciencia crítica.

Hace años que soy de las que entrega la boleta en blanco. Sin embargo, voy. ¿Por qué? Para que no me vengán a buscar diez veces. ¡Porque te van a buscar! Si al anciano inválido lo vienen a buscar, ¿cómo a mí no me van a buscar? Voy para que no me estén cayendo arriba desde las dos hasta las seis de la tarde. Pero no voy a las siete a.m., ni cuando ellos quieren. Voy cuando me da la gana a mí. Así hacían en El Cerro, te iban a buscar a la casa. Siempre he sido muy insubordinada, rebelde. Yo le decía a la presidenta del colegio: “¿Milagro, por qué a las siete? Yo quiero dormir la mañana. Los que se levantan a ordeñar las vacas, que se tiran de la cama a las cinco, que vayan a las siete. Pero yo voy a las 10, a las 11, cuando a mí me parezca, si es hasta las seis p.m.”. Y aquí en La Lisa igual: voy a la hora que a mí me da la gana. Pero si son las dos de la tarde y no has ido, te vienen a buscar. [Repasadora particular, 60 años, exmilitante del Partido]

También los desfiles y procesiones del “pueblo combatiente”, arco de triunfo de la mitología del régimen, resultan terreno fértil para la proliferación de artificios y estrategias de mitigación, elusión y refutación. Para empezar, uno de los recursos prácticos más implementados es la transmutación fáctica de la solemnidad ceremonial en diversión y juerga, como método de evasión física y mental de estas actividades, no sólo impuestas por medio de la coacción laboral, escolar y comunitaria, sino que, por tradición, lúgubres, arcaicas, mustias, roídas por décadas de rutinización uniforme. De modo que, durante estas manifestaciones de masas, principalmente en el preámbulo,

sobre todo los jóvenes (aunque no exclusivamente) ponen en acción todo un arsenal de prácticas festivas, lúdicas y hasta hedonistas para intentar hacer más ligera y llevadera la penitencia.

Además de la impresionante movilización y las muestras de agobio, cansancio y enojo, uno de los saldos primarios del procesamiento etnográfico del desfile del Primero de Mayo de 2019 en La Habana fue la presencia destacada y aglutinadora del alcohol y la música popularailable. Fue sorprendente ver a tantísimas personas, sin distinción de género ni edad, bebiendo ron, con vasos y jarros plásticos o directo de la botella. Durante la auscultación noctámbula de la muchedumbre que aguardaba por el amanecer para iniciar la peregrinación de “reafirmación revolucionaria”, a menudo el poderoso olor a alcohol delataba la proximidad de la sustancia psicotrópica incluso antes de visualizar las pruebas de su consumo. Si las autoridades hubieran realizado controles antidopaje previo al arranque del desfile, mucho habría menguado su exhibición de fuerza. Asimismo, abundaban, sobremanera, los jóvenes amontonados en torno a bafles portátiles con música alta, principalmente reguetón, a todo volumen. Algunos grupos bailaban alrededor de estos focos musicales o de algunas congas improvisadas, que también amenizaban la madrugada. En general, imperaba un ambiente polarizado entre el abatimiento estoico y la enajenación entusiasta.

Cuando era estudiante teníamos que ir a las marchas. De hecho, cuando había marchas nos quedábamos el día anterior en la facultad. Hacíamos pijamadas. Era un poco obligado, porque el profesor guía te anotaba en una lista a la hora de irnos ya para la marcha. Y si faltabas, bueno... Después te decían que por qué no fuiste, que no sé qué más, un millón de cosas. Si no ibas a la pijamada, tenías que buscar al guía y darle tu nombre como que fuiste. Mucha gente mentía: “Yo voy con mis padres”. “Fui con mi mamá, por su trabajo”. No les decían nada, pero no les creían. La última vez no fui, les dije que había ido con mi mamá. No pasó nada después. Y cuando iba, lo hacía por eso mismo de que me anotaban en una lista; no porque me interesara, ni nada. O si no, porque iba con mis amistades y, después de todo, ahí en la facultad nos divertíamos, nos poníamos a joder por las noches, poníamos música, hacíamos cuentos. [Técnica en prótesis dentales, 22 años]

La estratagema de “Fui con mi mamá/papá por su trabajo” es tan antigua como astuta e infalible. Es un ardid que emplea en su defensa las mismísimas armas de la dominación, puesto que la participación de los trabajadores también es obligatoria y hacerlo acompañado de la familia es bastante común (e imposible de verificar). Pero no es la única excusa utilizada para evadir la inquisición dictatorial. Es habitual también inventar enfermedades o malestares a) esporádicos, de última hora (propios o de algún familiar dependiente); o b) crónicos y, por tanto, funcionales en el

futuro, del estilo: “No puedo coger sol, desde siempre, el dermatólogo me dijo que lo evitara a toda costa”²⁹. Nunca falta la clásica “Me quedé dormido”, de la cual no se puede abusar. O la más arriesgada apuesta por la mentira insolente: “Sinceramente, al último desfile no fui, estaba cansada de levantarme temprano. No tenía ganas. También estoy cansada de toda esa presión. No me siento bien con eso. No fui y cuando me preguntaron, dije: «Sí, sí, yo estaba por ahí»”.

Por supuesto, también en el ámbito de la militancia política (UJC, PCC) pululan prácticas de resistencia más o menos encubiertas, sutiles y mañosas, encaminadas a re/huir de las responsabilidades del rol asignado. Es el resultado del reclutamiento indiscriminado de militantes que, inevitablemente, deriva en la infiltración de las filas, sobre todo juveniles, por parte de corrientes culturales como la “doble moral” y la «asimilación ingenua». En tales casos, la desidentificación respecto de los objetivos de estas organizaciones políticas lleva a simuladores y «apáticos voluntariosos» a cometer fechorías *concertadas*, como los ya citados atropellamientos de reuniones (exprés) y falsificación de actas de la UJC. Cada una de estas prácticas desestructurantes, multiplicadas *ad infinitum* por la red capilar de la juventud comunista, deviene una pala de cascajo derramada sobre el ataúd de la organización que, desde hace mucho tiempo, yace en el más profundo y sombrío pozo de la deslegitimación. Ni se diga de las artimañas clandestinas que aprovechan el más mínimo resquicio en la maquinaria totalitaria para, de forma subrepticia pero radical, autoexcomulgarse de la secta:

Y un buen día llegué a mi casa y decidí que ya no iba a ser más de la UJC. Busqué el carné y fui al pedagógico y saqué mi expediente. Le dije a la secretaria general de la UJC que necesitaba mi expediente, que ya me iba para la primaria a trabajar, de traslado. Cuando tuve el expediente en la mano, con el carné, llegué a mi casa y lo quemé. Nunca lo entregué en ningún lado. [Exprofesora, actualmente “bolitera”, 35 años]

Es relevante señalar que la extensión acelerada de la deslegitimación de las organizaciones políticas ha redundado, asimismo, en un incremento de las maniobras diversivas de ese amplio sector de subordinados que ya no acepta ceder antes las presiones, acoso y engatusamiento de la dominación para sumar corderos a su rebaño militante. Los malabares para “zafarle el cuerpo” a la militancia son tan variados y ocurrentes como las tretas de evasión de las movilizaciones de masas. Nunca faltan pretextos familiares, de salud o, incluso, de nexos “estrechos” con el exilio y

²⁹ Una excusa que, está comprobado, tiene el hándicap de no salvarte de la famosa marcha (nocturna) de las antorchas que se celebra cada 28 de enero con motivo del aniversario del nacimiento de José Martí.

posibles proyectos migratorios. Pocas, poquísimas veces la renuencia se escuda tras un simple “No quiero”. Y definitivamente nunca se esgrime una falta de sintonía político-ideológica con los principios y ordenanzas del comunismo. Ya de por sí la negación sibilina a la militancia implica una dosis demasiado alta de superación del miedo a disentir. Se sabe, a todo lo largo y ancho de la intersubjetividad subordinada, que no hay espacio para la sinceridad pública dentro de los cánones comportamentales del extremismo autoritario, que claramente prefiere la destructiva diplomacia del “Miénteme que me gusta”.

En la reunión eligieron a los trabajadores destacados, me escogieron y me dijeron que iba a “crecer” para el Partido, que es como se dice. Ahora no recuerdo si fue en esa reunión que... Ajá, dije que sí. Así fue la cosa. No tuve el valor de decir que no delante de todo el mundo. O me mencionaron: “Van a crecer para el Partido, fulano, mengana y zutano”, sin haberme consultado antes. Y, después, llamé a la secretaria del Partido y le dije que no iba a crecer, que no iba a entregar currículum. “Pero no, ya tú dijiste que sí”. Entonces, se formó..., porque en las reuniones dicen, por ejemplo, “Van a crecer cinco militantes”. Y, entonces, ya eran cuatro porque yo no quería crecer. Sí fue un problema. Había que explicar el porqué. Hicieron tres reuniones para eso. “No, porque fulana no quiere crecer”. Y trataban de convencerme. Y yo plantada que no, que “No quiero”. Una reunión tras otra. Hasta que la del núcleo argumentó y me dejaron tranquila. No tuve que inventar nada, sólo dije “No quiero” y ya. No tuve ningún problema. Modestia aparte, yo soy buena trabajadora, cumplidora, no maltrato a nadie. Eso nunca repercutió. [Enfermera, 50 años]

6.2.1.4 Otras prácticas de resistencia. Desobediencia al por mayor

Para cerrar este sucinto asomo a las prácticas insubordinadas, vamos a desmenuzar dos bloques de microexpresiones transgresoras que, desde su «menudencia» social, patentizan cuánto puede contribuir la «política de las pequeñas cosas» a escaldar cotidianamente las pretensiones de dominación, sometiéndolas a diminutas pero intensas abrasiones. Devienen rutinarias y discretas escaramuzas de desgaste doblemente periféricas: por su distancia real respecto a las posiciones de influencia en las relaciones de poder formales, así como por su conveniente autodefinición marginada, porque no tienen ninguna pretensión de saltar a la notoriedad pública. Al contrario, su ámbito natural es el de la disidencia marginal, por excelencia, o moderada cuando más, privilegiando los senderos menos transitados de la producción social de la realidad si la magnitud de la contravención así lo amerita.

Podríamos recuperar aquí, y abordar con mayor profundidad, muchas de las prácticas desobedientes de corto alcance avistadas al paso en secciones anteriores, como dejar de pagar la cotización en las organizaciones de masas, de colaborar con ellas y asistir a sus rituales de base; los múltiples tipos de indisciplinas laborales / sociales y de juegos ilícitos; el travestismo material; entre muchas otras. Sin embargo, vamos a concentrarnos en una serie de comportamientos corrientes no citados hasta ahora, los cuales tienen como particularidad común la interacción «temeraria» con dos importantes baluartes estructurales del régimen, el monopolio de la información y el sistema de salud; y que, por tanto, ponen de manifiesto un procesamiento del miedo muy diferente a lo pretendido por los artífices de la dominación.

El primer bloque de prácticas tiene que ver con esa insaciable sed de información alternativa que ya reseñábamos en el epígrafe 5.2.3. La abrumadora mayoría de la población padece un subconsumo crónico de contenidos audiovisuales distintos a la papilla rígida, monocromática, vetusta y por lo general didáctico - adoctrinadora que trasmite el monopolio estatal de los medios de comunicación. Ajenos por completo a la televisión por cable, las plataformas de entretenimiento cada vez más populares en el mundo como Netflix, HBO, Disney Plus, Amazon Prime Video / Music, Spotify, Deezer, etc. y, además, severamente golpeados por la censura y restricciones gubernamentales, los cubanos han desarrollado, no obstante, un imponente mecanismo extraoficial de distribución y consumo de esos prohibitivos contenidos de la industria cultural capitalista, con asombrosa inmediatez, eficacia y facilidad de acceso. De forma, primero espontánea, y luego tolerada-controlada, el mercado negro se ha encargado durante los últimos siete u ocho años, no sólo de asimilar y satisfacer esa gran demanda pospuesta por décadas, sino de diversificar su oferta hasta límites insospechados con tal de llegar a todos los gustos y bolsillos.

Se trata del muy famoso “paquete semanal”, un soberbio sistema piramidal de distribución *nacional* de contenidos digitales por medio, léase bien, de ¡discos duros y memorias USB! Impresionante, ¿verdad? La base organizativa de este sistema *offline* que llega a absolutamente todos los rincones del país es una especie de arquitectura «peer-to-peer», en la que la mayoría de los clientes / usuarios se convierten a la vez en servidores. En dicha base de la pirámide, bajo una directriz estricta de “cero política, cero violencia, cero pornografía”, el mercado negro se juega sus cartas detrás de una cortina pseudolegal como la licencia por cuenta propia para “comprar-vender discos”. Dicho velo ayuda a camuflar el tráfico de materiales no autorizados: series, novelas, películas, shows de variedades, informativos, conciertos, muchísima música y videoclips, revistas

de farándula, bitácoras de clasificados, aplicaciones informáticas, actualizaciones de antivirus, promociones de negocios privados cubanos, entre otros productos impunemente despojados de todos los derechos de autor. El imperio de la piratería tolerada (¿o auspiciada?).

Sin embargo, mientras más se asciende por el rascacielos del “paquete semanal”, mayor es la proximidad al pebetero de la ilegalidad «olímpica» y el turbio contubernio paraestatal. Según una investigación académica reciente (Concepción, 2015) que mapeó el organigrama de esta megaestructura distributiva, en la cúspide de la pirámide es donde un selecto y ultrasecreto puñado de «proveedores» arriesga más el pellejo jugando con fuego. Ellos “venden la información que ilegalmente descargan de Internet a través de instituciones estatales con banda ancha o capturan a través de las también ilegales antenas parabólicas. (...) Son como una especie de traficantes de contenidos”³⁰ (Concepción, 2015: 347). Estos «proveedores» se encargan de editar los materiales, suprimir la publicidad y la propaganda política, y abastecer al segundo eslabón de la cadena: las «matrices», pequeños nodos o equipos de gestores que cada semana tienen la tarea de confeccionar “el paquete”; es decir, de compilar, clasificar y organizar el volumen de contenidos (alrededor de un terabyte), con ayuda de un software. Las «matrices» radican todas en La Habana (su número siempre ha oscilado entre dos y cuatro); y, además de compartir proveedores, como intercambian contenidos y estilos de trabajo, terminan distribuyendo productos finales casi idénticos.

Antes de seguir desovillando la madeja del “paquete semanal”, es menester dilucidar lo que ya parece bastante obvio: en un país donde todavía subsisten casi intactas muchas de las herramientas totalitarias (estalinistas) de control de la sociedad y la inteligencia estatal tiene un alcance y nivel de penetración social ingente, resulta prácticamente imposible e inverosímil que tamaño feudo de las comunicaciones ilegales pase desapercibido ante los órganos de seguridad del Estado. De modo

³⁰ “El proveedor más famoso es Alejandro, que vive en el reparto Kholy, en el municipio Playa, es reconocido como el hombre con más terabytes de Cuba. Posee muchos discos de gran porte y eso le permite almacenar mucha información para vender. Dentro de este mundo es también conocido que desde el ICRT [Instituto Cubano de Radio y Televisión] le piden materiales a Alejandro, es algo semioficial. Es un hombre con mucho dinero y poder. (...) El padre de Alejandro, el proveedor de Kholy, es general del Ministerio del Interior (MININT), no sé quién es exactamente, pero es general”. (Concepción, 2015: 347 y 353). A partir de una fuente cercana a este investigador, pudimos confirmar, corregir y complementar esta información: el proveedor de marras se llama Alejandro Collado Quintana y es nieto del coronel Nelson Quintana, exjefe de Personal y Cuadros de la Dirección General de Inteligencia, primero de las Fuerzas Armadas, y luego del MININT hasta que se jubiló. Alejandro es muy conocido en el reparto Kholy. Muchos vecinos acuden a su domicilio a comprar material audiovisual. Nacido y criado en la casa de su abuelo en Kholy (barrio de la clase privilegiada conocida como “los hombres de la Revolución”), hace poco años Alejandro adquirió una casa propia en el mismo reparto, valorada en más de cien mil dólares.

que, aunque nadie puede afirmar con total certeza que el Estado en la actualidad controla todos los hilos de este monumental negocio paralelo, muchísimos intelectuales e incluso ciudadanos comunes sospechan de la colusión, al menos parcial, entre gobierno y mercado negro, a través de infractores «intocables» (de abolengo y probada lealtad) y agentes “segurosos” infiltrados. Nuevamente, al igual que con el juego ilícito de “la bolita” (apartado 6.1.1.4), la filosofía romana del “Pan y circo” pudiera estar detrás de esta oscura estrategia gubernamental. En entrevista confidencial, un antiguo gestor o “paquetero”, autoexcluido del negocio en 2013 para “no explotar”, confirmó a Concepción (2015) esta verdad de Perogrullo:

“Es cierto que el gobierno está detrás del Paquete, algunos proveedores son agentes de la Seguridad del Estado. Eso son cosas que uno nota cuando habla con ellos, son diferentes, enseguida te das cuenta de quién trabaja para la Seguridad, pero tienes que actuar normal, no puedes cortar las relaciones porque es peor, podrían buscarte y tomar medidas. Lo que más le preocupa a la Seguridad es tener el control de las cosas, no las cosas en sí mismas. (...) El Estado [está] detrás del Paquete, pero sólo hasta un punto. Esa es mi teoría. El Estado interviene en el proceso”. (Concepción, 2015: 353)

Dicho esto, podemos presentar a los eslabones intermedios de la cadena de ilegalidades. Una vez que las casas matrices terminan de catalogar todo el material adquirido en la semana, les venden “el paquete” a una serie de «distribuidores de primera mano», conocidos como los “peces gordos”, o los “tiburones”, quienes son los encargados de echar a andar la inabarcable cascada de reventa. Resulta una carrera contrarreloj que inicia en la madrugada de cada lunes y en menos de 48 horas ya ha cumplido su misión de llevar “el paquete” a todos los municipios del país, utilizando una peculiar red de «mensajeros»: nada más y nada menos que los choferes de los autobuses interprovinciales estatales. En la capital el servicio de mensajería se hace, por lo común, en motocicletas. En cada provincia un número reducido de “tiburones” (entre dos y cinco) acaparan el negocio y compiten por sus respectivos segmentos de mercado.

A nivel comunitario, un escalón por debajo de los “peces gordos”, cada provincia cuenta con una constelación de decenas de «distribuidores mayoristas» y cientos de «distribuidores minoristas». (En realidad, aunque a menor escala, los «proveedores», las «matrices», los “tiburones” y los «mensajeros», además de su trabajo específico, practican también la comercialización minorista del “paquete” u otros contenidos digitales sueltos). Los «distribuidores minoristas», conocidos como “llenadores de memoria”, venden “el paquete” tanto a domicilio (a

clientes fijos de buena posición económica), como en puntos de venta establecidos en sus casas o en locales comerciales autorizados para la compraventa de discos. Algunos se especializan sólo en la primera variante o en la segunda; otros muchos simultanean ambas. La gran mayoría de los “llenadores de memoria” funcionan por completo al margen incluso de la pseudolegalidad.

Por último, al final de todo este engranaje distributivo-lucrativo tenemos una millonaria legión de consumidores –clientes (si pagan) y usuarios (si obtienen los materiales libre de costo³¹)–, quienes acceden, con ferviente asiduidad, a esta gran variedad de contenidos digitales alternativos que reivindican su rol activo como espectadores, su libertad de seleccionar qué ver, escuchar, leer, instalar... Una autonomía coartada durante décadas por la censura y la paupérrima oferta estatal. Como es lógico, por mera (in)capacidad humana es imposible consumir en una semana un terabyte de información y productos audiovisuales. Pero, cuando se ha vivido tantos años culturalmente subyugado, el sólo hecho de tener a mano un abanico de opciones tan infinito para escoger ha generado en la población una sensación liberadora y a la vez adictiva. Son muchas las familias a lo largo y ancho de la geografía nacional que se desvelan noches enteras pegados a las tramas de las novelas coreanas, turcas o de las series de Netflix. En general, las familias dedican varias horas al día a desvalijar “el paquete”. Ahora son cautivas voluntarias de un consumo liberador.

En resumen, el “paquete semanal” deviene una especie de iceberg invertido, con un sombrío pináculo bajo superficie –donde presumiblemente mercado negro y Estado se funden en un abrazo macabro– y una enorme masa emergente de negociantes ilícitos y pseudolegales que, en plena superficie (zona fronteriza) y con muy poco o ningún pudor, sostiene y alimenta las ansias consumistas de una explanada inabarcable de indómitos consumidores, renuentes a conformarse con la papilla oficial teledirigida. Como bola de nieve, este gigantesco bloque de insubordinados crece por día, sumando adeptos de todas las edades –pues, aunque son sobre todo jóvenes y adultos medios quienes se encargan de traer a los hogares los contenidos del “paquete”, su consumo aglutina a todas las generaciones– y expandiendo «redes *offline*» de intercambio y discusión temática. Redes que, más allá de los contenidos de entretenimiento circulados, tienen un gran valor simbólico y práctico en sí mismas, por lo que significa pertenecer a y ejercer un flujo de

³¹ A lo largo de toda la cadena de distribución hay muchísimas personas (familiares, vecinos, amigos, compañeros de trabajo) que copian gratuitamente parte del contenido del “paquete semanal”. Particularmente en los centros de trabajo estos intercambios son muy fluidos. Algunos estudios (Márquez, 2015) y (Concepción, 2015) han encontrado que alrededor del 70 por ciento de los consumidores del “paquete” obtiene los contenidos libre de costo.

información alternativo, no estatal, ilegal. Otra vez el morbo, casi infantil, de coquetear con lo prohibido, de transgredir.

Además, si bien los «proveedores» y las «matrices» hacen cierto trabajo de edición política de los materiales, la premura que les imponen sus propios (ambiciosos) ritmos de producción les impide realizar una depuración ni siquiera medianamente aséptica. Con lo cual, cada semana los consumidores del “paquete” acceden a una gran cantidad y variedad de programas producidos fundamentalmente en EE.UU.³², con una política editorial claramente contraria al actual régimen cubano. Por no mencionar la nada desdeñable interacción habitual, prolongada y por lo general colectiva, con patrones culturales capitalistas, ídolos y modelos de éxito capitalistas, valores políticos democráticos y paradigmas cívicos indóciles. De hecho, la contribución del consumo recurrente de estos contenidos alternativos a las condiciones que favorecieron el estallido social del 11 de julio de 2021 resulta una hipótesis muy plausible, que pocos se atreverían a descartar.

Ahora bien, el segundo bloque de prácticas desobedientes que analizaremos sí está limitado exclusivamente al ámbito de la disidencia marginal. Y, aunque su alcance es mucho menor que el abarcador universo del “paquete semanal”, su radio de acción es todavía grande y los riesgos que implican algunos de estos proceder son tan o más elevados que los asumidos por los principales artífices del “paquete”. Nos referimos a un conjunto de prácticas que trafican bienes y privilegios a partir de la falsificación de diagnósticos médicos. Tal cual como se lee. Es de amplio dominio público, por ejemplo, que una inmensa cantidad de supuestos pacientes con diferentes «padecimientos» en verdad no sufren tales enfermedades, sino que se las inventan para conseguir la asignación oficial de una dieta alimentaria regular y subsidiada. Es decir, algún pariente o amigo médico, bajo grandes riesgos jurídico-profesionales, les prepara una historia clínica falsa, con base en pruebas diagnósticas ficticias, a fin de que el Estado les provea un suplemento alimenticio de leche, carne o pescado, según la «afección» (diabetes, cáncer, u otra enfermedad crónica).

Es una práctica bastante común y transversal a toda la sociedad, reconocida incluso por directivos del Ministerio de Salud Pública que han intentado, en vano, frenar la expansión de este fenómeno, mediante la promoción de auditorías y cacerías de brujas. Pero, ciertamente, más allá de puntuales vaivenes, el desparpajo con las dietas médicas sigue imperando a sus anchas en el

³² De acuerdo con (Márquez, 2015), los productos más consumidos del “paquete semanal” son facturados mayoritariamente en Estados Unidos. A una gran distancia, les siguen Colombia y España, por ese orden. Los de fabricación cubana, además de tener poca presencia en el compendio, son escasamente consumidos.

sistema de salud cubano. No sólo porque los médicos saben camuflar muy bien sus embustes; sino porque, ante el largo túnel de carestías y necesidades básicas, sin salida a la vista, en el gremio y en la población existe el sentimiento de que es muy válido “arañarle al Estado todo lo que se pueda”. Vale señalar que ni siquiera la lealtad incondicional al régimen es óbice para subirse a la rueda de este fraude sanitario. El anciano comunista de 82 años que entrevisté en Camagüey, por ejemplo, dechado de asimilación ideológica, disfruta de una dieta mensual de leche en polvo para diabéticos, gracias a las maniobras de su hija especialista en Medicina General Integral.

Asimismo, este investigador pudo conocer que, aunque en una escala menor a la falsificación de dietas médicas, también es frecuente que los médicos inflen las historias clínicas de algunos pacientes (amigos o buenos postores), en aras de que pasen de manera exitosa por las comisiones municipales de peritaje médico. Para conseguir esta jubilación anticipada, se suele “estimular” (en especie o en metálico), además, a un contacto dentro de la comisión permanente de peritajes, para hacer más expedito y exitoso el trámite. Es una práctica que dialoga con el contexto aquí expuesto de bajos salarios y escasos o nulos estímulos laborales, pobres condiciones de trabajo, auge de la indisciplina laboral, corrupción y degradación moral de la sociedad. Los beneficiarios de la jubilación anticipada casi siempre buscan quedar libres para incursionar en el emprendimiento privado, a la par que cobran su pensión, o simplemente descansar en casa si pueden complementar esta última con una remesa periódica.

Este procedimiento de falsificar o inflar historias clínicas es utilizado también en todo el país, pero con mucha mayor cautela y discreción (bajo herméticas medidas de protección) para eximir del servicio militar obligatorio a algunos jóvenes de 18 años (edad del llamado castrense). Este es un bien premeditado proceso de manufacturación artesanal que dura incluso años, durante los cuales se preparan minuciosamente abultados expedientes médicos, con patologías crónicas ficticias, inventadas exclusivamente para burlar los filtros de las comisiones reclutadoras de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. (Se sabe de antemano cuáles afecciones y estadios permiten conseguir el anhelado “No apto”). Algunas de estas arriesgadas estafas médicas se hacen de forma gratuita, fabricadas para familiares o amigos muy íntimos. Otras son pagadas por familias acomodadas a un costo superior a los 50 mil pesos cubanos.

La lista de prácticas médicas ilegítimas podría extenderse mucho más. Por ejemplo, es conocido que los turnos en quirófano para grandes y complejas cirugías literalmente se compran o se consiguen soborno mediante, si el bolsillo lo permite y se conoce a la persona indicada.

Particularmente en el ámbito de la cirugía estética, La Habana ha sido escenario de más de un sonado aquelarre. Pero basta lo expuesto hasta aquí para graficar cómo la añeja confabulación (afectiva o lucrativa) entre el personal de salud y los dominados ha normalizado un conjunto de formas prácticas de desacato especializadas en la socavación solapada de los recursos materiales y humanos de la dominación. Al punto que inclusive algunos de los más fieles devotos sucumben a la tendencia saqueadora.

Tanto el monumental edificio del “paquete semanal” «hecho a mano», como la prostitución sistemática y flagrante del juramento hipocrático, constituyen una muestra simbólica de cómo en el día a día, «insignificantes» movimientos liliputienses ayudan a deconstruir, a través del tiempo, la imagen rotunda de la autoridad incólume, inexpugnable. Buena parte de estas operaciones se llevan a cabo con poca o nula intencionalidad contenciosa; se hacen más bien con un sentido práctico, para resolver problemas concretos. No obstante, sobre la marcha, irremediablemente, el arte de la resistencia va cobrando cuerpo, sentando trillos, contagiando almas, transformando hoy las mentalidades que mañana escribirán las venas abiertas de la Cuba comunista posttotalitaria.

6.2.2 Prácticas de subordinación. La conformidad a escena

6.2.2.1 Sube el telón: las lagunas histriónicas de la simulación

Ya hemos explicado antes (secciones 5.1.1.4 y 6.1.2.4) las disonantes connotaciones intersubjetivas que suscitan experiencias y prácticas tan próximas como la simulación retórica y la simulación práctica; las cuales sólo se ven acopladas en casos muy extremos de “doble moral” o de «embudos» situacionales (ver la propia sección 6.1.2.4). Lo más común es que la simulación práctica, la actuación del «como si» se fuera leal, se produzca complementada por un mutismo estratégico. Es el tipo de práctica que podemos observar a raudales, por ejemplo, en los espectáculos de masas: concentraciones, desfiles, tribunas y demás manifestaciones de culto a la dominación socialista. Sin embargo, mientras más masivo es el ritual, y este es un detalle revelador, más delgadas se tornan las máscaras de los simuladores. Es decir, más evidente resulta la discordancia entre expresión facial y comportamiento de quienes prestan su cuerpo mudo a tales funciones carnavalescas.

En uno de estos espectáculos registrados durante el trabajo de campo, el desfile del Primero de Mayo de 2019 en La Habana, por ejemplo, muchos de los rostros diluidos en la multitud, lejos de fingir conformidad y entusiasmo, transpiraban un vaho que, salvando las distancias, recordaba al

luto de los condenados conducidos al patíbulo. Es comprensible que el desempeño histriónico se relaje cuando el personaje montado se desdibuja en el telón de fondo. Desde el preámbulo de la función, la escena nocturna ya expectoraba la incongruencia entre presencia física y enajenación de un gran número de asistentes. Muchísima gente acostada en el césped y en las calles. Algunos incluso con sábanas que, previsoramente, cargaron desde sus casas. Asimismo, pululaban por doquier expresiones faciales y verbales de agobio, cansancio, sueño, enfado: “Ya no puedo más, tengo que sentarme”, “Tengo tremendo sueño”, “Qué clase obstine”, “Primera y última vez que vengo a un Primero de Mayo”... Algunos de plano abortaban la interpretación del papel poco antes de iniciar la peregrinación. En un grupo de jóvenes desparramados por el suelo como palillos chinos, escuché el regaño de una muchacha a un compañero que iniciaba la retirada: “El único que se va eres tú, ¡animal!”.

Cuando al amanecer los coordinadores comenzaban a azuzar y organizar las hordas, los primeros claros del día multiplicaron las malas caras hasta el infinito. Los rostros con mayor expresión de disgusto eran los de aquellos que sostenían las banderas más grandes (de unos 20 metros de largo). Para tornar la trama más barroca y elocuente, algunos de estos portadores de banderas gigantescas llevaban audífonos de chícharos (pasan más desapercibidos que los de diadema), como queriendo alienarse del momento a través de un túnel acústico. Definitivamente hay simuladores muy poco cuidadosos con su *performances*. Más bien su disposición para la simulación es bastante acotada. Están tan desencantados que esta caricatura de simulador es todo lo que tienen para ofrecerle al régimen.

A las 7 a.m. en punto el desfile se puso en marcha. Pero después de auscultar durante horas las entrañas de la muchedumbre, preferí sentarme a observar cómo la serpiente humana se desenrollaba y a decidir cuál bloque de jóvenes parecía más atractivo para insertarme y desfilar por delante de la tribuna principal, donde la cúpula directiva del país y los invitados especiales posaban como floreros jactanciosos. Casi al unísono, un adulto bastante mayor, en estado de embriaguez, se dejó caer a mi lado. Me brindó “café oscuro” (tradicional) y “café claro” (ron); no cabe duda de que el alcohol facilita la alquimia de la enajenación. Acto seguido, sin necesidad de incentivarlo, rompió a hablar como papagayo y su narrativa derrochó toda la tipicidad, «*accountability*» y lógica práctica que espera encontrar un investigador en cada recodo del campo:

No voy a desfilar por la Plaza nada. Estoy viejo y cansado, me duelen las rodillas. Ahora doblo ahí por “23” y me voy hasta [la calle] “G” a esperar a que salgan las guaguas de regreso para los

municipios. Ya tengo lo que quería. Vine sólo a coger este papelito y a que me vieran [y me muestra una pequeña tarjeta de reconocimiento por asistir al desfile (Anexo 2)]. Tengo mucha experiencia en estos trajines. Llevo 51 años en el mismo trabajo. Sé cómo funciona el mecanismo. Si dan un ventilador, un refrigerador o cualquier otro electrodoméstico, le enseño al director este papel de que participé. Los que no vienen se joden, no cogen nada. Tú sabes cómo es esto: voluntario como los chinos [y cruza las manos en señal de preso esposado]. Yo sé lo que es obligatorio. ¿Qué no sabré yo? [Tornero-fresador, civil de las Fuerzas Armadas, unos 67 años]

Sin dudas, una clase magistral de metabolización práctica del coctel favorito de Molm: poder de recompensa y poder coercitivo (así como de una polivalencia analítica que trataremos al final del presente capítulo). El sentido práctico de este obrero experimentado, hueso viejo de la “doble moral”, deviene la viva estampa del razonamiento fundamentado que se encuentra debajo de los comportamientos falaces de miles y miles, quizás millones, de simuladores que han hecho de la adhesión estratégica no sólo un credo, sino un modo de vida. Sin embargo, la simulación como experiencia pública perpetua es desgastante. Cuando la apuesta colectiva por la hipocresía abarca ya más de una generación, no hay vocación de actor ni condicionamiento estructural que impida el paulatino desmoronamiento natural de la representación.

Por eso, cuando inserto en el bloque de la Universidad de La Habana, este investigador cruzó frente a «la vanguardia ilustrada» expectante en la tribuna, no fue extraño atestiguar cómo el bullicio de los altoparlantes (con música motivadora y despilfarro de consignas) se estrellaba, de forma insistente e inútil, contra el inconcuso desánimo de una masa mohína de universitarios. Ante el llamado consignero de “Viva Cuba Libre”, “Viva la Revolución”, etc., muy pocos, poquísimos, asimilados y aduladores entusiastas respondían con el clásico “¡Viva!”. Al punto que una mujer de unos cuarenta años, al parecer profesora, le reclamó a sus compañeros y alumnos con tono enfático: “Arriba, caballero, ¿qué les pasa? Hay que gritar «¡Viva!»”. Nadie le hizo caso. Tampoco le explicaron que justo les pasa que están cansados del “hay que”, de lo «obliguntario»; de portar máscaras de plomo con los estómagos vacíos, grilletes en manos y pies, mordazas; de traicionarse a sí mismos, de travestir sus valores. Lo suficientemente cansados como para rehusarse a traspasar el umbral de la simulación retórica. Aunque lo bastante cautelosos como para permanecer, por el momento, reos de la simulación práctica «afónica».

Por supuesto, la tensión entre simulación oral y práctica es extensiva a todos los intersticios de la zona fronteriza. Sin embargo, en el caso de la simulación práctica, cuando abandonamos los

actos concurridos que tienen lugar en la arena pública, las notas de discordancia entre comportamiento y expresión facial se hacen mucho más sutiles y en algunos casos hasta imperceptibles. O sea, las máscaras ganan grosor, nitidez, verosimilitud; y la actuación rigor técnico. Y la razón es sencilla: aquí no hay multitudes tras las que diluir el cansancio individual. En las representaciones de pequeño formato (espacios educativos, laborales, comunitarios) hay menos margen para el relajamiento histriónico. Las incoherencias entre conducta y fachada son más susceptibles de llamar la atención de algún director de escena o «curador» del teatro de la dominación. Por ello, en la zona fronteriza, el simulador se siente más vulnerable y, por tanto, suele operar con un apego estricto al tipo paradigmático en uso del rol de «buen estudiante», «buen trabajador», «buen vecino», evitando a toda costa las improvisaciones, los impulsos o posibles zancadillas de terceros. “Me uní a la UJC porque en mi escuela decir que no era complicado. Los dirigentes estudiantiles te veían mal, como que empezaban a hablar mal de ti. Te lo ponían en el expediente también, que tenías problemas políticos”.

Esta estrategia práctica obediente, apegada a la definición social de cada rol, es la que fomenta la institucionalización de la “doble moral” que mencionamos en el apartado 5.1.1.4, y la eventual orquestación de farsas concertadas en la mayoría de los centros de trabajo estatales e instituciones educativas. Farsas dirigidas a halagar a la dominación a cualquier costo, porque eso indican las prescripciones comportamentales compartidas desde siempre bajo la égida del impoluto Estado socialista (un «trabajador disciplinado» siempre obedece sin chistar). La “preparación para la visita” es un popular *modus operandi* que evidencia la profunda nocividad de ciertas usanzas de dominación-subordinación que, lejos de mejorar la relación de autoridad a través de una obediencia crítica, sincera, constructiva, la perjudican gravemente.

En mi trabajo, ¡por dios!, eso es algo que veo muy mal. Estás en lo tuyo, trabajando, y de pronto: “Rápido tienen que ponerse la bata que viene una visita. A limpiar, déjenlo todo brillando”. La clínica se transforma. Quieren esconder las cosas de la realidad, para que lo vean todo bien. Y eso no debería ser así, porque si no enseñan los problemas, no les van a dar solución. Entonces, ese día quieren tenerlo todo como nunca. Aunque lleves un mes sin hacer los papeles, ese día tiene que estar todo en orden, todo organizado en mi puesto, todo con fecha, bien vestida, todo bien... Y si viene la visita y me pregunta: “¿Todo está bien?”. [Tengo que responder:] “Sí, todo está bien”. Nos han preguntado si ahí tenemos todas las condiciones. “Y sí, claro, aquí tenemos todas las condiciones”; aunque el laboratorio esté hecho un desastre. [Técnica en prótesis dentales, 22 años]

Al instituir la normalización aberrante de la falsedad, la legitimación a ultranza de las expectativas de los poderosos (“Aquí todo marcha bien”), este género de práctica obediente favorece la desestructuración progresiva del vínculo entre estudiantes/trabajadores/ciudadanos y regentes; promueve un tipo de obediencia ciega, «destructiva» (Passini & Morselli, 2009), que desconoce o desestima las consecuencias negativas para el sistema del silencio impostado y la simulación burda. Pero la simulación puede alcanzar niveles de destrucción de la relación más exorbitantes todavía y, en aras de guardar las apariencias, elevar la adulteración de la realidad a la condición de rutina, incluso al interior de una célula tan importante de la dominación como las juventudes comunistas.

Y ahora fue así: una reunión que duró más o menos 15 minutos, pues estábamos locos por irnos, eran las cuatro de la tarde. Nos dividimos los puestos que había y ya, nos fuimos. Nos dijeron los puntos de la reunión: “Hay que hablar de...”. Yo ni sé, no estaba escuchando mucho, no me acuerdo de qué había que hablar. Y ya, anotamos en un papel los nombres de los que estábamos presentes. Es un papel oficial que se debe entregar, no sé, a alguien de la escuela, a algún superior ahí en el departamento de la UJC, para que haya constancia. Tienen que hacerse reuniones mensuales. Pero nosotros no la hacemos. Nunca nadie se quiere quedar, ni [nadie] dice: “Hay que hacer la reunión como tiene que ser”. [Estudiante de Medicina, 22 años, militante de la UJC]

En su aspecto episódico³³, la ya multicitada falsificación masiva de actas de las asambleas de militantes (con o sin *quorum*) adquiere un viso disidente, por su propósito de mitigación «*inside*» de los mandatos de la autoridad organizacional comunista (apartado 6.2.1.3). Sin embargo, en su aspecto disposicional, esta patética práctica refleja rasgos coherentes con lo que hemos denominado «obediencia superdestructiva» (epígrafe 1.1.2). Puesto que el ramplón esfuerzo dramático que periódicamente se lleva a cabo para complacer mínimamente los propios mandatos que se pretenden burlar, acaban reproduciendo a través del tiempo la ficción de la legitimidad dominante, a sabiendas de su real *ilegitimidad*. La caricaturización de la UJC deviene, sin dudas, uno de los efectos menos deseados de un entramado estructural constrictivo que agoniza porque, en ausencia de lealtad, sus sostenimiento de/pende de los quebradizos hilos del miedo, la coerción, la rutina y, para colmo de fragilidad, de una escasísima capacidad de recompensa.

Uno de los pocos reductos de gratificación que le queda al gobierno, ya nos hemos referido a ello, son las misiones de colaboración internacional, principalmente en la esfera de la salud. Las

³³ Wrong (1995) y Clegg (1989), citados por Haugaard (2012). Ver epígrafe 1.1.2.

cuales, sabemos, constituyen un terreno más que fértil para la proliferación de la “doble moral”, la sedimentación de experiencias típicas de simulación, así como el despliegue «pirotécnico» de un inagotable repertorio de prácticas de adulación, obediencia y sumisión. Al igual que la falsificación de actas de la UJC, la reproducción práctica de la farsa de la solidaridad cubana hacia el mundo y el “internacionalismo proletario” encuadra dentro de los límites analíticos de la «obediencia superdestructiva»; pero, con un costo cultural mucho mayor que aquella para sus practicantes.

Todos estábamos en lo mismo. Yo tenía muchas carencias que con mi trabajo aquí no lograba... [satisfacer], porque no podía ni ahorrar para nada. A mí no me quedó de otra que incluirme dentro de una misión para poder desde allá traer las cosas básicas. No lujos, lo básico para poder vivir mejor. Porque hasta aquel entonces yo lavaba a mano, siendo médico de hacía muchos años no me había podido comprar una lavadora. Y con eso te digo muchas cosas. (...) Vuelvo a repetirte, yo no me fui por ayudar a un niño que no conozco. Eso es mentira, porque no te conozco. Yo sé que estás en esa situación, pero si tuviera las cosas que necesito aquí, yo no dejo a mi hijo y a mi esposa. Eso es mentira. Mi hijo tenía nueve años y vi con dolor muchos matrimonios destrozados. El matrimonio no se separa. Después lo interpreté, me di cuenta. Eso no se hace. ¿Qué vienes a traer en la maleta? Un poco de toallas, sábanas, blúmeres [bragas], ropas, un equipo. Por esas baratijas [vas], porque no puedes comprar cosas de rico. [Médico, 52 años]

Aun en grupos de subordinados parcialmente leales al régimen (ni que decir en los desleales), la autoprostitución voluntaria como mano de obra barata³⁴ desencadena quiebres irreversibles entre las estructuras de la dominación y la pre/disposición a la obediencia de los subordinados. No hay forma de que el vínculo con las autoridades, sus normativas y el sistema no se precarice cuando el autodisciplinamiento pierde su naturaleza irreflexiva (positiva) y adquiere un cariz impositivo, coercitivo, injusto (negativo). Y viceversa: no hay manera de que la autoprostitución profesional no genere rechazo y resistencia a esas condiciones sistémicas que prácticamente te obligan a simular adhesión a ciertos fundamentos de la legitimidad de los poderosos; que prácticamente te obligan a modelar frente al mundo, como maniquí exánime, vistiendo la artificiosa indumentaria de la solidaridad desinteresada. Cuando se producen estas rupturas entre saber y poder, al nivel de

³⁴ Varias organizaciones internacionales han denunciado a las misiones médicas cubanas como “trabajo esclavo”, porque los profesionales reciben apenas un 10 por ciento o menos de lo que el gobierno cobra por sus servicios, laboran durante largas jornadas y viven bajo coacción permanente, con serios déficits de libertad de movimiento (por ejemplo, se les retiran sus pasaportes antes de arribar a los países de destino).

las convicciones, es cuestión de tiempo que nuevos procesos de estructuración (los de la resistencia) se erijan sobre las ruinas del viejo pacto social.

6.2.2.2 Los meandros de la aquiescencia no estratégica. Baja el telón

En la vida cotidiana de los dominados podemos registrar muchas prácticas fronterizas y públicas de subordinación que operan también con estricto apego a los roles sociales predefinidos y vigentes, no por conveniencia, sino por convicción, aquiescencia o internalización orgánica del estatus subordinado en la relaciones de poder. En nuestro caso de estudio, los comportamientos más anuentes, como es lógico, son concomitantes con los niveles más elevados de conformidad, aprobación y afiliación al sistema, sus políticas y autoridades: la adhesión parcial y la adhesión plena. O sea, la asimilación en movimiento escénico, acoplando gustosa su «coreografía» con la de la dominación, entretejiendo en el día a día, con la mejor de las disposiciones subordinadas, la textura espectacular de la actuación conjunta.

A la reunión del núcleo [del Partido] vamos con cosas concretas. Estamos al tanto de lo que pasa [en el barrio] con los medicamentos, estamos al tanto de los hechos delictivos, que aquí en nuestra área no hay ese tipo de cosas, de la corrupción de la mujer. Estamos al tanto de si funcionan bien las escuelas, si todos los niños están incorporados de acuerdo con su edad, eso se informa; si hay alguna anormalidad en cuanto a eso; de la basura, si se recoge o no se recoge. [...] Hay un poco de mal criterio sobre los cajeros, porque a veces no funcionan, no tienen dinero. De eso sí hay bastante criterio, sobre todo los jubilados, militantes y no militantes. Lo otro es la cola en el banco los días de pago. La gente sí habla de eso, militantes y no militantes, y verdaderamente es lamentable. [Jubilada, 78 años, militante del PCC]

Sin embargo, no es raro encontrar, asimismo, manifestaciones de obediencia sincera vinculadas a sentimientos ajenos a la lealtad al régimen, tales como la adhesión involuntaria e incluso la desafección parcial. En estos casos específicos la expresión práctica de conformidad puede tener dos fuentes de origen diferentes: 1) un sentido de disciplina social o respeto cívico a las obligaciones sociales («*involment*») de cada rol, que es independiente de afinidades políticas: “Soy muy cumplidora. Si sé que debo ir al hospital todos los días a las ocho a.m., porque es así; pues, igual, si hay que ir a una marcha, voy. Tengo que ir, porque eso es parte del programa de estudio” (eso le han hecho creer). Y, por otro lado, 2) las conjunciones situacionales que, desde siempre,

han propiciado que sobre todo los jóvenes asuman los ejercicios de subordinación colectiva como divertimento y oportunidad grata de socialización con sus congéneres:

Yo disfrutaba cuando estaba en el preuniversitario, porque nos sacaban en las guaguas a recibir a los presidentes, a los desfiles del Primero de Mayo, a todos los discursos de Fidel habidos y por haber en la Plaza cada vez que le daba una perretica con los americanos. Claro, cuando eres estudiante qué te importa eso. Lo de uno es salir de la escuela [internado], un paseíto a la Plaza de la Revolución. [Repasadora particular, 60 años, exmilitante del Partido]

En este último bando podemos ubicar a un sector de la ciudadanía, «los contentos», que, como los observados en el desfile del Primero de Mayo de 2019, acostumbran a aprovechar las congregaciones cuasi/obligatorias para pasar un buen rato de la mano de la música, el alcohol, el baile, los chistes y la buena compañía de amigos y colegas. Sólo que, a diferencia de quienes se refugian en estas prácticas para enajenarse y hacer más llevadero el trago amargo (apartado 6.2.1.3), este segmento de subordinados en verdad identifica el “deber revolucionario” de responder a las convocatorias del gobierno, no tanto con compromiso político, como con *circunstancia* favorable para la diversión. Y, por ende, cumplen de buena gana con su rol de «buen estudiante», «buen trabajador», «buen ciudadano» o «buen militante». “Los desfiles de nosotros eran un banquete. Nos reuníamos en el parqueo del Ministerio del Interior a conversar, a compartir. Y de ahí siempre nos íbamos de fiesta para la casa de alguna amistad. Me encantaban los Primeros de Mayo”. Junto con los asimilados (y a veces con mayor ahínco que muchos de los leales), estos entusiastas son quienes desfilan con su mejor cara, ondean las banderas, portan las pancartas y pregonan sus consigas y vítores con profusa energía. A menudo su actitud alegre es motivo de asombro para la mayoría circunspecta.

Como es de esperar, cuando las demandas dominantes implican empresas más pesadas –como trabajos voluntarios; participar en programas sociales o económicos (“tareas de choque”) o actividades de la defensa; organizar actos, asambleas, mítines (asumir protagonismo como orador o líder), etc. –, ya el gancho de la socialización pierde atractivo y el entusiasmo se esfuma «por la puerta de atrás», dejando en evidencia la soledad de los asimilados. Únicamente los más identificados con los valores y principios del sistema suelen “dar el paso al frente” ante este tipo de llamados y, aunque no desborden frenesí, acometen las tareas orientadas de buena gana: “Cuando el ciclón que pasó por Santiago en 2012 me mandaron tres meses para allá. De aquí de Camagüey fuimos 35 a ayudar allá con la recuperación a la gente de la Salud, con el control de

epidemias, los mosquitos, etc.”. Esta, aunque minoritaria, es la clase de comportamiento que suele magnificarse por el sistema de medios oficiales para vender su ideal de «subordinado modelo» y reforzar, mediante la actuación conjunta, la imagen de la articulación armoniosa del sistema.

No obstante, existe cierto tipo de convocatorias políticas a las que ni siquiera la totalidad de los asimilados están dispuestos a *cor/responder*; tales como la organización y ejecución de los ilegítimos e infames actos de repudio contra los opositores declarados, por ejemplo. Hace falta mucho fanatismo ideológico (o, en su defecto, una “doble moral” muy extrema) para ceder tan dócilmente ante de los cantos de sirena de la «obediencia destructiva» (ver epígrafe 1.1.2). Ni siquiera todos los comunistas convencidos están dispuestos tampoco a practicar la persecución política de sus compañeros de filas que, como ya referimos (apartado 6.2.1.3), intentan “zafarle el cuerpo” a sus compromisos con las organizaciones políticas: “Había militantes descarriados, que no se sabía dónde estaban. Entonces, se reunía a la militancia y se le decía: «A ti te toca buscar a Fulanito en esta dirección». Se repartía a cada uno y después se despachaba”. También son necesarias grandes dosis de fanatismo e inconciencia acrítica para ejercer, de buena gana, este tipo de coacciones sobre tus conocidos: “Si lo encontrabas tenías que verlo y saber el estado de por qué no estaba. Es decir, por qué aparecía como que no estaba en ningún lado”. Por fortuna, son muchos los que rehúyen de las verjas de esta variante de la «obediencia destructiva»:

Después de que quemé mi expediente y carné de la UJC me vinieron a visitar, que por qué yo no cotizaba, que si yo era de la Juventud... Les dije que no era de la Juventud, que no tenía expediente, ni nada. La muchacha que estaba atendiendo mi caso había sido compañera mía de trabajo. Le dije que ya yo no iba a seguir en eso. Le dije abiertamente que lo había quemado, que no me preguntara más por eso, que me dejara tranquila. Así que ella, como era amiga mía, entendió mi situación, y más nunca me tocaron el tema. Así fue como me salí de la UJC. Eso no repercutió, porque la persona era amiga mía. [Exprofesora, actualmente “bolitera”, 35 años]

Ahora bien, como se vislumbró en la sección 6.1.3.1, dentro de los predios de la lealtad, de la lealtad crítica para ser más precisos, es posible atisbar, en menor medida, manifestaciones prácticas de obediencia con un aspecto «constructivo». Las cuales, por lo común, chocan contra el muro de la verticalidad autoritaria expuesto en el apartado 5.1.1.3 y las experiencias típicas de censura y autocensura explicadas en el 6.1.2.3. En contraste con la subordinación gustosa (por convicción / fruición grupal) y el acatamiento sin chistar (por lealtad / disciplina social), obedecer a regañadientes es un comportamiento subordinado que tiende a cuestionar el fin, los medios y las

circunstancias de la acción concreta, caso a caso; y, por tanto, no se pliega de modo automático a las reglas, roles y valores universales de la dominación. Aunque termine obedeciendo (de lo contrario, como es lógico, entraría en las lindes de la insubordinación), este tipo de conducta reflexiva va más allá de cualquier acervo de «conocimiento a mano» puntual (subepígrafe 6.1.3.1). Por lo general, responde a una actitud siempre crítica ante el vínculo con la dominación (también respecto a la resistencia), que no puede evitar priorizar la razón por sobre las convicciones, obligaciones sociales, coacciones y recompensas.

Normalmente a la empresa, por fechas importantes, le dan una asignación de dinero para una comida especial donde participen todos los trabajadores. Ese día todos deben reunirse y confraternizar. Ese año 2017 había pasado un ciclón por aquí por Nuevitas, que acabó. Y, como siempre, llegó el dinero para la cena de fin de año. A mí se me ocurre, de buenazo, en un matutino decir: “Miren, lo de la cena está muy bien. Pero ahora la gente lo que necesita es comida. Busquen unos cerdos y ese dinero dénselo en comida a los trabajadores, que les va a resolver mucho más que una cena de un día”. Que muchas veces, ni siquiera puedes llevar a tu esposa o esposo. El que estaba a mi lado me dijo: “Es verdad, acaban de pasar los ciclones, la cosa está mala”. ¡Maldita la hora en que abrí la boca! Me comieron. No todo el mundo. La cuestión es que estoy convencido de que mucha gente estaba de acuerdo conmigo. Pero, como se quedaron callados, los que estaban al frente del matutino me machucaron a mí y me dijeron que no, que era una comida, que eso no podía ser. Yo, sencilla y llanamente, me callé. A partir de ese día me dije: “Hay broncas que uno no se puede buscar”. [Ingeniero eléctrico, 34 años, exmilitante del Partido]

Por supuesto, la «obediencia constructiva» no es la única variante de asentimiento a regañadientes, ni siquiera la más socorrida. Se puede, y sucede bastante a menudo, obedecer de muy mala gana, sin expresar abiertamente ninguna inconformidad o descontento, ni mucho menos albergar algún tipo de identificación afiliativa con los presupuestos de la dominación. Simplemente se acatan sus mandatos o demandas, no por conveniencia utilitaria, sino porque en ese momento y coyuntura parece la alternativa menos problemática, más prudente. En un contexto donde tener derechos (laborales, políticos, económicos, etc.) es una ilusión óptica, un holograma constitucional inoperante en la práctica, asentir frente a la autoridad, mientras en silencio o a sus espaldas se deslegitima o se le aborrece, es el más común de los comportamientos subordinados en todos los ámbitos de la vida cotidiana.

Es que si eres del interior y vas a La Habana estás hasta ilegal. Te ven caminando por la calle 23, te pones de mala suerte, un policía te pide el carné y te dice “¿Y tú qué haces en La Habana?”. Y tienes que enseñar el pasaje, te preguntan cuándo te vas... Te hacen 20 mil preguntas. Te lo digo porque a mí me ha pasado. Yo fui hace cuatro años a La Habana, y salí con un amigo mío que, de hecho, es hasta una persona mayor; yo le decía mi abuelito. Íbamos caminando por [la calle] “Prado” y un policía me paró y me pidió el carné. “Usted es de Camagüey”. Y me empezó a hacer preguntas. No sé qué pensaría porque pinta de jinetera no tengo. De todo, menos de jinetera. Que qué yo hacía en La Habana, que cuándo me iba... Yo no tenía mi identificación encima. Pero me empezó a hacer un cuestionario, como si yo... ¡En mi país! Ni siquiera estaba en otro país. ¿Qué iba a hacer? Le respondí las preguntas y seguí mi camino. ¿Para qué iba a explotar? Si eso era un oriental que no sabía ni hablar. [Exprofesora, actualmente “bolitera”, 35 años]

No sólo los sentimientos de imposición (sección 5.1.1.3) y la perversa circunstancia del miedo por todas partes (sección 6.1.2.1) desempeñan un papel importante en la consumación de la pleitesía bajo disgusto. A veces, impera un razonamiento práctico básico y simplificador, relativo a la economía de esfuerzos: «¿Para qué?». En este caso no hablamos del «para qué» despolitizado, impotente y vencido de “¿Para qué navegar contra lo imposible?”, resultado de la *internalización* acabada de la abdicación en valores de resignación e indiferencia hacia la política: la lógica práctica del renunciamiento. Aquí se trata del «para qué» de la política pospuesta: “Por ahora, mejor no me desgasto. Ahorremos fuerzas”; corolario indeliberado de la extenuación (de tanto intentarlo) y del fracaso *racionalizado* durante años: la lógica práctica de la subordinación a regañadientes desleal, que aún no ha depuesto las armas, y es muy sensible a potenciales modificaciones en el entramado vigente de incentivos, sanciones, situaciones detonadoras (como las del 11 de julio de 2021). Ambos principios subyacentes, propios de la adhesión involuntaria y la desafección parcial, respectivamente, están claramente conectados a una (definitiva / momentánea) baja «disposición para la resistencia», de corte representacional.

En general, salvo la «obediencia beneficiosa» de los leales críticos, todas las manifestaciones prácticas de subordinación aquí registradas, incluida la simulación, responden y tributan a representaciones políticas que desaconsejan cualquier demostración frontal de protesta, ni siquiera «constructiva» o «prosocial» (Passini & Morselli, 2009). Con lo cual, la actuación conjunta en los escenarios fronterizos y públicos, por lo general, suele transcurrir dentro de los inverosímiles cauces dramaturgicos de la nula fricción o conflicto entre dominados y poderosos. Nuevamente,

el entorno institucional-cultural³⁵ preñado de rasgos totalitarios imposibilita que los ciudadanos sientan que su (episódico) comportamiento obediente de hoy pueda garantizar, en el largo plazo, la reproducción estructural (aspecto disposicional) de unas relaciones de poder legítimas y justas para todos (la «suma positiva» de Haugaard, 2012). No obstante, sostenemos aquí que precisamente la inverosimilitud de esta ausencia casi total de conflictividad, la desestructuración progresiva que promueve esta ficción, va debilitando, a cuentagotas, los pilares culturales del sistema, los resortes intersubjetivos del autodisciplinamiento positivo. Y, en cambio, va habilitando las condiciones de posibilidad de la contestación irreverente, que no pide permiso, la desnaturalización rebelde de un extemporáneo juego de «suma cero». El 11 de julio de 2021 dio abundante fe de ello.

6.2.3 Prácticas de dominación. La asimetría en su pleamar

6.2.3.1 El ABC: acoso, bravata, control

La historia de las técnicas de coacción, disciplinamiento, represión, violencia física y psicológica, etc., de los cabecillas del régimen posttotalitario cubano es tan inabarcable como tenebrosa. Desde los primeros juicios sumarios y fusilamientos perpetrados en la fortaleza de La Cabaña bajo las órdenes del Che Guevara (siguiendo instrucciones de Fidel Castro), hasta la más reciente ola de represión, detenciones, juicios sumarios, encarcelamientos, intimidaciones, expulsiones laborales, entre otras arbitrariedades que han sufrido los manifestantes del 11 de julio de 2021, la lista de procedimientos totalitarios no ha hecho más que evidenciar la complicidad y falta de autonomía del sistema de (in)justicia, por completo al servicio de un poder ejecutivo tiránico, fuera de todo control. Algunos de los abusos más connotados de los primeros años del régimen han dejado secuelas imborrables en la memoria social:

Conozco la historia de las UMAP³⁶ y conozco testigos de Jehová que vivieron esa época. Ellos vivieron muchas cosas. Década de 1960. Fue muy muy duro. De hecho, hay algunos que quedaron

³⁵ Ver capítulos II y V, respectivamente.

³⁶ Las Unidades Militares de Ayuda a la Producción fueron campos de trabajo forzado (en la agricultura principalmente) establecidos por las Fuerzas Armadas entre noviembre de 1965 y julio de 1968 en la provincia de Camagüey, en su mayoría, y en el municipio especial Isla de la Juventud, en menor medida. Los reclusos fueron fundamentalmente jóvenes de entre 18 y 27 años etiquetados como “vagos”, “antisociales” y “contrarrevolucionarios”. En esas ambiguas clasificaciones entraron prisioneros políticos o de conciencia, desertores, corruptos, religiosos, intelectuales y artistas inconformes (el más conocido de ellos es Pablo Milanés), hippies, drogadictos, prostitutas, proxenetas y, sobre todo, muchos homosexuales. Con base en el compendio de diversos testimonios, se ha estimado

afectados emocionalmente por el trato del que fueron objeto. En las primeras décadas [de la Revolución] muchos fueron presos, cumplieron dos años, sencilla y llanamente por no ir al Servicio Militar. Iban para la misma prisión donde iba un matarife de vacas, por ejemplo. A algunos los metían en granjas, no te voy a decir que no. Pero, al que caía mal... A veces, estaban en prisión y después los mandaban para una granja. Eso era relativo. También hay zonas que son más... En Pinar del Río los mandaban para el sembrado del tabaco. Pero Oriente es difícil. Ser testigo de Jehová en Oriente fue duro, se la aplicaban con el mayor rigor: “Tú vas para allá dos años”. Y eran dos años. No había ni año y medio ni nada de eso. Otros no. Había autoridades o funcionarios del gobierno que se daban cuenta: “No, pero esto es un abuso, mándalo para una granja...”. Aplicaban la ley; pero no de manera extrema. [Mensajero, testigo de Jehová, 49 años]

En la actualidad, aunque la mayoría de aquellas barbaries masivas han quedado en desuso (sin que, por cierto, el gobierno haya pedido perdón a los damnificados), todavía el Estado socialista caribeño auspicia y practica, con total impunidad, una miríada de abominables atrocidades coercitivas, herencia de la más rancia y dura dominación totalitaria estalinista. Lo subrayamos en el epígrafe 6.1.2: la propagación descontrolada de una epidemia de miedo, desconfianza, auto/censura, a lo largo y ancho de todo el imaginario subordinado no es el resultado de una esquizofrenia colectiva gratuita. Todo lo contrario, estas macabras experiencias típicas de una ciudadanía «autocratizada» *cor/responden* –siempre de manera activa, concertada, contingente, opcional, diversa e interina– a un minucioso sistema represivo de control de la sociedad desde sus más básicas formas de organización: la familia, el barrio, la escuela, el trabajo, los grupos informales, los gremios, etc.

En secciones y capítulos anteriores han quedado expuestas algunas muestras del repertorio de dominación de la dictadura cubana en estos ámbitos de la vida cotidiana: la descomunal red de espías, informantes (“chivatos”) y colaboradores de la policía y la Seguridad del Estado en las comunidades, centros laborales (estatales y no estatales) y hasta en el extranjero, pues para el gobierno cubano vigilar a la diáspora también es una prioridad; la coacción a estudiantes y trabajadores para que participen en los espectáculos de culto al gobierno; sanciones y despidos laborales; amenazas de interrupción del contrato y deportación a quienes salen al exterior a trabajar en misiones oficiales; prohibición de entrada al país durante ocho años para todos aquellos que,

que de los aproximadamente 35 mil internos que pasaron por aquellos campos de concentración con el objetivo de ser “rehabilitados”, medio millar terminó bajo cuidados psiquiátricos, unos 180 se suicidaron y alrededor de 70 murieron tras sufrir reiteradas torturas de diversos tipos. (Tabbaz, 2013).

tras salir en funciones de trabajo oficial, deserten y decidan quedarse a vivir en el extranjero; linchamientos mediáticos, actos de repudio y brigadas de respuesta rápida para combatir con mano dura “la contrarrevolución”; persecución política a los militantes de la UJC y el PCC que pretenden guillarse; tolerancia de ciertas actividades ilegales a fin de usarlas como pretexto para encarcelar a los inconformes; estigmatización social y criminalización del disenso; privilegios y prebendas para militantes y fieles comunistas... El inventario tiende al infinito, es de vasto dominio público y ha sido ampliamente criticado por (casi todas) las pocas organizaciones civiles independientes:

La gran mayoría del pueblo no se siente en confianza y libertad para expresar lo que piensa en diversos ambientes sociales, tampoco para acercarse a las autoridades de distintos niveles y áreas, y solicitar lo que creen, expresar lo que necesitan o sugerir alternativas. Existe miedo a la exclusión. Tanto el miedo como la falta de confianza y libertad no son infundados, pues todos hemos sido testigos de la manera en que, a través de los medios de comunicación oficiales, se condena diversas iniciativas pacíficas y se denigra a personas y grupos. También se ha utilizado la fuerza policial y de grupos de choque de manera coercitiva, violentando el disfrute de la libertad e incumpliendo con el artículo 54 de la Constitución que dice “El Estado reconoce, respeta y garantiza a las personas la libertad de pensamiento, conciencia y expresión”. El pueblo cubano es creativo, pero muchos no se atreven a dejar fluir sus propuestas porque falta crear una cultura de acogida a lo diferente y reconocer los beneficios de la diversidad. [Carta de la Vida Consagrada en Camagüey a las autoridades provinciales, 29 de abril de 2021, op. cit.]

El eslabón primario de la estabulación y domesticación de la ciudadanía-rebaño, ya se ha dicho, son los Comités de Defensa de la Revolución (CDR); los cuales, aunque muy disminuidos en su capacidad de organización de actividades sociales, deportivas, culturales, recreativas, didácticas, etc., y sumamente deslegitimados respecto a décadas pasadas (ver sección 5.1.1.1), mantienen intacta su función de regulación, control y vigilancia de los subordinados: sus movimientos, actividades, nivel de vida, red de relaciones, tipos de respuesta a las convocatorias gubernamentales, grado de iniciativa y disposición “revolucionaria” / inclinaciones “antisociales”, “contrarrevolucionarias” y “delictivas”. El CDR es el núcleo celular del inmenso aparato de dominación totalitaria, el primer puesto de mando encargado de controlar los procesos metabólicos de la microgubernabilidad, de mantener y salvaguardar la «integridad genética» del sistema. Y como tal es reconocido sin tapujos por los más fieles a la causa dominante:

La presidenta del CDR tiene el libro de registro de direcciones. Y siempre le digo, porque es un poquito fronteriza: “Fíjate bien lo que te voy a decir, ese registro tiene que tenerlo la presidenta o el responsable de vigilancia. Es un documento importante que se rige por el Ministerio del Interior” (MININT). Si algo importante tiene el CDR es que tiene el control de los ciudadanos que entran y salen en la cuadra, en el barrio, que se dan de alta y de baja, y en un momento determinado tú tienes que estar clara en eso porque vienen la gente del MININT y tienes que saber quién entra y quién sale en tu dominio. [Jubilada, 78 años, militante del PCC]

Y si algún despistado habitante de la luna de Valencia no se ha enterado por experiencia propia de lo controlada que está su vida y la de su familia (incluida una buena parte de sus asuntos privados) en la comunidad, ahí están siempre los medios de comunicación y propaganda, encargados de asegurarse de que el mensaje intimidatorio llegue alto y claro a estos distraídos, a los desmemoriados y a quienes tiendan a subestimar las potencialidades de este monstruoso mecanismo de disciplinamiento. Con múltiples formatos y grados de elaboración, de modos más o menos encubiertos/explicitos, el recordatorio macabro de los medios impresos, digitales, la radio y la televisión no tiene otro propósito que el de cultivar la autocontención, un proceso de subordinación que les ahorra a los poderosos el empleo de otras técnicas disciplinarias más costosas, tanto desde el punto de vista material como simbólico.

¿Pero tú no ves “Tras la Huella”? Que se lo ponen al pueblo para que vea que adondequiera que llegan esos agentes todo el mundo “vomita” así por gusto: “Sí, venga, mire, en esa casa entran y salen todos los días con jabas. En esa casa...”. Te lo ponen ahí para que el pueblo coja miedo. O sea, el pueblo informa gratis así a la policía. [...] ¿Cuál es el sentido del programa? Pues que en el pueblo, en las cuadras, todo el mundo está vigilando lo que haces ilegal. Y aquí todo es ilegal. Yo a veces no quisiera darme cuenta, pero es que estoy estudiando y leyendo desde los cinco años, ¿cómo no me voy a dar cuenta del mensaje subliminal que hay en ese programa, para meterle miedo a la gente? [Repasadora particular, 60 años, exmilitante del Partido]

La intimidación es un recurso ampliamente utilizado por el Estado en múltiples ámbitos y con disímiles envolturas. Desde el clásico chantaje indirecto de la “integración social”, usualmente exigida para aplicar a muchos empleos estatales, programas sociales, ayudas, subsidios, etc.: “A ver, quizás ahora no miren tanto eso de la integración social. Pero, antes sí se miraba más. Además, todos los papeles que vas a llenar, todo lo que vas a hacer, te preguntan: ¿organizaciones de masas? ¿CDR, FMC?”. Pasando por la coacción directa a los jóvenes recién graduados de carreras técnicas o universitarias: “En este país si tú estudias y no cumples los dos años de Servicio Social te

invalidan el título. Por lo menos, en mi tiempo, era lo que me hacían saber a mí”. O los más frontales, descarnados y abusivos conversatorios «profilácticos» de la policía secreta, plagados de advertencias y amenazas contra ciudadanos indóciles; a veces a altas horas de la noche-madrugada, o, muy común, en el aeropuerto cuando entran o salen del país³⁷. La intimidación puede tener una función preventiva, correctiva o meramente despótica-cruel, para hacer alarde de fuerza y superioridad (bravata), como en el ejemplo siguiente:

A mí no fueron a mi casa a buscarme. Yo tomé la delantera y fui al comité militar, para no dar la idea de que uno se está escondiendo o evadiendo. “Me toca, estoy aquí, porque ya es mi edad del Servicio Militar. Aquí está todo, el chequeo médico completo”. Estaba la comisión [de reclutamiento] entera ahí: “Apto”. “Bueno, pero yo soy testigo de Jehová”. “Ya, está bien. Ven la semana que viene con tu papá, tal día”. (...) Y, entonces, empezaron a hacerme algunas preguntas delante de mi papá. “¿Y usted qué cree de eso?”, le preguntaron. “Mire, ya yo tengo 18 años. Y yo sé que ustedes lo citaron a él, porque él no es testigo de Jehová, y su presencia puede... Pero, no, ya soy adulto, tomo mis propias decisiones y esto es lo que decidí hacer. Déjenlo a él tranquilo, que él no tiene nada que ver con esto”. “No, pero...”. “A ver, yo entiendo lo que ustedes dicen; pero, creo que ustedes se han dado cuenta de que mis principios están bien establecidos, a pesar de mi corta edad”. “Bueno, está bien. No hablemos más del tema. Cuando te citemos vienes con todo para el camión. Te vas para la unidad militar o para la prisión”. Así. Es lo que había. Yo les dije: “Está bien”. Pero no me citaron más. [Mensajero, testigo de Jehová, 49 años]

Como es previsible, los mecanismos de acoso, intimidación y control se exageran si el dominado ocupa puestos neurálgicos en el entorno de la nomenclatura regional o nacional (en funciones técnicas o de servicios), pertenece a algún grupo de especial interés para el sostenimiento de la dominación (cualquier sector relacionado con las importaciones/exportaciones, la inversión extranjera y la diplomacia, por ejemplo), o simplemente trabaja en una entidad de primer nivel jerárquico como las instituciones castrenses: el ejército y las fuerzas del orden interior. En estos casos el secuestro de los derechos laborales, ciudadanos y humanos deviene una práctica todavía más escandalosamente naturalizada por ambas partes de la relaciones de poder, y las extralimitaciones del Estado no reconocen frontera alguna. La vida privada pierde una gran parte de su tradicional autonomía y de la esencia de su apellido: privacidad. Para el sector de

³⁷ Si es que no están incluidos dentro de la famosa lista negra de “regulados” a los que el Ministerio del Interior les prohíbe salir del país o regresar a él.

subordinados objeto de este foco de atención, a menudo el ABC de la dominación reseñado en esta sección deriva, sin mayores miramientos, hacia ese recrudescimiento del rigor disciplinario que abordaremos con más detalle en el próximo apartado: la represión.

Fui víctima del famoso Anexo 1, que funciona en los dos ministerios: en las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y en el MININT. Fui civil de las FAR, primero, y luego civil del MININT. No me podía relacionar con nadie que viviera en el exterior. En 2003, cuando mi cuñado venía de Brasil, tuve que pedir permiso. Pregunté con miedo si podía reunirme con él, porque quería ver a mi cuñado que se había ido en 1999. Y me dijeron que sí, pero tenía que informar cuándo me iba a reunir con él y cuándo él me iba a visitar y todo eso. Y cuando trabajaba en la Agencia de Protección contra Incendios, que iba de auditora a las provincias, años 2007-2008, llego a Santiago de Cuba y pregunto por la homóloga mía, jovencita ella, muy agradable: “No, ella ya no trabaja aquí”. “¿Cómo es eso? ¿Qué le pasó?”. “La sancionaron por la Juventud porque le hizo una fiesta, sin pedir permiso, a una prima que llegó de Estados Unidos”. Y digo yo: “Candela, ¿pero esa muchachita no sabía que nosotros somos hijos del ministro del Interior, tenemos que pedirle permiso a ver a quién recibimos y con quién nos vemos?”. “No, como era una prima y su mamá fue la que hizo la fiesta..., fue lo que ella explicó en la Juventud”. La expulsaron de la UJC y ella pidió la baja en la Agencia. [Repasadora particular, 60 años, exmilitante del Partido]

6.2.3.2 *Tolerancia cero: castigo, escarmiento, represión*

Uno de los rasgos definitorios de un régimen totalitario, o muy próximo a las propiedades siniestras de este tipo extremo, es la intolerancia al disenso, en general, y a cualquier género de oposición política, en particular. Una filosofía pragmática que, desde bien temprano, quedó tajantemente instaurada como bandera de la dominación postcapitalista en Cuba, en aquella histórica frase de Fidel Castro: “Dentro de la Revolución todo, contra la Revolución nada”, pronunciada en un discurso en la Biblioteca Nacional el 30 de junio de 1961, conocido como “Palabras a los intelectuales”. Así, de un plumazo, con el aval intimidatorio de su pistola sobre la mesa durante todo el discurso, el dictador lanzó el simbólico pistoletazo en medio del concierto³⁸ que sentenció al miedo, el ostracismo y, en algunos casos, la locura, al corazón creativo no sólo de

³⁸ “La política, en una obra literaria es como un pistoletazo en medio de un concierto, es una grosería a la que, sin embargo, no se puede negar atención. Vamos a hablar de cosas desagradables, de las que por varios motivos quisiéramos prescindir; pero no tenemos más remedio que relatar sucesos que nos competen, ya que tienen por teatro el corazón de los personajes” (Stendhal, 2000: 539).

los artistas e intelectuales de aquella época; sino de los ciudadanos de todas las generaciones siguientes hasta la actualidad.

Es una lección de manual (soviético): la primera respuesta de cualquier autoridad o instancia de gobierno ante la crítica, el señalamiento, la queja, la discrepancia o antagonismo es la recriminación y el aleccionamiento, para que no se repita y los espectadores tomen nota. “Aquí todo lo que no sea «Sí, sí, sí...», todo lo que no sea aprobar al ciento por ciento de unanimidad, se cuestiona, preocupa, tú lo sabes. En todas las asambleas tiene que ser: «Se aprueba por unanimidad»”. La supresión del desacuerdo es una obsesión del totalitarismo que, en cada una de sus nefastas temporadas de implementación práctica, ha intentado apuntalar su legitimidad a punta de pistola detrás del más inverosímil de los fundamentos: la unanimidad. Una obsesión que, en el caso de Cuba, no ha costado demasiadas vidas arrebatadas extrajudicialmente, como en el régimen de Stalin (aunque sí miles de almas desesperadas que acabaron en el fondo marino del estrecho de La Florida). Pero ha dejado en la piel de la sociedad criolla una lúgubre estela de vidas enteras o parcialmente perdidas tras las rejas (presos políticos), familias completas denostadas y vilipendiadas, cuerpos golpeados y violentados (incluidos abuelos, mujeres y adolescentes), existencias amargadas por el odio “revolucionario” a los “gusanos mercenarios”, afectos escindidos y rencores alimentados por el extremismo ideológico, carreras profesionales truncas o desecadas bajo el más asfixiante peso del absolutismo comunista.

¿Por qué nosotros mismos en el gremio médico no protestamos en una reunión para que desde arriba se quiten todas estas cosas obsoletas y respiremos mejor, incluso les demos una atención de mejor calidad a las personas? ¿Por qué todo el mundo se queda callado?; Ah, porque lo que te va a caer arriba es mucho! Hablando en buen cubano, se ponen para ti y te hacen la vida más difícil. Te mandan supervisiones, sales mal, eres la oveja negra del policlínico porque no puedes tener todo al día en el consultorio. Te mandan no sé cuántas supervisiones para callarte la boca y veas que no eres tan bueno nada. “¿Por qué hiciste ese planteamiento?” Lo que me voy a buscar es un problema y no quiero ese problema para mí. Pidiéndome no sé cuántos papeles que quizás no tenga listos, ¿me entiendes? Entonces, mejor me callo y paso inadvertido. Pero sigo sufriendo ese mismo problema. Conozco personas que han vivido ese tipo de situaciones. Y no les fue bien. Me he mirado en ese espejo y digo: “A mí no me puede ir así”. Y algunas excepciones han tenido el coraje de decirlo, pero ¿sabes por qué? Porque detrás tienen un familiar fuerte arriba que los respalda, y no los tocan. Pero yo no tengo a nadie. [Médico, 52 años]

Cuando se trata de apagar las voces y esfuerzos de opositores políticos el «ogro» no escatima arbitrariedades, desmanes e injusticias. Hacia la disidencia frontal la política es de cero concesiones, mano dura y castigos ejemplarizantes. No hay piedad ni compasión por los atrevidos, que deberán recordar por largo tiempo en su paladar cultural el sabor rancio de la violencia despótica. Poco importa si es necesario fabricarles causas y, en consonancia con el presunto delito, aplicarles la máxima pena posible. Nunca falta tampoco la clásica invitación a abandonar el país, “porque aquí no cabes, no te queremos y, además, te haremos la vida imposible a ti y a tu familia”. Esta última técnica (incluida su versión menos amistosa: el destierro) le ha servido al gobierno para deshacerse de la mayor parte de la “contrarrevolución interna” y, sobre todo, de los opositores más recalcitrantes. Las muestras más públicas de esta estrategia fueron la apertura del puerto del Mariel en 1980 y la «crisis de los balseros» de 1994 (ver epígrafe 2.4.2). Pero cientos de testimonios dan fe de que todavía hoy la «amable invitación» a emigrar es una constante en cada interrogatorio o responso amenazador de la Seguridad del Estado.

A un tío mío lo cogieron preso político. Era campesino, tenía una finca, un nivel de vida medio. Les molestaría eso y quizás empezaron a buscarle cosas para meterlo preso. Quizás él hablaba algo; pero estoy segura de que no hizo nada para merecer la prisión. Le pusieron un abogado y nada resultó. Le metieron 18 años, pero sólo cumplió la mitad. Cuando llegó la revisión de la causa y todo eso de los derechos humanos, fue uno de los primeros en salir. Él no había cometido delito alguno, no había evidencias. Ahora, al cabo de los años, cuando mi tío vino, en la Aduana de Camagüey lo detuvieron y le dijeron que traía una cámara en el maletín. Él dijo que le registraran todo el equipaje que no traía ninguna cámara. Cuenta que se le paró delante un hombre vestido de civil, en actitud intimidante, casi seguro agente de la seguridad del Estado, como queriendo decirle: “Sabemos quién eres, no olvidamos”. Mi tío me contó algo que yo no sabía: su hijo, mi primo, que se fue después que mi tío y nunca más ha regresado, sufrió mucho cuando se graduó y empezó a trabajar, porque de todos los trabajos lo despedían sin razón aparente. Hasta que se dio cuenta de que era porque su papá era preso político. [Enfermera, 50 años]

Poner a la familia de los opositores en el blanco de la mira es una de las técnicas preferidas de los represores, para hacer uso del chantaje emocional y promover conflictos y rupturas al interior de los hogares. Y así te lo hacen saber con total desfachatez y prepotencia los agentes de la Seguridad del Estado desde la primera entrevista-advertencia: “Piensa en tu familia, tu esposo/a, hijos, padres, etc. Hazlo [Renuncia] por ellos”. A veces les funciona, otras no. Cuando no lo logran, ya se sabe que no les tiembla la mano para destruir carreras profesionales, ordenar despidos

laborales o asignaciones de plazas con condiciones de trabajo desfavorables; cancelar licencias de trabajador por cuenta propia si es el caso, u hostigar sus negocios con el ensañamiento dirigido de «espontáneos» inspectores estatales; organizar y perpetrar deleznable actos de repudio a domicilio; o, incluso, encarcelar por cortos períodos de tiempo a algún que otro familiar inocente con cualquier pretexto. Poco importa si el familiar afectado no tiene nada que ver con el «pérfido» cargo de atreverse a disentir, de osar atentar contra la unanimidad.

¿Conoces a la peluquera que vive cerca de la casa de tu mamá? ¿La que tiene una hija estudiando en Santa Clara? El marido de ella tiene arrendada una paladar por el centro. Una compañera de trabajo me contó que el tipo se volvió loco, publicó en Facebook críticas al gobierno de «Abajo el castrismo y el comunismo», y colgó una foto de dos mujeres con un cartón que decía “Me cago en tu madre. Yo voto «No»”. ¿Se volvió loco! Ese hombre no sabe que le quitan el restaurante, le van para arriba a la peluquería de la mujer y le decomisan todos los productos, y hasta pueden expulsar a la hija de la Universidad. [Médico, 47 años]

Pero, sin dudas, después de perder la vida, el peor de los castigos es la privación de la libertad. Cualquier penitenciaría en cualquier país tiene la cara fea. Y cada hora pasada en un calabozo, a la sombra de la soledad, lejos de los seres queridos, sabe a eternidad; más aún si es innecesaria. Y los poderosos lo saben. Por eso no titubean para imponerle este castigo a los más rebeldes y perseverantes. Primero con «probaditas» de horas o días; luego con meses o años si así se los indica su veleidoso y discrecional «represiómetro». “¿Sabes qué les hacen a los opositores cuando los trancan? Sí, los sueltan; pero cuando hablan mal de la Revolución, o hacen algo indebido, los cogen y los trancan. Si no hubiera más, puedes estar seguro de eso”. El encarcelamiento por motivos políticos tiene un triple propósito macabro: 1) el obvio disciplinamiento del cuerpo y la mente mediante el encierro; 2) la acentuación de la experiencia negativa al convivir con delincuentes comunes de todo tipo y calaña; y 3) la potencial complicación y alargamiento de la condena por indisciplinas o problemas dentro de la prisión (que te los pueden llegar a fabricar también). No es de extrañar, entonces, que muchos terminen cediendo ante el aciago influjo de esta re/presión.

A un vecino mío que era miembro de un grupo opositor y se la pasaba escribiendo carteles de protesta en la pared del bar de la esquina, lo metieron preso, supuestamente no por eso. Él era carretillero [vendedor ambulante de productos agrícolas] y lo trancaron por alguna ilegalidad en

su negocio. Y así, oficialmente, no hay presos políticos. Para soltarlo, lo obligaron a firmar un papel diciendo que ya no era disidente. [Médico, 47 años]

El libertinaje de la Seguridad del Estado para hacer y deshacer a su antojo, al margen (muchas veces con la complicidad) de la institucionalidad y los órganos responsables de administrar justicia es harto reconocido y temido por la ciudadanía. Constituye el «invisible» brazo represivo del gobierno, facultado para mover todos los recursos estatales, partidistas, policiales, judiciales, etc., en función del espionaje, la cacería y disciplinamiento de las ovejas descarriadas. «Invisibles» porque están donde menos se les imagina, intentando pasar desapercibidos. No usan uniforme, visten de civil³⁹. Rara vez se identifican con una credencial. Pueden tener cualquier edad, apariencia, carácter y estrategia de socialización. Inclusive pueden sostener durante años la apariencia de delincuente, “mala cabeza”, marginal, exconvicto y disidente, porque “trabajar” a (infiltrarse en) los grupos sociales más “propensos” a la resistencia política es una de sus máximas prioridades. Así como lo es también todo el personal que está en contacto frecuente con extranjeros (diplomáticos, hombres de negocio, intelectuales, artistas, reporteros, etc.), porque los enviados del capitalismo se consideran *per se* una fuente potencial de corrupción material-moral y de peligro para la estabilidad del país. Es tan temido este brazo represivo que a muy pocos se les ocurriría reclamarles alguna injusticia en su procedimiento, aunque su inocencia haya quedado demostrada:

A un amigo mío que trabajaba para una firma en el Centro de Negocios, con un gallego, lo tuvieron treinta y pico de días detenido en Villa Marista⁴⁰. No le pudieron probar complicidad ni conspiración con el gallego. ¿Y esos daños morales quién se los pagó? De estar 30 y pico de días allí preso. Le robaron la computadora de su casa, que se la confiscaron para investigar y nunca se la devolvieron. Se la debe de haber llevado alguno para su hijo, para su casa. La gente a veces se retira porque te empiezan a cazar la pelea, te encuentran otra causa. ¡Igual que en las películas, te siembran pruebas! “No, amiga, ni me preguntes por eso. Es preferible perder la computadora a que me siembren pruebas y me cojan preso, o me manden a matar”. Óyeme, te digo, son muchos los ejemplos para uno decepcionarse. [Repasadora particular, 60 años, exmilitante del Partido]

³⁹ Si bien muchos “segurosos” tienen una forma de vestir similar y reconocible por el sector más atento de la subordinación: jean de mezclilla, playera con cuello, mocasines, portafolio negro y, a menudo, andan en un modelo de motocicleta de la marca Susuki también típica de este gremio.

⁴⁰ Villa Marista es la más famosa de las unidades de detención, interrogatorio e investigación del Departamento de Operaciones de la Dirección de Contrainteligencia del Ministerio del Interior en la capital cubana.

Frente a las manifestaciones de disidencia frontal, los órganos represivos del Estado tienen su hoja de ruta muy clara: a) reducir, b) castigar a cualquier precio y c) salpicar, si la represión tiene lugar en el espacio público. «Salpicar» significa amplificar la onda expansiva del castigo más allá de los atrevidos de marras (aunque quizás con menor rigor), a fin de promover entre la población estados de opinión desfavorables respecto a los opositores. Es una vieja técnica: desacreditar la resistencia abierta y generar antagonismos al interior de los grupos subordinados. Hacer que paguen justos por pecadores es tarea fácil para la policía. Como realmente resulta imposible vivir ajeno al «alterverso» de la ilegalidad y el mercado informal (ver sección 6.2.1.2), más aún si manejas un negocio por cuenta propia, basta con posar la mirada inquisidora donde hasta ahora se había hecho la vista gorda, y ¡voilà!: el pretexto para la punición emerge sin mayores trabas. Y, aunque el desafuero de los represores cobre vida frente a los ojos indignados de una multitud, tampoco en la arena pública, ni en sus inmediaciones, es común que alguna voz rompa el silencio para reclamar justicia. Una y otra vez, el miedo.

Hace poco, estaba yo arreglando el reloj en la Plaza de Méndez y, de momento, había un grupito de opositores [gritando] “Abajo esto, abajo aquello” y con carteles. Vino la policía y le pusieron el picado malo a todo el mundo. No sólo se la cogieron con los opositores. A esa hora el que arreglaba el reloj, el que vendía en el catre..., todo el mundo tuvo que salir huyendo porque les iban a meter multas a todos. Fuera opositor o no. A ver, si aquí hay una congregación de personas hablando basura contra este país, ¿qué tiene que ver el que está vendiendo, que tiene su negocio por cuenta propia, con sus papeles, arreglando un reloj, el que está vendiendo en un catre con su licencia? ¿Por qué todo el mundo tiene que salir corriendo? Ah, porque a esa hora le meten multas a todo el mundo, porque la policía quiere, por un escarmiento, no sé por qué será. Pero, cada vez que pasa eso, los negociantes que están alrededor siempre cogen. Eso es lo que provoca un opositor. Por eso también es que, a veces, muchas personas no se meten en eso. No pude arreglar el reloj ¡Si te digo que tuve que irme corriendo! ¿Cómo iba a arreglarlo, si el hombre cogió un estado de nervios, que recogió la mesa, tan, tan y ya...? Eso lo hace la policía como una forma de estrategia. Precisamente para que las personas vean a los opositores y digan: “Coño, ahora vinieron estos aquí, y me van a llevar a mí también...”, “Hum, este se apareció aquí a hablar mierda y ya me va a joder el negocio”. [Exprofesora, actualmente “bolitera”, 35 años]

Sin embargo, el 11 de julio de 2021, por primera vez en 62 años el pacto de silencio, estabilidad y falsa armonía, sostenido sobre los gelatinosos pilotes del miedo se quebró de una manera que los poderosos jamás pudieron imaginar: multitudes de ciudadanos inconformes, airados y audaces

tomaron las calles de forma espontánea, contagiosa y, en su abrumadora mayoría, pacífica. De acuerdo con un informe del Observatorio Cubano de Conflictos⁴¹, se estima que ese día y al siguiente las protestas –por mucho las más grandes en la historia del régimen socialista cubano– involucraron a más de 187 mil ciudadanos en 49 municipios de todas las provincias del país con claras consignas antisistema. “En 11 meses los cubanos han pasado de las críticas y lamentos en circuitos íntimos de confianza a las protestas en redes y espacios públicos y, finalmente este mes, a una insumisión masiva”.

Lastimosa y deplorablemente, la respuesta de los principales artífices del régimen posttotalitario caribeño a las manifestaciones pacíficas estuvo a la altura de lo que siempre había sido pero no había tenido necesidad de demostrar con tanta claridad y contundencia: una dictadura. El (des)gobierno cubano lanzó una feroz ofensiva contra los manifestantes pacíficos, con un despliegue inédito e impúdico de duras acciones represivas, que todavía perduran al momento de escribir estas líneas (un mes después), y que significan un escalón muy superior respecto a la envergadura y alcance de la coerción manejada hasta ahora. “El método represivo ya no es quirúrgico contra organizaciones y disidentes, sino masivo: redadas barriales, golpizas, sentencias expeditas. (...) La población, desarmada, está siendo atacada por fuerzas oficiales y paramilitares armadas por el Estado”⁴².

La brutalidad policial y militar en espacios públicos ha quedado más que evidenciada en cientos de videos verificados en las redes sociales y en testimonios de valientes que, además, han contado a los medios independientes cómo, mientras estuvieron recluidos, fueron sometidos a torturas y vejaciones múltiples y reiteradas. Organizaciones independientes como Cubalex y Human Rights Watch reportan más de mil personas detenidas a raíz de las protestas por el simple hecho de ejercer su derecho a manifestarse y expresarse (la cantidad de no reportados puede ser mucho mayor). De las cuales, un número importante se consideran desapariciones forzadas y, un mes después, sólo una quinta parte han sido excarceladas, bajo sentencias que van desde el arresto domiciliario hasta el “trabajo correccional socialmente útil”. La pertinencia de los juicios sumarios, sin derecho a una defensa o asesoría legal, ha sido defendida incluso en los medios oficialistas; poco más que decir. Decenas de periodistas, blogueros, youtubers, influencers y activistas han padecido secuestros

⁴¹ “Cuba: de las protestas a la insumisión: 584 protestas con la participación de 187,000 cubanos”, (1 de agosto de 2021). Disponible en: <https://www.observatoriocubano.com/2021/08/01/cuba-de-las-protestas-a-la-insumision-584-protestas-con-la-participacion-de-187000-cubanos/>

⁴² Ibidem.

expres, arrestos domiciliarios de facto (extrajudiciales), acoso, intimidaciones, amenazas, etc. ETECSA, el monopolio de las telecomunicaciones, corta o limita el servicio de Internet, mensajería y llamadas a su antojo y de modo selectivo. La mayoría de las calles, plazas y parques importantes de las principales ciudades siguen militarizadas y la libre movilidad muy limitada.

Por más que los líderes de la monocracia comunista nieguen esta realidad o la maquillen con algunas concesiones a viejos reclamos de la población⁴³, por primera vez en décadas los dominados cubanos están viendo, a nivel masivo y en toda Cuba, el rostro cruel de una dictadura sumida en la miseria material y humana, que no tiene ambulancias para recoger a los enfermos graves de COVID-19 en sus casas, oxígeno y medicamentos para salvarles la vida, ni condiciones mínimas para brindarles una sepultura digna. Pero que, en cambio, tarda muy poco en mandar una patrulla o una brigada de tropas especiales a cualquier rincón de la isla si alguien grita o escribe en una pared “Patria y vida”, “Libertad”, “Díaz-Canel singa’o” o “Abajo la dictadura”. Sus prioridades están clarísimas: mantener sus privilegios por la fuerza del terror.

6.2.3.3 La gran carpa: el ilusionismo espectacular

Junto con el control, el acoso, la intimidación, el escarmiento, la represión y todas las variantes de castigo aquí descritas (el aspecto negativo de la dominación), ya sabemos que el gobierno cubano combina estas tecnologías disciplinarias con aquellas otras que, de acuerdo con Foucault (1999), dominan «desde adentro» porque producen saberes y discursos que convidan al consentimiento, la subordinación y el renunciamiento tácito a la resistencia (concepción positiva de las relaciones de poder). Y decimos que dominan «desde adentro» no tanto en la acepción gaventiana de internalización de los valores propios de los dominantes; sino en el sentido de la reproducción intersubjetiva de la ilusión narrativa (autodisciplinaria) de la obediencia como un acuerdo generalizado. O lo que es lo mismo: la ilusión narrativa (autocontención) de que la mayoría de la población no tiene la voluntad, la disposición, las ganas, la posibilidad y la intención

⁴³ Por ejemplo, la importación aeroportuaria (no topada y libre de aranceles) de alimentos, medicinas y productos de aseo, como equipaje acompañado sin carácter comercial, hasta el 31 de diciembre de 2021; la entrega gratuita de pírricos módulos de alimentos recibidos como donativos internacionales; la venta de sistemas fotovoltaicos en las tiendas en dólares, así como el permiso para la importación de forma personal de tecnologías vinculadas al ahorro energético; o la más reciente ordenación legislativa para la creación de las micro, pequeñas y medianas empresas (pymes) privadas y estatales.

de sublevarse y dismantelar la narrativa de la dominación, que impone su relato acerca de su immaculada preeminencia monolítica⁴⁴.

Por supuesto, una pieza elemental de esta «maquila» del consentimiento especializada en generar aceptación entre la ciudadanía es, sin dudas, el adoctrinamiento ideológico desde edades bien tempranas (recordemos la politización de la enseñanza primaria, sección 5.1.1.3) y a lo largo de todas las etapas de la vida, vía colonización política de cada espacio cotidiano más allá del ámbito privado⁴⁵. Sin embargo, dado el poco éxito (más bien el fracaso) de estos esfuerzos dogmatizadores en la actualidad, incluso entre los niños de primaria (apartado 5.1.2.5), no vamos a detenernos en su estudio. “Aquí siempre se ha censurado, aquí te dirigen el pensamiento desde que naces. Te «vacunan» para que apoyes todo lo que dicen. Lo que pasa es que ya somos gente pensante”. Excepto en el reducido bastión de los leales y salvo puntuales «resacas» del pasado (el antiimperialismo, e.g.) que persisten en ciertas culturas políticas desleales, el antaño fundamento clave de la legitimidad de la dominación en Cuba, léase los valores extraordinarios de la ideología

⁴⁴ Si bien es imposible estimar desde la distancia geográfica los efectos psicosociales de las protestas masivas del 11 de julio de 2021 en la ilusión narrativa del autodisciplinamiento y la autocontención, este investigador se atreve a *conjeturar*, con base en el análisis medido de los acontecimientos y la interacción (sesgada) con familiares, amigos y conocidos de la isla que, aunque obviamente algunos de sus pilares simbólicos han sido sacudidos (“este es un pueblo de carneros”, “aquí nunca pasa nada”, etc.), y la resemantización colectiva parece ya estar en marcha de una forma irreversible, el proceso de transmutación de este añejo pesimismo popular puede demorar mucho más de lo que las ansias democráticas quisieran. Ojalá me equivoque.

⁴⁵ Por ejemplo, para el sector mayoritario de la población económicamente activa, los empleados estatales, la colonización política del centro laboral por parte de asimilados y simuladores muy “doble moral” resulta una amarga experiencia ya tan natural como producir bienes y servicios. A continuación se reproduce una muestra paradigmática de hasta dónde llegan los tentáculos de la dominación en la vida cotidiana, la cual llegó a manos de este investigador de modo fortuito. Esta joya de las prácticas veladas de dominación, instrumentalizada a través del subdirector de una empresa, lo único que tiene de espontáneo es el esmerado mimetismo de la verborrea oficialista: [Errores ortográficos y de redacción en el original] “Buenas noches, la revolucion nos llama es hora de acudir al llamado de la patria una ves mas, la madre patria nos necesita después de una patraña mas del gobierno de los EEUU basandose en campañas difamatorias por los medios con la falsa e estúpida informacion como la apertura de la base naval Guantanamo para los cubanos que deseen ser parte de una politica hostile hacia nuestro pais que se encuentra circulando en las redes sociales o otros medio de comunicacion y no se sabe cuantas mentiras y engaños existe detras de toda esa basura imperialista, la cual es informacion bulgar con el objetivo de empañar la imagen de la revolucion cubana, es una mentira mas de las tantas de ese gobierno una calumnia del imperio que se caracteriza por no mostrar valores éticos, ser egoista e incomprensible incapaz de razonar y sentir por la humanidad o por el planeta que nos sustenta a todos, por favor de informar a familiares y amigos de que esta informacion es totalmente falsa, una agresion mas a nuestros valores y principios, a nuestro invicto comandante en jefe, a nuestros héroes y a todos lo que luchan dia a dia porque esta bella isla sea ejemplo para el mundo, rechazamos todo tipo de engaños y politicas agresivas contra nuestro pueblo del gobierno estado unidense Rayner Jesus Hernandez DPEP / Gracias!” [DPEP: Dirección Provincial de Economía y Planificación, en este caso de Camagüey]

socialista, ha perdido casi todo resquicio de validez en el imaginario social. La imperiosidad de una sobrevivencia demasiado agreste y prolongada lo ha condenado al adefesio.

En cambio, la organización de grandes y fastuosos espectáculos públicos como desfiles y concentraciones de masas y los farsescos procesos electorales sí continúa desempeñando un rol medular en la creación, «desde adentro», de condiciones culturales favorables para el acatamiento colectivo de las pretensiones de dominación. Es decir, en cuanto al cultivo cíclico de creencias y significados compartidos proclives a la obediencia, y con un aparente valor vinculante para la comunidad de sentido. El estado-Partido sabe mejor que nadie la relevancia simbólica de estas demostraciones masivas para alimentar y mantener viva la expectativa compartida de que, por el momento, un sector mayoritario de subordinados obedecerá sus principales mandatos. Además, así quienes de manera sistemática desobedezcan quedan fácilmente exhibidos, a merced de la maquinaria de estigmatización social, escarmientos y castigos de variada severidad.

Al margen de cuán menguadas se encuentren las arcas estatales, siempre hay disponibilidad de recursos para desplegar a tope las capacidades escénicas del teatro del absurdo. En cada desfile del Primero de Mayo, por ejemplo, el gobierno desarrolla un oneroso despliegue logístico operativo para movilizar a enormes masas de población, desde todos los municipios de la capital hacia la céntrica Plaza de la Revolución. Desde antes de las cuatro de la madrugada pone a disposición de los capitalinos, de forma gratuita, cientos de autobuses, apostados en un amplio abanico de tradicionales puntos de recogida, con bastante proximidad unos de otros, de forma tal que los convocados no tengan que desplazarse mucho desde sus casas para subirse a uno de ellos. A juzgar por el impresionante aluvión de vehículos, si no todo, al menos casi todo el parque automotriz de la empresa provincial de ómnibus se pone en función del desfile. Una situación que contrasta profundamente con el déficit cotidiano de autobuses para el transporte local.

El despliegue policial también es notorio. En todas las arterias principales, puntos de encuentro y áreas residenciales de interés (zonas de embajadas y comunidades de la clase política, e.g.), la escena se repite como constante: patrullas recorriendo los barrios, escoltando a los ómnibus, policías organizando el tráfico y asegurando el orden. Son demasiados, un enjambre uniformado. También los cuerpos policiales han de volcarse en pleno a la preparación y ejecución de la megarrepresentación teatral. Ya en las cercanías de las calles “Paseo” y “23”, históricos puntos de concentración previo al desfile, a vuelo de pájaro se divisan más bloques de estudiantes que de trabajadores. Y muchos militares. Hay grandes bloques de todos los cuerpos del ejército, con sus

distintivos atuendos. Luego, una vecina que imparte clases en la escuela de policías me confesó que, por si fuera poco, a muchos estudiantes de esa institución educativa los llevaron al desfile vestidos de civil, “para hacer bulto”.

Ciertamente, entre simuladores, obligados y espontáneos es impresionante el mar de ciudadanos movilizadas. A cualquier observador le quedaría claro que el tercermundista Estado posttotalitario caribeño no escatima en gastos cuando se trata de interpretar al mundo la fanfarria fatua de “la unidad inquebrantable de los cubanos”. En marcado contraste con la típica y sempiterna ineficiencia estatal del día a día, en estas jornadas de reafirmación «obliguntaria» de la hegemonía comunista, como la del Primero de mayo, el aseguramiento material y los servicios de apoyo fluyen con una insólita coordinación, puntualidad y diligencia. Tras seis décadas de replicación fiel del guion original, el mecanismo parece estar muy bien aceitado para, como vimos en la sección 6.1.2.4, inflar al máximo el globo estratosférico de la obediencia unánime.

Normalmente, por lo que veo en las televisoras, la gente afuera va al desfile del Primero de Mayo para que le suban el salario, le bajen las horas laborales. ¿Aquí la gente por qué va a desfilarse? Creencias de verdad, no carteles que te dan: “Tú vas a llevar el cartel de «Yo soy Fidel»”, “Tú vas a llevar el cartel de..., la bandera”, “Y tú vas a llevar esto y aquel esto otro”. No, no, ¿por qué van a desfilarse? Por eso te digo que nosotros somos un poco... En una empresa X, matutino del martes, el sindicato: “Recuerden que el sábado es el desfile del Primero de Mayo. Todos tienen que estar a las siete, temprano, con el pulovito rojo o azul...”. Ahí mismo en el matutino sale la del Partido: “Sí, recuerden el apoyo a la Patria...”. Te digo la empresa X porque funciona así en casi todas. Y el término de carneros viene por ese lado. [Ingeniero eléctrico, 34 años, exmilitante del Partido]

Al igual que en Siria (Weeden, 1999), mientras más multitudinarios, rimbombantes y apócrifos son estos rituales de culto a la dominación, más manifiesta resulta la aparente fortaleza del régimen (para cosechar pleitesía a raudales), así como la complicidad deshonestas de la mayoría simuladora que, aunque no lo divulgue a los cuatro vientos ni se sinceren entre sí, se sabe culpable del pecado ético de la “doble moral”. En adición, y en discrepancia con Weeden, sostenemos aquí que los grandes espectáculos de la dominación apuntalan, a través de la realización práctica de la obediencia (subordinación desleal), los endebles arreglos intersubjetivos que le otorgan cierta validez (sí: precaria y pírrica, pero validez al fin) al *statu quo*. En ausencia de identificación política con las pretensiones de dominación (por lo común, concomitante con la asignación de altos niveles de legitimidad al sistema), únicamente determinados niveles mínimos de legitimidad (anclada a

una moralidad retorcida y creencias muy interinas) inducen a los subordinados a *aceptar* el orden de cosas actual, ratificar la autoridad política de los poderosos, usar las reglas del juego en su favor a como dé lugar y, sobre todo, renunciar a la protesta y la rebelión como vías de concreción de un orden alternativo.

Siempre he ido a todos los actos políticos. Siempre he sido una niña muy puntualita, así se dice. Más bien por obligación. Me obligan mucho en la escuela. Es casi una amenaza: “Tú sabes que si no vas, vas a tener problemas...”. Sí porque a la hora de... Por ejemplo, todos los años, al final, tienes que llenar una boleta donde tienes que poner si fuiste o no a las actividades, si eres miembro de la FMC y el CDR. Sí, llevamos una evaluación, te lo piden: si participaste en la marcha del Primero de Mayo, en la marcha de las antorchas, los trabajos voluntarios... Además, una cosa con la que no estoy de acuerdo para nada: en sexto año, al finalizar la carrera, me han contado que el otorgamiento de plazas es a puertas cerradas y lo hacen los mismos estudiantes. Bueno, me imagino que también debe haber alguien dirigiendo eso. Y aunque tengas cinco de recorrido [máxima calificación], hay estudiantes que se paran y te dicen: “Eres buena estudiante, pero no te mereces tal especialidad, porque no fuiste al Primero de Mayo de tal año...”. Hay personas así, que te lo anotan en un papelito. Y cosas así. [Estudiante de Medicina, 22 años, militante de la UJC]

Ya sabemos que también durante la celebración pomposa de cada farsa electoral el acoso, la imposición y las presiones conforman un tridente indispensable del repertorio de la dominación, avocada por completo a conseguir altos índices de participación y de respaldo en las urnas. Es muy importante ratificarle al pueblo y al mundo “las conquistas de la democracia socialista”, una de las falacias más obscenas del sistema. Las autoridades electorales no sólo carecen de autonomía, imparcialidad, transparencia, entre otros de los fundamentos elementales de la administración neutral, objetiva e inclusiva de cualquier elección democrática. Además, como absolutamente todos han sido cuidadosamente escogidos entre los más fieles devotos del PCC, y anteponen su lealtad ante el deber cívico, dichas autoridades suelen adolecer de los mismos problemas que el sistema en su conjunto: autoritarismo, intolerancia a la oposición y toda falta de escrúpulos a la hora de perseguir sus objetivos políticos:

Voté que «No». Y te puedo decir que, de mi círculo en el trabajo, una docena de personas, todos votaron por el «No». El hijo de una de ellas es un loco atronado, que siempre anda criticando al gobierno y nunca participa en las elecciones. Ella estaba preocupada por él, que esta vez se buscara problemas por no ir a votar. Pero los responsables del colegio electoral le dijeron: «No se preocupe,

señora, como sabemos que él no va a votar, no lo incluimos en la lista de electores para que no nos afecte los números». Estos HP hacen lo que les da la gana. [Médico, 47 años]

Es difícil saber si este tipo de práctica olímpicamente arbitraria es orientada “desde arriba” o nace de la creatividad impúdica de la lealtad incondicional; pero queda claro que, al menos la presión vertical por conseguir a nivel local “buenos números” desentona con el más básico principio de no intervención estatal en los procesos electorarios. Lo mismo sucede con la práctica masiva de acosamiento individualizado a los electores, que ya entrevimos en la sección 6.2.1.3. Cotejando experiencias de aquí y de allá es fácil percatarse de que una buena porción de la asistencia a las urnas es fruto de la respuesta consciente, obediente y poco convencida a las presiones que ejercen 1) las autoridades electorales: “Siempre voto, porque hay una planilla de electores y todo el mundo sabe mi nombre. Si no voy, dicen: «Mira, cerró el colegio y no votó Fulano, ¡Y eso que es el doctor!». Claro que tengo ahí una presión psicológica” [risa nerviosa, cómplice]. Y 2) los familiares comunistas más tozudos:

Fui a votar, puse que «Sí» y ya, lo primero que estaba arriba. Lo hice para que después en mi casa no hablaran. Ellos se ponen a preguntar: “¿Qué pusiste «Sí» o «No»?”. Primero les dije: “Puse «No»”. ¡Ay! Mi tía, la comunista, me puso la letra arriba. Dígole: “¡Ay, niña, ya! Puse «Sí», para que ustedes estuvieran tranquilos”. Pero te juro que no sé ni qué es la constitución. (...) A las elecciones de delegados y diputados siempre voy, y le pongo una raya al primero que vea. A veces ellos quieren que sea uno u otro: “Vota a Fulanito o a Menganito...”. Me tratan de influir. Y yo: “Ay, que Menganito de qué. Voto por el primero que vea y ya” [Revendedora particular, 31 años]

Pero las presiones y arbitrariedades no terminan con la decisión resignada de acudir a las urnas para librarse del acoso. A menudo durante el ejercicio del derecho universal al sufragio los subordinados experimentan coacciones más o menos sutiles, dignas de una película de terror político: “Mi tía y mi abuela fueron decididas a votar que «No». Pero, al llegar allí, cuando les dieron sus boletas, les vieron un numerito clarito en la parte superior, como un folio, y cogieron miedo y votaron que «Sí»”. Al menos en el inventario etnográfico acerca del devenir del referéndum constitucional del 24 de febrero de 2019 en Camagüey, los reportes sobre esta técnica de intimidación (provenientes de fuentes diversas, dispersas e independientes) atiborraron demasiado el diario de campo como para ser fruto de la casualidad o la imaginación. El funcionamiento social de este tipo de tecnología disciplinaria (extrapolable a otras coerciones

comunitarias similares) lo explica a la perfección, derrochando «*accountability*», una de los muchos subordinados que cedieron a la intimidación con total conciencia de causa:

Puse que «Sí» porque las boletas estaban foliadas. Mucha gente no se dio cuenta, pero las boletas estaban foliadas. Aunque conozco a otros que sí se dieron cuenta. Es decir, ellos ya sabían por nombre y apellidos la boleta que iba a tener cada cual. ¿Para qué iba a poner que «No»? Eso sería como marcarse. Eso es como que ya sepan en tu CDR que tú votaste que «No» y que tienes problemas políticos. Luego, por ejemplo, vas a aplicar para un trabajo y, cuando vienen a tu CDR, hablan mal de ti, y no puedes obtener ese trabajo. [Exprofesora, actualmente “bolitera”, 35 años]

Con cada imposición, chantaje, presión o amenaza más o menos sutil / desfachatada en las comunidades, los centros educativos y laborales, para que vecinos, estudiantes y trabajadores se involucren en las funciones de actuación conjunta convocadas, el gobierno garantiza tres cosas: 1) hábitos de acatamiento, docilidad, reverencia (la probabilidad de futuros comportamientos obedientes); 2) disciplinamiento mutuo, por contagio interpersonal (la socialización de actitudes obedientes); y 3) un nivel mínimo de legitimidad, por aceptación y re/producción cómplice de la falacia global (la tendencia a restablecer el equilibrio cognitivo).

Es cierto: las conductas de los dominados que actúan, de modo recurrente, «como si» el gobierno tuviera un mayor nivel de legitimidad (la obediencia travestida de asimilación) generan, asimismo, torrentes de despolitización, cinismo y apatía, sumamente perjudiciales para la consecución del pretendido maridaje entre oferta y demanda en materia de dominación-subordinación. Por lo cual, la participación forzada en los espectáculos constituye una expresión *ambivalente* de la fortaleza y la fragilidad del gobierno. No obstante, mientras la apatía y el cinismo se mantengan dentro de los cauces de la no-conflictividad y la obediencia (en ese orden de importancia), sus consecuencias prácticas serán, para el gobierno, igual de funcionales que las orgánicas manifestaciones de lealtad. Siempre es mejor indiferencia y simulación que desafección u oposición.

Llegado a este punto, nuevamente resulta inevitable desafiar la capacidad interpretativa con la puntillosa pregunta contrafáctica: ¿Qué pasaría si la participación no fuera impuesta? Pues, casi seguro las plazas y avenidas quedarían semivacías en cada convocatoria, la debilidad real del sistema (la falta de apoyo convencido) quedaría muy expuesta. Pero nada de eso garantiza que, de manera automática, todos los apáticos y antiguos simuladores se afilien al bando de la desafección parcial o total, y se organicen para conspirar y derrocar al régimen. Los intrínquilos de la des/lealtad

son más complejos que una simple operación de suma o resta, divide o multiplica. Y mucho más aún sus enmarañadas conexiones con las configuraciones volubles de la conducta política, situacionalmente constreñida / habilitada. La historia está llena de asimilados y desafectos pusilánimes; pero, sobre todo, de mayorías pasivas, expectantes, incapaces de tomar partido en ninguna dirección, amantes a contemplar los toros desde la barrera. Aunque también, no es menos cierto, de contextos catalizadores e imprevistas revoluciones.

6.3 Glosa: polivalencia y multidimensionalidad. La navaja situacional

Ahora bien, desde el capítulo IV, epígrafe 4.2.2, ya advertíamos la necesidad imperiosa de flexibilizar la estructura interna del modelo de análisis, en pos de aumentar su sensibilidad a la heterogeneidad y complejidad empírica de la realidad social. Por más que el desmenuzamiento del objeto de investigación en dimensiones, subdimensiones, ítems, tipos, subtipos, unidades de registro y observación, etc., ayude al sociólogo a simplificar la inmensidad estudiada y componer un marco interpretativo coherente y robusto, las relaciones sociales son, por naturaleza, empecinadamente híbridas, dinámicas, anfibológicas y susceptibles a las particularidades de cada coyuntura. En varios momentos del capítulo V, en especial en el apartado 5.1.2.7, se subrayó la dificultad para, en determinados nudos analíticos, destrenzar las superposiciones y amalgamamientos de nuestras principales variables culturales. En el caso de las experiencias típicas y las prácticas de desacato / obediencia resulta inexorable no dar por concluida esta travesía interpretativa, sin antes enriquecer la discusión con temas tan relevantes como la polivalencia y la multidimensionalidad.

Precisamente eventos espectaculares como los actos de masas y los sainetes electorales explorados en la sección precedente están plagados de tramas que, a veces, pueden interpretarse desde múltiples perspectivas de análisis, según las singularidades de cada concatenamiento situacional. De hecho, buena parte de las prácticas de disidencia pormenorizadas en la sección 6.2.1.3 (“Mitigación y negación «*inside*»”) posee dicha naturaleza polivalente. Esto no significa que nuestro modelo teórico sea deficiente, sino que la realidad es tan promiscua y escurridiza que, bajo ciertas circunstancias, abarca más de una recámara analítica a la vez, e incluso puede hacerlo en distintos niveles de análisis. Con frecuencia, tales episodios polivalentes, multidimensionales y situacionalmente condicionados, consiguen sortear las barreras y coacciones de la dominación y, de modo ora indeliberado ora exprofeso, plantan en la gaventiana primera dimensión del poder

microcápsulas de conflicto, contestación, deslegitimación. Y, más relevante aún, alimentan, discursiva y prácticamente, el tipo de flujos culturales que favorece el incremento de la conflictividad dentro de la intersubjetividad subordinada.

Ya referimos en el citado epígrafe 4.2.2 dos ejemplos muy ilustrativos: 1) la exprofesora camagüeyana que, hasta hace muy poco, cada Primero de Mayo acudía al punto de concentración donde se reunían sus compañeros de trabajo, se aseguraba de que los responsables sindicales de tomar la asistencia anotaran su nombre (para que no le descontaran el importe salarial correspondiente a ese día), *simulaba* que iba a participar en el desfile y, sin embargo, aprovechaba el ambiente tumultuario para escabullirse y regresar a su domicilio sin llegar a desfilar⁴⁶. Una práctica que repetía año tras año, bajo la asunción consciente de una potencial sanción sindical o administrativa. Con lo cual estamos en presencia de un protocolo ambivalente: con una pauta inicial de comportamiento obediente por conveniencia (asegurar el salario y el mérito político de haber asistido al evento); pero un desenlace claramente indisciplinado (burla de los controles sindicales e incumplimiento del objetivo de la convocatoria: desfilar). La experiencia típica involucrada es un conocimiento de doble cara en el mismo nivel: no se tiene el valor de desobedecer radicalmente el llamado de los líderes sindicales y enfrentar los castigos, por tanto, se le concede determinada cuota de subordinación formal (que implica un gasto de energía, el sacrificio de madrugar, etc.); si bien, al final, se encuentra la manera habilidosa de timarlos y venderles “gato por liebre”. Para el sistema y el mandato específico de participar en el desfile, en cambio, este tipo de conducta implica un único valor: insubordinación, porque significa una oveja menos en el show televisivo y, encima, una oveja negra socializando malos ejemplos entre el rebaño (la «política de las pequeñas cosas»).

Asimismo, en el otro ejemplo 2) tenemos a una jubilada habanera que, durante las jornadas electorales, por tradición y, ante todo, comienza resistiendo el acoso de los dirigentes comunitarios, empeñados en que todos los electores de su demarcación voten temprano en la mañana, o a más tardar al mediodía. “Voy a la hora que a mí me da la gana”. Pero que, en definitiva, acaba cediendo a tales presiones y acude a las urnas, cuando en verdad quisiera quedarse en su casa disfrutando sus habituales placeres dominicales (las elecciones siempre se celebran en domingo), y contar

⁴⁶ Un caso idéntico al del tornero-fresador, trabajador civil de las Fuerzas Armadas, cuyo testimonio fue presentado en el acápite 6.2.2.1. Aunque en este caso dicha práctica polivalente de simulación-resistencia respondía más a un interés estratégico en posibles gratificaciones futuras, que a amenazantes puniciones.

como una abstención. Para culminar la secuencia típica, esta electora, religiosamente y con claro afán contestario, aprovecha el estrecho y fugaz momento de libertad individual para expresar su inconformidad mediante el voto en blanco. No importa si el sufragio es para elegir a un delegado, a diputados o una demanda plebiscitaria: “Hace años que soy de las que entrega la boleta en blanco”. Como resultado emerge un ritual analíticamente complejo: con ribetes de resistencia a las extralimitaciones de las autoridades del colegio electoral, en un inicio; que, sin embargo, continúa con una fase de obediencia, tanto a las mismas autoridades locales, como al régimen en su conjunto (porque su asistencia a las urnas sirve para alimentar el ego sistémico de la “alta participación electoral del pueblo”). Si bien, como colofón, el voto en blanco termina erigiéndose en una contundente acción de protesta y desafío al sistema, por un lado; y a las autoridades municipales-provinciales / nacionales, si se trata de elecciones para delegados / diputados, respectivamente.

Por fuera de los grandes espectáculos también podemos encontrar un sinfín de experiencias y prácticas interpretables desde varios ángulos de nuestro modelo de análisis. Recordemos (sección 6.1.3.1) aquella pauta de «afiliación asimilada» (médicos internacionalistas) cohabitada por un esquema prototípico de obediencia como el miedo a las represalias del gobierno por desertar de una misión oficial. Un caso semejante es el del travestismo material referido en el apartado 6.1.1.5. Un conocimiento a mano que encierra una doble valencia bastante obvia, íntimamente ligada a un contexto general de pobreza y totalización de la sociedad. Por un lado, este tipo de saber ha incorporado al *know-how* cotidiano de la interacción próxima, fundamentalmente al intercambio de «indicaciones» no verbales, la estrategia de resistencia del camuflaje exterior, complementada por el secretismo personal, con el propósito de evadir potenciales puniciones. Empero, evitar ostentar, aparentar austeridad y omitir cualquier relato sobre simples disfrutes materiales, en aras de disimular una mayor capacidad adquisitiva, deviene, en el fondo, una evidente respuesta intersubjetiva al conocimiento tácito de que no se puede confiar en nadie, ni vecinos, compañeros de escuela o trabajo, ni conocidos de ninguna índole. De modo que esta estrategia de resistencia frente al sistema expresa, al mismo tiempo, un esquema cognitivo típico de la obediencia: la desconfianza mutua generalizada.

A su vez, el travestismo político, el adalid estratégico de los simuladores –y probablemente la experiencia y práctica de subordinación más común en el panorama de la subordinación en la Cuba actual– encierra en su propia constitución axiológica, la “doble moral”, una dualidad empírica que es imposible no reflejar a nivel hermenéutico (la bourdieusiana “construcción de construcciones”).

Si bien debido a su funcionalidad para el mantenimiento del orden dominante hemos ubicado a este proceder espurio dentro de los límites de la subordinación, ya desde la propia definición de las subunidades de análisis (apartado 3.5.1.1) nos preguntábamos cuándo la simulación deja de comportar obediencia y se convierte en una estrategia de resistencia. Ahora podemos reformular mejor la pregunta: ¿Bajo cuáles condiciones o configuraciones situacionales predomina el aspecto insubordinado siempre implícito en la simulación?

Porque de eso se trata: la simulación es una estrategia de interacción con las pretensiones de dominación, en cuyo interior las dos respuestas posibles (opuestas) a dichas pretensiones establecen un pulso, con vaivenes coyunturales y diferentes tensiones temporales. La mayor parte del tiempo, la simulación es un disfraz omnipresente en el *performance* cotidiano y las proyecciones dramáticas de largo plazo. Una actitud consolidada, un paquete supermanoseado de conocimientos típicos, un modo de vida conscientemente instaurado con el objetivo de encubrir fugaces y solapadas prácticas diarias de resistencia (“la lucha” u otras ilegalidades), así como para evitar “meterse en problemas”. Sin embargo, en otras ocasiones, las menos, la simulación implica, bajar la cabeza, ceder a las presiones escénicas escritas “desde arriba” y actuar «como si» se venerara a los poderosos, sus ideas e instituciones *sólo* en específicos y muy puntuales momentos de la vida cotidiana, con tal de guardar unas roídas apariencias nominales, ganar tiempo sobre “las tablas” y seguir disfrutando, en el día a día, de unas ya bien establecidas condiciones favorables para la desobediencia rampante. Es en este último caso en el que, a diferencia del primero, pareciera que el aspecto desobediente de la simulación inclina la balanza a su favor respecto a la cosecha de aquiescencia de los dominantes. Veamos un ejemplo.

En el acápite 5.1.2.4 puntualizamos que el de panadero es uno de esos codiciados oficios estatales que han sido bendecidos con la gracia divina de “la lucha” y, en consecuencia, suele asociarse, en el imaginario subordinado, con mejores condiciones de vida. Pues bien, la conjunción de estos dos factores (oficio codiciado + alto poder adquisitivo de los obreros) ha generado que casi en todas las panaderías de Cuba se hornee una práctica de desacato tan llamativa como recurrente. A menudo uno o varios de los panaderos de un turno se ponen de acuerdo con sus compañeros de trabajo para que acepten que ese día, en su lugar, asista a la producción un reemplazo extraoficial, algún pariente o conocido del barrio, sin papeles ni autorización administrativa alguna y, en ocasiones, sin conocimiento del oficio. A estos suplentes improvisados se le conoce en el argot gremial como “michilines”. “Si no quieres trabajar hoy, hablas con

cualquiera, que no tiene contrato ni nada y le pagas para que trabaje por ti. Y la administradora se hace la de la vista gorda. Eso es normal, todas las panaderías lo permiten”. Ahora, por supuesto, este relajo habitual se ve interrumpido cuando las autoridades de la industria alimentaria o el gobierno local anuncian sus períodos de inspecciones; o, en su defecto, alguna fuente comprada en tales organismos se encarga de avisar las auditorías «sorpresas» que nunca sorprenden a nadie.

Cuando viene inspección o cualquier cosa, todo el mundo hace así y van los fijos nada más [planchan a los michilines]. Y se matan, porque como tienen que trabajar todos los días... Se matan trabajando, que a veces los ves dormidos, con un sueño que se les acumula, con ganas de decir: “Ay, Dios mío, que se acabe de ir la inspección esta para poder cerrar los ojos”. A veces dura varios días. O, a veces, como no saben exactamente cuándo va a caer, tienen que estar trabajando hasta que vengan. A ver cuando cae. [Revendedora particular, 31 años, exdependienta de panadería]

Este es un ejemplo arquetípico de la doble valencia inherente a la simulación, que aquí emerge como un acto simultáneo de obediencia y resistencia frente al intento de las autoridades de fiscalizar la producción. Por un lado, los panaderos suspenden temporalmente sus actividades ilícitas para corresponder las expectativas de orden y disciplina de los auditores. Pero, al mismo tiempo, dicha apacible representación teatral constituye a las claras una estrategia que burla los controles estatales y les garantiza a los pillos panaderos seguir delinquiendo tranquilamente en el futuro. Al estimar el saldo final de esta específica actuación conjunta, pareciera que sale ganando la simulación como resistencia por sobre la simulación como obediencia. Pues con su visita anunciada las autoridades inquisidoras se pierden la posibilidad de detectar *in situ* las prácticas de indisciplina laboral (y tomar medidas correctivas); mientras que los malhechores ganan un precioso bono de tiempo para continuar disfrutando libremente los jugosos réditos de sus fechorías y seguir saqueando las arcas de “Liborio”.

Pero los recodos de la polivalencia y la multidimensionalidad pueden tornarse más sinuosos y complejos aún. Pensemos, por ejemplo, en aquellos padres que, ante el llamado de los maestros y directivos de escuelas a contribuir con insumos de la construcción para reparar las aulas, responden del modo que más a mano tienen: “la lucha” (apartado 6.1.3.2). Con independencia del grado de des/afiliación política, sustraer recursos del centro de trabajo para acatar las orientaciones de las autoridades educativas y cumplir con el encargo de apoyar con materiales resulta, obviamente, una experiencia y una práctica de resistencia (respecto al patrimonio tangible del Estado). Y, a la vez,

de subordinación asimilada respecto a representantes locales de la dominación, si se reconoce la validez coyuntural de semejante petitorio; o de obediencia, si se actúa por compromiso o conveniencia simuladora. En otras palabras: tenemos una experiencia-práctica de subordinación que refrenda y legitima la dominación en la base (funcionarios locales), a costa de una experiencia-práctica de desacato que la deslegitima y afecta en su arista más abstracta: el Estado. Menudo galimatías: al final, no todos, pero una buena parte de los recursos con que se arreglan las escuelas que el Estado no repara, provienen de instituciones estatales, en una especie de blanqueo autorizado de bienes con un origen delictivo.

En el ejemplo anterior presentábamos una trama con dos actos concatenados: los padres primero delinquen para poder aportar recursos materiales o monetarios, y así obedecer a los maestros y directores de escuelas. En los casos de la exprofesora que no desfila, la jubilada que vota en blanco, los panaderos simuladores, e incluso en la experiencia del travestismo material, la trama tiene varios episodios de disidencia-obediencia-disidencia, algunos consecutivos y otros simultáneos. Sin embargo, el análisis resulta mucho más inextricable cuando la polivalencia y la multidimensionalidad se producen en un único acto, en el cual las dimensiones y niveles de análisis se superponen y entreveran como las siete mil lenguas de la torre de Babel.

Hace algunos años, en Santa Fe empezaron a meter «llega y pon». En los barrios marginales la gente empezó a inventar viviendas [rústicas]. Y [las autoridades] se pusieron para eso, porque era una pila de gente ahí flotando, no tenían libreta, no tenían nada. Entonces, comenzaron a hacer desalojos. Esto me lo cuenta quien lo vio literalmente. Pues, los desalojados salieron con pancartas que decían “Viva la Revolución”, “Viva Fidel”, “Queremos justicia”. “No quiero que me malinterpreten. Yo abogo por la Revolución”. Así decían las pancartas, entre otras cosas. Era la idea que transmitían. O sea, el hecho de que esté aquí parado protestándote no es contrarrevolución. “Sí, yo quiero a la Revolución”. ¡Se acabó el desalojo! Y no sólo en Santa Fe. Ahí en San Agustín, por allá atrás, pasó igual. Hay unos lugares apartados, unos caseríos, “casas” [entrecomilla con los dedos]. “Oye, ¿y por fin qué?”. “No, no, todo eso se quedó así”. Cuando los balseros se rompieron vidrieras. Ahora mismo, ha habido cosas, pero muy... Sí sucede, pero es una minoría. La regla general es que el cubano es como el camaleón. [Mensajero, testigo de Jehová, 49 años]

En este caso tenemos una protesta contra la implementación de una medida (el desalojo) emanada de una autoridad municipal; en la cual, al unísono, se manifiesta un apoyo incondicional a un líder nacional (Fidel Castro) y al sistema sociopolítico (la “Revolución”). Se trata de la típica experiencia de «obediencia constructiva», que refuta la validez de una demanda puntual, se resiste

a someterse ante una normativa que considera injusta; y lo hace utilizando (de manera convencida o simulada) la lealtad al régimen y su máximo líder como fundamento de legitimidad del hecho contencioso. No cabe dudas de que la complejidad de la realidad social siempre consigue apabullar cualquier intento de reducción analítica.

Por último, es menester subrayar que también en el ámbito de la militancia política pueden detectarse incontables ejemplos de prácticas y experiencias típicas con múltiples valencias y horizontes de análisis. Basta repensar algunos de los registros de campo ya reportados. Así, por ejemplo, asistir a asambleas de la UJC o el PCC (u otra organización paraestatal), y nunca intervenir en dichos cónclaves resulta una práctica en la que, aunque predomina la subordinación, se expresan ciertas manifestaciones de resistencia, porque se está de cuerpo presente, pero se decide no participar en el debate. Con lo cual, con independencia del tipo de adhesión profesada (parcial, total, estratégica, involuntaria), razonadamente se obstaculiza el propósito principal de tales reuniones: la deliberación entre pares.

Asimismo, aceptar responsabilidades en la UJC y el Partido (secretaria de comité de base, secretaria de actas, activista de la opinión pública, etc.) por compromiso, “porque no queda más remedio”, o por temor a ser sancionado constituye, sin dudas, un acto inconfundible de obediencia. Pero, si se hace a sabiendas de que luego no se va a ejercer el cargo como dictan los estatutos y las orientaciones superiores, se van a incumplir los deberes que implica esa posición de autoridad, o peor, se va a utilizar el puesto de manera fraudulenta (para filtrar opiniones personales como si fueran de terceros, e.g.; acápite 6.1.1.5); pues, entonces, se convierte en un soberano acto de resistencia. En este caso, la intencionalidad subyacente al momento de aceptar la responsabilidad marca la diferencia, al margen de que después se concrete o no la insubordinación.

En el otro extremo del pulso oscilante entre obediencia y desacato que siempre encierra la simulación podríamos ubicar, por ejemplo, la experiencia rupturista del militante del PCC que, para solicitar su salida de las filas comunistas, echa mano a una excusa coyuntural porque no tiene el valor de transparentar, de forma honesta, su desidentificación con los valores y procedimientos de la organización (sección 5.1.1.4). Está fuera de objeción que, en un contexto autocrático de partido único tiránico, la decisión de pedir la baja del PCC, incluso empleando una estratagema, constituye un notorio hecho de desafuero contra un imperio político que no conoce límites ni contrapesos. Sin embargo, la manera ladina de hacerlo no deja de representar, al mismo tiempo, una muestra clara de obediencia a la maquinaria ficcional de la institucionalidad partidista, de

aprobación y reproducción de la ya citada diplomacia espuria del “Miénteme que me gusta”. Un comportamiento que, en definitiva, no hace otra cosa que legitimar, a ojos de la colectividad, la necesidad de respetar y temerle al arsenal coercitivo de los poderosos.

A modo de cierre, vale destacar que, en todos los ejemplos aquí reseñados, la piedra de toque para evidenciar la polivalencia y calibrar la multidimensionalidad fue el contexto de la acción, entendido como las huellas intersubjetivas, generales y particulares, de las relaciones de gobernabilidad instituidas a nivel macro. Como es fácil de percibir, la significatividad híbrida y multinivel de ciertos cursos de acción social únicamente sale a flote afrontando el trabajo rudimentario de reincrustar las experiencias y prácticas de des/obediencia en el panorama mayor de los marcos culturales de la subordinación-resistencia (Capítulo V), así como en la específica textura interpretativa de cada «realización en situación» (Garfinkel, 2006). A ambos vientres contextuales pertenecen por naturaleza social. De modo que podemos afirmar que la polivalencia y la multidimensionalidad son como las rotondas, pasos a desnivel y enlaces de trébol donde por momentos se cruzan, superponen, desvían y hasta retornan, de un lado, las nervaduras del orden simbólico compartido por la comunidad política y, del otro, las encrucijadas situacionales de cada razonamiento práctico concreto.

6.4 Prontuario

El dinamismo y la enorme complejidad del universo de la acción aquí bosquejado lo impregnan de un soplo de infinitud, enigma y espectacularidad que lo torna muy atractivo ante cualquier mirada inquisidora. Máxime si su escrutinio sociológico se realiza a bordo de un módulo exploratorio que trae permanentemente acopladas las inferencias abstraídas del mundo de las ideas; lo cual dota al análisis de profundidad cultural, áncoras referenciales y recursos explicativos. Todo nuestro examen del «trabajo de institución» local, cotidiano y continuo de la in/estabilidad sociopolítica de la Cuba actual dialoga de múltiples maneras, explícitas e implícitas, con las tendencias culturales cartografiadas en el capítulo precedente.

La primera región auscultada de este industrioso microcosmos práctico, las experiencias típicas de des/obediencia y asimilación, sobresale como una dimensión bisagra que, con su peculiar dualidad cognitivo-práctica y «fusión transtemporal», articula el sistema de la cultura con el de la praxis, así como el catálogo de «conocimiento a mano» del pasado con la creatividad para interactuar en el presente y la capacidad de predecir escenarios futuros. Desde la perspectiva de

este acervo de coordinadas aprehendidas por vivencias y trasmisión, submundos como “la lucha”, “la bolita”, el miedo al gobierno y sus derivaciones, la simulación, el proselitismo de corto alcance, la intolerancia a la oposición, entre otros saberes de subordinación-resistencia, sacan a flote, con gran refulgencia, las huellas de su profunda naturaleza *social* (interdependencias, reciprocidad de perspectivas), *procesual* (aprendizaje-aplicación-aprendizaje, propensión a restablecer el equilibrio cognitivo) e *indexical* (covariación agentes-estructuras). Una emergencia que resulta invaluable para comprender y aproximarse con mayor rigor analítico a las expresiones comportamentales rutinarias de dichas experiencias típicas u otras similares.

Al aterrizar en la superficie más tangible del universo de la acción, nos adentramos en una pléyade de prácticas de disidencia, subordinación y dominación, que (con notorias variaciones en sus niveles de visibilidad, intensidad y dispersión) alimentan, mueven y también corroen los engranajes microsociológicos del sistema de relaciones de poder. La manufacturación artesanal de la gobernabilidad a ras de suelo, al pie del cañón, lejos de privilegios políticos o económicos, a merced de la buena de dios..., es un proceso harto rústico, escabroso, crudo, creativo, plagado de agencia y constreñimientos, contrastes, transposición, contradicción, contingencias y campanadas analíticas. No todo lo que brilla es oro; ni todo lo que desluzca es poco valioso. Cuando se cotejan contra sus correlatos simbólicos, la descripción de los modos concretos y rutinarios de resistir, obedecer, disciplinar(se) y pregonar autoridad deviene un instrumento explicativo cardinal para dar cuenta de la calidad, robustez, salud y esperanza de vida del pacto momentáneo entre gobernantes y ciudadanos. Enmarcadas en su trasfondo discursivo-narrativo, las prácticas (y las lógicas prácticas subyacentes) de in/subordinación-dominación manifiestan, con mayor contundencia, su capacidad des/estructurante.

Como colofón, nos hemos asomado a una «nebulosa» muy difícil de asir e interpolar, debido a su naturaleza resbalosa, escurridiza, híbrida, anfibológica. La polivalencia y multidimensionalidad de las experiencias típicas y las prácticas de subordinación-disidencia resulta una propiedad de la realidad social que desafía, en general, la inflexibilidad epistémica, teórica, metodológica, analítica de ciertas corrientes de investigación sociológica; y, en particular, las pretensiones de exactitud, precisión y fidelidad máximas. Los ejemplos aquí examinados de los complejos rizomas empíricos a los que puede dar lugar la polivalencia y la multidimensionalidad debajo de las mismas narices del investigador ratifican que el verdadero rigor y potencial explicativo de la ciencia reside en su sensibilidad para dar cuenta de estas urdumbres sociales.

CAPÍTULO VII: CONCLUSIONES

Ante todo, una aclaración: estas no son unas conclusiones tradicionales, donde el lector encontraría una recapitulación metódica de los resultados principales, sus implicaciones (meta)teóricas y, quizás, sus repercusiones contextuales. Aunque algo de esa tradición se ha vertido aquí y sí hay un gran esfuerzo de sistematización detrás, el propósito inconcuso de este capítulo final es otro: filtrar las inferencias más relevantes de la investigación por otro tamiz analítico, más específico y refinado, que revele, bajo una luz más penetrante, *nuevas* escisiones, síntesis, relaciones, contrastes y tensiones entre los hallazgos examinados previamente bajo una lupa distinta (con similitudes, pero con otro enfoque). Si antes privilegiamos la disección del *continuum* intersubjetividad-prácticas (capítulos V y VI), ahora enfatizaremos en el desmenuzamiento taxonómico del *continuum* asimilación-obediencia-resistencia, auxiliados por los claroscuros del *continuum* privado-público y situados, fundamentalmente, dentro de los meridianos y paralelos de la tipología desarrollada en el acápite 3.5.3.1 del tercer capítulo, fruto de la hipótesis general C.

A algunos les pudiera parecer una simplificación brutal, y un poco lo es; pero se antoja demasiado útil como para prescindir de ella. En las páginas que siguen, aspectos de nuestras subunidades de análisis apenas insinuados con anterioridad encontrarán una merecida profundización. Tal es el caso de la afinidad y equivalencia funcional entre las distintas modalidades de adulación y apatía. Distinciones reiteradas, como la establecida entre la lealtad incondicional y la lealtad crítica, en este capítulo han sido ahondadas, perfeccionadas con una nueva categoría y pulidas en su contraste interno y externo (con otros tipos). Y más aún: manifestaciones de obediencia y resistencia, como la participación electoral y en los actos de masas, “la lucha”, “la bolita”, el comercio informal y el trapicheo del “paquete semanal” fueron sometidas a un proceso minucioso de «desmembramiento» y reubicación de sus subdimensiones en diferentes estancos analíticos. Todo ello potenciando, al mismo tiempo, la singularidad característica de cada tipo, la comparación entre celdas y la exhaustividad general.

Y, en pos de mantener el suspenso, no hacemos más *spoiler*. Sólo, antes de dar paso a la formalización de los tipos de subordinación-disidencia, advertir (más bien reiterar) lo obvio: hemos prescindido de la descripción del Tipo I de la tabla, la «oposición abierta», debido a la falta

de evidencia empírica en nuestros registros acerca de estas (tristemente inusuales) demostraciones frontales de resistencia vinculadas a la desafección total. Y ahora sí: a disfrutar el viaje.

7.1 La dominación correspondida, legitimada... reproducida

7.1.1 Tipo IX: Lealtad acrítica

A lo largo de todo el informe hemos visto variados ejemplos de cómo interactúan los valores, representaciones y expectativas de los asimilados incondicionales con las señales del entorno político (pretensiones y estructuras de dominación, otras corrientes culturales no asimiladas) y producen en el día a día, y en especial durante eventos importantes (espectáculos, protestas, momentos de tensión y crisis), las narrativas y acciones subordinadas idóneas para los intereses de los poderosos, porque les generan los máximos rendimientos en la cosecha de legitimidad. Las manifestaciones discursivas y prácticas de «lealtad acrítica» nacen, primordialmente, desde los predios de la adhesión plena a los principios y procederes de los poderosos, sus políticas y su caparazón sistémico. La adhesión plena es un proceso en el que un sector de asimilados decide, por afinidad electiva entre la oferta y la demanda, *corresponder* de modo más o menos in/deliberado, superlativo y apasionado las pretensiones de dominación ideológica, porque se sienten representados a cabalidad en el proyecto de nación socialista del PCC¹.

En la Cuba de la tercera década del siglo XXI, las manifestaciones de «lealtad acrítica» están, en su abrumadora mayoría, rotundamente ceñidas a la cohorte de edad más avanzada. Es decir, a aquellos que tienen referentes personales sobre el pasado capitalista y la dictadura de Fulgencio Batista, vivieron muy jóvenes el triunfo y los primeros años del nuevo régimen y, por tanto, sus procesos de maduración personal y de transición a la adultez corrieron de manera paralela a la maduración (radicalización) del propio proyecto político liderado por Fidel Castro. En general, su vida entera, desde que tienen «uso de razón política», ha transcurrido dentro de los cauces monologales de un guion «alternativo» que postuló (y por instantes acarició) grandes promesas de

¹ Este postulado es equivalente al de la internalización acrítica de los valores dominantes, de Gaventa (1980), desde el punto de vista de las consecuencias observables; pero, rotundamente distinto en el planteamiento epistémico, la concepción contrapicada y bidireccional de las relaciones de poder, así como en el énfasis en la capacidad de agencia de los subordinados (ver acápite 1.1.3.1). No caben aquí nociones como “modelación del pensamiento”, o manipulación deliberada de las necesidades, preferencias, deseos y expectativas de los dominados. En su lugar defendemos conceptos como interacción, intercambio de «indicaciones», transacciones, negociación, etc., con saldos diferenciados.

bienestar, prosperidad, equidad y justicia social. Tras años de desencanto y fracasos irrefutables, muchos, muchísimos de los exponentes de esta generación conjurada por los sortilegios del nigromante carismático han reconvertido sus convicciones y retirado su apoyo al régimen comunista. Sin embargo, otro tanto permanece aún con la vista nublada (cegada) por las cataratas autoinmunes de la subordinación ideológica, leyendo el presente calamitoso ora con los lentes edulcorados de un pasado que no fue, ora con los del futuro prometido siempre pospuesto.

Es principalmente este exiguo segmento de la ciudadanía el que suele producir los extravagantes bloques discursivos de la legitimación a ultranza. Esos enunciados que derrochan identificación con casi todas las autoridades e instituciones, aprobación y complacencia respecto a casi la totalidad de las medidas y mecanismos de dominación, expectativas optimistas tanto a nivel personal como global, así como sentimientos profundamente anclados al centro gravitacional del sistema: “Las cosas que han sucedido en todos estos años, le dan la razón a la política del Partido, a la política de Fidel, a los pasos que tuvo que dar Fidel desde el punto de vista político y militar”; “Yo estoy de acuerdo con el partido único. Ha sido sabio mantener un sólo partido. Cuando nos empiecen a hablar de varios partidos, va a venir la división, la desunión, la división de criterios”.

Una «lealtad incondicional» siempre ávida de expresar gratitud eterna a la magnanimidad del Estado «benefactor» y de recordarles (exigir) a los “ingratos” la necesidad de ser agradecidos con la Revolución, fieles a su legado y defensores de su obra. Encandilada por los sermones resplandecientes del discurso dominante, la «lealtad acrítica» no le ve, no quiere verlas, las manchas al sol, por más telescopios que tenga a su disposición y por más umbras y penumbras que la realidad a su alrededor le exspectore a quemarropa. Y, cuando son tan grandes o evidentes que “no se puede tapar el sol con un dedo”, no le faltan argumentos, sofismas y recursos retóricos para minimizar, atenuar, justificar y disculpar los traspiés de los poderosos, las deficiencias estructurales. El primerísimo y más gastado el embargo económico impuesto por el archienemigo vecino del norte (Estados Unidos); seguido de cerca por la castidad e «impolitez» del Partido y el sistema, por completo exentos de la pecaminosidad (corrupción) humana.

Como es lógico, desde este espectro de la subordinación se irradian, con la mayor depuración, las variantes de conocimiento práctico más “ejemplares” de todo el campo de relaciones de poder, en cuanto a pautas de comportamiento aquiescentes, orgánicas, favorables para la armonía y estabilidad del sistema: auto/afirmación, conformismo, docilidad, disciplina, auto/contención, activismo social prorrégimen, militancia, afiliación, etc. Especial relevancia posee la socialización

y ejecución de una experiencia típica de este estanco de la lealtad que, aunque por lo común menguada y acotada a las márgenes del hogar y la cuadra, resulta cardinal para el mantenimiento del *statu quo*. La circulación de la intolerancia a las manifestaciones de oposición como «conocimiento a mano» y, más aún, su implementación práctica en los espacios más privados de la vida cotidiana, constituye una tecnología de microdisciplinamiento totalitario promovida por las autoridades, pero autogestionada de manera diligente por los acólitos más fieles del régimen. Dada su naturaleza coercitiva, no se puede esperar que alcance altos índices de eficacia en materia de catequesis, pero sí que rinde frutos en el cultivo de la obediencia o subordinación desleal.

A nivel práctico, los más leales al gobierno no sólo hacen labor proselitista con la distribución de sus «congruentes» experiencias típicas de asimilación, sino que suelen asumir de buena gana los encargos más pesados, arbitrarios e indecorosos emanados de las autoridades locales, regionales y nacionales (partidistas o estatales). Por ejemplo, el rastreo y acoso político a militantes de la UJC o el PCC voluntariamente descaminados. Asimismo, junto con los partidarios de la «adulación muy doble moral», los leales extremistas son quienes, por antonomasia, conforman las denominadas “brigadas de respuesta rápida” y, en consecuencia, diseñan, planifican, organizan y ejecutan los viles actos de repudio y represión a los opositores y sus familiares, bajo la guía y con el acompañamiento (camuflados de civiles) de la policía secreta y demás aparatos opresivos del Ministerio del Interior.

Únicamente en las más cenagosas tierras de la «lealtad incondicional» se desarrolla con pleno vigor y vitalidad la descomunal «disposición para la contrarresistencia» que hace falta para perpetrar, con total impudicia y gozo, los horrores más autoritarios ordenados por los poderosos. Una «disposición para la contrarresistencia» que contrasta, de modo escandaloso, con la pírrica disposición para cuestionar acciones gubernamentales y emplazar a los responsables de los errores y desatinos que, desde hace décadas, mantienen a Cuba en la bancarrota, sumida en una crisis sistémica perpetua, sin solución a la vista, de la que ni siquiera los más leales «de a pie» escapan. Las carencias de bienes y valores no distinguen por color de la bandera política (a menos que se ocupe un alto cargo en la nomenclatura). Por supuesto, en la concreta, tan baja «disposición para la resistencia» termina redundando, por lo común, en un patrón de disidencia en extremo limitado

al plano discursivo y, sobre todo, al ámbito privado, específicamente al más estrecho e íntimo núcleo familiar (disidencia muy marginal)².

7.1.2 Tipo VI: Lealtad crítica

Pero la lealtad incondicional deviene un Tipo de subordinación-disidencia en realidad bastante atípico, aislado y (por prescripción biológica) en peligro de extinción. Son más comunes, en cambio, las manifestaciones de asimilación que no supeditan la lealtad a la completa abolición del disenso, que implican el reconocimiento al (y el ejercicio del) derecho a discrepar, cuestionar, resistir(se) frente a medidas que se consideran inapropiadas, injustas o descabelladas. Un derecho que, en este caso, por lo general, se asume como limitado a puntuales y determinadas situaciones/tramas/ámbitos/niveles de las relaciones de poder. En principio, nunca se pone en duda la legitimidad mayúscula de la dominación, sino apenas algunos de sus deslices minúsculos. De modo que, en lógica continuidad con los valores imperantes en el Tipo anterior, abundan aquí las declaraciones de fe del orden: “Aquí el Partido no se corrompe, se corrompe el ser humano” o “La gente que se equivoca son seres humanos, pero el sistema no está equivocado”.

En este estanco de la lealtad, es frecuente, por ejemplo, la emergencia de quejas y críticas a la gestión de autoridades locales (laborales, comunitarias, municipales y hasta provinciales), en cuanto a temas de interés próximo (la distribución / comercialización de alimentos, las indisciplinas sociales, etc.) y en el marco de espacios fronterizos de pequeño formato (asambleas laborales, barriales, partidistas). Pero, en cambio, escasean los análisis agudos acerca de las causas más de fondo de los problemas, que implican a figuras políticas de relevancia nacional, deficiencias estructurales, añejas inoperancias y contradicciones irresolutas del sistema. Como tampoco es corriente el involucramiento en iniciativas prácticas de confrontación a las autoridades de ningún nivel. Se trata, en definitiva, de una «disposición para la resistencia» media (porque se reconoce la necesidad, utilidad y factibilidad acotada del disenso) jaloneada hacia la baja (porque se restringe su práctica al uso de los canales oficiales y de una crítica leal “constructiva” muy

² Si bien este patrón de disidencia mínima (en extremo marginal y discursiva) de la «lealtad incondicional» no está exento de ocasionales «desviaciones», del estilo del “comecandelas” que disfruta de los beneficios de una dieta médica regular, subsidiada por el Estado, obtenida mediante la adulteración de su historia clínica (falso padecimiento) por parte de su hija médico.

parroquial), y consecuentemente concomitante con una disidencia de tipo moderada con rezagos marginales y un bajo nivel de practicidad (o sea, mucho más propensa a la retórica).

Aunque podemos observar expresiones discursivas y prácticas de «lealtad crítica» en la proyección social tanto de adultos mayores como de jóvenes maduros, este Tipo de subordinación-disidencia usualmente germina, con mayor esplendor y menos soledad, en las lindes de la adultez media. Hablamos de un segmento etario compuesto por cubanos suscritos a la doctrina socialista que nacieron casi junto con la Revolución, poco antes o poco después; y, por ende, carecen de referentes personales inmediatos acerca de la sociedad previa. Del “denigrante” pasado capitalista y la “asesina” dictadura batistiana únicamente conocen lo que ha pregonado la narrativa oficial, año tras año, con cansina reiteración. Esto significa que, si bien tienen muy claro el signo de su devoción política, a diferencia de los más ancianos, nunca han llegado a santificar al PCC en el altar de la legitimidad intocable por obra y gracia del contraste categórico con el pasado corrupto, pecaminoso. En consecuencia, acá la dominación está bastante desacralizada, menos próxima al fanatismo y más consonante con una relación de afinidad electiva, si no horizontal, al menos al alcance de la crítica.

En los predios de la «lealtad crítica» la legitimación discursiva de las pretensiones de dominación suele ser convincente pero moderada. La socialización de valores portadores de una clara adhesión parcial aparece matizada por la emergencia habitual de creencias con cierto cariz escéptico y crítico. Tales como la convicción genuina de que el gobierno aprovecha la cortina del embargo económico para pretextar un montón de deficiencias y desaciertos endógenos, que bien pudieran resolverse con una mejor administración de los recursos internos. Asimismo, con los interlocutores habituales (del barrio, el centro de trabajo o la escuela) se comparten representaciones políticas críticas respecto a asuntos generales y particulares (la crisis material y los diferenciales de ingresos entre el sector estatal y no estatal, e.g.) sin temor a que el ejercicio del criterio vaya a afectar la legitimidad del sistema. Por el contrario, se cree que este tipo de práctica discursiva autocrítica es útil, consolida la imagen y aceptación del orden en vigor.

Por consiguiente, una de las experiencias típicas que tiene más a mano la «lealtad crítica» es la de obedecer “bajo protesta”, a regañadientes, porque la subordinación se asume como un proceso activo, en el cual la disciplina no está divorciada del pensamiento crítico, de la autodeterminación, y las convicciones u obligaciones sociales no constituyen un bastión inexpugnable para la razón. A contrapelo de la asimilación total, que universaliza y se pliega de modo maquinal a las normas,

roles y valores de la dominación, gustosa y sin chistar, la «lealtad crítica» es partidaria de la «obediencia constructiva». Esa experiencia-práctica que acostumbra a cuestionar la finalidad, los medios y las circunstancias que encierran y rodean a cada demanda de la autoridad. Por lo común, la «obediencia constructiva» desencadena comportamientos reflexivos que, a pesar de sus reiterados tropiezos contra el muro de la verticalidad autoritaria, no pueden evitar cuestionar, repinchar, poner en entredicho el mandato concreto y expresar inconformidad si así lo consideran necesario; por más que, en nombre de la lealtad al sistema y bajo la indeliberada exhortación de ciertas coacciones y recompensas, al final se termine obedeciendo.

Similar espíritu crítico emana desde esta rama de la afiliación política hacia las manifestaciones de resistencia frontal u oposición abierta al sistema y sus líderes. Anidada en las márgenes de la consonancia ideológica con el socialismo real, no se podía esperar otra cosa de la «lealtad crítica». Sin embargo, es justo señalar, esta postura crítica (discursiva principalmente) no suele acogerse necesariamente a los cánones de la intolerancia a la oposición de la «lealtad acrítica». Por el contrario, puede, en determinadas circunstancias (laborales, familiares), promover experiencias típicas inclinadas hacia la tolerancia al disenso y la diferencia política, siempre y cuando esta última pueda demostrar su inocencia del pecado de la «mercenariedad». Y, sobre todo, la «lealtad crítica» evita involucrarse en experiencias prácticas de hostigamiento, rechazo y castigo a los opositores («disposición para la contrarresistencia» media). Más bien se les considera lamentables “ovejas descarriadas” (por deficiencias en el trabajo político-ideológico, disfuncionalidades familiares o cuellos de botella socioeconómicos); las cuales quizás algún día retomen por sí solas la senda del buen samaritano, cuando los avatares de la vida les devuelvan el juicio temporalmente trastocado.

Al igual que en el universo de la «lealtad incondicional», las manifestaciones prácticas de subordinación aquí aunadas bajo el paraguas de la «lealtad crítica», además de promocionar de palabra y con el ejemplo las túnicas comportamentales del «buen ciudadano/alumno/trabajador», abarcan faenas verdaderamente fastidiosas (por el esfuerzo físico o los efectos plúmbeos de la letanía litúrgica), a las que sólo los asimilados les entran de buena gana: trabajos voluntarios; actividades de la defensa, programas sociales o económicos (las famosas “tareas de choque”), actos conmemorativos, mítines, asambleas... En particular la tarea de encabezar ceremonias o asumir protagonismo como orador en cualquier tribuna suele ser un patrimonio exclusivo de los asimilados en el que, empero, los leales críticos incursionan con mucho menos entusiasmo que los

incondicionales. Así como tampoco aceptan de muy buena gana, aunque accedan, las misiones de persecución política a compañeros militantes «evaporados» tras las miasmas del desatino.

Por último, respecto al optimismo a ultranza de la «lealtad acrítica», y en consonancia con un ejercicio menos apasionado (más sensato) del criterio, vale hacer notar que la «lealtad crítica» suele ser más cauta con la dosis de optimismo impregnado a las prospecciones in/mediatas que pone a circular por las autopistas de la intersubjetividad. No es raro, por ejemplo, que, para acodalar (en verdad, moderar) sus expectativas optimistas, se auxilie continuamente del recurso de las cláusulas condicionales y, por ende, de la apelación a la voluntad incierta de la contingencia: “Si nos deja el imperialismo tranquilo, si no hay ninguna guerra, si somos capaces de poner a producir nuestras bellas y amadas tierras, si se van mejorando el resto de las cosas, el transporte..., visualizo el futuro bueno, bueno”. Usualmente, el énfasis de este Tipo de subordinación-resistencia en la reflexión y la racionalidad termina torpedeando la emergencia de expectativas positivas, puesto que la crónica y persistente calamidad que los rodea desborda cualquier intento de sustentación lógica de un futuro mejor. A menudo, sus evaluaciones esperanzadoras dejan ver la inclinación de la balanza más hacia una apuesta (actitud) personal que hacia la argumentación con sustento empírico.

7.1.3 Tipo III: Lealtad muy crítica

Ahora bien, dentro del abanico de manifestaciones de aprobación de, identificación con, y afiliación a las pretensiones de dominación, podemos identificar un tercer clúster todavía más volcado hacia la crítica leal que el anterior. Desde esta ala radical de la adhesión parcial, la afinidad o correspondencia (defectiva) entre «oferta y demanda» políticas siempre se considera una avenencia inacabada, perfectible, e incluso provisional. Con mayor énfasis que en los tipos anteriores, es imperativo aquí no hablar de legitimidad de la dominación, sino de *procesos* de legitimación que, en este caso, siempre van de la mano de la interrogación acuciosa, la profundidad analítica, la duda suspicaz y, sobre todo, el convencimiento irrenunciable de que disentir es un derecho y una virtud. Una muestra de civismo que, en lugar de amenazar la relación con la autoridad, la mejora: “Yo me paro en las reuniones y digo: «Tao, tao, tao...». Y hablo. ¿Por qué? Porque usted nunca puede tener miedo a hablar”; “Yo lucho contra lo mal hecho y sí hablo. Si por hablar a mí nadie me va a matar, ni me va a meter preso. Cuando veas las cosas mal hechas, tienes que salirle al paso”.

Para la «lealtad muy crítica» no hay cotos ni reliquias sacrosantas que escapen al filo de la navaja de la razón. Cualquier política, autoridad, institución o pieza del sistema (con independencia de su índole, rango, dominio o historia) es susceptible de cuestionamientos, críticas, exigencias, reproches o medidas correctivas; por demás, expresados con todas las letras, sin circunloquios, ni eufemismos o paños tibios. “¿Cómo que el Ministerio de Turismo no me deja a mí, por ser residente y ciudadana cubana, montarme en una embarcación de motor, recreativa? ¿Qué cosa es eso? Eso primero es anticonstitucional y después ¡discriminatorio!”. Estamos ante un reducto de la lealtad con una profunda vocación hacia la participación ciudadana y los procedimientos democráticos, en especial los mecanismos de rendición de cuentas, fiscalización, auditoría y control. Todo lo cual paradójicamente, en la práctica, desentona con (y choca constantemente contra) los principios y pilares funcionales del régimen socialista posttotalitario que se defiende. No obstante, deviene un indicador de una alta «disposición para la resistencia» (contestar es una práctica muy necesaria, harto benigna y carente de riesgos).

Como es de esperar, esta manera de asumir, expresar y practicar la subordinación no es muy común en la Cuba actual. Por lo general, suele encontrarse corporeizada, casi de modo exclusivo, en la voz y la piel de intelectuales, artistas, académicos y, por antonomasia, de estudiantes universitarios y jóvenes profesionales. Se trata, este último, de un grupo poblacional culturalmente muy distante de la épica y los hitos de la revolución cubana, cuyos ecos ha recibido en la versiones más desgastadas, maniqueas y desabridas de la narrativa oficial (mediática y educacional). Con una trayectoria vital imbuida de cabo a rabo en una permanente crisis material, espiritual, cultural, migratoria: “Ver a tanta gente irse, tantos profesionales talentosos, gente incluso que está de acuerdo con el socialismo y aun así se va..., eso me ha hecho replantearme mis posturas radicales”. Son los hijos y nietos de dos generaciones de cubanos a las que se les fue la vida esperando una muy cacareada prosperidad que hoy, en lugar de aproximarse, parece huir hacia adelante. Con lo cual, este sector de la asimilación es reacto a sucumbir a los cantos de sirena del triunfalismo rampante y, si bien comparte el sueño de un socialismo boyante y sustentable, examina con lupa cada personaje, política o travesaño que adoquine la senda hacia ese objetivo. Desconfía por *hobby*. Y suele estrangular sus expectativas razonables con los más angostos cinchos del comedimiento, la reserva e, incluso, la ambivalencia.

Los discursos de legitimación originados en los cortijos de la «lealtad muy crítica» se ubican entre los peldaños más inferiores de la atribución de validez y aceptabilidad a las pretensiones de

dominación de todo el campo relacional de la subordinación (sólo superados por la insulsa «neutralidad» expresiva de los apáticos). En el sentido de que, en su aspecto más categórico, sí reconocen el estatus reverenciable del sistema socialista; pero, en contraste con aquel, las figuras y políticas emergen en estos actos de habla despojadas por completo de ese halo immaculado típico de la «lealtad acrítica». “Es verdad que salvar vidas produce una gran satisfacción; pero ninguno de los médicos internacionalistas va a esas misiones a trabajar por amor al arte. Lo hacen porque resuelven sus problemas materiales”. En la producción simbólica leal extremadamente crítica la legitimidad de las autoridades, sus ordenanzas e, inclusive, de las instituciones, aparece condicionada al devenir de las circunstancias y eventos particulares y, por tanto, en comparación con los dos tipos precedentes, presenta una naturaleza muy situada, dinámica y hasta reversible.

Así, identificamos en este Tipo, por ejemplo, la puesta en órbita de valores y creencias que sostienen una tenue legitimidad contrastiva y piadosa hacia el sector menos envejecido (y de profesiones no castrenses) de la dirigencia del Estado, en general, y hacia el actual presidente Díaz-Canel, en particular. *Tenue* por la fragilidad de su fundamento; *contrastiva* porque se sustenta sobre una aprobación por oposición a los dinosaurios militares que han gobernado al país con mucha mano dura, arrogancia e ineficacia (todavía varios ocupan cargos en el máximo nivel de dirección); y *piadosa* porque, a menudo, deriva en un sentimiento de compasión por la “desdicha” que comporta el hecho de asumir las riendas de una nación en ruina. Cuando se expresa en forma de representaciones políticas, esta aprobación por contraste trasluce, a todo color, las señales de una legitimación gris, precaria, inmadura, escéptica, en constante reevaluación y, por ende, susceptible al cambio de signo si la realidad provee argumentos suficientes para ello.

A diferencia de la «lealtad crítica» (que aunque corcovee acaba obedeciendo), en el caso de la «lealtad muy crítica», las manifestaciones varias de «obediencia constructiva» —esa que, a través de canales y espacios oficiales, contrapone argumentos o reclamos propios frente a demandas de la autoridad que se consideran erradas o injustas—, por lo común, irrumpen en los intersticios de la vida cotidiana lo suficientemente cargadas de resistencia como para terminar desembocando en actos de mitigación, negación o desacato. En su batalla «*inside*» contra los demonios autoritarios, las experiencias típicas de «lealtad muy crítica» pueden incluir en su repertorio de «conocimiento a mano» (y correspondientes prácticas), además, mecanismos extraoficiales de presión, tales como: la conspiración informal en las bases (recabando seguidores a la causa reivindicatoria), campañas en redes sociales, denuncias en espacios mediáticos oficiales de atención al

lector/espectador, comunicaciones y demandas dirigidas a autoridades y organismos superiores³ fuera de períodos de consulta, entre otros.

Vale aclarar, se trata siempre de una resistencia focalizada a medidas o mandatos puntuales (por ejemplo, el encargo de rastrear y hostigar a compañeros militantes esfumados del radar partidista), usualmente amparada en e identificada con el “bien mayor” de toda la comunidad de subordinados de marras o de toda la sociedad, si es el caso. Con lo cual calificaría dentro de los límites de la «desobediencia constructiva» teóricamente contorneada por Passini y Morselli (2009). Hablamos, en definitiva, de una disidencia leal que no teme encarar frontalmente a la autoridad⁴ y que, a contrapelo de los otros dos tipos de lealtad antes delineados, mantiene un nivel de practicidad medio, porque no se puede afirmar que privilegie la producción discursiva por sobre los cursos de acción; tanto la una como los otros parecen ocupar un peso igual de preponderante en las pautas de desafío a las pretensiones de dominación.

Respecto a la interacción con los discursos y prácticas anclados en las antípodas (o sus proximidades) de la afiliación al socialismo, vale mencionar que la «lealtad muy crítica» suele producir demostraciones que van más allá de la tolerancia de la «lealtad crítica» y tienden a la integración respetuosa de la oposición. En esta ala «avanzada» de la adhesión parcial tiene tanto arraigo el valor simbólico y práctico de la crítica que, en notoria divergencia con los otros dos tipos de lealtad, se manifiesta, con diferentes grados de apertura, la disposición a escuchar, debatir y sacar provecho a los criterios políticos de los grupos opositores, en un ambiente inclusivo. Sin embargo, desafortunadamente, la «lealtad muy crítica» es una tendencia demasiado minoritaria, acotada a una «pizca» de la ciudadanía (con alto nivel educativo, por lo general) y a espacios muy específicos (académicos, intelectuales, ciberespacio), alejada de las posiciones y círculos privilegiados de las relaciones de poder; y, por todo ello, con escasa repercusión y capacidad de contrarrestar la exitosa maquinaria estigmatizadora y excluyente del Estado monocrático.

³ Una muestra reciente de este tipo de experiencias-prácticas fue una serie de cartas y comunicados (impresos y digitales) escritos y firmados por diferentes conjuntos de estudiantes universitarios, a raíz de las protestas del 11 de julio de 2021. En ellos se dirigían a los decanatos de sus facultades y al Ministerio de Educación Superior para 1) exigir la liberación de compañeros detenidos en las manifestaciones; y 2) condenar posteriores actos oficialistas de “reafirmación revolucionaria”, cuando la situación epidemiológica nacional tocaba fondo.

⁴ Esto no quiere decir que absolutamente toda la actividad disidente de la «lealtad muy crítica» sea frontal. Por supuesto que desde este estanco de la adhesión parcial también se ponen en práctica experiencias típicas de resistencia marginal y moderada. Un ejemplo muy ilustrativo es el de la secretaria de actas y de la “opinión pública” que, de forma subrepticia, adulteraba los informes y actas de las reuniones del Partido para acentuar el nivel de criticidad de los planteamientos registrados o, de plano, introducir quejas personales en tales documentos.

7.2 La dominación travestida, ninguneada... reproducida

Dentro de la subunidad de análisis que aquí hemos denominado «subordinación», al lado de la asimilación, pero varios escalones por debajo (en cuanto a la atribución de legitimidad a la dominación), tenemos un polo analítico compuesto por manifestaciones de obediencia de dos distintos géneros: simulación y apatía; conectadas a creencias, sentimientos y convicciones de adhesión estratégica e involuntaria, respectivamente. Aunque en el aspecto moral enfrentadas por el apego a valores opuestos como la hipocresía y la sinceridad, las manifestaciones de simulación y apatía tienen consecuencias políticas análogas que las unen en el plano teórico. En el sentido de que ambas comportan un tipo de acatamiento, conformidad y respeto a los mandatos de las autoridades desprovisto de consonancia político-ideológica, lealtad, afinidad de horizontes; y, por ende, sostenido por las más endeble reatas sobre las que se puede sustentar la legitimidad y el vínculo intersubjetivo con los poderosos: el utilitarismo oportunista y la pereza⁵. Sin embargo, este tándem tiene escalas sutiles, curiosamente equivalentes, que es indefectible explorar por separado.

7.2.1 Tipo VIII: «Adulación poco doble moral» y «apatía voluntariosa»

En un primer peldaño de la subordinación desleal, podemos ubicar, al mismo nivel, una variante de adulación calificable como «asimilación ingenua», junto a una modalidad de indiferencia que hemos llamado «apatía voluntariosa». Ambas tienen en común la cooperación *irreflexiva* directa con importantes eventos y estructuras de la dominación, como los espectáculos de culto y las organizaciones políticas. Y, aunque a veces pueden traslaparse casi del todo, tienen lógicas prácticas propias. Podríamos visualizar a esta celda de la subordinación-resistencia como un Tipo «transición», toda vez que, a pesar de mostrar claros rasgos de obediencia artificiosa / indiferente, presenta todavía residuos, propensiones o marcas que la acercan, culturalmente, al confín de la asimilación seccionado en el epígrafe anterior.

El núcleo de valores políticos subyacente a esta díada de demostraciones de subordinación-resistencia converge en una misma dirección: el distanciamiento afiliativo (pasional) respecto al orden sociopolítico vigente en la actualidad: “Yo soy práctico. Lo que necesito es que la vida sea más fácil. Si me la van a solucionar tres partidos, bienvenidos sean. Si me la va a solucionar uno

⁵ “Respeto su gobierno porque me aprovecho / le temo”. O: “Déjalos que gobiernen si total yo no me involucre en política. Allá los expertos”.

solo, bienvenido sea”. En materia de convicciones, la «asimilación ingenua» y la «apatía voluntariosa» dialogan con sentimientos que adoptan la forma de una «otredad», no sólo desidentificada con los preceptos y designios del socialismo de Estado monopartidista, sino manifiestamente envuelta en un proceso de adopción de un nuevo credo con tres únicos destinos: la “doble moral”, la «neutralidad política» o la desafección (parcial/total). Un camino largo, en el cual la socialización de representaciones generales y específicas, fraguadas al calor de los hitos contextuales, desempeñan un rol primordial en el rumbo definitivo que adopta la trayectoria particular de cada actor/grupo.

En el contexto criollo de apoteosis de las apariencias (el docudrama del consenso unánime), la «asimilación ingenua» resulta una de las rutas más transitadas, sobre todo por aquellos jóvenes desleales con una identidad política todavía ambigua, en franca (con)formación: “Con el tiempo me di cuenta de que estaba en la Juventud, y el Partido, pero no por la política. Estaba porque cuando entré era un mérito, una condición que te habías ganado por ser muy bueno. Te daba prestigio”. En la UJC, en mayor medida, y en el PCC, en menor grado, la militancia por completo ajena al compromiso y la conciencia políticos deviene una experiencia muy típica para un sector juvenil ávido de reconocimiento grupal, créditos intersubjetivos, capital social. La adopción de la bandera comunista no es sincera, orgánica ni coherente con un proyecto personal-colectivo; pero el interés por pertenecer a un grupo elite, de “vanguardia”, bien valorado, sí que lo es.

Se trata, por lo general, de estudiantes conocidos en sus redes interpersonales educativas, como “puntualitos”, “correcticos” o “aplicados”; para los cuales, en principio, la militancia, la participación en convocatorias sociales y políticas extracurriculares, e incluso la dócil exposición a terapias de adoctrinamiento socialista, deviene una mera cuestión de disciplina y cumplimiento de lo oficialmente establecido. Es decir, se obedece por costumbre (muchas veces por tradición familiar), sin cuestionar la validez de los mandatos, con absoluta inconciencia política y, todavía en esta etapa, sin segundas intenciones estratégicas: “Me uní a la UJC en oncenno grado, y sinceramente no pensaba en que me iba a unir para después coger una carrera, no. Me uní porque supuestamente estaba lo mejor del grupo, los más integrales, los más estudiosos, cumplidores”.

De modo que, fruto del vientre cultural de esta «asimilación incauta», no es raro encontrar en la viña de las relaciones cotidianas de poder, peculiares manifestaciones discursivas y prácticas de obediencia sincera ajenas a cualquier sentimiento de lealtad al régimen; y, en su lugar, ligadas a un fuerte sentido de disciplina social o respeto cívico a las obligaciones sociales («*involment*») de

cada rol, que en nada se debe a afinidades partidistas ni preferencias políticas: “Soy muy cumplidora. Si sé que debo ir al hospital todos los días a las ocho a.m., porque es así; pues, igual, si hay que ir a una marcha, voy. Tengo que ir, porque eso es parte del programa de estudio”.

También en el universo juvenil, fundamentalmente, aflora otra variante bastante clásica de «asimilación ingenua» y contribución irreflexiva a la «espectacularización» de la narrativa hegemónica de los dominantes. Nos referimos a la participación entusiasta en las grandes demostraciones públicas cuasi/obligatorias de “respaldo a la Revolución”, no por convicción, sentimientos de lealtad o aprobación racional de la pertinencia de la actividad; sino por la asociación (casi un cliché) de este tipo de eventos con un nicho de oportunidad para la congregación, la socialización, el divertimento y la acumulación de experiencias gratas. Sobre todo en el preámbulo de las concentraciones y desfiles (a menudo pernoctaciones), algunos jóvenes y adultos intermedios encuentran repetidas configuraciones situacionales apropiadas para compartir, pasar un buen rato de la mano de la música, el alcohol, el baile, los chistes, la confraternización entre amigos y colegas. En ocasiones, estas expresiones de regocijo desleal genuino (raigalmente distintas de la jovialidad de quienes se suman a la parranda para hacer menos tortuosa la asistencia obligatoria, Tipo IV) derrochan tanta algarabía que superan en entusiasmo los *performances* de los propios asimilados.

Tanto uno como otro comportamiento obediente devienen, en definitiva, modalidades afines a una simulación cándida, poco o nada “doble moral”, que no nace de la comunión político-ideológica con el régimen, pero tampoco del cálculo racional oportunista. Esta clase de obediencia tiene su origen en el apego cívico-moral a los roles de «buen estudiante», «buen trabajador», «buen ciudadano», etc., así como en el fervor que despierta el convivio. Probablemente en otro régimen político (incluida la democracia) este clase de disciplina tendría implicaciones equivalentes.

Por su parte, la apatía es un trocha también muy transitada por jóvenes (aunque cada vez más extensiva a otros grupos etarios), abierta a golpe de desgano y lasitud entre la maleza compacta (mayoritaria) de simuladores. Una fractura o falla geológica que, a nivel axiológico, se autopositiona en un punto equidistante entre los dos grandes extremos de la asimilación y la desafección, presuntamente impasible tanto frente a las demandas dominantes como a las disidentes. Aunque sabemos que, en la concreta, por «deformación tectónica», esta supuesta «neutralidad» política acaba funcionando como un árido pero sólido monolito de adhesión involuntaria a las pretensiones dominantes. “Realmente no me interesa mucho la política. De

hecho, no me interesa nada de eso, porque aquí en este país nada cambia. Aquí los cambios que se hacen son para conveniencia de los dirigentes. Lo que hay lo acepto”.

Una adhesión involuntaria que, en sus más enajenadas manifestaciones de obediencia, léase «apatía voluntariosa», ha demostrado devenir un dominio dúctil donde la pretendida desidia cristaliza, de manera recurrente, en legitimación y apoyo poco deliberado a los ritos teatrales de los poderosos: “Siempre voy a las elecciones de delegados y de diputados y voto por cualquiera, el primero que vea. Ya, le pongo una cruz y listo, tumbando, tira para allá, a quien sea”. Desde el desdén, el desgano y, sobre todo, con total (irresponsable) ignorancia, la «apatía voluntariosa» coadyuva activamente a mantener en funcionamiento varios de los principales mecanismos de esa dominación de la que se pretende quedar al margen. Aunque con motivaciones distintas, los discursos y prácticas de la indiferencia / resignación colaborativas terminan surtiendo casi los mismos efectos que la «asimilación incauta»; a excepción de la militancia «por deporte», pues hay límites que la desidia no está dispuesta a traspasar. Sin embargo, con menos entusiasmo, pero pasmosa sistematicidad, se suele asistir también a las asambleas barriales, marchas, procesos electorarios..., por complacer a la familia, “marcar tarjeta” o “quitarse los malos ojos de encima”.

En particular la receta práctica de acudir a las urnas, emitir votos válidos y favorables para los intereses de la dominación, en soberbia contradicción con los insondables ríos de descreencia e inconformidad que minan el subsuelo de la cultura «(a)política» apática, constituye una experiencia típica hartó socorrida dentro del universo «anoréxico» de la indiferencia / resignación (e, inclusive, sorprendentemente, dentro de los predios culturales de la desafección). Sobre todo entre los adultos mayores, aunque también presente en otros grupos intermedios, el desacoplamiento entre convicciones desleales y un esperable comportamiento *neutral* (abstención, voto en blanco) o quizás desobediente (voto nulo o por el «No») responde a la influencia de representaciones políticas generales del estilo: “Yo marcaré el «Sí», como todo el mundo”, “Un garbanzo no hace un potaje”, “Siempre es igual: vamos como carneros al matadero y hacemos lo que nos piden”. De modo que las percepciones racionales estimulan, hasta el paroxismo más febril, la dislocación abrupta entre creencias y conductas. Una cizalla con kilómetros de profundidad cultural, que entrapa a agentes y estructuras en una laberíntica relación tóxica, por ahora estable y conveniente para la gobernabilidad; pero que, en cualquier momento, sin previo aviso, desencadena un terremoto social de grandes magnitudes.

En general, las manifestaciones de «asimilación ingenua» y «apatía voluntariosa» constituyen primigenias muestras de obediencia «superdestructiva»: respuestas dóciles, disciplinadas, funcionales y hasta entusiastas a las pretensiones de dominación, ancladas a una patente desidentificación con la autoridad, las políticas y los valores del sistema (deslealtad). Cor/responder a mandatos y expectativas de los poderosos que se consideran poco o nada legítimos con un comportamiento obediente gratuito (sin que medie lealtad, interés o miedo) resulta, en la superficie, un regalo demasiado bueno para el gobierno autocrático. No sólo porque lo libera de potenciales brotes de resistencia. También bloquea, con gran eficacia, los flujos contraculturales ascendentes de la insubordinación; mantiene a las expresiones de disidencia marginalizadas y confinadas al ámbito discursivo principalmente. Sin embargo, como es fácil intuir, en las capas profundas de la dinámica social, a veces en silencio y otras a voz en cuello, la subordinación se desestructura, pierde «colágeno» (cohesión), el vínculo se debilita, la deslegitimación se acentúa. Y, en cambio, los vórtices de resistencia van ganando fuerza e intensidad, a la espera de que las redes de la intersubjetividad recompongan el equilibrio entre conciencia práctica y conciencia discursiva y les permitan conectar-desatar toda su ira.

7.2.2 Tipo V: «Adulación doble moral» y «apatía introvertida»

Si un elemento marca la diferencia entre el Tipo anterior y el que bosquejaremos a continuación ese es la deliberación. Tanto en el subtipo de la simulación como en el de la apatía que aquí abordaremos, la ingenuidad, la irreflexividad y la gratuidad han quedado bien atrás. En su lugar, emerge una muy premeditada estrategia, planificación y proyección del comportamiento en sociedad y de la interacción con las reglas del juego (micro y macro) de las relaciones de poder, con la variedad de actores (corrientes culturales) participantes, así como con el previsible desarrollo de las situaciones. En especial la «adulación doble moral» viene siendo algo así como el «centro de cálculo» de la subordinación. Toda excursión fuera del ámbito privado la evalúa al detalle, la coteja contra una base de datos de experiencias anteriores y prevé sus probables consecuencias. Se intenta dejar muy poco margen a los imprevistos y al azar. La «apatía introvertida», sin llegar a esos niveles «matemáticos», también tiene muy claros sus algoritmos, pautas, recetas comportamentales, rutinas, etc., y le cuesta mucho salir de su zona de confort.

En este extenso mezanine de la subordinación desleal, la adhesión estratégica y la involuntaria aparecen ya maduras, perfectamente cuajadas y delimitadas. De un lado, las abstrusas raíces

culturales de la “doble moral”, esa pizarra o centralita de valores elásticos que permite conmutar, con admirable destreza y naturalidad, entre las señales visibles del travestismo político en la arena pública y sus inmediaciones, y los impulsos discretos de la disidencia discursiva y práctica en los ámbitos privados y fronterizos. “El cubano es hipócrita. No es sincero. Da una apariencia que no es, en general. Siempre busca una manera de resolver el asunto, aunque no sea la mejor, para no enfrentar, para evadir [el conflicto]. El cubano es así, como el camaleón”. Y, del otro lado, las no menos recónditas convicciones bien plantadas del «apoliticismo», un sistema de creencias que defiende con toda su inopia disposicional el derecho a la neutralidad, la indiferencia y el «ermitañismo» político. “A mí nada de política me interesa, ni me fajo, ni discuto por eso. Ese no es mi tema. Me da lo mismo el Partido que el Poder Popular, si ninguno resuelve nada”.

En contraste con el Tipo precedente, el binomio axiológico (“doble moral” - «apoliticismo») que soporta y otorga sentido moral, político y cívico a las manifestaciones de obediencia que habitan esta casilla analítica se encuentra, geoculturalmente hablando, a años luz de la trinchera de sentimientos leales al régimen. Con tan sólo un salto de celda, ya se nota la aguda polarización de los niveles de legitimidad del gobierno entre manifestaciones de asimilación y de simulación-apatía. Sin demasiadas de/gradaciones, la divergencia ha asumido abruptos contrasentidos (aunque todavía la bifurcación seguirá tensándose en próximos tipos). Al punto que el campo de creencias, valores, actitudes, representaciones y expectativas de este piso intermedio de la subordinación desleal comparte más lugares comunes con el núcleo cultural de la resistencia que con el de la asimilación. Sólo que, por decisión estratégica, en ciertos entornos fronterizos y públicos, estas convicciones, como norma, se travisten con ropajes de auténtica adhesión política o se aferran a la invisibilidad camufladora del silencio cómplice, o un poco de ambas estrategias.

Podemos afirmar que, juntas, la «adulación doble moral» y la «apatía introvertida» conforman el Tipo, por mucho, más común, patente y paradigmático de las dos columnas de la subordinación, y de todo el espectro aquí tipificado (de conjunto con la «resistencia anónima»). Por más que se aguce la mirada y el oído sociológico, parece imposible establecer claras predominancias o afinidades electivas entre estas manifestaciones de subordinación-resistencia y los criterios (clivajes) sociales predefinidos en el epígrafe 3.6.3 del capítulo metodológico. A excepción de la obvia correlación entre tener un empleo estatal y practicar con más ahínco la «adulación doble moral», pareciera que tanto esta última como la «apatía introvertida» atraviesan todo el organismo

social de cabo a rabo, en múltiples direcciones y con similares intensidades. Son transversales, colindantes, ora paralelas, ora perpendiculares y, a menudo, se sobreponen parcialmente.

Si bien poseen sus propias características y fuerzas motrices, ambas formas de obediencia comparten la predilección por una misma experiencia típica: la *autocensura* (el buque insignia de la violencia simbólica pos/totalitaria). La «adulación doble moral» porque ha instituido al silencio como la primera, más eficaz, anónima y universalísima forma de asentir, simular conformidad y complacer los designios homogeneizantes del gobierno comunista. Incluso sin dar un paso, levantar una mano o hacer el más mínimo esfuerzo físico, el simple hecho de autoabortar cualquier embrión de disenso ya constituye el más básico de los espaldarazos a las pretensiones de dominación. Por lo mismo, el silencio también resulta el aliado perfecto cuando se decide participar en alguna actuación conjunta con las autoridades. La autocensura se yergue así como una pieza clave de esa reflexivamente elegida cultura del silencio, por lo común adosada a las prácticas de obediencia. Si el *performance* del «como si» se fuera leal se mantiene libre de crítica y “excesos de sinceridad”, entonces el desempeño histriónico resultará estelar. “Calladitos nos vemos más bonitos”.

Además, es importante subrayar que, como fenómeno intersubjetivo, la adulación parte de un acuerdo tácito intervinculante (convertido en lógica práctica) que traza una frontera «prohibida» entre simulación práctica y simulación retórica. Según esta interesante cláusula de la filosofía de la “doble moral”, ampliamente aplicada en la microproducción de la gobernabilidad, fingir adhesión a los mandatos de los dominantes resulta una estrategia válida, si su realización práctica no implica complementar la impostura con actos de habla apócrifos; ni mucho menos que la farsa se concentre por completo en el terreno discursivo. O sea, no hay problema con alquilarle el cuerpo a los poderosos para sus *performances* masivos y demostraciones públicas de culto, siempre y cuando no haya que abrir la boca para expresar falsos discursos de lealtad. “Calladitos nos vemos menos embusteros”.

En el caso de la «apatía introvertida», la apuesta colectiva por el silencio como sensata y ecuménica estrategia de conducta deviene, ante todo, un medio para economizar esfuerzos: “Yo no hago ningún planteamiento en las reuniones del CDR, porque considero que todo va a estar igual y es una pérdida de tiempo estar planteando lo mismo. Quizás en otros tiempos sí planteé algo y como no pasó nada...”. Aunque a menudo, al igual que la simulación, implique callar, otorgar y, mutismo mediante, legitimar la dominación, la «apatía introvertida» no surge de la

intención maquinada de halagar a las figuras e instancias de la dominación; sino del sentido práctico de flotar a la deriva por entre el maremágnum de des/aprobación, des/legitimación, in/subordinación, de/construcción; encerrarse en la concha del ámbito personal-familiar; y, si acaso, de vez en cuando, a través del cotilleo informal y, en menor medida, de la información oficial, husmear en esa «otra realidad» a ver qué rumbo están tomando los acontecimientos. “Yo voy a una reunión y ya tengo un concepto, es feo pero este es mi concepto: oigo, metabolizo, todo lo demás sale por este oído y al final [en silencio] saco mi propia conclusión”.

Por lo general, se llega a este desinterés-renunciamento, y a la adopción de la autocensura como estilo de vida, tras una maratónica acumulación de fracasos políticos; y no tanto por un innato florecimiento de la «inapetencia» política: “Cuando estaba en la UJC yo sí discutía mucho las cosas que no creía lógicas; pero con el tiempo uno va..., vamos a decir madurando, y se da cuenta de que hay cosas que no vale la pena decirlas”. También debido a la exposición recurrente a ambientes deliberativos estériles, desestimulantes: “Pagaba la cotización, iba a las reuniones; pero, yo era inactiva en esas reuniones, porque ¿qué iba a opinar?, ¿qué iba a decir? Se habla mucho, pero no se hace nada. Para qué navegar contra lo imposible”. «¿Para qué?» es la pregunta retórica que siempre maniata la lengua con el nudo de la autocensura y coarta cualquier esbozo de iniciativa ciudadana que intente burlar el rígido cerco de la indiferencia. Y «No vale la pena» la respuesta que, situación tras situación, le da un portazo a la capacidad de agencia política; a la par que sirve de escudo frente los cuestionamientos que puedan provenir de otros estancos de la lealtad.

A su vez, “Navegar contra lo imposible” es un conocimiento práctico (desistimiento) íntimamente conectado a la representación general de que el sistema y sus ramificaciones institucionales constituyen una fortaleza inexpugnable para los simples mortales alejados de las posiciones ventajosas en las relaciones de poder. Ciertamente esta no parece ser una percepción sembrada por la maquinaria propagandística estatal, sino fundada a través de un proceso inductivo de sistematización de experiencias (propias y de terceros) y abstracción de generalizaciones. Quiere esto decir que, a partir de la exacerbación de la (real) fuerza constrictiva de las estructuras del sistema posttotalitario, la «apatía introvertida» ha tejido, y ceñido, sus propias amarras simbólicas que la convidan al silencio y la inercia. En comparación con otros tipos y subtipos, su «*accountability*» aparece marcada, disminuida y constreñida por una *predefinición* muy adversa y derrotista de la situación general, que continuamente enfatiza las “mayúsculas” sujeciones del contexto por sobre la “insignificante” capacidad de influencia del ciudadano. Hablamos de una

claudicación «estructuralista» que ha penetrado las capas más hondas de la cultura «(a)política» apática, generando en el día a día toda una gran variedad de «no-eventos» (anulación de la capacidad de creer que se puede participar en la cosa pública).

Tanto a nivel personal como colectivo la indiferencia / resignación introvertida suele re/afirmarse (reflexivamente) como una *actitud* bien curtida bajo los efectos acumulativos y abrasadores del desencanto más agrio. De modo que las manifestaciones de «apatía introvertida» son hijas de un proceso biográfico de “maduración”, catalizado por un caldo de cultivo –un contexto social restrictivo– altamente propicio para dicha maduración. Es decir, más que una preconcepción orientadora («conocimiento a mano») para enrumbar la conducta en determinadas situaciones típicas o familiares (si X condiciones, mi proceder = Y), aquí la autocensura adopta la forma de una predisposición comportamental descontextualizada, válida para cualquier tipo de socialización en la infinidad de espacios que trascienden el ámbito privado (mi proceder siempre = Y, con independencia de las condiciones).

Si el «apoliticismo» y la apatía constituyen los frutos secos de este contexto corrosivo, la “doble moral” y la adulación devienen sus frutos fermentados; y, por supuesto, también la simulación adquiere, en muchas de sus expresiones prácticas, ribetes de actitud o predisposición comportamental multivalente para infinitos contextos: “Yo voy a las votaciones, a todas las reuniones del CDR, a todo eso voy. Voy para cumplir, para que la gente de la cuadra después no diga que eres un gusano”. En muchas situaciones ambiguas de la vida cotidiana, a las que el tesoro de experiencias típicas no puede darles una clasificación precisa, la simulación deviene siempre la tabla salvavidas, el comodín por excelencia para evitar traspies y malentendidos. Y, si se trata de un espacio tipificado con antelación como escenario «natural» de la interpretación farsesca de la obediencia (el centro de trabajo o de estudio, la arena pública), la simulación se agiganta, se profundiza, diversifica, intensifica e, incluso, bajo determinadas condiciones (tras años de empantanamiento posicional en el campo político) se llega a internalizar en forma de habitus.

Es el caso, por ejemplo, de la «obliguntariedad» naturalizada con que se asume la recurrente y ceremoniosa prestación del cuerpo mudo para inflar y decorar las grandes manifestaciones masivas de legitimación del gobierno, las megarepresentaciones de la consagración triunfal de la dominación socialista. “*Hay que* ir al desfile porque *hay que* ir al desfile”. Aquí es donde la instrumentalización y el disciplinamiento del cuerpo han hecho de estudiantes y empleados estatales una presa fácil, abismalmente más dócil y cínica que otros grupos menos o nada

vinculados al Estado. Su lógica práctica es entendible y atendible, resulta casi un reflejo incondicionado: preservar sus fuentes de ingresos, estatus y «letras de cambio» (actuales y futuras) para el mercado societal. Sin embargo, su consecuencia imprevista para los subordinados es la alimentación-perpetuación de una narrativa popular acerca de la obediencia generalizada del pueblo cubano: “Siempre es igual: vamos como carneros al matadero y hacemos lo que nos piden”.

Al mismo tiempo, también es cierto que la recurrente actuación «como si» se fuera leal al gobierno (el travestismo político) y «como si» la callada por respuesta fuera en verdad apolítica (la «apatía introvertida») favorecen la propagación convectiva de corrientes ascendentes de cinismo, despolitización, inconformidad, desaliento y cierto grado medio de «disposición para la resistencia», que, si se conjugan las condiciones «atmosféricas» apropiadas, con el tiempo pueden dar lugar a «cúmulus» de resistencia y precipitar torrentes de manifestaciones de insubordinación y protesta. Es decir, la simulación y la apatía vienen siendo como las hijas bastardas del pretendido matrimonio armónico entre dominación-subordinación. Y como tal, son un arma de doble filo.

La prueba es que desde este nivel intermedio de la adulación y la apatía, bastante a menudo, ambas manifestaciones de obediencia suelen derivar, yuxtaponerse o ensamblarse, en el ajiaco de la cotidianidad, con un sinnúmero de discursos y prácticas de disidencia moderada, tales como “la lucha” y otras indisciplinas laborales, la reproducción del mercado informal, el culto a la ilegalidad y, en especial, la mitigación herética de la solemnidad ceremonial de los rituales de la dominación mediante el alcohol, la juerga, el parrandeo, que hacen más pasajeros los eventos de subordinación desleal. Tales experiencias y comportamientos acoplados convierten a la zona fronteriza entre lo privado y lo público en un inmenso tablero de ajedrez, pletórico de enroques, blindajes, amagos, señuelos, sacrificios, embestidas, repliegues, re/canjes, escaramuzas, episodios tácticos y ciclos estratégicos de una interminable guerra de guerrillas. En últimas, dicha conflictividad inmanente de la subordinación desleal confronta, en su aspecto disposicional, el sentido mismo de la obediencia ficticia y apática, afectando su reproducción estructural en el largo plazo.

7.2.3 Tipo II: «Adulación muy doble moral» y «apatía negacionista»

Ahora bien, en las manifestaciones de adulación y de indiferencia/resignación puede distinguirse una fase «superior» que conviene diferenciar, porque tiene implicaciones medulares para el análisis de la subordinación y la resistencia. En este siguiente nivel, la subordinación se ha vuelto tan desleal que, en muchos aspectos y en determinadas situaciones, adopta matices y

atributos desobedientes. Los valores, códigos, *know-how* y repertorios de la simulación y la apatía inventariados en el acápite anterior se han intensificado, radicalizado y exponentsado a su máxima potencia. Tanto la una como la otra, en su concepción-realización-reapropiación, han cruzado límites y puntos de no retorno que vale la pena analizar por separado.

En primer lugar, hay que decir que hablamos de expresiones discursivas y prácticas emanadas desde las profundidades de un firme auto/convencimiento de que la simulación y la apatía no son sólo *un* camino posible, igual de válido que otros, de interacción con las pretensiones de dominación socialista; sino *el* mejor, más factible y correcto (acorde con las normas y convenciones del contexto general, pero, sobre todo, con los arreglos intersubjetivos del entorno inmediato al actor). A semejante auto/convencimiento sólo se llega después de mucho cavilar, meditar, sopesar, reflexionar, deliberar... Es decir, tras una previa, prolongada e intensa racionalización individual-colectiva. Principalmente de esta última, pues, con mayor énfasis que en el Tipo anterior, a la «adulación muy doble moral» y a la «apatía negacionista» únicamente se llega de la mano de, arropado, avalado y protegido por una comunidad de valores, intereses y expectativas comunes. Todas las filosofías-comportamientos extremos necesitan la savia social de un clan.

En este escalón superior de la adulación, la dialéctica dualidad inherente a la “doble moral” se tensa a más no poder, dando lugar, más que a travestismos, a verdaderas metamorfosis políticas, dignas de una recreación literaria del tipo *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde*. Las manifestaciones de «adulación muy doble moral» encierran una contradicción mayúscula entre lo que se piensa, se dice y se hace en privado y el *trabajo* (nunca mejor dicho) discursivo-práctico de mantenimiento de una fachada artificiosa de «buen subordinado». Cuando las convicciones, representaciones, proyecciones y maniobras del actor en escenarios alejados del teatro oficial de las relaciones de poder adoptan una postura en extremo crítica, escéptica y desdeñosa respecto a las pretensiones de legitimación de la dominación, venderles a los poderosos, de manera sistemática, una actuación diametralmente opuesta (convigente y, a través del tiempo, coherente) deviene una faena harto ardua. Se requiere determinación, maña, resistencia física y mental, y más que piel, un corazón camaleónico: “Ya al Partido le saqué todo lo que necesitaba”.

El «apoliticismo», por su parte, también ha tensado aquí su toma de distancia respecto a la política oficial, las instituciones, los actores, las tramas e incluso, en contraste con los dos subtipos anteriores, respecto a la información política. “No he leído nada del proyecto de la constitución.

Es más, ni siquiera sé lo que es la constitución, vaya, ¿para qué te voy a mentir? Te estoy hablando claro, porque yo no leo ni periódicos ni nada...”. El núcleo duro del negacionismo previene a la indiferencia de cualquier proclividad hacia las ambigüedades, adyacencias, o «paños tibios» como los de la «apatía voluntariosa» y la «apatía introvertida». No es no. La repulsa resulta un arco de valores y convicciones demasiado arraigados y rotundos como para tolerar la flexibilidad y condescendencia sistemática (lo cual no descarta concesiones muy puntuales). Desde este cuartel general de la apatía «pura» únicamente salen proclamas y comportamientos (incluye la inmovilidad) de reafirmación de la ausencia de identificación política (el «Yo apolítico»). Una autodefinición, en términos geométricos, opuesta por el vértice a la constante referencia a un muy ajeno «Ellos políticos». El contrarreflejo emitido por ese espejo convexo delimita todo «lo que no soy». Si bien, a despecho de la «apatía negacionista», quizás valdría la pena grabar al pie de esta construcción simbólica la siguiente leyenda o advertencia óptica: “Los objetos en el espejo se encuentran más cerca de lo que aparentan”.

Aunque, como veremos enseguida, la «adulación muy doble moral» tiene muchísimas expresiones prácticas «silentes», la experiencia típica que, por antonomasia, define a este subtipo es la simulación retórica, el más cuestionable de los recursos de la impostura, desde el punto de vista intervinculante de los actores. Ya en el apartado precedente mencionábamos este umbral «réprobo» de la construcción dramática del falso «buen subordinado». Una frontera que pocos están dispuestos a cruzar por propia voluntad y que, cuando se franquea, se considera, por convención, una especie de fase superior de la “doble moral”, limítrofe o de plano salpicada de inmoralidad. Toda la evidencia apunta a que, a nivel de convicciones políticas, existe en el imaginario subordinado un precipicio insondable y siniestro entre *comportarse* «como si» se fuera leal (interpretar un papel sin voz en la obra dirigida por los dominantes) y *expresarse* «como si» se sintiera verdadera lealtad (darle voz al personaje ficticio, mentir de manera descarada). Un acuerdo intersubjetivo que ratifica la insoslayable relevancia de: i) los marcos de sentidos de la acción, ii) la autodefinición simbólica de los actores y iii) el poder significativo del lenguaje (el silencio incluido) en la configuración de las relaciones de poder.

Ahora, vale aclarar, la producción de discursos de lealtad falsos puede devenir un comportamiento errático, significativamente contingencial y, por tanto, esporádico y dependiente de imprevistos embudos situacionales. Es el caso de los acorralamientos a que, eventualmente, se ven sometidos la gran mayoría de los empleados estatales, cuando algún dirigente local, por

iniciativa u orientación institucional, organiza una autoritaria función coral de culto a cualquier engranaje o fetiche de la dominación: “Nos acarrearón y nos dijeron «Vamos a hacer un mitin». Nos pusieron a gritar «¡Viva, Fidel! ¡Viva!» ¿Y qué iba a hacer yo? Gritar igual que todos los demás, imagínate. Todo el que trabaja [con el Estado] tiene que entrar por el aro”. Sin embargo, cuando la simulación retórica se adopta como práctica sistemática, rutinaria e impudicamente cotidiana, puede afirmarse, entonces, que el disfraz de la «asimilación locuaz» se utiliza como un arma de resistencia para viabilizar la consecución de una agenda oculta, que puede incluir metas personales como el escalamiento social/político, el acomodamiento material, el lucro, posiciones ventajosas en las redes de influencia y ganancias de capital simbólico.

Por supuesto, el establecimiento de la simulación retórica como estilo de vida (el travestismo vocinglero permanente) trae aparejado el involucramiento metódico y «entusiasta» en todas las tareas más y menos pesadas convocadas por las autoridades (productivas, políticas, sociales, propagandísticas, de defensa, etc.); incluidos los multicitados asaltos para repeler y repudiar las manifestaciones de los “grupúsculos contrarrevolucionarios”. La «adulación muy doble moral» está dispuesta a todo, a explotar sus dotes histriónicas al máximo, con tal de sacarle el mayor zumo posible a su personaje. La militancia en la UJC y el PCC es una de sus estrategias favoritas. Y ocupar cargos dentro de dichas organizaciones políticas, u otras estructuras administrativas y estatales, a cualquier nivel, un instrumento capital para 1) abandonar los papeles secundarios y 2) tejer, con paciencia de elefante colmilludo, los rieles de una gran trayectoria dramática. Mientras más se asciende por las escalinatas y jerarquías del Estado-Partido más exigente es el mantenimiento de la fachada apócrifa de lealtad incondicional; pero más atractivos también los dividendos que amasar.

Pero, como decíamos, la «adulación muy doble moral» es un polémico fardo cognitivo-práctico que contiene también experiencias y formas de interacción con la dominación discretas, silenciosas, renuentes al protagonismo escénico, aunque igual de transgresoras respecto a los más elementales acuerdos de la ética cívica. Dos ejemplos típicos, de dos diferentes gremios, son: 1) El empleo de propaganda política favorable al socialismo, el régimen y sus líderes en establecimientos y negocios particulares, con el claro propósito de adular a un Estado que, si bien no garantiza las condiciones mínimas para el desarrollo del sector privado (los mercados mayoristas, por ejemplo), mantiene un recio control sobre las condiciones de operación de las formas económicas no estatales (vía bandazos jurídicos, manejo discrecional de las leyes) y

necesita muy pocos pretextos para cerrarle a un cuentapropista su negocio o hacerle la vida imposible. Y 2) La reproducción de la farsa del “internacionalismo solidario” de los médicos y el personal de salud cubano. Una experiencia que, por sus motivaciones (la resolución de carencias materiales), su extensión en el tiempo (años) y su profusa manipulación mediática (demasiado burda) encuadra dentro de los límites de la autoprostitución ciudadana más denigrante, duradera y exhibicionista.

Obviamente, en el sector estatal la simulación extrema encuentra todos los ingredientes necesarios para desarrollar su particularísima (a)moralidad a plenitud: ambiente, actores, utilería, guiones, audiencias cómplices y tramas de presunta o probada falsedad canónica; así como sobradas oportunidades para la iniciativa aduladora. En este «*milieu*» florecen, por ejemplo, joyas de la obediencia como la “preparación para la visita” (supervisión o auditoría). Una práctica grupal de ocultamiento de las insatisfacciones y complacencia de la autoridad que, gracias a la concertación actoral y la movilización de insospechados recursos teatrales, consigue organizar, temporada tras temporada, puestas en escena de altos quilates y, lo mejor, encumbrar la “doble moral” a nivel institucional. Todas las manifestaciones de simulación, y la muy “doble moral” no es la excepción, operan bajo la lógica de la reciprocidad de perspectivas, principios colaborativos, complicidades manifiestas y subyacentes, sobreentendidos, confabulaciones, entre otras armas culturales de la resistencia colectiva.

Otra práctica recurrente es la asistencia a los actos masivos de ensalzamiento a la dominación, por parte de estudiantes y trabajadores estatales fundamentalmente, aun en contra de su voluntad, sus valores y el sentido común: “No puedo decir en la escuela: «No voy [al desfile] porque eso para mí es una pérdida de tiempo, una mentira...». No se me ocurriría, no. Porque está en juego mi carrera y no sé lo que me pueda pasar”. La producción deliberada de periódicas farsas multitudinarias, copadas por imposturas con los más disímiles grados de cinismo y provistas con los mejores recursos expresivos del teatro del absurdo, vienen siendo algo así como los caprichos orgiásticos de la “doble moral”. Si se deconstruyen desde adentro, estos episodios de personificación colectiva de la falacia mayor del sistema sociopolítico cubano revelan escenas aberrantes, como las de los portadores de banderas colosales que, cual zombis programados, deambulan por los desfiles, trastabillando, con la mirada perdida, desconectados del momento, inmersos en su pública burbuja privada, ahogando las penas en el oasis musical que les proveen

sus audífonos, sosteniendo con sus manos el fantasma inerte de un símbolo vacío, mientras la orquesta del Titanic toca sus últimos acordes.

A semejanza de la «adulación muy doble moral», la «apatía negacionista» también desencadena manifestaciones prácticas tanto de carácter coyuntural como rutinario. No es igual la apatía a ultranza que, en nombre de su sacra «neutralidad» política, se niega rotundamente a participar en cuanto evento eleccionario el Estado organice; que la apatía transigente que hace un paréntesis en su automarginación estacionaria para ir a votar por el «No» en el referéndum constitucional, porque, a diferencia de las votaciones para delegados y diputados, esta consulta popular le parece una buena oportunidad para desahogar su malestar, inconformidad, desidentificación política, desilusión. En esta última, descendiente directa del hartazgo y la resignación (y axiológicamente más cercana a la desafección parcial que a la adhesión involuntaria), las cenizas de la participación ciudadana, aunque agonizantes, no se han apagado del todo y rezuman todavía un tenue aliento a expectativas de cambio. Mientras que, en la primera, hija de una genuina abulia política, la cremación del espíritu cívico pareciera estar consumada y el derecho a tener expectativas desahuciado en el osario de la negación.

A nivel discursivo es evidente que la recreación retórica de la repulsa tiende a la estabilidad, la monotonía, la monocromía, y la obstinación: “Yo no soy amante de la política. Yo no veo ni la «Mesa Redonda», ni nada de eso, porque yo leo muchos libros de Medicina. No tengo tiempo para eso”. Sin embargo, en la dimensión del trabajo práctico, cotidiano, de institución local de la apatía, emergen variaciones (adaptaciones) que permiten detectar diferentes tonos empíricos en la abstracta homogeneidad gris enunciada. Por ejemplo, la negación categórica a involucrarse en temas de política nacional, regional, institucional-formal..., en ocasiones se relaja y convive con la aceptación a colaborar con iniciativas locales o de muy pequeña escala, descentralizadas, autosuficientes y aparentemente apolíticas, en la comunidad, la escuela de los hijos o puntuales ecosistemas en peligro medioambiental, por sólo citar tres casos. O sea, en espacios inmediatos donde se pueden palpar los resultados con tan sólo estirar la mano, con actores por lo general conocidos y en temas de interés cercanos, afines.

A pesar de estos tornasoles o acotaciones, la tendencia general de la «apatía negacionista» se inclina, ya sabemos, hacia las márgenes remotas de la autoexclusión social. Un proceso que, en principio, sirve a los intereses dominantes, siempre que permanezca ajeno a cualquier brote de conflictividad: “No sé qué me parecen las elecciones. No pienso nada respecto al monopartidismo.

Como sea da igual. Si para los comunistas eso está bien, pues que esté bien. Eso a mí no me importa”. Pero que, a la vez, dado el contexto sobrepolitizado y coercitivo, encierra en sí mismo una buena cuota de irreverencia y desafío a la autoridad y a la lógica totalizante del sistema. Así, de la mano del crecimiento de la desafección, este subtipo de la subordinación desleal ha fomentado, en las últimas dos décadas, una importante manifestación de insubordinación comunitaria: la negación a pertenecer, cotizar, coordinar o colaborar con las estructuras de base de las organizaciones de masas (CDR, FMC) y, por supuesto, políticas (UJC, PCC); así como a participar en las actividades que dichas organizaciones convocan. “No tengo idea de si mi mamá o mi abuela me pagan [la cotización de] la FMC. Nunca voy a esas reuniones, ni a las del CDR. Si fui de niña con ellas no me acuerdo. Pero ahora de grande no voy jamás”.

El desarraigamiento es consecuencia directa de la desidentificación con las pretensiones de dominación y la pérdida del miedo a la represalias, al menos en estas instancias muy locales. Dichas pautas de conducta han cobrado fuerza en años recientes gracias a su socialización en forma de prescripciones con utilidad verificada (la comprobación fáctica de que nada les sucede a los *outsiders*). Las experiencias exitosas de retirada, distanciamiento o inclusive defección, al menos a nivel comunitario, han ido sentando minúsculos pero sólidos precedentes en el imaginario subordinado; los cuales, sin mucho ruido y a ritmos discontinuos (en función del contexto sociocultural de cada comunidad) se van replicando, incluso a otras escalas, como los ámbitos educativo y laboral.

Como decíamos al inicio de esta sección, en muchos visos y formas de responder a ciertos estímulos circunstanciales (prohibiciones, imposiciones, dogmas, demagogia, gatopardismo, etc.), este estanco límite de la adulación y la apatía establece fluidos vasos comunicantes, no tanto con los discursos, como con las lógicas y prácticas de la resistencia moderada. Por ejemplo, cuando, en determinadas situaciones de la vida cotidiana, el aspecto disidente de la simulación predomina por sobre el obediente; en especial al interior de las organizaciones políticas (ver epígrafe 6.3). Una disidencia moderada a menudo tan pero tan pública y desfachatada que pudiera derivar a la frontalidad con muy poco impulso: si la «adulación muy doble moral» queda al desnudo o si a la «apatía negacionista» le pisan el derecho a la neutralidad, por mencionar dos conjeturas plausibles.

7.3 La dominación cuestionada, subvertida... reproducida

7.3.1 Tipo VII: «Resistencia anónima»

Consideremos a la vida cotidiana como *el* evento de los eventos, una especie de evento infinito, recursivo, cíclico, cuyo origen y final no se puede establecer; pero, con la propiedad singular de albergar en el seno de su circular devenir los más importantes acontecimientos sociales de la microhistoria de una comunidad: estudiar, trabajar, socializar, pensarse (en pasado, presente y futuro), organizarse, re/producirse (simbólica, práctica y biológicamente), recrearse, descansar, dormir... y volver a empezar. Sin seres humanos, agentes, actores, estudiantes, trabajadores, pensadores, artistas, gobernantes, servidores públicos, dominados, conciudadanos, insubordinados..., que, días tras día, con más o menos consciencia de la envergadura de su quehacer, pongan en marcha los inconmensurables engranajes de esa maquinaria llamada *vida cotidiana*, tanto los legos como los sociólogos careceríamos de ese telón de fondo base sobre el que destacar ciertos sucesos o eventos –siempre una consideración rebatible– significativos, relevantes, trascendentales, de inflexión.

Pues bien, en el marco extraordinario de tamaño evento de eventos, podemos afirmar que la «resistencia anónima» deviene el *leitmotiv* de esa aventura trepidante que resulta la vida cotidiana en la Cuba empobrecida y posttotalitaria de inicios de la tercera década del siglo XXI. Si las manifestaciones de «adulación doble moral» y «apatía introvertida» constituyen las notas de subordinación predominantes, que más aportan estabilidad y predictibilidad a la sinfonía ordinaria de las relaciones de poder; pues las expresiones de «resistencia anónima» devienen las alteraciones o «accidentes» más comunes que, de modo solapado y recurrente, *modifican* (y amenazan) dicha estabilidad «natural», *dinamizan* la microproducción de la gobernabilidad y *deconstruyen*, con discursos y acciones insumisas, el sentido mismo de la obediencia. Demostraciones de «adulación doble moral», «apatía introvertida» y «resistencia anónima» es lo que más va a encontrar cualquier etnógrafo en la cotidianidad cubana.

Por «resistencia anónima» entendemos aquí no sólo aquellas manifestaciones de disidencia marginal postuladas por Scott (acápite 1.2.3.2), por lo general ocultas tras las mamparas del ámbito privado. También toda la producción simbólica disidente (moderada) englobada bajo el vasto paraguas de «la infrapolítica» (epígrafe 3.5). Así como una gama muy variada de discursos y prácticas que, a pesar de tener lugar en la zona fronteriza y, por ende, asumir un mayor nivel de riesgo y consiguiente desafío a la autoridad, mantienen una lógica operacional subterránea, furtiva,

de bajo perfil, cautela, discreción. Como es de suponer, al ser el Tipo de resistencia más básico y blindado frente a los desmanes del gobierno autocrático, resulta el más abundante, sustancioso y revelador de los tres estancos en que hemos subdividido a las demostraciones de desobediencia.

Para empezar, parece difícil que exista un hogar cubano que se pueda declarar territorio por completo libre de la disidencia marginal. Ni siquiera los hogares regidos por una «monolealtad» incondicional, si los hubiere; pues la concordancia unánime con absolutamente todas las medidas, políticas, directrices, declaraciones y propuestas de las autoridades es una entelequia que sólo cobra forma en las aspiraciones y sueños de los poderosos más déspotas y delirantes. En la realidad, aunque los procesos de construcción de significados de la asimilación estén dominados por sentimientos de adhesión plena y acrítica al sistema y sus pilares estructurales, lo normal es que por sus entrañas culturales también fluyan diversas insatisfacciones y disensos respecto a medidas y autoridades puntuales. Las cuales, con independencia de si se acostumbra a plantearlas o callarlas⁶ en espacios fronterizos y públicos, siempre emergen plenas de diafanidad y crudeza en las aguas límpidas del ámbito privado.

Por supuesto, basta con que uno de los miembros sea partidario de una lealtad (muy) crítica o desleal para que el hogar se convierta, a menudo, en escenario de encarnizadas batallas políticas, monumentos épicos a la deliberación, forjados por la colada volcánica de la disidencia marginal y sellados, por lo común, por la fuerza conciliadora del desgaste, el afecto familiar, las treguas y concesiones compasivas (de los jóvenes hacia los mayores, principalmente). La causa primera de estas contiendas domésticas es la intolerancia a las manifestaciones de oposición por parte de los asimilados y, luego, los serios déficits de aceptación e integración de la pluralidad que acusan en general todas las culturas políticas presentes en el imaginario social cubano. Aunque quizás con menos rispidez, el debate es una constante casi omnipresente en los cotidianos brotes situacionales de disidencia marginal, aun en aquellos hogares (mayoritarios) donde no habita un comunista y las transcripciones ocultas galopan a sus anchas por los prados seguros del *backstage*.

En la intimidad y confianza del ámbito privado, fundamentalmente en el hogar, la conflictividad inmanente a las relaciones de dominación-subordinación-resistencia, hartamente reprimida y disimulada en el caso de la ciudadanía cubana, estalla como confeti de carnaval, pletórica de formas, colores,

⁶ La proclividad asimilada a no cuestionar (a autocensurarse) porque “no vale la pena importunar con nimiedades a su santidad la autoridad” responde a un conocimiento práctico «bondadoso» que hemos llamado «silencio lisonjero» (honesto, no “doble moral” ni tampoco apático) [acápites 5.1.1.4]; el cual, en consonancia con la lógica hermenéutica adoptada en el epígrafe 7.2.1, bien pudiéramos catalogar como una variante única de «simulación ingenua».

intensidades, sentidos, denotaciones, connotaciones... En esta inmensa zona de confort de la intersubjetividad subordinada, formas discursivas como la queja, el “chucho”, los rumores, el chisme, la aserción, pero sobre todo las diatribas más espeluznantes, circulan en caravana, a exceso de velocidad, en múltiples direcciones, desreguladas y, por lo general, sobrecargadas con un amplio surtido de cuestionamientos, insubordinación ideológica, desafiliación, ira y ansias de rebelión. “Tienen que morirse todos. Tiene que caer una bomba en cada casa donde radiquen esos dirigentes, para acabar de extinguirlos ya”. La probada legitimidad, autenticidad y buena fe de los concurrentes, junto con el déficit de espacios (físicos, virtuales, mediáticos, institucionales) abiertos al debate y la crítica, convierten al ámbito privado no sólo en la guarida de la disidencia marginal; sino, más importante aún, en conspicua e inagotable fuente de interinfluencias, covariaciones e interseccionalidad cultural.

Cuando este torrente de insubordinación discursiva traspasa los muros del espacio privado y comienza a fluir por los intersticios de la zona fronteriza, bajo una nueva lógica de desafío-ocultamiento, podemos hablar entonces de infrapolítica. Un subtipo de disidencia moderada que arrastra mucha de la marginalidad en la que tanto insiste Scott (palpable en señales de alerta, sigilo y autocontención); pero que comporta un palmario desplazamiento en la escala del desacato, por el simple hecho de atreverse a «exportar» las críticas a los poderosos hacia dominios más amplios y menos seguros del entramado social: la cuadra, la comunidad, el centro de trabajo, la escuela. Con disímiles grados de cautela, disimulo, tacto, comedimiento y asiduidad, en estos espacios públicos más cercanos al entorno cotidiano del actor, se socializan las versiones retocadas de los valores, representaciones y expectativas resistentes cruzados durante los intercambios de transcripciones ocultas, que aquí se amplifican, se resemantizan y someten a nuevos flujos (mucho más inciertos e imprevisibles).

En especial en la cuadra y el centro de trabajo –ámbitos de cuadrícula minuciosa de la supraestructura ideológica de la red de relaciones comunitaria / laboral, y de conformación espontánea de camarillas rivales–, la infrapolítica desencadena dinámicas muy intensas de cofradía, protección mutua, simulación táctica y estratégica, conspiración, choteo, reprimendas, entre otras transacciones que responden, precisamente, al salto de nivel en el *continuum* privado-público y el consiguiente aumento de la percepción/manejo del riesgo a ser castigado. En estos dos espacios, la insubordinación ideológica puede alcanzar cotas muy similares a las del ámbito privado, en cuanto a agudeza, visceralidad y temas cuestionados; pero se exagera mucho más que

en aquel el uso del anonimato (rumores, chismes, quejas impersonales) y el doble sentido (chistes, burlas, sátira) como escudos o mecanismos de resguardo; al tiempo que menguan los dicterios y los puntos de vistas asertivos personales.

En la zona fronteriza, asimismo, una miríada de prácticas veladas de resistencia pugnan de manera sistemática por mitigar, burlar y contrarrestar las pretensiones de dominación; hieren en múltiples sentidos sus fundamentos de legitimidad; y, por lo regular, generan cuantiosas pérdidas económicas (materiales y financieras) al Estado. Desde el milenar *modus operandi* del travestismo material (aparentar menor poder adquisitivo del que se tiene); pasando por las siempre prestas, versátiles y complotadas indisciplinas laborales; hasta los ingeniosos y muy arriesgados fraudes médicos o las artimañas clandestinas para abandonar las filas de la UJC de forma subrepticia; la «resistencia anónima» comprende un repertorio infinito de movimientos escénicos por las «tablas» de la vida cotidiana que, a diferencia de los otros dos tipos signados por una disidencia marginal (VIII y IX), principalmente concentrados en la retórica, tiende a equilibrar el balance analítico entre manifestaciones discursivas y prácticas indóciles.

Así, micromundos de insubordinación como “la lucha”, el mercado informal, “la bolita” y “el paquete semanal” contienen toda una constelación propia de prácticas de desacato que, en todos los casos, presentan regiones más oscuras-ocultas-anónimas y áreas más luminosas-visibles-descubiertas. Es decir, cada uno de estos universos de desobediencia genera disímiles encadenamientos entre rutinas de disidencia marginal y de disidencia moderada, con variaciones muy sutiles entre eslabón y eslabón en cuanto al nivel de ocultamiento/frontalidad de la disidencia. Las aristas más públicas de estos microcosmos han sido anidadas en la próxima casilla de la tipología.

“La lucha”, como la primera y más escandalosamente blanqueada en la «lavadora» de la resiliencia cultural, involucra a multitudes de «gladiadores», padrinos, valedores, cómplices, beneficiarios y hasta espectadores en una espesa y muy fluida red de interdependencia, por la cual se trafica todo género de productos sustraídos de las entidades estatales, desde los más básicos y necesarios hasta los caprichitos más espirituales y lujosos. Por lo general, la etapa del ciclo correspondiente al hurto de los bienes, al menos del ámbito privado hacia afuera, pervive envuelta por un halo de misterio e intriga, en cuanto a los métodos y pormenores de tales operaciones clandestinas. Aunque en el barrio o incluso al nivel de la familia extendida (parientes no tan cercanos) se sepa qué clase de “búsqueda” tiene cada quien en su centro de trabajo, las

interioridades del *know-how* a través del cual se arriesga el pellejo, por lo común, se reservan para la intimidad del *petit comité*. Este elevado grado de discrecionalidad convida a ubicar esta fase de la “la lucha” dentro de las lindes de la «resistencia anónima».

Lo mismo sucede con el resto de los círculos delictivos que se entrelazan, entreveran y traslapan en la más impresionante y tupida telaraña de ilegalidad naturalizada que una sociedad corrompida pueda albergar. En el gigantesco «alterverso» del mercado informal, todos nadan como peces en el agua, fluyen, conforman complejas «cadenas alimenticias», describen difíciles acrobacias y malabares para resolver, vender, intermediar, comprar, escapar; pero nadie pregunta por, ni habla acerca de, la procedencia de lo que se oferta. Si se sospecha, se omite o sólo se menciona como de pasada, sin hurgar demasiado. En un inframundo donde el oxígeno escasea, poco importa la im/pureza del agua ni las profundidades que haya que escarbar, lo urgente es respirar.

Micromundos mucho más emergidos y descarnados como “la bolita” y “el paquete semanal”, plétóricos de una resistencia claramente moderada, también tienen, empero, sus catacumbas secretas. «Banqueros», en el caso de la primera, «proveedores» y «matrices», en el de la segunda, son extremos genésicos de estas sendas madejas de violación en masa de la legalidad que arrastran a la disidencia marginal hacia sus confines más crepusculares y tenebrosos. En tales casos el anonimato es una condición de vida de la resistencia, dada la peligrosidad de la actividad delictiva.

Nótese cómo la relación entre marginalidad, «disposición para la resistencia» y nivel de desafío a la autoridad puede resultar bastante pendular. No son dimensiones de la insumisión con una correlación estable, simétrica y predecible, como se pudiera creer. Si bien la mayor parte de la disidencia marginal se corresponde con una baja «disposición para la resistencia» y resulta *relativamente* inofensiva para el gobierno; prácticas muy ocultas y discretas, ancladas a una casi nula «disposición para la resistencia», pueden encerrar, sin embargo, una carga muy alta de oposición al sistema, las leyes y las autoridades⁷. Y viceversa: acciones muy frontales (públicas) no necesariamente han de comportar un enfrentamiento tajante y radical a la dominación, engendrado por una elevada «disposición para la resistencia». Ahí tenemos el vívido ejemplo de la «lealtad muy crítica» (sección 7.1.3).

⁷ Las conspiraciones, por ejemplo, proveen otra configuración de este coctel: una disidencia marginal altamente peligrosa para la autoridad, acompañada, sin dudas, por una enorme «disposición para la resistencia» y para arriesgar el pellejo.

7.3.2 Tipo IV: «Oposición de baja intensidad»

Ahora bien, aunque en comparación con la «resistencia anónima» un poco menos copiosa y frondosa, pero, en cambio, más agreste y cáustica, la «oposición de baja intensidad» también tiene una destacada presencia en la vida cotidiana de los ciudadanos cubanos, como un Tipo intermedio de interacción irreverente con las pretensiones de dominación. La «oposición de baja intensidad» aglutina, en lo fundamental, un conjunto de prácticas de disidencia moderada que, por lo general, implican un desafío mayor, más visible, riesgoso y, por ende, menos comedido y timorato. Por lo tanto, amén de la nada desdeñable producción discursiva que siempre va acoplada a los comportamientos y rutinas desglosados a continuación, estamos en presencia de un Tipo eminentemente práctico. Aquí en lugar de increpar, desprestigiar y plantar cara, hablando; se deslegitima a los poderosos, sobre todo, haciendo. Y el seno de este *hacer* lo constituyen, por antonomasia, las viscosas arenas de la zona fronteriza.

A contrapelo de la «resistencia anónima» (poblada por convicciones de todo género y color, un verdadero arcoíris axiológico), las manifestaciones de «oposición de baja intensidad» mantienen una íntima conexión con todo un amplio bagaje de valores de desafección parcial o total. Emanan de: 1) sentimientos más o menos profundos de desaprobación de la gestión y la autoridad moral de las figuras políticas, desvalorización de las instituciones y estructuras del Estado-Partido, descreencia en las promesas y discursos oficiales del gobierno; y 2) representaciones negativas sobre la situación política del país, alimentadas por un raudal exuberante de argumentos y evidencia empírica que la adversa realidad se empeña en rebosar; así como desde 3) expectativas razonables pesimistas que han hecho de los colores lúgubres de la desesperanza un horizonte permanente.

Semejante mosaico cultural desleal posee, como es lógico, zonas más intensas y explosivas que otras. Aunque con muchas excepciones, en general, como tendencia, las muestras más acendradas de desafección son concomitantes con ausencia de vínculos laborales con el Estado (o, en su defecto, estrategias comportamentales muy “doble moral”); vasta experiencia migratoria directa o indirecta; niveles de ingresos extremos (muy bajos, producto de situaciones históricas de pobreza, o muy altos, gracias a la recepción de remesas o exitosos negocios particulares); y, de forma notoria, con la pertenencia a las nuevas generaciones, desencantadas y horrorizadas del magro autorreflejo prospectivo que ven en la trayectoria de sus padres, tíos y abuelos. Las disímiles conjunciones entre estos coadyuvantes biográficos-sociales dan lugar, por lo común, a actitudes

desobedientes resueltas, desinhibidas, irrespetuosas, que evidencian un procesamiento del miedo al gobierno y su poder coercitivo muy diferente al del resto de los tipos.

En primer lugar, la «oposición de baja intensidad» trasluce una superación, o al menos un relajamiento considerable, del síndrome de la desconfianza mutua generalizada, la paranoia colectiva de la vigilancia estatal omnipresente y el delirio persecutorio (apartado 6.1.2.2). Todas las regiones más luminosas-visibles-descubiertas de los microcosmos citados en el acápite precedente (“la bolita”, “el paquete semanal”, “la lucha”, el mercado informal), además de un desplazamiento hacia una marcada ilegalización de la disidencia moderada (respecto al Tipo V y el Tipo VI), evidencian a) una categórica autoconfianza de los infractores en la capacidad de manejar y lidiar con las amenazas punitivas del Estado represor (inspectores, policías, delatores); y b) la determinación decidida de que, en todo caso, vale la pena afrontar el riesgo porque los dividendos (simbólicos y materiales) de tales prácticas de resistencia así lo ameritan. Las señales nítidas de una «disposición para la resistencia» media-alta son más que claras; y su relación con niveles intermedios de desafío a la autoridad también. Hablamos de prácticas despojadas de casi todo rezago de marginalidad e inclusive, a veces, teñidas de visos frontales; desde la perspectiva económica nocivas, pero desde la óptica política no tan graves como la «oposición abierta».

Ya anunciábamos antes que “la bolita” y “el paquete semanal” emergían como paradigmas empíricos que, si bien cuentan ambos con sus respectivos pináculos soterrados y sombríos, reflejan a la perfección las dinámicas e implicaciones teóricas de la «oposición de baja intensidad». Son dos universos cuya dinámica transcurre, casi de forma íntegra, en plena zona fronteriza, bajo muy pocas medidas de precaución-protección respecto al látigo coercitivo totalitario y, presumiblemente, salpicadas de considerables dosis de tolerancia-patrocinio estatal. El desparpajo y las manifestaciones de insubordinación que, día tras día, a toda hora, desata el juego de “la bolita” no tiene par en la vida cotidiana. En la calle, en el transporte público, los centros de salud, de trabajo, educativos, recreativos, etc., entre vecinos, familiares, conocidos, desconocidos..., las innumerables interacciones fraguadas al compás azaroso de “la bolita” forjan un vivo, intrigante y paradigmático monumento público a la resistencia colectiva. El cual, dado su abierto, continuo y conciliado carácter desafiante, se columpia en los límites entre la disidencia moderada y la frontal. No se apuesta o conversa sobre el tema enfrente de un policía, por ejemplo; pero poco importa si uno de ellos anda de civil entre la muchedumbre que hace cola para comprar pollo y atestigua las disertaciones teóricas sobre “la charada”, como también se le conoce.

El micromundo del “paquete semanal”, por su parte, representa una faraónica pirámide de producción, distribución y consumo de contenidos digitales alternativos (vía discos duros y memorias USB), que goza de casi tanta masividad como “la bolita”, pero se re/produce desprovisto de ese toque pecaminoso inherente a las interacciones constituidas alrededor de la lotería (en parte codiciada por su ilegalidad). En las fauces de este imperio de la piratería tolerada, el tráfico de materiales audiovisuales e informáticos no autorizados transcurre con una naturalidad tal que cualquier advenedizo desorientado tardaría en reparar en su naturaleza ilícita y transgresora. Al menos en la inabarcable base fronteriza de la pirámide, las transacciones (comerciales o no) de materiales no expiden ni el más mínimo aroma a cautela, temor o preocupación. Todo lo contrario: se intercambia y se copian las carpetas como si nada, con lisura. Al parecer la pseudolegalidad del negocio (muchos se escudan tras la tenue cortina de humo de la licencia de comprador-vendedor de discos) y la manifiesta permisividad estatal han propiciado que la circulación de información desregulada (en su mayoría contraria a la política cultural del gobierno) navegue en las aguas espontáneas de la oferta y la demanda como flor al viento. Entretanto, las «redes *offline*» del “paquete semanal” se expanden y entretajan como tela de araña, afianzando, no sólo los tentáculos «siniestros» de la demonizada industria cultural capitalista; también los flujos, estructuras y símbolos de la autonomía ciudadana, capaz de burlar la tecnología disciplinaria del Leviatán.

Asimismo, la faceta más visible de “la lucha”, la comercialización de aquello discreta y recurrentemente hurtado en los centros de trabajo (cuando no es para autoconsumo en el hogar) se inserta, como un «astro» más, dentro de la descomunal constelación de transacciones turbias que gravitan en torno a los mercados grises y negros. Con su soberbio volumen y espesor, estas imponentes nebulosas de comercio ilícito eclipsan los nimios destellos de la economía formal y constituyen, hoy por hoy, la principal fuente de apertrechamiento de productos básicos para la reproducción de la vida: alimentos, aseo, ropa, calzado, medios de trabajo, medicinas, combustibles, materiales de construcción, etc. Colonizadora absoluta de la zona fronteriza, enzarzada entre una maraña de tolerancia, persecución, atrevimiento, cautela, necesidad, lucro, picardía y ambigüedad, la economía informal comprende un sinfín de manifestaciones de resistencia «de baja intensidad», que tienen la peculiaridad de mantener infinitos vasos comunicantes con el mundo formal, oficial, legal.

El mercado informal opera bajo lógicas emergentes autónomas, plurales, maleables, pletóricas de agencia colectiva, por supuesto capitalistas y, muy importante, contraculturales. Aunque la

intencionalidad subyacente no evidencie una insubordinación explícita (como parte de una política contenciosa consciente), sino la búsqueda desesperada de soluciones para subsistir y lidiar con la pobreza; la exponencial «higienización» intersubjetiva de prácticas moralmente sancionadas (hurto, robo, corrupción, monetización de bienes sagrados) y políticamente incorrectas (fraude, soborno, floreo mercantil por fuera de la ley, evasión de impuestos) subvierten de modo inevitable y lacerante la legitimidad de la dominación y excorían con encono las maltrechas arcas estatales.

En su beligerancia semipública contra las clavijas de la dominación posttotalitaria, la «oposición de baja intensidad» abarca también, por supuesto, toda la amalgama de indisciplinas sociales, maltratos a la propiedad estatal y comportamientos indolentes respecto al patrimonio público. En especial, aquellas prácticas infractoras que denotan dolo y una palmaria actitud resentida (tales como el vandalismo y el robo de fragmentos o unidades íntegras de bienes públicos) exhiben unos ribetes de frontalidad bastante inteligibles. A diferencia de la desidia que nace de la apatía, donde la indisciplina social es un resultado casi colateral e irrelevante, en la fechoría desafecta (motivada por el beneficio económico o el mero goce insolente), la violación del orden comporta una insubordinación exprofeso, desacato puro, y, por ende, una alta «disposición para la resistencia» y una experiencia típica meditadamente desafiante.

Dotadas de una menor beligerancia, pero igualmente catalogables dentro de la malla empírica de esta celda analítica tenemos, por otra parte, al conjunto de prácticas de mitigación, elusión y refutación de los mandatos de los poderosos que tienen lugar durante los desfiles, procesiones y espectáculos de culto a la dominación socialista. En contraste con el alboroto entusiasta de la «asimilación ingenua» (Tipo VIII), aquí la transmutación estratégica de la solemnidad de las grandes ceremonias en diversión, juerga y parranda emerge como un procedimiento iterativo de evasión física y mental de la penitencia que implica la participación obligatoria en tales actos (proverbialmente arcaicos, deslucidos, mustios, roídos por décadas de rutinización uniforme). Ante la coacción laboral, escolar y comunitaria, y debajo de las narices de los poderosos y sus instrumentos de vigilancia y control, los acarreados (principalmente los jóvenes) *oponen* todo un arsenal de prácticas festivas, lúdicas, hedonistas que restan seriedad, credibilidad y, sobre todo, eficacia a tales técnicas dominantes de disciplinamiento del cuerpo y cultivo de narrativas propensas a la obediencia.

En materia de espectáculos, ritos y formalidades minados hasta la médula por el cáncer de la deslegitimación popular no podemos obviar, como ejemplo típico de una «oposición de baja

intensidad», las demostraciones de protesta en las urnas. “Hace años que soy de las que entrega la boleta en blanco. Sin embargo, voy, para que no me vengán a buscar diez veces, para que no me estén cayendo arriba desde las dos hasta las seis de la tarde”. En medio de la tremenda coacción, falta de libertades y condiciones mínimas para el ejercicio diáfano del sufragio, la emisión de votos en blanco, nulos o contrarios a los mandatos de la voluntad dominante se erige como sólida muestra de disidencia frontal, contundente, altisonante, que no clasifica como «oposición abierta» únicamente debido al obvio velo de marginalidad (ocultamiento) que encierra el acto de votar dentro de una casilla individual. No obstante, su valor simbólico y práctico como manifestación moderada de insubordinación es incuestionable; sobre todo si se tiene en cuenta la creatividad, habilidad y agencia desplegada, en cada elección, para superar los miedos, desestimar corrientes culturales contrarias, sortear los mil ojos del aparato panóptico y, en resumen, resistir un juego político siempre empinado, cuesta arriba.

Por último, debemos mencionar en este apartado a las manifestaciones de «oposición de baja intensidad» en el ámbito de la militancia comunista que, por supuesto las hay, aunque sus hacedores no les otorguen dicha connotación. Pero, ¿qué otra interpretación puede asignársele a la solicitud formal de desactivación de las filas del PCC, en una corte donde abandonar el séquito real es peor mirado que no querer integrarlo nunca? Por más subterfugios y estratagemas que se utilicen, tamaño acto de desafuero encierra coraje, mucha «disposición para la resistencia» y una dosis elevada de confrontación al Partido y a las corrientes predominantes de adulación *ad infinitum*. ¿Y qué decir de la rutinaria falsificación masiva de actas de las asambleas de la UJC que, en cada orquestación colectiva del macabro engaño, inhuma a la moribunda organización juvenil en el barranco del desprestigio? Dada la naturaleza de los actores y sus vínculos, el contexto regulatorio de la acción, así como la intención y alcance de la farsa, no cabe duda de que se trata de una práctica demasiado fronteriza (y destructiva) como para ubicarla en otras coordenadas de esta tipología.

En resumidas cuentas, los discursos y prácticas que expresan una «oposición de baja intensidad» a las pretensiones de dominación conforman el tipo de subordinación-resistencia más contestatario entre todas las interacciones, transacciones, intercambios y flujos (materiales y simbólicos) de poder que, de forma habitual y recurrente, sustentan la microproducción de la gobernabilidad en Cuba hoy. Vistas en su conjunto, estas manifestaciones moderadas de desacato (con visos frontales) constituyen el mayor manifiesto de insurrección que una sociedad exhausta

y oprimida puede escribir sobre el papiro revuelto de la vida cotidiana. Para despecho de los poderosos, es mucha, demasiado extendida e intensa la disidencia producida en los intersticios fronterizos de los micromundos aquí esbozados. Sólo la escandalosamente silenciosa *ramificación* subepidérmica de nuevos consensos, de reajustes mayúsculos entre entorno y cultura, de renovadas estructuras de insumisión, puede alimentar tan colosal oda práctica a la resistencia.

BIBLIOGRAFÍA

- Abbott, A. (2005). Process and temporality in sociology. En Steinmetz, G. (Ed.). *The politics of method in the human sciences: Positivism and its epistemological others* (393-426). Londres: Duke University Press.
- Abbott, A. (1992). "From Causes to Events: Notes on Narrative Positivism", *Sociological Methods and Research*, (20), 428-455.
- Abric, J. C. (2001). *Prácticas sociales y representaciones*. México: Ediciones Coyoacán.
- Aguirre, B. E. (2002). Social control in Cuba. *Latin American Politics and Society*, 44(2), 67-98.
- Aja, A. (2018). Desafíos y oportunidades para Cuba ante la institucionalidad migratoria. *Novedades en Población*, 14(27), 1-9.
- Aja, A. (6 de marzo de 2017). La perspectiva migratoria en 2017: ¿Cambio de reglas? Dossier "La letra de Temas. ¿Cómo viene el 2017?" (20-25). *Temas. Cultura, Ideología y Sociedad*. Recuperado de:
http://www.temas.cult.cu/sites/default/files/Dossier%20La%20letra%20de%20Temas%202017_0.pdf
- Aja, A.; Rodríguez, M.; Orosa, R.; & Albizu-Campos, J. (2017). La migración internacional de cubanos. Escenarios actuales. *Novedades en Población*, 13(26), 40-57.
- Albuquerque, G. & Coloma, C. (2018). Cuba y la Unión Soviética en el Movimiento de Países No Alineados. *Universum* (Talca), 33(2), 15-33.
- Alcántara, M. (1994). De la gobernabilidad. *Revista América Latina hoy*, (8), 7-13.
- Almond, G. A., & Verba, S. (1963). *The civic culture: Political attitudes in five western democracies*. Princeton: Princeton University Press.
- Alonso, A. (2015). Una carta de Aurelio Alonso. [Segunda cita, blog de Silvio Rodríguez]. Recuperado el 25 de marzo de 2015, de <http://segundacita.blogspot.mx/2015/03/una-carta-de-aurelio-alonso.html>
- Álvarez, A. G.; Luis, I. P.; Maldonado, G.; Romero, M. ... & Van der Stuyft, P. (2014). Evidencias actuales en las propuestas de intervención local para el estudio y manejo de los determinantes sociales de la salud en la población cubana. *Revista Cubana de Higiene y Epidemiología*, 52(2), 239-262.
- Arendt, H. (1997). *¿Qué es la política?* Barcelona: Paidós.

- Ariztía, T. (2017). La teoría de las prácticas sociales: particularidades, posibilidades y límites. *Cinta de Moebio*, (59), 221-234.
- Azor, M. (2016). Discursos de la Resistencia. Los proyectos políticos emergentes en Cuba (2002-2012). España: Hypermedia Ediciones.
- Azor, M. (2014). La disputa por el territorio, los espacios y el léxico entre el Estado y la sociedad civil cubana. *Revista de Comunicación de la SEECI*, 18(35E), 151-158.
- Bachrach, P., & Baratz, M. S. (1970). *Power and poverty: Theory and practice*. Reino Unido: Oxford University Press.
- Bachrach, P., & Baratz, M. S. (1962). Two faces of power. *American political science review*, 56(4), 947-952.
- Baker, B. (2017). *Immigration Enforcement Actions: 2016. Annual Report*. Department of Homeland Security. Recuperado de: https://www.dhs.gov/sites/default/files/publications/Enforcement_Actions_2016.pdf
- Barbero, L. (13 de septiembre de 2015). 35 años del gran éxodo del Mariel. *El País*. Recuperado de: https://elpais.com/internacional/2015/09/13/actualidad/1442113548_063090.html
- Batalova, J. & Zong, J. (9 de noviembre de 2017). Cuban Immigrants in the United States. *Migration Policy Institute*. Recuperado de: <https://www.migrationpolicy.org/article/cuban-immigrants-united-states>
- Becker, H. (2012). *Outsiders: hacia una sociología de la desviación*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Berger, P. & Luckmann, T. (2001). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bidart, C.; Longo, M. E. & Mendez, A. (2013). Time and process: An operational framework for processual analysis. *European Sociological Review*, 29(4), 743-751.
- Bilbeny, N. (1999). *Democracia para la diversidad*. Barcelona: Ariel.
- Bloch, V. (2009). El sentido de la lucha. *Estudios Sociológicos*, 27(79): 237-266.
- Blumer, H. (1982). La posición metodológica del interaccionismo simbólico. En *El interaccionismo simbólico: perspectiva y método* (1-44), Barcelona: Hora.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Argentina: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (2001). Describir y prescribir: las condiciones de posibilidad y los límites de la eficacia política. En *¿Qué significa hablar?* (96-104). Madrid: Akal.

- Bourdieu, P. (2000). *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa.
- Bourdieu, P. (1998). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (1995). *Outline of a Theory of Practice*. Cambridge: Cambridge Univ. Press
- Camou, A. (2001). *Los desafíos de la gobernabilidad*. México: Plaza y Valdés/FLACSO.
- Chaguaceda, A. (16 de octubre de 2020). La corte del despotismo. *El Toque*. Recuperado de: <https://eltoque.com/la-corte-del-despotismo-y-los-actos-de-repudio-cuba>
- Chaguaceda, A. & González, L. J. (2017). Ciencias Políticas en Cuba: Reflexiones emergentes en un entorno autoritario. En Barrientos Del Monte, F (Ed.). *Historia y balance de la ciencia política en México* (445-469). ISBN: 978-84-9143-462-7. México: Tirant Lo Blanch.
- Chaguaceda, A. & Geoffray, M. (2015). Cuba: dimensiones y transformaciones político-institucionales de un modelo en transición. En Bobes, V. C. (Ed.). *Cuba: ¿Ajuste o transición? Impacto de la reforma en el contexto del restablecimiento de las relaciones con Estados Unidos* (47-86). México: Flacso México.
- Chaguaceda, A. & González, L. J. (2013). “Cuba: la reforma y sus pendientes”. *Este país. Tendencias y opiniones*, (272), 51-55.
- Cicourel, A. V. (1973). *Cognitive sociology*. Harmondsworth: Penguin.
- Clegg, S. (1989). *Frameworks of power*. London: Sage.
- Collier, D., LaPorte, J. & Seawright, J. (2012). Putting Typologies to Work. Concept Formation, Measurement and Analytic Rigor. *Political Research Quarterly*, 65(1), 217-232.
- Concepción Llanes, J. R. (2015). *La cultura empaquetada. Análisis del consumo audiovisual informal del paquete semanal en un grupo de jóvenes capitalinos*. Tesis de Licenciatura (Cuba: Universidad de La Habana).
- Coulon, A. (1988). Críticas y convergencias. *La etnometodología* (120-141). Madrid: Ediciones Cátedra.
- Criado, E. (2014). Mentiras, inconsistencias y ambivalencias. Teoría de la acción y análisis de discurso. *Revista Internacional de Sociología*, 72(1), 115-138.
- Crossley, N.; Bellotti, E., Edwards, G.; Everett, M.G.; Koskinen, J. & Tranmer, M. (2015). *Social Network Analysis for Ego-Nets*. Londres: Sage.
- Dahl, R. A. (1957). The concept of power. *Behavioral science*, 2(3), 201-215.

- Diversent, L. (9 de junio de 2014). El ejercicio de la abogacía en Cuba. *Centro de Información Legal Cubalex*. Recuperado de: <http://centrocubalex.com/2014/06/09/el-ejercicio-de-la-abogacia-en-cuba/>
- Duany, J. (6 de julio de 2017). Cuban Migration: A Postrevolution Exodus Ebbs and Flows. *Migration Policy Institute*. Recuperado de: <https://www.migrationpolicy.org/article/cuban-migration-postrevolution-exodus-ebbs-and-flows>
- Elman, C. (2005). Explanatory Typologies in Qualitative Studies of International Politics. *International Organization*, (59), 293-326.
- Elster, J. (1983). *Sour Grapes: Studies in the Subversion of Rationality*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Emirbayer, M., & Mische, A. (1998). What is agency? *American journal of sociology*, 103(4), 962-1023.
- Emirbayer, M. (1997). Manifesto for a relational sociology. *American Journal of Sociology*, 103(2), 281-317.
- Espina Prieto, M. P. (2012). La política social en Cuba: nueva reforma económica. *Revista de Ciencias Sociales (Cr)*, 1(135-136).
- Espina Prieto, M.; Rodríguez, J. L.; Triana, J. & Hernández, R. (2011). El período especial 20 años después. Controversia. *Temas. Cultura, Ideología y Sociedad*, (65): 59-75.
- Espina Prieto, M. P. (2008). Viejas y nuevas desigualdades en Cuba. *Nueva sociedad*, (216), 134-149.
- Everleny, O. (2012). Problemas estructurales de la economía cubana. Miranda, M. & Everleny, O. (Ed). *Cuba Hacia una estrategia de desarrollo para los inicios del siglo XXI* (21-50). Colombia: Universidad Javeriana / Social Science Research Council.
- Fernández, J. A. & Guanche, J. C. (2010). Un socialismo de ley. En busca de un diálogo sobre el constitucionalismo socialista cubano en el 2010. *Caminos: Revista Cubana de Pensamiento Socioteológico*, (57), 1-14.
- Figueredo, O.; Martínez, A. & García, C. (15 de junio de 2017). De ida y de regreso: Miradas a la migración en Cuba. *Cubadebate*. Recuperado de: <http://www.cubadebate.cu/especiales/2017/06/15/de-ida-y-de-regreso-miradas-a-la-migracion-en-cuba-video/#.W7Yg99MzaUk>

- Fitzgerald, M.; Brennan, J. & Stokes, R. (2 de junio de 2016). Understanding the Evolving Cuban Consumer. *The Boston Consulting Group*. Recuperado de: http://image-src.bcg.com/Images/BCG-Understanding-the-Evolving-Cuban-Consumer-Jun-2016_tcm9-60496.pdf
- Flam, H. (2004). Anger in repressive regimes: A footnote to domination and the arts of resistance by James Scott. *European Journal of Social Theory*, 7(2), 171-188.
- Fontaine, P. (1998). América Latina: campo de pruebas de todos los comunismos. Cuba el interminable totalitarismo tropical. En Courtois, S. (Comp.) *El libro negro del comunismo. Crímenes, terror y represión (725-744)*. Barcelona: Planeta.
- Foucault, M. (1999). Foucault (Autorretrato). En *Estética, ética y hermenéutica: Obras esenciales, Volumen III (363-368)*. España: Paidós.
- Foucault, M. (1992a). Verdad y poder. Entrevista con M. Fontana. En *Microfísica del poder (175-189)*. Madrid: Ediciones la Piqueta.
- Foucault, M. (1992b). Curso del 14 de enero de 1976. *Microfísica del poder (139-152)*. Madrid: Ediciones la Piqueta.
- Fundora Nevot, G. E. (2015). Estrategia de potenciación del trabajo por cuenta propia y la equidad social: encuentros y desencuentros. En Zabala, M.; Echevarría, D.; Muñoz, M. & Fundora, G. *Retos para la equidad social en el proceso de actualización del modelo económico cubano (198-214)*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Gadamer, H. G. (1977). *Verdad y Método I. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*. Salamanca: Sígueme.
- García Belaunde, D. (2004). El Tribunal de Garantías Constitucionales y Sociales de Cuba (1940-1952). *Apéndices. Boletín Mexicano de Derecho Comparado*, (109), 283-312.
- Garfinkel, H. (2006). *Estudios en Etnometodología*. Barcelona: Anthropos.
- Gaventa, J. (1980). *Power and powerlessness: quiescence and rebellion in an Appalachian valley*. Oxford: Clarendon Press.
- Geoffray, M. L. (2014). Channelling protest in illiberal regimes: The Cuban case since the fall of the Berlin wall. *Journal of Civil Society*, 10(3), 223-238. Recuperado de: <http://www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/17448689.2014.932057>

- Gibson, C., & Jung, K. (1999). Historical Census Statistics on the Foreign-born Population of the United States: 1850-1990." Population Division: Working Paper 81. Recuperado de: <https://www.census.gov/population/www/documentation/twps0081/twps0081.pdf>
- Giddens, A. (1982). Hermenéutica y teoría social. En Giddens, A. *Profiles and critiques in social theory*. Berkeley: University of California. (Documento mimeo. Traducción de José Fernando García, Cátedra de Epistemología, Facultad de Psicología, Universidad de Rosario). Recuperado de: [http://infohumanidades.com/sites/default/files/apuntes/56%20-%20Giddens Hermeneutica%20y%20teoria%20social %2821 copias%29.PDF](http://infohumanidades.com/sites/default/files/apuntes/56%20-%20Giddens%20Hermeneutica%20y%20teoria%20social%20%2821%20copias%29.PDF)
- Goffman, E. (1971). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Goldfarb, J. (2006). The politics of small things, left and right. *Contexts*, 5(2), 26-32.
- González Álvarez, L. J. (2017). Cuba: la democratización pospuesta. *Perfiles Latinoamericanos*, 25(50), 59-81. DOI: 10.18504/pl2550-004-2017
- González Álvarez, L. J. (2015). *Cultura y participación políticas de los estudiantes universitarios. Un estudio de la experiencia de Cuba y Chile en perspectiva comparada*. Tesis de maestría. Universidad Iberoamericana, Ciudad de México.
- González Álvarez, L. J. (2008). *Participación estudiantil en la Universidad de La Habana. Una oscura pradera me convida*. Tesis de Licenciatura (Cuba: Universidad de La Habana).
- Gramsci, A. (1999). *Cuadernos de la cárcel. Tomo III. Cuadernos 6, 7 y 8*. México: Ediciones Era / Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Guanche, J. C. (2013). *Estado, participación y representación política en Cuba diseño institucional y práctica política tras la reforma constitucional de 1992*. Buenos Aires: CLACSO.
- Habermas, J. (1989). *Teoría de la acción comunicativa: complementos y estudios previos*. Madrid: Cátedra.
- Haugaard, M. (2012). Rethinking the four dimensions of power: domination and empowerment. *Journal of Political Power*, 5(1), 33-54.
- Hayward, C. & Lukes, S. (2008). Who to shoot? An exchange. *Journal of Power*, 1 (1), 2–20.
- Holstein, J. A. & Gubrium, J. E. (1994). Phenomenology, Ethnomethodology, and interpretative practice. En Denzin, N. & Lincoln, Y. (Eds.) *Handbook of Qualitative research* (262-272), Thousand Oaks, CA: Sage.

- Ibáñez, T. (1988). *Ideologías de la vida cotidiana*. Barcelona: Sendai.
- Instituto de los Mexicanos en el Exterior (2016). *Mexicanos en el Mundo. Estadística de la Población Mexicana en el Mundo 2016* (Actualizado en mayo de 2017). Recuperado de: http://www.ime.gob.mx/gob/estadisticas/2016/mundo/estadistica_poblacion.html
- Jackson, M. & Cox, D.R. (2013). The Principles of Experimental Design and Their Application in Sociology. *Annual Review of Sociology*, (39): 27–49.
- Jodelet, D. (1984). La representación social: fenómenos, conceptos y teoría. En Moscovici, S. (Comp.). *Psicología Social II. Pensamiento y vida social. Psicología social y problemas sociales* (469-493). Barcelona: Paidós.
- Kelman, H. C., & Hamilton, V. L. (1989). *Crimes of obedience: Toward a social psychology of authority and responsibility*. New Haven, Conn: Yale University Press.
- King, G., Keohane, R. O. & Verba, S. (2007). “Causalidad e inferencia causal”. En *El diseño de la investigación social. La inferencia científica en los estudios cualitativos* (87-124). Madrid: Alianza Editorial.
- Lechner, N. (1997). *Cultura política y gobernabilidad democrática*. México: Instituto Federal Electoral.
- León, E. M. & Saavedra, J. (1998). El posttotalitarismo carismático y el cambio de régimen: Cuba y España en perspectiva comparada. *América Latina Hoy*, (18), 35-40.
- Linz, J. (2009). *Obras escogidas. Vol. 3: Sistemas totalitarios y regímenes autoritarios*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Little, D. (1991). Análisis estadístico. En *Varieties of social explanations. An Introduction to the Philosophy of Social Science* (159-179). Colorado: Westview Press.
- Lozares, C. (1996). La teoría de redes sociales. *Papers*, (48), 103-126.
- Lukes, S. (2007). *El poder. Un enfoque radical*. Madrid: Siglo XXI.
- Márquez, V. (2015). *El consumo del Paquete Semanal en La Habana*. Ponencia presentada en el II Simposio Cultural: Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello. La Habana: Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Cubano de Radio y Televisión.
- Maxwell, J. A. (2012). The Importance of Qualitative Research for Causal Explanation in Education. *Qualitative Inquiry*, 18(8), 655-661.
- Mckinney, J. (1968). *Tipología constructiva y teoría social* (20-46). Buenos Aires: Amorrortu.
- Mead, G. H. (1968). La persona. En *Espíritu, persona y sociedad* (166-247). Buenos Aires: Paidós.

- Mejía, W. (2018). *Panorama de la migración internacional en el Caribe*. CEPAL - Serie Población y Desarrollo No. 122.
- Miller, D., Rowlands, M. & Tilley, C. (1995). Introduction. En Miller, D., Rowlands, M. & Tilley, C. (Eds.). *Domination and Resistance* (1-26). New York: Routledge.
- Miller, D. (1995). The limits of dominance. En Miller, D., Rowlands, M. & Tilley, C. (Eds.). *Domination and Resistance* (63-79). New York: Routledge.
- Molm, L. D. (1997). *Coercive power in social exchange*. Cambridge University Press.
- Mondelo Tamayo, J. O. (2015). La constitución cubana y el trabajo por cuenta propia: A propósito de la actualización del modelo económico. *Derecho y Cambio Social*, 12(41), 1-15.
- Monreal, P. (7 de junio de 2015). ¿Actualización del modelo o reforma del Estado? Una lectura política del cambio económico en Cuba. *Cuba Posible*. Recuperado de: http://www.sinpermiso.info/sites/default/files/textos/11monrealcub_.pdf
- Morales, E. (31 de marzo de 2020). COVID-19 golpea fuerte al mercado de remesas en América Latina. *The Havana Consulting Group & Tech*. Recuperado de: <http://www.thehavanaconsultinggroup.com/es-es/Articles/Article/80>
- Morales, E. (27 de septiembre de 2019). Remesas, ¿una ruta de inversión para los cubanos? *The Havana Consulting Group & Tech*. Recuperado de: <http://www.thehavanaconsultinggroup.com/es-es/Articles/Article/69>
- Moscovici, S. (1981). *La era de las Multitudes. Un tratado histórico de psicología de masas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mouffe, Ch. (2012). *La paradoja democrática. El peligro del consenso en la política contemporánea*. Barcelona: Gedisa.
- Mouffe, Ch. (1999). *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Barcelona: Paidós.
- Nevitte, N. (2015) The Decline of Deference Revisited. Evidence after Twenty-Five Years. En Dalton R. J y Welzel, C. (Eds.). *The Civic Culture Transformed: From Allegiant to Assertive Citizenship* (35-58). Nueva York: Cambridge University Press.
- Nevitte, N. (1996). *The decline of deference: Canadian value change in cross-national perspective*. Peterborough: Broadview Press.
- Oficina Nacional de Estadística e Información [ONEI]. (2018). *Anuario Estadístico de Cuba 2017. Sector Externo*. Recuperado de: <http://www.one.cu/aec2017/08%20Sector%20Externo.pdf>

- Ost, D. (1990). *Solidarity and the Politics of Anti-Politics*. Philadelphia, PA: Temple University Press.
- Pañellas, D; Torralbas, J. & Caballero, C. (2015). En Zabala, M.; Echevarría, D.; Muñoz, M. & Fundora, G. Retos para la equidad social en el proceso de actualización del modelo económico cubano (215-242). La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Parsons, D. W. (2007). *Políticas públicas: una introducción a la teoría y la práctica del análisis de políticas públicas*. México: FLACSO.
- Passini, S. & Morselli, D. (2009). Authority relationships between obedience and disobedience. *New Ideas in Psychology*, (27), 96–106.
- Pedraza, L. (2010). “Acerca de las propuestas para el perfeccionamiento y actualización del sistema tributario”. Intervención en el Sexto Período Ordinario de Sesiones de la Séptima Legislatura de la Asamblea Nacional del Poder Popular. Publicado el 16 diciembre 2010. Hasta el 22 de julio de 2021 disponible en:
<http://www.juventudrebelde.cu/cuba/2010-12-16/resumen-de-las-intervenciones-en-el-sexto-periodo-ordinario-de-sesiones-de-la-septima-legislatura-de-la-asamblea-nacional-del-poder-popular>
- Phillips, E. F. (2007). “Maybe Tomorrow I'll Turn Capitalist”: Cuentapropismo in a Workers' State. *Law & society review*, 41(2), 305-342.
- Piñero Harnecker, C. (2011). En Piñero, C. (Comp.). *Cooperativas y Socialismo: Una Mirada desde Cuba* (7-30). La Habana: Editorial Caminos.
- Polsby, N. W. (1963). *Community power and political theory*. New Haven: Yale University Press.
- Ragin, Charles C. (1987), “Case oriented comparative methods” y “The variable oriented approach”. En *The comparative method. Moving beyond qualitative and quantitative strategies* (34-52, 53-68). California: University of California Press.
- Rey, M. (2014). Capacidad estatal y poder del Estado en Latinoamérica del siglo XXI: Una perspectiva política para el análisis de las políticas públicas y la estatalidad. *Estado y Políticas Públicas*, (2), 115-139.
- Rojas Gutiérrez, R. (2015). La democracia postergada. Pluralismo civil y autoritarismo político en Cuba. En Bobes, V. C. (Ed.). *Cuba: ¿Ajuste o transición? Impacto de la reforma en el contexto del restablecimiento de las relaciones con Estados Unidos* (145-162). México: Flasco México.

- Rojas Gutiérrez, R. (1997). Del espíritu al cuerpo de la nación. Identidad y ciudadanía en la cultura política en Cuba. *Estudios Sociológicos*, 15(43), 239-260.
- Sánchez, Y. Un día sin mercado negro. *Generación Y*. Publicado el 7 de enero de 2008. Hasta el 22 de julio de 2021 disponible en:
https://www.14ymedio.com/blogs/generacion_y/dia-mercado-negro_7_168653136.html
- Schattschneider, E. E. (1960). *The semi-sovereign people: A realist's view of American democracy*. New York: Rinehart and Winston.
- Schmitt, C. (2001). El concepto de lo político. En Orestes Aguilar, H (Comp.). *Carl Schmitt, teólogo de la política* (167-223). México: Fondo de Cultura Económica.
- Schroven, A. (2011). The people, the power and the public service: political identification during Guinea's general strikes in 2007. En Hagmann, T., y Péclard, D. *Negotiating Statehood. Dynamics of Power and Domination in Africa* (116-133). Reino Unido: Wiley-Blackwell.
- Schutz, A. (1974). El sentido común y la interpretación científica de la acción humana. En *El problema de la realidad social* (35-70). Buenos Aires: Amorrortu.
- Scott, J. C. (2004). *Los dominados y el arte de la resistencia: discursos ocultos*. México: Ediciones Era.
- Scott, J. C. (1985). *Weapons of the Weak. Everyday forms of peasant resistance*. New Haven: Yale University Press.
- Stendhal. (2000). *La cartuja de Parma*. Buenos Aires: El Aleph.
- Stoppino, M. (2013). Dictadura. En Bobbio, N., Matteucci, N. & Paquino, G. (Eds.). *Diccionario de política* (492-504). México: Siglo XXI.
- Sumich, J. (2011). The party and the state: Frelimo and social stratification in post-socialist Mozambique. En Hagmann, T., y Péclard, D. *Negotiating Statehood. Dynamics of Power and Domination in Africa* (134-153). Reino Unido: Wiley-Blackwell.
- Tahbaz, J. (2013). Demystifying las UMAP: the politics of sugar, gender, and religion in 1960s Cuba. *Delaware Review of Latin American Studies*, 14(2).
- Tamayo León, R. (29 de julio de 2017). Cuba: 723 844 salidas al extranjero en 2016. *Juventud Rebelde*. Recuperado de: <http://www.juventudrebelde.cu/cuba/2017-07-29/cuba-723-844-salidas-al-extranjero-en-2016/imprimir>

- Thiemann, L., & Mare, C. (2020). Economías múltiples y resistencia cotidiana en Cuba: una transición desde abajo. Red Jean Monnet Foro Europa-Cuba. Cooperación para la reforma institucional y las políticas sociales. *Working paper*, (15), 24 de julio.
- Tilly, Ch. (1991). Domination, resistance, compliance... discourse. *Sociological forum*, 6(3), 593-602.
- Togores, V., & García, A. (2003). Consumo, mercados y dualidad monetaria en Cuba. *Revista Economía y Desarrollo* (Impresa), 133(3), 165-223.
- Torres, A.; Nieves, J.H., Prieto, D., D'Angelo, O. et al. (2015) Institucionalizar la diversidad: hacia una nueva Ley de Asociaciones para Cuba. *Cuba Posible*. Publicado el 29 de marzo de 2015. Hasta el 22 de julio de 2021 disponible en:
<https://cubaposible.com/cuaderno/institucionalizar-la-diversidad-hacia-una-nueva-ley-asociaciones-cuba/>
- Triana, J. (2017). *Las transformaciones económicas y sociales en Cuba*. Colección Monografías del Centro de Información y Documentación Internacionales en Barcelona (CIDOB). Publicado en octubre de 2017. Hasta el 22 de julio de 2021 disponible en:
[https://www.cidob.org/articulos/monografias/nueva_etapa_entre_cuba_y_la_ue_escenarios_de_futuro/las_transformaciones_economicas_y_sociales_en_cuba/\(language\)/esl-ES](https://www.cidob.org/articulos/monografias/nueva_etapa_entre_cuba_y_la_ue_escenarios_de_futuro/las_transformaciones_economicas_y_sociales_en_cuba/(language)/esl-ES)
- Triana Cordoví, J. (2012). Cuba: la economía del conocimiento y el desarrollo. En Miranda, M. & Everleny, O. (Ed). *Cuba Hacia una estrategia de desarrollo para los inicios del siglo XXI* (165-188). Colombia: Universidad Javeriana / Social Science Research Council.
- Urrutia Barroso, L. D. (1997). Aproximación a un análisis del proceso migratorio cubano. *Papers: revista de sociologia*, (52), 49-56.
- U.S. Department of Homeland Security [DHS]. (Varios años). *The Yearbook of Immigration Statistics*. Recuperado de: <https://www.dhs.gov/immigration-statistics/yearbook>
- U.S. Department of State. [DS]. (2017). *U.S. Relations With Cuba. Fact Sheet*. Actualizado al 22 de noviembre de 2019. Recuperado de: <https://www.state.gov/r/pa/ei/bgn/2886.htm>
- Valdés, J. (2009). *El espacio y el límite. Estudios sobre el sistema político cubano*. La Habana: Instituto Cubano de Investigación Cultural/Ruth Casa Editorial.
- Villalobos-Torres, G. (2017). El tránsito de migrantes por Costa Rica: el caso de las personas cubanas que persiguen el «sueño americano». *Revista Espiga*, 16(34), 197-214. Doi: <http://dx.doi.org/10.22458/re.v17i34.1800>

- Waldner, D. (2012). Process Tracing and Causal Mechanism. En Kincaid, H. (Ed.). *The Oxford Handbook of Philosophy of Social Science* (65-84). Estados Unidos: Oxford University Press.
- Weber, M. (2002). *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva. Primera parte*. España: Fondo de Cultura Económica.
- Wedeen, L. (1999). *Ambiguities of domination: Politics, rhetoric, and symbols in contemporary Syria*. Chicago: University of Chicago Press.
- Wrong, D. H. (1995). *Power: its forms bases and uses*. New Brunswick: Transaction Publishers.

ANEXO 1

Guía de preguntas para entrevista semiestructurada

[Datos generales: edad, nivel educativo, tipo de trabajo, ¿recibe remesas?, ¿ha viajado?]

- 1) ¿Cómo recuerdas tu infancia desde el punto de vista político? ¿Qué orientación política tenía tu familia (más o menos comunistas, críticos, obedientes, disidentes, apáticos, participativos)?
- 2) ¿De adolescente y de joven cómo te vinculabas a las organizaciones políticas y de masas, a la vida política en el barrio y la sociedad en general?
- 3) ¿Cuál es tu percepción hoy de la situación política del país, las políticas, los dirigentes? ¿Qué te pareció el referendo constitucional?
- 4) ¿Tu forma de pensar la realidad política cubana ha cambiado en el transcurso de tu vida? ¿Por qué?
 - a. [En caso de que sí] ¿Cuánto ha cambiado? ¿En qué sentido? ¿Cuándo empezó a cambiar? ¿Qué sucesos de tu vida fueron determinantes para esos cambios?
 - b. [Si ha viajado] ¿Cómo ha influido la experiencia de conocer otros países en tu forma de pensar la política nacional?
- 5) ¿Cuáles aspectos de la política nacional te resultan más defendibles y cuáles más criticables?
 - a. [elecciones, monopartidismo, Poder Popular: delegados y diputados, rendiciones de cuenta, debates, etc.]
- 6) ¿Qué tan necesario y útil crees que es hoy en Cuba criticar, cuestionar, discrepar? ¿Cómo se suele hacer eso? ¿Por canales formales o informales? ¿Por qué?
- 7) ¿Qué tan receptivo te parece que es el gobierno a la crítica y los cuestionamientos provenientes de la población? ¿Por qué?
- 8) ¿Alguna vez has tenido que simular (des)lealtad al gobierno? ¿Cómo? ¿Por qué?
- 9) ¿Cuál es tu impresión personal sobre el sentir general de la población respecto a la situación política nacional?

- a. ¿Consideras que el cubano es un ciudadano dócil o protestón? ¿Por qué? ¿Por qué crees que somos así?
- b. ¿Por qué crees que no hay más opositores?
- c. Cuéntame un poco sobre ese término popularmente conocido como «La lucha», la figura del «Luchador».

10) ¿Cuáles expectativas tienes sobre el futuro político de la nación? ¿Cómo te visualizas tú en ese futuro?

ANEXO 2

